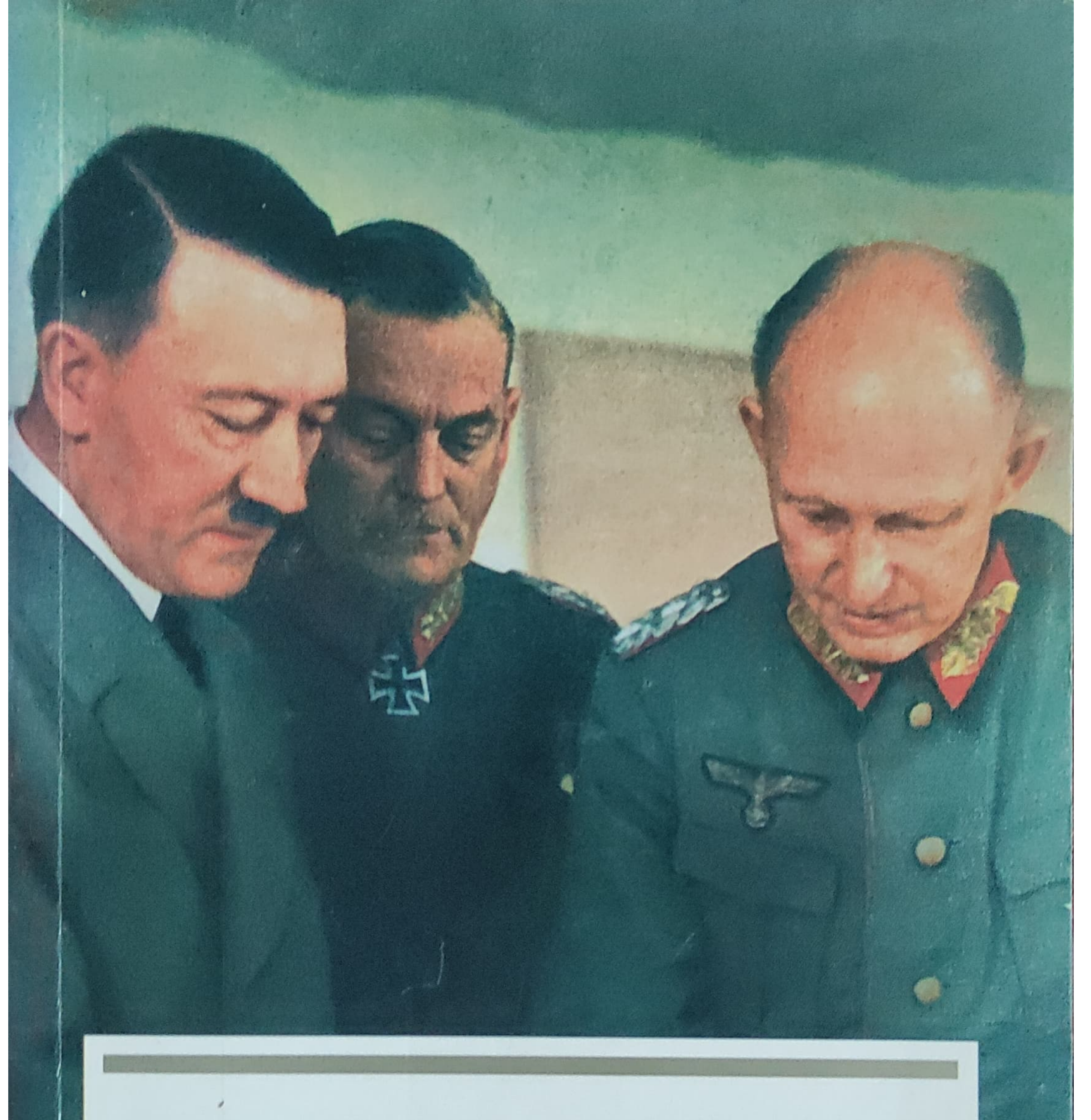


David Solar

LA CAÍDA DE LOS DIOSES

Los errores estratégicos de Hitler

LA CAÍDA DE LOS DIOSES

LA CAÍDA DE LOS DIOSES

Los errores estratégicos de Hitler

David Solar

la esfera de los libros

Primera edición: junio de 2006

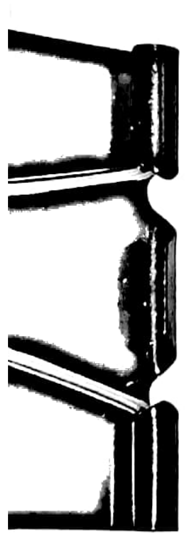


Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Teléf.: 91 296 02 00 - Fax: 91 296 02 06
Pág.web:www.esferalibros.com

Diseño de cubierta: Opal Works
© Foto de cubierta: Archivo Arlanza
ISBN: 84-9734-501-0
Depósito legal: M-23.504-2006
Fotocomposición: Ravi
Fotomecánica: Star Color
Imposición: Preimpresión 2000
Impresión: Rigorma Grafic
Encuadernación: Martínez
Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

Soha, veinticinco años no son nada,
ya lo decía el tango.



Introducción

El día en que capituló Francia, Hitler había ganado la guerra. Aparte de su territorio nacional —las unificadas Alemania y Austria—, dominaba Noruega, Polonia, Checoslovaquia, Holanda, Bélgica y Francia. Era aliado de Italia, tenía relaciones muy amistosas con España, cuyo jefe del Estado, Francisco Franco, le debía la victoria en la Guerra Civil. Se aprestaba a cerrar acuerdos o a ocupar Dinamarca, Rumania, Hungría... Tenía un tratado con Stalin, por el que se habían repartido Polonia, y recibía de la URSS todo tipo de materias primas...

Se ha dicho reiteradamente que la «pequeña» Alemania sucumbió aplastada por el peso de medio mundo. Y eso es verdad sólo a partir de finales de 1941. Antes no. En 1939, en vísperas del ataque a Polonia, Alemania era un Estado con ochenta millones de habitantes, que se hallaba a similar altura que Gran Bretaña y Francia —cuando no por delante— en cultura, ciencia, economía, industria, tecnología, comunicaciones, presupuestos militares... Durante los cien días que le costó apoderarse de Polonia, Noruega, Bélgica, Holanda y Francia, demostró que se hallaba muy a la cabeza en cuanto a concepción moderna de la guerra. Así, el 21 de junio de 1940, cuando Francia capituló en Compiègne, se encontró dueño de un inmenso territorio —con enormes reservas humanas, industriales, económicas, agrícolas, mineras— que, en determinadas circunstancias, colaboraría o se resignaría a trabajar para el esfuerzo militar del ocupante.

En aquel momento comenzaban a cristalizar las ambiciones e ilusiones de Hitler: la victoria que le permitiría realizar los sueños esbozados en *Mein Kampf*, la revancha por la derrota que sufrió como soldado en la Gran Guerra, el reconocimiento universal de la superioridad aria y, sobre todo, de su genio universal e innato. De niño quiso tocar el piano e, incluso, le compraron uno, pero sólo tomó unas clases porque él, Adolf Hitler, no tenía por qué someterse a tan estúpido aprendizaje, pretendía ser un fantástico pianista por inspiración divina. Quiso ser arquitecto, pero nunca terminó los estudios que le facultaban para entrar en la Escuela de Arquitectura, lo que le hizo abominar del sistema, pues se consideraba un arquitecto genial desde la cuna. Algo similar le pasó cuando fue rechazado en la facultad de Bellas Artes. Esas negativas a reconocer su genialidad original, su mesianismo, le condujeron a creerse un incomprendido, un perseguido y se convirtió en un resentido social... Pero tras la capitulación francesa en Compiègne, todo aquello quedaba enterrado en el pasado ominoso de Viena y Munich.

En los gloriosos días de la victoria de 1940, Hitler se consideraba un héroe wagneriano. Su voluntad y su genio habían forzado la victoria sobre el destino, superando todos los obstáculos opuestos en su camino por seres maléficos. El pintor de postales de Viena, el humilde cabo de la Gran Guerra, se había alzado con un partido político e, incluso, se había atrevido a asaltar el poder en Munich, en 1923. Entonces fue vencido, pero aprendió, forjó un poderosísimo partido y, una década más tarde, se convertía en líder de la oposición y lograba que el mariscal Hindenburg le entregara la Cancillería.

Desde 1933, en sólo seis años, había devuelto a Alemania a la preeminencia europea perdida en la Primera Guerra

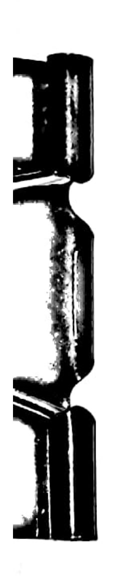
Mundial: fin de las zonas de ocupación, remilitarización de Renania, rearme hasta convertir Alemania en primera potencia militar continental; trabajo acelerado para la industria pesada, intensificación de las obras públicas, consiguiendo que las carreteras y los ferrocarriles del Reich volvieran a ser la envidia de Europa... Tras la victoria sobre Francia Hitler se creía Dios. Había cumplido su promesa de unir a los alemanes y terminar con las escisiones del territorio nacional: anexión de Austria, de los Sudetes, de Memel, del Corredor de Danzig... En fin, en tres campañas militares, en sólo cien días, había conquistado Polonia, Noruega, Bélgica, Holanda y Francia. Y Gran Bretaña, si sabía lo que le interesaba, no tardaría en solicitar el armisticio... Y todo ello gracias a su talento, a su genialidad innata, pues sus estudios se limitaban al segundo grado escolar. Y lo mismo que, sin formación superior en ciencias políticas, derecho o economía, había realizado todo aquello, sin haber acudido a una academia militar, con su simple experiencia como combatiente en la Gran Guerra, también se había convertido en el mayor genio militar de Alemania...

Ése era su esquema argumental en aquellos días victoriosos del comienzo del verano de 1940... Pero, ¿cómo era realmente Hitler desde el punto de vista militar? Quizá quien mejor le conoció y más le sufrió fue el jefe de Operaciones del Alto Mando de las Fuerzas Armadas (OKW), Alfred Jodl. Interrogado durante el Proceso de Nuremberg sobre la responsabilidad de Hitler en las órdenes militares, respondió: «Desde el primer día. Todas las decisiones que revestían alguna importancia las tomaba él personalmente.»

Al referirse al talento de Hitler en la conducción de la guerra, Jodl no dudó en atribuirle los grandes éxitos iniciales:

> Uno de sus grandes aciertos fue ocupar Noruega. Otra gran hazaña suya fue la decisión de atacar Francia por Sedán, que tomó por su cuenta y riesgo, y contra la recomendación de su Estado Mayor, que le había instado en pleno a seguir el Plan Schlieffen. [...] Pero su mayor triunfo militar puede que fuera su intervención personal para detener la retirada alemana en el este en noviembre [*sic*] de 1941. Ningún otro lo habría conseguido.

El mariscal Wilhelm Keitel, jefe del OKW, se contaba también entre quienes mejor conocieron a Hitler desde el punto de vista militar, pues estuvo a su lado durante toda la guerra y sus prolegómenos. En Nuremberg le calificó de «genio». Luego puntualizó:



> Para mí un genio es un hombre con una habilidad extraordinaria para escudriñar el futuro, con una gran capacidad para advertir las cosas, con un conocimiento exhaustivo de la Historia y de las cuestiones militares... En ese sentido, creo que Hitler era un genio. [...] Poseía una fuerza de voluntad fuera de lo común y, cuando algo se le metía en la cabeza, tenía que conseguirlo.

Erich von Manstein, uno de los generales alemanes más competentes, que trató a Hitler entre 1940 y 1944, declaró en ese proceso: «Tenía una personalidad extraordinaria. Era un hombre de una inteligencia excepcional y de una fuerza de voluntad fuera de lo común.» Manstein fue, precisamente, como jefe del Estado Mayor de Von Rundstedt, quien sugirió la posibilidad de la ofensiva contra Francia a través de Luxemburgo, por el territorio de las Ardenas, al que Hitler se adhirió, imponiéndosela a la Wehrmacht.

Otro de los militares importantes del III Reich, el gran almirante Dönitz, atribuía a Hitler «una cabeza extraordinaria [...] una memoria fuera de lo común. Recordaba todo lo que leía. [...] Por ejemplo, conocía de memoria todos los buques de los Aliados y sus características».

Sin embargo, en la preparación de la guerra se pueden analizar decenas de imprevisiones y decisiones desacertadas de Hitler y lo mismo durante el conflicto. Refiriéndose a éste, Jodl creía que los errores no los cometió al comienzo:

> Sin embargo, en 1942, durante la campaña estival de Rusia llegué a la conclusión de que el Führer no tomaba decisiones sensatas. [En esa época] se quejaba constantemente de dolor de cabeza, y así ocurría que un día daba órdenes y al siguiente, cuando ya se habían cumplido, abroncaba a los del OKW por haberlas obedecido...

Jodl, que fue ejecutado en Nuremberg, no perdió su simpatía por Hitler ni siquiera en aquel trance, porque, según el psiquiatra que le visitó en su celda, era «un hombre frío, terco como un buey y obsesivo». Pero, a la vez, era un militar muy inteligente y competente; por tanto, también reconocía las limitaciones militares del Führer:

> En realidad, lo que quedó claro desde que tomó el mando supremo es que lo que más le faltaba era la experiencia de una larga carrera militar, desde la base hasta la cima [...] Participó en la guerra de trincheras del conflicto anterior y conocía esa forma de guerra muy bien, pero carecía de experiencia real de la guerra móvil y de las dificultades que se originan en las comunicaciones, en las imprevisibles condiciones de esta gue-

rra. En consecuencia, tendía a pasar por alto las dificultades de ejecución de algunas de las operaciones que había planeado.

Es decir, militares competentes que le trataron le reconocían inteligencia, memoria, intuición, previsión, voluntad... Y, sin embargo, cometió tantos errores que, al final, perdió la guerra que tenía ganada en junio de 1940, cuando Gran Bretaña se quedó sola ante el Imperio que había forjado Hitler. Cierto que Gran Bretaña era una gran potencia colonial y que disponía de una formidable flota, pero esa fortaleza era, también, una debilidad, pues para abastecer a la metrópoli, desde la que se alimentaba la guerra, eran necesarios suministros próximos a los cincuenta millones de toneladas al año, es decir, no menos de 10.000 barcos mercantes medios de la época. Pero Hitler no acertó a cortar ese cordón umbilical del Reino Unido. El talento político-militar desplegado por Londres hubiera sido insuficiente para mantenerse en pie ante Alemania de no haberse producido en Berlín un sinnúmero de fallos políticos, diplomáticos, militares e industriales.



Hay errores capitales muy conocidos, sobre todo el ataque a la URSS y la declaración de guerra a EE.UU. Existen, también, numerosas batallas cuyos deficientes planteamientos condujeron a estrepitosas derrotas: la batalla de Inglaterra, la de Stalingrado, el desvío hacia el sur del golpe dirigido contra Moscú, el feroz desgaste de la Wehrmacht en Kursk, los errores de Normandía...

Y hay centenares de decisiones erróneas imputables, también, a Hitler: operaciones trascendentales, como Félix o Malta, que no emprendió, o campañas imposibles que no debió acometer, África, por ejemplo; las rectificaciones que no permitió, a costa de la aniquilación de ejércitos enteros; los

temores de «cabo de infantería» que le llevaron a perder oportunidades, como la de Dunkerque, o a reasegurarse, como en el caso de Noruega, a la que dotó de una extraordinaria protección artillera y naval en detrimento de Normandía y de la batalla del Atlántico; en el rearme naval, la absurda denuncia del Tratado de Londres, la conservadora elección de cañones y blindajes frente a submarinos y portaaviones; las limitaciones de la Luftwaffe y su pérdida de competitividad a lo largo de la guerra, originadas por el abandono en manos de Göring de «todo lo que volaba», por la opción, en su detrimento, a «las armas prodigiosas» que nada resolvieron, perjudicada por su «intuición infalible», que retrasó el desarrollo del caza a reacción ME-262, tratando de reconvertirlo en bombardero cuando ya estaba listo para operar.

Otros errores fueron provocados por la vesania criminal del propio Hitler, como la destrucción sistemática de Londres, abandonando la de los aeropuertos y bases aéreas británicas, en 1940; el empleo de las V-1 contra la capital inglesa, cuando su utilización contra los puertos de embarque hubiera podido causar importantes pérdidas en la flota de invasión de Normandía en 1944. Y, en el ámbito de esa locura homicida, nada tan criminal como la puesta en marcha de la Solución Final, del exterminio de cinco millones de judíos que, aparte de su faceta genocida, supuso un evidente gasto de fuerzas y medios utilizables en el campo militar.

De todo eso trata este libro, que comienza justamente cuando, derrotada Francia, Hitler había ganado la guerra. A partir de ahí, se profundiza en su mal empleo del tiempo, de los planes, de la colaboración con sus aliados italianos, del fatal manejo de sus relaciones preferentes con Franco... Capítulo aparte merecen dos campañas de triunfal inicio y desastroso

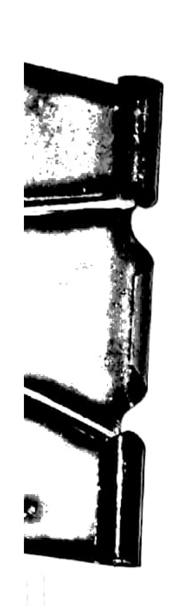
fin: África y Rusia; el desplome de Italia, la apertura aliada del frente francés, el fracaso en Rusia, la feroz batalla del Atlántico y, finalmente, la desesperada e inútil resistencia sobre las ruinas del Reich, hasta la muerte en el búnquer. En esos meses postreros de la guerra, jugando a todo o nada, tratando de vencer en una guerra que ya había perdido dos años antes, causó los mayores males al futuro de Alemania: en vez de acumular todos sus medios en la defensa de sus fronteras del este, quemó sus últimos cartuchos en las Ardenas y Hungría, obstaculizando el avance aliado y dando opciones al soviético.



Éste es un libro crítico sobre lo que pasó y se mueve en las posibilidades que se dieron en la realidad, aunque se permita algunas ucronías, es decir, unos pocos análisis de lo que pudo ser y no fue, pues me parecen lícitos porque los planes estaban sobre la mesa.

Las fuentes empleadas son, preferentemente, las memorias de numerosos protagonistas, como Churchill, Speer, Dönitz, Montgomery, Guderian, Kesselring, Manstein, Mellenthin, Skorzeny, Tedder o Westphal; las notas de Ciano, las conversaciones privadas de Hitler, los dietarios de las reuniones de guerra del Führer, las entrevistas e interrogatorios de Nuremberg; los estudios sobre el III Reich, preferentemente los de Kershaw, Steiner, Gellately, Burleigh, Bullock, Gallego, Trevor Roper y Toynbee; las biografías de numerosos protagonistas: Hitler, Churchill, Stalin, Roosevelt, Mussolini, Ciano, Rommel, Göring, Montgomery y Eisenhower; las monografías sobre acontecimientos o batallas, como las de Inglaterra, El Alamein, Stalingrado, Normandía, Creta, las Ardenas o Berlín; las enciclopédicas historias generales sobre la guerra, como las de Eddy Bauer, Arrigo Patacco, Claude Bertin o la síntesis de Murray y Millett, o sobre el final del III Reich,

como la extraordinaria investigación de Jurgen Thorwald, *Comenzó en el Vístula y terminó en el Elba,* o la de Joaquin Fest, *El hundimiento*; las historias especializadas sobre las marinas y las aviaciones contendientes; los análisis de Liddell Hart y Fuller; las crónicas periodísticas ejemplares, como la de Alexander Werth o la de Alan Moorehead. A todos sus autores y editores, mis más expresivas gracias, pues les debo la mayor parte del material utilizado en el libro.



Capítulo I

El desfile de la victoria

El 14 de junio, tropas alemanas penetraban a tambor batiente por los Campos Elíseos ante el asombro y el temor de los parisinos. Mientras, el general en jefe del Ejército francés, Maxime Weygand, urgía a su Gobierno, reunido en Burdeos, una solución inmediata, pues sus unidades se estaban desintegrando: «Continuaré la resistencia si me lo ordenan, pero debo decir que hemos perdido la guerra.» En medio del marasmo general, el ejecutivo francés debatía si rendirse o resistir. Pese a la catarata de noticias, a cual peor, sobre los reveses militares que sus tropas padecían en todos los sectores, el primer ministro galo, Paul Reynaud, rechazaba aceptar lo inevitable y pretendía alentar la resistencia para hallar una línea negociadora. Alguien le disuadió desabridamente: «¡Usted confunde a Hitler con Bismarck! Hitler no se contentará con Alsacia y Lorena... ¡Hitler es Gengis Khan!»

Durante dos días se sucedieron los debates. Una parte del Gobierno —con De Gaulle, subsecretario de Defensa, a la cabeza— pretendía resistir a toda costa en Bretaña, reuniendo en esa región cuantas fuerzas pudieran salvarse y, contando con el apoyo aeronaval británico, reiniciar desde allí el contraataque. Era un proyecto utópico, pues los alemanes se acercaban a la zona rápidamente y hubiera sido imposible un repliegue importante; por otro lado, Churchill, que animaba a los franceses a una resistencia a ultranza, no podía ofrecerles tropas, armas, ni un decidido apoyo naval, ni mucho menos las veinticinco escuadrillas aéreas que pedía Weygand, porque intuía

que todo ello sería tan inútil para cambiar el curso de la lucha como vital para la supervivencia de Gran Bretaña. Más aún, el plan de De Gaulle fue desestimado por los británicos, pues les parecía que sólo hubiera dado lugar a otro Dunkerque, de peores consecuencias con toda seguridad.

En aquellas jornadas angustiosas Francia solicitó la inmediata intervención militar norteamericana. Era otra quimera. EE.UU. no estaba preparado para una guerra y, políticamente, la mayoría de sus congresistas y senadores eran aislacionistas cuando no abiertamente antiintervencionistas. El presidente Franklin D. Roosevelt remitió a Burdeos sus mejores deseos y su apoyo moral en aquellas «horas terribles», pero declinó toda intervención militar, que «sólo el Congreso puede decidir».



Ante su evidente soledad una de las facciones del ejecutivo —con el primer ministro Reynaud al frente y De Gaulle aceptando la idea— propuso trasladar el Gobierno a Argel, con la flota y cuantas tropas pudieran salvarse, para proseguir desde allí la guerra. Parecía realizable: aún hubiesen podido despegarse del frente algunas divisiones, rebañar los efectivos armados que se hallaran en las zonas costeras y portuarias y establecerse en Argel, donde se contaba con tropas europeas y coloniales...

No era demasiado, pero la potente flota francesa —quizá superior a la italiana y la alemana juntas— estaba intacta y, además, aún contaban con unos centenares de aviones... Es decir, bases, tropas y medios suficientes para haber dominado el Mediterráneo en combinación con la flota británica a la espera de tiempos mejores. Por otro lado, el Gobierno disponía aún de sus reservas de oro y metales preciosos que, junto con las de Polonia y Bélgica, estaban en Burdeos, bajo la custodia del Banco de Francia.

El plan no se realizó. Aparte de las dificultades propias que, en aquel ambiente de derrota, entrañaba el proyecto, gran parte de los militares se oponía a él porque la prolongación de la resistencia hubiera costado mucha sangre y porque, con el Gobierno en Argel, el Ejército hubiera debido hacerse cargo de la capitulación en la metrópoli, convirtiéndose ante la opinión pública en el único responsable de la derrota, cediendo a los políticos el papel de resistentes y patriotas.

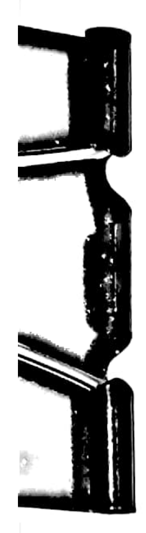
En esos agobios y mezquindades, al final se impuso el criterio del mariscal Philippe Pétain, que se había hecho cargo de la vicepresidencia a comienzos de junio: el lugar del Gobierno estaba en Francia, porque «La patria no se lleva en la suela de los zapatos». Por tanto, había que solicitar el alto el fuego y defender lo que se pudiera en el territorio metropolitano. Era el final. Los depósitos de oro fueron enviados a Canadá y EE.UU. el 16 de junio y, al día siguiente, Pétain sustituyó a Reynaud en la jefatura del Gobierno y solicitó el armisticio, encargando la gestión mediadora a España.

Hitler se hallaba en Brûli-de-Pêche, un pueblecito belga abandonado, donde se habían levantado unas viviendas prefabricadas. Allí, a pesar del fastidio de los mosquitos, vivió medio mes feliz, bailando, riendo y dándose palmadas en los muslos cada vez que recibía la noticia de un nuevo éxito. En aquellos días nombró gobernador de Holanda al abogado austriaco Arthur Seyss-Inquart, con la orden de remodelar el país según la mentalidad nacionalsocialista. Más fortuna tuvieron los belgas —cuya resistencia admiró a Hitler—, que recibieron como gobernador al general Alexander von Falkenhaussen, cuya moderada actuación terminaría por hacerle caer en desgracia en 1944.

La principal preocupación de Hitler hasta el armisticio fue redactar el documento de la capitulación francesa y pla-

near la ceremonia que debía acompañarla. Por eso, al enterarse de la petición de Pétain «... se puso tan contento que dio un saltito. En mi vida le había visto ceder de tal manera a sus impulsos», anotó en su diario un ayudante de Alfred Jodl, jefe de Operaciones del Comando Supremo de la Wehrmacht (OKW).

Un verano maravilloso



El 21 de junio llegó la delegación alemana al bosque de Compiègne, siendo recibida por la banda de un regimiento alemán a los acordes del *Deutschland über Alles*, el himno nacional alemán. Allí, en un claro del bosque, estaba el vagón-restaurante en el que se había firmado la rendición alemana en la Primera Guerra Mundial: en él se rubricaría la capitulación francesa y Hitler ocuparía el sillón que el mariscal Foch había utilizado en 1918. Hitler había planificado minuciosamente su venganza.

Cuando se presentaron los comisionados franceses —generales Huntziger y Bergeret, vicealmirante Le Luc y un diplomático, Léon Nöel— la banda militar les atronó con el himno alemán. Fueron recibidos con una leve y fría inclinación de cabeza por la delegación alemana —Hitler, Hess, Göring, Von Ribbentrop, el intérprete Paul Schmidt, los generales Keitel y Brauchitsch y el gran almirante Raeder—. Keitel leyó el prólogo de las condiciones de armisticio y el intérprete Schmidt lo tradujo al francés. Luego, Hitler se puso en pie, saludó brazo en alto y se marchó, seguido de sus jerifaltes, sonando nuevamente el *Deutschland über Alles* cuando abandonaron el vagón.

Para la lectura del resto del documento se quedaron solos Keitel y Schmidt con la delegación francesa, a la que no se quiso dar tiempo ni para considerar el contenido del documento. Finalmente, Keitel cedió a las demandas francesas y la firma se retrasó hasta las 18.50 horas del 22 de junio. Concluida la ceremonia, el histórico vagón de ferrocarril fue trasladado a Berlín; los demás recuerdos de la rendición alemana de 1918 fueron demolidos y sólo quedó en pie, por orden de Hitler, la estatua del mariscal Foch, que aún se conserva en Compiègne.

El armisticio entró en vigor el 25 de junio. Tres días después, a las 5.30 de la madrugada, Hitler llegaba a París a bordo de un avión que aterrizó en el aeropuerto de Le Bourget. Tres Mercedes blindados le recogieron junto con su séquito para trasladarles a la ciudad. En el primer automóvil viajaba el Führer, acompañado por los arquitectos Albert Speer y su rival, Hermann Giessler, el escultor Arno Breker y el ayudante Schmundt. La primera visita en París fue a la Ópera, edificio neobarroco del arquitecto Garnier que entusiasmaba a Hitler: «¡Mi Ópera!, desde mi primera juventud he soñado con ver directamente este símbolo del genio arquitectónico francés.»

Ante sus acompañantes, el Führer hizo una exhibición de sus conocimientos acerca del edificio, su distribución y su historia, adquiridos en sus lecturas sobre los grandes templos de la ópera. Siguió luego la visita —siempre en automóvil, con apenas algunos minutos para ver de cerca algo que le interesara especialmente— por la ciudad que comenzaba a despertarse: los Campos Elíseos, la Madeleine, el Trocadero, la torre Eiffel. En ese punto se pararon y hay una famosa foto en la que Hitler, rodeado de militares, aparece paseando con la torre al fondo; realmente, junto a los militares hay tres civiles a los que se orde-

nó vestir con ropas de la oficialidad alemana: el escultor Breker, a la izquierda del Führer, y los arquitectos Speer y Giessler, a la derecha. También pasó por el Arco de Triunfo, el monumento al Soldado Desconocido y los Inválidos, donde permaneció unos minutos en silencio ante el sarcófago de Napoleón; cuando salieron a la calle comentó al fotógrafo Hoffmann: «Ha sido el más bello momento de mi vida.» Sin embargo, apenas mostró interés por Notre-Dame, la Sainte-Chapelle o el Louvre. Curiosamente se detuvo al pie del Sacre-Coeur, donde permaneció unos minutos, rodeado por sus guardaespaldas, mientras numerosas personas pasaban por allí camino de misa. Según Albert Speer, «fue reconocido por muchos fieles, que no le prestaron ninguna atención». Cuando, a las 9 de la mañana dieron por finalizada la visita, Hitler le dijo a Speer: «Poder ver París ha sido el sueño de toda mi vida. No puedo expresar todo lo feliz que soy al ver cumplido hoy este deseo.»

Nunca más regresó a la capital francesa, pero aquella misma noche le comunicó a su arquitecto que debía acelerar sus trabajos sobre el nuevo Berlín, ante cuya grandiosidad palidecería la capital de Francia: «¿No es verdad que París es hermoso? Pero Berlín deberá superarlo en belleza. Cuando hayamos terminado, París siempre ocupará un segundo lugar.»

En el estudio del arquitecto favorito de Hitler se amontonaban los encargos del Führer y de Göring para configurar esa fantástica capital. Aparte de numerosos aeropuertos para la Luftwaffe, se estaba diseñando el área sanitaria, la universidad, el Gran Recinto, destinado a los discursos solemnes del dictador, la nueva residencia de Göring... y, fuera de la capital, el nuevo estadio de Nuremberg, que debería disponer de 350.000 asientos para los asistentes a los grandes fastos del nacionalsocialismo...

Según Speer, durante aquellos meses del triunfal verano de los nazis Hitler le convocaba continuamente en Berlín o en Berchtesgaden para comprobar la marcha de los proyectos y le urgía, recordándole que todo debería estar terminado en 1950. «Durante ese verano maravillosamente cálido —comentaría Speer— parecía que Hitler no tenía otra cosa en su cabeza. En realidad, todos nos sentíamos, por así decirlo, en estado de éxtasis.»

Fue un verano de ensueño. Las operaciones militares habían terminado y los alemanes hacían el balance de pérdidas y ganancias: lamentaban en sus filas 30.000 muertos y 165.000 heridos, por 90.000 muertos, 200.000 heridos y dos millones de desaparecidos o prisioneros en el bando derrotado. El botín de la victoria era inconmensurable: millares de cañones y carros de combate, millones de armas individuales e ingentes cantidades de munición y equipos... Nadie lamentaba entonces que la victoria hubiera podido ser más aplastante si se hubiese capturado a las fuerzas aliadas cercadas en Dunkerque. Las precauciones del mariscal Von Rundstedt, reservando los carros de combate; la marginación de la Marina, que hubiera podido hacer algo, aunque había quedado muy castigada en las operaciones de Noruega; la precipitada y presuntuosa petición del jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring, ofreciendo la aviación para terminar con la bolsa, y Hitler, tomando la decisión final de frenar el avance de los blindados del mariscal Edwald Kleist, brindaron a la marina británica el rescate de 350.000 soldados. Perdieron el armamento pesado, pero eran tropas bien adiestradas y curtidas en la adversidad: tras la capitulación de Francia, constituirían el núcleo de la futura infantería británica. Los expertos calculan que formar un ejército como el recuperado en Dunkerque hubiera costado un año.

Kleist, en declaraciones prestadas en Nuremberg, no tiene duda alguna de quién tuvo la responsabilidad máxima en aquellos errores que permitieron la retirada de buena parte de las fuerzas aliadas:

—Debo decir que si los ingleses lograron escapar de la trampa de Dunkerque, que yo había tendido con infinito cuidado, fue sólo gracias a la ayuda personal de Hitler. Existía un canal de paso entre Arrás y Dunkerque. Yo ya había cruzado ese canal, y mis tropas ocupaban los altos que dominan Flandes. Por tanto, mis grupos de Panzer tenían un completo control de Dunkerque y de la zona donde estaban atrapados los ingleses. La verdad de lo sucedido es que los ingleses nunca hubieran llegado a Dunkerque, porque los tenía a tiro. Hitler ordenó entonces personalmente que retirara mis tropas de esos altos.



—¿Por qué dio esa orden?

—Hitler creyó que era demasiado arriesgado, lo cual fue una soberana tontería. Podríamos haber borrado por completo al Ejército británico, o haber tomado a todo un Ejército cautivo, de no ser por la estúpida orden de Hitler. Buena prueba de ello es que tres días después los ingleses ocuparon aquellos altos y me vi obligado a atacarlos de nuevo para volver a tomarlos. [...] Lo más triste de todo es que podría haber capturado a todo el Ejército británico, o a una gran parte del mismo, de manera que la invasión de Inglaterra habría sido entonces facilísima... [Leon Goldensohn, *Las entrevistas de Nuremberg*.]

Uno de los factores —aparte del mal tiempo— que contribuyeron al fracaso de la Luftwaffe en Dunkerque fue la decidida intervención de la aviación de caza británica, que en aquellos días derribó 240 aviones alemanes, perdiendo 177. De

cara al futuro, los alemanes sacaron la conclusión de que la actuación aérea, en solitario, era insuficiente para decidir una victoria en tierra: resultaba imprescindible su colaboración con las fuerzas terrestres. Pero nadie pareció extraer otra lección no menos importante: si la aviación de caza británica estaba más cerca del campo de batalla que la alemana —cosa que ocurrió en Dunkerque, y se repetiría en la batalla de Inglaterra— los aviones de la RAF (Reales Fuerzas Aéreas) eran superiores a los de la Luftwaffe. El rescate de los embolsados en Dunkerque y la eficacia de su aviación de caza serían dos de los argumentos en que se basaría la decisión de Churchill de continuar la guerra.

Hitler, que nada había previsto para la anómala situación de que capitularan todos los países que le habían declarado la guerra salvo el Reino Unido, fue de acá para allá en los siguientes días de aquel victorioso mes de junio mientras esperaba la respuesta británica a sus ofertas de paz. Deambuló por los campos de batalla de la Gran Guerra e identificó alguno de los lugares en los que había vivido y luchado. Luego trató de evadirse tanto del calor del verano como de los actos públicos, estableciéndose en Tannenberg, un cuartel general que le habían preparado en la Selva Negra. No quería regresar a Berlín antes de que su victoria fuese completa, con la paz establecida, cuando pudiera, primero, disfrutar de su inmensa victoria y, a continuación, dedicar todas sus energías a organizar la campaña contra la URSS, su anhelo más profundo, su mayor ambición: derrotar al comunismo y ampliar las fronteras alemanas hacia el este, el *Lebensraum* soñado desde la prisión de Landsberg cuando redactaba *Mein Kampf*, en 1924.

Estuvo en la Selva Negra una semana, con un tiempo de perros. Mientras veía llover ensimismado, esperando, hora tras

hora, la aceptación británica de sus propuestas de paz, tomó decisiones importantes: incorporó Alsacia y Lorena a Alemania, desmovilizó treinta y cinco divisiones para que medio millón de hombres pudiera volver a sus puestos de trabajo, disminuyó la fabricación de municiones en favor de la producción civil, incrementó la construcción de submarinos y de bombarderos J-88... El asunto determinante que le obligó a salir de aquel agujero fue el ataque del 3 de julio de 1940 de la armada británica contra la flota francesa fondeada en la base de Mers el Kebir, en Argelia. La sorprendente agresión ordenada por Churchill, que mató a 1.297 marinos franceses e hirió a 2.000, trataba de impedir que el Gobierno francés del mariscal Pétain, establecido en Vichy, pudiera ceder aquellos buques a Berlín. Hitler entendió el mensaje: Churchill no pensaba aceptar la oferta de paz que le había enviado —y que, pese a todo, seguiría enviándole hasta 1941—, sino proseguir la lucha y, destruyendo aquellos buques, eliminaba toda posible tentación hitleriana de apoderarse de ellos para utilizarlos en una hipotética invasión de Gran Bretaña.

Ante la evidencia, reforzada por los informes de sus servicios secretos, que habían hallado reveladores documentos en Francia sobre los planes británicos para continuar la guerra, Hitler ordenó a Jodl que proyectara las operaciones para atacar directamente a Gran Bretaña; luego, el 6 de julio, regresó a Berlín. El resto del mes lo pasó entre la capital, Munich, Berchtesgaden, Obersalzberg, Weimar, Bayreuth, carcomido por las dudas sobre el peligro inmediato que podía representar la URSS, el problema del abastecimiento de petróleo, la inestabilidad que creaba el avispero balcánico, el peligro de un desembarco británico en Grecia... Y seguía esperando que alguna de sus gestiones diera el esperado resultado: la paz con Inglaterra.

Como ésta no llegara, ordenó que se dispusiera un plan de invasión, cuyos preparativos se efectuaron, sabiendo casi todos los responsables que no se realizaría. En aquellos momentos, una invasión alemana constituiría un suicidio, pues sería barrida en el Canal por la Armada y la Aviación británicas.

Era, pues, prioritario que la Luftwaffe eliminara a la RAF y, luego, dominando el cielo, podría dar cobertura a la invasión... A los especialistas no se les ocultaba que aquella operación, bautizada León Marino (Seelöwe), tenía pocas posibilidades de éxito y de que supondría una sangría para su aviación... Quizá por eso fue Göring tan reticente a la hora de iniciar los bombardeos que, finalmente, comenzaron el 13 de agosto.

Días del águila: misión imposible

Lo que ocurrió en los cuatro meses siguientes, en que se libró lo más crudo de la batalla de Inglaterra, es bien conocido. Alemania no había diseñado una aviación estratégica, sino táctica, fácil de fabricar y muy útil en el campo de batalla. A mediados de los años treinta hubo cierto interés en la construcción de bombarderos de largo radio de acción y Junkers presentó un interesante prototipo, el cuatrimotor Ju-90, con más de 3.000 km de autonomía y capacidad para transportar dos toneladas de bombas. Nunca se construyó porque Göring se negó a defender aquel proyecto ante Hitler. Los motivos del mariscal no podían ser más cegatos: Junkers podía construir cinco bimotores Ju-88 por cada dos Ju-90 y «el Führer no me va a preguntar qué tipo de bombarderos tengo, sino cuántos».

Por eso, ante la batalla de Inglaterra, la Luftwaffe sólo disponía de bombarderos medios, de tres tipos: He-111, Do-17 y

Ju-88, que apenas podían alcanzar la mitad sur del Reino Unido, lanzar una tonelada de bombas y tratar de escapar de la caza británica, ante la que los tres modelos eran muy vulnerables por su escaso armamento. Esa debilidad les obligaba a operar acompañados de cazas, pero los Me. Bf-109 alemanes, competitivos con los Spitfire y los Hurricane británicos, tenían un radio de acción tan limitado que sólo podían protegerles en las misiones más próximas. El caza alemán de largo radio de acción, Me. Bf-110, resultó muy inferior en el combate a los cazas ingleses.



De cualquier forma, el sacrificio de la Luftwaffe hubiera podido tener alguna posibilidad de éxito si se hubiera manejado adecuadamente y respetado los planes trazados: la destrucción de las fuerzas aéreas británicas y el dominio del cielo. El 13 de agosto de 1940 los alemanes disponían de 869 cazas Me. Bf-109, de 268 cazas Me. BF-110; de 969 bombarderos medios y de 336 bombarderos en picado, Stuka, y sus plantillas de vuelo contaban con más de 3.000 pilotos bien instruidos. Pese a las limitaciones expuestas, esa aviación era abismalmente superior a lo que podía oponerle la RAF, que sólo disponía de 620 cazas competitivos y 1.250 pilotos adecuadamente adiestrados.

En las tres primeras semanas de lucha sobre el sur de Inglaterra los británicos lograron una ventaja sobre los alemanes tan abrumadora como engañosa: derribaron 786 aviones y perdieron 478 cazas (538, según otras fuentes). Pero el balance de la jefatura de caza (Fighter Command) del sur de Inglaterra se mostraba pesimista porque sus instalaciones estaban destrozadas y sólo le quedaba un millar de pilotos y, además, mortalmente cansados. En ese tiempo se había incorporado un centenar de pilotos, pero se habían perdido unos 350, a un

promedio de quince al día. Otro mes con pérdidas similares hubiera terminado con la aviación de caza británica y con sus instalaciones del sur del país.

Y entonces ocurrió un hecho fortuito que cambiaría el curso de los acontecimientos. Varios aviones alemanes, despistados por el mal tiempo, soltaron sus bombas sobre Londres. Churchill replicó bombardeando Berlín... algo insignificante, pero Hitler perdió el norte y embistió como un toro herido: ordenó atacar Londres. Cincuenta y siete días de bombardeos soportó la capital británica, en los cuales millares de personas resultaron muertas y heridas y la ciudad quedó cubierta de escombros, pero eso dio un respiro a los cazas británicos y a sus instalaciones. A finales de octubre, las fuerzas aéreas estaban equilibradas, lo que, dado el escenario del combate, otorgaba una enorme ventaja a los que luchaban en casa. Winston Churchill resumiría aquella apabullante victoria de sus pilotos de caza con la conocida frase: «Nunca hasta ahora, en un conflicto, tantos tuvieron que agradecer tanto a tan pocos.» De paso, bien hubiera podido enviar un telegrama de agradecimiento a Hitler y a Göring; a éste, por no haber tratado de construir una aviación estratégica; a aquél, por haber variado de objetivo.

El resultado, en líneas generales, es que la aviación alemana de bombardeo realizó un inmenso sacrificio con frutos decepcionantes: causó importantes destrucciones en las ciudades y millares de víctimas civiles, pero no consiguió neutralizar ni la aviación, ni la marina ni la industria británicas. Aunque aún registraría algunos coletazos, la batalla de Inglaterra terminó el 12 de octubre, cuando el mariscal Wilhelm Keitel, jefe del OKW, ordenaba:

> El Führer ha decidido que hasta la primavera los preparativos de la Operación Seelöwe sean proseguidos con el exclusivo fin de mantener sobre Inglaterra la presión política y militar. Caso de que en la primavera o a principios de verano se reanude el proyecto de desembarco, serán dadas órdenes para nuevos preparativos.

Es decir, se posponía *sine die* la Operación León Marino y, por tanto, la atosigante presión aérea para terminar con la aviación británica ya no tenía sentido. Hitler había perdido la batalla de Inglaterra.



Pero su fracaso era mucho más profundo que esa puntual derrota. Desde junio hasta finales de octubre, Alemania había perdido 1.733 aviones de todo tipo; Gran Bretaña, 915, cazas fundamentalmente. Si materialmente las pérdidas alemanas eran importantes, aunque su industria las compensaría en unos meses, lo fundamental eran las humanas: millar y medio de pilotos experimentados y cuatro mil tripulantes avezados habían muerto, estaban heridos o prisioneros en Gran Bretaña. Las bajas británicas, que materialmente eran poco más de la mitad, no alcanzaban a la cuarta parte en cuanto a pilotos, pues los que no perecían en el derribo podían volver a pilotar días después. Es decir, la caza alemana, muy superior a la británica en el continente al comienzo de la guerra, había perdido esa ventaja. Los bombarderos alemanes habían confirmado su impotencia para la misión imposible que les había sido impuesta. Por el contrario, la aviación estratégica británica, muy poco dañada durante la batalla de Inglaterra, disponía de más aparatos y pilotos que al comienzo de las hostilidades. Las ciudades alemanas lo padecerían de inmediato.

La derrota alemana en los cielos de Inglaterra se demostró inequívocamente a escala universal cuando aviones británicos

penetraron en Alemania, bombardeando Berlín y Hamburgo los días 12 y 16 de noviembre. Hitler no quiso mostrar su debilidad y se negó a aceptar el bofetón: así, ordenó los terribles bombardeos sobre Coventry y Londres de los días 14 y 15, empleando unos 800 aviones en total, que causaron gravísimas destrucciones, aunque a costa de severas pérdidas.

Franco, Pétain, Mussolini

Mientras sus aviones eran derribados con escasísimo fruto militar, Hitler seguía preso de la excitación nerviosa que no le abandonaba desde la victoria sobre Francia. Aparte de que cambiaba su cuartel general de un lugar a otro sin motivo aparente, hubo de realizar numerosos viajes políticos relevantes. En los meses de septiembre-noviembre se trenzó todo el sistema de alianzas alemanas para la guerra. El 27 de septiembre se firmó el pacto tripartito entre Alemania, Italia y Japón, lo que popularmente se llamó Eje Berlín-Roma-Tokio.

El 23 de octubre de 1940, miércoles, Hitler y Franco se entrevistaron en Hendaya. En aquella reunión se jugó la intervención española en la Segunda Guerra Mundial, que no se produjo porque Hitler no cedió ante las demandas de Franco. Existen ciertos puntos oscuros sobre aquel encuentro, pues el principal testigo, Ramón Serrano Suñer —superviviente hasta septiembre de 2003—, la contó varias veces de forma diferente, pero bastante se ha logrado saber por otras fuentes.

La propaganda franquista mostró el encuentro entre Franco y Hitler como una señal de la protección divina que acompañaba al Caudillo. Según aquellas versiones interesadas, habría exigido mil cosas al Führer para que éste, desesperado,

no tuviera más remedio que rechazarlas. De esta forma, España se evitaba la Segunda Guerra Mundial. La documentación del Ministerio de Asuntos Exteriores del III Reich —en parte, corroborada por informes españoles— rechaza esa tesis. La cita estaba concertada para las 15 horas del 23 de octubre de 1940 y allí estaba Hitler, con absoluta puntualidad. Franco llegó con un pequeño retraso a causa del estado calamitoso de las vías y del tren, que era el mismo usado la década anterior por Alfonso XIII. Al parar, el tren dio una fuerte sacudida, que a punto estuvo de arrojar a Franco de cabeza al andén, provocando discretas risitas en algunos alemanes y un monumental enfado del Generalísimo.

La entrevista se desarrolló entre las 15.30 y las 18.05 horas. Tras un descanso, ambos personajes se reunieron para cenar en el tren de Hitler. En ese tiempo, Franco tuvo que soportar los interminables monólogos de Hitler, en los que hablaba del problema del mal tiempo en la batalla de Inglaterra, del coste de la guerra, de su interés en que ésta fuese breve, de la importancia que tendría la unión de Francia a la causa alemana, de las escasas ganancias territoriales que eran previsibles...

Por su parte, Hitler tuvo que aguantar algunas intervenciones de Franco, demandando territorios en el Marruecos francés y rectificaciones fronterizas en el norte de España. Hitler pareció no enterarse de esas peticiones, como el propio general comentó después y como también declaró Serrano Suñer: «Si Hitler hubiese cedido algo en Marruecos, habríamos entrado en la guerra», pero Hitler no le hizo caso alguno porque el III Reich también tenía aspiraciones en la zona y, sobre todo, porque en ese momento estaba más interesado en las buenas relaciones con el mariscal Pétain, jefe del Estado de la Francia no ocupada, con el que se iba a entrevistar al día

siguiente. Por otro lado, Madrid necesitaba tantas armas, combustible y alimentos que Berlín estimó demasiado cara aquella colaboración; además, a aquellas alturas, la situación bélica suscitaba tantas dudas que Franco no estaba dispuesto a ofrecer a Hitler un cheque en blanco.

El 24 de octubre Hitler se entrevistó con Pétain en Montoire. El Führer, que admiraba el prestigio militar del anciano mariscal, renunció aquel día a su habitual altivez y cosechó un revés en sus pretensiones de que Francia entrara en guerra contra Gran Bretaña. Confiaba, ingenuamente, Hitler en que los ataques británicos contra las bases navales francesas de Mers el Kebir y Dakar y la deserción de algunas colonias de la dependencia del régimen de Vichy —que se habían pasado a la Francia Libre de De Gaulle— serían agravios suficientes para que el presidente Pétain declarara la guerra a su antiguo aliado. El mariscal, con frialdad —con altivez según algunos—, se mostró absolutamente claro: Francia no combatiría contra Gran Bretaña. Ahora bien, tras aquella entrevista también dijo: «Hoy tomo la vía de la colaboración.» Esa colaboración, como ha demostrado Philippe Burrin (*Francia bajo la ocupación nazi, 1940-1944*), por interés nacional, material o ideológico alcanzó a la mayoría de los franceses y a sus recursos. Francia, al menos durante los dos primeros años de guerra, colaboró con el III Reich con su trabajo, su industria y su agricultura. Es decir, la situación británica empeoraba, pues Hitler no sólo disponía de los grandes recursos del Pacto de Acero (Alemania e Italia), sino de los de los países ocupados: Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Países Bajos, Bélgica y Francia. El problema del Führer es que no supo emplearlos adecuadamente y que, políticamente, sus relaciones con Mussolini fueron una auténtica calamidad.

No le dio tiempo a Hitler a regresar a Berlín cuando fue informado de que Italia se aprestaba a invadir Grecia. Corrió de inmediato para entrevistarse con el Duce, pero cuando, a las 10 de la mañana del 28 de octubre, su tren llegó a la estación de Florencia, halló a un alborozado Mussolini que, como saludo, le comunicó: «Führer, esta mañana, al amanecer, las tropas italianas han cruzado victoriosamente la frontera greco-albanesa.» Hitler casi se desmaya: había ocurrido lo peor que en aquellos momentos le podía suceder al Eje: abrir un nuevo frente bélico, proporcionando a Gran Bretaña un teatro continental de operaciones. Pero el ataque italiano contra Grecia, que sería un desastre y forzaría a una intervención alemana en socorro de su aliado, era consecuencia directa de los errores de Hitler tras su victoria en Francia. En vez de acometer la aconsejada campaña mediterránea, en leal alianza con Mussolini, tratando de unificar las potencialidades de ambos y sin dar un momento de respiro a Gran Bretaña, Hitler menospreció ese escenario, quizá para marginar a Italia de las fases decisivas de la guerra.



Hitler apreciaba a Mussolini, pero no a su país, de cuya lealtad dudaba —los militares alemanes no podían olvidar la defección italiana de 1915, cambiando de bando y creándoles el inesperado frente alpino— y sobre cuya capacidad industrial y militar tenía justificada desconfianza.

Por eso, mientras se reservaba los grandes asuntos de la guerra, entretenía a su aliado en lo que se llamó la «guerra paralela», es decir, entregó a Mussolini el escenario mediterráneo suponiendo que el Duce se las arreglaría para terminar con los británicos tanto en el norte de África como en la guerra naval. No era eso lo que ambicionaba Mussolini, que en vez de entregarse sin reservas a esa guerra jugó otras cartas,

como sus intereses en los Balcanes: se apoderó de Albania y pretendió atacar Yugoslavia, tropezando con la expresa prohibición de Hitler.

Mostrando su inutilidad como conductor de la guerra, Mussolini daba un paso adelante y otro atrás. Quiso ganar en el norte de África, pero se reservó dos tercios de su ejército y medios para sus proyectos continentales, lo que determinó su atascamiento en el desierto. Le hubiera gustado borrar a los británicos en el Mediterráneo, pero empleó su flota del peor modo posible: nunca con visión estratégica, nunca en grandes operaciones, relegándola, preferentemente, a la protección de los convoyes a África. Pocas veces dio órdenes sensatas, claras y terminantes, y casi nunca le brindó el apoyo decidido de la Aviación... Por cierto, tan mal adiestrada para colaborar con la Flota que, en aquellos primeros meses de la guerra, arrojó tantas bombas sobre sus propios buques como sobre los británicos. El ministro italiano de Asuntos Exteriores, Galeazzo Ciano, anotaba en su diario: «La verdadera polémica en cuanto a la guerra naval no tiene lugar entre los ingleses y nosotros, sino entre la marina y la aviación.»

Resumiendo. En lo político, Italia se debatía entre el descontento y la desconfianza respecto a su aliado; en lo militar, su actuación oscilaba entre la incompetencia, la impotencia y los grandes sueños imperiales. Así, cuando Hitler ocupó Rumania, tratando de proteger sus suministros petrolíferos, hipotéticamente bajo amenaza soviética, Mussolini montó en cólera, tanto porque su aliado nada le había dicho como porque tenía apetitos expansivos sobre aquella zona. El conde Ciano anotaba en su diario que, el 13 de octubre, halló a su suegro indignado con Hitler: «Me pone siempre ante el hecho consumado. Esta vez voy a pagarle con la misma moneda. Se

enterará por los periódicos de que he ocupado Grecia. Así se restablecerá el equilibrio.»

El pomposo Pactò de Acero nazi-fascista estaba tan minado por la carcoma que suscitaba la risa en Gran Bretaña. Las mutuas deslealtades, la desconfianza recíproca, la imposible planificación conjunta, la impericia militar del ejército mussoliniano, el desprecio alemán ante la evidente inferioridad material de sus socios, el orgullo italiano herido, hacían que aquello fuera más una jaula de grillos que una alianza seria y firme para la victoria.

Un visitante incómodo

Mientras la campaña italiana en Grecia se revelaba como un auténtico desastre y mientras los biplanos del portaaviones británico *Illustrius* ponían fuera de combate a la mitad de la Flota italiana en su base de Tarento, el 12 de noviembre de 1940 llegó a Berlín Viacheslav Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de la URSS. Hitler deseaba ampliar los acuerdos de colaboración del Pacto Germano-soviético de agosto de 1939. No pedía a Moscú que entrara en guerra junto con Alemania, pero sí que reafirmara los acuerdos e incrementara las ventas de materias primas al III Reich, fundamentalmente de combustible.

Molotov, que fue testigo de las incursiones aéreas británicas sobre Berlín y estaba al corriente de la catastrófica «guerra paralela de Italia», no tenía nada claro que la victoria germana contra los británicos fuera tan inminente como le aseguraba su colega alemán, Joachim von Ribbentrop, de modo que sostuvo con obstinación las exigencias soviéticas: Finlandia, manos

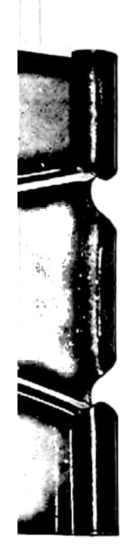
libres en los Balcanes, acceso al Mediterráneo por el mar Negro, suspensión de las garantías alemanas a Rumania y la firma de un pacto de no agresión con Bulgaria que permitiera el establecimiento de bases soviéticas en aquel país.

El Führer rechazó todas y cada una de tales peticiones, pero dejó ver que no se opondría a la expansión del Imperio soviético a costa de Persia y la India, por donde la URSS podría alcanzar las aguas del océano Índico. Desde luego, esto era tentador, pero el astuto Josif Stalin sabía que Gran Bretaña y EE.UU. estaban a punto de cerrar un acuerdo y estaba convencido de que, a la larga, los norteamericanos se implicarían en la guerra (Roosevelt, en efecto, anunciaría el principio del acuerdo sobre la Ley de Préstamo y Arriendo a Gran Bretaña en diciembre de 1940 y un año más tarde ya era beligerante). El dictador soviético advertía que aquellas concesiones seguramente se convertirían en regalos envenenados y cursó instrucciones a Molotov para que diera largas a las demandas alemanas hasta que se produjera la pretendida victoria del III Reich sobre Gran Bretaña y, de momento, reiterara las demandas que había expuesto ya en Berlín.

Hitler comenzó a impacientarse, a considerar a Molotov un insolente que no reconocía al nuevo dueño de Europa y a pensar que Stalin necesitaba una lección. Si desde siempre había deseado atacar a la URSS para exterminar el comunismo y ganar para Alemania el espacio vital —nada más firmar el armisticio con Francia había comenzado a pedir planes para atacar la URSS—, tras la visita y las demandas de Molotov creyó que debía apresurarse. Si algo faltaba para decidirle, terminaron de convencerle las indiscreciones de Molotov en una cena ofrecida a Von Ribbentrop en su embajada de Berlín: El ministro soviético precisó los intereses de la URSS en el

Báltico, en Suecia y la posibilidad de negociar con Alemania la concesión de bases en Dinamarca. En el cerebro de Hitler sonaron todas las alarmas: la URSS no sólo era una amenaza en el este del Reich, sino que también pretendía serlo en el norte.

Apenas Molotov abandonó Berlín, Hitler comenzó a hablar del ataque inminente contra la URSS. Raeder y Göring trataron de contenerle, apremiándole para que primero solucionara el problema británico. Es imposible saber si, al fin, hubieran podido imponer prioridad tan lógica, pero no tuvieron tiempo. A finales de noviembre Stalin envió al canciller nazi un memorándum en el que aceptaba las propuestas alemanas para un reparto del Imperio británico, pero reiteraba que también deseaba ver satisfechas sus restantes peticiones. Hitler no respondió y, mientras en Moscú suponían que se lo estaba pensando para iniciar un regateo, dictó su directiva número 21, fechada el 18 de diciembre de 1940: «Las fuerzas armadas alemanas deben estar preparadas, incluso antes de que termine la guerra contra Inglaterra, para aplastar a la Rusia soviética en una rápida campaña [...].» Aunque no proponía una fecha concreta, se decía en aquel documento secreto que los preparativos deberían haber concluido el 15 de mayo de 1941.



Aquel otoño de 1940, aunque aún refulgirían las armas alemanas durante muchos meses, Hitler había tomado la decisión de causarle a su país la más espantosa derrota de toda su historia y, sin embargo, había tenido la victoria al alcance de la mano; más aún: aunque en peores condiciones que en julio, quizá aún estaba a tiempo de vencer. La clave podría haber sido la puesta en marcha de la Operación Félix.

La oportunidad perdida: Operación Félix

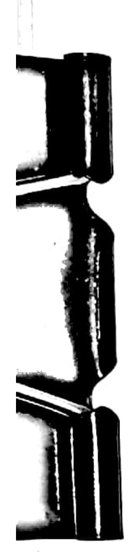
Alfred Jodl, aquel atildado, meticuloso e inteligente planificador militar, no creía en León Marino, pero sabía que lo más contraproducente que podía hacerse frente a Hitler era llevarle la contraria y lo más sagaz, inducirle a interesarse por planes coherentes que luego pudiera presentar como suyos. Por eso, en julio de 1940, cuando se le ordenó planificar cuidadosamente el ataque contra las islas Británicas, obedeció las órdenes, pero también puso ante Hitler otra posibilidad: convertir el Mediterráneo en un lago germano-italiano, ocupando sus dos extremos, Gibraltar y el canal de Suez (el embrión de lo que luego se denominaría Operación Félix). Cuando se lo dijeron a Mussolini se mostró encantado con el proyecto y se dispuso a preparar la toma de Egipto a partir del 6 de septiembre, asunto que, según su yerno y ministro de Exteriores, Ciano, le «tenía totalmente ocupado».

Realmente, no era la primera vez que los planificadores nazis se ocupaban más o menos profundamente de aquel asunto. Antes de la guerra ya circulaba por las altas esferas nazis el llamado Mittelafrika Projekt, que resumía los intereses de Hitler en el continente africano y en el Atlántico. Pensaba dotar al III Reich de un cinturón colonial que partiría África desde el Camerún hasta Somalia; y de un gran territorio más al sur: el África del suroeste (Namibia). Es decir, el Führer, que cuando trataba de acercarse a Inglaterra aparentaba desinterés por África, realmente pretendía la recuperación de las antiguas colonias alemanas multiplicadas por tres, a costa de belgas, franceses y británicos.

Aparte de codiciar las materias primas y la posición estratégica sobre los océanos Atlántico e Índico que tales

posesiones conferirían a Alemania, Hitler aspiraba tanto a contrarrestar el empuje expansivo de EE.UU. como a poner un lazo corredizo en torno al cuello de Gran Bretaña. Si ya con las mencionadas aspiraciones sería suficiente para controlar las rutas entre Europa y Asia, el sueño nazi se ensanchaba con el establecimiento de bases militares y puertos comerciales en el Marruecos francés y en las islas Canarias.

Sólo era una hipótesis remota subordinada siempre a la histórica conquista de los territorios del este. Pero tras la victoria en Francia, una parte de ese proyecto sureño se convertiría en el Plan Félix, que rodó durante dos años por encima de las mesas del Estado Mayor y de la Cancillería, sufriendo modificaciones y ramificaciones. Su propósito era claro: «Implicar a la península Ibérica (y sus archipiélagos) en el gran teatro de la guerra conducida por las potencias del Eje y expulsar a la flota inglesa del Mediterráneo occidental.» Las operaciones concretas que contemplaba eran la ocupación de Gibraltar; la instalación en el vértice Mediterráneo-Atlántico de tres divisiones motorizadas; ocupación de Portugal si no se avenía a la colaboración con Alemania y optaba por inclinarse hacia Gran Bretaña; instalación en la península Ibérica de bases navales y aéreas y fortificación de los puntos más vulnerables con baterías costeras y antiaéreas. La Operación Félix, que luego se denominaría Isabella, terminó ampliando sus objetivos a las islas Madeira y Azores. El proyecto, que se convertiría en un mero «sueño» con el transcurso de los meses, hubiera sido realizable, por lo menos en sus objetivos iniciales, en el verano de 1940.



Los pocos generales alemanes que estaban al tanto de tal hipótesis se mostraron convencidos tanto de su viabilidad como de su eficacia. Wilhelm Keitel, jefe del OKW, estimaba

que «tomar El Cairo era más importante que conquistar Londres» y el jefe de la Marina, Erich Raeder, recomendaba:

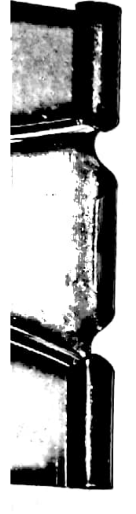
> [...] los preparativos de esta operación deben iniciarse de inmediato para que puedan efectuarse enseguida, antes de que EE.UU. pueda intervenir en el conflicto. No se trata de una operación de importancia secundaria, sino de uno de los golpes más eficaces que se puedan descargar contra Inglaterra.

Uno de los más prestigiosos historiadores de la Marina de guerra alemana, el vicealmirante Friedrich Oskar Ruge —con gran experiencia en el Báltico y en el Mediterráneo durante la Segunda Guerra Mundial y, luego, al frente de la Marina de la RFA y de la OTAN— comenta:

> Si Alemania lograba que España entrara en el Eje, el Mediterráneo quedaría en su poder; se convertiría en la estación de maniobras del sur de Europa y se haría del gran desierto del Sáhara un serio obstáculo neutral, de modo que sólo debían ocuparse por la fuerza las dos posiciones cuñas, Gibraltar y Suez. Un grupo de choque de reserva central podría, en caso necesario, desplazarse fácilmente hacia la entrada occidental o la del este para conjurar cualquier amenaza. Las fuerzas de la marina de guerra italiana podrían aparecer tanto en el Atlántico como en el océano Índico. Había que tener en cuenta que Inglaterra, en todas sus guerras, había mantenido siempre, incluso a costa de utilizar grandes medios, el predominio en el Mediterráneo [*Der Seekrieg*].

El general J. F. C. Fuller, prestigioso comentarista militar británico, es aún más contundente que los propios jefes alemanes en los efectos del Proyecto Félix:

Estratégicamente esto era así porque Egipto significaba el centro de las comunicaciones imperiales inglesas y su única base naval situada a distancia tan escasa de Europa que podía ser atacada desde ésta. Si Egipto y Gibraltar eran conquistados, el Mediterráneo quedaría convertido en un lago italiano. Se inmovilizaría a los turcos y quedaría abierto el camino hacia Rusia por Armenia y Georgia. Finalmente, Inglaterra quedaría reducida a tan desesperante situación que el ferviente deseo de ayuda americano quedaría reducido a cero. Caso de lograrse tal situación, Inglaterra no tendría más remedio que aceptar una paz negociada, ya que sin la ayuda económica norteamericana no podría continuar la lucha [*Batallas decisivas del Mundo Occidental*].



El caso es tan claro que precisa poco desarrollo más. Convencer a Franco el día de la capitulación de Francia le hubiera costado muy poco a Hitler: ciertas promesas territoriales y las armas para que se convirtiera en un aliado útil; tomar Gibraltar e instalar bases aéreas y submarinas en el noroeste y suroeste español y, sobre todo, en las Canarias, hubiera sido militarmente sencillo y mortal para las rutas británicas de comunicación con sus colonias de Asia y África e, incluso, muy amenazadoras para sus comunicaciones con América. Apoderarse de la base inglesa de Malta tampoco hubiera sido muy difícil, como demostraron los alemanes en Creta, en circunstancias más complicadas. De esta opinión han participado numerosos analistas e historiadores, como, recientemente, Williamson Murray y Allan R. Millet:

Las bases españolas en las Canarias y la toma de Gibraltar hubieran mejorado mucho la posición del Reich en un

momento en que poco hubieran podido hacer los ingleses para responder a ella. Pero, convencidos de que la guerra había terminado y con escasos deseos de repartirse el botín con Franco y Mussolini, los alemanes siguieron mostrándose indiferentes [*La guerra que había que ganar*].

Y si lo probable es que, en ese caso, Londres hubiera negociado una paz honorable, que Hitler hubiese estado encantado de brindarle, también lo es que la posterior campaña de la URSS hubiese sido totalmente distinta.

Si la Operación Félix se hubiera realizado en julio-agosto de 1940 el Eje se hubiera ahorrado campañas de tanto desgaste como las campañas de Inglaterra, Grecia, Balcanes y, sobre todo, norte de África. Los ejércitos allí utilizados, perdidos o entretenidos —más de un millón de hombres y millares de carros, aviones y vehículos y millones de toneladas de munición, combustible y pertrechos— hubieran podido ser decisivos en el primer año de la campaña de Rusia... Que también habría sido amenazada por el sur. ¿Qué hubiera hecho Turquía en ese caso? No es disparatado suponer que se hubiese unido al Eje, con previsibles efectos nefastos para la URSS en el Cáucaso.

Estas hipótesis no dejan de ser historia virtual, pues lo ocurrido en el verano-otoño de 1940 tiene poco que ver con toda esa argumentación, pero no se trata de una fantasía actual, sino de planes manejados por Hitler y su OKW y desechados o pospuestos por razones, a veces, absurdas.

Cuando se firmó el armisticio de Compiègne, el 22 de junio, Hitler tenía la victoria al alcance de la mano, pero él creyó, sencillamente, que la guerra había terminado y, pese a los planes y dictámenes de sus consejeros, no logró ver la

realidad y perdió absurdamente el tiempo, y sus decisiones, una tras otra, hicieron el juego a su único enemigo en liza, Winston Churchill. Al respecto, como comenta el historiador británico Michael Alpert, Churchill había estudiado bien a Hitler y estaba seguro de que cometería errores en la conducción de la guerra, por lo que bastaba esperarlos y aprovecharlos. Entre los expertos que vivieron aquel momento de la guerra, merece destacarse la opinión del general Weygand, el último comandante en jefe francés antes de la capitulación, expresada tres semanas después de ésta al observar la inactividad alemana: «No estoy seguro de la victoria de Inglaterra, pero, desde luego, ya no creo en la de Alemania.» ¿Hubiera pensado lo mismo si a aquellas horas la marina británica hubiera sido expulsada del Mediterráneo?



Más contundente es aún el análisis del mencionado vicealmirante Ruge:

> Hitler [...] no tenía ni la menor idea de cómo debería proceder ulteriormente; en todo caso, no hizo nada para examinar la situación con sus consejeros políticos y militares ni antes de la campaña, ni durante las semanas en que ya era visible la derrota francesa. [...] Estaba persuadido de que la guerra se ganaría pronto y hacía proyectos para discursos de victoria y entradas triunfales, en vez de planes para el curso de la guerra y para desarrollar su relación con Francia. Así, desaprovechó el armisticio y permitió que se creara un vacío político-militar en el verano de 1940, con completo desconocimiento de la fuerza que conservaba en sus manos el adversario. [...] Alemania ya no recuperaría los meses desperdiciados en el verano de 1940. Fue entonces cuando los alemanes perdieron la guerra: con el ejército inactivo, la aviación sufriendo su Verdún (en la batalla de

Inglaterra) y el Gobierno descuidando dirigir exclusivamente todo el peso de la política, del armamento, de la lucha, incluidos los italianos, contra la posición marítima de Inglaterra [*Der Seekrieg*].

Pero, ¿por qué Hitler no fue capaz de aprovechar la oportunidad, que sus asesores le pusieron ante las narices?

• Primero, porque no había previsto la situación.

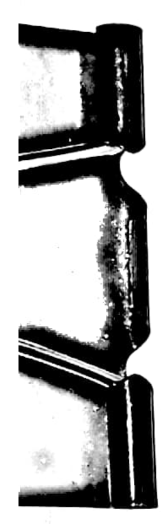
• Segundo, porque su interés primordial se hallaba en la expansión hacia el este y en la consecución de algunas colonias africanas, por lo pronto las que habían sido alemanas hasta su derrota en la Gran Guerra (Mittelafrika Projekt pertenecía al grupo de las aspiraciones nazis a largo plazo). Eso requería, primero, paz con Londres para tener las manos libres frente a la URSS y, respecto a las colonias, acuerdo con Inglaterra porque sin el dominio del mar los intereses africanos del Reich serían irrealizables. En Hendaya le habló a Franco de este asunto, fantaseando sobre las posibilidades de penetrar en el corazón de África para expulsar a los británicos de sus colonias mediante ejércitos blindados, partiendo de la fachada norte del continente, y Franco le replicó con buen criterio:

> [La penetración] hasta la frontera del desierto es posible, pero el África central seguirá protegida por la banda desértica contra todos los grandes avances terrestres, exactamente como una isla por el mar. Yo he combatido mucho en África y sé lo que digo [*Historia controvertida de la Segunda Guerra Mundial*].

• Tercero, porque aquel proyecto hubiera destrozado al Imperio británico, «un factor importante de equilibrio en el

mundo», en palabras de Hitler, y lo hubiera destruido como potencia colonial, cuestión que el líder nazi, imbuido en la supremacía blanca, no estaba interesado, sobre todo, como le comentó a Göbbels, porque sus restos no terminarían en manos alemanas, sino en poder norteamericano, japonés o soviético.

Realmente, son poco creíbles tales principios en aquel personaje; es mucho más plausible que lo que realmente pretendía era la sumisión británica, bajo un gobierno títere, por ejemplo como el de Quisling en Noruega. Según Churchill, la de Hitler



> [...] no era una oferta de paz, sino un intento de lograr que Gran Bretaña renunciara a todo aquello por cuya defensa había entrado en guerra» [*La segunda guerra mundial*].

O, como recoge el historiador Ian Kershaw,

> Inglaterra se convertiría en un Estado vasallo del imperio de Hitler. [...] Se formaría, sin duda, un gobierno proalemán para hacer la paz y para que pudiese presentar a una nación destrozada o hambrienta una defensa casi irresistible de la sumisión absoluta a la voluntad nazi [carta de Roosevelt, 18 de junio de 1940].

• Cuarto, porque hubiera brindado un peso extraordinario en la guerra al aliado italiano —cargado de ambiciones imperialistas, tanto en África como en el sur de Europa— hacia el que Hitler sostenía opiniones, en general despectivas, según ya se ha dicho.

• Quinto, y último, respecto a España, porque no quería repartir el pastel africano con Franco, de cuya capacidad des-

confiaba, ni proporcionarle la gran cantidad de medios militares y suministros de todo tipo imprescindibles para que el aliado español hubiera podido ser operativamente útil.

Con todo, la superioridad alemana aún era abismal en el otoño de 1940 y, quizá, el Plan Félix y sus prometedores resultados aún hubiera sido posible entonces e, incluso, Hitler lo intentó tímidamente cuando advirtió que no tenía otra solución que apoyar a Italia en la campaña de Grecia para evitar su derrota. El 19 de noviembre recibió a Serrano Suñer en Berchtesgaden y le expuso el Plan Félix, incluso le adelantó que se estaba formando el grupo de combate motorizado Gross Deutschland, que recibiría el adiestramiento adecuado para tomar la base de Gibraltar. Pero nada logró del ministro español, que tenía órdenes muy concretas de cerrarse en banda si Hitler no aceptaba las demandas coloniales españolas ni satisfacía sus necesidades alimenticias y armamentísticas.

En el curso de esta conversación Hitler manifestó a Serrano su preocupación por la posibilidad de que Londres estuviera pensando un ataque por sorpresa contra las Canarias. Según el historiador Víctor Morales Lezcano, el Führer dijo: «Hay que poner antiaéreos en los aeródromos de Canarias, y llevar allí a los Stukas, única manera de alejar definitivamente de las islas a la escuadra enemiga.» A lo que Serrano Suñer respondió, con evidente exageración: «Hay en el archipiélago guarniciones de tanta calidad que si el momento llega, harán de cada isla un alcázar.»

Madrid aún creía que el Eje podría ganar la guerra, pero Franco y sus consejeros consideraban que no sería ya un paseo militar: lo ocurrido en los cielos británicos, en Tarento y en Grecia evidenciaba las limitaciones alemanas y, sobre todo, las

italianas. Pero Hitler no estaba dispuesto a conceder nada y, como siempre que tropezaba con un obstáculo, buscaba la mejor manera de soslayarlo o de olvidarlo. Archivó, por el momento, el Plan Félix y se ocupó de activar los preparativos militares contra la URSS, la inminente campaña contra Grecia, la confrontación con Inglaterra, los problemas que suscitaba la inestabilidad balcánica y, a mediados de diciembre, la desastrosa actuación italiana en el norte de África, cuyas tropas fueron aplastadas por los británicos en Sidi Barrani... De pronto, sin haber resuelto el problema británico, Hitler se halló implicado militarmente en ambas riberas del Mediterráneo, y eso mientras preparaba su ofensiva contra la URSS.



Las expectativas alemanas de una victoria inmediata se esfumaron. Aún volvió sobre el Plan Félix en diciembre, pero el almirante Canaris no pudo convencer a Franco de que abriera la frontera, el 8 de febrero de 1941, a un ejército especializado al mando del mariscal Reichenau. Se trataba de cinco divisiones blindadas o mecanizadas y una de montaña, acompañadas por 200 cañones pesados, un mortero Thor (que lanzaba proyectiles de 2.200 kilos), una brigada de fuerzas especiales —que con un centenar de lanchas fueraborda asaltaría el Peñón desde el mar— y todo ello bajo el apoyo de 200 Stukas de bombardeo en picado y un centenar de cazas. Pero era tarde. Franco ya estaba al corriente de la Ley de Préstamo y Arriendo y rechazaba el tremendo riesgo de la guerra si no se satisfacían todas sus demandas.

Hitler encomendó a Mussolini la misión de convencer a Franco y es muy posible que lo hubiera podido conseguir durante la entrevista de Bordighera si se hubiese empleado a fondo, pasando las cuentas del apoyo que le había prestado durante la Guerra Civil y ofreciéndole algo de lo mucho que

España necesitaba... No lo hizo, y siempre se ha pensado que eso se debió a la propia insensatez de Mussolini respecto a la verdadera fuerza de Italia y a su deseo de no compartir el control de la política mediterránea. El Duce suponía, con todo fundamento, que tendría que llegar a cierto reparto con Franco y temía, sobre todo, que si Hitler controlaba Gibraltar, lo convertiría irremisiblemente en un mero comparsa también en el Mare Nostrum.

Uno de los curiosos pretextos que Franco le dio a Mussolini para rechazar la propuesta alemana fue que Gibraltar era una espina histórica que tendrían que quitarse los propios españoles... Al respecto, Hitler le comentó, divertido, a Mussolini: «La declaración de Franco de que el ataque a Gibraltar lo deberían realizar tropas españolas debe ser tomada sólo como un medio gracioso de exagerar la fuerza y el potencial ofensivo del ejército español.» Hitler se equivocaba al juzgar al taimado Franco: aquel argumento era un pretexto para no implicarse, vistos los desastres italianos en Grecia, Libia y el Mediterráneo... Eso no hubiera ocurrido si el ejército de Reichenau hubiese estado listo para intervenir a finales de junio de 1940.

El Plan Félix aún daría nuevos coletazos, con una u otra forma, pero ya era demasiado tarde.



Capítulo II

Tiempo de espejismos

«La realidad es que Alemania, para bien o para mal, está ligada a Mussolini. [...] A la larga sólo se puede hacer historia mediante la lealtad.» Hitler hacía este comentario a comienzos de 1941, cuando la Wehrmacht preparaba dos ejércitos para sacar a los italianos del atolladero en que se hallaban en Grecia y Libia. Frente a Gran Bretaña, la política de Hitler era entonces agotarla mediante la destrucción de su tráfico naval y los ataques aéreos selectivos contra su industria... Y lo estaba consiguiendo. La situación en el Reino Unido era, a finales de 1940 y comienzos de 1941, muy preocupante; llegaban a sus puertos un promedio inferior a las 800.000 toneladas semanales de suministros y materias primas, cuando precisaba algo más de un millón. De julio a diciembre de 1940, los alemanes habían hundido 285 buques, con un registro de 1.470.388 toneladas, a los que deben unirse doble número de barcos averiados, que a comienzos de la primavera de 1941 se hallaban en los puertos británicos a la espera de las adecuadas reparaciones. Churchill muestra en sus Memorias la angustia que le provocaba esta situación:

> Día y noche mi pensamiento no se apartaba de este problema aterrador. A estas alturas, mi única esperanza de una victoria segura dependía de nuestra capacidad para librar una batalla larga e indefinida hasta conseguir una abrumadora superioridad aérea y, probablemente, que otras potencias se pusieran a nuestro lado. Este peligro vital para nuestras líneas vitales me carcomía las entrañas.

Hitler, por tanto, se podía permitir la cómoda planificación de las operaciones de Grecia y norte de África y, mientras, seguir los informes de los preparativos del ejército que invadiría la URSS. Hubiera estado menos satisfecho de haber sabido lo que le esperaba en la URSS y lo que se cocía en el Atlántico: a mediados de enero visitó a Churchill el consejero presidencial norteamericano Harry Hopkins, y le alentó a proseguir la lucha:



> El presidente [Roosevelt] tiene muy claro que vamos a ganar la guerra juntos. No existe duda alguna al respecto. [...] Me ha enviado para decirle que, a toda costa y por todos los medios, lo ayudará a salir adelante sin importarle las consecuencias. No hay nada que no esté dispuesto a hacer dentro de sus posibilidades. [*La segunda guerra mundial.*]

Ese apoyo se notaría enseguida gracias a la Ley de Préstamo y Arriendo, en la cesión de cincuenta destructores —un tanto anticuados, pero útiles para la protección de convoyes—, la escolta a la navegación mercante británica durante una parte del trayecto entre EE.UU. y Europa por la Marina USA, el suministro de varios millares de cañones anticarro, medio millón de fusiles y grandes cantidades de munición.

Con todo, la estrella de Hitler seguía brillando. En febrero de 1941 llegaba el general Erwin Rommel a Trípoli, con parte de un cuerpo expedicionario denominado Afrika-Korps, compuesto por dos divisiones que tendrían el apoyo de otras dos italianas. Un mes después, Rommel pasaba al contraataque, logrando resultados que iban mucho más lejos de las expectativas más optimistas y del alcance de la misión programada en Berlín. La audacia y capacidad de Rommel converti-

rían una operación de mero apuntalamiento de Italia en una campaña de relieve en la Segunda Guerra Mundial. Al tiempo, Hitler decidió intervenir en Yugoslavia y, de paso, desarboló Grecia, que combatía con el apoyo de 62.000 británicos. La campaña balcánica le costó a Berlín tres semanas y menos de siete mil bajas, pero con un sensible desgaste de material, municiones y combustible.

Y la guerra proseguía en otros frentes. Los italianos capitulaban ante los ingleses en Etiopía; los alemanes se resarcían apoderándose de Creta; la Kriegsmarine se apuntaba un gran éxito cuando el *Bismarck* hundió el *Hood* y experimentó un importante revés cuando, días después, perdió su gran acorazado. Con todo, la guerra contra el tráfico naval británico seguía siendo favorable para Alemania: en el primer semestre de 1941 destruyó cerca de un millar de mercantes con un registro bruto de tres millones de toneladas. Hasta que Hitler la necesitó en la URSS, la Luftwaffe bombardeó los puertos británicos sin cesar, ocasionando gravísimas pérdidas en sus tinglados portuarios, almacenes y buques mercantes, tanto que el historiador naval británico S.W. Roskill se preguntaba en los años cincuenta:

> ¿Habría podido sobrevivir nuestro país si, en lugar de atacar Rusia, Hitler hubiera concentrado todo su poderío aéreo contra nuestros puertos comerciales, nuestros depósitos portuarios, nuestros estuarios, nuestra navegación costera? [...] Una grave e incontestable pregunta. [*The War at Sea.*]

Pero Hitler se caracterizaba por la precipitación, la inconstancia, la impaciencia, la búsqueda de resultados concluyentes e inmediatos, sin permitir que las operaciones planificadas terminaran su desarrollo. Por eso permitió que las escua-

dras británicas siguieran dominando el Mediterráneo desde sus bases de Gibraltar, Malta, Chipre y Alejandría. Eso ocasionó que Rommel se viera obligado a retroceder hacia su posición de partida por falta de suministros y refuerzos: los británicos —operando desde Malta y Alejandría— hundieron, entre abril y mayo de 1941, dos docenas de cargueros y transportes de tropas destinados al Afrika-Korps. Esa impaciencia e inconstancia ocasionaron, también, que Hitler soltara la presa cuando estaba dando fruto su acoso aéreo a los puertos, amenazando con el colapso la situación de los suministros británicos.

Barbarroja: Hitler se atraganta

A las 4 de la madrugada del 22 de junio, 2.000 cañones alemanes abrieron fuego, a lo largo de más de 2.000 km, contra las líneas soviéticas y 3.000 carros de combate encendieron sus motores para iniciar el ataque al alba. Había empezado la Operación Barbarroja, la conquista de Rusia, el sueño cumbre de Hitler. Y había comenzado tomando totalmente por sorpresa a los soviéticos.

Un capitán cuya unidad se hallaba en primera línea saltaba espantado de su catre de campaña y telefoneaba al Estado Mayor de la división, en retaguardia, a 40 km de distancia:

> —¡Mi coronel, nos atacan los alemanes!
>
> —¡Eso es imposible! ¡Usted está borracho! ¡Vayase a dormir y déjeme en paz!

En Brest-Litovsk, el general Blumentritt, jefe del Estado Mayor del 4º Ejército alemán, anotaba: «Nuestra artillería esta-

ba en acción y, tranquilo, el expreso Berlín-Moscú proseguía sin incidentes su larga marcha.» El servicio alemán de escuchas reía ante el desconcierto que captaba en las líneas telefónicas soviéticas. Una posición de vanguardia telefoneaba a la jefatura de su división:

—¡Los alemanes nos disparan! ¿Qué hacemos?

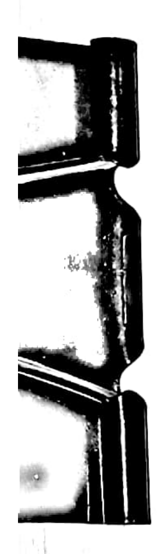
—¿Pero es que estáis locos? ¿Por qué no está cifrado vuestro mensaje?...

El avance alemán fue prodigiosamente rápido gracias al factor sorpresa, al inicial desconcierto soviético, a la excelente técnica militar bien ensayada en Polonia, Francia y los Balcanes, al dominio absoluto del aire, a la superioridad en la guerra de blindados... En la primera semana de ofensiva, los ejércitos alemanes penetraron más de 200 km en las líneas soviéticas y se apoderaron del cielo. Seis semanas después, el avance era de 500 km. A los dos meses del comienzo de Barbarroja, las Panzerdivisionen habían eliminado dos tercios de los blindados soviéticos y avanzado 700 km: Moscú, a unos 300 km de distancia, parecía al alcance de la zarpa de Hitler...

Y en ese momento, la impaciencia, la inconstancia, la falta de método del dictador nazi, le llevaron a cometer un gravísimo error: el 21 de agosto ordenó cambiar el objetivo, Moscú, dando prioridad a las operaciones en el norte y en el sur. Creía que la toma de Moscú y de su gran región industrial revestía menos importancia que la unión en el norte con los finlandeses y, en el sur, el control de la cuenca carbonífera del Donets, el corte de los suministros que Stalin recibía del Cáucaso y la ocupación de Ucrania, tanto para evitar que desde allí pudieran atacar la aviación soviética los pozos

petrolíferos de Rumania como para hacerse con sus cosechas de cereales.

El mariscal en jefe de Barbarroja, Walter von Brauchitsch, sufrió un amago de infarto al conocer la orden. El jefe del Estado Mayor, Franz Halder, lloró desconsoladamente. Fedor von Bock, jefe del grupo de ejércitos centro, que apuntaba hacia Moscú, protestó inútilmente y, ante el rechazo de Hitler, le envió al general Heinz Guderian, el artífice del arma acorazada alemana, para que tratara de hacerle cambiar de opinión. Guderian, uno de los pocos que no temía enfrentarse a Hitler, le expuso con gran detalle y tenacidad las inmensas ventajas que conllevaba la toma de Moscú, pero abandonó el cuartel general de Hitler con las manos vacías. «Mis generales no entienden nada de la economía de la guerra», comentó Hitler cuando se marchó el desesperado Guderian.



Los resultados inmediatos parecieron darle la razón a Hitler. Los blindados de Guderian cesaron su avance hacia la capital soviética y, trazando una curva de 800 km hacia el sur, enlazó con los blindados de Kleist, que operaban en el sector meridional de la URSS. Ucrania entera fue embolsada y en un mes de combates capturaron los alemanes cerca de 600.000 prisioneros, un millar de carros y 4.000 cañones. A finales de septiembre, después de cien días de campaña, las pérdidas soviéticas eran de dos millones y medio de hombres, 22.000 cañones y 18.000 tanques, pero los alemanes seguían a 300 km de Moscú, no habían completado el cerco de Leningrado y el avance hacia el Cáucaso era desesperantemente lento. Stalin, a cambio de perder un millón de hombres y miles de máquinas de guerra en las últimas operaciones, había ganado dos meses y en ese plazo sus industrias pudieron emplazarse en los Urales (el traslado de las fábricas de la región de Moscú comenzó el

10 de octubre y terminó cuando los alemanes estaban a 50 km de la capital); sus divisiones siberianas, tras la información —recibida a mediados de septiembre— de que Japón no atacaría a la URSS, fueron trasladadas al oeste; los nuevos reemplazos llamados a filas cubrieron las inmensas pérdidas; muchas de las industrias de guerra comenzaban ya a trabajar a plena producción lejos del alcance alemán; el Ejército soviético empezaba a recibir material inglés y norteamericano.

El 2 de octubre, tras haber logrado formar un frente continuo y casi recto a lo largo de 1.800 km, desde Leningrado hasta Crimea, los ejércitos alemanes del centro del dispositivo de ataque reanudaron su marcha hacia Moscú. Pero cien días de campaña ininterrumpida habían gastado sus mejores unidades y reducido a poco más de la mitad sus fuerzas acorazadas. Pese a todo, volvieron a romper el frente soviético pero sus avances eran cada vez más lentos, dificultados no sólo por la resistencia, sino por las lluvias torrenciales de aquel otoño, que convirtieron campos y caminos en barrizales intransitables.

Los rusos, pese a las tremendas pérdidas del verano, mejoraron su rendimiento. Stalin había ordenado una política de tierra quemada: los alemanes avanzaban por regiones inhóspitas, cuyas carreteras estaban minadas, los puentes destruidos, los pueblos abandonados e, incluso, incendiados; era imposible hallar un gramo de comida e, incluso, había dificultades para encontrar forraje para los caballos de tiro, muy utilizados para el transporte en aquellos barrizales. Los guerrilleros no daban reposo a las unidades aisladas, operando en las regiones boscosas y adueñándose de la noche de aquellas inmensas soledades.

El comienzo de noviembre dio un respiro a los alemanes: las bajas temperaturas congelaron el barro y los vehículos vol-

vieron a rendir satisfactoriamente. Pero sólo fueron diez días. A partir de ahí hubieron de enfrentarse al general invierno, un enemigo que llegó antes de lo previsto. El 12 de noviembre, los termómetros marcaron doce grados bajo cero y el mercurio continuó bajando hasta treinta y cinco bajo cero a comienzos de diciembre. Los soldados alemanes fueron sorprendidos con ropas de otoño muy gastadas por la campaña. Los equipos de invierno se retrasaron en la frontera porque las prioridades de Hitler eran los envíos de armas y municiones que alimentaban el avance hacia Moscú. Esa insensatez causó un 10 por ciento de bajas por congelación en muchas unidades de infantería.



La imprevisión ante el adelantamiento y la dureza del invierno fue tan extraordinaria que escaseaba el anticongelante para los motores, por lo que debían mantenerlos continuamente encendidos, originando un extraordinario consumo de combustible y un imprevisto desgaste mecánico. Los carros de combate se embazaban en la nieve, pues no llegaron a tiempo las cadenas especiales que debían adaptárseles. Los caballos de tiro morían como moscas a causa del frío y del hambre. En esas condiciones estaba el sector central del frente alemán cuando sus vanguardias alcanzaron los suburbios de Moscú, el 5 de diciembre de 1941, pero no lograron penetrar en la capital tanto porque Stalin había gozado de tiempo para fortificarla y reunido tropas frescas para contraatacar, como porque los ejércitos alemanes, después de 165 días de incesante combate, apenas podían ya dar un paso.

En aquel instante pudo advertirse el inmenso error de Hitler, al haber primado el ataque hacia Ucrania y el Cáucaso. La presencia alemana en Ucrania estaba seriamente amenazada; el Cáucaso y Moscú no habían sido conquistados, mientras que todo el cinturón industrial de la capital ya estaba entran-

do en producción en una retaguardia segura. Nadie puede certificar que Hitler hubiera vencido a Stalin si se hubiese apoderado de Moscú en septiembre, pero sí que la URSS se hubiera quedado sin sus recursos industriales y los alemanes hubiesen acortado la época de operaciones, ahorrándose la terrible lucha contra el barro y el frío. Stalin no hubiera tenido tiempo de retirar su industria y, en otoño, la Wehrmacht, mucho menos agotada, hubiese sido dueña de la gran ciudad.

Hitler no podía creer que, después de haber perdido cerca de tres millones de hombres y no menos de 20.000 tanques, Stalin contraatacara en el frente de Moscú con un millón de soldados, bien dotados de carros y artillería, mientras la Wehrmacht, con unas pérdidas cuatro veces menores, se hallaba al borde del colapso. Pero el problema alemán era aún más grave del que suponían en Berlín. A comienzos de diciembre, Stalin disponía realmente de unos tres millones de hombres, bien armados y equipados para el invierno. Sus fuerzas blindadas sólo contaban con 2.600 carros, pero casi todos eran T-34 y KV-1, superiores, en general, a los mejores de las divisiones Panzer. Esas fuerzas rechazaron a los alemanes en el frente de Moscú y les obligaron a pasar a la defensiva. De cualquier forma, la Wehrmacht demostró en medio de sus carencias que disponía aún de enormes recursos militares y morales. Sus divisiones, que pudieron haber sucumbido como el ejército de Napoleón en su desastrosa campaña de Rusia, capearon el invierno formando un frente constituido por posiciones-erizo, bien abastecidas y capaces de defenderse en todas las direcciones.

Sin embargo, en aquellos 8 primeros meses de la guerra en el Frente del este, la Wehrmacht perdió mucho más que su objetivo prioritario: mostró sus puntos vulnerables; dio

tiempo a Stalin para que rehiciera su ejército; permitió que las industrias pesadas soviéticas se trasladaran más hacia el este y reanudaran, de inmediato, la producción; sacrificó miles de oficiales, suboficiales, pilotos, jefes de carro con años de entrenamiento y práctica y la cuarta parte de aquella temible infantería veterana y extraordinariamente adiestrada (830.903 bajas, de los cuales 173.700 eran muertos)... Buena parte de sus generales más competentes fue retirada del mando: Brauchitsch estaba gravemente enfermo, Reichenau había muerto en combate, Hoepner tuvo que abandonar la Wehrmacht, Guderian recibió un permiso ilimitado, Von Leeb solicitó el retiro y, lo peor de todo, Hitler se hizo cargo directamente del mando del Ejército. Si su energía y falta de escrúpulos mantuvieron el frente en Rusia en el invierno de 1941-1942, esa voluntad política se trasladaría luego a los planes de operaciones, en los que intervendría incluso en los detalles más minuciosos, multiplicando los errores.

Otra consecuencia desastrosa del fracaso ante Moscú fue su repercusión sobre la población civil, alentada por la propaganda de Göbbels desde el verano de 1941, con noticias de ininterrumpidas victorias definitivas de la Wehrmacht. Sin embargo, a comienzos de 1942, los alemanes veían que sus tropas se retiraban, al tiempo que a sus hogares llegaban las terribles notificaciones de la muerte de sus seres queridos en el frente. Desde que comenzara la guerra los alemanes habían sufrido 270.000 muertos y más de un millón de heridos. Por otro lado, la guerra se acercaba a la patria: seguían los ataques aéreos alemanes contra Gran Bretaña, pero cada día eran más frecuentes las respuestas británicas y los habitantes de las grandes ciudades comenzaron a saber lo que eran las alarmas aéreas, el miedo a los bombardeos, la angustia de los refugios

y el desastre e incomodidad de los montones de ruinas en los centros urbanos.

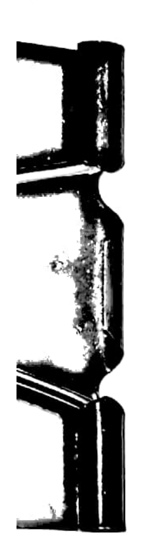
Amanecer en Pearl Harbor

En la madrugada del domingo 7 de diciembre de 1941, las fuerzas aeronavales japonesas atacaron Pearl Harbor, la principal base norteamericana en el Pacífico. Cuando el ataque —dos oleadas, con 358 aviones— cesó hacia las 10 de la mañana, los daños fueron evaluados en 2.403 muertos, 1.778 heridos; dos acorazados irrecuperables; tres acorazados, tres cruceros y tres destructores, con graves daños; siete buques menores hundidos; 183 aviones perdidos... Los japoneses sólo lamentaron el derribo de 29 de sus aviones y la desaparición de 55 pilotos y tripulantes. Sin embargo, los norteamericanos aún pudieron sentirse afortunados: los portaaviones japoneses no completaron el trabajo. En Pearl Harbor quedaron 70 buques indemnes o casi —entre ellos tres acorazados y una decena de cruceros—, más los inmensos diques secos de la flota, los almacenes navales, los polvorines de la escuadra y sus depósitos de combustible, en donde había millones de toneladas de pertrechos militares, repuestos, municiones y gasolina... el poderío naval norteamericano en el Pacífico sólo había sido tocado superficialmente.

La agresión se debió a un cúmulo de factores: las presiones políticas, económicas y comerciales de EE.UU. habían colocado a Japón ante un dilema desesperado: claudicar o ir a la guerra. La opción militar la adoptó el Gobierno del general Tojo porque en su orgulloso militarismo no supo calibrar los formidables recursos de su rival; creían a los norteamericanos

flojos, sin tradición ni espíritu, incapaces de resistir a un país nuevo, valeroso y con gran energía militar.

Por su lado, los norteamericanos, que pusieron a los japoneses en el peligroso disparadero, no supusieron que se atreverían a atacarles. Les creían débiles, miopes, incapaces de planificar algo tan complejo como un ataque aeronaval a miles de kilómetros de distancia. Por eso, la gran base de Pearl Harbor estaba aquella radiante mañana del primer domingo de diciembre de 1941 descuidada y a merced de la aviación naval japonesa. Los graves daños causados, sin embargo, tuvieron escaso efecto en la guerra. El almirante Nagumo, jefe de la escuadra atacante, no supo advertir que dejaba casi intacto dos tercios del potencial de la base. Todos se equivocaron, pero el presidente Roosevelt logró lo que fervientemente deseaba: el motivo para atacar Japón y, en el colmo de la fortuna, que Hitler, cegado por la victoria japonesa, creyera vencido a EE.UU. y le declarara la guerra.



El Führer, pensando vengar el apoyo indisimulado que Roosevelt estaba prestando a Churchill y a Stalin, implicó a EE.UU. en la guerra de Europa. No está nada claro que Roosevelt hubiera podido inmiscuirse en ella, pues las cámaras norteamericanas, profundamente aislacionistas, hubieran rechazado esa declaración de guerra y más cuando todos clamaban venganza contra Japón, al único país al que, tras el ataque, veían realmente como enemigo. Pero Hitler le dio el trabajo hecho: en la tarde del jueves, 11 de diciembre, culminó un discurso de hora y media comunicando a los alemanes que antes de iniciar su intervención había sido entregada al encargado de negocios norteamericano la declaración formal de guerra contra EE.UU. Se acababa de reproducir la situación del momento culminante de la Primera Guerra Mundial:

Alemania estaba nuevamente obligada a combatir en dos frentes, contra potencias industriales, demográficas y navales inmensamente más poderosas.

Con todo, la primavera de 1942 comenzó con buenos augurios para el Eje. Los japoneses parecían imparables en el Pacífico, Rommel reponía sus pérdidas y pasaba nuevamente al ataque, los ejércitos reconstituidos durante el invierno iniciaban con resultados prometedores su segunda campaña de Rusia, los aliados seguían padeciendo fortísimas pérdidas en el Atlántico, pero en ese momento se estaban gestando tres operaciones que cambiarían el curso de la guerra: El Alamein, Torch y Stalingrado.

Churchill, acorralado

En las sobremesas de sus comidas Hitler solía divagar sobre lo divino y lo humano, sin que sus acompañantes hicieran otra cosa que asentir a sus afirmaciones. Tras el almuerzo del 2 de febrero de 1942, Hitler disertaba exultante sobre uno de los temas del día: el avance japonés por Malasia y el cerco al que sometían a la gran base británica de Singapur, en cuyas aguas habían sido hundidos dos acorazados británicos:

> Churchill está como un animal acorralado. Debe ver trampas por todas partes. Incluso cuando el Parlamento le otorga más poderes, subsisten las razones que tiene para desconfiar. Está en la situación de Robespierre la víspera de su caída. Sólo había elogios al virtuoso ciudadano, cuando, de repente, lo derribaron. Churchill ya no cuenta con adeptos.
>
> Singapur había llegado a ser un símbolo para el mundo entero. Antes de 1914 no era más que un puerto comercial. Fue

entre las dos guerras cuando Singapur se desarrolló adquiriendo la importancia estratégica que hoy se le concede. Cuando se construye una fortaleza como Singapur, hay que convertirla en una posición inexpugnable o, de lo contrario, es dinero perdido. Los ingleses han vivido con la idea de una invencibilidad, evocada por la imagen de los nombres mágicos de Shanghai, Hong Kong y Singapur. De repente viene el desencanto y se dan cuenta de que esta magnífica fachada no era más que un pufo. Comprendo que debe ser un golpe terrible para los ingleses. [*Conversaciones privadas.*]



Días de victoria. Rommel pasaba a la contraofensiva y tomaba Bengasi. Los japoneses seguían su expansión por el Pacífico, desembarcando en Nueva Bretaña, Java y Sumatra; los norteamericanos capitulaban en Filipinas... Mayo fue un mes triunfal para el Eje en el Atlántico, en el Pacífico, en la URSS, en el desierto. Y junio, igual, salvo en una batalla, que sería clave para el resultado de la guerra en Oriente: a comienzos de junio de 1942, los norteamericanos destruyeron la flota de portaaviones japonesa en Midway. A partir de aquel instante, Tokio perdería la iniciativa en el mar y los norteamericanos iniciarían la sistemática expulsión de los japoneses del Pacífico, isla tras isla, en una sangrienta campaña que duraría cerca de 3 años.

Pero, aunque grave, no pareció un revés decisivo, sobre todo en el cuartel general de Hitler, cuyas tropas parecían arrollarlo todo en Rusia y en el norte de África: el 21 de junio, Rommel tomaba Tobruk, la gran fortaleza británica que se le había resistido el año anterior.

En esa época, Churchill se hallaba en Washington tratando de unificar criterios en vista de las futuras operaciones conjuntas. La gran esperanza que para Londres había supuesto la

entrada en guerra de EE.UU. sólo se advertía en su contribución material al esfuerzo bélico, pero su ejército aún tardaría meses en estar preparado. La situación era, por tanto, angustiosa para los aliados en todos los escenarios de la guerra y sólo el Pacífico ofrecía algunas buenas noticias, aunque Gran Bretaña vivía en continua zozobra por la amenaza japonesa sobre la India. Los aliados necesitaban abrir un nuevo frente bélico que descongestionara los otros y ofreciese garantías de éxito.

Londres y Washington habían barajado la posibilidad de atacar a los alemanes en Noruega —Operación Júpiter—, pero se desestimó por escasamente relevante; también se había estudiado la Operación Mazo que consistía en cruzar el Canal, tomar Cherburgo y crear una cabeza de puente en la península de Cotentin, pero se apreció demasiado costosa, arriesgada y, a la larga, poco útil.

Así se proyectó la Operación Antorcha, que consistía en desembarcar fuerzas angloamericanas en las posesiones francesas del norte de África. Una operación militarmente menos peligrosa, que curtiría a las bisoñas fuerzas norteamericanas y pondría al descubierto el flanco sur del Eje: «el vientre del cocodrilo», según decía Churchill. El *premier* británico estaba encantado con esta idea que arrojaría a italianos y alemanes de África y devolvería el control pleno del Mediterráneo a la marina británica, evitándoles a sus mercantes las duras travesías atlánticas donde hacían su cosecha los submarinos alemanes.

Pero a Churchill le costó imponerla. Los norteamericanos estaban divididos: el almirante King quería lanzar todo el peso militar en el Pacífico; el general Marshall, sobre Francia. Al final, el presidente Roosevelt se decidió por Antorcha. Una

de las entrevistas que sostuvieron Churchill y Franklin D. Roosevelt tuvo lugar, precisamente, el 21 de junio. Atardecía y ambos estaban a punto de concluir las conversaciones cuando le pasaron al presidente un telegrama. Lo leyó y, sin una sola palabra, se lo tendió a Churchill: «Se ha rendido Tobruk y han tomado 25.000 prisioneros.» Churchill no se lo podía creer y pidió confirmación a Londres. Minutos después, firmado por el almirante Hartwood, le llegó este comunicado:



> Ha caído Tobruk. Situación tan deteriorada que cabe posibilidad intenso ataque aéreo contra Alejandría en futuro próximo. Como cerca luna llena envío todas las unidades de la flota oriental al sur del Canal en espera de acontecimientos. Espero finalizar reparación del *Queen Elizabeth* hacia fin de semana.

El primer ministro británico quedó desolado por la trágica noticia, por sus consecuencias militares y por la vergüenza que le produjo la capitulación —realmente, de 33.000 hombres— ante una fuerza muy inferior. Roosevelt trató de consolarle: «¿Cómo podemos ayudarle?» Churchill le pidió que enviara a Egipto cuantos tanques Sherman pudiera proporcionarle; era una demanda difícil de complacer, pues aquel carro de combate comenzaba entonces a equipar al Ejército norteamericano. Con todo, se mandaron de inmediato 300, sin sus motores, que salieron en otro buque, con la particularidad de que fue hundido; Roosevelt ordenó que se cargase con nuevos motores el barco más rápido que hubiera disponible. Tanta prisa se dieron todos que los motores llegaron a Alejandría a la vez que los tanques y, como propina, el buque transportaba, también, un centenar de cañones auto-

propulsados. Ese armamento contribuiría a frenar a Rommel en El Alamein.

Si las armas norteamericanas eran excelentes y mucha su generosidad a la hora de repartirlas, la preparación de sus soldados no era tan satisfactoria. Visitando un campamento de instrucción en Carolina del Sur, Churchill y sus asesores militares vieron desfilar millones de soldados, evolucionar con sus carros, cubrir el cielo de paracaidistas y hacer ejercicios bajo fuego real. A la pregunta de qué le parecía todo aquello, el general Hastings Ismay respondió: «Poner estas tropas delante de los alemanes sería un asesinato.» Eso ocurría a finales de junio de 1942; en noviembre, aquellas fuerzas ya habrían entrado en combate.

¡Que Dios bendiga esta empresa!

Por entonces, Rommel había alcanzado la angostura de El Alamein, pero en tal grado de agotamiento que sus soldados no podían dar un paso y sus suministros estaban tan atrasados que unas pocas unidades británicas pudieron frenarle. Aquella apurada situación aumentaba el interés de Churchill en que la Operación Torch llegara a buen puerto y, aparte de acelerar los preparativos, se esforzó en poner de acuerdo a todos los integrantes del bando aliado. El más difícil de convencer sería, seguramente, Stalin, cuyas tropas estaban pasando momentos muy difíciles en el frente sur, donde habían perdido Voroneth y donde Stalingrado se hallaba en peligro. Stalin esperaba con angustia la apertura del segundo frente, es decir, el desembarco aliado en Europa, operación que daría un respiro a los soviéticos, y Churchill se presentaba en

Moscú para hablar de un desembarco relativamente modesto en África.

Josif Stalin conoció a Winston Churchill el 12 de agosto de 1942. Fue un momento estelar de la Historia por muchos motivos. Aquel día se encontraron dos de las personalidades políticas más importantes de la Europa de la época, acordaron una operación militar fundamental y, sobre todo, entablaron una relación sobre la que se basaría la estrategia de los últimos años de la guerra y la planificación política europea para cuando aquélla concluyera.



Tras escuchar a Churchill, Stalin quedó inicialmente decepcionado. Luego, cuando el inglés le expuso todo el alcance del proyecto, Stalin se convenció del interés del plan y aceptó con una frase que a Churchill le hizo sonreír: «Que dios haga prosperar esta empresa.» El *premier* confiaría a sus *Memorias*:

> En ese momento advertí que Stalin había captado las ventajas estratégicas de Antorcha, que resumió en cuatro razones: primero, golpearía a Rommel por la espalda; segundo, intimidaría a España; tercero, en Francia enfrentaría a alemanes y franceses; cuarto, expondría a Italia a todo el horror de la guerra. Esa notable síntesis me impresionó porque demostraba que el dictador soviético había captado de forma rápida y completa un problema que hasta entonces le era desconocido.

Otro convencido fue un modesto general de dos estrellas, Dwight D. Eisenhower, nombrado coordinador en jefe de las fuerzas aliadas en Europa por el general George C. Marshall, el militar norteamericano más influyente en el entorno presidencial. Cuando escuchó el Plan Torch en sus líneas gene-

rales, comentó: «Esta operación no decidirá la guerra, pero constituye el camino más corto hacia Berlín.» Eisenhower concluyó que la operación tendría éxito si España permanecía neutral y si las tropas coloniales francesas no se empecinaban en resistir.

Pero antes de que Torch recibiera el banderazo de salida, el desierto norteafricano temblaría bajo el martilleo de los cañones.

El Alamein: demasiado para el Zorro del Desierto

> La situación sigue siendo gravísima. Cuando recibas esta carta los acontecimientos habrán decidido ya si podemos mantenernos o no. Yo no tengo muchas esperanzas. Por la noche me quedo con los ojos abiertos, incapaz de dormirme por la responsabilidad que pesa sobre mí. Por el día estoy mortalmente cansado. ¿Qué ocurriría si las cosas se ponen peor aquí? Este es un pensamiento que me atormenta día y noche. Yo no veo solución. [*El Alemein.*]

Erwin Rommel, mariscal del Reich, el Zorro del Desierto, escribía la noche del 29 de octubre la habitual carta a su esposa. El mariscal se colocó el capote sobre los hombros: aquélla era otra de las pesadillas del desierto: mucho calor por el día y frío por la noche. Tomó un sorbo de té en la taza metálica que le había dejado sobre la mesa de campaña su ayudante, el teniente de carros Hans Moser, y no pudo reprimir un gesto de repugnancia. El agua salobre, medio corrompida en ocasiones, era la única penalidad de aquella guerra en el desierto que el mariscal no había logrado soportar sin queja.

Desafortunadamente para él, la situación en que se hallaba su Ejército era tan desesperada que hasta aquel té nauseabundo se estaba agotando. Todo estaba a punto de terminarse: según los informes que se amontonaban sobre la mesa de campaña del mariscal, apenas si sus tanques disponían de dos módulos de carburante: ¡200 km! La falta de municiones para su artillería era aún más angustiosa. Incluso la munición de la infantería era ridícula: cartuchos para tres o cuatro días de lucha... La esperanza inmediata estaba en las 200 toneladas de munición que le habían prometido para el día siguiente... Pero quizá no llegaran: Rommel estaba acostumbrado a 2 años de promesas incumplidas. Si Berlín y Roma hubieran hecho honor a sus promesas a esas horas no se hallaría a merced de Montgomery, que podía permitirse perder 400 tanques en una semana. Si el Eje hubiera tomado Malta, si le hubieran enviado dos divisiones acorazadas; si estuvieran allí los tanques Tigre, los lanzacohetes de boca múltiple, los obuses autopropulsados... que el propio Hitler le había prometido hacía un mes, la cuestión sería distinta...

Por la mente torturada del mariscal desfilan veinte meses de guerra en el norte de África, veinte meses de angustia, victorias, esperanzas y decepciones.

Cuando a finales de 1940 el Ejército italiano del mariscal Graziani fue arrollado en Libia por el británico del general Archibald Wavell, que avanzó desde Sidi Barrani hasta El Agheila —800 km— en 2 meses, Mussolini pidió auxilio a su aliado Hitler, y éste, consciente del peligro de desmoronamiento que corría su aliado, se apresuró a ayudarle. Así, el 12 de febrero de 1941 Erwin Rommel llegaba a Trípoli como jefe de una agrupación especializada, el Afrika-Korps, cuyas primeras fuerzas comenzaron a desembarcar en África días más tarde.

Rommel había mandado una división blindada en la campaña de Francia, que por sus audaces e imprevisibles movimientos pronto fue conocida como División Fantasma. En poco más de un mes capturó unos 100.000 prisioneros y una enorme cantidad de material bélico.

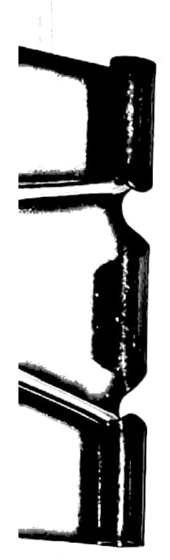
Tal éxito le valió el ascenso a teniente general y la jefatura del Afrika-Korps. Ya en África, mientras esperaba la llegada del grueso de sus fuerzas, reconocía en avión el terreno sobre el que deberá combatir, observaba y valoraba la situación de las tropas británicas, se aclimataba y planificaba su campaña. Cuando dispuso de media división alemana y unos cincuenta tanques decidió atacar. Contaba con el apoyo italiano de media división blindada y dos divisiones de infantería. El 31 de marzo envolvió por el flanco sur las líneas británicas de El Agheila. El 7 de abril copaba a una brigada blindada, capturando 5.000 británicos, en Mechili...

En Berlín, el alto mando se echaba las manos a la cabeza. Rommel estaba loco: se había lanzado a la batalla con una doble desobediencia, pues ni esperó la orden de ataque ni aguardó la llegada de todas sus tropas, tal como se le había indicado. Pero Hitler aplaudió la osadía de Rommel, que el 11 de abril cercaba la ciudad fortificada de Tobruk. Las tropas inglesas se replegaban hacia Egipto a toda velocidad, tras perder 800 km de territorio en 12 días. Había comenzado la leyenda del Zorro del Desierto.

La vertiginosa carrera del Afrika-Korps quedó frenada poco después de que sus vanguardias entrasen en Egipto. Rommel no disponía ya de fuerzas, medios de combate o suministros para continuar la persecución. Su situación empeoraba más aún porque Tobruk resistía sus asaltos. Para poder planificar cualquier avance resultaba imprescindible rendir esta ciudad.

Durante casi 7 meses de asedio supo valorar Rommel la magnitud del problema que suponía suministrar a sus Ejércitos en aquel escenario bélico; también allí comenzó a saborear la amargura de las promesas incumplidas.

Según los expertos, la lucha por los abastecimientos supuso en la cornisa líbico-egipcia el 90 por ciento del esfuerzo de los contendientes y esto fue así porque entre Trípoli y Alejandría —bases de partidas del Eje y de los británicos, respectivamente— existe una distancia de 2.400 km. Este trayecto debía cubrirse por una sola carretera, paralela a la costa, en la que existían algunos pequeños puertos, de los que sólo Bengasi y Tobruk tenían alguna importancia. El avance, alejándose de las bases de suministros, planteó problemas que ninguno de los dos contendientes pudo resolver, aunque los británicos sufrieron menos gracias a su dominio del Mediterráneo. El primer error de Hitler en esta imposible batalla fue ceder ante el ímpetu de Rommel y no haberle contenido en los límites inicialmente previstos por el OKW. Y, más grave, que una vez decidido a alentar la aventura del Afrika-Korps, renunciara a tomar Malta, una isla mal defendida, epicentro en las comunicaciones entre Italia y África. Malta fue la clave en la batalla por los suministros y los analistas británicos aún no se explican por qué Hitler, que se empeñó en decenas de operaciones innecesarias, no acometió ésta, que, además de sencilla, era imprescindible.



Mussolini hubiera podido atacar Malta con muchas garantías en junio de 1940. No haberlo hecho sería fatal para sus aspiraciones en el norte de África, pues los aviones y buques de superficie —y, sobre todo, submarinos— británicos provocaron tremendas pérdidas en su marina mercante, privando al ejército de Libia de suministros imprescindibles en

momentos clave. Hitler también hubiera podido apoderarse de la isla en 1941 —probablemente con mayor ganancia y menor gasto que de Creta—, pero tampoco lo hizo y un año después volvió a rechazar el asalto, denominado Operación Hércules.

Ahora bien, los autores no se ponen de acuerdo en que la toma de Malta hubiera determinado la victoria italogermana en el norte de África y tampoco concilian la valoración de lo que la isla supuso para el suministro de las tropas africanas del Eje. M. van Creveld, en *Suppying War: Logistics from Wallenstein to Patton*, calcula que en el período de 1940-1943 los italianos perdieron sólo el quince por ciento de los suministros, el 8,5 por ciento del personal y el 8,4 por ciento de los buques. Por el contrario, el vicealmirante Friedrich Ruge (*Der Seekrieg*) aporta datos más abultados: marzo de 1941, 63 por ciento de pérdidas; abril, 50 por ciento; agosto, 33 por ciento; octubre, 63 por ciento; noviembre, más del 70 por ciento; diciembre, 40 por ciento. Esta sangría puede completarse con otro dato: la flota de transporte germanoitaliana perdió en el Mediterráneo más de medio millón de toneladas brutas de buques entre julio de 1941 y julio de 1942. Pero, aun aceptando las cifras de Van Creveld, debe considerarse como asunto gravísimo porque ya en origen los envíos estaban por debajo de las necesidades de Rommel. También debe contabilizarse que la aviación y las fuerzas navales con base en Malta forzaban al máximo hombres y máquinas cuando Rommel iniciaba una ofensiva, procurando paralizar sus suministros no sólo en el mar, sino, también, en las interminables carreteras de la Cirenaica.

Y aún más: la base de Malta obligaba a los buques del Eje a dar un largo rodeo, con el consiguiente incremento del gasto en combustible, de riesgos y de protección a los convoyes, hasta el punto de que 20.000 toneladas de barcos mercantes

llegaron a ser custodiadas por 100.000 toneladas de buques de guerra.

Desde otro punto de vista, la posesión de Malta hubiera dado al Eje un control absoluto del Mediterráneo central.

Todo ello, sin embargo, no habría solucionado, aunque sí mitigado, los problemas de Rommel —que continuaron incluso después de la toma de Tobruk, cuyo puerto fue pronto convertido en un mar de chatarra por la aviación británica— porque, como se ha indicado, la cantidad imprescindible de los suministros requeridos superaba la capacidad de la carretera. Durante los meses de lucha en El Alamein, Rommel precisaba una capacidad de transporte motorizado de más de 2.000 camiones, pues tardaban siete días en el viaje Bengasi- El Alamein-Bengasi y quince en el suministro Trípoli-El Alamein-Trípoli.



Añádase a la distancia y a la angostura del camino el terrible castigo que sufría el parque móvil —debía funcionar entre nubes de polvo y a temperaturas de hasta cincuenta grados—; la multiplicación de accidentes a causa de este desgaste y el agotamiento de los conductores; y, como guinda, la presencia continua de la aviación británica, dueña del cielo a partir del verano de 1942.

Si la decisión original de Hitler de enviar una fuerza para evitar el desplome italiano en el norte de África fue adecuada, la renuncia a Malta fue un error y nunca debió consentir el reiterado desafío de Rommel de avanzar más allá de una distancia razonable de sus bases... Pero, una vez aceptado el reto africano, hubiera sido imprescindible la toma de Malta y el incremento de los suministros y de los efectivos... Pero volvamos a la campaña donde la dejamos, a finales de 1941.

Los efectos de esos errores los padecían Rommel y sus tropas, consumidas por las penurias de todo tipo y, al final,

rechazados por los defensores de Tobruk. Paralelamente, un nuevo general británico, Auchinleck, llegaba a Oriente Medio. Con importantes refuerzos se lanzó al contraataque el 18 de noviembre de 1941, obligando a retroceder a las tropas del Eje. Rommel libró feroces combates defensivos y sembró el desierto de trampas, pero, al fin, fue obligado a replegarse, el 11 de enero de 1942, a la línea de El Agheila, su punto de partida.

El Afrika-Korps se rehízo en una semana y Rommel ordenó el contraataque el 21 de enero. La primera parte de esta segunda ofensiva del Eje fue lenta y durísima, culminando con la toma de Tobruk el 23 de junio. A partir de aquel momento, en una fulgurante carrera de victorias, avanzó 600 km, llegando el 30 de junio a la línea de El Alamein, a 105 km de Alejandría.

Una ola de pánico sacudió Egipto. Aquel día, los accesos a El Cairo quedaron colapsados por los automóviles que huían de Alejandría, por quienes trataban de marchar hacia Palestina, por los camiones militares que salían hacia el frente... Toneladas de documentos comenzaron a quemarse en los edificios administrativos y militares británicos. Una nube de humo y ceniza flotaba sobre el centro de la ciudad, mientras numerosos oficiales egipcios analizaban la posibilidad de levantarse contra los británicos, pero, quizá, les disuadieron los gritos de la importante colonia italiana, que clamaba sin rebozo «Egipto es nuestro». Al margen del evidente peligro de fracaso que tiene toda revuelta, muchos pensaron que era una estupidez cambiar un amo colonial por otro.

Sin embargo, lo que había llegado ante las posiciones británicas de El Alamein era un espectro del ejército de Rommel. Sólo disponía de medio centenar de carros y su infantería apenas alcanzaba los 18.000 hombres, todos ellos mortalmente can-

sados tras 5 meses de ininterrumpidos combates y por la vertiginosa persecución de la última semana, apenas sin dormir y, en muchos casos, sin haber hecho ni una sola comida caliente.

Auchinleck tomó directamente el mando del 8º Ejército británico. Logró concentrar en su línea de El Alamein a unos 40.000 hombres, con 150 tanques y unos 800 cañones. Disponían también de una absoluta supremacía aérea, pues sus aeropuertos se hallaban a 100 km del frente, mientras que los de Rommel se encontraban a 500.

El Alamein es una pequeña elevación próxima a la franja costera. En línea recta, 55 km al sur, se encuentra la depresión de Qattara, cubeta pantanosa de 19.000 km^2 y a 134 m bajo el nivel del mar. Qattara es infranqueable para ejércitos pesados y rodearla resultaba imposible en aquellas circunstancias. En su avance hacia el delta del Nilo, Rommel debería atravesar forzosamente ese cuello de botella recorrido de este a oeste por una serie de pequeñas elevaciones, nunca superiores a los 300 m de altura, pero que en aquellas torturadas planicies destacaban como formidables obstáculos.



En este escenario de nada servirían el talento, la audacia, la energía, la astucia o las artimañas del Zorro del Desierto, aunque su leyenda encogería el corazón de los jefes británicos. El 1 de julio lanzó al combate cuanto tenía. Una doble operación que, por una parte, trataba de cercar El Alamein contra el mar y, simultáneamente, embolsar a todo el 8º Ejército, cortando sus comunicaciones 20 km más al este.

Pero el tesón de la infantería británica, agazapada tras sus campos de minas, y la supremacía artillera y aérea de Auchinleck desbarataron el ataque. Después, durante todo julio y medio agosto, los británicos mantuvieron en jaque a los germanoitalianos, obligándoles a pasar a la defensiva y decep-

cionando al Duce, que se había trasladado a Trípoli para disfrutar la victoria e, incluso, dicen que proyectaba hacer su entrada triunfal en El Cairo en un caballo blanco. Ciano consigna en sus notas:

> Mussolini está contento por la marcha de las operaciones en Libia, pero muy amargado por el hecho de que la batalla toma el nombre de Rommel y de que aparece más como una victoria alemana que italiana. El nombramiento de mariscal concedido a Rommel «que Hitler ha hecho evidentemente para acentuar el carácter alemán de la lucha», causa al Duce gran amargura. Naturalmente, ataca a Graziani, que «ha estado siempre setenta escalones bajo tierra en una tumba romana de Cirene, mientras Rommel sabe arrastrar a las tropas con el ejemplo personal del jefe que vive en un tanque». Por el momento, Mussolini no hace previsiones, pero espera que «antes de quince días pueda acabar la etapa en Alejandría». [*Diarios*, 26 de junio de 1942.]

Pero tal posibilidad no existía. Auchinleck, con un río de suministros, nuevas armas y cuantiosos refuerzos que ya estaban en Egipto o se encontraban en camino, contaba con derrotar a Rommel a finales de septiembre, pero Churchill, en delicada situación política, deseaba acelerar el curso de la guerra y le sustituyó por el general Bernard L. Montgomery —Monty— jefe del 8º Ejército.

Monty era moreno, menudo, nervioso, excelente organizador, duro, más audaz en las expresiones que en los hechos, proclive al autobombo y gran dominador de las relaciones públicas. Eso le dio gran cartel entre los políticos de Londres y suscitó la admiración de sus soldados. Llegó a El Cairo el 12

de agosto, recibió de Auchinleck sus planes de defensa y contraataque y una semana después se los exponía a Churchill como si fueran propios.

A partir de entonces se establece un pulso en el desierto: Montgomery contra Rommel. Un pulso que perdería el Eje, incapaz de proporcionar a su Ejército africano los medios para vencer, ni de conseguir que sus míseros envíos de combustible, armas o tropas alcanzasen El Alamein en su totalidad. Como refuerzos, Rommel recibió dos divisiones y media, pero el traslado de estas tropas se hizo por avión y llegaron sin armas pesadas.



La vida en el desierto era infernal para todos. Las temperaturas diurnas alcanzaban hasta cincuenta y cinco grados y descendían por la noche a quince. Tal inversión térmica destrozaba a los soldados, que debían trabajar todo el día construyendo pozos de tirador, minando el terreno o tendiendo alambradas. Enjambres de moscas caían sobre ellos y se pegaban a sus pieles sudorosas como una plaga bíblica.

Las tropas del Eje, además, siempre estaban escasas de gasolina (lo que obligaba a hacer muchos traslados a pie), recibían una alimentación inadecuada para ese clima —hubo momentos en que pasaron auténtica hambre— y debían racionar el agua. Mientras, en el bando británico sobraba la gasolina, recibían alimentos frescos y más ligeros y un acueducto les llevaba agua hasta sus posiciones, posibilitando incluso la ducha diaria. Estas diferencias hacían que la salud de las tropas británicas fuese aceptable, mientras que la de los germanoitalianos era mala, contabilizándose un 10 por ciento de enfermos entre la tropa. El mismo Rommel estaba con calenturas cuando el 30 de agosto se dispuso a lanzar un nuevo ataque. Sabía que cada día que pasara su desventaja sería mayor.

La operación de Alam Halfa trató de rebasar por el sur esta ligera y alargada elevación y luego cerrar el embolsamiento por el norte. Implicó en el ataque lo mejor que tenía, pero Monty le esperó agazapado tras tres espesos campos de minas y nutridas barreras de cañones anticarro.

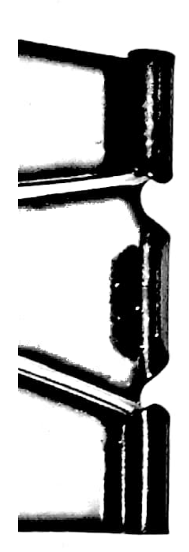
Bajo el ataque continuo de la RAF, las fuerzas de Rommel progresaron lentamente y con graves pérdidas y al llegar a Alam Halfa fueron rechazadas por una barrera de artillería organizada por Montgomery y por su tenaz infantería, que se pegó al terreno sin ceder un metro. Al tiempo, las tropas del Eje debieron conjurar los ataques de flanco que, tímidamente, iniciaron las fuerzas acorazadas británicas... Era una empresa imposible y el 3 de septiembre Rommel suspendió la operación. Las pérdidas de ambos contendientes fueron parecidas, pero ese empate era un fracaso para Rommel, que tardaría un mes en reponerlas, mientras que Montgomery lo hacía en 24 horas, gracias al torrente de suministros que le llegaban directamente de EE.UU. y Gran Bretaña.

Enfermo y desmoralizado, el Zorro del Desierto se trasladó a Alemania a mediados de septiembre, para reponerse en un hospital. El 1 de octubre Hitler le entregó el bastón de mariscal—concedido tras la toma de Tobruk— y mil promesas fantásticas de refuerzos y nuevas armas, incluidos blindados del modelo Tiger. Eso quizá le indujo a declarar imprudentemente:

> Estamos a sólo 80 km de Alejandría, El Cairo está a nuestro alcance y tenemos la llave de Egipto. ¡Y también tenemos intención de hacer algo al respecto! No hemos recorrido toda esa distancia para rehacerla ahora. Es una promesa: lo que tenemos, lo conservaremos. [*El Alamein*.]

Además de contar con las promesas del Führer, Rommel confiaba en las medidas que había adoptado antes de partir: había ordenado minar en profundidad todo el frente, alcanzando hasta 10 km de anchura en algunos puntos —«los jardines del diablo», en la jerga del 8º Ejército británico. Ése era el gran escudo, compuesto por medio millón de minas, en el que confiaba el general Georg Stumme, jefe interino de las tropas del Eje, para frenar a Montgomery, que se aprestaba a montar su contraataque aprovechando la ausencia de su rival.

Montgomery disponía de 150.000 hombres en primera línea (y unos 100.000 en reserva), 1.230 tanques, 500 autoblindados, 3.300 cañones de todo tipo y 1.200 aviones. Para hacerle frente, Stumme sólo contaba con 120.000 hombres, 540 tanques, 50 autoblindados, 2.400 cañones y 350 aviones. A esta inferioridad material manifiesta debía añadir su crónica escasez de combustible y municiones.



La luna casi llena iluminaba pálidamente los ligeros relieves de El Alamein. La noche del 23 de octubre había sido turbada varias veces por breves y muy violentos bombardeos de la artillería británica, pero todo estaba en un opresivo y frío silencio desde hacía media hora cuando la oscuridad y la calma se rompieron bruscamente a las 21.40 horas. Las bocas de 1.000 cañones lanzaron su bramido mortal y hasta el cielo pareció romperse en pedazos sobre las tropas germanoitalianas, cuyas posiciones recibieron una catarata de fuego y acero. John Latimer recoge la impresión de un miembro de la 90º División Ligera alemana, que se hallaba en reserva y, por tanto, lejos del fuego: «El ruido y el espectáculo de la artillería nos despertó. No era tanto el sonido de las explosiones, sino más bien un extraño temblor en la tierra. El cielo estaba iluminado en toda la línea del frente». [*El Alamein.*]

Montgomery atacaba. Su maniobra consistía en amagar por el sur y golpear por el norte. La infantería británica, que debía abrir pasillos a sus tanques para que liquidasen a los del Eje detrás de sus líneas, se adelantó hasta las posiciones avanzadas, pero al llegar a la línea germano-italiana se embotó su empuje.

Al amanecer el 24 de octubre los tanques británicos no habían logrado perforar el frente. Stumme moría a causa de un ataque cardíaco y Wilhelm Ritter von Thoma, jefe del Afrika-Korps, asumía el mando. Hitler telefoneaba a Rommel pidiéndole que regresara a África. El Zorro del Desierto abandonó el hospital y se presentó en El Alamein el día 25 por la noche. Montgomery había sido frenado, pero las reservas del Eje ya se habían implicado en la lucha y sus fuerzas blindadas habían perdido una cuarta parte de sus tanques. Pese a eso, el día 27, Rommel trató de liquidar el saliente que los británicos produjeron en sus líneas del norte, pero fue rechazado con graves pérdidas por una muralla de artillería. En ese momento, el mariscal supo que la batalla estaba perdida.

Por su lado, Monty permanecía tranquilo —al menos eso contó en sus *Memorias*—, pero no veía claro cómo vencer rápidamente. Había perdido 400 tanques y más de 10.000 hombres sin conseguir gran cosa, cuando, según sus planes, el día 24 debería haber alcanzado la línea de Sidi Abdel Rahman y copado al enemigo contra el desierto...

En sus ensoñaciones, Rommel ha recorrido 20 meses de guerra, de fulgurantes avances y penosas retiradas y, sobre todo, el calvario de El Alamein, pero un violento cañoneo y el fragor de un intenso combate han roto la relativa tranquilidad de la noche. Inmediatamente se presenta su ayudante. La 90ª División australiana ha roto las líneas y está envolviendo a la

164ª División alemana. Rommel ordena que intervenga la 90ª División Ligera, sus invencibles veteranos, para que contengan el ataque y libren del cerco a la 164ª División.

Sólo queda esperar. Un pensamiento repugnante cruza por su cabeza: hay que retirarse. Pero, ¿cómo? Está escaso de vehículos, angustiado de combustible. Puede replegar por la noche las divisiones que defienden el frente sur y transportarlas hasta la línea de El Fuka, que será minada. Luego retirará a la infantería del norte. Las tropas acorazadas servirán de escudo. Y retrocederán combatiendo... Si Montgomery se muestra tan cauteloso como habitualmente, el milagro podría hacerse...



Cuando ya amanecía habían sido estabilizadas sus líneas. Había perdido parte del saliente norte, pero la 164ª División había podido retirarse casi por completo. Tras 2 días de infructuoso pulso, en la madrugada del 2 de noviembre, Montgomery lanzó la Operación Supercarga. Los zapadores británicos lograron abrir dos pasillos en los campos minados de Rommel. Por uno de ellos penetró la 9ª Brigada Acorazada, pero fue pulverizada por los contracarros alemanes, que destruyeron 87 tanques en una jornada. Un poco más al sur, la primera división blindada, con 400 carros, consiguió perforar las líneas alemanas, mas fue luego frenada y rechazada por los restos del Afrika-Korps, que disponía sólo de 70 tanques.

Era un notable éxito, pero Rommel no se hacía ilusiones: probablemente aquél era su canto del cisne. En la madrugada del 3 de noviembre envió a Berlín a su ayudante para pedir permiso para retirarse. Sin esperarlo, ordenó la retirada hacia la línea de El Fuka. Pero, a mediodía, Berlín respondió que debía resistir... «No existe otro camino que la victoria o la muerte.» Rommel se lo comunicó a su subordinado y amigo, el general Von Thoma, que argumentó:

—Se supone que las retiradas de menor importancia están permitidas, ¿no?

Rommel asintió con la cabeza, pero, tras un prolongado silencio, concluyó:

—Tengo que mantenerme firme.

Von Thoma se marchó, desesperado, a cumplir aquella insensata orden de resistir a ultranza y Rommel se quedó solo. La gente de su Estado Mayor le escuchó exclamar: «El Führer debe de ser un lunático absoluto.»

En efecto, era una orden inútil que únicamente serviría para ocasionar graves pérdidas en las tropas del Eje. Los restos de las fuerzas blindadas se sacrificaron en vano, el propio jefe del Afrika-Korps, Von Thoma, fue hecho prisionero y tres divisiones italianas fueron cercadas y tiraron las armas. A mediodía del 4 de noviembre las tropas británicas ocuparon Sidi Abdel Rahman. Tras aquel inútil sacrificio le llegó, finalmente, a Rommel el permiso de Hitler para que se replegase. La batalla de El Alamein había concluido.

Cuando empujaba los restos de su Ejército hacia Libia, Rommel aún pudo volver la vista atrás:

> Enormes nubes de polvo podían verse hacia el sur y sureste, allí donde la desesperada lucha de los pequeños e ineficaces tanques italianos del XX Cuerpo se desarrollaba contra un centenar de tanques pesados ingleses, que habían aparecido por su abierto flanco derecho... tanque tras tanque caían sobre la infantería italiana y los emplazamientos artilleros. El último mensaje de la División Ariete llegó hacia las 15.30: «Tanques enemigos penetran sur Ariete. Ariete cercada.»

Responso

Hoy, Sidi Abdel Rahman es un popular enclave turístico, lleno de bañistas la mitad del año, y ya no hay nubes de polvo ni tempestades de fuego artillero sobre El Alamein y por la carretera ya no chirrían las cadenas de los blindados, sino un tráfico civil caótico... Pero en aquellos parajes aún puede percibirse el homenaje a la muerte. Aquí, un modesto monumento sudafricano a sus soldados caídos en El Alamein; un poco más adelante, otro, éste griego, con la lista de sus soldados muertos en la zona combatiendo en las filas británicas.



Casi a la entrada de El Alamein, un gran cementerio inglés, poblado por miles de cruces con el nombre, graduación y unidad de quien encontró la muerte en aquel paisaje pedregoso y estéril. Frente a las cruces perfectamente alineadas, en la lejanía envuelta por la calima del desierto, se adivina la pequeña cordillera de Ruweisat, un terreno calcinado y silencioso regado por la sangre de miles de hombres.

El Alamein es un poblacho polvoriento en el que sólo se ven soldados egipcios libres de servicio. Junto a la carretera un pequeño museo militar recuerda la batalla. Ante él se amontona un somero muestrario de las armas empleadas por los contendientes. Chatarra militar inofensiva que hace cuarenta años sembró la muerte. Cañones y tanques de uno y otro bando se mezclan pacíficamente uniformados por el tiempo y la pintura que los preserva de la corrosión. Dentro del museo, armas ligeras, uniformes, planos de la campaña y, curiosamente, un solo general homenajeado: Rommel.

Carretera adelante, hacia el oeste, grandes mojones delimitan los campos de minas británicos y del Eje. En una gran piedra puede leerse esta inscripción en italiano: «Faltó la for-

tuna, no el valor, 1 de julio de 1942. A Alejandría, 111 km.» Al coronar una loma, como un espejismo, surge un espectacular monumento porticado: «Cementerio militar italiano, El Alamein.» Ante sus arcos hacen guardia cuatro pequeños cañones de tanques italianos destruidos. Al fondo, subiendo por una suave carretera sombreada por un seto, se encuentra un elevado edificio, una especie de silo de la muerte. Dentro, un sacerdote concluye la misa. Está solo, rodeado por millares de lápidas que recubren las paredes de esta iglesia funeraria.

Ya en la calle, bajo un sol cegador, el sacerdote bromea con nosotros: «¡Españoles, qué poco os faltó a vosotros para venir aquí a hacernos compañía!» Combatió en El Alamein y, tras la guerra, se ordenó sacerdote. Regresa a este escenario de muerte cuando puede para decir misa y recordar a los compañeros caídos.

Más adelante, sobre una pequeña elevación desde la que se ve el mar, una especie de tambor gigantesco se recorta contra el cielo. Es el cementerio alemán. Dentro, un claustro circular porticado. Entre cada arcada, los *landers* alemanes rinden un último homenaje a sus muertos. En el centro, batido por el sol, se yergue un monolito con diversas inscripciones en su base. Una dice: «En memoria de todos aquellos que no pudieron ser rescatados en el mar o en el desierto.» Otra: «Aquí descansan 4.200 soldados alemanes de la segunda guerra mundial. Que su muerte nos sirva de legado y advertencia.»

En una lápida adosada a una pared, un largo epitafio comienza: «Aquí descansan treinta y un soldados de nacionalidad desconocida. Aquí se llevó todo la muerte: nombre, edad y pueblo»...

España implicada: Operación Backbone

El 7 de noviembre de 1942, mientras los restos de las fuerzas de Rommel retrocedían hacia sus bases de partida en Libia, Hitler se dirigía a Munich para conmemorar el XIX aniversario de su fallido golpe de Estado de 1923. Su tren especial había parado en todas las estaciones importantes para conectar el teléfono con la red general pues el Führer se hallaba ansioso no por la suerte de Rommel y sus vencidas tropas, sino por el derrotero de la gran flota aliada, que a primeras horas de la mañana de ese día había penetrado en el Mediterráneo. Durante la noche, las informaciones comunicaban que los barcos se concentraban frente a las costas de Argelia y Marruecos. Hitler se pasó el viaje especulando. «Seguramente tratarán de pasar durante la noche entre Sicilia y África, para evitar los ataques de nuestra aviación. Luego seguirán hasta Trípoli, o quizá hasta Bengasi o Tobruk, para desembarcar a espaldas de Rommel...»



Y mientras Hitler volaba con su imaginación concibiendo grandes empresas que no estaba en condiciones de acometer, a la 1.18 horas de la madrugada del 8 de noviembre las primeras unidades de desembarco aliadas pusieron pie al este de Argel. Había comenzado la Operación Torch. Los norteamericanos llegaban al escenario bélico occidental. Horas después, en Munich, durante el discurso conmemorativo de su intentona golpista de 1923, Hitler minimizó la gravedad de la situación: «... Son unos cretinos si piensan que alguna vez podrán destruir Alemania... Nosotros no caeremos. Por consiguiente, serán los otros quienes caigan.»

Evidentemente, no sabía lo que decía. La amenazadora operación anfibia que amenazaba las posiciones del Eje en África era sólo el comienzo de una inmensa ola de hombres y

medios que ahogaría las posibilidades nazis de respuesta. Como toda operación en la que deben combinarse nacionalidades diferentes, mandos distintos y millares de hombres y medios, los comienzos de la Operación Torch habían sido complejos y dilatados. Además de los problemas de tropas, armadas, pertrechos y transportes, debían resolverse previamente los problemas políticos que planteaban España y Francia.

La ambigüedad española podía encerrar las amenazas más graves. Si España se declaraba beligerante al comienzo de la Operación Torch, los aliados se verían en aprietos: las tropas españolas, apoyadas por las alemanas, tomarían Gibraltar en horas y, desde el Marruecos español, asestarían una puñalada trapera a las aliadas, que quedarían aisladas en el Mediterráneo.

Respecto de Francia, la situación era aún más compleja. Como demostraba la experiencia, los gobernadores coloniales franceses eran fieles al régimen de Pétain y combatían con decisión a los invasores. Ahí estaba el fracaso del general De Gaulle en su intento de tomar Dakar (Senegal), la resistencia francesa en Siria o la que aún mantenía el gobernador de Madagascar contra la invasión británica.

Y aquéllos eran puntos distantes de la metrópoli, difíciles de abastecer. Lo de Torch suponía más: Marruecos y Argelia estaban muy cerca y eran las niñas de los ojos de Francia, contaban con guarniciones importantes —quizá hasta 200.000 hombres—, y Vichy aún disponía de una escuadra en el Mediterráneo, que podría emplear para defenderlas.

Torch, pues, se convertía en una triple operación: la preparación de un ejército de desembarco, la neutralización del Ejército francés de Vichy y la prevención de lo que pudiera hacer España. En las tres vertientes comenzó a trabajar el Estado Mayor Conjunto, y mientras se reunían los efectivos

necesarios para el desembarco y se ideaba la mejor manera de reducir a los franceses, surgía el Plan Backbone (columna vertebral) para cubrirse ante una actitud hostil española.

El Estado Mayor Conjunto, sirviéndose del abundante material conseguido en Madrid por el espionaje angloamericano, pudo disponer de una información muy fiable —tal como ha estudiado el profesor Marquina Barrio, al que he seguido en este aspecto— sobre efectivos, armas y fortificaciones en el Marruecos español, y de que Franco no tenía voluntad alguna de implicarse en la guerra. Por tanto, lo único preocupante sería la posible reacción alemana, que podría intentar asentarse en la península Ibérica y en Marruecos pese, incluso, a la oposición armada de los españoles.



El Plan Backbone trataba de cubrir estas eventualidades. Si España se declaraba beligerante en los primeros momentos de la invasión, Eisenhower desviaría contra el Protectorado español parte de las fuerzas previstas para asaltar el Marruecos francés. No serían necesarias muchas tropas, pues España disponía en Marruecos de unos 120.000 hombres (incluidas las fuerzas indígenas, unos 20.000), pero tales tropas ni tenían armamento moderno, ni estaban bien adiestradas. La capacidad de fuego de una división española se estimaba, a lo sumo, en la mitad de una división aliada. Franco disponía de sesenta aviones como única cobertura aérea, con dos limitaciones esenciales: eran anticuados y andaban escasos de combustible. Sus blindados ascendían a unos 200, pero sólo constituían una fuerza virtual, pues todos ellos eran restos de la guerra civil, en buena parte inoperantes... En cualquier caso resultarían blancos indefensos ante los blindados que Torch llevaría a África.

Si España se mantenía neutral y era invadida por Alemania, los aliados dispondrían de tiempo suficiente para prepararse. Por

un lado, la invasión no sería sencilla: Berlín tendría que concentrar fuerzas importantes y eso resultaría lento, dado que la Wehrmacht estaba metida hasta el cuello en la campaña de Rusia. Los preparativos de una hipotética invasión alemana contra España serían detectados por el espionaje aliado al menos con quince días de antelación respecto al comienzo del ataque. La invasión hallaría, seguramente, resistencia en España —que los aliados tratarían de activar—, donde, además, las dificultades geográficas y la escasez de comunicaciones retardarían al menos un mes la presencia alemana en el sur de la Península.

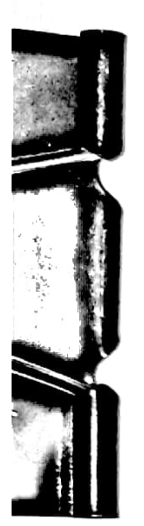
Tanto si España se unía al Eje como si Hitler la invadía, estos plazos resultaban suficientes —siempre según la investigación del profesor Marquina— para que los aliados pusieran en marcha las operaciones contempladas en el Plan Backbone y se adueñasen del Protectorado español. Tales operaciones constarían de tres partes:

1. Toma de Tánger y Tetuán: fuerzas desembarcadas en el Marruecos francés avanzarían hacia Alcazarquivir, con fuerte cobertura aérea, mientras que grupos de paracaidistas y comandos aerotransportados limpiarían el camino al grueso de las fuerzas. Tetuán, capital y Capitanía General del Protectorado, con importante guarnición, constituía el objetivo prioritario por el efecto psicológico que causaría en el resto de las guarniciones españolas.

2. La toma de Ceuta, considerada como la operación más difícil de Backbone, requeriría el desembarco de dos importantes grupos de comandos en la zona de Cabo Negro. Uno de ellos trataría de destruir los ocho cañones de costa que allí había y el otro cortaría la carretera entre este punto y la plaza. A continuación podrían desembarcar las tropas adjudicadas al ataque a Ceuta, que a esas horas estaría bajo el fuego aeronaval de los aliados.

3. Control de Melilla y su aeropuerto: Una fuerza aliada partiría de Uxda, cruzaría por sorpresa el puente internacional, tomaría Melilla y, después, avanzaría por el norte del Protectorado para rendir a las fuerzas españolas acantonadas en la zona de Alhucemas.

Todo ello requeriría el empleo de cuatro divisiones de infantería —74.000 hombres—, unos 400 tanques y 200 aviones. Tales fuerzas estarían concentradas en el sur de Gran Bretaña.



Operación Torch

La intervención española, por tanto, constituiría un inconveniente, pero no un obstáculo insuperable. Más preocupaba en Londres la posible resistencia a ultranza de las tropas francesas y el empleo por el régimen de Vichy de su escuadra, anclada en la base de Tolón, lo que hubiera podido amenazar gravemente el éxito de Torch. La postura del presidente Pétain era terminante: «Se abrirá fuego sin distinción contra cualquier agresor que intente invadir Marruecos, Argelia o Túnez.»

Para evitar esa probable resistencia francesa los cónsules norteamericanos en Marruecos y Argelia se encargaron de contactar con los elementos civiles enemigos del régimen de Vichy para que estuvieran dispuestos a apoyar una eventual operación de comandos. También «trabajaron» a los militares situados en los puntos clave distinguidos por su antinazismo y por sus escasas simpatías al régimen de Pétain.

Sin embargo, esto no era suficiente porque la mayoría de los altos mandos, atada a la disciplina y a la lealtad hacia el Gobierno de Vichy, no había resuelto qué hacer en el caso de

una invasión. Por eso se consideró imprescindible contar con un general de superior jerarquía a los mandos de Marruecos y Argelia y, a la vez, con el suficiente prestigio como para eliminar suspicacias e insubordinaciones.

Los aliados recurrieron al general Giraud, que vivía en la clandestinidad tras su evasión de la fortaleza alemana de Königsberg. Henri Giraud, próximo ya a los setenta años, era el típico militar salido de Saint-Cyr, estirado, pulcro, distinguido, pero carecía de la fogosidad y el carisma de un De Gaulle, por ejemplo. No era el hombre más apropiado para el proyecto, pero no hallaron un candidato más idóneo.

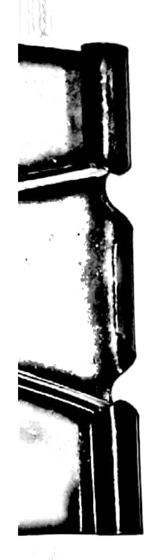
En la noche del 4 al 5 de noviembre de 1942 el submarino británico *Seraph* emergió cerca de la costa francesa de Lavandou. La mar estaba picada y hacía mucho frío. Los observadores del *Seraph* escudriñaron la costa próxima con sus prismáticos y, al fin, divisaron las señales de una linterna. Botaron una balsa y, poco después, recibieron en el sumergible a tres hombres con ropas de paisano, conducidos hasta allí por miembros de la resistencia francesa. Eran Giraud, su hijo Bernard y el capitán Beaufre.

Treinta y seis horas después, lejos ya de las costas francesas, un hidroavión recibió a los tres hombres y les condujo a Gibraltar. La gran base británica estaba atestada de buques de transporte y de guerra. «¡Dios mío —exclamó Giraud—, cómo puede pasar desapercibido todo esto!»

Nada es más difícil de ocultar que una operación anfibia de gran envergadura y Torch era un auténtico monstruo. A las órdenes de Eisenhower se habían formado dos agrupaciones de tropas: la destinada a Marruecos, mandada por el general norteamericano George S. Patton, disponía de 35.000 hombres y 252 tanques; la de Argelia, a las órdenes del general británico Kenneth A. N. Anderson, contaba con 72.000 hombres

y 300 blindados. Los generales estadounidenses Spaatz y Doolitle mandarían las fuerzas aéreas, con unos 500 aparatos.

Para transportar estas tropas y sus equipos se juntó una flota de 350 mercantes, que serían escoltados y apoyados en los desembarcos por 127 buques de guerra, entre los que había 6 acorazados, 15 cruceros y 11 portaaviones, con unos 350 aviones embarcados. La fuerza naval estaba mandada por el almirante británico Andrew Cunningham.



Semejantes preparativos no hubieran pasado desapercibidos a los espías del Eje. Por tanto, los Servicios de Inteligencia aliados trataron de ocultar sus intenciones. Dakar fue el punto entregado como cebo al hervidero de espías que por aquella época eran Lisboa, Tánger o Madrid. Luego se pusieron en circulación dos nuevos puntos: Noruega y Malta... Mientras se trataba de enmascarar los auténticos objetivos, surcaba el Atlántico la escuadra con las fuerzas que invadirían Marruecos y desde Gran Bretaña llegaban a Gibraltar los medios requeridos para tomar Argelia.

Lejos del bullicio del puerto, Eisenhower se reunía con Giraud para exponerle las características de Torch y la misión que se le asignaba. Giraud quedó decepcionado, pues esperaba el mando supremo de la operación en vez de la jefatura de las fuerzas francesas que lograse subordinar. Tampoco se entusiasmó ante los objetivos de Torch, pues había creído que se trataba de un desembarco en el sur de Francia.

En la noche del 6 de noviembre el mariscal Göring, jefe de la Luftwaffe, telefoneaba al general Albrecht Kesselring, jefe de las Fuerzas del Reich en Italia:

—Según nuestros cálculos, el convoy estará dentro del radio de acción de nuestros aviones en el plazo de 40 o 50 horas. Todo debe estar dispuesto.

—Pero, señor mariscal, ¿y si el convoy intenta desembarcar en África?

—Estoy convencido de que intentará desembarcar en Córcega, Cerdeña, Derna o Trípoli.

—Me parece más probable un puerto del norte de África.

—Sí, pero no un puerto francés...

Bajo estas directrices, Kesselring montó su emboscada aérea en el canal de Sicilia, 1.000 km al este del más próximo de los desembarcos aliados, que no fueron atacados por la aviación del Eje hasta 24 horas después del comienzo de la operación. La misma desinformación afectó al mando de los submarinos de Dönitz. Pero la mejor muestra de la desorientación alemana sobre Torch es la postura de Hitler durante su viaje a Munich, tal como se ha dicho.

El día 7, de madrugada, la escuadra aliada de Gibraltar puso proa al Mediterráneo. Los rumores de invasión a las colonias francesas circulaban por todo el norte de África. El jefe militar de Argelia, general Juin, ordenó aumentar la vigilancia de los puertos de Argel y Orán y, en la noche del día 7, se reunió en su residencia con Darlan para valorar la situación. A esas horas los grupos de la resistencia francesa —que no pudieron reunir más de 200 hombres armados— recibieron la consigna de entrar en acción.

A la 1.18 horas del 8 de noviembre un grupo de comandos británicos llegó sigilosamente a la costa argelina y asaltó una batería de cañones de largo alcance. Los sorprendidos franceses intentaron resistir y allí se produjeron los primeros muertos de Torch. Minutos después, otros grupos de comandos intentaron tomar las instalaciones portuarias de Argel y Orán, siendo rechazados con graves pérdidas.

Mientras el rugido de los cañones y el tiroteo de la fusilería atronaban la capital argelina, los miembros de la resistencia tomaban el palacio donde estaban reunidos Juin y Darlan, pero pronto fueron reducidos por fuerzas militares. Entretanto, en media docena de playas a lo largo de la costa argelina comenzaron los desembarcos previstos. La confusión resultó enorme entre las fuerzas francesas, algunos de cuyos jefes no acataron la orden de resistir y permitieron los desembarcos.

Pero el panorama aliado tampoco resultó inicialmente halagüeño. La Primera División de Infantería norteamericana era frenada en Arzev; el 503 Regimiento de Paracaidistas se dispersó durante el lanzamiento, tardando 24 horas en alcanzar sus objetivos (algunos tomaron tierra en el Protectorado español, siendo capturados).



En Marruecos tampoco se produjo un triunfo inmediato. El general Bethouard, comprometido con Torch, fracasó en su intento de anular al general Nogués, jefe militar de Marruecos, que ordenó resistir. En Port Lyautey, al norte de Casablanca, la 9ª División de Infantería USA pudo desembarcar, pero fue paralizada cerca de la costa, sufriendo más de 300 muertos... La Aviación de Vichy combatió con denuedo, causando y sufriendo cuantiosas bajas, hasta ser neutralizada. La Marina, lo mismo que en los puertos argelinos, no pudo salir a la mar y se defendió con su artillería, padeciendo cuantiosas destrucciones y unos 500 muertos. Las colonias francesas no brindaron a los aliados una recepción cordial, pero no pudieron contrarrestar su neta superioridad aérea y marítima.

A las 17 horas del 8 de noviembre Darlan pidió un alto el fuego en la zona de Argel para entablar negociaciones. Al conocerse esto, las guarniciones francesas se rindieron una tras otra, concluyendo totalmente las hostilidades el día 11. Torch

había costado unas 4.000 bajas entre ambos bandos, que pasaron a ser aliados inmediatamente después.

En Francia, tal como todos habían previsto, la reacción alemana consistió en ocupar toda la zona gobernada por Vichy. La flota francesa, para no caer en manos nazis, se barrenó en su base de Tolón: ¡75 buques, nada menos!

Inmediatamente después de la consolidación de los desembarcos, las fuerzas aliadas se dirigieron hacia Túnez, y a su paso fueron recibidos como libertadores por lo que pudieron llegar en pocas horas hasta cerca de la capital de la colonia. Pero la reacción del Eje fue fulminante: el día 11 comenzaron a llegar a los puertos tunecinos tropas germano-italianas, que pronto contuvieron la ofensiva y que, incluso, pasaron al contraataque.

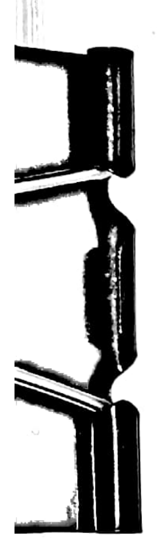
Sin embargo, los días del Eje en África estaban contados. Las tropas enviadas no podrían ya dar vuelta a la situación y los suministros que requerían supusieron un esfuerzo adicional para la flota italiana, que se consumió en la empresa. Hacia Túnez convergían los restos del ejército de Rommel, que se retiraba lentamente, presionado por Montgomery, cuya cautela permitió al Zorro del Desierto retirar al grueso de su Ejército, pese a su angustiosa carencia de carburante, vehículos y tanques.

Berlín y Roma comenzaron pronto a vislumbrar su nefasto destino en África, pues sus efectivos estaban en una inferioridad de 1 a 2 en el mejor de los casos y sus suministros de 1 a 10. Sólo la entrada de España en guerra hubiera podido equilibrar algo la balanza, permitiendo el contraataque y el abastecimiento a través del estrecho de Gibraltar.

Pero Madrid no mostraba ningún deseo de ir a la guerra. El general Jordana, ministro de Exteriores, declaraba que su misión era la de mantener a España fuera del conflicto. Franco

tampoco tenía interés alguno, tanto que no escuchó a sus ministros falangistas que aconsejaban la intervención. Incluso se acordó, en consejo de ministros, rechazar la petición de paso del Ejército alemán si tal demanda se producía.

Y Alemania, metida hasta el cuello en el cerco de Stalingrado, no podía distraer fuerza alguna para proyectar una invasión de España... En vista de la voluntad española de permanecer neutral y de los progresos de la campaña de Túnez, los aliados desactivaron el plan Backbone en febrero de 1943 y destinaron a la futura invasión de Italia las fuerzas que tenían reservadas para invadir el Protectorado.



A finales de enero Rommel alcanzaba Túnez. Libia quedaba en poder de los aliados, que concentraron más de medio millón de hombres en una inmensa tenaza que abarcó la mitad norte del país. Primero perforaron la Línea Maret, después la Línea Akarit... África estaba perdida para el Eje. El 8 de marzo Erwin Rommel era llamado a Alemania para evitarle la amargura de la derrota y, probablemente, el cautiverio.

A primera hora del 13 de mayo de 1943, dos días antes de lo previsto por los planes del Estado Mayor Conjunto aliado, el mariscal Alexander podía telegrafiar a Churchill: «La campaña de Túnez ha terminado. Ha cesado por completo la resistencia enemiga. Somos dueños de las costas norteafricanas.»

Capítulo III

1942: LA GUERRA CAMBIA DE SIGNO. LA OBCECACIÓN DE HITLER

Wilhelm Becker se acurrucó en su pozo de tirador. El viento helado segaba la colina Mamaiev como una guadaña, formando remolinos con los copos de nieve. Era imposible ver con claridad más allá de diez metros, pero Becker, con ese sexto sentido del soldado veterano, intuía que algo iba a pasar.

Enfiló su ametralladora hacia la oscuridad y esperó. Los segundos de angustiosa tensión le reanimaron un poco, aunque no logró sentir sensación alguna en sus pies. A treinta grados bajo cero llevaba metido en aquel agujero cerca de veinticuatro horas. En ese tiempo había comido una tajada medio cruda de carne de caballo y un mendrugo de pan y, bajo el fuego de los pacos rusos, no había podido moverse ni para hacer sus necesidades. Era la única ventaja de aquella nevera: el frío congelaba hasta los olores. Si, de repente, llegara el verano a Stalingrado, todos tendrían que salir huyendo: entre los escombros cubiertos por la nieve yacían más de 100.000 cadáveres petrificados por el frío.

La ametralladora comenzó a disparar ráfagas breves y precisas. Uno, dos, tres bultos blancos se desplomaron a pocos metros. Becker se sobresaltó al advertir que era él quien disparaba. «Es el oficio, que no se olvida ni en medio de esta mierda», se dijo.

Todo el frente cobró repentina actividad. Los morteros alemanes sembraban de granadas la vertiente rusa de la colina Mamaiev, mientras un sonido, como de colmena en actividad, hizo hundirse aún más a Becker en su agujero: un haz de cohetes lanzado desde el otro lado del Volga cayó sobre las trinche-

ras alemanas. Grandes trozos de hielo y tierra dura como el granito saltaron por el aire mezclados con la metralla.

Wilhelm Becker fue arrancado de su agujero. En medio de un volcán de fuego se arrastró hacia el búnquer de su batallón. Intentó ponerse en pie y notó con horror que sus pies no le obedecían. ¡Estaban congelados! Metro a metro, con terribles dolores en un hombro, alcanzó el refugio. Allí no había rastro de vida: su mísero techo de tablas, tierra y nieve se había hundido bajo el impacto directo de una granada soviética. A Becker se le pasaron las ganas de vivir, pero tuvo suerte: dos compañeros que se retiraban tropezaron con él y le llevaron a un hospital.

El cabo de granaderos Wilhelm Becker recobró el conocimiento en un sótano donde docenas de heridos cubiertos de harapos, sangre y vendajes poblados de piojos clamaban pidiendo agua, comida, analgésicos o un tiro en la cabeza. ¿Cómo podía suceder esto? ¿Cómo los modélicos hospitales de campaña alemanes habían quedado reducidos a infectas pocilgas heladas donde se mezclaba el olor a excrementos, a sangre corrompida, a carne putrefacta? Aquel hospital era la fiel representación de lo que le ocurría en Stalingrado a la Wehrmacht.



Aun en aquellos días —mediados de enero de 1943— Becker no había perdido la esperanza de poder escapar de Stalingrado o de resistir, pero al observar aquel hospital, su mundo forjado en el *Mein Kampf*, en la fe ilimitada en el Führer y en la supremacía aria se derrumbó.

Dos camilleros le transportaron hasta una esquina. Separado por unas mantas tendidas sobre alambres se encontraba el quirófano. Un cirujano agotado por muchas horas de trabajo ininterrumpido, esperaba. Becker sintió que los pelos se le ponían de punta a causa del espanto. El médico estaba cubierto de sangre de pies a cabeza, su mesa de operaciones

consistía en unos tablones montados sobre cajones de munición y en un rincón pudo ver un gran montón de cosas: ¡eran piernas y brazos!

El cabo Wilhelm Becker, con ambos pies amputados y la clavícula rota pudo, pese a todo, llamarse afortunado. Uno de los últimos aviones que salió del aeropuerto de Gumrak, lleno de agujeros y de aparatos destrozados, le devolvió a Alemania. Para él no hubo honores, ni condecoraciones, ni ascensos. Días después, mientras se recuperaba en un hospital, recibió la visita de la policía política: «De lo ocurrido en Stalingrado, ni una palabra», le dijeron. Cuando se fueron, a Becker se le llenaron los ojos de lágrimas: «El 6° Ejército alemán ha muerto y aquí nadie quiere oler a podrido.»

El infierno se llama Stalingrado

Cuando terminaba el invierno ruso de 1941-1942, que tantos desastres había deparado a las tropas nazis, Hitler disponía de un ejército de casi cuatro millones de hombres (un 20 por ciento eran tropas aliadas), con no menos de 10.000 cañones de campaña, 4.000 tanques y un número similar de aviones.

El Führer parecía haber escarmentado de sus errores de la campaña anterior y, en vez de lanzarse en busca de varios objetivos a la vez, centró sus miras en un solo y grandioso proyecto: tomar el Cáucaso. Con ello, anularía un alto porcentaje de la capacidad industrial soviética, privaría a Stalin de los importantes recursos agrícolas, minerales y humanos de la región y obtendría petróleo para el III Reich, terminando con la angustiosa penuria alemana de combustible. Con el Cáucaso en sus manos amenazaría la retaguardia del imperio británico

y sus fuentes de combustible y, muy probablemente, atraería a Turquía al campo bélico del Eje.

Un grandioso sueño al que se opondría el Ejército soviético, con unos cinco millones de hombres, 30.000 cañones, 6.000 tanques y unos 10.000 aviones. Frente a la ventaja en hombres y medios, Alemania seguía siendo superior en la concepción de la guerra de movimientos y en la calidad de su aviación. A lo que había que añadir la concentración de tropas soviéticas para la defensa de Moscú, mientras Hitler había congregado casi la mitad de sus efectivos en el frente sur, escenario de su gran mazazo.



Entre el final de la primavera y el verano de 1942 se produjo un rosario de victorias germanas que pusieron a la URSS al borde de la derrota: bajo la sombra de la esvástica cayeron Kerch, Jarkov, Sebastopol, Oskol, Voroneth, Rostov... Stalin perdía cientos de miles de kilómetros cuadrados y cerca de 800.000 hombres, 2.000 tanques, 4.000 cañones y más de 1.000 aviones. Dos ejércitos soviéticos estaban bajo la amenaza de cerco en la curva del Don y Stalingrado quedaba al alcance de los nazis. El Cáucaso parecía presa segura.

Pero en ese momento Hitler, contra la opinión de sus generales, volvió a cometer el mismo error que el año anterior: dividir sus fuerzas y cambiar los objetivos originales. La toma o destrucción de Stalingrado se convirtió en operación prioritaria. Sus ejércitos Sur (73 divisiones alemanas y 26 de sus aliados) fueron divididos en A y B. El primero, debería apoderarse del Cáucaso; el segundo, tomaría Stalingrado, formaría un frente Don-Volga y, posteriormente, descendería el curso del Volga hasta Astrakán. No advirtió que sus fuerzas se desperdigarían por un frente de más de 2.000 km, perdiendo penetración y haciendo muy difícil su abastecimiento. Hitler se había auto-

convencido —contra las evidencias que le exponían sus generales— de que tal empresa era posible porque la URSS agonizaba.

Entrevistado en Nuremberg, en la primavera de 1946, Franz Halder, jefe del Estado Mayor desde 1938 a 1942, declaró al doctor Leon Goldensohn que su ruptura con Hitler se produjo a causa de sus diferencias militares en 1941 y, sobre todo, en 1942:

> —Durante el verano tuvimos discusiones diarias. El punto de desacuerdo final fue la decisión de la ofensiva sobre el Cáucaso y Stalingrado, un error, y Hitler no quiso verlo. Le dije que en 1942 los rusos tendrían un millón más de hombres y, en 1943, otro millón más. Me replicó que era un idiota, que los rusos ya estaban prácticamente muertos. Cuando le hablé del potencial armamentístico de Rusia, sobre todo respecto de la fabricación de tanques —unos 600 al mes—, le dio un arrebato de rabia y me amenazó con los puños.
>
> —Eso es imposible, ¡deje usted de decir imbecilidades!
>
> Hitler dio órdenes al frente oriental, que eran contrarias a lo que aconsejaban los militares, lo que provocó el desastre. Entonces acusó al ejército de la derrota y aseguró que estaban cometiendo errores intencionadamente. En ese punto, yo me enfurecí, di un golpe en la mesa con los puños, hice una escena, etc. Cuando, finalmente, nos separamos, Hitler mencionó esas escenas y dijo que mis nervios estaban mal y los suyos también, y que se pondrían peor si seguíamos trabajando juntos... [*Las entrevistas de Nuremberg.*]

Los problemas de la Wehrmacht comenzarían pronto, quitándole la razón al Führer. Los ejércitos B debieron ceder el grueso de sus fuerzas acorazadas (4° Ejército blindado, bajo

mando del general Hoth) al grupo A. La consecuencia inmediata es que fueron frenados en el Don, permitiendo el ordenado repliegue de dos ejércitos soviéticos hacia Stalingrado, que comenzó a preparar su defensa.

Hacia el Cáucaso, sin embargo, progresaron los alemanes con gran rapidez y tan fácil le pareció a Hitler aquella empresa que el 30 de julio volvió a cambiar de planes: Stalingrado debía ser tomada a toda costa porque Stalin no abandonaría la ciudad que llevaba su nombre. Allí la Wehrmacht debería destruir al grueso de las tropas que aún le quedaban a la URSS. En consecuencia, ordenó que Hermann Hoth volviera con sus tanques al grupo de ejércitos B, mimados en adelante por la logística alemana.



Entre tanto, el grupo A, falto de carburante y de todo tipo de abastecimientos, avanzaba lentamente. Su jefe, el mariscal Kleist, escribía en septiembre: «Ante nosotros, ningún ruso; a nuestras espaldas, ningún suministro.»

Fue tal la carencia de combustible que hasta los camiones cisterna quedaron paralizados, con lo que el carburante debía transportarse en avión o ¡a lomos de camello!

Con todo, como guinda en la tarta de Hitler, el 21 de agosto era colocada la bandera nazi en la cima del monte Elbrus, a 5.633 m. En adelante, sus progresos serían poco significativos y no conseguirían tomar el Cáucaso; sus tropas resultaron pocas para romper un frente de más de 1.000 km.

La escasa resistencia soviética inicial fue creciendo poco a poco a favor de las dificultades naturales, de las líneas defensivas preparadas y del progresivo debilitamiento del ejército alemán que, además de los problemas reseñados, hubo de ceder unidades para el asalto a Stalingrado y buena parte de sus antiaéreos.

Más aún, aunque los ejércitos A consiguieron ocupar algunos campos petrolíferos, no lograron aprovecharse de ellos, pues antes de abandonarlos los ingenieros soviéticos los inutilizaron a fondo. Los de Maikop, por ejemplo, no volvieron a producir hasta 1948.

A comienzos de agosto la ofensiva alemana contra Stalingrado cobraría enorme vigor. Friedrich von Paulus, de cincuenta y dos años, era un general culto y delicado, amante de la música clásica, excelente planificador de Estado Mayor, pero carecía de la decisión y el arrojo que tanto hubiera necesitado, estaba al frente del 6° Ejército alemán, encargado de tomar la ciudad.

Sus tropas asaltaron Kalach, puerta del recodo del bajo Don, sin conseguir cercar a los ejércitos soviéticos. Días después, el 23 de agosto, sus fuerzas acorazadas se apoderaban de Kachalinskaia y Duvovka, taponando la brecha entre el Don y el Volga. El 2 de septiembre, en colaboración con los blindados de Hoth, cerraban el cerco de Stalingrado por el sur. La toma de la ciudad parecía próxima.

Pero el mando soviético les preparaba una recepción sorprendente. Desde mediados de julio más de 200.000 voluntarios (mujeres y hombres fuera de edad militar) habían construido cuatro cinturones defensivos, el último de ellos dentro del trazado urbano. Sobre estas líneas se apoyaría el 62° Ejército soviético, al mando de un general que en esa batalla conquistaría el mariscalato de la URSS, Vasili Chuikov.

Al sur de la ciudad se fortificó el 64° Ejército de la URSS. Eran en total poco más de 200.000 hombres, que con la aportación del voluntariado apenas si alcanzarían los 300.000 defensores (algunos con precario armamento), apoyados por 360 tanques, 337 aviones y la artillería, su mejor baza, com-

puesta por unas 8.000 bocas de fuego. Contra ellos se lanzaron 250.000 alemanes y aliados, provistos de 740 tanques, cerca de 7.000 piezas de artillería y una cobertura aérea de 1.200 aviones.

La perla de la estepa era la principal ciudad industrial del sur; allí, por ejemplo, se construía la cuarta parte de los motores soviéticos. Al norte de su alargada y estrecha configuración estaba la zona industrial; en el centro, la zona comercial y residencial, dominadas por la colina Mamaiev, cubierta de árboles y jardines; al sur, los suburbios. La ciudad, unos 500.000 habitantes, se recostaba a lo largo de unos 40 km sobre el Volga, cuya gran anchura impediría a los alemanes el cerco completo. En la orilla izquierda del gran río se instaló la artillería soviética, pesadilla de los alemanes, y también en esa margen se acumularon los almacenes desde los que, por medio de barcazas, eran abastecidas las tropas defensoras.



Pronto la ciudad experimentaría el peso de la furia hitleriana: el 23 de agosto, 600 bombarderos alemanes anticipaban lo que ocurriría en los meses siguientes: cerca de 2.000 toneladas de bombas produjeron unos 20.000 muertos y destruyeron parcial o totalmente 4.000 edificios. Luego, la Wehrmacht se abrió paso penosamente en el dédalo de fortificaciones soviéticas perdiendo tres semanas y gastando el filo de sus dientes en la periferia de la ciudad.

El 13 de septiembre la punta de lanza de Von Paulus se lanzó contra Stalingrado. El primer ataque alemán se abatió sobre la colina Mamaiev, excelente observatorio artillero, que tomó tras un furioso asalto a la bayoneta. La ladera oeste quedó cubierta de cadáveres alemanes; la este, de muertos soviéticos. Chuikov la recuperaría durante la noche, también a cuchillo. Acababa de comenzar la leyenda de la Colina de la Muerte, que

veinte veces cambió de manos y que costó más de 20.000 vidas en cinco meses de feroces combates. El día 14 los alemanes volvieron a tomar la colina; sus tropas acorazadas, con desproporcionadas pérdidas, consiguieron entrar en el centro de la ciudad.

Tan violento fue el ataque alemán en la tercera semana de septiembre que Chuikov hubo de sacrificar sus últimos tanques para impedir que los alemanes alcanzasen el Volga. La situación llegó a ser desesperada en el sector central; su propio cuartel general quedó en la línea de fuego y la guardia repelió a la bayoneta un asalto alemán. La lucha resultó espectacularmente épica en la estación de ferrocarril, en cuya defensa murió Rubén Ruiz Ibárruri, hijo de Dolores Ibárruri, la *Pasionaria*.

Con la caída de la noche decreció el empuje alemán y pudo pasar el Volga la División Rodimsev, que se cubriría de gloria y de muertos en las 48 horas siguientes. Esta división, que reconquistó la colina Mamaiev y la mantuvo dos días en su poder, salvó Stalingrado del desplome. Fue retirada durante la noche del día 16 tras haber tenido ¡8.000 muertos!

Por esas fechas el centro de la ciudad era ya impracticable. Apenas si quedaba en pie algún edificio. Se luchaba casa por casa, piso por piso, sótano por sótano. Cada montón de escombros era disputado con singular fiereza.

Los alemanes perdieron la ventaja de sus tanques, que en el laberinto de escombros resultaban sumamente vulnerables. Tampoco el dominio del aire era ventaja decisiva. Sobre la ciudad flotaba una nube de humo y polvo que dificultaba mucho la visibilidad y los combates eran tan próximos, tan cuerpo a cuerpo, que los aviones no podían intervenir.

La bomba de mano, la pistola ametralladora y la bayoneta dominaron aquella lucha que pronto se denominó «guerra de ratas».

Obsesión suicida

Mediante un tremendo desgaste, los alemanes fueron progresando metro a metro y el 22 de septiembre lograron alcanzar por vez primera la orilla del Volga por el centro de la ciudad. Un pequeño pasillo, ensanchado lentamente a costa de un río de sangre, partió en dos las posiciones del 62° Ejército y dificultó el paso de refuerzos por esa zona del Volga.

Uno de los choques épicos del empeño soviético por impedir que los alemanes rompieran su frente y alcanzaran el Volga fue la defensa de un silo de cereales: medio centenar de hombres, parapetado en sus muros de hormigón, impidió durante cinco días el avance hacia el río de toda una división. Wilhelm Hoffman, oficial del 267° Batallón, uno de los asaltantes, escribía al final del combate:



> La resistencia rusa se ha venido abajo. Nuestras tropas avanzan hacia el Volga. Encontramos a unos cuarenta rusos muertos en el interior, pero nuestro batallón ha quedado reducido al tamaño de una compañía. Ni los más veteranos habían presenciado jamás una resistencia semejante.

A final de mes, Von Paulus decidió atacar el norte, centro industrial compuesto por cadenas de fábricas construidas en piedra u hormigón y que constituían un formidable baluarte. Centenares de Stukas barrenaron el terreno, mientras la artillería alemana pulverizaba campos de minas y defensas exteriores.

Dos divisiones alemanas apoyadas por carros alcanzaron las fábricas. Cada pasillo, cada nave, se defendió con furia. Pese a todo, el rodillo del 6° Ejército logró un progreso de 3 km

hacia el Volga. «Otro día como éste y nos hubieran arrojado al río», escribiría Chuikov en sus *Memorias*.

Por la noche, seguirá la lucha. Esa era la hora de los pacos rusos y la de sus grupos de asalto. Ambos bandos se tiroteaban a menos de cincuenta metros de distancia, a veces se sentían unos a otros separados por un muro o un piso. Tan próximos se hallaban que fueron generando una jerga comprensible por ambos bandos, y en la noche, erizando el vello, se escuchaban sus voces, burlas, amenazas, insultos y procacidades:

> —¡Ruso, vas a hacer burbujas en el Volga! —gritan de un lado.
>
> —¡Fritz, tú no verás la luz del día para alegrarte! —responden del otro.

Durante la noche del 27 de septiembre dos divisiones soviéticas atravesaron el Volga para cubrir bajas y taponar huecos. El ataque alemán prosiguió con el mismo ímpetu el 28. Chuikov empleó ese día hasta el último de sus aviones en defender la zona industrial. Los progresos del 6° Ejército fueron mínimos y las bajas cuantiosas: unos 5.000 hombres por bando.

Al concluir el mes, las recriminaciones de Hitler comenzaron a agobiar a Von Paulus. El general prometió que Moscú tendría que lamentar la pérdida de Stalingrado durante las celebraciones del 25 aniversario de la revolución soviética.

Para Hitler, la única obsesión de esos días era la conquista de la perla de la estepa, de ahí que fuera incapaz de advertir que durante septiembre había empeñado el grueso del esfuerzo bélico alemán contra un montón de ruinas sin valor industrial y de dudosa importancia estratégica en aquellos

momentos. Estaba derrochando sus recursos mientras Stalin ahorraba los suyos, esperando darles mejor empleo.

Von Paulus estuvo a punto de cumplir su promesa. Durante el mes de octubre, «el tremendo octubre», según Chuikov, se combatió día y noche sin respiro. La Luftwaffe realizó más de 30.000 misiones de ataque sobre Stalingrado y al menos cinco divisiones alemanas de refresco fueron lanzadas a la lucha. Por el bando soviético, los refuerzos resultaron ligeramente inferiores y si bien su aviación había desaparecido del cielo, su artillería, emplazada en la margen izquierda del Volga, no dejó de tronar ni un minuto.

El 14 de octubre fue el momento álgido del ataque alemán. Cinco divisiones avanzaron por un frente de 5 km de anchura, lanzando a la brecha batallón tras batallón conforme se desangraban entre los escombros. Chuikov recordaría años después:



> Era un día soleado, pero debido a las cenizas y al humo la visibilidad se reducía a menos de 100 metros. Nuestros refugios subterráneos eran sacudidos como si fuesen de papel. Aquel día los alemanes perdieron 8.000 hombres. También nosotros tuvimos que lamentar altísimas pérdidas: durante la noche transportamos al otro lado del Volga 3.500 oficiales y soldados heridos.

Ese día los alemanes capturaron cerca de 5.000 prisioneros y causaron más de 2.000 muertos a los defensores, pero sus progresos no fueron suficientes para partir en dos la zona industrial.

La lucha continuó con furia el resto del mes. Al final, los alemanes alcanzaron el Volga por media docena de puntos, pero la resistencia soviética, hasta el último hombre, hasta el

último cartucho, impidió que ampliasen las brechas. De espaldas al río, con los pies en el agua, siguieron defendiendo sus cabezas de puente, míseras porciones de ruinas que, a veces, no eran más allá de una manzana de casas reducidas a cascotes.

Sobre aquellos escombros celebraron los soldados soviéticos el vigésimo quinto aniversario de la Revolución. Su lucha tenía sentido, pese a la miseria y destrucción de lo defendido, porque toda la URSS trabajaba y afilaba sus armas pensando en los defensores de la ciudad. Por otro lado, la Stavka (mando supremo soviético) advirtió que sobre aquellas ruinas se estaba disputando una fase crucial de la guerra.

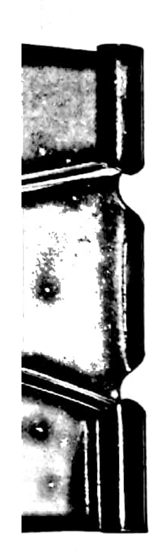
Efectivamente, su jefe, el mariscal Zukov, proporcionaba con cuentagotas los refuerzos que reclamaba Chuikov. Lo importante no era reconquistar los escombros, sino desgastar a Von Paulus y entretener en aquella lucha al máximo posible de tropas alemanas. Entretanto, él había logrado reunir 27 nuevas divisiones de infantería y 17 brigadas acorazadas de nueva formación. Con esos refuerzos, los tres ejércitos soviéticos del Don-Volga podrían pasar al contraataque.

Von Paulus aún creía o fingía creer en los objetivos de Hitler y seguía gastando sus mejores tropas en la batalla. Ante la ciudad o entre sus ruinas había perdido unos 400 tanques y gastado miles de toneladas de munición. Sus cazas y bombarderos estaban pagando cara su permanente presencia sobre el cielo de la ciudad. Sus tropas estaban bajas de moral y ese mes habían perdido 40.000 hombres, cifra muy similar a la soviética.

El general Von Wietersheim, uno de los mejores jefes de blindados, no pudo silenciar sus críticas sobre la ceguera del mando y fue degradado a soldado raso. Otro jefe de tanques, el general Von Schwedier, fue destituido porque criticaba el

mal empleo que se estaba haciendo de los carros, lanzados contra las ruinas donde servían de muy poco y alejados de las alas del 6º Ejército, en el lugar en el que podrían detener un contraataque enemigo. ¡Derrotismo!

La lucha siguió en noviembre, aunque la intensidad disminuía. Ambos bandos comenzaban a dar muestras de agotamiento. El 4º Ejército blindado alemán fue retirado a Kotelnikovo para su reorganización. Von Paulus, sin embargo, aún no había desistido. El 11 de noviembre aún pudo lanzar al ataque cinco divisiones sobre un frente de 6 km para alcanzar el río en toda esa extensión.



Los alemanes consiguieron pulverizar la resistencia soviética en un frente de 500 m y todos quedaron tan agotados que Chuikov reconocía que, al caer el día, el ataque de un solo batallón alemán más les hubiera lanzado al Volga. Pero, como ocurrió en tantos otros acontecimientos bélicos, en esta ocasión Von Paulus careció de ese último batallón o del coraje para seguir apostando por el ataque. El oficial Hoffman anotaba en su diario:

> Nos hemos apoderado completamente de Barrikadi —una fábrica de municiones situada en el centro del dispositivo soviético, a orillas del río—, pero somos incapaces de alcanzar el Volga. [...] Estamos totalmente agotados; nuestro regimiento apenas dispone de los efectivos de una compañía. La artillería rusa del otro lado del río no nos permite ni asomar las narices.

La revancha

El invierno se había adelantado y las primeras nieves cubrían ya los paisajes del bajo Don y del Volga. Las tropas del

Eje aún no habían recibido sus equipos de invierno y parte de ellas estaban esperando el relevo tras un año largo de guerra.

Para entonces, el Estado Mayor soviético disponía de medios para iniciar el contraataque. Desde Voroneth hasta Elitsa se habían organizado a fondo tres grupos de ejércitos: Ejército del Sureste (Vatutin), Ejército del Don (Rokossovski) y Ejército de Stalingrado (Ieremenko), que reunían un total de 1.050.000 hombres, 1.200 tanques, 13.000 cañones y 1.200 aviones.

Enfrente, los alemanes disponían de un número similar de hombres, 350 tanques dignos de tal nombre, 10.000 cañones y medio millar de aviones. Las alas del 6° Ejército estaban cubiertas por los Ejércitos 3° y 4° rumanos, 2° húngaro y 8° italiano. Unos 700.000 hombres que debían cubrir 800 km de frente con pocos tanques, anticuados anticarros y escasa artillería. Poco más que un cordón aduanero.

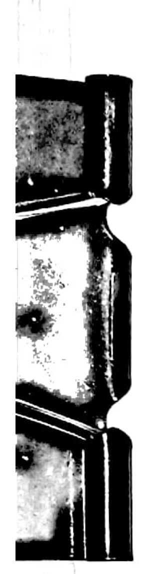
Además, los soviéticos gozarían de neta ventaja: factor sorpresa, elección del lugar de ataque, tropas de refresco bien equipadas para el invierno y llenas de moral y ganas de revancha, abundancia de material bélico y combustible cerca del frente... Una ventaja añadida era la abundancia de tropas alemanas en las ruinas de Stalingrado: allí se concentraban más del 20 por ciento de las tropas, más del 20 por ciento de los carros de combate, más del 50 por ciento de la artillería y el grueso de la aviación.

Con el ancho Don guardando sus líneas, los mariscales Zukov y Vasilevski (planificadores de la ofensiva soviética) pudieron concentrar tropas en los puntos elegidos para el ataque, de modo que en el combate contaron siempre con efectivos de tres a cinco veces más poderosos que sus enemigos.

La bien concebida ofensiva soviética se inició en la madrugada del 19 de noviembre. Los ejércitos de Vatutin y

Rokossovski, tras una feroz preparación artillera, cayeron sobre el 3º Ejército rumano. El día 20, el ejército de Ieremenko atacó, 100 km al sur de Stalingrado, al 4º Ejército rumano.

Aquellos días, de abundantes neblinas y nevadas, impidieron una adecuada observación aérea y el mando alemán tardó 36 horas en valorar las dimensiones del desastre que se le venía encima. Ambos ejércitos rumanos fueron machacados, desbordados, o puestos en fuga, y sólo algunas divisiones mantuvieron la lucha hasta agotar las municiones después de quedar cercadas.



El 23 de noviembre los ejércitos soviéticos de Ieremenko y Rokossovski enlazaban en Kalach, al borde del Don. Von Paulus quedaba cercado en una bolsa de unos 10.000 km^2 con 18 divisiones alemanas, dos rumanas, la legión croata y una enorme confusión de planas mayores, oficinas administrativas y personal de tierra de la Luftwaffe, en total unos 300.000 hombres, de los que más de 40.000 no eran combatientes.

El Estado Mayor alemán reaccionó, al fin, con eficacia y entregó a su mejor general de la zona, Erich von Manstein, los restos del naufragio de los ejércitos B; ordenó a Kleist retirarse del Cáucaso y a Von Paulus que dispusiera sus fuerzas para romper el cerco sin dejar de presionar sobre las cabezas de puente soviéticas en las ruinas de Stalingrado.

El mazazo soviético había postrado a Hitler, pero Kurt Zeitzler, sucesor de Halder al frente del Estado Mayor, logró persuadirle de que el desastre todavía podía minimizarse. La reunión de todos los ejércitos alemanes podría, aún, afrontar la ofensiva soviética. Para ello había que ordenar a Paulus abandonar Stalingrado, pues precisaba de un suministro diario de 800 toneladas y los responsables de la Luftwaffe no se comprometían a transportar ni la mitad.

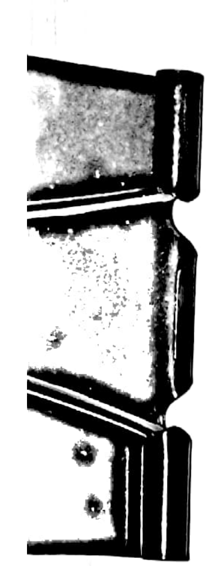
Contra su costumbre, Hitler aceptó, aunque estaba apesadumbrado porque en su retirada el 6° Ejército debería abandonar gran parte de su material bélico pesado. En estas discusiones, buscando la mejor línea de actuación, estaba el cuartel general de Hitler cuando se presentó el mariscal Göring. Estaba moreno, optimista, vestido como un general de opereta, según relata en sus memorias el ministro alemán de armamentos, Albert Speer. Tras observar las caras preocupadas, el mariscal del Reich exclamó: «¡Mi Führer, conquistaremos Stalingrado; la Luftwaffe garantiza el suministro diario de 500 toneladas al 6° Ejército!»

A partir de aquel momento Hitler no quiso ya saber nada de salir de la bolsa: «¡Haremos de Stalingrado otro Alcázar de Toledo!», dijo, y ordenó al 6° Ejército que terminara la conquista de Stalingrado, renunciando a colaborar en la ruptura de la bolsa. Manstein debería quebrar el cerco desde fuera y, por la brecha, se encargaría de suministrar adecuadamente a Von Paulus.

Todo ese proyecto en el aire suponía la condena a muerte del 6° Ejército. En las diez semanas que duró el cerco —23 de noviembre de 1942 a 1 de febrero de 1943— no recibió ni 12.000 toneladas de suministros, aproximadamente la quinta parte de lo imprescindible. En esas condiciones, la lucha fue languideciendo entre los escombros y decayendo la moral de los cercados, que maldecían su inactividad, su falta de ropas de invierno, el duro racionamiento alimenticio... Muchos jefes comenzaron a pensar que aquello era el fin.

Pero a principios de diciembre surgió la esperanza. Un rumor recorrió la bolsa de Stalingrado: «¡Viene Manstein!, ¡Viene Manstein!» Los jefes comenzaron a hacer planes, reunieron sus tropas, pusieron a punto las armas, almacenaron

hasta el último litro de gasolina... Aún se podía formar una dura punta de lanza para romper el cerco desde dentro, apoyando la acción de Manstein. Pero Von Paulus no dio la orden. Aquel general, competente ante las mesas de planos, carecía de coraje para desafiar una orden del cuartel general. Y éste había dispuesto que la liberación llegase desde el exterior de la bolsa.



El 12 de diciembre Von Manstein había logrado reunir unos 60.000 hombres y 300 tanques que, a las órdenes del general Hoth, partieron de Kotelnikovo camino de Stalingrado. Una carrera contra el reloj de 120 km. El ataque alemán, lanzado sobre un frente de unos 20 km, progresó con rapidez, pues, pese a los días transcurridos desde el comienzo de la ofensiva soviética, la unión de los ejércitos de Ieremenko y Rokossovski era precaria. Así, venciendo una resistencia moderada, los alemanes progresaron 50 km en tres días. Les aguijoneaba la necesidad y el deseo de liberar a los compañeros cercados y pelearon con gran coraje.

Sin embargo, sus fuerzas resultaron demasiado escasas para salvar todos los obstáculos. Junto al río Axai pulverizaron tres divisiones soviéticas, a costa de paralizar su avance durante 48 horas. El 19 de diciembre alcanzaron el curso del río Mishkova, a 50 km de la bolsa. «Podíamos ver los resplandores de los incendios de Stalingrado», recordaría Von Manstein.

También los cercados podían escuchar el cañoneo de la batalla del Mishkova. Muchos jefes volvieron a pedir la salida. Aún era posible hallar gasolina para un centenar de carros y medio millar de camiones y tractores, aún se podían reunir más de 50.000 hombres en condiciones de combatir, pero Von Paulus impidió el intento, pese a las angustiosas peticiones de Manstein para que intentase la salida.

Efectivamente, su columna estaba quemando sus últimas reservas en el Mishkova. Allí fue frenada por el 2° Ejército de la Guardia (general Malinovski), que le triplicaba en efectivos. Los alemanes pelearon con furia hasta el día 24, en que debieron replegarse hacia el río Axai a la espera de refuerzos.

Pero el curso del Axai fue sólo un alto en la retirada. El 8° Ejército italiano fue desbordado y Manstein tuvo que hacer frente a la amenaza que se le venía encima por su izquierda. Retrocedió hasta la ciudad de Kotelnikovo, sobre la que ya convergían dos ejércitos soviéticos y hubo de continuar la retirada. El 30 de diciembre, Manstein se hallaba a más de 220 km de Stalingrado.

Era el final de la esperanza. El invierno, el hambre y la lucha estaban reduciendo a la nada al 6° Ejército, que sufría cerca de 3.000 bajas diarias desde comienzos de diciembre a causa de los combates, las congelaciones y las enfermedades propiciadas por el hambre y el frío. Por entonces, las tropas combatientes recibían 70 g de pan, 200 de carne de caballo (huesos incluidos) y 200 balas; los no combatientes, menos. Con esa alimentación, la capacidad de lucha disminuía a ojos vista y la munición era insuficiente para resistir en los sectores más activos del frente. La bolsa iba reduciendo su tamaño.

El 8 de enero el general Konstantin Rokossovski enviaba un ultimátum de rendición a Paulus. Fue rechazado. La disculpa oficial en Berlín para no autorizar la rendición o un desesperado intento de salida era que, resistiendo donde se encontraba, el 6° Ejército estaba entreteniendo a grandes fuerzas soviéticas.

El 10 de enero, 7.000 piezas de artillería abrieron fuego sobre las líneas alemanas. El estruendo podía oírse a 100 km de distancia. Pese al infierno desatado por la lluvia de metra-

lla, los alemanes resistieron las primeras embestidas de la infantería soviética. El 17 de enero Rokossovski reiteró su oferta de rendición. Fue rechazada, pero ya la moral alemana estaba por los suelos. En su mayoría, los combatientes semejaban espectros cubiertos de piojos. Los rumanos, privados de raciones, se rendían en masa. En esos días, Von Paulus le confesó a un mayor de la Luftwaffe, agregado a su cuartel general, el grado de agotamiento de sus soldados:



> No podemos ni siquiera replegarnos a nuestras posiciones porque los hombres se caen extenuados. Hoy es el cuarto día que no han tenido nada para comer. ¿Qué puedo yo, comandante de ejército, responder a un soldado que se me acerca para preguntarme «Mi general, me puede dar usted un mendrugo de pan»? Ya nos hemos comido los últimos caballos? ¿Se hubiera podido usted imaginar nunca a unos soldados arrojándose sobre un viejo caballo muerto y cortarle la cabeza para devorarle los sesos crudos? ¿Cómo seguir luchando con unos soldados que ni siquiera tienen ropa de invierno? ¿Quién fue la persona que, bajo su responsabilidad, se comprometió a abastecernos por el aire? [G. Buchheit, *Hitler, chef de guerre*, citado por Bauer.]

Los soldados, faltos ya de toda esperanza, comenzaron a abandonar los frentes y a cobijarse entre las ruinas de la ciudad. Las insubordinaciones estaban a la orden del día, lo mismo que los sobornos a los escasos aviadores que aterrizaban en la bolsa para que les sacasen del cerco. Los fusilamientos fueron numerosos por estos motivos.

El 24 de enero prácticamente todas las fuerzas de Von Paulus estaban embotelladas en las ruinas de la ciudad, remo-

vidas cada mañana por el saludo de la artillería soviética. Ese día, los alemanes perdían el último aeropuerto, Gumrak, y las fuerzas de Rokossovski partían en dos al 6° Ejército, enlazando en la colina Mamaiev con los hombres de Chuikov, para quien terminaron cinco meses de pesadilla con el ascenso al mariscalato.

En las jornadas siguientes, la fragmentación alemana continuó. Von Paulus fue ascendido a mariscal, pues Hitler aseguraba que nunca se había rendido un mariscal alemán. Él fue la primera excepción: el 1 de febrero, enfermo y hundido, se rindió, aunque algunas zonas de la bolsa resistieron dos días más hasta agotar la munición.

Entre el 10 de enero y el 3 de febrero de 1943 se entregaron unos 100.000 alemanes, que partieron hacia los campos de concentración, donde morirían como moscas. Al parecer no fueron ni 5.000 los que volvieron a Alemania años después.

Según el mariscal Yakulevich Malinovski, jefe del 2° Ejército de la Guardia, durante la ofensiva soviética y la toma de Stalingrado fueron capturados o destruidos 2.000 tanques, 2.000 aviones, 10.000 piezas de artillería y no menos de 5.000 vehículos. Las cifras parecen hinchadas, pero el Estado Mayor alemán reconoció que habían perdido 6 meses de producción de blindados y vehículos, 4 meses de producción de artillería y 2 meses de producción de armas individuales.

En el frente de Stalingrado, entre julio de 1942 y febrero de 1943, ambos contendientes tuvieron 1.400.000 bajas, de las que más de medio millón perdieron la vida.

Ante la tragedia, que conmovió hasta sus raíces al Ejército alemán, Hitler ordenó la formación de un nuevo 6° Ejército que hiciera olvidar al desaparecido junto al Volga. Sólo una espina parecía hacer sangre en el Führer: la rendición de Von Paulus:

Cuando mueren tantos soldados y luego te viene un individuo así... y en el último momento enfanga el heroísmo de tantos otros. Podría librarse de todas sus penas y entrar en la eternidad, en la inmortalidad de la gloria nacional y ha preferido irse... ¡A Moscú! ¿Cómo puede concebirse una elección así? Es una locura. [*Hitler y sus generales.*]



Sobre las inmensas pérdidas, ocasionadas por sus errores y su contumacia, ni una palabra. Al parecer, lo único que le fastidiaba es que Von Paulus no se hubiera descerrajado un tiro en la cabeza antes de rendirse.

De esa época data su ruptura con otro de los mejores jefes alemanes, el mariscal Kleist, quien declaró en Nuremberg que el 1 de diciembre de 1942 le pidió a Hitler que renunciara al mando supremo del Ejército y se dedicara al gobierno del país. Cuatro meses después le reiteró la petición. Inmediatamente fue relevado del mando y regresó a su casa, donde permaneció hasta el final de la guerra. Sus opiniones en Nuremberg con respecto a Hitler fueron contundentes; refiriéndose a la crisis de finales de 1942 y a su retirada del Cáucaso: «Mi comandante inmediato era Hitler en persona. Por desgracia, el consejo de Hitler en los momentos críticos siempre dejó mucho que desear.» Aludiendo a la situación en la que fue destituido: «Creo que Hitler era más un problema para un psiquiatra que para un general.»

A raíz de las terribles noticias que, pese a la censura y a los heroizados noticiarios oficiales, llegaron desde Stalingrado, se registraron en Alemania las primeras manifestaciones contra el régimen. La Gestapo, como en el mencionado caso de Wilhelm Becker, trató de impedir que hablaran los millares de heridos retirados de Stalingrado, pero funcionó el boca a boca y aparecieron pintadas de este tono: «¡Hitler, el asesino de Stalingrado!»

La organización secreta estudiantil La Rosa Blanca distribuyó el 18 de febrero en la Universidad de Munich un panfleto con esta denuncia:

> ¡Condiscípulos! La nación está estremecida por el aniquilamiento de los soldados de Stalingrado. La genial estrategia del cabo de la Guerra Mundial (se refería a la Primera) ha conducido insensata e irresponsablemente a 330.000 alemanes al desastre y a la muerte. ¡Te damos las gracias, Führer!

Descubiertos los autores e inspiradores, cuatro estudiantes y un profesor, fueron juzgados, condenados y guillotinados.

Hubo, incluso, manifestaciones públicas de esposas y madres en Nuremberg, epicentro de las celebraciones nazis, porque de esa ciudad y su región procedía una parte importante de los componentes del 6° Ejército. Al parecer, no hubo detenciones, pese a que allí menudearon gritos como «¡Hitler, mentiroso. Nos has estado engañando 3 meses!».

La guerra cambiaba de signo y los alemanes comenzaban a advertir que estaban caminando hacia la destrucción y la derrota, pero aún no podían ni imaginar las dimensiones que, en poco tiempo, cobraría su tragedia.

Stalingrado, la historia desaparecida

Sesenta años después de aquella aterradora carnicería, sobre la que giró uno de los goznes de la guerra, poco queda de Stalingrado, aparte del recuerdo. La ciudad perdió el nombre de Stalin hace medio siglo, cuando el estalinismo cayó en desgracia, y ahora se llama Volgogrado. Pero en su centro

sigue habiendo una colina de nombre Mamaiev sobre la que, después de la guerra, se erigió la estatua colosal de una mujer que blande una espada y llama a sus hijos a la defensa de la nación, y un modesto museo en el que se exponen los restos de la derrota alemana y los testimonios de la victoria soviética. Y quedan también numerosos ex combatientes, todos octogenarios ya, cuyo mayor empeño parece ser la recuperación del nombre de la ciudad, como testimonio histórico de aquella epopeya rusa, porque, como dicen los supervivientes, pocos pelearon entre los escombros por el comunismo; la fiereza y el valor se lo daba la defensa de la Madre Rusia.



Con ocasión del sexagésimo aniversario del final de la batalla, el periodista del diario *El Mundo*, Daniel Utrilla realizó un reportaje con tres de los supervivientes:

> Ha nevado mucho desde aquel día de agosto en que Piotr se las vio cara a cara con los temibles Panzer a las afueras de Stalingrado. «Me entran hasta temblores», confiesa Piotr, que sigue oyendo el *ruski kaput!* que solían escupirle los alemanes. Estos tres veteranos han rebasado los 80 años y son la memoria viva de la batalla de Stalingrado.
>
> «Queremos que vuelva a llamarse Stalingrado. En diciembre, el presidente Putin dijo por televisión que no merecía la pena rebautizarla porque se crearía malestar. Y como en la Duma existe una mayoría presidencial...», se resigna Gamlet, que durante los 6 meses que duró la batalla se jugó la vida mil veces culebreando bajo la metralla. Para garantizarle la comunicación al Estado Mayor del 57° Ejército, debía arrastrarse desenrollando bobinas de cable telefónico sobre los escombros encalados por la nieve.

Las medallas que tachonan la pechera de Mijail Matrosov tintinean bajo su cazadora de cuero mientras se desplaza con paso inseguro hacia el malecón del Volga: «Yo tenía que vigilar los movimientos de los alemanes, detectar sus posiciones de fuego y tomar prisioneros vivos», narra este veterano, el más laureado de los 2.300 que aún viven en la ciudad. Mijail llegó a aquí desde lo más profundo de su Siberia natal para defender Stalingrado. Terminó afincándose en esta ciudad mártir.

Ningún alto mando militar del Ejército Rojo vive para celebrar la victoria. Sólo los más bisoños, aquellos que en 1942 apenas contaban veinte años, han brindado conscientes de que no sobrevivirán al próximo aniversario con cifra redonda. De los veteranos soviéticos que participaron en la batalla sólo viven 50.000 (40.000 en la Federación Rusa). «Vi esta ciudad unos días antes del bombardeo. Era muy bella. Con casas buenas de piedra... Pero los alemanes se propusieron aniquilarla. Un bombardeo como el que hubo aquí no existió en ninguna parte», explica Gamlet.

Mijail se ganó a pulso su medalla de la gloria militar combatiendo entre los escombros. Los alemanes «querían apresarnos vivos. Hice un llamamiento a nuestra artillería para que abriera fuego contra la casa: Moriremos por la patria, abran fuego hacia nuestra posición. Uno de nosotros no soportó la tensión y se suicidó con una granada. Cuando empezó el fuego, logramos bajar al sótano, los tanques se alejaron y salimos con vida», relata.

Pese al rencor que aún guarda a los invasores, Mijail entabló una entrañable amistad con un ex soldado alemán. «Cuando se cumplieron cincuenta años de la victoria vino una delegación de veteranos alemanes. De repente, uno de ellos se levanta y me dice: Yo le recuerdo. Usted me hizo prisionero. Soy Victor Prusan.» Desde entonces y hasta su reciente muerte,

Prusan volvió cada año a Volgogrado en su particular cita con la Historia. «Reconocieron su culpa», dice Mijail mientras sostiene un periódico amarillo de posguerra con una foto suya sesenta años más joven. [*El Mundo*, 2 de febrero de 2003.]



Capítulo IV

El último sueño de verano

El comienzo de 1943 registró una feroz actividad en los sectores sur del frente ruso. Los ejércitos soviéticos habían rechazado a los alemanes en el Cáucaso y en Stalingrado y el 21 de febrero, tras cien días de ofensivas casi ininterrumpidas, habían recuperado gran parte de lo perdido durante la campaña de verano-otoño del año anterior. Es significativo que la capital del sur de Ucrania, Jarkov, fuera uno de los epicentros de la lucha en mayo de 1942 y que volviera a serlo en enero-febrero de 1943. El desastre alemán era terrible porque en los 4 últimos meses había perdido una cuarta parte de las fuerzas que poseía en ese frente, pero cuando el barro paralizó la lucha durante toda la primavera, en Berlín se permitieron sacar conclusiones positivas porque las batallas defensivas planteadas por el mariscal Von Manstein habían sido un éxito que costó a los soviéticos muchas bajas y cuantioso material.

Hitler podía, nuevamente, ponerse a soñar, a organizar «una nueva y definitiva ofensiva de verano» que destruyera el poder soviético, pero hasta sus sueños se habían minimizado bastante. Hasta él, incapaz de aceptar la extraordinaria potencia real del ejército soviético, había renunciado a utopías como las conquistas de Moscú o el Cáucaso. Sin embargo, aún trataba de mantener el tipo con una ofensiva de cierta importancia, que castigara a las fuerzas soviéticas y que proporcionara una pequeña mejora en el frente y, sobre todo, insuflara optimismo en su retaguardia y en el decaído Eje. Decía la Orden de operaciones núm. 16 de Hitler, del 15 de abril de 1943:

> Me he propuesto poner en marcha la Operación Ciudadela. Esta ofensiva tiene una importancia vital. Es necesario que nos lleve a un triunfo rápido y decisivo. Es necesario que nos dé la iniciativa para la primavera y el verano. [...] La victoria de Kursk debe ser como una guía para el mundo entero.

El objetivo de tan importante operación en el frente ruso era apoderarse del saliente de Kursk —una protuberancia de poco más de 20.000 km^2 que penetraba en las líneas alemanas— y destruir allí las cuantiosas fuerzas que Stalin estaba acumulando para continuar su ofensiva; y eso había que hacerlo con mucha rapidez para liberar enseguida las fuerzas acorazadas que, según se podía intuir, serían necesarias inmediatamente en el Mediterráneo. La operación, cuya fecha quedaba por fijar, podría iniciarse, en el mejor de los casos, el 3-4 de mayo.

Los generales, en contra

Pronto se vería que tales impresiones eran ilusorias. El 2 de mayo se reunieron con Hitler, en Berlín, los principales responsables de la operación: los coroneles generales Kurt Zeitzler, jefe del Estado Mayor General, y Heinz Guderian, inspector general de las unidades blindadas, y los mariscales Günther von Kluge y Erich von Manstein, que tendrían el mando de las tropas, además de los colaboradores de todos ellos. El resultado de la reunión fue descorazonador. Zeitzler y Manstein eran contrarios a la operación, prefiriendo ceder la iniciativa a los soviéticos y batirlos en potentes contraataques. Von Manstein escribiría: «Nuestro objetivo no sería la conquista de puntos geográficos alejados, sino la destrucción del ala meridional soviética, cercán-

dola contra la costa» [del mar Negro]. Von Kluge era partidario de Ciudadela, pero se veía frenado por los reparos del general Model, jefe del 9° Ejército, que dirigiría directamente el ataque desde el norte y en el que Hitler tenía una gran confianza, pero que en ese instante creía que sus fuerzas eran escasas para lo que se le exigía. Guderian opinó que la operación carecía de sentido, pues consumiría las reservas blindadas que tanto trabajo le había costado reunir, en choque contra posiciones defensivas, que causarían cuantiosas pérdidas... De cualquier forma, necesitaría semanas para proporcionar los carros que se necesitaban y advertía que el Panther, del que tanto se hablaba, tenía todo tipo de enfermedades infantiles y no era prudente implicarlo en la lucha antes de haberlas subsanado.

Hitler confesaría en la intimidad que «se le había caído el alma a los pies» cuando escuchó a Model pedir más tanques y calcular que, quizá, necesitaría 3 días para penetrar en el saliente y avanzar hacia Kursk. De cualquier forma, resolvió dar tiempo para que Guderian reuniera más material blindado y mejorara el funcionamiento del Panther.

En conclusión: la ofensiva debería retrasarse 6 semanas. Los preparativos continuaron, por tanto, a ritmo acelerado, pese a que, a partir de esa reunión, Ciudadela siempre estuvo rodeada de recelos.

Peores hubieran sido de haber sabido que Stalin estaba al tanto de sus planes. La observación aérea soviética proporcionaba datos evidentes de la preparación de un ataque que, por otra parte, era previsible. Pero a Moscú estaban llegando informaciones concretas y precisas de uno de sus agentes en Suiza, Rudolf Roessler, alias Lucy, que parecía tener buenas conexiones con el Estado Mayor de Hitler. Gracias a Lucy, los soviéticos lo sabían todo:

> Roessler [...] había realizado una obra maestra, una obra exhaustiva en la que se detallan los sectores elegidos, los hombres y el material que serán empleados, la posición de los centros de avituallamiento, de los puestos de mando y la situación de las reservas, el día D y la hora H. ¿Qué más se puede desear? [Acocce y Quet, *La guerra se ganó en Suiza.*]

Moscú lo aprovechó todo para plantear una batalla a la contra, con la organización de tres cinturones de defensa sucesivos, de hasta 9 km de profundidad, en los que se combinaban trincheras, casamatas, búnqueres, fosos antitanques, posiciones de artillería, campos minados, zonas de camuflaje para carros de combate e ingentes reservas de municiones para poder disparar a discreción. Un inmenso frente defensivo en forma de U, de más de 400 km de longitud por unos treinta de espesor.



Allí, bajo las órdenes de Konstantin Rokossovski en la zona norte del saliente y de Nikolai Vatutin en la sur, se agazapaba un millón de hombres de los grupos de ejércitos Central y Voroneth, con 3.275 blindados y 13.013 piezas de artillería de todo tipo, entre ellas unos 6.000 cañones anticarro de 76,2 mm. Tras ellos, al este, se concentraban las reservas, el Grupo de Ejércitos de la Estepa, a las órdenes de Ivan Koniev: 449.133 soldados, 6.536 cañones y morteros y 1.506 blindados. Para defender el saliente y contraatacar, en los aeródromos de retaguardia se habían concentrado tres millares de aparatos. Todo aquel dispositivo estaba bajo las órdenes del mariscal Alexander Vasilevski, que había supervisado y vigilado muy cuidadosamente la instalación de campos de minas, con una densidad de 17.000 artefactos por km^2, con los que trataría de encauzar los carros alemanes hacia las emboscadas de los cañones antitanque o de paralizarles, para que los lanzacohetes y los

cañones pesados les hicieran papilla con una densidad de fuego sobrecogedora.

Mientras esas fuerzas se reunían con sumo sigilo, tratando de que los alemanes no intuyeran la magnitud de los medios que estaban acumulando y la densidad de las fortificaciones, Hitler presionaba a Guderian para que entregara de una vez los 80 Tiger y los 324 Panther prometidos para completar las formaciones acorazadas previstas para el ataque. A mediados de mayo, en una de sus periódicas reuniones, el Führer le dijo al general: «Cada vez que pienso en Ciudadela me dan arcadas.»

Sus negros presentimientos estaban bien fundados, aunque no supiera por qué, aunque en su soberbia temeraria despreciara el extraordinario poder de Stalin y sobrestimara sus propias fuerzas, que eran formidables aunque resultarían insuficientes: 435.000 hombres de infantería, con 9.960 piezas de artillería y 3.155 tanques. Se dividirían, básicamente, en dos agrupaciones ofensivas. Desde el norte, sobre un frente de ataque de unos 50 km, golpearía el 9° Ejército de Walter Model; desde el sur, sobre una extensión territorial similar, percutiría el 4° Ejército Blindado del general Hermann Hoth, a cuyo flanco derecho marcharía el Grupo Kempff. Sobre el centro del saliente, para distraer la atención soviética respecto de la dirección del ataque principal, presionaría el 2° Ejército de la Wehrmacht.

Los mandos superiores de la operación serían los mariscales Von Kluge, jefe del Grupo de Ejércitos Centro, que operaría desde el norte del saliente, y Von Manstein, jefe del Grupo de Ejércitos Sur; a las órdenes de ambos estarían las agrupaciones aéreas de la Luftwaffe 6ª y 4ª, respectivamente, con unos dos millares de aviones, entre los que se distinguiría por su eficacia el nuevo Stuka, cuyo cañón de 37 mm consti-

tuía una auténtica pesadilla para los blindados. En total, incluyendo todas sus reservas, ambos mariscales contaban en el sector con unos 800.000 hombres.

La inferioridad material alemana era manifiesta, sobre todo si se considera que los soviéticos estaban perfectamente atrincherados. ¿Conseguiría equilibrar la balanza su superioridad técnica, la competencia de sus generales y el adiestramiento de sus tanquistas y *panzergrenedier*? Ésa era la gran incógnita a comienzos del verano de 1943. De cualquier forma, como reconocen muchos especialistas: «Ambos bandos reunieron cuanto tenían para esta decisiva batalla de la Segunda Guerra Mundial, la mayor batalla de la historia de la humanidad» [Williamson Murray y Allan R. Millet, *La guerra que había que ganar*]. No exageran: nunca antes ni después chocaron dos ejércitos en un frente de 100 km, sobre el que combatieron millón y medio de soldados, con más de 20.000 cañones, 5.000 blindados y un número similar de aviones.



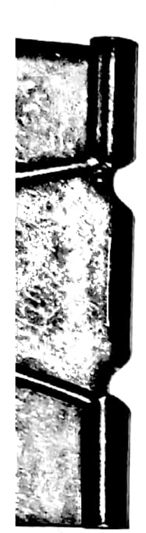
Problemas, problemas

Soviéticos y alemanes se afanaban en cumplir sus respectivos planes para afrontar la lucha cuando el día 12 de mayo Albert Speer hizo llegar a Hitler información sobre la producción de armamentos del último semestre, de acuerdo a las directrices recibidas en noviembre: «Podemos comunicarle que hemos alcanzado todas las cifras y que, en algunos casos, las hemos superado.» El informe era asombroso: pese a las destrucciones causadas por los bombardeos aliados, la industria de armamentos, dirigida por Speer, había multiplicado por seis la producción de 1941. Pero Hitler —aunque propuso conde-

corar al ministro y a sus principales colaboradores— presentaba un aspecto deprimido, una tez cenicienta y no tenía ganas de hablar, según recordaría Speer en sus memorias. Se hallaba en la Guarida del Lobo, en Prusia Oriental, y junto a los informes de Speer se amontonaban dosieres y telegramas de carácter militar. Uno de ellos era del general Hans-Jünger von Arnin, jefe de las tropas alemanas en el norte de África: «Munición agotada. Armamento y equipos, destruidos. El Afrika-Korps ha luchado, tal como se le ordenó, hasta que fue imposible seguir combatiendo.» El Eje había capitulado en Túnez: 248.000 soldados alemanes e italianos entregaban las armas y se ponían en marcha hacia los campos de concentración aliados.

La imaginación de Hitler sobrevolaba los informes de su ministro de armamento y las carpetas esparcidas sobre la mesa. Advertía las consecuencias de la capitulación de Túnez: los aliados dispondrían de un ejército libre para golpear al Eje en cualquier lugar del Mediterráneo, desde Francia a Grecia. Temía, especialmente, por Italia, pues Mussolini estaba enfermo y sus generales no le merecían confianza alguna. Había ofrecido al Duce cinco divisiones para que se sintiera respaldado y para que los militares italianos notaran el aliento nazi en la nuca, pero fueron rechazadas por el general Vittorio Ambrosio —jefe del Alto Mando italiano y, por tanto, el militar más próximo a Mussolini— alegando que ya era suficiente con las tres que había; deseaba, sin embargo, que se le entregaran centenares de tanques, baterías antiaéreas y aviones... Hitler se lo tomó casi a broma, adivinando que el italiano estaba pensando en utilizar tales armas más contra los alemanes que contra los aliados: «A un tipo como Ambrosio le gustaría ver Italia convertida en una colonia inglesa.»

Luego reflexionó en voz alta sobre las posibilidades de una operación anfibia aliada en Grecia, en el Peloponeso. Poco podría oponer a ese desembarco, que no le parecía el más peligroso para los intereses del III Reich, porque era un mal terreno, quebrado y sin carreteras, pero tendría indudables consecuencias negativas para Alemania en el plano político: Turquía se sentiría, de una vez por todas, alejada de toda tentación de unirse al Eje y a sus aliados balcánicos les temblarían las piernas. Más le preocupaba, sin embargo, el petróleo de los campos rumanos de Ploesti, que quedarían a sólo 1.000 km de los bombarderos pesados aliados. Y se perderían, también, minerales estratégicos, como cromo y bauxita, imprescindibles para las fabricación de armas. Opinaba que Rumania y Bulgaria tenían regímenes seguros, pero desconfiaba de Hungría, cuyo regente, el almirante Nicklar Horthy, le parecía poco de fiar. Se lo había dicho a la cara un mes antes: «Estamos todos a bordo del mismo barco; el que salte por la borda, se ahogará.» El almirante se había deshecho en juramentos de lealtad, pero el espionaje alemán conocía los sondeos de paz emprendidos por algunos diplomáticos húngaros con colegas aliados.



Tras un denso y prolongado silencio, Hitler volvió al problema que tenía sobre la mesa y exclamó enfurecido, según recordaría Speer: «¡De poco servirán las nuevas armas si se pierde Italia y nos quedamos sin petróleo!»

El dictador estaba abrumado y en los días siguientes durmió mal, pero maquinaba sin cesar soluciones para su desesperada situación. El 15 de mayo reunió a sus principales generales, entre los que se hallaba Rommel —al que había ahorrado la derrota final en Túnez, reservándole para una misión primordial en Italia—, y pronunció un discurso en el que enjuiciaba la nueva situación en el Mediterráneo y los peligros que

prevenía. La solución que había ideado era trasladar algunas tropas a los Balcanes y estar dispuestos para una ocupación inmediata de Italia y Hungría, con tropas que serían retiradas del este. Ordenó al jefe del Estado Mayor, Zeitzler, que hiciera las previsiones para un urgente traslado de tropas al Mediterráneo y le presentara un plan de acortamiento de líneas en el frente ruso. En aquel momento el retraso de la Operación Ciudadela le pareció que era una feliz circunstancia, pues de allí podría sacar las tropas para los escenarios meridionales.

El 18 de mayo ordenó a Rommel que trazara los planes para formar un ejército que debería ocupar Italia. Se denominaría Operación Alarico, estaría sometida al más absoluto secreto —«¡No quiero papelitos, tienen la tendencia a terminar en las manos que no deben!»— y debería salir al paso de cualquier jugada que pretendieran organizar los enemigos de Mussolini: «Debemos estar en guardia como una araña en su tela. Gracias a Dios tengo buen olfato para estas conspiraciones, de modo que, por lo general, intuyo lo que va a pasar mucho antes de que suceda». [David Irving, *La guerra de Hitler.*]

La guerra parecía haberse tomado un respiro. La lucha en el este era de baja intensidad —salvo en lo relativo a la actividad guerrillera soviética y polaca, que se había convertido en un martirio, pues ambos bandos concentraban todo para su desafío culminante en Kursk. Los aliados reponían fuerzas tras su victoria en África y ultimaban sus preparativos para atacar Sicilia. En Yugoslavia seguía la resistencia de los comunistas de Josip Broz Tito y de los monárquicos de Draza Mijailovic... Por tanto, escasa actividad en los frentes terrestres, al menos en comparación con los meses pasados. No era así ni en el mar ni en el cielo.

A comienzos de junio el almirante Karl Dönitz, se presentó en Berghof, la residencia de Hitler, abrumado por las

preocupaciones: disminuían los hundimientos de buques aliados y eran alarmantes las pérdidas propias. El almirante le contó a Hitler que había ordenado el regreso de todos los sumergibles para estudiar la situación. Se necesitaban más submarinos, más modernos y más tripulaciones, por eso le pidió a Hitler 150.000 hombres para mantener un programa de entrenamiento de cuarenta nuevas tripulaciones al mes y la creación de decenas de equipos de reparación y mantenimiento, que redujeran las estancias de los sumergibles en los astilleros. Hitler estimaba al almirante y admiraba su coraje y eficacia, pero no le dio nada. Se limitó a mirarle desconsoladamente y con voz ahogada le respondió: «No los tengo. Hay que aumentar la defensa antiaérea y la caza nocturna para proteger nuestras ciudades... y reforzar el frente del este. La Wehrmacht necesita divisiones para defender Europa.»



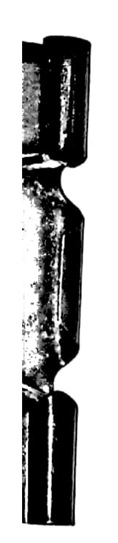
Y es que nada era más alarmante entonces que la lluvia de bombas que aplastaba las ciudades alemanas, ni nada más urgente que impedir aquellos bombardeos antes de que paralizasen las industrias y las comunicaciones. La defensa antiaérea y la fabricación de cazas especializados en operaciones nocturnas era la gran preocupación de Hitler en aquellos momentos, naturalmente, junto con Ciudadela y el Medi-terráneo. Alemania se desmoronaba bajo las bombas angloamericanas y, aunque lo peor estaba por llegar, el Gobierno nazi ya había tenido muestras terribles de lo que era un bombardeo estratégico. En 1942 habían caído sobre Alemania 37.000 toneladas de bombas, una lluvia de fuego y metralla que podía rastrearse por las ruinas de algunas zonas urbanas. El jefe de la aviación aliada, mariscal Charles Portal, había pensado que como ensayo no estaba mal: su objetivo sería arrojar sobre el III Reich 1.250.000 toneladas de bombas durante los 2 años siguientes.

El territorio del III Reich vivía aterrado por las bombas: en el invierno de 1942-1943, Berlín había sufrido 16 incursiones aéreas importantes. Entre marzo y julio los aliados realizaron 43 grandes ataques sobre las ciudades industriales del Ruhr y del Rin, incluyendo la destrucción de los diques que represaban los ríos Sorpe y Moehne. No es extraño que uno de los esfuerzos de la industria nazi se centrara en la construcción de todo tipo de piezas antiaéreas (entre ellas 10.000 cañones de 75 y 88 mm o mayores) a cuyo servicio se dedicaban 600.000 artilleros en 1943.

Aquel tenso mes de junio, en el que Hitler y sus generales se consumían a la espera de novedades en el este y en el Mediterráneo, se produjo el caso de Pantelería, la pequeña isla italiana situada entre la costa de Túnez y Sicilia. Mussolini había pretendido que fuera una fortaleza inexpugnable, pero se rindió el 12 de junio tras sufrir intensos bombardeos que causaron cincuenta y seis muertos y 116 heridos entre los defensores. El almirante Pavesi, jefe de la guarnición, capituló sin que ninguna fuerza acosara sus costas, con un sencillo comunicado por radio a la jefatura aliada de Malta: «Ofrecemos la capitulación; nos hemos quedado sin agua.»

El caso Pantelería era aleccionador, tanto por los efectos de los bombardeos sobre la moral de los combatientes como sobre la capacidad de resistencia italiana. Según los informes que le llegaban a Hitler a su refugio veraniego de Berghof, al pie de los Alpes austriacos, en la Alta Baviera, la situación en Sicilia, donde la defensa dependía de fuerzas italianas y alemanas, era lamentable: la población civil aborrecía a los alemanes; los jefes italianos del 6° Ejército, comenzando por su jefe, el general Mario Roatta, parecían estar preparándose para rendirse más que para combatir la probable invasión. Cuando

Hitler se enteró de quién estaba al frente de la defensa de la isla —el espionaje alemán no se ponía de acuerdo sobre el objetivo aliado, aunque suponía que serían Cerdeña o Sicilia— exclamó enfurecido: «¡Esto es un sabotaje! ¡Roatta es un espía sin honradez alguna! ¡Un espía, eso es lo que es Roatta!» Hitler recordaba muy bien la nefasta actuación de Roatta en la campaña de los Balcanes y presionó a Mussolini para que le sustituyera en el mando, logrando que se nombrara al general Guzzoni, más del gusto de los alemanes.



La epopeya de los tanques

En el transcurso de la primavera de 1943, las industrias de Speer entregaron a las unidades blindadas de Guderian 2.076 blindados, que contribuyeron a paliar las pérdidas del invierno y a suministrar el material prometido a la Operación Ciudadela. El 18 de junio Hitler debatió la situación con su jefe del Estado Mayor, Kurt Zeitzler, y con Heinz Guderian.

Nuevamente se plantearon en aquella reunión las objeciones de los dos generales a Ciudadela, prefiriendo ambos aguardar el ataque de Stalin. Estaban informados de grandes concentraciones de tropas soviéticas en la zona del saliente de Kursk y opinaban que, alguna vez, tendrían que salir de aquel reducido escenario. Hitler replicó que, indudablemente, elegirían para salir de su reducto el momento en que los angloamericanos atacaran en el Mediterráneo y las fuerzas alemanas estuvieran ocupadas en aquel escenario. Era imprescindible aniquilar a los soviéticos allí y hacerlo de inmediato para tener las manos libres y acudir con presteza al frente sur.

Era un razonamiento lógico, aunque insostenible de haber previsto lo obvio: que Stalin les estaría esperando con una preparación y medios que les hubiera anonadado. Pero Hitler no estaba dispuesto a discutir el poder soviético de recuperación, pues hubiera debido aceptar entonces la gran capacidad industrial, técnica y moral de los eslavos, a los que siempre menospreció y, al final, habría tenido que reconocer la locura de su ataque a la URSS y de tantas decisiones incongruentes durante los dos pasados años. «Hitler se creía infalible —comentaba su secretaria Trauld Junge, fallecida a comienzos de 2002 y cuyas memorias se han publicado recientemente— y se negaba a discutir cualquier posibilidad de error en sus juicios.»

Por tanto, fijó la madrugada del 3 de julio para iniciar el ataque y el 1 de julio se trasladó a su cuartel general de La Guarida del Lobo para acercarse al teatro de operaciones, donde la ofensiva se había retrasado 48 horas más, fijando el día D para el lunes 5 de julio y la hora H para las 5.30 de la madrugada. Allí reunió a los principales jefes implicados en la acción y, tras repasar los últimos detalles y palpar los evidentes temores de algunos generales —aunque ya no los exteriorizaran—, les arengó:

> No debemos temer el potencial ruso; Stalin ha perdido catorce millones de combatientes y sus tropas se nutren de jóvenes inexpertos y canalla sacada de las prisiones de Siberia; su población se muere de hambre [...] al final, se desmoronará. [...] La victoria es imprescindible para levantar la moral de nuestros aliados y erradicar las esperanzas de liberación que aún perviven en los pueblos dominados...

Poco antes de la medianoche del 4 al 5 de junio unidades alemanas de ingenieros y zapadores comenzaron a desactivar las

minas que protegían las líneas soviéticas. En la zona norte, Helmuth Gruber y Joseph Hasl, dos soldados bisoños, de dieciocho y diecisiete años de edad, se afanaban con su pelotón en abrir un camino para los tanques de Model cuando fueron sorprendidos por una de las patrullas soviéticas que vigilaban celosamente sus defensas. Tras un breve intercambio de disparos, los zapadores alemanes fueron eliminados a excepción de Gruber y Hasl, que media hora después eran interrogados por un oficial soviético, al que costó poco enterarse de que estaban abriendo paso a un ataque que se produciría al amanecer. Averiguar la hora precisa sólo costaría un agudo servicio de escucha: cuando los especialistas soviéticos detectaron en la lejanía el calentamiento de los motores de centenares de carros midieron con precisión el tiempo de su aproximación a las líneas de partida y rompieron fuego 30 minutos antes de lo previsto por los alemanes para su preparación artillera. Sorpresa y rabia en el 9° Ejército alemán y nuevo reglaje en los cañones para hacer fuego de contrabatería y sustituir los carros dañados... Todo empezaba mal en el sector de Model, que hubo de retrasar su ataque al haber sido cogido a contrapié.

Cuando se redujo el cañoneo soviético y cuando los alemanes les hubieron replicado con su preparación artillera, avanzaron los blindados entre inmensas nubes de polvo y apareció en el cielo la artillería volante de la Luftwaffe, los Stuka, que en aquella primera jornada hicieron no menos de 3.000 salidas: muchos de los pilotos hasta seis misiones. La caza alemana se dio aquel día un auténtico festín derribando 430 aviones soviéticos.

Pronto se convirtieron en realidad las esperanzas y temores de unos y otros. Los obstáculos plantados por los soviéticos eran formidables e hicieron papilla a los Panzer. El nuevo carro

Panther podía medirse con los T-34 o con los Stalin, pero se averiaba continuamente, al punto de que unos 200 quedaron fuera de combate el primer día de lucha, la mayoría por problemas mecánicos; una semana después, sólo 16, un 5 por ciento de los que entraron en acción, seguían combatiendo. El Tiger tenía ventaja sobre los demás tanques, pero eran pocos, lentos y vulnerables ante las minas y cañones de grueso calibre.

El cazacarros Ferdinand constituía un ariete formidable; nada le paraba. Aquel primer día, superado un campo de minas e insensible ante los disparos de una batería antitanque de 57 mm, irrumpió uno de aquellos monstruos de 68 toneladas en una posición soviética, aplastando las piezas y paralizando de pavor a los supervivientes, que se dieron por muertos... Pero el monstruo siguió adelante, indiferente a los soldados, que tardaron poco en advertir que el blindado era inofensivo a corta distancia, pues carecía de armas para defensa próxima. Los Ferdinand fueron retirados poco después, porque los soviéticos comenzaron a franquearles el paso, para atacarles por la parte posterior con granadas y cócteles Molotov.

Al final de la primera jornada de Ciudadela los resultados eran muy pobres para los atacantes: en el norte habían penetrado en el primer cinturón defensivo, pero sin superarlo; en el sur habían conseguido perforar la primera línea soviética en algunos puntos. Es decir: avances de entre 6 y 9 km sin dislocar las defensas; 15.000 bajas, 300 carros y 106 aviones perdidos era el precio de tan escaso progreso.

Rommel, presente en la reunión de guerra del mediodía del viernes, 9 de julio, en la Guarida del Lobo, consigna en su diario: «... El ataque al este se desarrolla bien.» Realmente, no había motivo para ese optimismo. Lo conseguido en 4 días de combates terribles, a lo largo de dos frentes de 100 km, eran

penetraciones decepcionantes: menos de 20 km en el norte; y menos de 30 en el sur.

Para entonces, las bajas alemanas se aproximaban a 50.000; los tanques destruidos o averiados sumaban casi un millar —la división blindada de las SS Grossdeutschland, que había quedado clavada en una zona pantanosa, ante un campo de minas, perdió 230 de sus 300 blindados. En el aire, con un 20 por ciento de bajas, la Luftwaffe comenzaba a dar señales de agotamiento. La artillería antiaérea soviética había sido el principal obstáculo inicial hallado en el aire por los alemanes, pero, a partir del tercer día tuvieron que vérselas casi en igualdad con los pilotos soviéticos. Se asombraban al ver cómo los Sturmovik ametrallaban a los Panzer, indiferentes al castigo que recibían... Los soviéticos padecían pérdidas más elevadas, pero estaban saturando las posibilidades de ataque y defensa de los alemanes y disputándoles el dominio del cielo por vez primera en 2 años. Además, enseguida se vería que estaban ganando la batalla de las reservas y del tiempo.



Dos días después los alemanes lograban su máximo avance, sus mejores éxitos y, a la vez, comprobaban que Ciudadela era un fracaso. El 11 de julio, el 4° Ejército Blindado de Hoth había perforado los tres cinturones defensivos de Vatutin en algunas zonas, estableciendo una cabeza de puente sobre el río Psel y amenazando la ciudad de Oboyan. Realmente, ese fue el momento culminante de Ciudadela: el choque de las fuerzas de acorazados de Hoth y de Vatutin; dos millares de blindados y cañones de asalto se enredaron entre el 10 y el 11 de julio en una acción que se prolongó 24 horas. En la mayor batalla de tanques de todos los tiempos los alemanes destruyeron 400 blindados rusos. Satisfecho, por lo menos aparentemente, Manstein comunicaba a Hitler que Vatutin había per-

dido decenas de millares de hombres, entre otros los 24.000 prisioneros que tenía en su poder, además de 1.200 blindados, cañones de asalto y piezas de artillería. Quería permiso inmediato para emplear sus reservas y avanzar hacia Kursk, que se hallaba a no menos de 50 km de distancia.

Menos optimistas eran las noticias del 9° Ejército. Model no había podido romper las defensas rusas en los 3 días que había supuesto y que tanto habían consternado a Hitler 3 meses antes: una semana después del inicio del ataque seguía atascado en la zona de Olkhovatka. Entre ambas bocas de la tenaza alemana aún había más de 100 km y muchos ejércitos soviéticos frescos y dispuestos a vencer. El general Vatutin, al que Manstein suponía quebrado, comunicaba el día 12 de julio a su Estado Mayor que se disponía a pasar a la ofensiva con dos ejércitos blindados, con más de un millar de carros y cañones de asalto. Algo similar preparaba Rokossovski en el sector norte, que emitía esta orden del día: «Las tropas [...] durante ocho días de encarnizados combates sin pausa han detenido el impulso enemigo. La primera fase de la batalla ha concluido.»

¡Italia tiene que luchar!

Eso no lo sabía, todavía, Hitler, pero al finalizar la jornada del 11 estaba de un extraordinario mal humor como para valorar algunos ligeros éxitos: los aliados habían desembarcado en Sicilia y progresaban sin que los italianos hicieron gran cosa para detenerlos. Al día siguiente, convocó a Manstein y a Kluge, que se presentaron el 13 de julio a La Guarida del Lobo. Von Manstein llegaba pletórico de moral: creía estar al borde de la victoria; suponía que Vatutin había empeñado en

el juego cuanto tenía y era el momento de asestarle el golpe definitivo; según su contabilidad había capturado o destruido 1.800 blindados y más de 2.000 cañones, antitanques en su mayoría. En consecuencia, volvía a solicitar las reservas. Por el contrario, Von Kluge era partidario de cancelar la operación: el 9° Ejército estaba atascado y la utilización de las reservas ya no modificaría el curso de la batalla.

Finalmente, Hitler zanjó las opiniones enfrentadas con su decisión, evidentemente adoptada con anterioridad:



> La situación se presenta muy seria en Sicilia. Los italianos no resisten. La isla está, probablemente, perdida. Ahora, los occidentales podrán desembarcar en los Balcanes o en Italia meridional. Hay que organizar nuevos ejércitos en esas regiones para lo cual será imprescindible disminuir las fuerzas en el frente oriental; por tanto, aunque resulte doloroso, habremos de renunciar a Ciudadela.

Nuevamente, Hitler dejaba sus planes a medias. La Operación Ciudadela, como se recordará, fue desaconsejada por su jefe de Estado Mayor, Zeitzler, por su mejor estratega, Manstein, por su mejor jefe del arma acorazada, Guderian, y aceptada a regañadientes por Model... En aquella genialidad del Führer, Alemania gastó lo mejor de sus fuerzas operativas en la URSS.

Las cifras de pérdidas que se manejan sobre la semana de Kursk son escasamente fiables y concretas, pues suelen obedecer a la propaganda de cada bando en los días de la batalla; las de los historiadores más fiables abarcan el resto de la campaña de verano, incluyendo el gran avance soviético. Más elocuente que las discutibles cifras es el análisis de las últimas consecuencias de Ciudadela: 2 meses después de la gran batalla, el 7

de septiembre, el grupo de ejércitos de Manstein combatía 200 km al oeste de Kursk; sus efectivos, para defender 500 km de frente eran apenas 300.000 hombres, con 500 blindados y cañones de asalto. Ciudadela, más allá de su posible éxito táctico —que algunos especialistas conceden a la Wehrmacht—, fue un tremendo fracaso alemán. Tres personajes excelentemente situados para juzgarlo no dejan lugar a dudas:

Heinz Guderian, inspector general de blindados: «El fracaso de Ciudadela supuso una derrota decisiva. Las formaciones blindadas, reformadas y reequipadas con tanto esfuerzo, habían experimentado cuantiosas pérdidas, tanto en hombres como en equipo, y estarían ya inutilizables durante mucho tiempo.»

Walter Warlimont, jefe de operaciones del OKW: «La Operación Ciudadela fue algo más que una batalla perdida; entregó a los rusos la iniciativa y no volvimos ya a recuperarla en toda la guerra.»

Albert Speer, jefe de la producción de armamento y munición del III Reich: «Este fracaso fue, también, señal de que el enemigo soviético era el que imponía la ley de la acción, incluso en la estación del año más favorable al ejército alemán.»

De Kursk hubiera podido extraer Berlín algunas lecciones útiles para conducir, en el futuro, la guerra en el este:

—Los mandos soviéticos habían aprendido las duras enseñanzas de dos años de guerra y competían en habilidad con los alemanes.

—La capacidad reclutadora, adiestradora, organizativa e industrial de la URSS era extraordinaria, lo mismo que sus servicios de información y la calidad de sus armas.

—Alemania perdió el dominio del aire. Hasta entonces sus aviones eran superiores técnicamente y superaban a la más

numerosa aviación soviética. En Kursk, la caza alemana fue contrarrestada por la soviética de similar eficacia y más numerosa, que combatía sobre sus líneas, con lo cual recuperaban a muchos pilotos. El Stuka con cañón anticarro causó estragos en los blindados soviéticos, pero resultó víctima de la caza soviética y de la densidad de su fuego antiaéreo. El Sturmovik soviético se convirtió en la pesadilla de los tanquistas alemanes y los Lavockin y Yak 3 impusieron su número sobre los Me-109.



—Los blindados alemanes habían perdido competitividad. Los Mark III y IV, que aún componían el grueso de sus divisiones blindadas, no podían medirse con los T-34 y KV-II soviéticos. Los Tiger y Panther, que sí podían superar a sus rivales, aparte de escasos, padecían numerosas enfermedades infantiles, sobre todo el segundo. El gran cazacarros Ferdinand, conocido como Elefant, en el que tantas esperanzas había depositado Hitler, se mostró eficaz en las rupturas y en el ataque a blindados desde posiciones fijas; en operaciones contra infantería resultó muy vulnerable por carecer de defensa próxima. El mismo problema lo padecía su formidable enemigo soviético, el ISU 152 (cañón de 152 mm), con la ventaja para éste de que era más ligero, rápido y sencillo y combatió a la defensiva, sin evidenciar sus carencias.

—La artillería soviética, más numerosa, emplazada en posiciones bien elegidas y con una reserva formidable de munición, superó a la alemana, inferior en número y en emplazamiento. Los alemanes perderían muchas piezas en las retiradas que se efectuaron ante los contraataques soviéticos de julio-agosto.

—La moral soviética subió como la espuma; la alemana quedó muy quebrantada. En adelante, los rusos avanzarían sin descanso; los alemanes ya nunca podrían organizar una ofensiva seria. [*La Aventura de la Historia*, núm. 58, agosto 2003.]

Pero Hitler no tendría en cuenta esas evidencias. Seguiría creyendo que sus generales le engañaban cuando le exponían las inmensas posibilidades del reclutamiento soviético y sosteniendo que los soldados del Ejército Rojo eran escoria carcelaria, que estaban mal adiestrados, que sus generales eran un desastre. Obsesionado por destruir las ciudades inglesas, rechazó dar prioridad a la construcción de aparatos de caza de una generación más avanzada que el Me-109, cuyas versiones más modernas apenas podían medirse a los últimos modelos aliados. La obsesión por la artillería antiaérea como medio más eficaz para la defensa de Alemania consumía más recursos industriales y humanos en aquellos momentos que la fabricación de cazas, armas mucho más efectivas que los cañones, aunque también éstos fueran necesarios.

Aquel verano decisivo para el Eje aún tendría su epílogo. El 19 de julio Hitler se entrevistó con Mussolini en Feltre, cerca de Venecia. Mientras la aviación aliada bombardeaba Roma, Hitler trató de levantar el ánimo de su aliado, abrumándole con un discurso de 2 horas, mientras a las manos del Duce iban llegando telegramas que hablaban de montañas de escombros y decenas de muertos en Roma. Hitler prometió a Mussolini hombres y aviones, pero «¡Italia debe luchar!». Sólo palabras. Si en Feltre hubiera apoyado lealmente a su aliado con suficientes medios de combate es muy posible que Mussolini no hubiera sido derribado. Sus promesas hueras y su secreto propósito de invadir Italia enfurecieron a los políticos fascistas, que se coaligaron con los sectores de oposición, con la monarquía, parte del Ejército y la Iglesia para terminar con el Gobierno de Mussolini y tratar de salirse de la guerra.

Mientras tanto, ciudades e industrias alemanas ardían bajo los bombardeos estratégicos de los ingleses y tácticos de los

norteamericanos. En Hamburgo, Berlín, Dusseldorf, Nuremberg y Munich se contabilizaron decenas de millares de muertos. La guerra aún sería larga y sangrienta, pero al terminar el verano de 1943 ya se podía pronosticar a ciencia cierta el resultado final.



Capítulo V

El derrumbe del coloso

El 19 de julio, hacia las 13 horas, se hizo un descanso en la conferencia de Feltre. El Duce, acompañado del jefe del Estado Mayor General, Ambrosio, del subsecretario de Exteriores, Giuseppe Bastianini, y de su embajador en Berlín, Dino Alfieri, se retiró para enterarse de las terribles noticias que llegaban sobre el bombardeo aliado contra Roma. Ambrosio le dijo a Mussolini que no podían abandonar la reunión sin que Hitler se comprometiera a proporcionar a Italia cuantas armas y refuerzos necesitaba o, de lo contrario, estaría obligado a salirse de la guerra. Según Alfieri, Mussolini quedó petrificado y luego arguyó:

> [...] El enemigo exigirá con toda justicia una capitulación. ¿Estamos dispuestos a borrar de un solo golpe veinte años de régimen? ¿A anular las realizaciones de un trabajo tan largo y encarnizado? ¿A reconocer nuestra derrota militar y política? ¿A desaparecer de la escena del mundo? [...] ¿Qué actitud adoptará Hitler? ¿Creen acaso ustedes que nos va a dejar libertad de acción?

Con todo, se comprometió a exponer el asunto a Hitler. Terminada la conferencia, los italianos acompañaron a los alemanes hasta el aeropuerto. Allí, Mussolini despidió afectuosamente a Hitler y se mantuvo saludando con el brazo extendido hasta que despegó el avión. Luego, con cierto aire satisfecho, dijo a sus expectantes colaboradores: «Hitler me ha

prometido los refuerzos que necesitamos... ¡Naturalmente!, mientras nuestras demandas no sean astronómicas.»

Quizá no se hubiera permitido aquella frivolidad de haber conocido en su plena dimensión lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos en Roma. Ismael Herráiz, corresponsal del diario *Arriba* en la capital italiana, dejaría un impresionante testimonio de la tragedia sufrida por la Ciudad Eterna bajo las bombas aliadas:



> Las escuadras atacantes buscaron en pleno día una línea de objetivos militares situada al este y al sureste de Roma: un arco comprendido entre los aeródromos de Littorio y de Ciampini. Apenas cesó la alarma, marché a recorrer los lugares de la catástrofe. El espectáculo, con el fondo violáceo de los montes Albanos, no podía resultar más cruel. Con una desorganización sanitaria increíble, la capital de Italia vivía las primeras horas de auténtico horror de la guerra. Las líneas de tranvías que cruzan frente a los edificios de la Ciudad Universitaria habían sido retorcidas por las explosiones, y allí se veían en confusión caótica automóviles, cables, hierros y maderos, entre los cuales resaltaban huellas de sangre. La basílica de San Lorenzo, situada a 500 m de la estación de mercancías, había sido pulverizada, al menos en su parte más característica y singular. El pórtico, maravilla de arte y de gracia, se desplomó alcanzado por el zarpazo de una bomba de gran calibre. El arquitrabe y las columnas de entrada cayeron derrumbados. Se pensaba en aquel magnífico sepulcro del cardenal Fieschi, sobre cuyo sarcófago los marmolistas predecesores del Renacimiento no vacilaron en grabar alegres y despreocupadas escenas epitalámicas. Todo había desaparecido en el cataclismo. En la ancha plaza de San Lorenzo, que da entrada al cementerio del Verano, los árboles se

veían tronchados por el ciclón de metralla, que desparramó los puestos de flores, reventó las cañerías y sembró la muerte en todas direcciones. Allí mismo cayó el comandante general de los Carabineros Reales, general Hazon. De su cuerpo no se encontraron más restos que un trozo del uniforme pegado a unas cuantas vértebras.

Ante los pórticos del cementerio, la gente agolpábase enloquecida. Allí en fila, las víctimas, casi todos niños, a quienes la violencia colérica de la explosión había dejado desnudos. Si no fuera por la sangre y el polvo, la fila de muertos compondría un espectáculo inocente y feliz bajo el sol y la curva suave de los pórticos. Soldados y hombres del Partido contienen a la masa de mujeres ululantes que intentan acercarse a identificar las víctimas. En aquel momento, atravesando la nube de polvo, apareció el Pontífice, que se acercaba a las ruinas de la iglesia de San Lorenzo. La gente le contempla atónita. ¡Pío XII! La cabeza desnuda, sin más que el solideo, vestido con su túnica blanca, sortea los cables rotos, los vidrios, los hierros y los cascotes, y es como una visión celestial en un escenario de infierno. El grupo que rodea al Pontífice pronto crece, hasta convertirse en una muchedumbre inmensa, que solloza, grita, implora y clama sin cesar. Van detrás del Pontífice monjas con sacos a cuestas, enfermeros del Hospital con mantas y colchones para las víctimas que gimen en los portales, mujeres con niños pálidos y vendados, soldados, sacerdotes heridos. [...]

Entro en el barrio más castigado por el bombardeo —el Tiburtino—, furiosamente machacado. Hay una taberna donde me gustaba recalar durante mis paseos por Roma. Quiero acercarme; pero la casa arde y los muros se van desplomando sordamente, envueltos en densas humaredas. De la familia amiga que la habitaba no se ha salvado nadie. A la puerta del estableci-

miento yace un caballo de tiro, hinchado, blanco de cal..., y por todas partes, muertos y más muertos bajo las sucias lonas. [...]

Los comunicados oficiales daban una cifra de mil muertos. A mí me bastó pensar en la densidad urbana de los barrios alcanzados y contemplar las montañas de ruinas y acordarme de la despreocupación con que los romanos escuchaban las sirenas de alarma, seguros de que la Cúpula de San Pedro era un pararrayos infalible, para comprender que la cifra tenía que ser muy superior a la que se comunicaba oficialmente.

De todas maneras, el *camouflage* que se intentó para ocultar la catástrofe final fue inútil. Toda la conspiración contra el fascismo ganó muchas posiciones a favor del terror cerval que se apoderó del pueblo romano... [*Italia fuera de combate.*]



Aunque el periodista español no pudiera saberlo, su comentario final reflejaba los propósitos de los altos funcionarios fascistas que habían estado con Mussolini en Feltre. Dos de ellos, Bastianini y Ambrosio, regresaron a Roma en tren. En su compartimento, el general Ambrosio ya no pudo contenerse más: «¿Ha oído usted lo mismo que yo? A pesar de lo que le dije esta mañana, Hitler le ha convencido con dos promesas hueras. ¡Este hombre está loco, todavía se hace ilusiones! ¡Lo que oye, está loco! ¡Está loco!»

¿Todo ha terminado?

Al llegar a Roma, presa del pavor y el llanto, ambos se separaron pensando, al unísono, que Mussolini estaba acabado. El sábado, 24 de julio, a las 17 horas, se reunió en el Palazzo Venezia el Gran Consejo Fascista convocado por el propio

Duce, que estaba en babia respecto de las diversas tramas urdidas contra él, aunque su esposa, doña Rachele, le advirtió antes de salir de casa: «Arréstales a todos antes de que comience el acto.»

No hubiera sido fácil: los implicados en la propuesta de que Mussolini se retirara de la política, devolviendo sus poderes al rey, acudieron bien armados de granadas y pistolas. Y por si alguno de los conjurados hubiera albergado dudas, la última noticia llegada de la guerra en el sur debió confirmar a todos en sus propósitos: Palermo acababa de caer en manos aliadas. El Eje había perdido Sicilia.

Mientras Mussolini «habló durante 2 horas sin ardor y sin convicción», el general Ambrosio concentraba tropas en torno a Roma por si los fascistas intentaban cambiar el rumbo que iban a tomar las cosas. La tensión era tan alta que si aquella tarde alguien hubiera tirado una silla al suelo, allí hubiera ardido Troya, pero no ocurrió nada, aunque se dijeran, apasionada o iracundamente, cosas muy duras. Mussolini escurrió el bulto y: «Olvidando su responsabilidad, insinuó la de Badoglio, acusando al Estado Mayor de haber "saboteado" la guerra, mientras se deshacía en alabanzas sobre Alemania», comentaría Alfieri, uno de los conspiradores; otro, Bottai, reflejaría en su diario:

> La exposición me deja a mí y a todos un sentimiento de imprecisión, incluso de ambigüedad buscada, de falsificación más o menos consciente, de incapacidad para captar toda la compleja y cambiante realidad.

Contra los argumentos del Duce se levantaron las voces de Federzoni, de Vecchi y, sobre todo, del anciano mariscal

Italo Balbo —muy indignado porque tratara de cargar todas las responsabilidades de la derrota sobre el Ejército— que se manifestaron opuestas a que todo continuara igual. Bottai lanzó la primera carga importante contra Mussolini cuando concluyó que la gravísima situación estaba siendo abordada «por un aparato de mando ineficaz».

De cualquier forma, hasta que no intervino Dino Grandi, portaestandarte de los opositores, todo fueron florituras. Grandi, en un duro discurso de más de una hora, directamente pidió que Mussolini devolviera sus poderes político-militares al rey. Ya estaba dicho todo, pero, sorprendiendo a la mayoría, el propio Ciano, yerno del Duce, tomó la palabra para atacar a Alemania y, aunque mantuvo que deberían aguantar junto a ella cuanto se pudiera, puntualizó que en cualquier decisión los italianos no serían los traidores, sino los traicionados, pues Hitler siempre había tomado sus decisiones sin consultar a Mussolini. Éste, que parecía indiferente ante los ataques que ya había escuchado, se encendió de cólera contra Ciano —que trataba de justificarle— no porque estuviera en desacuerdo, sino por el desprestigio que entrañaba la pública exhibición del ninguneo a que había sido sometido por su aliado.



Tras él, otro histórico, Farinacci, propuso una resolución intermedia: Italia se mantendría junto a Alemania en el Eje, pero Mussolini devolvería al rey la máxima responsabilidad militar, conservando el poder político.

Se acercaba la medianoche y Mussolini trató de ganar tiempo, posponiendo el debate para la mañana siguiente. No tuvo éxito. Tras un descanso, hubo otras intervenciones, cerradas por la de Mussolini, confusa y tan pueril que se atrevió a decir: «Tengo en mis manos la llave para resolver el problema bélico. Pero no les diré cuál es.» La mayoría de los presentes confesaron

haberse sentido humillados, menospreciados por aquella vulgaridad. Y como nada más hubiera que añadir, se decidió pasar a la votación de la moción de Dino Grandi, que cosechó 19 votos a favor, 8 en contra, una abstención y Farinacci se mantuvo al margen, apoyando su propia propuesta. «Habéis provocado la crisis del régimen», dijo Mussolini, que rechazó el saludo fascista. La sesión se levantó a las 2.30 de la madrugada.

Lo votado hubiera carecido de peso si Mussolini se hubiese metido el acta en el bolsillo, tras detener a los díscolos, o si no lo hubiera presentado al rey o si éste lo hubiese rechazado, pero todos lo contemplaron como una herida mortal para el fascismo y todos temieron las represalias. Con razón. Tras la clausura de la reunión, Mussolini se encerró en su despacho, deprimido y mudo, con algunos de los que le habían apoyado. Entre ellos se hallaba el jefe de la milicia fascista, Galbiati, que propuso movilizar inmediatamente a sus hombres y enviarlos a arrestar a todos aquellos traidores. Mussolini rechazó la oferta.

Grandi no perdió el tiempo y esa misma noche su resolución y el voto del Gran Consejo Fascista ya estaban en Villa Saboya, la residencia real, y el rey la leyó y meditó en la mañana del domingo.

Ciano, que sopesó la posibilidad de que le detuvieran, estuvo despierto hasta el amanecer, debatiéndose entre la ansiedad y la euforia. «En pocas horas, Mussolini me hará arrestar... Pero el rey le despojará de su poder y me pondrán en libertad», comentó a unos amigos que le visitaron y trataron de convencer para que se escondiera. Estaba asustadísimo, pero, a la vez, feliz por su «travesura» y, como un niño, era incapaz de asumir la gravedad que revestía su situación. Ya clareaba cuando tuvo la suficiente serenidad para redactar un informe sobre la reunión y la votación del Gran Consejo y, por la mañana, la envió al Vaticano.

Cuenta Christopher Hibbert, en su biografía de Mussolini, que el Duce abandonó el Palazzo Venezia a las 5 de la madrugada y se dirigió a su residencia, acompañado por uno de sus últimos incondicionales, Carlo Scorza, al que confesó: «Estoy muy cansado.»

En Villa Torlonia salió a recibirle al jardín doña Rachele, que le esperaba levantada:

> —Bueno, supongo que los has hecho arrestar a todos.
>
> —No, pero lo haré. [...] No hay nada más que yo pueda hacer. [...] Están empeñados en nuestra ruina. Mis órdenes ya no son tenidas en cuenta...



Mussolini se acostó cerca de las 6 de la mañana, pero no logró conciliar el sueño. A las 9 estaba ya en su despacho del Palazzo Venezia. A lo largo de la mañana recibió algunas disculpas por lo ocurrido la tarde anterior; uno de los que votaron contra él, el ministro de Corporaciones, Cianetti, le escribió cambiando el sentido de su voto... Mussolini se mostraba tranquilo, como si esperara que todos, uno a uno, fueran rectificando. Leyó los informes sobre la situación militar y las noticias sobre el bombardeo sufrido por Bolonia. Luego, recibió al embajador japonés.

Durante la entrevista, su secretario, Nicolò de Cesare, había concertado una entrevista con el rey para esa tarde. Cuando le dijo a Mussolini que Víctor Manuel le esperaba a las 17 horas, comentó: «Diecisiete. Es un número de la mala suerte.»

Camino de Villa Torlonia, para almorzar, recorrió las ruinas del Tiburtino, aquel barrio popular machacado por las bombas aliadas. La gente que andaba por allí le vitoreó. En casa sólo comió un plato de sopa. Luego se vistió de civil, según las instrucciones de la secretaría del rey, lo que le pareció muy

sospechoso a su esposa, que llena de presagios siniestros le previno: «Benito, no vayas. No se puede confiar en él.»

Desde su casa habló por teléfono con Scorza, que le insistió en que debería arrestar a los miembros díscolos del Consejo. Poco rato después llegó su secretario, De Cesare, que le acompañaría a la entrevista, y los dos, a las 16.45 horas, salieron de Villa Torlonia, camino de la entrevista.

Bajo el sol esplendoroso de aquella tarde dominical del 25 de julio de 1943 el automóvil les condujo a Villa Saboya por calles vacías a causa del racionamiento de gasolina. Luego, acompañado por De Cesare, recorrió los escasos 30 m que separaban el aparcamiento de la entrada de la residencia particular de Víctor Manuel III. A las 17 horas llegó a presencia del rey. Mussolini había previsto comentar con él los acontecimientos de los días anteriores, pero apenas tuvo tiempo de presentar sus respetos y de intercambiar una frase banal sobre el calor reinante. Cuando intentó minimizar la importancia de lo ocurrido en la sesión del Gran Consejo, el rey le interrumpió:

> ... No comparto su opinión, Duce. El Gran Consejo, creado por usted, cuenta con la aprobación de ambas cámaras del Parlamento. Por tanto, toda decisión del Gran Consejo reviste la mayor importancia. [...] Pero debatir eso ya no tiene utilidad alguna. La situación es muy grave. Italia está en ruinas y su ejército, desmoralizado... Las brigadas alpinas han comenzado a cantar una canción que dice que no seguirán luchando por Mussolini. [...] En este momento es usted el hombre más odiado del país. Soy el único amigo que le queda. Por eso le digo que no debe usted temer por su seguridad personal. Yo me encargaré de que le protejan. (En esta reconstrucción se ha utilizado básicamente la biografía de C. Hibbert y A. Patacco.)

Mussolini le escucha de pie, en silencio, inmóvil y pálido como una estatua, pero cuando el rey le dijo que pensaba entregar el poder al mariscal Pietro Badoglio, el Duce, sin fuerzas, se sentó y, con voz entrecortada por la emoción, preguntó:

—Entonces, ¿todo ha terminado?

—Sí, todo ha terminado...

—Sí, Su Majestad tiene razón... Debería presentar mi renuncia.

—Sí, y debo decirle que acepto incondicionalmente su renuncia como jefe de Gobierno.



Mussolini reflexionó en voz alta sobre la grave decisión que el rey estaba adoptando, lo que alegraría mucho a los enemigos del Eje y dividiría Italia... Pero, resignado, aceptó su destino:

> Me doy cuenta del odio del pueblo. No se puede gobernar durante tanto tiempo y exigir tantos sacrificios al pueblo sin provocar algún tipo de indignación. Deseo buena suerte a quien acepte la carga del gobierno en este momento.

Víctor Manuel, que estaba en ascuas y deseaba terminar aquella angustiosa escena cuanto antes, se levantó y encaminó a Mussolini hacia la salida. Abrió la puerta y preguntó: «¿Dónde está el coche del Duce?»

En la antesala aguardaba De Cesare, que fue presentado al rey. Allí volvieron a darse la mano y ambos salieron del palacete acompañados por Víctor Manuel III hasta la puerta.

En una de las habitaciones comunicadas con el salón donde se había efectuado la entrevista, el general Puntoni se sentó bañado en sudor y dejó encima de una mesa la pistola,

que había mantenido amartillada durante 20 minutos, presto a intervenir, tras la cerrada puerta, si ocurría cualquier violencia. El rey había tomado sus precauciones por si Mussolini no acataba la destitución. No fue el caso. El Duce y su secretario salieron de Villa Saboya a las 17.20 y se dirigieron hacia su coche, pero fueron interceptados por dos oficiales de carabinieri, Vigneri y Aversa. El primero le dijo: «Excelencia, en nombre de Su Majestad el rey, le rogamos que nos siga para evitarle posibles violencias por parte de la multitud.»

Mussolini miró hacia la entrada del palacete y advirtió que el rey ya no estaba allí. Vigneri comentaría después: «Parecía un hombre moralmente acabado.»

Dos décadas después de haber asaltado el poder, de haberlo usufructuado abusivamente y de haber metido a Italia en la Segunda Guerra Mundial, Mussolini se derrumbaba e Italia entraba en un vertiginoso y dramático período que incluiría el cambio de rumbo bajo la dirección del mariscal Badoglio, el armisticio con los aliados, la declaración de guerra al Eje por parte del Gobierno monárquico, la ocupación alemana, la creación de la República de Saló... y una auténtica guerra civil.

Una de las cuestiones más sorprendentes de aquellos dramáticos momentos del 24 y 25 de julio es que nadie advirtió en Mussolini reacción alguna, salvo alguna queja no demasiado virulenta contra Ciano. Se han dado multitud de interpretaciones a esta actitud. Para algunos, se debió al convencimiento de que su autoridad no sería puesta en entredicho y que aquellos rebeldes acabarían volviendo al redil. Otros creen que el Duce estaba tan absolutamente seguro de la confianza del rey que no pudo imaginar que sería precisamente éste el impulsor de su caída. La tercera conjetura, quizá la más plausible, supone que el dictador, agotado, realmente deseaba aban-

donar el primer plano de la escena, dejando a otros la responsabilidad de solicitar el armisticio al enemigo, que desde hacía dos semanas combatía en territorio italiano.

La libertad llega del cielo



En la primavera de 1973 Otto Skorzeny era un hombre de sesenta y cinco años, muy corpulento, abundante pelo blanco ondulado, una profunda cicatriz que le surcaba la mejilla izquierda —recuerdo de un sablazo en un duelo juvenil— y un permanente cigarrillo encendido, que fumaba enhebrado a una boquilla. Tenía en Madrid una empresa de ingeniería dedicada a negocios de importación-exportación, y se decía que, realmente, era uno de los canales utilizados por el Estado español para vender armas, materias o componentes en mercados prohibidos, como lo era Sudáfrica, sujeta a un régimen de boicot internacional. Fuese o no verdad, el antiguo coronel de las SS llevaba aquí una vida discreta y esquivaba a los periodistas, pese a que le encantaba contar sus aventuras más llamativas y confesables. Su sonrisa amable era una perfecta tapadera, que manejaba con gran autocontrol, para su carácter vehemente, volcánico. Me concedió una larga entrevista en la que repasamos su participación en la Segunda Guerra Mundial, durante la que mantuvo una actitud tranquila, cortés y amable, aunque en algunos momentos se emocionó y, en una o dos ocasiones, respondió con una retahíla de improperios en alemán y español contra quienes le calumniaban o contradecían. Lo aquí recogido se limita a sus declaraciones respecto al rescate de Benito Mussolini, el 12 de septiembre de 1943, completadas con las memorias del entrevistado, tituladas *Vive peligrosamente*.

En 1939 Skorzeny tenía ya treinta y un años, pese a lo cual fue militarizado y pudo elegir como arma la Luftwaffe, valiéndose de su título de ingeniero y empujado por su afición a la mecánica y a las cosas nuevas. Por tener demasiada edad sólo pudo acumular unas pocas horas de vuelo, pero atesoró conocimientos de aviación que le serían útiles para futuras actividades.

Tras un período de instrucción fue destinado a las Waffen SS, en calidad de oficial-ingeniero y, en 1940, durante la campaña de Francia, fue incorporado a una división de artillería, con el encargo de trasladar varias baterías. En Francia su guerra se redujo a transportar cañones de un lugar a otro y a procurar que ninguno de sus vehículos se quedase en la cuneta. La vida monótona de cualquier soldado, con el ingrediente de una aventura curiosa: en Burdeos cazó un tigre, que había escapado de un circo.

Luego pasó a desempeñar funciones burocráticas o de adiestramiento, hasta que fue destinado, ya como capitán, a la formación de unidades especiales y de comandos, labor que Alemania había cuidado muy poco hasta entonces, «porque nos iban muy bien las cosas».

—¿Cómo empezó la fantástica aventura del Gran Sasso?

—El 26 de julio de 1943 tomaba café tranquilamente con un amigo cuando se me ocurrió llamar a la oficina. Me dijeron que me estaban buscando por todo Berlín desde hacía 2 horas, pues el Cuartel General del Führer me reclamaba con toda urgencia. Un avión me estaba esperando en el aeropuerto.

En el refugio del Führer había otros cinco oficiales, llamados de forma tan imprevista como a Skorzeny. Minutos después de su llegada se presentó Hitler y les pasó revista. Habló

algunas palabras con cada uno de ellos y, por fin, dijo a Otto Skorzeny que se quedara. «Tengo para usted una misión de suma importancia. Mussolini, mi amigo, y nuestro fiel colaborador fue ayer traicionado por su propio rey...»

Hitler le dijo a Skorzeny que el Duce había desaparecido y que tenía gran interés en su rescate, de enorme importancia para la victoria final del Eje. «Estoy plenamente convencido de que usted lo conseguirá, Skorzeny», concluyó Hitler.



—¿Por qué fue usted elegido?, al fin y a la postre era sólo un capitán recién ascendido.

—No lo sé. Quizás porque era austriaco o porque había estado alguna vez en Italia o porque Hitler vio en mí una gran voluntad de hacer lo que me pidiera... En realidad, aún no lo sé.

Otto Skorzeny se trasladó inmediatamente a Roma y diez días después de la detención del Duce encontró la primera pista: Mussolini había sido metido en una ambulancia en el palacio del rey y conducido al cuartel de los carabinieri de Via Legnano, luego al de la Piazza del Popolo, más tarde a la de Quintino Sella... Skorzeny comenzó los preparativos para el rescate, pero los suspendió inmediatamente al enterarse de que había salido de allí el mismo día que él llegaba a Roma.

Mussolini había sido conducido a la isla de Ponza, a donde llegó el 28 de julio. Skorzeny logró enterarse de este nuevo lugar de reclusión el 12 de agosto y comenzó los preparativos para el rescate, sin saber que ese mismo día el Duce había sido trasladado a la isla de Santa Magdalena...

Reanudó la búsqueda, hasta que halló otra pista. Uno de los oficiales de Skorzeny, el teniente Wagner, logró enterarse en una taberna que había llegado a la isla un personaje impor-

tante. El día 27 de agosto, después de haberse asegurado de que se trataba de Mussolini, Skorzeny dispuso todo para el rescate.

Tan ansiosa debía ser la búsqueda de los alemanes que los italianos vivían en permanente sospecha y desconfianza y pocos días después trasladaron al Duce, en un hidroavión de la Cruz Roja, a un lago de la península y, desde allí, a un hotel de la estación invernal del Gran Sasso.

El repentino traslado de Mussolini, cuando ya los alemanes habían concluido sus planes de rescate, estuvo a punto de hacer fracasar la misión de Skorzeny, que logró detener la operación cuando ya sus comandos se preparaban para el asalto... De nuevo se reanudó la búsqueda y, pocos días después, los alemanes descubrieron que Mussolini estaba recluido en los Abruzos, en un lugar bastante inaccesible, pues sólo se podía subir mediante un funicular, por aire o escalando. Era imposible el asalto al funicular, ya que los guardianes del Duce podrían cortar la línea y asesinarle. Era, también, imposible hacer el trabajo con una compañía de escaladores: llevaría demasiado tiempo y, seguramente, sus maniobras serían vistas por los italianos, que dispondrían de tiempo para rechazar el ataque o asesinar al prisionero.

La conclusión era que el asalto deberían hacerlo desde el aire. El estudio de la situación demostró que un ataque con paracaidistas daría tiempo a reaccionar a los guardianes, ya que pronto serían vistos y, además, caerían desperdigados e impotentes para una acción rápida y conjunta. En varios vuelos de reconocimiento Skorzeny logró fotografiar un pequeño trozo de terreno al lado del hotel, lo que disipó sus dudas: el ataque se haría con planeadores.

Sus efectivos en Roma se habían triplicado, alcanzando 200 hombres. Sin embargo, aun precisó la colaboración de medio

millar de paracaidistas de la división del general Student, ya que la operación se dividiría en dos partes: ataque con planeadores y liberación del Duce y control del funicular.

El día 12 de septiembre era domingo. Skorzeny llegó de madrugada con 108 hombres al aeropuerto de Pratica de Mare, pero los planeadores y un general italiano, que había de contribuir a la confusión de los carceleros de Mussolini, se retrasaron hasta mediodía. Con todo dispuesto, el aeropuerto fue bombardeado, aunque los aparatos no sufrieron daños. Había llegado la hora H.

Minutos antes de las 14 horas los planeadores fueron soltados por sus remolcadores y comenzaron a picar hacia el prado fotografiado por Skorzeny, quien, con gran angustia, comprobó que no era liso, sino empinado y lleno de accidentes.

—¿Valoró usted la misión en todo su alcance político y bélico o, más bien, se lanzó a ella por deber militar o, quizá, por ganarse el aprecio del Führer?

—Por todo ello. Primero, desde luego, porque yo era un soldado y obedecía órdenes. Y, con mayor motivo, porque el Führer me lo había pedido y había confiado en mí; pero, además, era plenamente consciente de la importancia que tendría la liberación de Mussolini para la victoria del Eje. En efecto, la República Fascista fundada por Mussolini después de su liberación nos ayudó a mantenernos en el norte de Italia y algunas divisiones italianas lucharon a nuestro lado hasta el final de la guerra.

Los planeadores picaron hacia aquel retazo verde accidentado y difícil, mientras que las lonas del fuselaje eran sacudidas por el aire helado de la montaña. Reflexionaba Skorzeny en sus memorias:

Un sudor frío me corrió por la espalda. Calculé mis posibilidades y me pregunté: ¿resistirá el planeador la presión del aire?, ¿podrá mantener el equilibrio a pesar de su velocidad de vuelo?

Entre tanto, la tierra se acercaba a toda velocidad y los alemanes podían ver a los italianos que guardaban al Duce.

¡Ya no disponía de tiempo para dar marcha atrás! El bramido del aire se intensificó a medida que nos acercábamos al objetivo. Vi cómo el teniente Meyer abría el paracaídas que debía frenar el aterrizaje. Y, de pronto, topamos brutalmente con la tierra, en medio de un ruido ensordecedor.

Los comandos de Skorzeny abandonaron el destrozado planeador. Estaban a 15 m de un lateral del hotel. El general italiano comenzó a gritar a los sorprendidos centinelas que no disparasen; Skorzeny, seguido de ocho hombres, avanzó hacia ellos sin disparar, gritando «*¡Mani in alto, mani in alto!*». Penetró en una pequeña habitación, donde estaba la radioemisora de la estación alpina. De un puntapié tiró al radiotelegrafista de la silla y, a culatazos, destrozó el aparato.

La habitación no tenía acceso al hotel. Salieron afuera. Había una terraza y Skorzeny subió a ella, seguido por sus comandos. A sus espaldas sentía el ruido de los otros planeadores que tomaban tierra con gran estrépito. Varios soldados italianos salieron a la terraza y trataban de emplazar dos ametralladoras frente a la puerta, pero los alemanes no les dieron tiempo para usarlas: saltaron sobre ellos, arrinconándolos y desmontando las máquinas.

Una cabeza se asomó por una ventana del primer piso. Era Mussolini. Skorzeny le ordenó que se metiera dentro y

supo que había llegado a tiempo. Subió rápidamente hasta esa planta y calculó la posición de la habitación del Duce. Derribó la puerta y abarcó la estancia con su subfusil. Había dos oficiales italianos junto a Mussolini, pero no opusieron resistencia.

Ya tenía al Duce y lo tenía vivo. Miró al exterior. El prado era un cementerio de planeadores, pero los comandos se habían hecho cargo de la situación. Skorzeny mandó llamar al jefe de las fuerzas italianas, unos 250 hombres. Se presentó un coronel, al que el capitán conminó a rendirse. En realidad aún podía haber lucha, ya que los italianos se estaban recuperando de la sorpresa inicial. La operación había durado 4 minutos.



Del valle llegaba el eco de algunos disparos; los paracaidistas que colaboraban en la segunda parte de la operación, la toma del teleférico, parecían encontrar alguna resistencia, pero eso no parecía importarle gran cosa al coronel italiano, que regresó enseguida con una botella de vino y se la brindó a Skorzeny: «¡Al vencedor!»

Una sábana colgada en la ventana del cuarto del prisionero sirvió como bandera de paz. En ese momento, Skorzeny comenzó a sentirse seguro y pudo, por fin, dirigirse a Mussolini:

—¡Mi Duce, el Führer me envía para libertaros! ¡Sois libre!

—Sabía que mi amigo, Adolf Hitler, no me dejaría abandonado—respondió Mussolini, abrazando a Skorzeny.

El Duce relataría después de su liberación:

«Todo fue vertiginoso. Cuando quisimos darnos cuenta de la llegada de los planeadores alemanes, éstos ya franqueaban la entrada del hotel. Ante mí apareció un gigante rubio, que

sudaba mucho. Entre la llegada del primer planeador y la entrada en la habitación, no habrían pasado ni 4 minutos.»

—Skorzeny, ¿qué le pareció a usted el Duce?

—Yo recordaba a Mussolini de un viaje que, siendo muy joven, hice por Italia. Le oí pronunciar un discurso al aire libre y marchar orgullosamente rodeado por sus camisas negras. Por eso me conmovió aquel hombre envejecido en el Gran Sasso. En aquel momento creí que estaba acabado. Sin embargo, cuando viajábamos en el avión hacia Viena, se fue reponiendo y comenzó a hablarme con entusiasmo juvenil de sus proyectos, de la fundación de la República de Italia, cosas que debiera haber hecho —según él— al concluir victoriosamente la campaña de Abisinia.

Minutos después el tiroteo cesaba en el valle y los comandos comunicaron a Skorzeny que tenían controlada la situación. Era el momento de intentar conducir a Mussolini a un lugar más seguro. De los diversos planes hechos a tal efecto sólo era practicable el más arriesgado de todos ellos. El capitán Gerlach —uno de los ases de la aviación alemana— se posó en el empinado terreno con una avioneta biplaza Fieseler Storch.

El despegue era peligroso en un terreno tan corto y desigual, abierto, además, sobre un precipicio. Gerlach manifestó las dificultades de la empresa a Skorzeny y éste determinó que él también iría. Gerlach opinó que era un suicidio, pero Skorzeny no dio su brazo a torcer y explica los motivos en sus memorias:

«Puesto que no tenía otra forma de llevar a Mussolini sano y salvo a Roma, debía compartir con él el peligro, a pesar de tener la convicción de que mi presencia lo acrecentaba. Si

sufríamos un percance compartiríamos los dos la misma suerte. Y esto era mejor que la posibilidad de que yo me salvase y los otros dos sucumbieran.»

Mientras los tres hombres entraban en la avioneta los italianos colaboraron a despejar el terreno y sujetaron el aparato hasta que el motor alcanzó el máximo de revoluciones. Luego, comenzó a recorrer el exiguo campo sin despegarse del suelo. De pronto, el precipicio. El avión comenzó a caer como una piedra, pareciendo que no lograría elevarse hasta que, tras encoger el corazón a todos los testigos, Gerlach logró enderezarlo.

Hora y media después aterrizaron felizmente en Roma, desde donde emprendieron vuelo, en un bimotor Heinkel, hacia Austria y, tras superar una tormenta y aterrizar en un campo fuera de servicio, Skorzeny llegaba con Mussolini al hotel que les tenían reservado. Himmler llamaba poco después por teléfono para felicitarle por el éxito, rogándole que no abandonase ni un momento a Mussolini, para lo que permitió que la esposa de Skorzeny fuese a verle al hotel.

Un rato más tarde se presentó un coronel del Estado Mayor. «Señor Capitán, me presento a usted cumpliendo una orden que me ha transmitido nuestro Führer. Tengo el honor de entregarle la Cruz de Caballero.»

Poco después era el propio Hitler quien le telefoneaba:

> «Acaba usted de llevar a cabo felizmente una hazaña militar que, a partir de este momento, formará parte de la Historia. Me ha devuelto a mi amigo Mussolini, por lo que en agradecimiento a sus servicios le condecoro con la Cruz de Caballero y le asciendo a mayor de las SS. Acepte mis más calurosas felicitaciones.»

—¿Qué supuso para usted aquel éxito?

—Una enorme alegría, un servicio prestado al Führer y a Alemania y, sobre todo, una revitalización del prestigio de los comandos. Desde aquel momento pudimos lograr fácilmente cuanto material necesitamos. En el plano personal me dio prestigio, además de la Cruz de Caballero, de la Cruz de Hierro y el ascenso a mayor. Los hombres que colaboraron conmigo en aquella acción también recibieron condecoraciones y ascensos.

—Sin duda, usted conoce numerosas versiones que le niegan a usted el honor de la liberación del Duce. La embajada alemana en Roma se atribuye el mérito de la información; el mariscal Kesselring le ignora a usted y atribuye el mérito al general Student; éste, que mandaba la 2ª división de paracaidistas, asegura que era usted un simple observador y que el verdadero jefe de la operación fue el mayor Mors...

Le pongo delante unos folios, que lee por encima. Con gesto despectivo, los retira y comenta, airado:

—Hablar de memoria, al cabo de los años no contribuye a aclarar las situaciones. Yo estaba en Italia enviado por Hitler y todos los funcionarios y soldados alemanes en Italia debían apoyarme en esa misión. Eso nadie lo niega. En nuestra embajada en Roma me comunicaron cuanto sabían; ellos me pusieron en la pista del Gran Sasso y yo la comprobé.

Kesselring, ocupado de contrarrestar la invasión aliada, se enteraría del asunto de refilón, cuando lo contaron los periódicos. El propio Student estaría mucho más preocupado por controlar la situación al sur de Roma que de esta pequeña operación, para la que prestó unos pocos hombres y medios mandados por Harald

Mors. Al frente de los planeadores, en los que había gente mía y de Mors, estaba otro subalterno de Student, el teniente Berlepsch... Lógico: Student proporcionaba hombres y aviones, con sus mandos correspondientes... ¿Y qué? ¿Dónde estaba Mors a las 14 horas del domingo 12 de septiembre de 1943? Yo se lo diré: con sus hombres en la base del funicular. ¿Quién penetró en el hotel, quién entró en la habitación de Mussolini, quién obtuvo la rendición de sus guardianes...? ¡Menos mal, eso no me lo ha negado nadie!



La notoriedad de la operación, que los medios de comunicación personificaron en mí, fastidió a los demás. Pero eso pasa siempre: cuando un general gana la batalla nadie se acuerda de los planes del Estado Mayor, de las directrices generales de la guerra, de los oficiales que movieron las tropas, ni de quien fabricó los tanques... Se personifica en uno y, en esa ocasión, me tocó a mí, por la sencilla razón de que Hitler me designó a mí: yo la inicié, la perseguí y la rematé, con múltiples ayudas, claro.

La real desbandada

El poder instaurado tras la detención de Mussolini en la tarde del 25 de julio no podía perder un minuto ante la amenazadora presencia de las fuerzas alemanas, todavía aliadas. Ese mismo día, el rey encargaba la formación de un Gobierno al prestigioso marqués de Sabotino, duque de Addis Abeba y mariscal de Italia, Pietro Badoglio. Éste lo estableció con pretensiones de neutralidad y provisionalidad, designando solamente altos funcionarios y jefes militares y prescindiendo tanto de los fascistas como de los políticos de la clandestinidad. Sus primeras decisio-

nes fueron disolver el Partido Fascista, apartar a sus miembros de los puestos más importantes y liberar a los presos políticos.

Daba comienzo la febril etapa que se conocería como «Los 45 días». Hasta ahí todo era claro: se trataba de borrar al fascismo de la escena política; pero, en lo demás, procedió con obligada ambigüedad y doble juego. Mientras los trabajadores de las grandes fábricas del norte se levantaban en huelga, el nuevo Gobierno reiteraba sus declaraciones de lealtad hacia el socio alemán, al tiempo que sus representantes se reunían secretamente en Lisboa con los aliados. Los contactos entre el nuevo régimen italiano y los aliados se habían iniciado informalmente incluso antes de la caída del fascismo, pero tomaron consistencia durante el mes de agosto de 1943, en las negociaciones entre el general Alexander, representante aliado, y el general Castellano, enviado por el Gobierno de Badoglio. El acuerdo pareció total entre ambas partes en los últimos días de agosto. Convinieron —al menos según la versión del general Castellano— proceder al anuncio oficial el 12 de septiembre. El día 3 de septiembre el general Castellano recibía la conformidad de Roma y a las 17.15 horas firmaba el armisticio.

Las discusiones más fuertes se habían producido acerca del futuro de Roma. Castellano y Alexander acordaron que el día antes del anuncio oficial desembarcaría en Roma la 82ª División aerotransportada norteamericana, que contaría en tierra con el apoyo de los soldados italianos.

El 8 de septiembre, a las 16 horas, cuando el Gobierno de Badoglio estaba ordenando los complejos y numerosos asuntos que intervenían en su próximo cambio de bando, el general Eisenhower anunció desde Argel el armisticio con Italia, sorprendiendo al mundo entero y, sobre todo, a italianos y alemanes. ¿Los aliados se habían adelantado en 4 días a lo acordado

con Castellano o, acaso, éste desfiguró este dato para enmascarar el semifracaso de su misión?

El asunto aún es un misterio, pero está totalmente claro el desconcierto que la declaración de Eisenhower provocó en los italianos. Francesco di Campello, que a la sazón era oficial ordenanza del príncipe heredero, Humberto de Saboya, recuerda los acontecimientos dramáticos sucedidos aquella tarde en Roma:

> A las seis y diez de la tarde entrábamos en el Quirinal [se refiere al príncipe heredero y a él mismo, que regresaban de una inspección militar] por la puerta principal y vimos gran número de automóviles aparcados junto a la escalinata. Acompañé al príncipe hasta sus habitaciones y me dijo que, probablemente, regresaríamos a dormir a Anagni, donde tenía su puesto de mando militar. Subí tranquilamente al despacho del maestro de ceremonias. Allí encontré a mi amigo Ascanio Colona, que me comunicó las primeras noticias sobre el armisticio. Todos los ministros estaban con su majestad. Salí al patio y vi llegar al general Puntoni, primer ayudante del capitán general, que no sabía nada sobre el armisticio. Entonces me enteré de que, a las 4.30, Badoglio había solicitado una audiencia inmediata con el rey.
>
> Eran las 6.30 cuando vi salir por la escalinata principal a Badoglio, Sandalli, De Courten, Ambrosio y Guariglia. Pude escuchar que Badoglio marchaba directamente a la EIAR [la radio nacional] para hablar al país, anunciándole el armisticio. Vi a Guariglia agarrarse a la barandilla de la escalinata, con un fajo de cartas en la mano y pálido como un muerto. En aquel momento se me acercó Acquarone, que deseaba ver inmediatamente al príncipe heredero. Corría el rumor de que el rey iba a abdicar... [A. Patacco, *La Segunda Guerra Mundial.*]

A las 19.45 la voz de Badoglio llegaba a todo el país. Italia había firmado el armisticio con los aliados. Después del anuncio hecho por Eisenhower no era posible hacer otra cosa.

Los alemanes quedaron igualmente desconcertados. Cierto que su servicio de espionaje había ya hecho algunas advertencias sobre la posibilidad, pero Berlín no esperaba un anuncio tan precipitado ni tan descarado. Por otra parte, los espías alemanes habían detectado tardíamente la presencia en Roma, durante la noche del 7 de septiembre, del subjefe de la División 82ª aerotransportada norteamericana, general Taylor. Así, atando cabos, dedujeron que si Badoglio se atrevía a anunciar abiertamente al país el armisticio era porque la 82ª División norteamericana iba a intervenir inmediatamente.

La situación en Roma y sus alrededores era compleja. La ciudad estaba en manos italianas y en los alrededores se concentraba el cuerpo del Ejército mandado por Giacomo Carboni, formado por la división de choque Ariete, la acorazada Piave, las motorizadas Granatieri y Centauro. A estas fuerzas hay que añadir la policía de Roma, los carabinieri y algún voluntariado.

Frente a ellos, el mariscal alemán Kesselring disponía de dos divisiones acorazadas, dos motorizadas, una de infantería y el 11° Cuerpo de paracaidistas de Student. La superioridad alemana era manifiesta, no tanto en número de hombres cuanto en capacidad combativa, mandos, blindados, artillería y aviación. Con todo, la supuesta llegada a Roma de la 82ª División aerotransportada USA equilibraba bastante las fuerzas y los alemanes suponían con fundamento que si los aliados lanzaban su 82ª División sobre Roma la apoyarían con abundantes medios aéreos, contrarrestando la superioridad alemana en el aire. Esos temores alemanes no fueron bien explotados por los italianos,

más ocupados en poner tierra por medio que en analizar fríamente la situación y en tomar medidas para conservar la mitad sur de la península.

En la noche del 8 de septiembre comenzaron los combates en las cercanías de Roma, batiéndose bien los soldados italianos y los carabinieri, pero sin poder impedir el progreso de algunas unidades acorazadas alemanas. En la madrugada del día 9, Badoglio, la mayoría de sus ministros, el rey y el príncipe heredero —éste, al parecer, contra su voluntad— decidieron trasladarse a la zona libre del sur, donde no había alemanes y se suponía muy próxima la llegada de los aliados.



Esa tarde, antes de comunicar a Italia la firma del armisticio, Badoglio ordenó a sus ministros que se concentraran en el Ministerio de la Guerra. Allí se les unieron los miembros de la familia real. Se temía, al parecer, un bombardeo de la ciudad por parte de los alemanes, cuyas vanguardias acorazadas trataban de romper las líneas defensivas de la ciudad. Hasta el mismo centro llegaba el fragor de la artillería y, de vez en cuando, se escuchaban las explosiones de las granadas, seguida de derrumbamientos de edificios. Los alemanes habían emplazado algunas baterías en la zona de Lido y tiraban sobre la ribera del puente de La Magliana, que permitía el acceso a la calle del Veinte de Septiembre, una importante arteria de acceso a Roma.

El puente fue tenazmente defendido por la policía colonial, que impidió el paso de la infantería alemana durante aquellas horas de incertidumbre. Pero la pronta reacción nazi supuso un claro mensaje para el Gobierno de Badoglio: Hitler quería Roma a cualquier precio, incluso exponiendo a sus ejércitos a quedar cercados si los aliados enviaban tropas a los alrededores de la capital, aprovechando el apoyo italiano y el reajuste de las líneas alemanas. La firme determinación alema-

na de apoderarse de Roma quedó clara cuando llegó al Ministerio de la Guerra la noticia de que una división acorazada, con base en Bolsena, marchaba hacia la capital.

Ante esta noticia, fue abandonada toda iniciativa de capear el temporal dentro de Roma o de defenderla a ultranza. El general Roatta proponía al Gobierno, reunido en el Ministerio de Defensa, que abandonase Roma junto con el rey. Badoglio le apoyó vigorosamente, quizá aún impresionado por la noticia que días antes recibía del Servicio de Inteligencia militar de que las SS preparaban un complot para asesinarle. Sin duda, en aquella noche todos perdieron los papeles. Los ministros se mostraron partidarios de la inmediata huida y de reunirse en la zona liberada del sur... y debía de hacerse rápidamente, pues los alemanes controlaban las salidas de Roma y era preciso aprovecharse del posible factor sorpresa.

A las 5 de la madrugada, numerosos coches estaban preparados en el patio del Ministerio de la Guerra, rodeado de soldados y de carros de combate, prestos a impedir un posible golpe de mano de los alemanes. Testigos presenciales recordaron a Badoglio inquieto, demudado, hablando entrecortadamente. En ese estado de ánimo, vestido de paisano y sin corbata, estaba muy lejos de parecer aquel orgulloso militar mimado por el fascismo, que le había hecho mariscal de Italia y duque de Addis Abeba. El general Ambrosio cuenta en sus memorias que minutos antes de su partida se acercó a Badoglio y le pidió alguna consigna. Badoglio, nervioso y ausente, respondió: «¡Ah, sí, sí...!», se quedó algunos segundos pensativo y luego dijo: «No, nada... no tengo nada que ordenar ahora.» Salió deprisa hacia un ascensor y entró en su coche, partiendo a toda velocidad tras del rey.

Francesco di Campello, oficial ordenanza del príncipe heredero, narra en su diario la huida de Roma:

[…] A las 5 de la madrugada todos estaban en el patio del Ministerio de la Guerra, con la intención de abandonar Roma por la carretera de Nápoles. Los soberanos habían subido ya a su coche con los ayudantes de campo del rey. En el segundo automóvil iban Badoglio y Valenzano. Después, Acquarone y un coche con los equipajes donde viajaban el camarero del rey y la doncella de la reina. […] En este momento llegó el príncipe —Humberto de Saboya— que me ordenó prepararme para partir. No creo exagerar nada si digo que estaba desesperado por aquella huida y por la confusión general reinante...

—Todos hemos perdido la cabeza esta noche —repetía sin cesar.



A las 5.30 salimos nosotros. A la altura de Campo Verano encontramos, averiado, el coche con el equipaje de sus majestades. Mientras mandaban otro pregunté a su Alteza Real cómo debíamos reaccionar si encontrásemos el camino bloqueado por los alemanes. Me respondió que debíamos dar inmediatamente la vuelta, sin dejarnos atrapar. De nuevo nos pusimos en marcha. El príncipe no decía una palabra, pero de vez en cuando le oía murmurar:

—Dios mío, pero qué ridículo, qué ridículo...

En Tívoli, en el puesto de control italiano, había algunos alemanes. Se cuadraron ante nosotros cuando pasábamos. Pocos kilómetros más adelante alcanzamos a los otros coches. En la autopista de Avezzano hicimos un pequeño alto. Un avión alemán nos sobrevoló. Badoglio comenzó a meter prisa a todo el mundo, asegurando que el aparato estaba buscándonos. Como su coche no funcionase bien, pasó al nuestro. El príncipe continuó delante, junto al conductor; en el asiento trasero Valenzano y yo, entre ambos, Badoglio, que tenía frío y se había puesto sobre su ropa de civil el capote militar del príncipe. Fumaba un

cigarrillo tras otro y yo pensaba que estaba soñando... [A. Patacco].

De la llamada «fuga de Pescara» nadie salió bien parado, incluso Humberto de Saboya, aunque se opusiera a la huida de Roma y que sólo cediera ante las órdenes terminantes de su padre. Para muchos historiadores, había suficientes motivos para que el Gobierno de Badoglio y el rey abandonasen Roma. Caer en manos de los alemanes hubiera sido contraproducente. Para unos hubiera significado la muerte, para otros el cautiverio y para Italia, el mayor de los caos. Lo que nadie disculpa es la forma de marcharse: aturdida, nerviosa, sin un plan coherente de acción, sin una fórmula de Gobierno provisional, mientras se establecía en el sur el de Badoglio; sin un plan para la rendición de las tropas o para la defensa de la ciudad.

De la confusión general reinante es buena muestra que los alemanes no detuvieran aquel importante convoy —que logró atravesar sin oposición alguna varias carreteras bajo su control— y que los italianos abandonaran a sus tropas, sin órdenes claras, sin acuerdo alguno con la cadena de mando.

Roma, *città aperta*

Antes de partir, el Gobierno había juzgado a Roma como indefendible, según el principio adoptado el 14 de agosto, de Roma, *città aperta*. La única disposición dirigida al mando militar fue, al parecer, la emanada de Roatta, jefe del Estado Mayor del Ejército, que ordenó a Carboni concentrar sus tropas en la zona de Tívoli. Esto sucedía a las 5.15 de la madrugada del día 9 de septiembre, es decir, cuando ya los motores de los coches

estaban en marcha para emprender la huida. Pero Carboni, que inspeccionaba los diversos acantonamientos de sus tropas, no pudo ser localizado hasta las 14 horas de ese día.

Entonces ya era tarde para cumplir aquella orden. Al anochecer, el general Student, subordinado al mariscal Kesselring, ofreció a la División Centauro la rendición honrosa de las armas y la garantía de que se dejaría a todos sus componentes en libertad. Creían los alemanes que la Centauro, formada en gran parte por camisas negras, era el eslabón débil de aquel cuerpo de Ejército, pero su jefe, el general Calvi di Bérgolo, lo remitió a la jefatura superior, alegando que estaba por encima de su competencia.



El general Carboni estudió la oferta alemana y respondió que sólo podía aceptar la rendición si se ofrecían las mismas condiciones a todas sus tropas. En este punto surge otra extraña cuestión provocada, sin duda, por el desconcierto y los nervios de aquellos momentos: debió haber negociado con los alemanes el jefe del Estado Mayor del cuerpo de Ejército, coronel Salvi, pero se encargó de la misión al jefe del Estado Mayor de la Centauro, el teniente coronel Giaccone, de treinta y siete años. Era un brillante militar, que había iniciado la guerra en la campaña de Túnez como comandante de un batallón de la División Centauro. A finales de 1942 había ascendido a teniente coronel y en mayo de 1943 había sido destinado a la jefatura de operaciones de Roma. Un mes antes de estos sucesos había retornado a la Centauro como jefe de Estado Mayor de la división.

Giaccone se trasladó inmediatamente al cuartel general de Kesselring, establecido en Frascati. Allí hubo de hacer una antesala de casi 3 horas, durante las que el teniente coronel pudo apreciar el nerviosismo y la preocupación reinante entre los alemanes. Giaccone se dio cuenta de que en la Wehrmacht seguían

temiendo la llegada de la 82ª División norteamericana —cosa ya descartada por el mando italiano desde la noche del día 7— y recelaban, con razón, de verse embotellados en el sur de Roma.

Así, en la larga espera, Giaccone maduró un plan distinto al ordenado por Carboni. Por su propia cuenta, decidió añadir condiciones políticas a las bases técnicas que debía negociar en el cuartel general alemán. En vista de la incertidumbre de los alemanes, se propuso hacer reconocer a Kesselring el estatuto de Roma, *città aperta*, declarado unilateralmente por los italianos el 14 de agosto y, además, condicionar la rendición a las exigencias de Carboni.

Sorprendentemente, Giaccone tuvo éxito en la tentativa después de unas negociaciones extenuantes. A las 3 de la madrugada del día 10 llegaba al cuartel general de Carboni, que aceptó encantado. Aquel éxito lo convertía en padre de la patria, pues no sólo rendía sus tropas en las mejores condiciones, sino que, además, evitaba la ocupación de la ciudad sin necesidad de luchar, sin que sus piedras históricas fuesen removidas por las bombas. Las hostilidades deberían cesar a las 7 de la mañana.

Y mientras el Gobierno corría hacia el sur, el teniente coronel Giaccone cargaba sobre sus espaldas la responsabilidad de entregar cuatro divisiones italianas a los alemanes y procurar asegurar la supervivencia de la ciudad. Poco antes de las 4 de la madrugada del 10 de septiembre el negociador regresaba al cuartel general alemán. Allí le aguardaba a Giaccone la mayor amargura de su vida. Fue recibido por el general Westphal, jefe del Estado Mayor de Kesselring, quien le manifestó que el Alto Mando alemán había cambiado de parecer. Continuaba aceptando la rendición honrosa y el licenciamiento de las tropas una vez entregadas las armas, pero exigía la presencia en Roma de tropas alemanas, es decir, Roma padecería

la ocupación nazi. Le precisó que aquello no era una negociación sino un ultimátum:

> En el caso de que ustedes no lo acepten, a las 16 horas comenzaremos indiscriminadamente el bombardeo de Roma, continuaremos las operaciones militares hasta que las tropas alemanas ocupen totalmente la ciudad y hasta que el último soldado italiano haya depuesto las armas.



Giaccone regresó demudado al puesto de mando de Carboni, al que no halló allí. Al fin, ya casi con el plazo expirado, pudo hablar por teléfono con el general, que rechazó asumir aquella responsabilidad. Acudió entonces al Ministerio de la Guerra y quienes allí se hallaban alegaron no disponer de órdenes para firmar la rendición. Desesperado, firmó él mismo y volvió al cuartel general alemán, justo a tiempo para que fuese cancelada la orden de bombardeo sobre Roma a una escuadrilla que ya estaba en el aire. Eran las 16.30 del 10 de septiembre de 1943. La Ciudad Eterna capitulaba sin lucha.

Posteriormente muchos han querido responsabilizar a Giaccone de la rendición, acusándole de traidor a la patria. Giaccone se ha defendido alegando que nadie quiso firmar aquella rendición, que fue la única manera de impedir la destrucción de Roma y la muerte de parte de sus dos millones de habitantes.

Pero la mejor defensa del militar italiano la hizo, precisamente, el jefe de las fuerzas alemanas en Italia, Kesselring, quien escribía en 1958:

> [...] las negociaciones de la noche entre el 9 y el 10 de septiembre de 1943 tuvieron una importancia determinante

para Roma, por cuanto el teniente coronel Giaccone no sólo representaba a su División Centauro, sino a todas las tropas italianas de los alrededores de Roma.

Si estas negociaciones no hubieran tenido lugar, hubiera proseguido con decisión la batalla, ya en sus comienzos. El resultado de la operación hubiese sido la destrucción de las tropas italianas y, posiblemente, de la ciudad, pues era muy grande nuestra superioridad militar y les faltaba el apoyo aliado. Creo que todo hubiera terminado en un par de días.

Por otra parte, hubiera debido bombardear a las tropas italianas y sus posiciones en la ciudad, con los consiguientes e inevitables daños para la población civil y para la Roma monumental. Como consecuencia, los prisioneros italianos hubieran sido tratados como prisioneros de guerra y la ciudad hubiera sufrido las consecuencias de una rendición de armas.

Las condiciones de rendición conseguidas por Giaccone pueden considerarse inmejorables para unas tropas y una ciudad rendidas. Los soldados, una vez consolidada la situación, fueron desmilitarizados y pudieron regresar a sus casas. Respecto de la ciudad, el reconocimiento por el mariscal Kesselring de Roma, *città aperta*, tuvo como inmediata consecuencia la salida de la urbe de todas las tropas alemanas, incluso de aquellas que habían entrado luchando; además, la seguridad interna de la ciudad quedó en manos de fuerzas italianas, bajo mando italiano.

Hay que añadir, además, que la jefatura militar alemana no tenía importantes motivos para conceder otra cosa que la honrosa rendición de las tropas y su libertad, como contrapartida por su rendición. La condición de Roma, *città aperta*, fue conseguida por Giaccone a base de tesón. De lo contrario, la ciudad hubiera sido inmediatamente ocupada y controlada por los alemanes. El general Calvi, que gozaba de toda nuestra estima, logró posterior-

mente el ordenado y gradual paso del poder de manos italianas a alemanas, con el mínimo daño para la población civil y para la misma ciudad.

Actualmente, ya nadie considera traidor a Giaccone. Por el contrario, muchos piensan que fue el único hombre que tuvo agallas en aquellos momentos para tomar decisiones que no le concernían por su graduación y que le resultaban sumamente penosas, pero que era necesario adoptar. La culpa histórica recae sobre la precipitación aliada al difundir la noticia del armisticio con 4 días de antelación, imposibilitando el desembarco de la 82ª División aerotransportada americana. Y, también, sobre el Gobierno de Badoglio, que no tenía previstas las medidas para tal eventualidad y que no supo encarar hábil y gallardamente la contrariedad del anuncio de Eisenhower.



Armisticio envenenado: el crimen de Cefalonia

Una de las consecuencias de ese cúmulo de desconsideradas decisiones aliadas y de las inconsecuencias del Gobierno Badoglio fue la suerte de los italianos en los lugares donde operaban con alemanes: o se plegaron a sus designios o terminaron en campos de concentración y, en los casos que trataron de impedir su desarme, en tragedia, como sucedió en algunas islas del Dodecaneso, como Corfú, Leros —donde los italianos resistieron valerosamente con ligero apoyo británico— y, sobre todo, Cefalonia, el más conocido de esos desastres.

Antonio Gandin contemplaba la hermosa caída del sol mediterráneo sobre la bahía de Argostoli en aquel quieto atardecer del 8 de septiembre, pero el jefe de la División Acqui no

podía disfrutar del maravilloso espectáculo porque se consumía en la incertidumbre. Había recibido noticias alarmantes y contradictorias de Italia. Esa tarde, el jefe del mando aliado en Europa, general Dwight Eisenhower, había anunciado por radio que Roma había firmado el armisticio de los aliados. ¿Qué significaba eso? ¿Había terminado la guerra? ¿Alemania también capitulaba? ¿Qué debían hacer?

Aquel confuso general italiano, más valiente que decidido, más disciplinado que capaz, se hallaba en una situación verdaderamente complicada. Mandaba la División de infantería Acqui, destacada en Cefalonia, una pequeña isla cerca de la costa griega; uno de los regimientos de la división guarnecía Corfú y en ambas islas los italianos estaban mezclados con guarniciones alemanas. Ya era casi de noche cuando el jefe del Gobierno italiano, Badoglio, difundía un comunicado en el mismo sentido. Más aún, la proclama prometía ayuda aliada a los italianos que combatieran al invasor alemán. Las campanas de las iglesias de la isla comenzaron a repicar. Había llegado la paz. No lo tenía tan claro Antonio Gandin, que se devanaba la cabeza buscando una respuesta: ¿Qué se esperaba de ellos?

El mando del Ejército establecido en Bari, fiel al Gobierno que había firmado el armisticio, le hizo llegar durante la noche un comunicado ambiguo, pero poco después recibió otro, procedente de la jefatura del 11° Ejército destinado en Grecia y al que pertenecía su división, según el cual debían entregar las armas a los alemanes y ponerse a su disposición. Efectuada una consulta a los mandos más allegados, a los sacerdotes castrenses y, sobre todo, a su segundo en el mando, el general Luigi Gherzi, decidió no entregar las armas y ganar tiempo mientras se aclaraba la situación. Su incerti-

dumbre aumentó cuando las unidades de su propia Marina ancladas en Argostoli abandonaron el puerto sin avisar a nadie.

El día 9, por la mañana, invitó a comer al jefe de la guarnición alemana —unos 1.800 hombres pertenecientes a una división de granaderos—, teniente coronel Hans Barge. El alemán no quiere confraternizar con Gandin hasta no conocer sus intenciones, de modo que envió a un teniente con la orden de almorzar educadamente y solicitar la entrega de las armas. Gandin, solo, sin instrucciones ni información sobre lo que estaba pasando en Italia, decidió prolongar su situación y tranquilizar a su colega alemán asegurándole que era imprescindible que se le dieran órdenes claras. A la vez —en gesto pacificador y estúpido— evacuó la posición clave de Kardakata, que controlaba las comunicaciones entre las dos principales poblaciones, Argostoli y Lixuri, y entre el norte y el sur de la isla.



El comandante alemán agradeció el detalle, haciendo ocupar Kardakata de inmediato, pero su conformidad duró poco tiempo. El día 12 exigió a Gandin un posicionamiento claro: o se unía al Eje o se entregaba con sus hombres para ser conducido a un campo de concentración... Si optaba por esperar instrucciones para hacer una cosa u otra, debería entregar previamente las armas. Gandin se mantuvo en sus trece: no haría nada sin órdenes. Barge estaba furioso, pero no disponía de medios para imponerse por la fuerza; por tanto, decidió negociar y solicitó la intervención de su jefe superior, teniente general Hubert Lanz, comandante del 22° Cuerpo de Ejército alemán de montaña destinado en Grecia.

El día 13 de septiembre la artillería antiaérea italiana de Argostoli avistó un hidroavión alemán y abrió fuego contra él. Viajaba en el aparato el general Lanz, que ordenó al piloto amarrar en el extremo sur de la bahía para dirigirse al cuartel

general de Barge, situado en Lixuri. Desde allí, indignado por el ataque, telefoneó al jefe italiano, que le esperaba en su despacho de Argostoli. Le preguntó por qué no había obedecido las órdenes recibidas del 11° Cuerpo de Ejército italiano y Gandin le contestó que las instrucciones resultaban contradictorias. Lanz le replicó que eso podía remediarse de inmediato, pues iba a redactar una orden clara y taxativa conminándole a entregar las armas y, en caso contrario, se atendría a las consecuencias.

En efecto, escribió una nota en papel oficial, la firmó y selló adecuadamente para que no cupiera duda alguna. Por la tarde, la recibió Antonio Gandin:

> 1. Se ordena a la División Acqui, con efecto inmediato, que entregue las armas, excepto el armamento corto de los oficiales, al jefe alemán de la isla, teniente coronel Barge, como ha sido hecho ya por todas las fuerzas del 7° y 24° Cuerpos de Ejército italianos. 2. Si no son depuestas las armas, la Wehrmacht forzará su entrega.

Ante la amenazadora orden, Gandin consultó nuevamente a sus colaboradores y la mayoría propuso resistir. Más aún, varios oficiales que deseaban rendirse fueron fusilados por sus subalternos. Se sentían superiores militarmente en la isla, con una ventaja numérica de 5 a 1; tenían el puerto de Brindisi a 375 km, apenas 10 o 12 horas de navegación, de modo que podían ser reforzados; confiaban en la superioridad aeronaval aliada; advertían, sin lugar a dudas, que el Eje perdería la guerra y todos preferían contarse entre los vencedores. Por último, estaban hartos de soportar a los alemanes, sus aires de superioridad, sus altaneras órdenes y, con frecuencia, su desprecio.

Con todo, Gandin seguía esperando ver más claro y, pretextando dificultades logísticas, ofreció entregar las armas en tres fases, los días 14, 15 y 16 de septiembre. Dando largas a los alemanes, fue él mismo quien perdió un tiempo precioso y, sobre todo, la autoridad ante sus hombres. Cada oficial comenzó a actuar por su cuenta. Aquel mismo 13 de septiembre, el mando alemán envió dos gabarras cargadas de refuerzos y artillería al teniente coronel Barge, pero en cuanto las avistó el capitán Renzo Apolloni, jefe de una batería de costa que defendía Argostoli, disparó contra ellas. Los alemanes respondieron al fuego, con lo cual los artilleros de Apolloni afinaron la puntería y hundieron uno de los barcos y obligaron a rendirse al otro.



A continuación, los alemanes enviaron a negociar a un teniente coronel alemán, acompañado de un capitán italiano. Éste, al entrar en el despacho del general Gandin, preguntó: «¿Estrecho la mano a amigos o a enemigos?»; luego explicó que la infantería y la aviación destinadas a Grecia se habían unido a la Wehrmacht. A continuación, el oficial alemán le comunicó al jefe italiano que, en prueba de buena voluntad, se anulaba la orden de que entregara las armas; bastaba que las tropas italianas se concentraran con todo su equipo en el sureste de la isla a la espera de ser evacuadas. Oferta honorable y tentadora, pero peligrosa: deberían abandonar las piezas navales y se meterían en una zona en la que ni sería fácil reforzarles ni evacuarles. Gandin pidió unas horas para responder. Buena parte de los oficiales le despreció por ello: aquel día hubieran podido forzar la capitulación alemana.

Las dudas del general italiano se disiparon durante la noche: el Estado Mayor del Ejército de Badoglio le ordenó que resistiera las peticiones alemanas. Gandin ya sabía a qué someterse: a

mediodía del 14 de septiembre comunicó al teniente coronel Hans Barge: «La División Acqui no entrega las armas. Al mando superior alemán se le pide una respuesta definitiva antes de las 9 horas de mañana, 15 de septiembre.» Gandin seguía perdiendo tiempo y autoridad y Barge, que ese día, por la mañana, solicitó que se prorrogase el plazo, le daba cuerda, haciéndole confiarse. Aquella tarde, una escuadrilla de bombarderos en picado Ju-87 Stuka se abatió sobre las instalaciones italianas de Argostoli, destruyendo parte de sus equipos antiaéreos.

Aunque los italianos dominaron rápidamente la capital, comenzaron a tener graves problemas en sus comunicaciones por el dominio alemán sobre Kardakata. Además, Barge había sido reforzado por dos batallones de montaña —cuatro, según otras fuentes— y los alemanes podían golpear a los italianos casi impunemente desde el aire y con ataques de infantería, en los que fuertes unidades de la Wehrmacht asaltaban a las pequeñas guarniciones italianas diseminadas por los pueblos de la isla.

Alfred Richter, suboficial de las tropas de montaña recién desembarcadas en Cefalonia, describe en sus memorias la degollina que practicaron los nazis aquellos días: el 21 de septiembre, el 98° Regimiento de Montaña recibió la orden de atacar el pueblo de Diglinata y neutralizar a las dos compañías italianas que la guarnecían, pero apenas hubo lucha. Según Richter, que combatía en otra unidad:

> [...] se dispararon algunos tiros y, enseguida, los italianos agitaron trapos blancos y comenzaron a salir en grupos, corriendo. Pero cuando nosotros llegamos a su altura, los encontramos tirados por el suelo, muertos; todos habían recibido un disparo en la cabeza. Los del 98° los habían matado, aunque ya se habían rendido...

La tragedia había comenzado el 16 de septiembre. Ese día fue destruida Argostoli por los bombardeos de la Luftwaffe y el 17 habían perdido los italianos tantas armas antiaéreas que apenas tenían defensa contra los ataques de los aviones. En vista de su grave situación, Gandin pidió socorro a Brindisi y el contraalmirante Giovanni Galati dispuso que les socorrieran dos torpederos, que cargó de infantería de marina, piezas antiaéreas, municiones y medicinas. Zarparon los dos buques, pero nunca llegaron a su destino: el mando británico los hizo volver porque habían partido sin su permiso; el reglamentarismo y la picajosidad de la Royal Navy impidió un socorro que hubiera podido ser definitivo.

Los italianos combatieron con entusiasmo y en los primeros momentos causaron a los alemanes más de un centenar de bajas, capturaron 850 prisioneros y tomaron sus armas, incluyendo una batería de cañones autopropulsados. Pero cada vez les era más difícil operar debido al continuo castigo aéreo y al control que ejercían los alemanes desde Kardakata. Los días 18 y 21 trató de recuperarlas el 117° Regimiento, pero en la primera fecha fue dispersado por la aviación y, en la segunda, diezmado por los contraataques de la Wehrmacht.

El día 21 los jefes italianos replegaron cuantas fuerzas pudieron reunir a la línea que va desde Faraklata al mar, tratando de guardarse la salida para una posible evacuación, pero ese mismo día los alemanes rebasaron Faraklata por el norte, tomando —como se ha visto— Diglinata y, a mediodía, Frangata. Así lo narra Richter en sus memorias:

> Son las 13 horas y hace un calor infernal; hallamos en un jardín a los servidores de una batería italiana, brutalmente liquidados por los del 98°. Fusilados, acuchillados, con las cabezas

destrozadas por las patadas de las botas de montaña, los soldados de la batería seguían en sus puestos. Debía de haber ocurrido pocos minutos antes. Entre los cuerpos ensangrentados, había uno que aún se quejaba y respiraba. Los ojos de otro estaban por el suelo, junto al cráneo destrozado...

El suboficial Richter cuenta más adelante que se les rindieron dos compañías italianas, que «pensaron haber salvado la vida». Los entregaron al mando, que decidió eliminarlos:

> [...] los llevaron junto al puente... y los fusilaron. Estuvimos 2 horas en el puesto y durante todo el tiempo escuchamos, sin interrupción, los disparos... sus gritos llegaban hasta las casas de los griegos. Incluso médicos y sacerdotes fueron ejecutados. Un grupo de soldados bávaros quiso oponerse, pero un oficial les amenazó con ponerlos a ellos también junto al paredón. Allí se produjo una escena tragicómica: un prisionero salvó la vida subiéndose a una peana y cantando, con bella voz, arias de ópera italiana, mientras sus compañeros eran fusilados.

Entre los caídos en combate, los asesinados en sus posiciones tras rendirse y los fusilados por la tarde, aquel día murió en el pequeño pueblo medio millar de soldados italianos.

La línea italiana de Faraklata fue flanqueada y atacada de revés, por lo que hubo de ser abandonada. La situación de Gandin se hizo desesperada: sus soldados habían sido reducidos al área de Argostoli, carecían de cañones antiaéreos, les quedaban pocas municiones y alimentos... El día 22, por la mañana, reunió a sus últimos oficiales. Se había pasado la tarde del día anterior pidiendo refuerzos y, constatando la inutilidad de sus demandas, en aquel último consejo de guerra, tras escu-

char las diferentes opiniones, decidió que ya sólo cabía rendirse, aunque era consciente de que «nos fusilarán a todos».

Tenía razón. Los oficiales italianos fueron considerados «cabecillas e instigadores de bandidos y partisanos» y fusilados en su mayoría. La gran matanza tuvo lugar entre el 23 y el 24 de septiembre. En esta última fecha, a las 7 de la mañana, fusilaron al general Antonio Gandin. Y, entre ambos días, los alemanes asesinaron a cerca de cuatrocientos jefes y oficiales en una depresión desierta de la isla. En la Hondonada de la Muerte, como dejaría escrito un capellán que fue testigo de aquel espanto:



> [...] cada vez llaman a cuatro, a ocho, a doce. No por el nombre. No tienen listas ni —a medida que matan— se preocupan de anotación alguna que permita, un día, avisar a las pobres familias lejanas... Allí están apostados tres pelotones, de ocho hombres cada uno. Cada pelotón mata a cuatro víctimas con cada descarga. Cada dos ejecutores apuntan a la misma persona, uno al pecho y otro a la cabeza. Todo ejecutado recibe, además, el llamado tiro de gracia en la sien.

Al día siguiente, la prensa del Eje publicó la noticia de que 4.000 italianos se habían rendido, mientras que el resto de la División Acqui había sido aniquilado en combate. En esa misma fecha fueron asesinados siete oficiales italianos heridos, que estaban internados en un hospital. Para ocultar al menos una parte de los asesinatos cometidos, durante la noche del día 27 de septiembre se obligó a dieciséis marineros italianos a cargar los cadáveres de los fusilados en la Hondonada de la Muerte en tres camiones, que hicieron varios viajes hasta el puerto de Argostoli; allí se les embarcaba en unas gabarras que

los arrojaban al mar... Los conductores vivieron para contar que transportaron entre 200 y 300 cadáveres, y que los marineros obligados a realizar el terrible trabajo fueron, también, silenciados con la muerte. Otra forma de ocultar su horrendo crimen fue organizar piras gigantescas, en las que ardían los cadáveres mezclados con olivos, pero eran tantas las víctimas que no había forma de terminar con sus restos, de modo que se les enterró en zanjas, se les arrojó por los acantilados, se les tiró a simas que luego fueron dinamitadas... ¡Qué difícil es eliminar las pruebas de un crimen!

Las investigaciones realizadas en la posguerra arrojan estas escalofriantes cifras de aquella atrocidad nazi. La División Acqui contaba en Cefalonia con unos 12.500 hombres, de ellos 525 jefes y oficiales. Durante los combates del 15 al 22 de septiembre perecieron en la lucha —o asesinados tras rendirse— 1.200 soldados y suboficiales y 65 jefes y oficiales. En los días siguientes fueron ejecutados unos 4.000 soldados y suboficiales y cerca de 350 oficiales. En suma, unos 5.500 muertos y 7.000 supervivientes.

La tragedia se ampliaría el mes siguiente, en que perecieron unos 3.000 italianos más, cuando los barcos que les trasladaban al continente sufrieron sendos naufragios y los alemanes, que ocuparon las lanchas salvavidas, les ametrallaron en el agua para que no pudieran subirse a los botes. Terminada la guerra, de la División Acqui apenas quedaban 4.000 hombres. Los restos de los muertos que pudieron recuperarse fueron incinerados y sus cenizas se llevaron después de la guerra a Bari, depositándolas en el monumento que se erigió en su honor.

Los terroríficos acontecimientos ocurridos en Cefalonia, en septiembre de 1943, eran conocidos. Los supervivientes italianos proporcionaron los detalles. En Nuremberg fue juzgado

y condenado el teniente general Hubert Lanz, jefe del 22º Cuerpo de Ejército de Montaña, mando superior alemán responsable de la bestial conducta de sus tropas en Cefalonia y en Corfú donde se repitió la tragedia a menor escala. Ante los jueces declaró que fue el propio Hitler quien dio la orden de que se ejecutara «como partisanos y bandidos» a todos cuantos fueran capturados y que sólo gracias a la humanidad de los jefes alemanes se salvó la mitad de los prisioneros que no entregaron las armas. Sostuvo el general, cargado de razón:



> [que] no había duda alguna de que el 11º ejército italiano se había rendido. El mando italiano había aceptado la capitulación y enviado la orden también al general Gandin; por eso no veía motivo alguno para que se negara a cumplir esa disposición.

Lanz entendía que, al desobedecer a su mando y al Gobierno fascista, la División Acqui quedaba fuera de las Fuerzas Armadas y sus miembros se convertían en rebeldes y forajidos... Cuando el fiscal le dijo que el rey de Italia había aceptado la dimisión de Mussolini y nombrado jefe de Gobierno a Badoglio y que, por tanto, Antonio Gandin estaba en la legalidad y que los rebeldes eran realmente los que se unieron a la Wehrmacht, quedó perplejo y desconcertado. Hubert Lanz fue condenado a doce años de cárcel el 19 de febrero de 1948. Seis años después estaba en libertad, pese a las cuentas severísimas que, según sus propias palabras, hizo pagar a los vencidos.

Lo que más ha difundido aquel espanto fue la estupenda novela de Louis Bernières, *Captain Corelli's Mandolin*, publicada en 1994, que fue traducida al castellano como *La mandoli-*

na del capitán Corelli, en 1995. No obstante, lo que más ha aireado aquel horror fue la versión cinematográfica de la novela. En ella, el actor norteamericano Nicholas Cage interpreta al capitán Corelli, un oficial de artillería encargado de una de las baterías italianas de costa, y la actriz española Penélope Cruz, a Pelagia, la hermosa y vehemente hija del doctor Iannis, el médico del pueblo donde estaba instalada la batería de Corelli.

Matanza en las Fosas Ardeatinas

De la brutalidad nazi, muy superior a los usos de la guerra en los ejércitos occidentales de la época, es buena muestra lo ocurrido en numerosos pueblos, destruidos como represalia y en los que se produjeron centenares de asesinatos —Boves, Ferrara, Turín, Bolonia, Marzabotto, Civitabella, donde el 18 de junio de 1944, para vengar el asesinato de dos soldados alemanes, la Wehrmacht mató a 212 hombres, mujeres y niños, desde ancianos a recién nacidos, e incendió un centenar de casas...— o en la propia Roma, donde fueron capturados y deportados 2.000 judíos, y donde aún no se ha olvidado el asesinato de 335 personas en las Fosas Ardeatinas.

Al comienzo de la primavera de 1944 los alemanes defendían la línea de Cassino frente a los aliados y ocupaban la mitad norte de Italia, Roma incluida. Las esperanzas de una rápida ocupación aliada de la capital se habían esfumado: nada menos que 7 meses habían transcurrido desde los primeros desembarcos en la península y los aliados seguían atascados en Cassino. No había sido más fructífero el desembarco aliado en Anzio, el 22 de enero de 1944, apenas a 25 km de los suburbios de Roma, donde la cabeza de playa americana llevaba

resistiendo desesperadamente la feroz contraofensiva alemana que pretendía arrojarles al mar. De cualquier forma, era evidente para todos que las acometidas aliadas contra Cassino rechazarían finalmente a la Wehrmacht y que la cabeza de playa de Anzio terminaría por desbordar a los alemanes.

Pero las esperanzas de una liberación a medio plazo consolaba poco a los romanos, que vivían tan pobre como peligrosamente. El racionamiento era duro; el toque de queda, riguroso; la presencia alemana, opresiva; los registros domiciliarios en busca de partisanos o judíos, continuos. La oposición a los ocupantes, al fascismo y a la República Social Italiana tenía en los comunistas su principal fuerza de choque, tanto en las guerrillas campesinas como en los grupos de acción urbana. En febrero de 1944 una de las agrupaciones comunistas que operaba en Roma, denominada Comitato di Liberazione Nacionale (CLN) decidió realizar un atentado el 23 de marzo, con la intención tanto de fastidiar a los fascistas —que en esa fecha celebraban su aniversario fundacional— como de señalar su presencia y postularse en el reparto del poder cuando Italia estuviera libre de alemanes.



A mediodía del 23 de marzo de 1944 un comando comunista colocó una bomba en un carro de basura situado en Via Rasella, que hizo explosión a las 15.30 horas, cuando pasaba por el lugar una columna de reservistas alemanes, reclutados en el Alto Adigio, que ejercían funciones de vigilancia en edificios oficiales. El atentado produjo 33 muertos. Desde Alemania llegó a Roma la orden de Hitler de fusilar a 50 italianos por cada alemán muerto.

La magnitud de la represalia horrorizó a los propios jefes alemanes, que lograron reducir la venganza a 10 italianos por cada muerto en Via Rasella. La orden de ejecutar a 330 italia-

nos le llegó al coronel Kappel, que para reunir el número necesario de víctimas sacó de las cárceles de Roma a todo tipo de detenidos.

El 24 de marzo, a media tarde, comenzaron las ejecuciones en las Fosas Ardeatinas, unas cuevas de los alrededores de la ciudad. El oficial que llevaba la contabilidad era el capitán Erich Priebke, que extremó su celo mandando a la muerte a 335 hombres, cinco más de los que figuraban en la orden.

Priebke fue juzgado y condenado después de la guerra, pero en 1977 logró escapar. En manos, nuevamente, de la Justicia italiana fue juzgado en 1996. Su defensa se basó en el cumplimiento de las órdenes recibidas, pues de lo contrario él mismo hubiera podido ser ejecutado, y descargó la responsabilidad sobre los comunistas autores del atentado. Esa incriminación de los partisanos comunistas desató toda una campaña de prensa, que puso de actualidad la guerra civil que vivió Italia desde el verano de 1943 hasta el final de la contienda. El tribunal le encontró culpable, pero no lo condenó a pena alguna por haber transcurrido más de 30 años desde aquella atrocidad (realmente 52) y por la avanzada edad, 82 años, del acusado. La decisión provocó un escándalo mayúsculo y el Tribunal Supremo ordenó que se celebrara un nuevo proceso. Volvió a ser hallado culpable, pero dado el tiempo transcurrido y la vejez del celoso verdugo de las Fosas Ardeatinas, fue condenado a reclusión perpetua en su propio domicilio, que estableció en el Monasterio de San Buenaventura.



Capítulo VI

Los dientes del lobo

Pocas horas después de conocer el desembarco aliado y la consolidación de las primeras cabezas de playa en Normandía, Stalin declaraba:

> Es evidente que el desembarco, concebido a una escala grandiosa, ha sido un éxito total. Mis colegas y yo no podemos dejar de reconocer que la historia bélica no contempla ninguna empresa similar desde el punto de vista de su magnitud, su inmensa concepción y su magistral ejecución. Como es bien sabido, en su momento, el plan de Napoleón de atravesar el canal de la Mancha por la fuerza sufrió un fracaso ignominioso. El histérico Hitler, después de jactarse durante 2 años de que lo atravesaría por la fuerza, fue incapaz de decidirse siquiera a insinuar que intentaría poner en práctica su amenaza. Sólo nuestros aliados han conseguido realizar, con buenos resultados, el plan grandioso de atravesar el canal por la fuerza. La Historia registrará esta hazaña como un gran éxito.

Simultáneamente, Hitler reaccionó ante los desembarcos del 6 de junio con el atrevimiento de la ignorancia: «Las noticias no pueden ser mejores. Mientras estaban en Inglaterra, no podíamos hacerles nada. ¡Pero ahora los tenemos en un sitio en que los podemos aniquilar...!» Y, dirigiéndose a Göring, dijo: «Han desembarcado aquí y aquí, ¡exactamente donde esperábamos!»

Aunque las fuerzas del III Reich eran aún formidables y su tecnología armamentística descubría cada día nuevos ingenios, en los que confiaba su recuperación militar, en la primavera de 1944 era difícil creer en la reacción alemana. Sus tropas se batían a la defensiva en todos los frentes, agotando sus reservas, mientras los ejércitos aliados crecían en número, poder y eficacia. Eso era especialmente evidente en el inmenso frente ruso, donde las tropas de Stalin proseguían su avance hacia el oeste y acababan de recuperar la península de Crimea. La debilidad de la Wehrmacht en la URSS permitió que los aliados presionaran a Turquía para que se integrara en su bando, suspendiendo sus exportaciones de cromo a Alemania.



En Italia, la situación era más equilibrada. El mariscal alemán Kesselring había reducido la velocidad del avance aliado a la marcha de un caracol, pero carecía de reservas humanas y materiales, por lo que la evacuación alemana de Roma parecía cuestión de semanas.

Pero lo más preocupante para Berlín era la amenaza que llegaba del Reino Unido. El primer aviso que tuvo Alemania procedía de su embajada en Ankara y la información era tan llamativa que suscitó una reunión al máximo nivel. El ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, y el jefe de la Gestapo, Ernst Kaltenbrunner, examinaron cuidadosamente las fotografías contenidas en la carpeta remitida por el embajador Franz von Papen. Se trataba de documentos secretos enviados por el Ministerio de Exteriores británico a su embajador en Ankara, quien debía utilizarlos para convencer al Gobierno turco de que declarase la guerra a Alemania. El reducido grupo de políticos, diplomáticos y agentes de la Abwehr estaba asombrado: allí se anunciaba la apertura del segundo frente aliado y citaba el nombre en clave de la operación: Overlord.

—¿Quién ha entregado estas fotografías a nuestra embajada en Ankara?

—Un misterioso personaje, cuyo nombre clave es Cicerón. Al parecer está infiltrado en la embajada británica en Ankara, en la que trabaja como mayordomo —respondió el diplomático que había servido de correo.

—¿Qué grado de confianza merecen sus informaciones hasta ahora?

—Absoluta. Los documentos que nos entregó en anteriores remesas dijeron que los ingleses bombardearían los pozos petrolíferos de Ploesti y el bombardeo se produjo. Sus informaciones nos permitieron impedir que Turquía se uniera a los aliados. Más aún, sus documentos sobre la Conferencia de Teherán han podido comprobarse por otras fuentes. Fue absolutamente preciso también al anunciar el desembarco norteamericano en Anzio.

—¿Desde cuándo aparece el nombre de Overlord en los documentos?

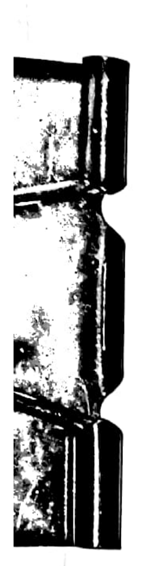
—Desde el otoño de 1943, poco antes de la Conferencia de Teherán, pero hasta ahora no se sabía que se trataba del asalto a la Muralla del Atlántico ni que el jefe supremo sería el general Eisenhower... Seguimos, sin embargo, sin saber la fecha ni el lugar preciso del ataque.

—¿Podremos tener más información?

—Probablemente, no. Cicerón ha roto el contacto, asustado por una deserción entre nuestro personal auxiliar. [*La Aventura de la Historia*, núm. 68, junio de 2004.]

Alemania ignoró la sensacional revelación, que hubiera podido causar graves quebrantos a los aliados. El espionaje alemán, que funcionó mal durante toda la guerra, alcanzó en este momento el colmo de su incompetencia. Si Cicerón había dado

el primer aviso sobre Overlord, a lo largo de toda la primavera de 1944 se multiplicaron los indicios de que se estaba preparando un enorme desembarco en algún lugar de la Muralla del Atlántico. Los servicios secretos alemanes detectaban la concentración de miles de hombres, buques y medios de combate en las islas. A la vez, las ciudades alemanas se derrumbaban ante el martilleo de la aviación anglonorteamericana, que reponía con asombrosa rapidez sus importantes pérdidas y atacaba cada vez con mayor frecuencia y medios: en los cinco primeros meses de 1944, realizaron 102 incursiones de importancia, con más de 15.000 aparatos. Las bombas causaron decenas de millares de víctimas, convirtieron las ciudades alemanas en pirámides de escombros, y las comunicaciones, en un caos. La producción de combustible ya era inferior al consumo y, aunque se mantenía la fabricación de armamento, se advertían fallos en su calidad y, sobre todo, en los suministros al frente.



Una papeleta para Rommel

Con todo, Hitler aún alimentaba esperanzas de victoria. Argumentaba que los aliados, aparte de estar divididos y de tener complicaciones para vertebrar un mando conjunto, temerían mucho emplear todas sus fuerzas en un arriesgado desembarco, atravesando el canal de la Mancha, porque si fallaban —y ya habían fracasado, en 1942, en Dieppe— tardarían años en reunir los medios para un nuevo ataque.

Pero Hitler se negaba a reconocer que sus fuerzas a lo largo de la fachada atlántica europea estaban mucho más divididas y descoyuntadas que las de sus enemigos. Contaba para la defensa de Francia, Bélgica y Holanda con los grupos de

Ejércitos B y G, con 58 divisiones (40 de infantería, 9 blindadas y 9 mecanizadas o aerotransportadas), pero la mayoría de ellas estaba falta de efectivos, de modo que muchos especialistas rebajan su potencia real a 35 divisiones o menos, contando que muchos soldados alemanes eran reservistas de hasta cuarenta años y que había allí soldados de otras nacionalidades, de dudosa capacidad combativa.

Peor era la situación del mando. El veterano mariscal Rundstedt dirigía ese conjunto de fuerzas, pero, según declararía al final de la guerra, «la única autoridad que poseía como comandante en jefe en el oeste era la de ordenar el cambio de centinela que estaba a mi puerta». Algo había de verdad en su hipérbole. Hitler, incapaz de analizar hasta el final las consecuencias de un planteamiento estratégico y de confiar plenamente en nadie, había atomizado el mando. Rundstedt, ni creía en la Muralla del Atlántico ni disponía de medios para hacerla eficaz, por lo que pensaba contrarrestar la invasión en el interior, cuando estuviera claramente localizada y lejos de la protección de la flota.

Cuando Rommel inspeccionó la Muralla del Atlántico, en noviembre de 1943, quedó consternado: en 1.000 km de costa, desde el Somme hasta el Loira sólo existían 37 cañones de 210 mm o mayores; las defensas sólo eran serias en los puertos y en unos pocos lugares de la costa. Había centenares de kilómetros sin fortificación alguna. La disparatada política defensiva organizada por Hitler quedaba al descubierto: en el lugar más vulnerable de su territorio, la Muralla era poco más que propaganda; sin embargo, en los fiordos noruegos de Narvik-Hastad y Bergen, menos de 400 km a defender, había emplazado 114 baterías, que contaban con cerca de cien cañones de 210 a 406 mm y de otros tantos de 105, 125 y 150 mm.

En diciembre Rommel entregó su informe a Hitler y expuso su teoría de que el enemigo debería ser frenado en la costa, porque la superioridad de la aviación aliada impediría concentraciones alemanas suficientes para eliminar una sólida cabeza de puente: había que rechazar a los invasores cuando estuvieran en el agua. Y argumentaba: «Vale más una división blindada el día J que tres divisiones blindadas el día J+3.» Rommel recibió el mando del Grupo de Ejércitos B, en enero de 1944, y se dedicó a fortificar la costa, pero tropezó con escasez de tiempo y de medios y, sobre todo, careció del apoyo decidido de Hitler, del OKW, de Rundstedt, de la Kriegsmarine y de la Luftwaffe.

En su sector había seis divisiones blindadas, pero sólo pudo disponer de tres de ellas, pues las otras pertenecían a las Waffen SS y se le prohibió emplearlas sin el permiso expreso de Hitler.

Tampoco se le hizo caso cuando solicitó que se utilizara las V-1 para atacar las concentraciones de barcos y tropas en los puertos de partida. Hitler —que ordenó los lanzamientos a partir del 13 de junio— quería utilizar aquellos artefactos, en los que tantas esperanzas depositaba, para destruir Londres, no para frenar la invasión.

Según el vicealmirante Friedrich Ruge, representante naval en el cuartel general de Rommel, el mariscal pidió inútilmente a la Marina que minase la bahía del Sena con minas de costa, con minas de fondo y con minas de cable —magnéticas y acústicas— y solicitó, igualmente en vano, que se lanzasen desde el aire las «nuevas minas de dosis de presión, no evacuables, a ambos lados de la isla de Wight»... Se da la circunstancia de que más de la mitad de las fuerzas de invasión atravesaron esa zona en su ruta hacia Normandía.

La Marina controlaba parte de la artillería de la Muralla y la había emplazado como si estuvieran en un buque: en general, estaba mal colocada, mal camuflada y no desenfilada del tiro directo de los barcos enemigos. Rommel no logró que se cambiaran los emplazamientos ni la mentalidad y, en muchos casos, tampoco hubiera tenido tiempo para hacerlo.

El mariscal, que había utilizado los cañones antiaéreos de 88 mm como anticarro con notable éxito en África, intentó emplazar gran cantidad de ellos en los caminos de penetración de los tanques aliados, pero muchos pertenecían a la defensa antiaérea y Göring se obstinó en acapararlos, utilizándolos a veces en la defensa de instalaciones administrativas. Lo mismo ocurrió con ocho divisiones de paracaidistas y aerotransportadas.



Y, por supuesto, los refuerzos aéreos tampoco llegaron, registrándose un promedio de 500 misiones alemanas por 20.000 aliadas en la primera semana de la invasión.

Es bien conocido que a aquellas alturas poco más podía hacer la Luftwaffe, pero eso ocurría por culpa de Hitler, de su ciega locura vengativa. Stephen E. Ambrose, historiador norteamericano y uno de los grandes especialistas en la batalla de Normandía (es presidente del National D-Day Museum y director del Eisenhower Center), en su libro *El día* D recuerda que en abril de 1944 Messerschmitt disponía de 120 aviones a reacción del modelo Me-262 y que en junio hubieran podido ser hasta 400 o 500. Aquel avión, con su velocidad de 840 km/h y su cañón de 30 mm, era infinitamente superior a cuanto los aliados podían oponerle. La mejor prueba es la actuación de un escuadrón de Me-262 el 18 de marzo de 1945: atacó una formación de 1.250 bombarderos B-17, escoltados por cerca de un millar de cazas, derribando veinticinco bombarderos y cinco cazas sin perder ni uno solo de sus veintiún aparatos.

Pero no hubo Me-262 en Normandía, donde quince escuadrones de este aparato hubieran podido causar bajas aterradoras a los aliados. Y no los hubo porque Hitler ordenó en abril de 1944 que no se construyera aquel caza, sino que se convirtiera en bombardero para atacar Londres. Hay una reconstrucción de aquella absurda reunión:

—¿Caza a reacción? Yo creía que el 262 era un bombardero de alta velocidad...

—Por el momento sólo se fabrica como caza —replicó el mariscal Milch.

—Entre los Me-262 ya fabricados, ¿cuántos pueden llevar bombas?

—¡Ninguno, *mein Führer!* El Me-262 se fabrica exclusivamente como avión de caza.

Tras un espeso silencio, con Hitler echando fuego por los ojos,el mariscal Milch logró explicar que técnicamente no habían hallado una solución, pues para llevar bombas de una tonelada las estructuras del aparato deberían ser muy reforzadas y, en ese caso, se anularían todas sus virtudes Hitler perdió los estribos y comenzó a gritar enloquecido:

—¡Da igual! ¡Sólo necesito bombas de 250 kg! —luego argumentó que si tan rápido era el aparato, no necesitaría ni protección ni armamento, ni munición...

—¿Cuánto pesa todo eso?

—Más de 500 kg.

—Pues que lo quiten todo —concluyó triunfante Hitler y, luego, amenazadoramente—: ¿Es que nadie escucha lo que le

digo? Ordeno ahora con toda claridad, sin la más leve duda, que el avión debe ser un caza-bombardero.

Alguien dijo que quitando ese peso, la conversión se haría sin dificultad, pero sólo trataba de complacer a Hitler. Messerschmitt no pudo satisfacer aquellos deseos, pues no sólo era cuestión de peso: todos los trabajos realizados contaban con coraza, armas y municiones para equilibrar el aparato. Sin tales elementos, el avión no funcionaría.

Cuando ya estaba derrotada, en el último semestre de la guerra, Alemania dispuso de un millar de estos aparatos, pero nunca consiguió que fuese operativo más de un centenar.

De enero a junio de 1944, Rommel se multiplicó para avivar la actividad fortificadora y convencer de sus tesis a Hitler, a su Estado Mayor, a Rundstedt y al general Leo Geyr von Schweppenburg, que tenía el mando directo sobre las divisiones acorazadas que Rommel pretendía acercar al canal. No tuvo éxito. Tampoco logró mejorar la calidad de las tropas que guarnecían el sector... Por lo que se afanó en lo que, al menos parcialmente, sí estaba en sus manos: llenar de obstáculos y trampas la costa.

Como el ataque debería realizarse con marea alta o media, para que hombres y equipos estuvieran a salvo de la subida, Rommel diseñó unos obstáculos que denominó «puertas belgas», para impedir el acceso a las playas de las gabarras de desembarco. Tras ellas, ancló tetraedros de acero, destinados a actuar como abrelatas en los cascos de las barcas y, al tresbolillo, plantó en el suelo viguetas de acero, armadas con una mina que estallaría si un barco tocaba el explosivo o su anclaje.

Quienes alcanzasen las playas después de rebasar esa serie de trampas serían batidos por salvas de cohetes, destrozados

por las minas, segados por el fuego cruzado de las ametralladoras o incendiados como teas cuando se abrieran ciertas compuertas donde se había almacenado petróleo... Los que lograran escapar de esas trampas, de los laberintos de alambre de espino y de los fosos y pudiesen llegar a las dunas, entrarían en campos minados y serían batidos de flanco por ametralladoras emplazadas en nidos de hormigón.

Las salidas de las playas fueron bloqueadas por obstáculos anticarro, fosos, minas y barricadas, protegidos por los pocos cañones de 88 mm que pudo conseguir. Las calles de los pueblos-balneario en la costa estaban cortadas por alambradas y trincheras y los soldados montaron sus posiciones para batir a todo enemigo que se dispusiera a franquearlas... El mariscal sometió a sus soldados a un trabajo agotador:

> Prohíbo todo ejercicio de desfile y exijo que ni un minuto sea consagrado a otra cosa que no sean las defensas accesorias de la costa. Porque será en la costa donde se jugará la suerte de la invasión y ello en las primeras 24 horas.

Los aliados tuvieron la fortuna de que «los espárragos» de Rommel —como bautizaron sus hombres a los miles de estacas y postes de acero con una mina acoplada en su extremo superior— no alcanzasen la densidad planeada por el mariscal. Le faltó acero, minas (en su defecto, sus artificieros emplearon millares de proyectiles de artillería capturados a los franceses en 1940), lanzacohetes, cañones anticarro y, sobre todo, no obtuvo la utilización inmediata de las divisiones acorazadas disponibles.

Un simple general de dos estrellas

Al otro lado del canal tenían otro tipo de problemas. En 1942, el general Marshall, asesor del presidente norteamericano Roosevelt, había impuesto sus ideas sobre quienes opinaban que, primero, había que vencer a Japón y luego ocuparse de Alemania. Marshall consideraba peligroso abandonar Europa: si la URSS capitulaba, Hitler sería invulnerable. Por eso Washington ayudó a Stalin con ingentes cantidades de armas y material, se implicó en los desembarcos del norte de África y de Italia y, finalmente, por el mismo motivo, iba a asaltar la fortaleza continental de Hitler.

Marshall se encargó de canalizar el esfuerzo norteamericano en Europa y del nombramiento del coordinador militar: un jefe de cincuenta y dos años que no había combatido en la Gran Guerra y que lo más que había mandado era un batallón de infantería: el general de dos estrellas Dwight D. Eisenhower, Ike. ¿Por qué un militar tan modesto había merecido tal designación?

El jefe del Estado Mayor británico, lord Alan Brooke, escribiría sobre él:

> [...] Consumado maestro en la forma de tratar a sus aliados, es totalmente imparcial y por ello goza de la confianza de todos. Personalidad llena de encanto, excelente coordinador, pero no un auténtico comandante.

Alan Brooke, como Montgomery o Patton, subestimaba las virtudes que reconocían en Ike; creían que un comandante en jefe debía ser, sobre todo, un rayo de la guerra. A Marshall, por el contrario, le preocupaba el ensamblaje inte-

raliado, imposible de haber recaído la jefatura en alguien sin la paciencia, firmeza, tacto, rectitud y capacidad de coordinación que demostró Eisenhower. No era un Napoleón, pero asimilaba las ideas tácticas y solía intuir rápidamente cuáles eran las mejores propuestas. Tenía una voluntad de hierro y lograba imponer su fuerte personalidad. En una ocasión le preguntó a Montgomery, la gran *vedette* del generalato británico:

—¿Es que usted nunca obedece las órdenes?

Montgomery, fiel a su difícil carácter, replicó:

—Si no me agradan, ando todo lo lejos que puedo por el camino de la desobediencia y trato de imponer mi punto de vista. Sin embargo, si no lo consigo, termino sometiéndome.



Se sometió, lo mismo que De Gaulle y Patton. Tras la guerra, Montgomery escribiría a Eisenhower:

> Yo no soy un subordinado cómodo, me gusta actuar a mi manera, pero usted me ha mantenido en la buena vía durante un período difícil y tormentoso y me ha enseñado mucho.

Tras la victoria en África y el desembarco en Italia, los aliados estimaron que el Eje había sido debilitado, a la par que sus propias fuerzas habían ganado poder y experiencia, por tanto, estaban en disposición de asaltar la Muralla del Atlántico de Hitler. La fecha provisional decidida fue el 1 de mayo de 1944.

Para elegir el lugar procedieron con un método similar al empleado por Rommel: descartaron el paso de Calais, por sus fuertes defensas y sus malos accesos hacia el interior de Francia, y el norte de la península de Cotentin por miedo a quedar atrapados en ella. Eligieron el sector de Caen, porque allí las defensas alemanas eran débiles, las playas, buenas y el terreno, adecuado para abrir aeropuertos de campaña.

La Operación Overlord fue aprobada en la Conferencia de Quebec, el 20 de octubre de 1943. Su faceta naval, la Operación Neptuno, se puso en marcha inmediatamente bajo el mando del almirante británico Ramsay, que había empezado los preparativos 2 años antes. Se habían diseñado al menos siete tipos de lanchas de desembarco y se construyeron más de 20.000; se inventaron muelles artificiales que harían las veces de puertos —los famosos *mulberrys*—; se fabricaron carros anfibios; se reunieron más de 80 buques viejos para hundirlos y que sirvieran de rompeolas; se aprestaron más de 7.000 barcos de transporte y de guerra.

A comienzos de 1944, Eisenhower y Montgomery dispusieron que efectuarían el desembarco cinco divisiones de infantería, tres de paracaidistas y aerotransportadas, con dos de reserva, lo que rebasaba los cálculos iniciales y los preparativos efectuados, por lo que la fecha del 1 de mayo se pospuso al 1 de junio.

Para ser conscientes del inmenso esfuerzo desplegado en los preparativos del desembarco, calíbrense estas cifras: a finales de 1942 había en las islas Británicas unos 250.000 soldados norteamericanos; en mayo de 1944 su número ascendía a 1.500.000. En el primer semestre de 1944 Roosevelt envió al Reino Unido más de nueve millones de toneladas de armas, alimentos y material de todo tipo; y desde Overlord hasta el final de la contienda, doce millones de toneladas más...

Esos esfuerzos recayeron, fundamentalmente, sobre la Marina, pero también las Fuerzas Aéreas estaban desplegando una actividad ímproba. En Overlord participarían trasladando tres divisiones, brindando cobertura de caza y bombardeando las defensas alemanas. Pero en los 6 meses anteriores al desembarco sufrieron fuertes bajas para obtener información sobre la

zona de desembarco y, a la vez, desorientar a los alemanes. Desde enero, por cada reconocimiento aéreo que efectuaron en la bahía del Sena, realizaron dos sobre la región de Calais y otro más en las costas belga y holandesa. Muchos de ellos no regresaron, sobre todo los que sobrevolaban —en puro ejercicio de desinformación— la zona de Calais.

Dos días después de la invasión, los oficiales del Estado Mayor de la División Panzer Hitlerjugend pudieron examinar la documentación hallada en un blindado canadiense destruido aquella mañana.

> Quedamos estupefactos al ver aquella exactitud —dijeron tras examinarla—. Los puntos fortificados estaban todos perfectamente indicados, con la lista de las armas que los defendían, incluidas las ametralladoras ligeras y los morteros. Nos sentimos descorazonados porque nuestro contraespionaje no hubiera impedido una cosa así.

Aparte de esa aviación, manejada directamente por Ike, los aliados contaban con los bombarderos estratégicos: los norteamericanos, a las órdenes del general Spaatz, actuaban, en ataques de precisión durante el día, contra la industria petrolífera y militar; los británicos, al mando del mariscal Harris, bombardeaban por la noche y se ocupaban de aplastar Alemania: ciudades, industrias, nudos de comunicaciones... todo.

Como ninguno de los dos quería cederle sus aviones para destruir las comunicaciones francesas, Ike apeló a Churchill y a Roosevelt y obtuvo los aviones. Los bombardeos sobre la red de comunicaciones comenzaron en marzo y, a finales de mayo, habían lanzado 66.000 toneladas de bombas, que redujeron el tráfico ferroviario en Bretaña y Normandía al 13 por ciento,

y en el resto de Francia, a un 50 por ciento. A comienzos de junio, de veinticuatro puentes existentes entre París y El Havre, 16 estaban destruidos y 5 impracticables para el tráfico pesado. Quince grandes estaciones de maniobras y cincuenta depósitos de locomotoras habían sido calcinados. Todos los aeropuertos de Francia situados a una distancia inferior a los 200 km de la costa habían sido bombardeados y se hallaban a un 25 por ciento de su capacidad de funcionamiento... En palabras de Churchill, se había creado «un desierto aéreo alrededor de las tropas germanas en Normandía.»

El precio fue alto: no menos de cien mil franceses perdieron la vida, fueron heridos o quedaron arruinados en aquellos bombardeos. Pero para el mando aliado había valido la pena: una división acorazada alemana, que hubiera podido llegar a las playas de desembarco en 12 horas, tardó 4 días en entrar en combate... Respecto a la aviación alemana, esos ataques la borraron del cielo y del suelo. Entre las tropas alemanas corría este chiste: «Si ves un avión blanco, es americano; si ves uno negro, es inglés, y si no ves nada, es la Luftwaffe.»

Corazón herido

El 4 de junio hacía un tiempo de perros. A las 6.30 de la mañana, Rommel desayunaba con sus colaboradores en su cuartel general de La Roche-Guyon, no lejos de París. Analizaron los últimos informes sobre la marcha de los trabajos de fortificación, debatieron los argumentos que el mariscal debería desplegar ante Hitler para que le permitiera acercar a la costa las divisiones acorazadas Hitlerjugend y Lehr, y charlaron sobre la fecha de la invasión que, según el jefe del Estado

Mayor, Speidel: «Está muy próxima, pero hoy domingo, con este tiempo, no va a ser.»

Amanecía. Rommel se levantó de la mesa y todos le siguieron hasta el jardín. A la puerta del castillo le esperaba Daniel, su chófer, junto al gran Horch negro. En el asiento trasero se acomodaron el coronel Von Tempelhof y el capitán Lang, que le acompañarían hasta Alemania, mientras el mariscal se colocó delante, junto al conductor, retirando una caja de cartón para poder sentarse. Luego, mientras el gran automóvil se ponía en marcha, abrió la caja y contempló complacido un par de zapatos grises, hechos a mano, que había comprado para su esposa Lucy. En vista del mal tiempo anunciado por los meteorólogos, el mariscal había decidido viajar hasta su casa para celebrar, el 6 de junio, el cumpleaños de su mujer y, de paso, trataría de ver a Hitler.



A esas horas, Eisenhower se dormía, agotado después de posponer 24 horas la invasión. La tensión había sido terrible durante todo el día. Los meteorólogos no podían garantizar el buen tiempo imprescindible. Lo mismo ocurrió durante el domingo 4 de junio, pero a primeras horas de la madrugada del día 5 los especialistas se atrevieron a diagnosticar: «Las altas presiones en las Azores protegéran nuestra región.»

Eisenhower reunió a los diversos comandantes en su cuartel general para que expusieran su opinión. Tedder, jefe de la aviación, temía que la falta de visibilidad redujera la eficacia aérea. «Creo que debemos empezar», opinó Montgomery, aun estimando los problemas. Eisenhower, sumergiendo la cabeza entre sus manos, reflexionó unos minutos. Luego, con angustia, como si le faltara el aire, dijo: «Estoy convencido de que debemos dar la orden... No me gusta esto, pero me parece que no somos nosotros los que debemos elegir.»

Eran las 4.15 de la madrugada del 5 de junio. Las tropas se pusieron en marcha hacia los lugares de embarque; los buques que se hallaban en los puertos más alejados del canal emprendieron la navegación. Montgomery lanzó un mensaje a los millares de hombres que iniciaban la mayor operación anfibia de la Historia:«Con las almas fuertes y el corazón lleno de entusiasmo, marchemos a la victoria.»

Durante el día 5 de junio se hicieron a la mar 5.339 buques de todo tipo. Los mercantes sumaban 4.126; los transportes de tropas y blindados, 835; los de guerra, 378, entre ellos 9 acorazados, 23 cruceros y 346 destructores o buques más pequeños. La concentración de la flota se efectuó la tarde del lunes 5 de junio al sur de la isla de Wight, y al anochecer, formada en diez columnas, comenzó a navegar hacia su objetivo.

Los 160 km que separan la isla de Wight de las playas de Normandía fueron los más largos de la vida de los expedicionarios. El almirante francés Lemonier, que mandaba el crucero *Montcalm*, escribía en su puente de mando:

> [...] Navegamos sólo a 6 nudos [apenas 19 km/h]. Los dragaminas no avanzan. ¿Habrán encontrado minas? ¿Impedirá su trabajo la marejada?... Hay que detenerse sin cesar; sólo avanzamos a saltos, atentos siempre a seguir en el estrecho canal —marcado por los dragaminas—. No es éste el momento de ser barridos estúpidamente por una mina...

Mientras tanto, los alemanes del paso de Calais, dependientes del 152 Ejército —el ala derecha de Rommel—, también velaban en tensa espera. Esa tarde, sus radioescuchas habían captado en la BBC la segunda estrofa de la *Chanson*

d'automne de Paul Verlaine: «*Blessent mon coeur / d'une langueur / monotone*» [Hieren mi corazón/ con una languidez / monótona].

Los espías infiltrados por la Wehrmacht en la resistencia francesa habían logrado saber que la BBC, junto con otros versos, emitiría los tres primeros del citado poema de Verlaine: «*Les songlots longs / des violons / de l'automne.*» [Los largos sollozos / de los violines / del otoño], para avisar a la Resistencia francesa de que debía estar alerta, pues la invasión estaba próxima. Cuando se radiasen los tres versos siguientes debía prepararse para la acción: el desembarco sería inmediato.

Aquella tarde del lunes 5 de junio el jefe del Estado Mayor del 15° Ejército alemán, Hofmann, jugaba al bridge, pero no pudo terminar su partida. En la habitación entró muy emocionado el teniente coronel Meyer:



> Mi general, nuestros escuchas acaban de captar la segunda parte de los versos de Verlaine. Si nuestros servicios secretos están en lo cierto, la invasión se producirá en el plazo de 48 horas.

El jefe del 15° Ejército, general Von Salmuth, ordenó que todas sus unidades entrasen inmediatamente en estado de alerta. El teniente coronel Meyer se ocupó, también, de informar a Berlín, al cuartel general de Rundstedt, en París, y al Estado Mayor de Rommel, bajo la responsabilidad del general Speidel. Ni Hitler, ni Rundstedt, ni Speidel se lo tomaron en serio. Aquella noche del 5 al 6 de junio sólo velaba un ejército alemán, el 15°, que no iba a ser atacado. A nadie se le ocurrió avisar a Dollmann, general en jefe del 7° Ejército —el ala izquierda de Rommel—, sobre cuyas divisiones 352 y 716

iban a sonar las trompetas del juicio final en la madrugada siguiente... Pero antes sería violentamente despertada su División 91, situada en el istmo de la península de Cotentin.

Ningún oficial del 7° Ejército alemán olvidaría jamás la noche del 5 al 6 de junio. La casualidad hizo que la mayoría de las divisiones estacionadas en la península de Cotentin y frente a la bahía del Sena careciera aquella noche de sus jefes, pues se hallaban en Rennes, donde al día siguiente se celebraría un ejercicio teórico titulado «Desembarco de los anglo-americanos precedido de un asalto de tropas lanzadas en paracaídas....».

Cuando esa noche fueron lanzados en paracaídas y planeadores 18.000 británicos y norteamericanos al oeste de Cotentin y al noroeste de Caen, con la misión de asegurar puentes y comunicaciones, destruir emplazamientos de artillería naval y de provocar cuantas perturbaciones pudiesen en la retaguardia alemana, la sorpresa que causaron fue enorme y la confusión resultó incluso muy superior a los mejores cálculos aliados. El cuartel general de Rundstedt, en París, no podía creer la lluvia de paracaidistas que denunciaban los diversos regimientos de la división: «¿No habréis visto por casualidad gaviotas?», le decía el jefe del Estado Mayor a un sofocado coronel que le aseguraba por teléfono que los planeadores pasaban a centenares por encima de sus cabezas.

En las zonas donde cayeron los paracaidistas y planeadores se combatió toda la noche en medio de un gran caos, sobre todo por parte alemana, que en ningún momento logró tener directrices claras. Los norteamericanos, con fuertes pérdidas en las zonas de Cotentin, que Rommel había ordenado inundar, lograron limpiar un espacio lo suficientemente grande como para recibir esa madrugada a otros 9.000 hombres. Con esos

refuerzos controlaron un amplio sector que garantizaba el desembarco de la 4ª D. I. USA en la playa Utah y, en un golpe de suerte, dos de sus paracaidistas mataron esa noche al jefe de la 91ª D. I., la mejor unidad alemana de la zona, que no había viajado a Rennes. Los ingleses también consolidaron su posición de espaldas a la playa Sword, entre Caen y el mar, a la que pocas horas más tarde llegarían fuerzas de la 3ª D. I. Br.

El general de brigada Theodore Roosevelt, hijo del presidente del mismo nombre y primo de Franklin D. Roosevelt, mandaba la primera oleada de asalto norteamericana destinada a la playa Utah. A las 4.55 de la madrugada se trasladó a una gabarra y ordenó el avance de las embarcaciones: 90 minutos les separaban de la playa. A las 6.20 horas centenares de cañones de la escuadra comenzaron a bombardear las posiciones alemanas. Un inmenso resplandor iluminó la noche: los buques lanzaron, salva tras salva, 38.000 cohetes y granadas en menos de 2 horas. El ruido era tan ensordecedor que no advirtieron el comienzo del bombardeo aéreo que machacó la línea costera con 7.500 toneladas de bombas. El resplandor de las explosiones les mostró la playa, muy próxima ya. El fuego de la artillería naval y de sus lanzacohetes era tan denso que las gabarras navegaban bajo un paraguas de acero.



Un lanchón que transportaba cuatro carros de combate saltó por los aires, alcanzado por una mina. Todos se encogieron angustiados, esperando ser, de un momento a otro, blanco de los cañones alemanes o de otra mina... La gabarra tocó fondo; se bajó la rampa y los treinta hombres se lanzaron al agua, que les llegaba hasta el pecho. Cuando el general Roosevelt alcanzó la playa calculó que le había precedido gran parte de su primera oleada, 600 hombres. Los zapadores abrieron camino entre las minas, alambradas y obstáculos, no muy

espesos por cierto. Lo único que se opuso a su avance fue la dotación de una batería de artillería, mandada por el teniente Jenke, cuyo reducto y cañones habían sido pulverizados por el bombardeo. Aquel grupo de artilleros, con armas individuales, poco pudo hacer para frenar la invasión.

A última hora del día la 4ª D. I. USA tenía en tierra a 20.000 hombres, con el liviano coste de 197 bajas. Había conectado con los paracaidistas y afianzaba una cabeza de puente de 8 km de base por similar profundidad.

Pero no en todos los sitios ocurría lo mismo. En la vecina Omaha —en la jerga de la infantería norteamericana «Omaha, la sangrienta»— las defensas alemanas eran sólidas y soportaron el castigo de buques y aviones. La primera oleada norteamericana sufrió un 80 por ciento de bajas; la segunda, un 50 por ciento. Los espárragos de Rommel y la artillería hundieron sesenta gabarras. Al anochecer, los norteamericanos registraban más de 3.000 bajas y habían perdido 50 carros de combate y 26 cañones. Esa noche, una brigada alemana hubiera podido arrojarles al mar, pero no hubo contraataque alguno.

Menos dura fue la lucha en las playas Gold, Juno y Sword, peor defendidas y mejor atacadas que Omaha. Esa noche, lamentando menos de 2.000 muertos entre los 60.000 desembarcados en esas playas, habían penetrado unos 10 kilómetros en el interior. Las fuerzas de Juno y Gold habían enlazado entre sí y estaban a las puertas de Bayeux. En Sword, la 3ª D. I. Br. hallaba a su 6ª D. A. cerca de Caen. Con todo, sus posiciones estaban mal soldadas y no hubieran podido resistir el contraataque de dos divisiones blindadas.

Un español llamado Garbo

Pero, por múltiples motivos, no hubo contraataque: los alemanes fueron sorprendidos y durante el día 6 apenas si pudieron organizarse, ya que la mayoría de sus líneas telefónicas fueron cortadas; el caos informativo fue absoluto; los jefes de las unidades se hallaban, en su mayoría, en Rennes; Hitler, Rundstedt, e incluso a esas alturas Speidel y Rommel, creyeron que éste no era el ataque definitivo. A esta desinformación contribuyó, incluso, el modesto éxito inicial del desembarco y el cúmulo de informaciones alemanas contradictorias sobre la lucha en las playas, pero, sobre todo, el enmascaramiento y engaño desplegado por los aliados. Al respecto debe recordarse aquí el trabajo del agente Garbo, el español Juan Pujol García, espía doble que informaba a los alemanes a sueldo de los británicos y cuyos relevantes servicios le merecieron la Cruz de Hierro, otorgada por los nazis, y la Orden del Imperio Británico, concedida por los ingleses... Todavía el 9 de julio, cinco semanas después del desembarco, informaba a Berlín:



> Tengo razones de peso que justifican mis aseveraciones; el hecho de que estas concentraciones, que se hallan al sureste y este de la isla, permanezcan inactivas, se debe a que las tienen reservadas para otras operaciones de envergadura.

El éxito del desembarco y el retraso en contraatacarle mientras aún tenía los pies en el agua se debió, esencialmente, a tres factores: primero, la precariedad alemana: tropas de escasa calidad, con muchos reservistas y treinta batallones de ex soldados de la URSS que se rindieron sin apenas combatir, y excesivo alejamiento de la costa de sus divisiones acorazadas

que, cuando quisieron entrar en acción, hallaron tales obstáculos que llegaron tarde, cuando los desembarcados habían consolidado sus líneas. Segundo, a la potencia y supremacía absolutas de la aviación y marina aliadas, que destruyeron gran parte de los medios de combate alemanes antes del desembarco o en las horas posteriores. Tercero, al adiestramiento y los medios de combate empleados por los aliados, en general, excelentes.

Pese al éxito, los objetivos fijados para el Día J no se cumplieron y los aliados estuvieron durante tres jornadas en grave peligro de ser arrojados al mar. La fortuna les acompañó, porque Berlín tardó muchas horas en permitir el empleo de las divisiones blindadas de las SS. Los únicos tanques que los aliados tuvieron enfrente los 2 primeros días fueron los de la D. Bl. 21. El día 8 entró en combate la Hitlerjugend y el día 9 la Lehr. Pero su actuación, tratando de contener la riada invasora, no revistió la eficacia previsible de haber actuado antes, con todos sus medios y contra el sector más sensible, el ensamblaje de los atacantes en Bayeux o Caen. Al atardecer del día 9, aunque los avances aliados seguían siendo escasos, ya esbozaban la sonrisa de la victoria.

Pero Hitler aún no se lo creía. El 10 de junio se lamentaba: «Si hubiera tenido las divisiones Panzer nueve y diez en el oeste, todo esto no hubiera ocurrido», y ordenó que esas unidades, casi inactivas en el este, fueran trasladadas a Normandía y que rechazasen el ataque aliado.

Ya era tarde. La Historia ponía a Hitler en su lugar, el de un jefe militar indeciso y con escaso criterio; quitaba la razón a Rundstedt, que no pudo rechazar la invasión una vez que sacó los pies del agua y se la daba a Rommel, que no tenía consuelo por haberse alejado de su cuartel general la víspera

de la invasión. «¡Qué tonto he sido!, ¡qué tonto he sido!», le escuchó lamentarse su jefe del Estado Mayor, Speidel, cuando le comunicó la situación por teléfono, antes de que el mariscal regresara al campo de operaciones.

El día 12 de junio de 1944, los desembarcados sumaban ya 326.547 hombres, 54.186 vehículos y más de cien mil toneladas de material. La cabeza de playa estaba consolidada. Comenzaba en ese punto la batalla de Normandía.

Esperando un milagro



Cuando Hitler se enteró de los desembarcos aliados en Normandía comentó jocosamente: «Han venido a que se los coma el lobo.» Esa baladronada estaba tan lejos de cumplirse como las optimistas impresiones de algunos generales aliados, que después del éxito del Día D supusieron que el trabajo ya estaba hecho.

Es cierto que el ejército invasor crecía con mayor rapidez que el invadido y que, paulatinamente, mejoraba sus posiciones. También, que los aliados no escatimaban medios, mientras Berlín, escaso de todo, empleaba con suma cautela sus reservas porque aún esperaba un ataque más al norte. Por otro lado, el abrumador dominio anglo-norteamericano del aire obstaculizaba el avance de los refuerzos germanos hacia la costa y castigaba sus columnas de aprovisionamiento. Además, la resistencia francesa —unos 200.000 efectivos armados— realizó ese verano millares de sabotajes. Divisiones alemanas hubo que, situadas a 500 km de Normandía, en lugar de llegar al frente en un día de transporte ferroviario tardaron veinte, caminando por la noche para evitar los ataques aéreos y sufriendo todo tipo de

obstrucciones y emboscadas: puentes volados, miles de árboles tirados en las carreteras, alcantarillas minadas, veloces emboscadas a las patrullas de flanqueo o retaguardia... Al entrar en combate, esas divisiones estaban a la mitad de su capacidad operativa.

Aunque sea someramente, no puede olvidarse aquí el importante papel jugado por los miembros del maquis en esta fase de la guerra. En mayo de 1944, proporcionaron a los servicios aliados de espionaje más de 700 informes telegráficos y 3.000 escritos o fotografías, provocaron 600 descarrilamientos, sabotearon 1.800 locomotoras, interrumpieron millares de veces las comunicaciones telegráficas, destruyeron puentes, atacaron destacamentos aislados, se apoderaron de algunos pueblos y, en julio, controlaban más de 40 departamentos, sosteniendo combates con grandes unidades alemanas... Según De Gaulle, a finales de julio, ocho divisiones alemanas estaban ocupadas en contrarrestar las acciones del maquis, por lo que no pudieron acudir en socorro de sus fuerzas en Normandía. Este continuo acoso hizo que entre los alemanes cundiera un elevado nerviosismo e irritación. En ese clima se produjo una de las peores atrocidades cometidas por los alemanes en Francia: la matanza y destrucción de Oradour.

La división de infantería de las SS, Das Reich, acantonada cerca de Toulouse, marchaba hacia Normandía cuando, el día 9 de junio, la resistencia secuestró a uno de sus jefes de batallón, el mayor Kempff. Tras infructuosa búsqueda, el mayor Dickman decidió registrar a fondo la localidad de Oradour-sur-Glane, población de 652 habitantes, a 23 km de Limoges.

Allí llegó la compañía Der Führer, a la que pertenecía el secuestrado, en la mañana del día 10. Rodearon el pueblo, cerraron las salidas y reunieron a todos los habitantes en la

plaza. Los impedidos o enfermos fueron asesinados en sus domicilios; las casas, registradas e incendiadas. Como se continuara sin información sobre Kempfe, encerraron en la iglesia a las mujeres y los niños; cerraron las puertas y le pegaron fuego; 245 mujeres y 207 niños perecieron abrasados. Los hombres, divididos en tres grupos, fueron asesinados por las ametralladoras de las SS; 190 en total. Sólo 10 personas lograron esconderse o huir. Los asesinos se cobraron 642 vidas, 19 de ellas de refugiados españoles en Francia.



Epílogo de la tragedia fue el destino de la compañía Der Führer, que perdió en Normandía la mitad de sus efectivos, entre ellos al mayor Dickman, responsable de la matanza. En 1953, en un proceso que conmovió y dividió Francia, fueron juzgados los 21 supervivientes de la compañía Der Führer: 14 voluntarios alsacianos de las SS y 7 alemanes. Toda Alsacia se alzó contra el juicio; todo el Lemosín, exigió el castigo. Al final, en veredicto salomónico, fueron condenados a muerte un alemán y un alsaciano, conmutándoseles la pena capital por la de cadena perpetua.

Pese al acoso del maquis, a la superioridad de los desembarcados y al absoluto dominio aéreo y naval de los aliados, los alemanes jugaron sus cartas con eficacia, convirtiendo en una pesadilla para los atacantes el bucólico paisaje de arboledas, setos, tapias, huertos y pueblecitos. El general en jefe norteamericano, Omar S. Bradley, escribiría: «Ni en Túnez habíamos encontrado un terreno defensivo tan exasperante; (el general) Collins creía que era tan terrorífico como la jungla de Guadalcanal.» Era el terreno idóneo para aquella infantería bien adiestrada, que manejaba armas portátiles tan letales como el Panzerfaust (lanzacohetes anticarro), el cañón de 88 mm capaz de destruir, con tiros directos, tanques situados a más de un kiló-

metro; y, sobre todo, sus blindados Panther y Tiger, muy superiores a los aliados.

Al respecto hay una anécdota famosísima: el 12 de junio, el capitán Wittmann, al mando de un carro Tiger, se hallaba emboscado en el borde de una arboleda, cerca de la carretera, cuando apareció una columna blindada británica, en marcha hacia el pueblo de Villiers-Bocage. El Tiger disparó contra el primer vehículo, que quedó envuelto en llamas. Luego, salió de la espesura y recorrió la columna, destruyendo uno tras otro 25 transportes y tanques, sin fallar un solo tiro, desafiando los disparos de los blindados británicos Cromwell. Cuando nada más había por destruir, se volvió a internar en el bosquecillo, evitando que lo detectaran los Jabos (cazabombarderos) aliados.

Con todo, el poderío blindado alemán era contrarrestado, en aquellos combates próximos al mar, por los bombardeos de la artillería naval: «He visto Tigers —más de 70 toneladas— panza arriba, volteados por un proyectil de artillería de 380 mm que había estallado a treinta metros de distancia», comentaba el jefe de una compañía acorazada.

Armas, adiestramiento, disciplina y moral aún les sobraban a los combatientes alemanes. Un suboficial escribía a su familia: «A pesar de la superioridad material del enemigo, los alemanes resistimos. El frente se mantiene en Caen. Cada soldado de este frente espera un milagro y piensa en las armas secretas de que tanto se ha hablado.»

Las armas secretas, aunque no fueran milagrosas, estaban en camino. En la madrugada del 13 de junio de 1944, los vigías de la costa inglesa de Dover observaron un objeto volador que proyectaba una cola de fuego. Minutos después divisaron otro y, luego, un tercero... El primero cayó a las 4.18 horas

sobre un campo de Kent; el segundo en Cucfield y, hacia las 5 de la madrugada, el tercero alcanzó una casa de Bathmal, matando a seis personas: eran las V-1, una de las armas secretas de Hitler.

La venganza costó muy cara



La V-1 [de *Vergeltung*, en alemán represalia] era un pequeño avión sin piloto, propulsado por un reactor y lanzado mediante una catapulta. Tenía un alcance de 370 km; volaba a una velocidad de 656 km/h y portaba 900 kg de explosivos. La dirección se calculaba por simple puntería en el momento del lanzamiento, como si fuera el disparo de una flecha; el alcance lo determinaba un giroscopio, regulado de acuerdo con la distancia que debiera cubrir. Cumplido el recorrido, el giroscopio dejaba de funcionar, interrumpiéndose el suministro de carburante y desplomándose la V-1, que hacía explosión al tocar un obstáculo. Un arma sencilla y barata, pero imprecisa, sólo apta para alcanzar grandes blancos, como, por ejemplo, una ciudad. Londres fue el gran objetivo elegido por Hitler.

La V-1 llegó demasiado tarde para influir en la guerra. Alemania fabricó no menos de 26.000, de las que sólo pudo lanzar unas 10.500. Una cuarta parte logró alcanzar la capital inglesa; el resto erró el rumbo o fue presa de la artillería o los cazas británicos. Su importancia militar fue insignificante, pero demoledoras sus consecuencias materiales, humanas y psicológicas: 24.000 muertos y heridos y 1.500 manzanas de casas dañadas en menos de 6 meses. Churchill anota en sus *Memorias*:

> Si se pudiera conquistar enseguida esos lugares [las zonas desde donde se lanzaban las V-1, es decir, la región de Calais] sería un alivio para nuestra población civil, que volvía a estar en peligro, bajo los bombardeos. Parte de la fuerza aérea estratégica reanudó sus ataques contra esa zona, pero, evidentemente, no se podía distorsionar la batalla por ese motivo. Como dije en el Parlamento, la población de nuestro país podía sentir así que compartía el peligro de sus soldados.

Con todo, Churchill ordenó reforzar la artillería antiaérea en los corredores de paso de las V-1 y modificar la organización defensiva de las escuadrillas de caza; con esas medidas lograron destruir unos 3.000 artefactos.

Lo que no sabía Churchill es que aquellas armas que tanta alarma estaban causando, lo mismo que sus sucesoras, las V-2, un artefacto mucho más complejo, antecedente inmediato de los actuales misiles, eran un monumento a la insensatez de Hitler. El coste de investigación, planificación, desarrollo de una industria de componentes nuevos, ocupación fabril y laboral, gasto de materias primas... fue tan elevado que, en 1943, el III Reich tuvo que optar por el desarrollo y fabricación de esas armas o la modernización e incremento de su flota de cazas. Se optó por lo primero, con los pobres resultados conocidos. Estudios norteamericanos calculan que el esfuerzo desplegado por la industria alemana para producir las armas *Vergeltung* fue el equivalente a la fabricación de 24.000 aparatos y al retraso de la modernización de sus cazas. Compárese el daño causado por las V-1 y V-2 a los aliados y el que hubieran podido infligir 800 escuadrones de caza a los bombarderos aliados, sobre todo si buena parte de aquellos hubieran sido los preteridos cazas a reacción Me-262. Según Murray y Millett:

La V-2 afectó a la economía de guerra alemana en una medida equivalente a la carga que el Proyecto Manhattan supuso para EE.UU. Pero, como ocurría tan a menudo, EE.UU., a diferencia del Reich, podía permitirse el coste; comparados rendimiento e inversión, la V-2 fue, indudablemente, el arma menos rentable de la guerra. [*La guerra que había que ganar.*]

Estos análisis realizados *a posteriori* no mitigan en nada la angustia británica de 1944, pero las mentes más claras de la economía, la industria y la investigación sí sabían en Alemania lo que estaban siendo obligados a hacer por la obstinación personal de Hitler y de sus corifeos, empeñados, por un lado, en una política de venganza y represalia, por más cara que pudiera resultar y, por otro, decididos a ganar una guerra con armas prodigiosas pues ya habían advertido que con las convencionales no podrían lograrlo, por mucho que estiraran su producción.



Váyase, señor mariscal

En el campo aliado, las armas *Vergeltung*, las bombas voladoras nazis, por mucho que angustiaran a Churchill, constituían una preocupación menor en las operaciones militares de Normandía. Para el jefe aliado de la operación, Bernard Montgomery, y para sus subordinados inmediatos, Omar S. Bradley y Miles Ch. Dempsey, jefes respectivos de las fuerzas norteamericanas y de las anglo-canadienses, el problema era la lentitud de su progreso. El 22 de junio (D+16) lamentaban 5.000 muertos y 30.000 heridos; pérdidas no demasiado severas, pero carísimas si se considera que los objetivos fijados

para la fecha estaban muy lejos de conseguirse. Los responsables del otro bando aún lo veían peor. El grupo de Ejércitos B, de Erwin Rommel, había perdido a esas alturas más de 50.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y gastado no menos de 200 carros pesados.

El 17 de junio, Hitler se trasladó a la zona de Soissons, al noreste de París, y reunió allí a sus mariscales, Rundstedt y Rommel, junto con sus jefes de Estado Mayor, Blumentritt y Speidel. Les mantuvo en pie, les gritó y acusó de negligencia y cobardía y se negó a aceptar las opciones que se le propusieron —retrasar el frente, para escapar de los cañones navales, o reforzar las líneas existentes con las tropas estacionadas en la zona de Calais— y exigió la defensa a ultranza de Cherburgo y Caen.

Ambos mariscales argumentaron que retrasar el frente les daría más posibilidades de resistir, incluso de disponer de la iniciativa en algunos momentos. Entonces le sugirieron que, quizá, eso ofrecería a Alemania la posibilidad de entablar negociaciones de paz con los aliados para volver todas sus fuerzas contra el este. Hitler tuvo un ataque de ira y les cubrió de improperios y descalificaciones, por lo que ambos supusieron que serían destituidos. Luego, más tranquilo, les explicó que, según la Abwehr —servicio secreto alemán—, en el Reino Unido aún había 80 divisiones prestas a abrir nuevos frentes, por lo que no se podían implicar más fuerzas en la zona. Hitler se había tragado el anzuelo tendido desde Londres por Garbo, el espía español Juan Pujol, doble agente al servicio del MI-5. Garbo intoxicaba a la Abwehr, con la ayuda del ejército aliado, que mantenía al general Patton en Inglaterra, haciendo verosímiles las informaciones de nuevos desembarcos con fuerzas que triplicaban los efectivos reales existentes en las islas.

Esa confianza de Hitler en Garbo salvó millares de vidas en Londres: el espía doble informó a la Abwehr que las V-1 estaban cayendo al oeste de la capital, induciendo a los alemanes a acortar el tiro, con lo que más de 1.500 *abejorros* —según las denominaban los británicos por su zumbido— cayeron realmente en el este, lejos del casco urbano. De esas armas les habló, también, Hitler a sus mariscales, asegurándoles que los ingleses no tardarían en pedir la paz: era imprescindible resistir, sin retroceder un paso.

La alarma aérea cortó bruscamente la entrevista de Soissons. Mientras caminaban hacia el refugio, Rommel denunció a Hitler la matanza realizada por la división de las SS Das Reich en Oradour, advirtiéndole que brutalidades como aquélla encrespaban aún más a los franceses contra los alemanes. Hitler le interrumpió visiblemente irritado: «No se preocupe de la política, que eso es cosa mía. ¡Dedíquese a contener la invasión!»

A esas alturas Rommel ya sabía que no podría arrojar a los aliados al mar y su idea era organizar una nueva línea defensiva, donde fuera posible resistir y endurecer la lucha para desgastar y aburrir a los aliados hasta conseguir una solución negociada... Quizá, después de todo, las V-1 ayudaran en ese propósito, aunque había sugerido inútilmente a Hitler que sería mucho más eficaz su masiva utilización contra los puertos de embarque de tropas, cordón umbilical del frente aliado en Normandía. En esos días, Rommel le confiaba a su amigo, el vicealmirante Friedrich Ruge, que la guerra estaba perdida y que la única esperanza era negociar urgentemente con los aliados occidentales y, luego, combatir a la URSS, donde se desarrollaba una tormenta aún más terrible que la de Normandía. Ruge quedó asombrado ante la energía que el mariscal desplegaba en ese desesperado intento de contención.

Tras la entrevista de Soissons empeoraron rápidamente las cosas. Las promesas de Hitler, sobre todo el incremento del apoyo aéreo, quedaron en nada. El día 27 capituló Cherburgo, pese a la enérgica defensa de su guarnición, lo que facilitaría la llegada de más suministros aliados a sus tropas desembarcadas. El 28 de junio, Rommel y Von Rundstedt se dirigieron a Berchtesgaden para entrevistarse con Hitler. Durante el viaje, ambos mariscales intercambiaron sin disimulo sus opiniones sobre la situación y, en cierto punto, Rommel le dijo a su superior: «*Herr* Rundstedt, estoy de acuerdo con usted. La guerra debe concluir de forma inmediata. Así se lo diré al Führer con toda la claridad y de forma inequívoca.»

Durante ese viaje manifestó, nuevamente, su determinación. En un alto en el camino para estirar las piernas, comentó con el mayor Wolfran, uno de sus ayudantes: «Me siento responsable ante el pueblo alemán.»

El 29 de junio ambos mariscales llegaron al cuartel general de Hitler en Berchtesgaden y mantuvieron con él una larga reunión, a la que también asistieron Keitel, Jodl, y, más tarde, Göring, Dönitz y Sperrle, todos ellos militares de la máxima graduación y representantes de todas las armas. Tras la inevitable perorata de Hitler, prometiendo más aviones y nuevas minas y torpederos para obstaculizar el suministro de las tropas aliadas desembarcadas en Normandía, le tocó hablar a Rommel, que, fiel a su propósito, no se anduvo con florituras: «El mundo entero está contra Alemania y esta desproporción de fuerzas...»

Hitler le interrumpió, pidiéndole que se ciñera a cuestiones militares, prescindiendo de las políticas. Rommel respondió que la situación sería incomprensible si no se abordara el conjunto. Hitler volvió a pedirle que se limitara a los asuntos

militares. Rommel obedeció, pero al final de su intervención, en la que tuvo un duro juicio sobre la inoperancia de la Luftwaffe en Normandía, volvió sobre su obsesión: «No puedo concluir sin hablar con mi Führer sobre Alemania...»

Nada más pudo decir, porque Hitler, con cólera contenida, terminó con su intervención y con su presencia en la reunión: «¡Señor mariscal de campo, lo mejor que puede hacer usted es abandonar la sala!»

La visita tuvo consecuencias importantes. Geyr von Schweppenburg, el jefe de las divisiones blindadas, fue sustituido a causa de sus demandas de replegar los tanques unos kilómetros, hacia zonas boscosas, en contra de la opinión de Rommel, que veía pulverizada a su infantería sin el apoyo acorazado. Al día siguiente, suponiendo que estaría de acuerdo con Rommel, el Führer se desembarazó de Von Rundstedt, jefe de las fuerzas alemanas en Francia, enviándole las distinguidas Hojas de Roble para su Cruz de Hierro, junto con la notificación de su relevo por el mariscal Hans G. von Kluge. Cuando éste recogió su nombramiento Hitler le recomendó que metiera en vereda al mariscal Rommel.

Eso dio lugar a un curioso incidente, que molestó muchísimo al Zorro del Desierto. Kluge le espetó a Rommel, apenas intercambiado el primer saludo: «Usted también debe aprender a cumplir las órdenes recibidas.»

El heroísmo no basta

Pero Kluge no tardó en adherirse a las ideas de Rommel, tanto sobre la conducción de las operaciones como sobre la marcha de la guerra. Los hechos eran tozudos: cuando el

nuevo jefe inspeccionó el frente, el 4 de julio, los aliados ya disponían de un millón de hombres en la zona y montaban dos acciones simultáneas: los norteamericanos, en la península de Cotentin y los anglo-canadienses, contra Caen.

Los alemanes, sin apoyo aéreo y con la mitad de efectivos que los aliados, no tenían posibilidad alguna de resistir mucho tiempo. La batalla en torno a Caen ejemplificaba la situación general: la Wehrmacht, aun causando gravísimas pérdidas a los atacantes (413 blindados en 3 semanas) era paulatinamente aplastada; los refuerzos que Rommel implicaba en la defensa mantenían la resistencia, pero impedían la concentración de un ejército para contraatacar. El cauto mariscal Montgomery, fiel a su táctica, iba moliendo paulatinamente a los alemanes, permitiéndose el despilfarro de hombres y medios, mientras que Rommel no podía reponer sus pérdidas. En esos días se constataba, por ejemplo, que un regimiento de paracaidistas que había entrado en combate 3 semanas antes había perdido 800 de su millar de efectivos; la Luftwaffe, sin aviones, prestaba como tropas de infantería sus inexpertos efectivos (tropas, mecánicos y hasta planas mayores) para la defensa de Caen.

Pese a su precaria situación, Rommel animaba a sus tropas y trataba de cumplir la orden de no retroceder un solo paso, pero día tras día percibía la angustia de sus subordinados y su pesimismo sobre la situación. Para todos aquellos competentes oficiales y jefes que llevaban colaborando con él desde el comienzo de la guerra era evidente que el Reich estaba derrotado y no comprendían el empecinamiento político en continuarla, aun a costa de perder hombres por decenas de millares y de contemplar cómo Alemania era aplastada por los bombardeos aliados. Abrumado y sintiéndose responsable, Rommel decidió jugarse una carta tan peligrosa como deses-

perada. En la intimidad de su cuartel general redactó un informe destinado a Hitler, abordando la situación política que se le había impedido exponer en Berchtesgaden. Cuando lo hubo concluido, se lo pasó a su superior, Von Kluge, para que le autorizara su envío y lo apoyara si coincidía con su opinión.

Ese día, 15 de julio, en una de sus inspecciones al frente, le acompañaba un viejo colaborador, el coronel Warning, que había formado parte de su Estado Mayor en África. Cuando paseaban en solitario por la retaguardia, a la que llegaba con nitidez el sordo rugido de la lucha, el coronel le planteó abiertamente:

> —Señor mariscal de campo, ¿qué va a ocurrir aquí? No podemos olvidar que doce divisiones alemanas están combatiendo para sostener el frente ellas solas...
>
> —Warning, le voy a hacer una confidencia. El mariscal de campo Von Kluge y yo le hemos mandado al Führer un ultimátum. Militarmente hablando, la guerra no se puede ganar y a él le corresponde adoptar una decisión política.
>
> —¿Y qué sucederá si el Führer se niega? —preguntó el coronel, asombrado.
>
> —En ese caso, abriré el Frente Occidental. Sólo queda una cosa importante por hacer en esta guerra: que los angloamericanos lleguen a Berlín antes que los rusos.

El general e historiador militar británico David Fraser reproduce esta conversación en su biografía sobre Rommel y añade que le hizo similares confidencias a otro antiguo colaborador, el coronel Westphal.

Von Kluge estudió el documento que le había remitido Rommel y dio su conformidad. Fue firmado y enviado a Berlín el 16 de julio. El documento decía:

No cabe esperar otra cosa que el enemigo rompa en un futuro inmediato —15 días o 3 semanas— nuestro frente por el sector del 7º Ejército, irrumpiendo profundamente en territorio francés. Esto provocará consecuencias de incalculable gravedad.

Por todas partes, las tropas se baten con heroísmo, pero esto no impide que esta desigual lucha toque a su fin. Me veo obligado a pedirle que saque inmediatamente las conclusiones de esta situación. En mi calidad de comandante en jefe del Grupo de Ejércitos tengo el deber de expresarme con toda claridad...

Al final, a mano, remachó su idea: «Es necesario sacar las conclusiones políticas de esta situación.» Nunca recibió una respuesta. El 17 de julio resultó herido por un avión de caza cuando realizaba una inspección en el frente. Von Kluge se hizo cargo directamente del Grupo de Ejércitos B.

A aquellas alturas (D+41), los aliados apenas habían logrado los objetivos fijados para la primera semana y ya contabilizaban 96.000 bajas, de ellas 17.000 muertos. Los alemanes aún estaban peor, pues a similar cifra de muertos y heridos unían más de 60.000 prisioneros y la absoluta imposibilidad de recibir refuerzos importantes. Es llamativo que los alemanes registraran 380 muertos entre coroneles y generales, lo que significaba tanto el buen ojo de los cazadores aliados como la presencia de los jefes en primera línea, por lo que las críticas hitlerianas de cobardía o negligencia, que tanto exasperaban a los mandos de la Wehrmacht, se mostraban absolutamente infundadas.

Atentado en la Guarida del Lobo

Si crítica era la situación alemana en Normandía mucho peor lo era en el inmenso frente del este. Aunque sus pérdidas habían sido terribles en el segundo semestre de 1943, al iniciarse 1944 el III Reich y sus aliados mantenían un frente casi recto de 2.000 km, desde Leningrado, en el norte, a la península de Crimea en el sur, cubierto por unos tres millones de combatientes. En la primavera, el tinglado alemán del este se derrumbó: Stalin recuperaba, en el sur, Crimea y Ucrania y, en el norte, liberaba Leningrado y toda su región hasta Estonia.

Pero aquello sólo era la primera parte de los planes del Ejército Rojo. En junio-julio, sobre los ejércitos alemanes situados en los sectores norte y centro se abalanzaron más de dos millones de atacantes, protegidos por barreras artilleras de millares de cañones y respaldados por fuerzas blindadas y aéreas muy superiores. La Wehrmacht experimentó en ese frente unas pérdidas más graves que las sufridas en Stalingrado en el invierno de 1942-1943.

> —Entre doce y quince divisiones han quedado cercadas, pero las pérdidas totales alcanzarán a unas veintiocho divisiones —informaba el general Heusinger, el 6 de julio, a Hitler.
>
> —¡Veintiocho! —exclamó el Führer, consternado, ante la pérdida de 350.000 soldados, pero reaccionó de inmediato—. Reconozco que es difícil imaginar una crisis más grave que la del este, pero lo solucionaremos. Las plazas fuertes sólo deberán defenderse hasta que podamos establecer más atrás un frente sólido. [*Hitler y sus generales.*]

Lo grave era que el encargado de formar ese nuevo frente sólido, el general Walter Model, sólo contaba con unos 200.000 hombres para cubrir 350 km. ¡Un cordón policial! «Hay más agujero que frente» llegó a reconocer Hitler.

La gravísima situación amenazaba Prusia Oriental y, desde allí, comenzó a huir hacia el oeste una multitud aterrada. Hitler decidió cambiar su cuartel general, establecido aquellos meses veraniegos en Berghof, en los Alpes bávaros, y trasladarlo a la Guarida del Lobo, cerca de Rastenburgo, en Prusia Oriental, para dar ejemplo a sus generales, a los que acusaba de pusilánimes. Allí llegó el 15 de junio. Uno de los oficinistas trasladados con todo el OKW anotaba en su diario: «Aquí nos sentimos tranquilos y a gusto. Éste se ha convertido en un lugar seguro para nosotros.» Un iluso.

El 20 de julio, a mediodía, estaba convocada una reunión de guerra, en la que debía analizarse la situación tanto en el este, donde los soviéticos preparaban una nueva ofensiva, como en el oeste, donde acababan de perder Saint-Lo y Caen. En el dispositivo de Von Kluge se había abierto un gran boquete, tal como había pronosticado Rommel —que se hallaba internado en un hospital de París—, por lo que Hitler, para frenarla, autorizó el traslado de tropas del 15° Ejército, situado en la zona de Calais... Al fin se había convencido de que la invasión era exactamente la que tenían delante, en Normandía, desde el 6 de junio.

Lo que no le preocupaba aquel día a Hitler —que estaba especialmente excitado, porque esperaba a mediodía la visita de Mussolini— era la posibilidad de un atentado contra su vida, pero eso, justamente, fue lo más notable que ocurrió en aquella reunión. Estaba en marcha una conspiración para eliminarle y llegar inmediatamente al armisticio; en ella estaban más o

menos comprometidos generales como Beck, o mariscales como Von Kluge o Rommel. El encargado directamente del atentado era el conde Schenk von Stauffenberg, coronel del Estado Mayor de la Reserva, veterano de Rusia, donde había perdido un brazo, dos dedos de la mano que le quedaba y un ojo. Acudía desde hacía semanas a las reuniones con una cartera amarilla, tan llamativa que suscitaba algunas burlas.

Aquel 20 de julio de 1944 Stauffenberg llegó a la Guarida del Lobo con su cartera amarilla, en la que esta vez había una bomba. La colocó en el suelo, cerca de Hitler, bajo la mesa donde se extendían los mapas militares y, con un pretexto, abandonó el barracón. Uno de los asistentes, al que estorbaba la cartera, la desplazó con el pie hasta los gruesos tablones de madera que sostenían la mesa. Eso salvó la vida a Hitler.

Minutos después estalló la bomba, matando a tres de los reunidos e hiriendo de diversa consideración a los demás. Hitler sufrió un fuerte golpe, quemaduras, docenas de pequeñas erosiones en las piernas y se le reventaron ambos tímpanos. Padecería molestias hasta su muerte, diez meses después.

La confabulación fracasó por la indecisión de algunos presuntos implicados como el mariscal Von Kluge —jefe del frente del oeste—; por el poco calado que la conjura tenía entre la oficialidad y la tropa, pese a que en ella participaban diecisiete mariscales y generales; por los errores de los conspiradores en Berlín; incluso, porque la casualidad se alió también con los nazis. El mayor Otto Ernst Remer mandaba un batallón de la División Grossdeutschland, destinado a la custodia de Berlín, y estaba de guardia ese 20 de julio. El general Von Hasse, uno de los conjurados, encargado de controlar los edificios oficiales, ordenó a Remer que ocupara los ministerios. Durante esa operación, el mayor se encontró con Göbbels, que le con-

venció enseguida de que Hitler estaba vivo y que, incluso, le hizo hablar con el Führer. Remer se puso a las órdenes del ministro y las fuerzas que tenían que haber arrestado a la cúpula de dirigentes nazis en Berlín se dedicaron a detener a los conspiradores.

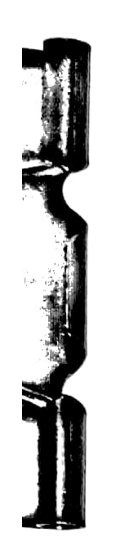
Y mientras en toda Alemania y en todos los cuarteles generales de los territorios ocupados, sobre todo en los de Francia, se desataba una auténtica caza de brujas llevada por la Gestapo, con la colaboración de nazis fanáticos buscados entre la oficialidad, sobre las gastadas unidades de Von Kluge estalló a finales de julio un volcán de hierro y fuego. Los norteamericanos se abrieron paso con unos 450.000 hombres y un millar de blindados hacia el centro de Francia; los británicos, en número similar, hacia el norte, amenazando directamente Alemania y buscando, como objetivo primero, la eliminación de las rampas de lanzamiento de las bombas volantes.

Frente a ellos, Von Kluge, apenas con la mitad de efectivos, carecía de reservas y tenía casi agotados sus tanques. Los días 24 y 25 de julio la aviación aliada lanzó sobre las líneas alemanas en Avranches más de 8.000 toneladas de bombas ligeras —allí conocieron los alemanes el horror del napalm—, pues el general Bradley quería que los bombardeos le abrieran una autopista sin embudos demasiado profundos. Por el enorme boquete practicado por la aviación se colaron los norteamericanos, uno de cuyos ejércitos estaba mandado por Patton, llegado poco antes a Francia, pues ya era superfluo mantener el engaño de la segunda fuerza de invasión.

La avalancha aliada fue tan formidable que, tras la pérdida de Avranches, Hitler autorizó la retirada que Kluge solicitaba. Pero, en un gesto muy suyo, a última hora dio contraorden y, manejando unidades diezmadas como si estuvieran en estado

de revista, dispuso el contraataque para recuperar Avranches con el fin de encerrar a los norteamericanos en Bretaña.

La operación, denominada Lüttich, comenzó el 7 de agosto —un día gris que dificultaba las operaciones aéreas— con un fuerte empuje, pero su punta de lanza, carente de reservas, se embotó en las defensas norteamericanas. Cuando salió el sol, los cazabombarderos aliados se cebaron en los blindados alemanes.



La posición en que habían quedado las tropas de Von Kluge brindaba a los aliados la oportunidad de embolsar a buena parte del Grupo de Ejércitos B. Después de tomar Le Mans, los norteamericanos giraron hacia el norte, tratando de alcanzar Falaise, hacia donde también avanzaban los canadienses. Ante el peligro de cerco, los alemanes se retiraron a toda prisa, abandonando gran parte de su material pesado.

En la bolsa de Falaise los aliados capturaron 50.000 prisioneros, cerca de 500 blindados, 800 cañones y más de 6.000 vehículos. Además, los alemanes contabilizaron 15.000 bajas entre muertos y heridos. Allí terminó la batalla de Normandía, en la que el III Reich, tras una feroz pelea que duró 9 semanas, había perdido 400.000 hombres (muertos, heridos y prisioneros) y gran parte de su armamento pesado: 1.300 blindados, 2.000 cañones, 20.000 transportes.

Ante el desastre, que sellaba prácticamente la destrucción del Grupo de Ejércitos B, Von Kluge fue sustituido por Walter Model y llamado a Alemania. De regreso a la patria, el 19 de agosto, se suicidó. Junto con la noticia de su muerte le llegó a Hitler una carta fechada el 8 de agosto:

> Mein Führer, cuando reciba estas líneas ya no estaré entre los vivos... [me voy] a aquel lugar donde se encuentran miles de mis mejores camaradas.

No pretendo conocer si el tantas veces probado mariscal Model será capaz de dominar la situación. Se lo deseo de todo corazón, mas en el caso de que esto no llegara a suceder y que sus nuevas armas, en especial las de la fuerza aérea, no tengan el éxito deseado, entonces mein Führer deberá tomar la decisión de concluir la guerra. El pueblo alemán ha sufrido ya lo indecible y creo que ya es hora de poner fin a estos horrores. Tenga usted el coraje de poner fin a un combate sin esperanza.

El 31 de agosto de 1944, en reunión sostenida con los tenientes generales Siegfried Westphal y Hans Krebs, Hitler comentó la desaparición del mariscal Kluge, pero nada les dijo sobre su carta de despedida; sin embargo desnudó una vez más toda su mezquindad espiritual:

Como saben, el *Feldmarschall* Kluge se ha suicidado. Existen sospechas muy graves de que, de todas formas, si no se hubiera suicidado, habría sido arrestado de inmediato (y habría sido incluido en el juicio que) ayer se concluyó ante el tribunal popular... [*Hitler y sus generales.*]

En ese proceso al que Hitler se refería —parecido a otros muchos que por aquellos días se organizaron— fueron condenados a muerte un general y cinco coroneles o tenientes coroneles, entre ellos un estrecho colaborador de Von Kluge. En aquellos angustiosos momentos, en que sus ejércitos del este y del oeste estaban siendo arrollados, en que los soldados alemanes morían diariamente por millares, en que las bombas aliadas lo arrasaban todo en Alemania, Hitler seguía obsesionado por la venganza, por el exterminio de los conspiradores, de sus

colaboradores más o menos lejanos, de quienes hubieran sabido algo y no lo hubiesen comunicado, incluso de los meros sospechosos. Hubo por entonces más de 7.000 detenidos, de los cuales 170 fueron ejecutados... Hitler no conocía la piedad y sus directrices fueron terminantes: «Hay que colgarles, como a los animales en el matadero», o «Los voy a empalar».

Su venganza alcanzaría, también, a Erwin Rommel, uno de sus generales más competentes y uno de sus preferidos en el pasado.

Aún se debate lo que Rommel pudiera saber sobre el atentado o su grado de implicación en la conspiración, pero parece más bien escaso, aunque amigos personales como el general Stülpnagel estuvieran implicados y fueron juzgados y ejecutados, pero también era amigo suyo el general Schmundt, una de las víctimas mortales de la explosión.

Convaleciente de las graves heridas en la cabeza que sufriera en julio, Rommel fue llevado a su casa de Herrlingen. Allí le visitaron muchos amigos, ante los que siguió manteniendo públicamente que Hitler debía negociar la capitulación, pues, de lo contrario, el este de Alemania caería en manos de los soviéticos, lo que le parecía la peor calamidad que podría padecer el país. Condenaba, sin embargo, el atentado tanto en su ejecución —mala coordinación, numerosas fugas de información, improvisación— como en sus propósitos, pues creía que si hubiera matado a Hitler Alemania habría quedado envuelta en una guerra civil. Los especialistas están todavía hoy divididos; según algunos, Rommel nada sabía ni nada tuvo que ver con la conspiración; según otros, sus argumentaciones *a posteriori* trataban, simplemente, de desmarcarse del fracasado magnicidio. Sea como fuere, estaba condenado a muerte.

Para entonces, Hitler no perdía ocasión alguna de desprestigiarle. Le reconocía su brillante conducción de tropas y su

habilidad táctica, pero empezó a tacharle de pesimista y de falta de tenacidad en las situaciones adversas. Hitler menoscababa su figura porque había pensado eliminarle: tras la violenta escena en su cuartel general y tras su carta, unidas a las sospechas de que hubiera tenido alguna relación con los conjurados. Para ello fue llamado a Berlín, pero se negó a ir, alegando motivos de salud. «No llegaría allí vivo», le comentó Rommel al vicealmirante Ruge, con el que cenó el 12 de octubre.

«Hitler quiere deshacerse de mí», le dijo a Oskar Farny, al que visitó la tarde del 13, para darle las gracias por el apoyo que había dado a su familia durante su alejamiento en los diferentes teatros de la guerra y al que rogó que siguiera manteniendo su amistad y ayuda en los difíciles días que se avecinaban.

Cuando llegó a su casa al anochecer supo que no eran infundadas sus sospechas. Tenía allí el aviso de que al día siguiente, 14 de octubre de 1944, le visitarían dos generales, Burgdorf y Maisel. Ambos llegaron a mediodía, acompañados por varios coches con gentes de paisano, que aparcaron en las proximidades de la villa donde vivía el mariscal.

Encerrados en el despacho de Rommel, Wilhelm Burgdorf le dijo al mariscal que se había descubierto su participación en el complot para asesinar a Hitler. Le acusaban las declaraciones de algunos de sus amigos en los procesos que habían sufrido; incluso alguien había sugerido que Rommel sería designado presidente de Alemania una vez eliminado Hitler. El mariscal rebatió las acusaciones, asegurando que unas eran, simplemente, disparatadas y que las otras eran puras coincidencias, sin fundamento probatorio.

Burgdorf, viejo amigo de Rommel, le comunicó que él no estaba allí para discutir aquello, sino por orden del OKW de Keitel —conocido como *Nickesel*, «asno dócil», lo que

explica que se mantuviera en su alto cargo durante 5 años—, a quien se lo había ordenado directamente Hitler. En definitiva, había ido a proponerle una alternativa: o enfrentarse a un tribunal popular o el suicidio, para lo que disponía de un veneno que actuaría en 3 segundos. Lo primero acarrearía escándalo y la desgracia familiar, la de su esposa Lucy y la de su hijo Manfred; en el segundo caso, se comunicaría oficialmente que había fallecido a consecuencia de sus heridas, que se le tributarían todos los honores militares correspondientes a su rango y que su familia sería respetada y atendida.

Rommel decidió instantáneamente. Tuvo unos minutos para despedirse de su esposa Lucy, a la que dijo que toda la acusación era una patraña, pero que había elegido el suicidio porque estaba seguro de que nunca llegaría a comparecer ante un tribunal. Tuvo también unos minutos para despedirse de su hijo, Manfred, al que aclaró que las acusaciones eran falsas y que sólo se explicaban si habían sido conseguidas bajo tortura. Luego, a primera hora de la tarde, con su abrigo militar, su gorra y su bastón de mariscal se dirigió hacia el coche donde le esperaban los enviados de Berlín. El coche arrancó, seguido de su escolta camuflada de civil. Minutos después, una llamada comunicó a Lucy y Manfred, que angustiados aguardaban junto al teléfono, que Erwin Rommel había muerto. A Hitler no se le llevaba la contraria impunemente.

Aquella locura asesina no era sino una muestra de lo que ocurría en todo el Reich. Si Hitler eliminaba a todos por pequeña que fuera la sospecha de oposición, si era indiferente ante las docenas de millares de alemanes que morían en los frentes o aplastados por las bombas, imagínese su política respecto a la población concentracionaria. Se estaban evacuando los campos de exterminio del este: los prisioneros fueron ase-

sinados *in situ*, o embarcados en viejos buques mercantes que fueron barrenados en el Báltico o conducidos hacia el oeste a pie, en pleno invierno, a veces descalzos y siempre sin ropa de abrigo adecuada; a los que desfallecían se les arrebataba el último aliento con un tiro en la nuca. De ese empecinamiento criminal es buena muestra el exterminio de la población judía de Hungría: el régimen nazi estaba agonizando, pero entre sus prioridades aún figuraba la Solución Final.

El camino de París

El 15 de agosto los aliados desembarcaron en la Costa Azul y, en combinación con los partisanos, forzaron el repliegue alemán hacia el interior de Francia. El avance aliado desde Normandía y desde la Costa Azul fue dejando atrás islotes de resistencia alemana que, en agosto de 1944, se cifraban en 300.000 hombres, con un valor militar nulo, pues carecían de medios para tomar iniciativas. Varios de esos reductos mantendrían izadas sus banderas hasta el final de la guerra, pero su situación, debida a las órdenes hitlerianas de resistir a ultranza, resultaba una incongruencia.

Hasta ese momento, la participación francesa en la liberación de su país prácticamente se había limitado a la actuación del maquis; pero a partir de los desembarcos en el sur, en los que los soldados franceses tuvieron un importante papel, cambió la situación. De Gaulle, finalmente, comenzaba a demostrar el peso de las tropas de la Francia Libre. Para ello tuvo que superar algunas importantes contrariedades: cuando preten-dió que sus soldados figuraran en cabeza de la invasión de Normandía no logró que Eisenhower lo permitiera. Recurrió,

entonces, a Churchill, que estuvo a punto de ablandarse, pero lo impidió el presidente norteamericano Roosevelt, que rechazó enérgicamente las demandas del general francés: «Yo sólo conozco una Francia y esa lleva colaborando con los alemanes desde 1940.»

Con todo, logró De Gaulle que, al menos, hubiera en el Día D una representación francesa, unos doscientos comandos a las órdenes del mayor Kieffer. Pero conforme fueron llegando a Normandía las fuerzas adiestradas en Gran Bretaña también lo hicieron los franceses: el 2 de agosto desembarcó la 2ª División blindada, mandada por el general Philippe Leclerc. Dos semanas después pisó tierra en la Costa Azul el primer ejército francés, a las órdenes del general Jean-Marie Lattre de Tasigny.

La división de Leclerc combatió desde su llegada con las fuerzas de Bradley, a veces junto al tercer ejército de Patton, un jefe impulsivo muy acorde con el carácter de Leclerc. Ambos se entendieron a la perfección en su avance por el centro de Francia, y, mientras el norteamericano tomaba ciudades tan significativas como Orleans y Chartres, el francés participaba en la bolsa de Falaise y, luego, se apoderaba de Alençon y miraba hacia París. Pero la orden de avanzar no llegaba.

Eisenhower creía que, para el rápido final de la guerra, convenía evitar la capital de Francia y dirigirse a toda velocidad hacia la frontera alemana. Tenía dos buenas razones: no dar ni un minuto de respiro al desgastado enemigo y ahorrarse las 4.000 toneladas de alimentos que precisaría diariamente París. Más tarde lo explicaría:

> Si podía llegar a la Línea Sigfrido con los alimentos que tendría que volcar sobre París, el rápido final de la guerra hubiera compensado a la ciudad por la prolongación de su ocupación.

Pero Ike, además de mentalidad estratégica, tenía sentimientos. Ante la lentitud del avance, los parisinos no pudieron soportar más la espera de la liberación y el 15 de agosto comenzó una huelga de ferroviarios, carteros y policías. Gran parte de la ciudad se quedó sin electricidad y las tiendas, sin víveres. Durante 3 días no pasó nada: calles desiertas, sólo frecuentadas por patrullas alemanas. En las casas, tensión en torno a los aparatos de radio.

El sábado, 19 de agosto, miembros de la resistencia se echan a la calle seguidos por millares de civiles. Las paredes se llenan de carteles llamando a la insurrección; brigadas de vecinos se organizan para arrancar adoquines y alzar barricadas; algunas armas salen a relucir, produciéndose numerosos tiroteos. El 21 la ciudad está en pie de guerra; los parisinos se adueñan de los suburbios, mientras que la guarnición alemana, apenas 15.000 hombres, sólo puede controlar los distritos céntricos y mantener abiertas las líneas de retirada.

Eso no restablece la calma. Los sublevados lo quieren todo y acosan a los destacamentos alemanes más desprotegidos, apoderándose de sus armas. Con todo, aquellos días el protagonismo le pertenece al cóctel Molotov. Las botellas cargadas de gasolina y ácido sulfúrico acechan a las patrullas, cuyos blindados ligeros son pasto de las llamas. Los carros alemanes disparan contra los nidos de resistencia y se apoderan de ellos, pasando por encima de los patriotas muertos, pero su victoria es efímera: a 100 m se levanta una nueva barricada, defendida por unos pocos fusiles. Incluso los tanques se vuelven medrosos en las calles estrechas, pues son vulnerables a las botellas incendiarias que les arrojan desde las ventanas.

El 21 de agosto una orden de Hitler aumentaba las preocupaciones del recién nombrado comandante en jefe del Gran

París, Dietrich von Choltitz. Se le ordenaba que con aquellas minúsculas fuerzas sostuviera las cabezas de puente del Sena y, además, que conservara la ciudad. La pérdida de los puentes abriría a los aliados el camino de la costa norte de Francia y privaría a los alemanes de las bases de lanzamiento de sus bombas voladoras. Por eso Hitler recordaba a sus generales:

> En el curso de la Historia, la pérdida de París siempre ha significado la de Francia. Los primeros síntomas de rebelión en el interior de la ciudad deben ser sofocados sin piedad, por medios tales como la voladura de manzanas enteras de casas, la ejecución pública de los cabecillas o el desalojo de los distritos donde se produzcan sublevaciones... Sólo así se evitará que la situación se nos escape de las manos. Deben prepararse para su destrucción los puentes del Sena. París no debe caer en manos del enemigo, a no ser en forma de un montón de ruinas.

Pero Choltitz carecía de fuerzas para cumplir la orden de Hitler y tampoco tenía ánimos para hacerlo: había vivido terribles desastres militares en la URSS, en Italia y en Normandía y era plenamente consciente de que los días del III Reich estaban contados. Por tanto, si en nada podía ya favorecer a Alemania, le parecía estúpido pasar a la Historia como el bárbaro que destruyó París. Así entró en negociaciones con la resistencia, gracias a la mediación del cónsul de Suecia, Raoul Norling, acordando un alto el fuego de 3 días, a cambio de la retirada alemana al este del Sena.

Sin duda, Choltitz esperaba una ocupación tranquila y una capitulación honorable. No fue así: al día siguiente se reanudó el tiroteo y el acoso de la resistencia a las posiciones alemanas.

También el 21 de agosto De Gaulle visitó a Eisenhower en su cuartel general, recién establecido en Rennes, a 300 km de París, y le convenció de la necesidad de ocupar la capital. Sabía que la resistencia alemana sería muy ligera, pero sospechaba que podrían producirse desórdenes importantes a causa de la escasez de víveres y de las diversas ideologías de los sublevados en la ciudad. De Gaulle temía, sobre todo, como reconocería en sus *Memorias*, que los comunistas se hicieran con el control de la ciudad y que, cuando llegara, le sentaran en una poltrona, rodeado de honores y huérfano de poderes. Eisenhower entendió el problema y permitió que fuera una división francesa, la 2ª División Blindada de Leclerc, la que se lanzara hacia París.

El 22 de agosto la división partió de Alençon, a 235 km de la capital y llegó a Rambouillet el 23. Con la capital ya casi a la vista, el general, que llevaba toda la guerra esperando aquel momento, exclamó emocionado: «Ahora, tú y yo, París!»

Por la noche le visita De Gaulle. Estudian juntos el plan de ataque: penetrarán en París en dos direcciones paralelas, confiando en que esté intacto al menos uno de los puentes del Sena que hallarán en su camino. Ambos saben que la resistencia no será muy dura, pero que, en ningún caso, los alemanes les regalarán un paseo.

Ambos quedan sorprendidos por una información de la BBC:

> Ayer, 22 de agosto, después de cuatro días de lucha en París, el enemigo ha sido derrotado por todas partes. Los patriotas han ocupado todos los edificios públicos. Los representantes del Gobierno de Vichy están detenidos o han huido...

«Los periodistas nos llevan dos días de ventaja, pero mañana por la noche estaremos en París», comenta Leclerc.

«Envidio su suerte» —replica De Gaulle.

El 24 de agosto continúan los combates en numerosos puntos de París. El tiroteo más violento tiene lugar en torno a la Prefectura de Policía, ocupada por los sublevados y asediada por los alemanes. Un avión sobrevuela lentamente la ciudad, lanzando octavillas: «Resistid, ya llegamos. Leclerc.»

A esas horas ya se combate en los arrabales de la gran ciudad. Leclerc ha lanzado dos columnas al ataque, que chocan con los alemanes emboscados en los taludes del tren, en los desniveles del terreno, tras las tapias, en los puentes. Resistencia convencional con escasos blindados, pero numerosos cañones del 88, ametralladoras y Panzerfaust convierten el avance en un suplicio. La columna de Langlade, tras perder varios blindados y autoametralladoras alcanza, por la tarde, el puente de Sèvres, al sureste de la capital.

La columna de Billotte halla fuerte resistencia en Fresnes, donde un batallón alemán, perfectamente emboscado, aguanta todo el día. El propio Leclerc avanza hasta la línea de fuego para activar el ataque, pero carece de reservas. De pronto aparece ante él una columna de autoblindados.

—¿Quién manda esta fuerza?

Bien lo sabe él, pues la 9ª Compañía, compuesta casi en su totalidad por españoles, lleva 3 años combatiendo a sus órdenes. Ante él se presenta un capitán, con claros síntomas de cansancio.

—¿Qué hace usted, Dronne?

—Me repliego sobre el eje de nuestra columna, según las órdenes...

—¡Usted no se repliega! Dé la vuelta. Mire —y le señala con el bastón el norte—. ¡Aquello es París! ¡Corra inmediatamente! ¡Pase por donde le dé la gana, pero esta noche, entre en París!

—¿Y los puntos de resistencia?

—¡Sosláyelos! Directamente a París.

Anochecía. La agrupación blindada de Raymond Dronne da media vuelta y se dirige hacia la capital, apuntando directamente al viejo centro histórico. A su izquierda y a su derecha seguía la lucha.

La pequeña fuerza de Dronne se lanza hacia adelante y en menos de 2 horas, disparando al paso cuando se les hacía fuego, penetra en París por la Puerta de Italia. El capitán no tiene dudas: si se le ha encargado un gesto político, su meta es el Hôtel de Ville, el Ayuntamiento, a donde llegaron a las 21.22 horas, según datos de Eduardo Pons Prades, a quien debo la información sobre aquella pequeña epopeya:

> El primer blindado que llegó a la Plaza del Ayuntamiento, el Guadalajara, lo mandaba Reiter, lo conducía el vasco Abenza y sus otros dos tripulantes eran Blanco y Baños... Los primeros disparos que las fuerzas aliadas hicieron dentro de París se efectuaron desde el blindado Ebro, que mandaba el alférez canario Campos... [*Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial.*]

La agrupación —126 hombres y veintiún vehículos— se desplegó por la plaza. Un miembro de la resistencia, Léo Hamon, recuerda que acudió a darles la bienvenida: «... Fuimos a saludar a las tripulaciones de los tanques; no hablaban muy bien francés: eran republicanos españoles alistados en la División Leclerc. »

> [...] Al amanecer el día 25 —sigue narrando Pons Prades— los primeros parisinos que se aventuran hasta la Plaza del Ayuntamiento descubren, no sin cierta sorpresa, que casi todos los autos blindados llevan nombres que habían sonado mucho en los comunicados de la Guerra Civil española: Madrid, Guadalajara, Guernica, Ebro, Teruel, Belchite, Brunete... y del personaje de mayor enjundia de la literatura universal: Don Quijote [...].
>
> De pronto, la gente entona una conmovedora *Marsellesa*, que corean las campanas de ciento cincuenta y tantas iglesias... Entre ellas, sobresale la grave voz del bordón de Nôtre-Dame, la voz secular que, desde la Edad Media, ha saludado a los grandes héroes de París.

A las 9 de la mañana llega el coronel Billotte y exige la capitulación de Von Choltitz. Mientras se espera la decisión del general en jefe del Gran París, los blindados de Dronne reducen núcleos de resistencia; entre ellos, la estratégica central telefónica de la calle de los Archivos, la Cámara de los Diputados, el hotel Majestic (sede de la Gestapo). La actuación de los españoles fue tan brillante que el brigada Martín Bernal fue citado el 25 de agosto en la Orden del Cuerpo de Ejército. Otros tuvieron peor fortuna: ese día murió Campillo combatiendo en la plaza de la Concordia, y fueron gravemente heridos el subteniente Elías y el sargento Cortés.

Como Von Choltitz no respondiera al ultimátum, el coronel Billotte ordena el asalto al hotel Meurice. En la calle Rivoli, el retén de guardia ofrece una resistencia sólo formal. Tras el breve tiroteo, un oficial francés, pistola en mano, entra en el edificio y avanza, apartando a los paralizados ordenanzas y oficinistas, hasta el despacho del general: «¡Queda usted detenido! ¡Acompáñeme!»

Parece que a esas horas, cuando se enteró de que había tropas aliadas dentro de la capital francesa, Hitler preguntó en su OKW, situado en Rastenburgo: «¿Arde París?»

Un ayudante del Führer telefoneó a Dietrich von Choltitz. Un secretario del cuartel general alemán le respondió que Choltitz se estaba entrevistando en aquel momento con el general francés Philippe Leclerc.

—Pero, ¿arde París? —preguntaron desde Rastenburgo.

—¿Cómo?

—¿Arde París? —reiteró impacientemente el ayudante.

—No. Escuche.

El secretario volvió el auricular hacia la ventana abierta y en Rastenburgo pudieron escuchar confusamente las notas de *La Marsellesa* y el alborotado repique de las campanas de París.



Sea o no auténtica la anécdota —inmortalizada por la novela *¿Arde París*? de D. Lapierre y L. Collins y, sobre todo, por la película, basada en esa narración, de René Clement, con una constelación de grandes actores— los generales Von Choltitz y Speidel, jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B, salvaron la capital francesa de la destrucción ordenada por Hitler: «Los puentes del Sena deben ser preparados para su destrucción. París no debe caer en manos del enemigo, a no ser como un monton de ruinas.»

Hitler no daba órdenes en vano y dispuso que varias rampas de bombas volantes apuntaran contra París y que se preparara y se dotase de munición al gigantesco mortero Karl, que lanzaba proyectiles de 2.200 kg. Pero ni las bombas volantes, ni las granadas del Karl destruyeron la ciudad, porque, aunque temieran por sus vidas y por las de sus familiares, Choltitz y Speidel no cursaron esas órdenes.

Aquella mañana, Von Choltitz estaba pasando el amargo trago de negociar la rendición. Tras muchos regateos, firmó la capitulación en el Ayuntamiento, a las 15.30 de la tarde y, a las 16.15, dio la orden de deponer las armas a todas las unidades que aún combatían. Poco después entró en París el general De Gaulle, que se trasladó al puesto de mando de Leclerc. Al día siguiente, sábado, 26 de agosto, los generales franceses De Gaulle, Leclerc, Koenig, Juin y Parodi encabezaron una marcha triunfal por los Campos Elíseos, hasta la Tumba del Soldado Desconocido, donde depositaron un ramo de gladiolos. Allí, junto al Arco de Triunfo, les rendían honores y daban escolta los blindados de la 9ª Compañía. A continuación, De Gaulle, escoltado por cuatro autoblindados de la misma unidad, se dirigió a Nôtre-Dame, donde tuvo lugar un acto de acción de gracias. Mientras el órgano de la catedral daba entrada al solemne tedéum, algunos francotiradores comenzaron a disparar desde casas próximas, provocando el pánico entre la población civil reunida en la plaza frente al templo. Hacia allí corrieron los españoles, ahuyentando a los pacos. En el interior de Nôtre-Dame seguía la acción de gracias.

Capítulo VII

Tempestad en el este

Tras el terrible invierno de 1943-1944 y la no menos espantosa primavera, Berlín había recibido un respiro por parte del Ejército soviético, que ocupó parte de mayo y junio en concentrarse, reorganizarse, disponer sus próximas campañas y rearmar sus unidades más gastadas.

Cuando más debilitados estaban los alemanes en plena batalla de Normandía, Hitler volvía a hablar sobre el agotamiento soviético y su falta de reservas para continuar la lucha, evidenciados, según él, por aquella pausa primaveral en su ofensiva. La verdad era que nunca antes había tenido Stalin medios tan poderosos y que se disponía a usarlos de la manera más conveniente a sus intereses.

Efectivamente —tal como se ha avanzado al contemplar someramente lo que estaba ocurriendo en el Frente del este durante la batalla de Normandía—, a comienzos de junio de 1944 Moscú tenía sobre las armas a más de seis millones de hombres, organizados en 500 divisiones de infantería, cuarenta de artillería, 300 brigadas motorizadas, mecanizadas o blindadas y una aviación que podía poner en el aire 16.000 aparatos. Y, además, aquel ejército disponía de más medios que en cualquier otro momento. Por vez primera tenían apreciable cantidad de transporte de todo tipo: en la ofensiva del verano de 1944 contaron con más de 50.000 camiones —en buena parte, de construcción norteamericana—, con algunos millares de vehículos blindados para infantería, con más de 3.000 cañones autopropulsados y con unos 9.000 tanques. En suma,

puede considerarse que las fuerzas mecanizadas soviéticas podían tener unos 20.000 blindados de todo género y medios de transporte para más de millón y medio de hombres; con estos datos se puede explicar la avalancha que cayó sobre la agotada Wehrmacht y la velocidad del avance soviético.

Enfrente, el III Reich oponía aproximadamente 2.600.000 hombres (incluyendo medio millón de extranjeros: rumanos, húngaros, ucranianos, letones, lituanos, franceses, italianos, belgas, holandeses, noruegos) y unos 300.000 finlandeses. Por tanto, la Wehrmacht combatiría en una desventaja numérica de 1 a 2; en medios blindados, su inferioridad era similar y en potencia aérea, de 1 a 4... proporcionando a los soviéticos un dominio tan abrumador del aire que divisiones alemanas enteras fueron pulverizadas antes de que consiguieran alcanzar los lugares de combate que tenían asignados.

La comparación de tales cifras da clara idea de la dificilísima situación alemana en ese frente, pues si contaban con la ventaja de tener posiciones defensivas, fuertes en algunos puntos, no es menos cierto que los soviéticos disponían de la iniciativa y, por tanto, de capacidad para golpear dónde y cuándo quisieran, con la superioridad de fuerzas que desearan.

Los finlandeses pelean y juegan

La temida ofensiva soviética en el este se desencadenó el 9 de junio en Finlandia y estuvo a cargo del Frente de Leningrado, bajo el mando del general Govorov, que lanzó sobre los dos frentes —uno a cada lado del Ladoga— unos 350.000 hombres, con cerca de un millar de blindados y no menos de 2.000 piezas de artillería. Para frenar tal avalancha,

disponía el general Mannerheim de quince divisiones sólidamente fortificadas, divididas en dos frentes. Tras la primera línea tenía otras dos también prestas para la defensa escalonada del territorio.

Pero las fortificaciones, la habilidad de los jefes finlandeses y el valor de sus soldados no eran suficientes para compensar la abismal diferencia de medios con la que se enfrentaban. Conscientes de su inferioridad, los finlandeses habían tratado de hallar una salida negociada a su enfrentamiento con la URSS cuando se inició la cadena de reveses alemanes año y pico antes. Con el apoyo de la diplomacia sueca y ciertas presiones angloamericanas, las negociaciones estuvieron a punto de concluir en acuerdos, pero las durísimas condiciones soviéticas hicieron que el presidente Risto Ryti las rechazara.

El 9 de junio, tras un intenso bombardeo aéreo, abrió fuego la artillería soviética, con una densidad superior a todo lo antes visto en esta guerra: de 300 a 400 cañones por kilómetro a lo largo de los 15 km del sector costero elegido para descargar el primer golpe... Tal concentración artillera fue posible porque a los cañones de Govorov se unieron los de la flota del Báltico, que llevaba toda la guerra embotellada en aquellas aguas.

Un día resistieron las líneas finlandesas el colosal ataque; al segundo, comenzaron a ceder en varios puntos. Stalin no contaba sus bajas y lanzaba sobre los soldados de Mannerheim oleada tras oleada de hombres, hasta embotar las defensas y rebasarlas. Así le ocurrió a un regimiento finlandés que soportó el 10 de junio el ataque de tres divisiones de la guardia, las tropas escogidas de la URSS. Evidentemente fue desbordado, aunque mantuviera obstinadas resistencias aisladas en algunos puntos; el rápido progreso soviético hizo retroceder precipitadamente a otras unidades para no quedar cercadas. El día 11

Mannerheim hubo de ordenar la retirada a la línea VT a las seis divisiones que defendían el frente entre el lago Ladoga y el Golfo de Finlandia.

Como no mejorara la situación, el Ejército finlandés hubo de retroceder a la línea VTK, conocida como Línea Mannerheim, y abandonar Carelia. Fue una decisión afortunada, porque con esas tropas reforzó sus líneas y las salvó de la aniquilación: los soviéticos trabajaron denodadamente para cercar a los finlandeses en el istmo de Carelia y, cuando unieron sus tenazas, hallaron la bolsa vacía... Pese a ese éxito, Finlandia se hallaba en una situación desesperada. El día 20 se quebraba la línea VTK y los soviéticos penetraban en Vyborg. Govorov, ascendido a mariscal 2 días antes por su brillante campaña, exigió la rendición incondicional, pero sus tímidos ataques fueron contenidos.

Consciente de que no podría rechazar otro ataque soviético el Gobierno finlandés pidió auxilio a Berlín. No estaba Hitler para dispendios, atacado en Francia y amenazado en la URSS, pero deseaba mantener a Finlandia en la guerra, tanto porque sus ejércitos tenían en jaque a un buen número de tropas soviéticas, como por las materias primas que le compraba y la fuerza que esa alianza le daba ante Suecia, su principal suministrador de hierro... Por todo ello, decidió enviar a Helsinki a su ministro de Exteriores, Joachim von Ribbentrop, para renegociar un tratado entre los dos países.

Esa decisión se tomó en una reunión convocada en la tarde del 21 de junio, en la que sucedió una curiosa anécdota: Hitler admiraba la capacidad de lucha de los finlandeses, pero comenzó a divagar sobre el acierto de sus generales y, decididamente, menospreció a Mannerheim por sus retiradas. Se hallaba presente el general bávaro de tropas de montaña,

Eduard Dietl, comandante de las fuerzas alemanas en Laponia y gran especialista del tipo de guerra que se estaba haciendo en Finlandia. Al escuchar los comentarios de Hitler, Dietl, rojo de ira, dio un puñetazo sobre la mesa y se levantó:

> Esas opiniones carecen de valor, pues quien las hace no tiene conocimiento alguno de cómo es allí la guerra. Regreso a Finlandia y allí brindaré todo mi apoyo al mariscal Mannerheim.

Seguidamente, se marchó. Todos quedaron estupefactos y expectantes de la reacción de Hitler. Hubo un ligero silencio y luego ocurrió algo excepcional: sonrió y dijo admirativamente: «¡Este es el tipo de general que me gusta!»

Lamentablemente para las tropas alemanas del helado norte, el avión en que el general y sus colaboradores regresaba a su puesto de mando en Laponia sufrió un accidente el 22 de junio y todos perecieron. Hitler sufrió un gran disgusto porque apreciaba sinceramente a Dietl y conocía su gran influencia ante los militares finlandeses... Por eso ordenó que se mantuviera en secreto aquel accidente hasta que cumpliera su misión Von Ribbentrop, que a esas alturas de la guerra había perdido todo crédito dentro de la cúpula nazi; Göbbels se burlaba de él asegurando con toda seriedad: «Ribbentrop es un ser extraordinario; a los cinco años era tan experto en política como lo puede ser ahora.»

Ya en Helsinki, Ribbentrop propuso a los finlandeses un tratado de amistad y mutua ayuda que unificara el esfuerzo militar de los dos países y les comprometiera a no firmar una paz por separado. A cambio, Alemania le apoyaría con todos sus medios. Pero los finlandeses no podían llegar a tanto y sólo

logró arrancarles el compromiso de que no firmarían unilateralmente la paz con Moscú. A cambio de esa promesa de «resistir hasta el último hombre», los alemanes entregaron a Finlandia una pequeña ayuda, que, con todo, era mucho más de lo que valía el documento firmado: una división de infantería, una brigada de cañones de asalto con sesenta blindados y un centenar de piezas anticarro y antiaéreos.

Efectivamente, 2 meses después caía el presidente Risto Ryti, firmante del acuerdo con Alemania, y el Parlamento otorgó plenos poderes a Mannerheim, que se apresuró a anular aquel documento y a abrir negociaciones con Moscú para lograr un armisticio. Stalin estuvo de acuerdo, condicionando el alto el fuego a que los finlandeses desarmaran a las tropas alemanas que había en su territorio... Aunque esto se lo tomaron a beneficio de inventario y permitieron que los alemanes se retiraran, dejando tras sí un rastro de destrucción, los finlandeses lograron un aceptable acuerdo fronterizo con la URSS a cambio de aceptar el pago de unas compensaciones de guerra de 300 millones de dólares, fuerte suma que hubieron de pagar en 8 años... Para que se calibre adecuadamente el valor del dinero de entonces, sirva de comparación que las 635 toneladas de oro que había en el Banco de España, en 1936, tenían un valor de 715 millones de dólares y que, con ese dinero, financió la República casi todas sus importaciones de armas soviéticas.

Peor que Stalingrado

Hitler lo ordenaba todo, lo vigilaba todo, lo controlaba todo y, allí donde no entendía nada, improvisaba y su intuición

—infalible para él y su círculo— era mantenida por encima de cualquier opinión, por sensata y razonada que fuera. Mientras el Führer seguía con inquietud la marcha de las operaciones en Francia y las difíciles negociaciones con Finlandia, se ocupaba de labrar la ruina de su Grupo de Ejércitos Centro, que a las órdenes del mariscal Ernst von Busch guarnecía un amplio frente de más de 700 km, que comenzaba al norte de Vitebsk y descendía hasta Kovel. Las líneas de Von Busch entre Vitebsk y Mozyr, defendidas por los ejércitos III Panzer (Reinhardt), IV (Heinrici) y IX (Jordan), componían un saliente sobre Bielorrusia, residuo de los embates sufridos por el frente alemán en la última primavera.

Según todas las informaciones recogidas por el servicio de espionaje del coronel Reinhardt Gehlen y según delataban las observaciones aéreas, los soviéticos se aprestaban a atacar justamente sobre ese gran saliente. Hitler, sin embargo, tuvo la intuición de que era un simple amago para caer más al sur, sobre el Grupo de Ejércitos Ucrania Norte (Model), con objeto de penetrar en Europa central por Hungría y de ocupar los Balcanes... Nada ni nadie pudo hacerle cambiar de opinión, ni siquiera cuando la ofensiva llevaba 4 días en marcha y parte de los ejércitos de Von Busch había sido arrollado... Observe el lector que llovía sobre mojado: 3 semanas antes, la intuición del Führer de que el desembarco angloamericano se produciría al norte de Calais había impedido que Rommel pudiera defender adecuadamente la bahía del Sena.

En este punto, la pregunta surge espontánea e inevitable una vez más, ¿pero, es posible que Hitler dirigiera la guerra, que fuera tanta su osadía y tanta la estupidez de quienes le rodeaban? La respuesta parece, nuevamente, indudable: así era, por lo menos en esta época. Sobre el control que Hitler y su

círculo más íntimo ejercían sobre las operaciones militares puede recordarse la muy cualificada opinión del mariscal Erich von Manstein, que para muchos estudiosos de la Segunda Guerra Mundial fue el general más brillante de cuantos combatieron en ella. Manstein, que tuvo las más altas responsabilidades hasta 1944, fue retirado del mando en marzo de ese año y enviado a su casa. En Nuremberg, interrogado por los motivos que provocaron su destitución, declaró:

> Supongo que fue debido a la controversia sobre el liderazgo que se desató entre Hitler y yo. Mantuve con Hitler una pugna constante sobre el mando, desde el momento en que asumí el mando de mi grupo de ejércitos hasta el final. El jefe del Estado Mayor, Kurt Zeitzler, me dijo que las órdenes en aquella época las dictaban, sobre todo, Himmler y Göring.

A la pregunta de si era Hitler quien emitía la mayoría de las órdenes concernientes a estrategia militar, el mariscal respondió:

> Sí, pero discutí muchas veces sobre asuntos militares con Hitler y tuve la impresión de que estaba indudablemente influido por Göring y Himmler, que le habían predispuesto en mi contra. [Leon Goldensohn, *Las entrevistas de Nuremberg*.]

Hitler, Himmler, Göring... eran los personajes que decidían, con conocimientos muy escasos y lejos del frente, las operaciones militares y la situación de las tropas sobre las que iba a caer el peso de la formidable ofensiva de Stalin, la Operación Bagration.

Las disposiciones tomadas por los soviéticos para este ataque debieron ser bastante visibles, por la cantidad de fuerzas

que tomaron parte. El Ejército de Stalin, nuevamente reorganizado, tenía frente a las líneas del Grupo de Ejércitos Centro al Primer Frente del Báltico (Bagramian), Tercer Frente de Rusia Blanca (Cherniakovski), Segundo Frente de Rusia Blanca (Sajarov) y Primer Frente de Rusia Blanca (Rokossovski), los dos primeros bajo la coordinación general del mariscal Vasilevski y los otros dos bajo el control del mariscal Zukov. Sus efectivos eran impresionantes: cerca de dos millones de hombres, más de 30.000 cañones, morteros o lanzadores de cohetes, 6.000 carros de combate o cañones de asalto, cerca de 6.000 aviones.

La embestida de esa formidable fuerza iba a caer sobre cuatro ejércitos alemanes; los tres ya mencionados y el II (Weiss), situado en el sur de este frente, entre Mozyr y Kovel. Hasta bien poco antes del ataque contaba el mariscal Von Busch con 40 divisiones (39 de infantería y 6 Panzer), pero la intuición de Hitler le obligó a ceder alguna infantería y dos divisiones blindadas a Model. Resumiendo: cuando el 22 de junio rompieron el fuego más de 5.000 cañones soviéticos en la zona de Vitebsk, Von Busch se iba a enfrentar a unas fuerzas que le superaban 3 a 1 en hombres, 7 a 1 en blindados y 50 a 1 en aviones: aunque parezca increíble, la VI flota aérea (Von Greim) pudo poner en el aire tan sólo 24 cazas y menos de 100 bombarderos de todo tipo y apenas contaba con reservas de combustible.

Los temores de los generales alemanes en esta zona estaban, pues, bien justificados, cuando pedían una rápida retirada de Vitebsk y un repliegue hacia los ríos Dniéper y Beretsina, que hubiera acortado mucho su frente y dejado sin objeto al poderoso y evidente despliegue soviético. Berlín no quiso escucharles y el general Jordan tuvo que escuchar de Hitler:

«Otro general que mira siempre hacia atrás.» Vitebsk debería conservarse como ciudad fortaleza y resistir hasta el último hombre.

Las ciudades-fortaleza fue una de las más disparatadas genialidades de Hitler, que debía tenerlas fijadas en lo más profundo de su cerebro por los grandes asedios y resistencias de la Gran Guerra, como el de Verdún, o por epopeyas de la Guerra Civil española, como la del Alcázar de Toledo, o por las gestas soviéticas de Leningrado y Stalingrado en la propia Segunda Guerra Mundial. Incluso a la Wehrmacht le habían dado buen resultado en el primer invierno de la guerra en la URSS, cuando el Ejército soviético carecía de medios para avanzar profundamente hacia el oeste. A partir de 1943 aquella política ya era puro dislate: obligando a defender esos puntos condenaba unidades importantes al aniquilamiento y abría enormes boquetes en su frente —los espacios que dejaban de cubrir tales unidades encerradas en las ciudades—. Y no conseguía nada en absoluto, porque las vanguardias soviéticas no detenían su veloz avance y utilizaban en los cercos de las ciudades-fortaleza unidades de infantería con poco equipo móvil y escasa preparación, muy aptas para estos asedios, en los que se curtían los soldados y cobraban gran moral, pues su victoria era segura, aunque fuese por hambre y agotamiento de los defensores.

Efectivamente, en las ciudades en que se ensayó ese sistema, a finales de junio de 1944, la resistencia no duró más allá de una semana. Los defensores combatían en una tremenda inferioridad numérica, material y moral, conocedores que el frente se había alejado 100 o 200 km hacia el oeste y que, por tanto, su sacrificio era estéril.

Aparte de la inferioridad de medios a la que se enfrentaba, la situación del Grupo de Ejércitos Centro era, también,

muy inquietante en su retaguardia. A los evidentes preparativos que detectaban en las líneas soviéticas se unía la ofensiva guerrillera que les había martirizado durante todo el año, pero que se volvió terrible a partir del día 19 de junio. En la retaguardia de los 700 km que cubrían los ejércitos de Von Busch se calcula que operaba un cuarto de millón de guerrilleros —rusos blancos, ucranianos, polacos, judíos y hasta checoslovacos— que no sólo causó grandes trastornos en la retaguardia alemana en vísperas de ese ataque, sino que destrozó a centenares de pequeños grupos de combatientes que se retiraban hacia el oeste, tras la serie de derrotas de junio-julio de 1944. En sólo 3 días los partes alemanes notificaron cerca de nueve mil sabotajes, ataques, cortes de carreteras, voladuras, etcétera. La situación era especialmente inquietante cerca de Minsk, la capital. Al respecto, el general Tippelkirch, buen conocedor de la situación en Bielorrusia, reconocía después de la guerra que existía «una amplia zona boscosa y pantanosa desde el río Dniéper hasta cerca de Minsk, dominada durante toda la guerra por numerosas formaciones de guerrilleros, pues durante tres años no logramos limpiarla ni, mucho menos, ocuparla».

Así, los alemanes no podían pegar ojo durante la noche pensando en lo que tenían enfrente y temiendo lo que se movía detrás. La intensificación de las acciones guerrilleras preludiaba la gran ofensiva soviética de verano, cumplida revancha justo en el tercer aniversario del ataque alemán a la URSS.

El 22 de junio abrieron fuego cinco mil cañones soviéticos en el frente de Vitebsk. Según el general e historiador militar Claude Bertin, aquella madrugada tuvo lugar una de las preparaciones artilleras más terribles de toda la guerra.

Durante 3 horas, millares de cañones, en concentraciones de 100 a 200 tubos por kilómetro, golpearon las posiciones alemanas, enterrando literalmente a sus defensores:

> La famosa artillería rusa, poderosamente articulada, juega con el enemigo alemán como el gato con el ratón: tan pronto dispara en corto como lo hace en largo, cambiando el alcance una y otra vez, desconcertando a la infantería alemana que, cuando las trayectorias de los proyectiles se alargan cree que es inminente el asalto y corre a ocupar las primeras líneas, donde es nuevamente sorprendida y martilleada por los disparos en corto... [*El III Reich agoniza.*]

Las operaciones de los ejércitos de Bagramian y Cherniakovski rompieron el frente alemán en 48 horas de durísimos combates y comenzaron a montar el cerco de Vitebsk. Hitler se negó a permitir el repliegue y cuando, ante la evidencia del disparate, dio la orden de retirada, ya era tarde. Así perdió las cinco divisiones del 53° Cuerpo de Ejército, cuyo jefe, Gollwitzer, se rindió en compañía de dos centenares de hombres, heridos en su mayor parte. La pérdida de esas tropas abrió un agujero de más de 40 km en el dispositivo de Von Busch, permitiendo que los atacantes se dirigieran como flechas hacia Minsk, en la frontera con Polonia. Todo lo que se les oponía eran los restos del III Ejército acorazado de Reinhardt: tres divisiones con menos de 100 tanques y 70 cañones.

Observando aquel caos, los corifeos de Hitler olvidaban los graves errores de éste y le disculpaban, cargando las responsabilidades sobre los generales. En esta ocasión, la cabeza de turco sólo podía ser el mariscal Von Busch. El 26 de junio Himmler escribía a Hitler: «En mi opinión, el mando de

Grupo de Ejércitos ha dado muestras de blandura y fatiga bélica... De otra manera, este colapso sería inexplicable.»

Hitler estuvo de acuerdo, pero el desastre ya alcanzaba otros puntos en la zona central alemana. Rokossovski atacó al IX Ejército por el norte y el sur, cercándole en 2 días de lucha. El 29 de junio reducían los soviéticos la zona principal de la bolsa, capturando 16.000 prisioneros y enterrando 18.000 cadáveres. Este mismo día —muestra evidente de que eran completamente inútiles las ciudades-fortaleza— las vanguardias acorazadas de Rokossovski alcanzaban Ossipovich, a más de 100 km del punto de partida, y formaban la pinza izquierda de la gran operación de cerco que se cernía sobre Minsk, la capital de Bielorrusia.

En medio, Sajarov rompió el frente entre Orsha y Mogilev —otras dos ciudades-fortaleza— y cercó ambas, convirtiendo a sus guarniciones en bolsas móviles que se replegaban combatiendo trabajosamente, mientras no cesó de progresar hacia Minsk, donde convergieron cuatro ejércitos soviéticos el 3 de julio... Pero ya para entonces Hitler había relevado del mando a sus generales derrotados. Von Busch era sustituido por Model, de nuevo utilizado como apagafuegos, que se hacía cargo de dos grupos de ejércitos. Tippelkirch se ponía al frente del IV Ejército, Von Vormann, del IX. Model pidió inmediatamente una serie de retiradas para acortar las líneas y reunir una masa de maniobra capaz de parar la cuña soviética que progresaba hacia el oeste a partir de Minsk y cubrir el enorme hueco de casi 300 km que se había producido en el centro de sus líneas. Hitler no cedió. La consecuencia de todo ello fue una espantosa derrota mucho más grave que la de Stalingrado, valorada por el general Heusinger en unas veintiocho divisiones, unos 360.000 hombres, un tercio de los cuales fue hecho prisionero.

La mayoría de los especialistas en asuntos militares de la Segunda Guerra Mundial cree que la destrucción del Grupo de Ejércitos Centro y la derrota alemana en Bielorrusia fue el mayor revés sufrido por el III Reich en toda la campaña. Guderian, que en sus comentarios posteriores a la guerra reduciría la valoración de su colega Heusinger a la pérdida de veinticinco divisiones, escribiría: «Aquellos reveses fueron tan graves que Hitler se vio obligado a trasladar su cuartel general, a mediados de julio, desde Obersalzberg a Prusia Oriental.»

El 17 de julio los moscovitas tuvieron un espectáculo imprevisto: 57.000 prisioneros alemanes capturados en la bolsa de Minsk recorrieron las calles de la capital soviética, cumpliendo un triple objetivo de Stalin: el secretario general celebraba la marcha victoriosa de la guerra 3 años después de la invasión nazi; demostraba al pueblo soviético que la propaganda de Göbbels de que sus tropas se habían retirado ordenadamente era un simple engaño; y enviaba a sus aliados angloamericanos el mensaje de que la lucha en el frente del este era de una terrible dureza y no una guerra devaluada por los refuerzos que Hitler había enviado a la batalla de Normandía.

Sobre este desfile, cuenta Alexander Werth, el corresponsal británico de *The Sunday Times* que pasó toda la guerra en Moscú y dejó una elocuente visión del conflicto desde el lado soviético:

> Los más jóvenes silbaban y chillaban, llegando a arrojar objetos contra los alemanes, momento en que los adultos les llamaron al orden. En general, los hombres contemplaban el desfile en silencio, con gesto duro, pero muchas mujeres, sobre todo las de cierta edad, mostraban gran compasión e, incluso, muchas tenían lágrimas en los ojos al observar a aquellos harapientos Fritzes. Recuerdo a una anciana murmurando junto a

mí: «Lo mismo que nuestros pobres muchachos, también llevados a la guerra.» *[Rusia en la guerra: de Stalingrado a Berlín.]*

No se desplomó Hitler ante las aterradoras noticias, ni nadie le oyó jamás una disculpa o la más leve alusión a sus tremendos errores. Ese mismo día ordenó la formación urgente de quince nuevas divisiones de infantería, para la cual la Marina, la Luftwaffe, las SS y la industria deberían entregar efectivos. El ministro de Armamento, Speer, debía ceder 50.000 jóvenes de sus fábricas, aunque fueran especialistas, y ordenar un plan de emergencia a las industrias de guerra para que construyeran el necesario equipo. Deberían formarse inmediatamente una docena de brigadas blindadas, con unos 50 carros cada una.

Ante el inminente peligro que se cernía sobre Prusia Oriental, Hitler ordenó que se movilizara a la población para levantar fortificaciones que impidieran el paso al Ejército Rojo y se encuadrara a las milicias para que contribuyeran a la defensa.

Y mientras en la Guarida del Lobo se dictaban esas desesperadas medidas, cuatro grupos de ejércitos soviéticos seguían moviéndose hacia el oeste, penetrando por el enorme boquete abierto en el dispositivo alemán. Bagramian giró hacia el noroeste, amenazando al Grupo de Ejércitos Norte, con la clara intención de llegar al Báltico; Cherniakovski penetró en Lituania y avanzó hacia las fronteras de Prusia Oriental; Sajarov acompañaba este movimiento más a la izquierda, en dirección Grodno-Bialistok, con el propósito de caer sobre Varsovia por el norte; Rokossovski se dirigió en línea recta hacia la capital polaca, pasando previamente por Brest-Litovsk... A un ritmo superior a los quince kilómetros de avance medio diario, los soviéticos alcanzaban los arrabales de Varsovia y la frontera de Prusia en los primeros días de agos-

to, habiendo cubierto en algunos puntos hasta 600 km en 7 semanas de lucha.

Pánico en el Báltico

La velocidad de la penetración evidencia tanto el poderío soviético como la debilidad alemana y, también, que de poco servían las desesperadas órdenes de resistencia a ultranza que emitía Hitler. Al contrario, la prohibición de las retiradas que proponían los generales alemanes propiciaron el cerco y destrucción de numerosos ejércitos de la Wehrmacht que, de haberse podido retirar a mejores líneas de resistencia, hubieran sido de utilidad. Un caso emblemático es el del general Lindemann, jefe del Grupo de Ejércitos Norte, que acudió a Hitler cuando el hundimiento del Centro alemán era un hecho, para pedirle que permitiera su retirada tras el Dvina, ya que tenía su flanco derecho al descubierto por la desaparición casi absoluta del III Ejército Panzer. Lo que pedía el general era razonable, pero Hitler no cedió, atrincherándose tras una razón política y otra militar: si se replegaba, los finlandeses llegarían inmediatamente a una paz separada con Moscú y, por otro lado, según recalcaba Dönitz, si se abandonaba el golfo de Finlandia la Marina soviética entraría en operatividad impidiendo el adiestramiento de los submarinos en el Báltico. Ambas eran razones importantes, pero Hitler, según su costumbre, no terminaba el análisis de la situación, pues cuando se produjera el hundimiento del Grupo de Ejércitos Norte —y eso era inevitable en aquella situación— se materializarían tanto sus temores como los de Dönitz y, además, se perdería buena parte de un ejército y de sus armas.

Hitler destituyó a Lindemann y nombró como jefe a Friessner. Cuando éste se hizo cargo de aquellas fuerzas y analizó la situación, pidió a Hitler lo mismo que su antecesor. Fue en vano, de modo que, con su flanco derecho al descubierto, tuvo que enfrentarse a mediados de julio a fuerzas que le duplicaban en número y le cuadruplicaban en medios. Los soviéticos tomaban Pskov el 21 de julio. Con todo, y pese a su inferioridad, combatieron allí mucho mejor los alemanes que en el centro, quizás impulsados por la imperiosa necesidad de defender a la población civil letona, lituana y estonia, que se lanzó a los caminos en busca de una salida hacia el sur.

Destacó en los furiosos combates de final de julio el jefe letón de milicias Kreuger y sus voluntarios; allí se labró su leyenda como jefe de tanques el general Félix Steiner y se ganó su fama y condecoraciones Léon Degrelle —alma de la División Wallonie de las SS, compuesta por voluntarios belgas—, que combatió con valor y fortuna en varias acciones. Para permitir el repliegue de la población civil, unidades enteras pelearon hasta el último hombre —el 368° Regimiento alemán de granaderos no tuvo ni un solo superviviente— retrasando y ensangrentando el avance soviético.

Degrelle, al que Hitler le llegó a decir «si tuviera un hijo me gustaría que fuese como usted», dejó una dramática descripción del pánico reinante entre la población civil de Estonia ante el avance soviético:

> Miles de carruajes campesinos se mezclaban con los camiones militares. La carretera ardía por todas partes. Las mujeres lloraban golpeando inútilmente a sus vacas con las varas: los animales, extenuados, se negaban a continuar andando. Las cunetas estaban sembradas de alforjas, fardos, cestos, palanganas

de zinc, corderos muertos, jaulas de pájaros... a través de este caos, aquel desesperado río humano avanzaba hacia Reval, huraño, harapiento, emitiendo los gritos y lamentos más siniestros.

En este frente tuvo especial repercusión el atentado que sufrió Hitler el 20 de julio en la Guarida del Lobo. Curiosamente, cuando estalló la bomba, el general Adolf Heusinger, jefe de Operaciones del Estado Mayor General, estaba recomendando la retirada: «...Si el Grupo de Ejércitos Norte no se repliega, corremos hacia la catástrofe.» En ese momento estalló el explosivo oculto en la cartera amarilla del coronel von Stauffenberg, que, entre otros, hirió gravemente a Heusinger.

Y ese mismo día se volvería a hablar del Grupo de Ejércitos Norte: Hitler sólo fue herido en el atentado, pero los conjurados creyeron que había muerto y el general Ludwig Beck se hizo cargo de la jefatura del Estado Mayor del Ejército de Tierra, puesto que ya había desempeñado en 1938. En calidad de tal, a primera hora de la noche de aquella dramática jornada, ordenó al Grupo de Ejércitos Norte que rompiera el contacto con los soviéticos y se replegara. Beck dio esa orden lleno de emoción y quiso dejarlo escrito para la historia:

> Nadie puede saber el giro que tomarán los acontecimientos las próximas horas. No obstante, es cierto que suscitarán el interés de los historiadores futuros. Ordeno, incoar el proceso verbal en el que se relate la orden capital que doy y cuya ejecución puede permitir a la mayor parte del Ejército regresar a Alemania para tomar parte de la defensa de Prusia Oriental. Son las 20.21 horas.

También reinó la emoción en el Estado Mayor de los Ejércitos Norte, pero antes de que hubiera tiempo para tomar

una sola decisión llegó desde Berlín la contraorden: Hitler estaba vivo y ordenaba defender las posiciones en Estonia al este del lago Peipus. Para que no hubiera dudas, Friessner fue ascendido y enviado al Grupo de Ejércitos Ucrania Sur, cuyo jefe, el fanático Schörner, recibió el mando del Grupo de Ejércitos Norte. Pero poco podía arreglar allí el fanatismo y la dureza: lo que faltaban eran divisiones, tanques y aviones. A falta de ellos los alemanes fueron paulatinamente rechazados hacia el oeste y embolsados contra el Báltico. El 1° de agosto Bagramian cerraba la bolsa de Tukum, al oeste de Riga, aunque el embolsamiento no fuera muy firme y no resultara agobiante, pues la Marina alemana dominaba el Báltico, suministrando adecuadamente a sus ejércitos cercados y manteniendo los blindados soviéticos fuera del alcance de sus cañones.

La famosa intuición de Hitler no pudo impedir que Finlandia abandonara la lucha, ni que la Flota soviética cobrara libertad de movimientos en el Báltico, pero eliminó absurdamente a un grupo de ejércitos de medio millón de hombres: los que no perecieron en aquella desesperada y perdida batalla cayeron prisioneros y unos 260.000 quedaron embotellados en la helada península de Curlandia, donde entregarían sus armas al final de la contienda, tras 9 meses de inactividad, aunque exigiendo un importante desgaste: les protegieron los grandes buques alemanes, que Hitler había querido desmantelar a comienzos de 1943, avituallándoles y bombardeando las concentraciones costeras de los soviéticos. En esas labores participaron el crucero *Prinz Eugen* y los acorazados de bolsillo *Scheer* y *Lützov*, así como una veintena de destructores, guardacostas, minadores y lanchas rápidas. Como se verá, Guderian las reclamó tan reiterada como inútilmente a finales de 1944 y comienzos de 1945 para sostener el frente de Prusia, pero

Hitler, fuera de toda comprensión, se negó argumentando que las necesitaba allí para cuando iniciara su nueva gran ofensiva contra la URSS.

Y mientras desintegraban al grupo de Ejércitos Norte, los generales de Stalin disponían de medios, hombres e ideas para atacar las líneas alemanas en varios frentes a la vez: el 13 de julio atacaba Iván Koniev en el sur. Su Primer Frente de Ucrania estaba dotado de medios impresionantes: cerca de un millón de hombres con más de 16.000 cañones, morteros y lanzacohetes, más de 3.000 aviones y más de dos millares de blindados pesados. Frente a ellos Model —que conservaba también la jefatura de este grupo de Ejércitos— sólo contaba con unos 600.000 hombres y hubo de defenderse en inferioridad de 1 a 1,6 en infantería, de 1 a 2,5 en carros y de 1 a 6 en el aire. Este último fue el factor decisivo en esta dura batalla que daría a Koniev el sureste de Polonia y le llevaría a las fronteras de Checoslovaquia.

El ataque se inició el 12 de julio con un doble golpe en el norte y en el sur de Brody. Tras 48 horas de duro forcejeo, el I Ejército Panzer (Raus) fue taladrado y todos los contraataques blindados resultaron abortados en las cunetas de las carreteras por el abrumador poderío aéreo soviético, que se ensañó con los blindados alemanes. La tenaza se cerró sobre Lvov, donde quedó cercado el 13° Cuerpo de Ejército alemán, mandado por Hauffe, que se rendía el 23 de julio con 17.000 hombres. En la bolsa contaron los soviéticos cerca de 30.000 muertos.

Esa derrota abrió un amplio boquete entre los dos ejércitos que formaban este grupo denominado Ucrania Norte, amenazando con quedar cercado contra los Cárpatos el ejército de Raus. Model sacó tropas del Grupo de Ejércitos Ucrania Sur y replegó a Raus, mientras Koniev empujaba al resto de las

tropas alemanas hacia el curso del río San y aún más al oeste, pues estableció una cabeza de puente en Sandomierz, a más de 200 km de su línea de partida. En esas operaciones los alemanes no sólo sufrieron cuantiosas bajas humanas y destrucciones de armamento, sino también pérdidas importantes de materias primas, como el petróleo de los campos del sur de Polonia.

Si el desembarco de Normandía fue clave para que Alemania quedara prácticamente derrotada en el verano de 1944, donde verdaderamente se materializó el hundimiento nazi fue en el frente del este. En Normandía los alemanes habían perdido 400.000 hombres y cuatro mil blindados y cañones; en el mismo lapso de tiempo, las derrotas en el este les costaron 800.000 soldados (unos 380.000 muertos, casi 200.000 heridos que pudieron ser evacuados a la retaguardia alemana y más de 200.000 prisioneros y desaparecidos). Según fuentes soviéticas, durante esas operaciones, la Wehrmacht perdió 8.700 cañones, 2.700 blindados, 6.000 transportes...

Ante semejante catástrofe, el 27 de julio un portavoz militar soviético comunicaba: «[...] el Ejército alemán ha sido irremediablemente derrotado y disperso.» Rokossovski, que se había ganado el bastón de mariscal en la toma de Minsk, declaraba a una agencia británica: «Los alemanes caminan hacia la muerte. Desde hace tiempo no tienen gasolina. Las tropas han perdido todo contacto con sus estados mayores.»

Los dioses no están muertos

Hubieran quedado asombrados en Moscú de haber conocido con precisión las medidas que Hitler había adoptado para contrarrestarles y el optimismo que había en Alemania de que

en agosto se comenzarían a solucionar los problemas. Parte de esa nueva confianza la generaba Guderian, llamado por Hitler a la jefatura del Estado Mayor en sustitución de Zeitzler, la suscitaban las numerosas tropas organizadas en poco más de un mes por Himmler: 800.000 hombres, de los cuales 50.000 estaban encuadrados en unidades prestas ya a partir para el frente y 250.000 eran reclutas en período de instrucción.

No menores esperanzas suscitaban las nuevas armas y los programas de producción de Speer, que el 3 de agosto —2 días después de que Bagramian cercase al Grupo de Ejércitos Norte y 24 horas más tarde de que tomase Kaunas, la capital de Lituania— anunciaba a un grupo de gobernadores, reunido en Poznan, el incremento de la producción mensual de armamento: la del magnífico subfusil MPi-44 se multiplicaría por cinco, hasta 100.000 unidades; la de blindados pasaría de 1.680 a 3.200; la de cohetes V-1, de 3.000 a 9.000; la de cazas, de 2.927 a 4.800... Aquel discurso era un tanto hiperbólico y jamás logró tales cifras de producción, pero debe reconocerse que en esos meses la industria militar del III Reich, pese al diluvio de bombas que los aliados lanzaban sobre ella, funcionó con asombrosa eficacia, produciendo las cifras más altas de armas de toda la guerra y los productos tecnológicamente más avanzados, aunque su calidad se resintiera por falta de materias primas y de control en las fábricas.

Todo ello, más los refuerzos que acudieron al sector más amenazado del frente del este, la región de Varsovia, provocó que a comienzos de agosto reaccionasen las armas alemanas. Para aclarar mejor la situación hay que recordar que los ejércitos soviéticos estaban cansados, dispersos, muy lejos de sus bases originales; que sus aviones ya no tenían cerca los aeródromos, que la falta de técnicos y piezas de recambio paraliza-

ban a centenares de aparatos en el suelo; que en esa tremenda galopada de casi 50 días también habían sufrido cuantiosas bajas y gran desgaste en el material. Por el contrario, los alemanes —aunque igualmente agotados— renovaron su moral de lucha al ver que combatían casi en las fronteras de su patria y las unidades que resultaron decisivas en la contraofensiva eran divisiones blindadas selectas, frescas y, probablemente, al completo de sus efectivos. Allí llegaron, en su habitual misión de apagafuegos, las divisiones Panzer Hermann Göring, Totenkopf, Wiking y Grossdeutschland, una de las mejores unidades acorazadas que tuvo Alemania.

La contraofensiva alemana no era muy ambiciosa, pues carecía de medios para serlo. Se limitaba a eliminar las cabezas de puente establecidas por los soviéticos sobre el Vístula y el San. Y lo consiguieron parcialmente en Sandomierz, Pulaw y Magnuszew, mientras que al norte de Varsovia, aprovechando la mala colocación del III Cuerpo Blindado, avanzadilla de Rokossovski, cayeron sobre él ocasionándole diez mil bajas y la pérdida de medio millar de blindados. En fechas posteriores, este mariscal soviético declaraba al corresponsal de *The Sunday Times* en Moscú:



—Después de varias semanas de duros combates en Bielorrusia y Polonia oriental, llegamos el 1 de agosto a Praga [suburbio de Varsovia; no confundirlo con la capital checa]. Los alemanes contraatacaron entonces con cuatro divisiones blindadas y consiguieron rechazarnos.

—¿Cuánto les han rechazado?

—No puedo decirlo con precisión... unos 100 km. Ya hemos reanudado el avance de nuevo, pero lentamente.

El mariscal ya no estaba tan optimista como un mes antes, pero en Berlín no tuvieron tiempo de alegrarse. Una nueva complicación surgía en ese frente: la sublevación de la Armija Krajowa, el Ejército secreto polaco, mandado por Bor-Komorovsky, que luchó durante 2 meses entreteniendo en las calles de Varsovia a efectivos equivalentes a tres divisiones, y que obligó a la Luftwaffe a realizar centenares de misiones sobre la ciudad y a utilizar decenas de cañones que derrocharon munición día y noche, removiendo las ruinas de la martirizada capital polaca, cuando tanto la hubiesen precisado en otros lugares del frente.

De la conducción de la guerra, entregada con frecuencia por Hitler a mandos políticos absolutamente al margen de conocimientos y criterios militares, destaca el caso de Varsovia, cuyo control fue encomendado a Heinrich Himmler. El jefe de la maquinaria represora alemana estaba encantado y le llegó a comentar a su jefe:

> Aunque el momento es un tanto difícil, si lo contemplamos con visión histórica, lo que acaban de hacer los polacos es una bendición para nosotros. [Dentro de 5 o 6 semanas] Varsovia, la capital, el centro neurálgico de esta nación que contaba con dieciséis o diecisiete millones de habitantes, habrá quedado arrasada... Sí, la capital de esta nación, que nos ha impedido el paso hacia el este durante siglos y que ha sido siempre nuestra enemiga, desde la batalla de Tannenberg.

La batalla de Varsovia fue de nula utilidad militar, pero en este caso el III Reich no hubiera podido renunciar a ella, tanto por motivos políticos —no dar esperanzas a otras posibles sublevaciones— como por razones militares, pues Hitler aún

pensaba sostenerse en el Vístula y el éxito de sus contraataques al norte y sur de la ciudad, sobre todo en el barrio de Praga, a la derecha del río, alimentaban esa esperanza.

Stalin condenó a la destrucción y a la muerte al Ejército secreto polaco de Bor-Komorovsky, al que la proximidad de las vanguardias soviéticas y las incitaciones de la propaganda comunista habían impelido a sublevarse. Quizá la punta de lanza del Ejército Rojo estaba demasiado agotada para auxiliar a los polacos sublevados, pero Stalin hubiera podido hacer algo más de lo que hizo —absolutamente, nada—, por ejemplo, sacar tropas frescas del sector sur, donde el mariscal Timochenko preparaba la ofensiva contra Hungría y Rumania. También hubiera podido apoyar e incrementar el auxilio que los angloamericanos prestaron con sus suministros aéreos a los patriotas polacos, pero entorpeció cuanto pudo las operaciones de socorro, impidiéndoles utilizar su territorio. Hoy se sabe que Stalin condenó a muerte aquella sublevación y estuvo encantado de que Hitler la dominara, tras aniquilar a unos 22.000 sublevados, lamentando que los alemanes brindaran el tratamiento de prisioneros de guerra, de acuerdo con la Convención de Ginebra, a buena parte de los capturados. El dictador soviético hubiera deseado la muerte de todos aquellos patriotas para que el Ejército comunista polaco, que se estaba formando en la URSS, no tuviera obstáculo alguno en imponer su poder en Polonia.

Y mientras Varsovia ardía por los cuatro costados sin que Stalin quisiera ayudarla, ni permitiera que lo hicieran sus aliados occidentales ni los guerrilleros, los alemanes se apuntaban otro pequeño éxito en Letonia: la bolsa soviética que cercaba al Grupo de Ejércitos Norte se rompió en Tukum ante el ataque combinado desde el este y el oeste, con el apoyo de los caño-

nes del crucero *Prinz Eugen* y varios destructores. Un amplio pasillo permitió a la población civil escapar hacia Libau...

Berlín no tuvo tiempo para saborear esa modesta alegría porque al pequeño éxito se superponía un revés notable: Finlandia rompía el acuerdo de junio y negociaba un armisticio con los soviéticos.

El Conducator visita Palacio

Pero llovía sobre mojado. Ya para entonces se le habían ido a Hitler aliados mucho más importantes y queridos, como los rumanos. Hitler mostraba aprecio y admiración por su colega rumano Antonescu, el Conducator (un título más en la parafernalia fascista: Duce, Führer, Caudillo, Conducator). En una de sus conversaciones de sobremesa, comentaba:

> De origen germano y no rumano, Antonescu es un soldado nato. Su desgracia: tener rumanos bajo sus órdenes. Pero no olvidemos que hace sólo un año esas gentes huían desaforadamente ante los bolcheviques. Es maravilloso que Antonescu haya logrado sacar partido de tales tropas.

Y, en otro momento:

> Aparte del Duce, entre nuestros aliados es Antonescu el que causa mayor impresión. Es un hombre de gran clase que no se deja desmoralizar por nada y, además, un hombre incorruptibles... un hombre como Rumania nunca tuvo. [*Las conversaciones privadas de Hitler.*]

El 5 de agosto de 1944 se presentó el «querido amigo Antonescu» en el cuartel general de Hitler en Rastenburgo con un puñado de protestas y revindicaciones para su amigo el Führer. Antonescu no se sentía nada seguro respecto a los soviéticos, que habían guardado una tensa calma ante el sector del grupo de Ejércitos Ucrania-Sur mientras zarandeaban a los alemanes en los restantes frentes del este. El dictador rumano protestaba porque al jefe del Grupo de Ejércitos de Ucrania Sur se le había retirado diez divisiones para reforzar otros frentes y también de la ineficacia de la Luftwaffe ante la creciente actividad de la aviación soviética, cuyos bombardeos causaban graves pérdidas a su economía.

Finalmente, proponía a su aliado un sacrificio territorial por parte rumana para acortar el frente y mejorar sus posiciones defensivas, retrasándolas a una línea, dispuesta en los años treinta por los ingenieros belgas, que iba desde las bocas del Danubio hasta la ciudad de Galatz, luego se escudaba tras el curso del Siret y alcanzaba los Cárpatos.

Hitler habló a Antonescu durante horas y horas; minimizó los problemas de Alemania, restó importancia al atentado de la quincena anterior y fantaseó sobre sus armas milagrosas: nuevos y formidables tanques y cañones, un explosivo «en fase de experimentación» que no dejaba títere con cabeza en un radio de dos millas... bombarderos que volaban más rápido que cualquier caza conocido, de cohetes infinitamente más poderosos que las V-1. [...] Antonescu se fue, al fin, renunciando a insistir más sobre aquella prudente retirada que recomendaba y en la que él ponía la pérdida territorial. Cuando la comitiva de automóviles se puso en marcha, Hitler corrió hasta la ventanilla del dictador rumano y le gritó: «¡Antonescu!, ¡Antonescu!, ¡bajo pretexto alguno acuda al palacio del rey!»

Antonescu hizo parar su coche porque no entendía y Hitler volvió a decirle: «¡No vaya al palacio del rey!»

Antonescu no vería jamás las prodigiosas armas prometidas por Hitler, pero pronto pudo comprobar que su amigo estaba fatalmente equivocado sobre la situación real del frente, pero que tenía razón respecto al rey. Ante el frente rumano, que iba desde los Cárpatos al mar Negro, se concentraban los Grupos de Ejércitos de Malinovski y Tolbujín, con un millón de soldados de infantería, 1.500 tanques, una formidable artillería y el control del aire. Enfrente, Friessner —cuya mala estrella le condujo a encajar las derrotas en el norte y en el sur del inmenso frente ruso— disponía de unos 700.000 hombres (27 divisiones alemanas y 20 rumanas) para guarnecer una línea de 654 km en la tremenda desventaja de 1 a 1,4 en infantería, 1 a 5 en carros, 1 a 2 en artillería, 1 a 3 en aviones...

El 20 de agosto, de madrugada, Malinovski atacó frente a Yassi, haciendo tronar más de 4.000 cañones, morteros y lanzacohetes sobre un sector de apenas 20 km. Y, más al este, en Tiraspol, Tolbujín aun pretendió una destrucción mayor: sobre una zona de 30 km volcó el fuego de unos 8.000 tubos. Resistieron bien los alemanes los mazazos de Malinovski, pero Tolbujín abrió en canal al 3° Ejército rumano: avanzó rápidamente y, girando sobre su derecha, cayó sobre el VI Ejército alemán. Friessner tuvo que implicar en el combate todas sus reservas para evitar el desbordamiento y al finalizar el día debía batirse en retirada sin poder romper el contacto con los soviéticos. Ese día, el boletín informativo emitido por Moscú decía:

> Yassi, capital de Moldavia, está en poder de las tropas del Segundo Frente de Ucrania. El enemigo ha sufrido terribles

pérdidas: 25.000 muertos, 12.655 prisioneros, 187 tanques y 926 cañones destruidos o capturados...

Justo tras el desastre permitió Hitler el repliegue a la línea Danubio-Galatz-Siret-Cárpatos... Pero ya era tarde.

Ante la gravísima situación, el rey Miguel convocó en palacio a Antonescu y a su ministro de Exteriores y les pidió que gestionasen un armisticio con los soviéticos a la mayor rapidez. Ante las dilaciones del Conducator, el rey le hizo arrestar: eran las 5 de la tarde del 23 de agosto. A las 22 horas, por medio de la radio, el rey ordenó a las fuerzas rumanas que depusieran las armas. Hitler tomaba el té con sus colaboradores a media tarde de ese día. Una llamada directa desde Bucarest le interrumpió: su embajador Killinger y su representante militar ante Antonescu, general Hansen, le comunicaban que el dictador había sido detenido y que la policía rumana cercaba la delegación alemana... Hitler colgó violentamente el teléfono, exclamó furioso: «¿Por qué no me hizo caso? ¡Sabía que pasaría esto!»

Pero nada dijo de la retirada que 18 días antes había propuesto Antonescu, lo cual hubiera significado un zarpazo soviético al aire y el choque de los ejércitos rojos con las tropas germano-rumanas, apoyadas por buenas líneas defensivas. Rumania hubiera seguido siendo su aliada y Antonescu un amigo útil en vez de un cadáver político. En cambio, aquella tarde Hitler tuvo que adoptar una serie de medidas precipitadas para contrarrestar la defección rumana. Como habitualmente, también en aquellas circunstancias estuvo mucho más atento a satisfacer su venganza y su ira que a adoptar medidas militares razonables. Así, ordenó que la Luftwaffe bombardeara el palacio real y la presidencia del Gobierno y que un grupo de antiaéreos sacados

de Ploesti avanzase hacia Bucarest y tomase la ciudad. Lo único que logró es que los soldados rumanos se enfrentasen a los alemanes —con mayor entusiasmo que a los soviéticos, según parece— y que el nuevo jefe de Gobierno, general Sanatesco, declarara la guerra a Alemania el 25 de agosto...

La situación militar de Friessner se hizo desesperada. Todo el frente se convirtió en un colador y sus unidades quedaban cercadas ante el veloz avance soviético y las obstrucciones que en su repliegue pusieron los rumanos. La carrera hacia la retaguardia concluyó en la primera semana de septiembre. El día 5 de ese mes Moscú aseguraba haber ocasionado a los alemanes 150.000 muertos y de haberles hecho 106.000 prisioneros. Las cifras coinciden con las del cuartel general de Hitler: dieciséis divisiones totalmente perdidas.

El prestigioso historiador militar de la Segunda Guerra Mundial, el general Eddy Bauer, valora las pérdidas alemanas en los meses de junio, julio y agosto en 916.860 muertos, heridos, prisioneros, desaparecidos... Alemania, evidentemente, había agotado ya su capacidad de reclutamiento e instrucción. Sólo quedaban en retaguardia niños, viejos y obreros maduros, cuya militarización repercutiría en la industria bélica. Bauer dice refiriéndose a Hitler que durante la guerra: «No había aprendido nada; pero lo había olvidado todo.» En efecto, es difícil hallar en una mente humana semejante reiteración de los mismos errores.

Adiós al Olimpo

Pero el derrumbamiento en Rumania presagiaba otros desbarajustes y los alemanes no quisieron dejarse sorprender de

nuevo. Horas después del arresto de Antonescu, Hitler citó a sus colaboradores para una reunión especial y convocó incluso al mariscal Von Weichs para que analizase con él la situación creada en los Balcanes. De aquella reunión salió una decisión lógica, que se anticipaba a la evolución de los acontecimientos: el repliegue del sur de Grecia antes de que Bulgaria pactara con los soviéticos y comenzase a hacer méritos ante Moscú, atacando a los alemanes en la península helénica, cortando sus vías de comunicación con Europa central.

Excepcionalmente, en esta ocasión Hitler y el OKW acertaron. Ante el alto el fuego ordenado por el rey rumano, los regentes búlgaros —aliados de Alemania y en guerra con los aliados occidentales, pero no con la URSS— enviaron a Londres una comisión para enterarse de las condiciones de paz que les exigirían los angloamericanos. No dio tiempo Stalin a que metieran allí las narices sus aliados occidentales y el 5 de septiembre precipitó la situación declarando la guerra a Bulgaria. El Gobierno búlgaro hubo de pensar aprisa y no halló mejor salida que declarar la guerra a Alemania el 8 de septiembre.

Gracias a la anticipación y acierto alemán, Von Weichs pudo ordenar al general Löhr, jefe del Grupo de Ejércitos E, con cuartel general en Salónica, que se replegase hasta la línea Corfú-Olimpo, en el centro de la península griega. Löhr se puso rápidamente a la tarea, pues en el horizonte se cernía la tormenta, y pudo retirar a 450.000 hombres (300.000 hombres de la Wehrmacht y 150.000 de la Aviación, la Marina y la defensa antiaérea). Únicamente tropezó con el problema de la evacuación de las islas, en las que quedaron guarniciones alemanas con cerca de 30.000 hombres.

En esos días se produjo un acuerdo excepcional y secreto entre Londres y Berlín. Como puede suponerse, la retirada

alemana se realizó en condiciones dificilísimas, con pocos aviones y escasos buques, lentos e indefensos, que hubieran sido hundidos por los británicos de no haber mediado tal acuerdo. Speer cuenta en sus memorias que, a cambio de que se diera vía libre a ese repliegue, los alemanes se comprometieron a defender Salónica de los soviéticos hasta que hubieran llegado allí los británicos. Cuando terminó la operación que había sido propuesta por Jodl, Hitler comentó: «Es la última vez que nos prestamos a una cosa así.»

Apenas se había establecido el Grupo de Ejércitos E en el centro de la península helénica cuando Bulgaria declaró la guerra a Alemania, Hitler ordenó inmediatamente el repliegue a la línea Scutari-Skophe-Puertas de Hierro. Pero esa maniobra, que hubiera formado un frente continuo con los restos del Grupo de Ejércitos de Ucrania Sur, la impidieron los búlgaros. Mandaron éstos al combate a su V Ejército (Stantchev) con diez flamantes divisiones de infantería adiestradas por instructores de la Wehrmacht y equipadas por las fábricas de Speer y una potente división blindada (88 tanques Mark IV y 50 cazacarros Ferdinand), que Hitler, para tenerles contentos, les había regalado antes del verano.

Pese a todo, caro hubieran pagado los búlgaros su defección y ataque si muy oportunamente no hubiera cruzado el Danubio el Ejército de Tolbujín, que, con la colaboración de los partisanos de Tito, se abrió camino hacia Belgrado. El plan alemán de un frente continuo que impidiera a los soviéticos el acceso a las llanuras centroeuropeas se vino abajo, pero Löhr no perdió en ningún momento ni el tiempo ni el norte y eludió el inminente cerco replegando a sus cuatro cuerpos de ejército más al oeste, hacia Serbia, para establecer finalmente su cuartel general en Zagreb.

Y mientras la salida de los alemanes de Grecia promovía una guerra civil entre monárquicos y comunistas y una fricción internacional entre Londres y Sofía —que pretendía quedarse con los regalos territoriales que Hitler le había hecho a costa de Atenas—,el Ejército Rojo no daba respiro a la Wehrmacht y Malinovski giraba su movimiento hacia la izquierda, apuntando directamente a Hungría.

En el otoño de 1944 hacía ya mucho tiempo que Alemania había perdido la guerra. Prescindiendo de los ataques aliados y de los bombardeos sobre la población civil y las fábricas —lo que es mucho prescindir— calculaba Speer que la industria alemana quedaría paralizada en el segundo semestre de 1945 por falta de cromo turco, de níquel finlandés y del petróleo rumano y polaco... Evidentemente, durante el último verano se habían desmoronado las mínimas esperanzas de victoria que aún les quedaban a los alemanes más sensatos... Pero a partir de ese momento ya sólo funcionó el ciego fanatismo, que llevará a los jerarcas del III Reich al suicidio, tras haber hecho lo imposible por destruir a su propio pueblo hasta las mismas raíces.

Hungría, criminales prioridades

Hungría había sido ocupada por los alemanes tras haber detectado intentos negociadores del regente, almirante Horthy, con los aliados. Se mantenía, con todo, a éste en el poder, aunque estrechamente vigilado, cuando el Ejército Rojo llegó a las fronteras magiares. En esas críticas circunstancias se registró en Hungría otro de los casos de vesania política y criminal nazi en contra de los propios intereses bélicos: el

Gobierno pronazi presidido por Döme Sztojay accedió en marzo de 1944 a las demandas alemanas de incluir a su población judía en la Solución Final, para lo que Adolf Eichmann, responsable de enviar a los judíos a los campos de exterminio, se trasladó a Budapest.

Hungría se llenó de agentes de la Gestapo y de tropas de las SS, encargados de rastrillar a los judíos del país y conducirlos a los mataderos polacos. Increíblemente, mientras los aliados preparaban el desembarco en Normandía y mientras seis millones de soldados rusos se aprestaban a aplastar las defensas alemanas en el este, muchos millares de alemanes, húngaros y rumanos se empleaban a fondo para exterminar a los judíos de Hungría y Rumania y utilizaban grandes recursos en material de transporte para cumplir su misión asesina. El ministro de España en su delegación ante el Gobierno húngaro, Miguel Ángel Muguiro, escribía a Madrid:

> La ciudad aparece llena de individuos que ostentan la insignia amarilla de David. Muchas casas de judíos han sido saqueadas por la Gestapo y sus habitantes maltratados y arrestados por esa despiadada policía...

A Muguiro le sucedió como ministro en la legación española Ángel Sanz Briz, a cuyo esfuerzo e ingenio heroicos, con el apoyo igualmente valeroso y arriesgado de unos pocos colaboradores, debieron su salvación más de cinco mil judíos húngaros. El 24 de julio, Sanz Briz informaba a Madrid:

> El nuncio monseñor Rotta nos notificó que ha sido deportado casi medio millón de judíos, de los cuales dos tercios habrían sido ya asesinados y entre esos desgraciados deportados

se hallaban numerosas mujeres, ancianos y niños, perfectamente incapacitados para el duro trabajo y sobre cuya suerte corren los rumores más pesimistas.

Es decir, en medio del desbarajuste militar en Francia y la URSS, centenares de trenes habían transportado medio millón de judíos desde Rumania y Hungría hasta Polonia...

En agosto, Sanz Briz seguía enviando sus denuncias a Madrid sobre «las monstruosas crueldades que nazis y cruzflechados están perpetrando en Hungría contra individuos de raza judía»...Y esa persecución y búsqueda de judíos prosiguió hasta la llegada a Budapest de los soldados soviéticos, cuando gran parte de los campos de exterminio del este estaban ya cerrando sus puertas.

En 8 o 9 meses, mientras la tormenta rugía en el este y se acercaba a sus fronteras, Hungría y Rumania deportaron entre 700.000 y 800.000 de sus judíos (de un total de 1.052.000), lo que significó, aparte de un inmenso crimen, la disminución de trabajo, una profunda quiebra moral interna, un descoyuntamiento social, un ímprobo esfuerzo para policías, milicianos y soldados y una extraordinaria ocupación del material rodante... Es decir, cuando, lógicamente, todas las energías del III Reich hubieran debido concentrarse en organizar sus defensas y en rechazar los embates en el este y el oeste, un porcentaje importante de su esfuerzo se canalizó hacia la prioritaria Solución Final. Se calcula que más de 300.000 alemanes estuvieron implicados durante 1944 en el exterminio de más de un millón de judíos. ¿Cuantos trenes, camiones, automóviles, combustible, kilowatios de electricidad, armas, municiones, edificios administrativos, papeleos se utilizaron o consumieron para perpetrar el genocidio? Es decir, ¿qué cantidad de recur-

sos canalizables hacia la producción militar y hacia la guerra invirtió el III Reich en el exterminio de los judíos?

Y mientras la criminal y estólida política nazi exterminaba a los judíos húngaros, el destino inmediato del país se estaba anunciando en sus fronteras orientales. Frente a los ejércitos de Petrov, Malinovski y Tolbujín, Friessner apenas podía oponer unos 350.000 soldados, la mitad húngaros, de muy escaso valor combativo, como rápidamente se demostraría. El 6 de octubre atacó Malinovski en un frente de 70 km que separaba las ciudades de Arad y Salonta. Contra ese espacio lanzó el mariscal soviético unos 240.000 hombres apoyados por 500 carros. El III Ejército húngaro, que recibió la embestida, saltó en pedazos, colándose al final del día los soviéticos hacia el centro y, sobre todo, hacia el norte, buscando envolver al VIII Ejército alemán y coparlo contra los Cárpatos.

Tal fue la velocidad de progresión de los blindados soviéticos que se adelantaron mucho a su infantería, alargaron excesivamente sus líneas y, en su euforia victoriosa, despreciaron el poder alemán de reacción. Las divisiones acorazadas de Friessner diezmaron al VI Ejército blindado de la Guardia y pararon, también, el empuje de los tanques soviéticos en el sector central.

Bismarck hubiera capitulado

A las 13 horas del 15 de octubre el almirante Horthy anunció el armisticio. Pero los alemanes lo habían previsto y tenían los planes adecuados para contrarrestar esa decisión. El hombre encargado de realizar la operación fue Otto Skorzeny, al que entrevisté en 1973.

—El 10 de septiembre de 1944 se me citó en el cuartel general del Führer, en la Guarida del Lobo. Allí estuve varios días, durante los que asistí a numerosas reuniones en las que me enteré de los pormenores de la situación bélica, hasta que una tarde se me pidió que no abandonara la sala. Allí quedamos Hitler, Keitel, Jodl, Ribbentrop, Himmler y yo; entonces me informaron de que el regente de Hungría, almirante Nicklas von Horthy, estaba tratando de acercarse tanto a los occidentales como a los rusos para negociar con ellos una paz por separado. Pude advertir la gravedad del asunto sin muchas explicaciones: la defección de Hungría hubiera abierto a los soviéticos las puertas de Austria y no olvide que yo soy austriaco... Aparte que hubiera amenazado de cerco a todas nuestras tropas de Rumania y Grecia... Expuesta la situación general, Hitler me ordenó directamente: «Skorzeny usted preparará la ocupación de la Montaña y el Castillo de Budapest, por si el regente violara los tratados de alianza que tiene con Alemania.»

Yo debería dirigirme a Budapest con un potente grupo de comandos y paracaidistas para impedir que Horthy nos traicionara, con atribuciones, incluso, para secuestrarle. El mando supremo de la operación estaría a cargo de un general de artillería, pero la operación correría a cargo de mis comandos. Para que no hubiera problemas, extendió una orden escrita concediéndome amplios poderes.

Para esa misión —que denominé Panzerfaust— se pusieron a mis órdenes, aparte de mis propios comandos, dos batallones de paracaidistas, uno de fuerzas motorizadas y dos grupos de planeadores. En 4 días tenía reunidas esas fuerzas y poco a poco fueron enviadas a Budapest, donde ya nuestros servicios secretos seguían las andanzas del hijo del almirante, que se llamaba como su padre, Nicklas, y para distinguirlo le denominá-

bamos Nicki, de donde derivaría su nombre clave, *Micky Mouse*. Nicki estaba en contacto con agentes del yugoslavo Tito. No era difícil atar cabos: Horthy empleaba a los partisanos comunistas yugoslavos para entrar en contacto con los soviéticos.

Llegué a Budapest de paisano y con una identidad falsa. Me llamaba doctor Wolff. Durante varios días paseé por la zona en que deberíamos operar si llegaba el caso, al tiempo que, con la máxima discreción, me informaba en los diversos servicios que Alemania tenía en la capital húngara sobre la situación local y las posibilidades de actuación, que eran complicadísimas, pues la Montaña del Castillo, donde se hallaban las dependencias gubernamentales, era una zona tan amplia como fácil de defender.

Mis fuerzas ya se habían concentrado en los suburbios de la ciudad a comienzos de octubre. A tiempo, pues desde el frente llegaban informaciones de que la jefatura militar húngara de los Cárpatos estaba en comunicación con los rusos. También por esos días llegó a Budapest el general Walter Wenck, que, en caso de necesidad, debería tomar el mando directo de la operación. Y, entre tanto, nuestros agentes controlaban de cerca al hijo de Horthy y lograron enterarse de que se reuniría el 15 de octubre con los agentes yugoslavos. Tendimos la emboscada y, aunque nos costó algunas bajas, a las 10 de la mañana logramos capturar al joven y media hora después lo teníamos envuelto en una alfombra a bordo de un avión camino de Viena. Se trataba, como entenderá, de que su padre, ante el secuestro de su hijo, respetara los acuerdos firmados.

—No comprendo tantas cautelas. Ustedes dominaban Hungría. Horthy era un aliado dócil...

—No fue exactamente así. Militarmente, si contábamos con unidades de la Wehrmacht, era una cosa; si no existían,

otra muy diferente. En las ciudades teníamos agentes, pero no policías y soldados. En Budapest había poca más gente que la que yo había llevado y la que, en el momento crítico, nos prestó unidades militares.

—Iba diciendo usted que enviaron al hijo de Horthy a Viena y, sin embargo, fracasaron en sus propósitos, pues pocas horas después el regente Horthy llegó a anunciar que Hungría había firmado el armisticio con la URSS y, a las 13 horas, leyó este comunicado por radio: «Hoy parece evidente a cualquiera que razone con cordura que Alemania ha perdido la guerra. Todos los Gobiernos responsables del destino de sus países se ven obligados a sacar las consecuencias de esta constatación, pues como dijo un día ese gran hombre de Estado alemán que fue Bismarck, ninguna nación está obligada por sus compromisos a sacrificarse a sí misma en aras de una alianza...»

—Realmente no fracasamos, pero tengo que aceptar que llegamos un poco tarde. El acuerdo húngaro-soviético había sido signado el día 11 y la locución del almirante estaba grabada. Recuerdo muy bien cómo nos encontrábamos cuando escuchamos ese mensaje radiofónico. El Honved —la policía húngara— había tomado horas antes la Montaña del Castillo y controlaba todos los accesos; por eso, cuando dejamos a Nicki Horthy en el avión y supimos que el barrio gubernamental estaba en poder de la policía, comenzamos a adoptar medidas. Durante la alocución radiofónica de Horthy, la División 22ª de las Waffen-SS comenzó a rodear el perímetro de la Montaña. Por la tarde, mientras la Wehrmacht se hacía cargo de la situación, tomaba los centros vitales de la ciudad y enviaba al frente a hombres seguros para que las unidades no desertaran, yo recibí la orden de actuar. El momento fue fijado para las 6 de la madrugada del 16 de octubre.

—¿No intentaron negociar en vez de actuar en una operación que podría resultar muy sangrienta?

—Hubo muchos movimientos y muy confusos. Por un lado, nuestro embajador visitó a Horthy y le halló en medio de un ataque de locura. Le prometió que anularía todo, que no habría armisticio, pero le rogaba que liberaran a su hijo... Corría al teléfono, pero luego no hablaba... Esa noche, según me enteraría más tarde, el jefe del Gobierno húngaro, Geisa Lakatos, comunicó a nuestros diplomáticos que, para evitar la guerra civil entre los húngaros, dimitiría junto a su Gobierno a primera hora de la mañana siguiente y que el regente lo haría también. Más aún, Horthy solicitaba asilo político en Alemania para él, su familia y un grupo de amigos y colaboradores y pedía comprensión para la medida adoptada la víspera, provocada por la gravísima situación que vivía Hungría. Esas demandas le llegaron a Hitler de madrugada y respondió afirmativamente.

—Entonces, ¿por qué ustedes siguieron adelante con la Operación Panzerfaust?

—Porque nosotros nada supimos de todo eso. A esas horas ultimábamos los preparativos para nuestra actuación. Seguramente, el Führer trataba de que el escurridizo Horthy no le gastara otra broma... Sea como fuere, cuando comenzaba a clarear el 16 de octubre ya estábamos dispuestos. Mis hombres tenían como máxima consigna: «Los soldados húngaros no son nuestros enemigos.» No se debía responder a disparos aislados hechos desde lugares sin interés para la misión, sino tomar los objetivos asignados, mediante la fuerza si era necesario... A las 6, iniciamos la operación y aunque vimos soldados húngaros, ametralladoras en posición, policías, etcétera, llegamos a la explanada del Castillo, recorriendo como dos

kilómetros, sin que sonara ni un tiro. Allí había tres blindados, pero no intervinieron.

El acto final fue entrar en el edificio de la Presidencia, el Castillo. Un blindado arrolló el parapeto de sacos terreros que protegía la puerta y penetró en el patio interior. Allí había varios anticarros, pero sus dotaciones se apartaron de las piezas. Seguía sin sonar un tiro y el silencio de la mañana sólo era interrumpido por el ruido de nuestros motores y dos o tres explosiones de nuestros artificieros para volar algunas puertas. Cuando entré en el edificio, para conminar la rendición de la guardia, comenzaron a sonar disparos, incluyendo alguna ráfaga de ametralladora, pero el comandante de la fortaleza capituló sin mayor inconveniente y a las 6.15 había cesado el fuego. Habíamos sufrido cuatro muertos y doce heridos; los húngaros, parecido...

—¿Y Horthy?

—¡Ah, Horthy!... Había madrugado más que nosotros. A esas horas se hallaba en casa de un general de las SS, a cuya protección se había acogido a las 5.30 de la madrugada; su familia había pedido asilo en la legación del Vaticano. Le vi personalmente el día 18, en que me lo presentaron a él y a su familia pues se me ordenó que custodiara el tren en que partiríamos ese mismo día hacia Baviera, en cuyo castillo de Hirchberg establecería su residencia. Atravesamos Viena de noche y, ya de madrugada, el 19 de octubre, alcanzamos la estación más próxima a la residencia asignada al regente, donde esperaban varios automóviles y un camión para transportar los enseres de la familia.

De aquella actuación, aparte de buenas y amistosas relaciones con algunos militares húngaros, me quedó la felicitación del Führer, que me recibió el día 20. Me hizo relatarle toda la ope-

ración minuciosamente, requiriendo detalles; me concedió las hojas de roble en oro para la Cruz de Caballero y me ascendió a SS-Obersturmbannführer (teniente coronel). Aquel día me hizo las primeras confidencias sobre la operación que estaba planificando en las Ardenas, en las que deseaba que yo participase al frente de mis comandos.

Otto Skorzeny falleció 2 años después de esta entrevista, en 1975, aún aureolado por su fama de hombre de acción. Poco antes se le supuso implicado en una trama involucionista italiana, atribuida al príncipe Borghese. Para comprobar esa historia, le llamé por teléfono y, tras escucharme unos minutos, gritó: «¡Que se vayan todos al diablo!», y colgó.

Convertido Horthy en un rehén, los alemanes controlaron todo el país y prosiguieron la guerra, que comenzó a serles plenamente desfavorable, pues a sus éxitos contra los blindados soviéticos sucedió la pérdida de Debrecen, tomada por Malinovski el 20 de octubre. Incurrió, sin embargo, en otro error el mariscal soviético en su afán de aplastar contra los Cárpatos al VIII Ejército alemán: volvió a lanzar demasiado sus carros que, sin el apoyo de su infantería, fueron pulverizados por sendos ataques en ambos flancos en una serie de violentos combates que concluyeron a final de mes. Berlín anunciaba que había causado 20.000 bajas a los soviéticos y les había destruido o capturado un millar de carros y una cifra similar de cañones. Lo que no confesaban los portavoces alemanes era el coste: las divisiones acorazadas de Friessner no contaban más allá de 130 blindados, entre carros de combate y cañones de asalto o cazacarros. A cambio de ese desgaste, lograron los alemanes retirar a su VIII Ejército y formar un nuevo frente.

De esta época es una de las últimas hazañas bélicas del máximo as de la aviación alemana y el soldado más condecorado de aquel Ejército, el coronel Hans-Ulrich Rudel, que realizó 2.530 misiones de guerra volando en diversos modelos de Stuka, con los que destruyó 519 blindados, algunos aviones y el crucero soviético *Marat*. Volando con su avión preferido, el Ju 87-B-2, el modelo de Stuka cazacarros que armaba cañones de 37 mm, su grupo de combate localizó el 18 de noviembre de 1944, en la zona de Goengjes, una columna blindada soviética formada por camiones de suministro y tanques Josip Stalin, T-34 y Josip Stalin-2. En pocos minutos destruyeron veintidós blindados y numerosos transportes. Rudel, el destructor de tanques, acababa de descubrir uno de los mejores blindados que combatieron en la Segunda Guerra Mundial, el nuevo tanque soviético Stalin-2, con cañón de 122 mm, capaz de medirse a los Tiger alemanes y cuya coraza superior oponía dura resistencia a los cañones de 37 mm del Stuka. Volvería a verlos en abril de 1945, en el frente del Oder, cuando avanzaban hacia Berlín.

La hora del adiós

Breve fue el alivio que aquellas últimas victorias blindadas suministraron a la Wehrmacht, pues las nuevas líneas quedaron en peligro en el mismo instante de su constitución, porque por su izquierda ya recibía el ataque de Petrov y, por el centro, le embestía Malinovski, que si bien comenzaba a estar agotado, no es menos cierto que peor estaban los alemanes. A mediados de noviembre la artillería soviética de largo alcance bombardeaba ya los suburbios de Budapest. La pérdida de Hungría

era ineluctable al final del otoño de 1944: Friessner contaba apenas con esqueletos de divisiones de infantería, a veces por debajo de un tercio de sus efectivos (5.000 o 6.000 fusiles), mientras las acorazadas apenas si tenían efectivos de compañía... Berlín le envió refuerzos: tres divisiones de carros y tres batallones de Phanter, de reciente creación, pero en general dieron menor rendimiento del esperado, pues las máquinas no estaban bien probadas y las tripulaciones provenían de las levas masivas de Himmler, cuyo elevado entusiasmo nazi no podía sustituir su escaso adiestramiento.

Con todo, contribuyeron a frenar el empuje de Malinovski; pero ya se les venía encima a los alemanes otra amenaza. A finales de mes se presentó en el frente el mariscal Timochenko, encargado por Stalin de la coordinación de los esfuerzos entre todos los grupos de ejércitos soviéticos. Efectivamente, la coordinación iba a ser imprescindible porque por el sur, tras haber expulsado a los alemanes del este de Yugoslavia, atacaba Tolbujín con su Tercer Frente de Ucrania. En 2 semanas de fortísimos combates, atacando Malinovski desde el norte y Tolbujín desde el sur, el Ejército Rojo alcanzó los arrabales de Budapest y dominó con sus cañones el curso alto del Danubio, entre la frontera checa y la capital húngara, que quedaba cercada el 23 de diciembre con dos divisiones alemanas de caballería de las SS en su interior, ya que Hitler la declaró plaza fuerte... El Führer, que ya había dejado el sello de sus decisiones al pretender que, sobre un suelo tremendamente blando, los Panzer trataran de arrojar a Tolbujín contra el Danubio, recurría a su detestable afición por las ciudades-fortaleza.

Pero el dictador alemán era imprevisible y, el 24 de diciembre, ordenaba que dos divisiones acorazadas salieran de Prusia

Oriental para romper el cerco de la ciudad y sacar de ella a las divisiones cercadas. De nada valieron los informes de Gehlen —jefe del servicio de espionaje del este— sobre la inminencia de un ataque soviético a lo largo del Vístula; de nada, tampoco, los ruegos de Guderian, que pedía la permanencia de esas unidades en Prusia y el refuerzo de sus defensas con tropas inactivas en otros escenarios bélicos, ya inútiles para el III Reich. La intuición de Hitler decidía las operaciones y Guderian contaba desolado: «Todas las protestas fueron inútiles. En aquel momento Hitler consideraba más importante levantar el cerco de Budapest que defender Alemania Oriental.»

¿Cómo era posible una decisión tan absurda? Quizá la explicación resida en la creencia que tenía el Führer de que Stalin nunca atacaría zonas industrializadas de Alemania porque en ese caso sus soldados advertirían el subdesarrollo soviético. Por tanto, basándose en tan banal argumento, juzgaba que era ocioso defender Prusia pues el peligro verdadero se cernía sobre Hungría y Polonia.

Pero fue precisamente en Prusia, la región más oriental de Alemania, donde alcanzaron los soviéticos las tierras del III Reich. El 16 de octubre atacó Cherniakovski con enorme superioridad, pero halló durísima resistencia: los alemanes estaban descansados, peleaban por sus propias tierras y sobre fortificaciones fijas de cierta consistencia. El 19 de octubre rompieron los soviéticos las líneas alemanas y por el portillo se coló el XI Ejército de la Guardia, profundizando 45 km. El general Hossbach logró taponar la brecha con sus reservas y cayó por todos los lados sobre el aislado XI Ejército. Esa gran formación soviética escapó de la bolsa a costa de un tercio de sus efectos y de casi todo su material pesado: un millar de blindados y cerca de 500 cañones.

Moscú responsabilizó del revés al general Sajarov, jefe del Segundo Frente de Rusia Blanca, que debería haber acompañado la acción para montar una operación de embolsamiento, pero sus fuerzas no lograron abrirse paso en las defensas alemanas. Tras esas batallas y la reestructuración de mandos en los ejércitos soviéticos —pues los responsables del revés perdieron sus destinos— en el inmenso frente, que cubría Prusia Oriental y Polonia, reinó una relativa calma durante los 2 últimos meses de 1944. Cherniakovski, Rokossovski, Zukov y Koniev reorganizaban sus cansadas filas y recibían poco a poco el material para montar la ofensiva más poderosa de la guerra, mientras Hitler gastaba sus escasos recursos en frentes que inmediatamente se iban a revelar secundarios: las Ardenas, Hungría, Curlandia...

Al finalizar noviembre, Hitler decidió abandonar la Guarida del Lobo y establecerse en Berlín. Más que la proximidad soviética pesó en su decisión el ataque planificado contra los aliados occidentales en las Ardenas, del que quería estar cerca y, de forma más inmediata, necesitaba una intervención quirúrgica para que le extirparan un pólipo en las cuerdas vocales.

Dejó su cuartel general preferido el 20 de noviembre para nunca regresar. Su secretaria, Trauld Junge, consignó en sus memorias:

> Había llegado a encariñarme con la vida en el bosque y con el paisaje en la Prusia del este y la dejábamos para no volver. Hitler, probablemente, lo sabía, y a pesar de que ordenó que los trabajos de construcción prosiguieran como si fuese a regresar algún día, también él estaba en uno de esos estados de ánimo que se producen en las despedidas [...] Las ventanillas de su

vagón habían sido cubiertas para que no entrara la luz. Estaba sentado en su compartimento, con la luz eléctrica encendida, en fúnebre penumbra. Jamás le había visto tan apesadumbrado y distante como aquel día...

Capítulo VIII

Hitler juega mal y pierde. La batalla del Atlántico

«El Kaiser se equivocó al desarrollar una potencia naval que amenazó Inglaterra y obligó al gobierno británico a intervenir en la Gran Guerra», sostenía Hitler en *Mein Kampf.* Y tenía razón: aunque la intervención de Gran Bretaña en la Primera Guerra Mundial se debió a numerosas y complejas motivaciones, sin duda la amenaza naval fue uno de los motivos para su beligerancia con Alemania. Cualquier lector de la biblia nazi hubiera extraído la conclusión de que Hitler no tropezaría en la misma piedra. Incluso, en sus primeros años como canciller, se cuidó de no suscitar ni siquiera una sombra de amenaza naval contra el Reino Unido. En ese sentido, fue hábil la negociación del III Reich del Tratado Naval de Londres, firmado en 1935, por el que el Gobierno británico aceptaba que Alemania construyera una flota equivalente al 35 por ciento y al 45 por ciento de las suyas de superficie y submarina, respectivamente. El capítulo de los sumergibles podía ser modificado hasta alcanzar el cien por cien de la británica a cambio de reducir el tonelaje de superficie.

Cuando se estableció el acuerdo, Hitler se sintió satisfecho porque la Marina del III Reich estaba muy lejos de alcanzar tales porcentajes y porque no pensaba por entonces en una Flota para medirse a los británicos, sino a polacos, rusos o franceses, en combinación con la Marina italiana. Un análisis de los planes de construcción alemanes muestra que eran menos equilibrados de lo que el Almirantazgo suponía. Aunque algu-

nos buques construidos o en proyecto tenían un concepto muy moderno, como los acorazados de bolsillo, en dos aspectos era un plan anticuado, lejos de las doctrinas navales más modernas. Se pretendía tener unos treinta buques de superficie de tamaño crucero ligero a acorazado, es decir, de 6.000 a 30.000 toneladas o más, con motorización a vapor y, por tanto, con velocidad y autonomía convencionales —exceptuando a los acorazados de bolsillo— y se relegaban o minimizaban los navíos que protagonizarían la siguiente conflagración: portaaviones y submarinos.

Los planes de Hitler cambiaron en 1938. En la segunda mitad del año, tras la crisis de Checoslovaquia, el Führer comunicó al gran almirante Erich Raeder que los planes de construcción de la Flota deberían ser ampliados, considerando que Gran Bretaña se contaba ya entre los potenciales enemigos. Poco después, Raeder le presentó una alternativa: un plan rápido, económico y muy amenazador para el tráfico mercante británico, consistente en terminar los buques de superficie que estaban en marcha y lanzarse a una masiva construcción de submarinos, hasta alcanzar un mínimo de 300. La ventaja de ese proyecto consistía en que era realizable con los medios existentes, dotaba al III Reich de un poder temible y, sin embargo, no intranquilizaría al Reino Unido, pues estaba dentro de lo firmado en Londres.

El segundo plan consistiría en desarrollar la flota de superficie y submarina muy por encima de lo acordado en 1935: veintidós acorazados de hasta 64.000 toneladas; cincuenta y dos cruceros de 5.000 a 12.000 toneladas; 158 destructores y torpederos; cuatro portaaviones de más de 20.000 toneladas y 250 submarinos. Se trataba del famoso Plan Z, que, aparte del incremento numérico de los buques, tenía la virtualidad de que

su propulsión sería diesel, con el consiguiente incremento de velocidad y autonomía... Con esa flota, aunque inferior a la británica, la Kriegsmarine hubiera podido yugular el tráfico naval inglés, que, para recibir las 130.000 toneladas diarias de suministros exteriores que necesitaba, debía tener 2.000 mercantes simultáneamente en los océanos.

Pero el Plan Z padecía, al menos, de cuatro graves problemas. El primero, político: Hitler cayó en el mismo error que el Káiser, es decir, desafió al poderío naval británico. Una de las múltiples razones que impulsaron a Gran Bretaña a declarar la guerra a Alemania tras la invasión de Polonia, el 1 de septiembre de 1939, fue la indudable amenaza naval que el Plan Z supondría para sus intereses oceánicos en un futuro no muy lejano.

Peor aún. Hitler arrojó su guante a Gran Bretaña el 26 de abril de 1939 cuando denunció el Tratado Naval firmado en 1935. Eso significaba que debía darse por concluido cualquier intento de convivencia amistosa con Londres, puesto que Berlín lo denunciaba mucho antes de alcanzar el tope de construcción pactada. El Führer, con tanta capacidad para ser taimado en muchos momentos, en este fue sólo brutalmente torpe.

El Plan Z padecía, también, de un problema técnico: estaba desequilibrado y un tanto anticuado: grandes blindajes y grandes cañones, dando la espalda al poder aéreo (sólo cuatro portaaviones) que ya todas las armadas consideraban prioritario, tanto que Gran Bretaña, Francia, EE.UU. y Japón tenían, en 1939, en servicio o construcción unos sesenta portaaviones.

El proyecto era, en tercer lugar, displicente respecto a las necesidades reiteradas por el arma submarina, lo que daría lugar a una fuerte antipatía de Dönitz con respecto a Raeder. En la dura y moderna escuela de submarinistas fundada y dirigida

por Dönitz se estudió minuciosamente, a comienzos de 1939, la manera de yugular el tráfico mercante británico y las conclusiones fueron, según recoge Andrew Williams, que se necesitaría una flota de 300 sumergibles —cien operando, cien, rumbo a la zona de operaciones o de regreso a la base y cien, en reparación o puesta a punto— para lograrlo en dieciocho meses. Las pretensiones, demandas y consideraciones de Dönitz cayeron en saco roto, sobre todo porque Hitler confiaba en Raeder y éste suponía que «la guerra en el mar se ganaría en superficie, no bajo el agua» [*La batalla del Atlántico*]. De esa política y de otros debates técnicos se derivó el que entre 1935 y 1939 se le entregaran a Dönitz sólo sesenta y tres sumergibles.

Sobre la mentalidad oficial de la Kriegsmarine, dice mucho el orden de prioridades establecido:

> Ocuparán el primer lugar los barcos de guerra y los submarinos, los primeros como núcleo de la flota total que sólo podrá constituirse mediante trabajo a largo plazo y los segundos como único medio eficaz operativo de la guerra marítima en la época de nuestra debilidad. [...] Los portaaviones, en cambio, ocuparán el último lugar en cuanto a urgencia. [F. Ruge, *Der Seekrieg, Historia de la Marina de guerra alemana*.]

El cuarto problema planteado por el Plan Z era de índole material. Los astilleros e industrias auxiliares alemanas carecían de capacidad para completar aquel proyecto en menos de 9 o 10 años... De hecho, aunque Alemania cuadruplicaría su producción naval en los años siguientes, a aquellas alturas no podían botar anualmente más allá de 120.000 toneladas de buques. Cuando esto se le comunicó a Hitler, no le prestó mucha atención pues dijo que necesitaría esa flota hacia 1946.

De la improvisación en que en tantos aspectos se movió la política nazi resulta expresivo uno de los párrafos de las memorias de Dönitz, que se hallaba muy preocupado en la primavera de 1939 sobre la posibilidad de que se llegara a una guerra con Gran Bretaña. El 22 de junio el gran almirante Raeder tranquilizó a sus inmediatos subordinados «... Participándoles la respuesta que le había dado Hitler: "Se cuidaría de que en ningún caso se llegase a una guerra contra los ingleses. Porque eso representaría el *Finis Germaniae*"». Seis semanas después, Gran Bretaña había declarado la guerra a Alemania.

Así, cuando comenzó la guerra, que exigió inmediatamente el empleo a fondo de la Flota, el III Reich sólo contaba con dos acorazados más bien débiles (nueve piezas de 280 mm), 3 acorazados de bolsillo, 8 cruceros (de ellos, 6 ligeros), 34 destructores y torpederos y 57 submarinos. Casi un tercio de esa fuerza quedó destruida o dañada en la campaña de Noruega, a comienzos de 1940.

De donde se concluye que al comenzar la batalla del Atlántico Hitler había incurrido en varios errores graves: la elección del Plan Z, políticamente, ponía a Gran Bretaña en el disparadero de implicarse en la guerra; industrialmente, situaba el proyecto fuera de sus posibilidades reales; la anticuada elección de los buques y su designación de las prioridades es imputable a Raeder y sus colaboradores, pero también a la ilusión y el orgullo que los grandes monstruos de acero inspiraban a Hitler en esta época. La elección de portaaviones y submarinos tras el acuerdo de Londres le hubiera permitido a Alemania disponer de dos centenares de submarinos en 1940 y de cuatro portaaviones en 1940-1941.

Peor fue la política aérea del III Reich respecto a la Marina. Hitler tuvo una especial predilección inicial por la Luftwaffe, un

arma nueva y con ilimitadas posibilidades, por más que en la Gran Guerra ya hubieran volado millares de aeroplanos. Así, en una de sus recordadas frases ingeniosas anteriores a la guerra, Hitler pretería a la Kriegsmarine: «Mi aviación, nacionalsocialista, mi Ejército, conservador, mi Marina, cristiana.» A ese valimiento original se unía la predilección, la simpatía y la fe ilimitada —lamentable en tantas decisiones— que sintió por su amigo Hermann Göring desde que se fundó el partido nazi hasta que, ya en 1943, Alemania comenzó a ser víctima de grandes bombardeos, que la Luftwaffe era incapaz de contrarrestar. Esa confianza ciega, contra la lógica, contra los consejos de la mayoría y contra el ejemplo de lo que estaban haciendo los británicos, los japoneses y los norteamericanos, hizo que Hitler permitiera a Göring mantener presuntuosamente: «Aquí, todo lo que vuela es mío.»

De esa forma, el adiestramiento operativo entre la Luftwaffe y la Kriegsmarine fue casi nulo, todo lo contrario de lo que ocurría entre la Luftwaffe y la Wehrmacht. Es sorprendente lo contradictoria que puede resultar esa situación: la supermodernidad que entrañaba la guerra relámpago, que combinaba aviones, blindados, fuerzas motorizadas y el atraso de una fuerza naval, planteada en los años treinta, sobre las doctrinas navales imperantes a comienzos de la Gran Guerra, es decir, blindajes y cañones, con escasa cooperación aérea. Quizá sea exagerado, pero en la Marina alemana se decía que los primeros buques hundidos por la Luftwaffe fueron tres de sus destructores. Ante la escasísima cooperación aérea, Dönitz, desesperado, le espetó a Hitler en 1943:

> Los historiadores contarán la Segunda Guerra Mundial de distintas maneras —según su nacionalidad—, pero serán unáni-

mes en algo: en el siglo xx, el siglo de la aviación, la Marina alemana combatió sin exploración aérea y sin tener aviación propia, como si el avión no se hubiera inventado, y les parecerá inexplicable. [*Diez años y veinte días.*]

Este planteamiento fundacional de la Marina de guerra alemana explicará muchas de las cosas ocurridas durante el conflicto. Asombrará la perspicacia de la jefatura del arma submarina al presentir en los años treinta las limitaciones de algunos de los inventos de localización submarina cacareados antes del conflicto, como el ASDIC, y al calcular que, en 1940-1941, hubiera podido estrangular el tráfico mercante británico con 300 submarinos, y extrañará que a un arma tan preterida en los presupuestos militares y privada de apoyo aéreo se le exigiera tanto. El arma submarina, que a escala de influencia en la Segunda Guerra Mundial es casi tanto como decir la Kriegsmarine, ofrece un 70 por ciento de muertos y desaparecidos en el total de sus tripulaciones, el mayor porcentaje de bajas de las Fuerzas Armadas alemanas.

La hora de los tiburones

Derrotada la Luftwaffe en su confrontación con la RAF en la batalla de Inglaterra, se abortó la posibilidad de un asalto alemán a las islas Británicas. Desperdiciada, por los motivos ya expuestos, la oportunidad de la Operación Félix, Berlín perdió su opción de apoderarse de todo el Mediterráneo y de amenazar gravemente las líneas de comunicación británicas desde bases inmejorables. Pero aún le quedaba a Berlín una tercera posibilidad de doblegar a Gran Bretaña: aislarla, destruir

el poder de su flota comercial utilizando los muy modestos medios de la Kriegsmarine. Pese a ello, no era una utopía. Hasta entonces, los éxitos navales habían sido prometedores, sobre todo para los sumergibles de Dönitz: 39 hundimientos en los 2 primeros meses de la guerra.

Uno de ellos, por ejemplo el *U-47*, mandado por Günter Prien, había destruido tres mercantes en su primera expedición. Cuando regresó, fue citado por su jefe, que le propuso una misión singular: el ataque a Scapa Flow, base de la Marina de guerra británica en las Orcadas, en el extremo norte de las islas Británicas. El lugar constituía un refugio natural fantástico para la Royal Navy, tanto frente a los temporales como ante posibles ataques enemigos y, a la vez, un observatorio avanzado sobre las posibles rutas de los buques alemanes para alcanzar el Atlántico. La base era tan buena para los británicos como tentadora para los alemanes, que durante la Primera Guerra Mundial habían fracasado varias veces en sus intentos de penetrar en ella. Además, Scapa Flow tenía para Berlín un especial simbolismo: en ella se ofició una de las reiteradas humillaciones de la derrota alemana de 1918, pues allí tuvo que entregarse a los vencedores la marina de guerra del Káiser... Por lo cual era un lugar adecuado tanto para una hazaña como para una venganza.

En la Gran Guerra, los canales secundarios de acceso a la base habían sido cegados con viejos cascos de buques cargados de hormigón, pero los años no habían pasado en balde y la observación aérea alemana descubrió en 1939 que las fuertes mareas habían removido los obstáculos en algunos canales, que serían transitables con mar tranquila. Las condiciones meteorológicas resultarían apropiadas en la noche del 13 de octubre de 1939.

El *U-47* se hizo a la mar en Kiel, el 8 de octubre. Navegaba por la noche y durante el día reposaba en el fondo, para evitar

que una detección inoportuna abortara la misión. El día 13 lo pasó sumergido cerca de Scapa Flow. A las 19.45 horas emergió, hallando que, para sus propósitos, el «horizonte estaba asquerosamente claro». Luego de avanzar penosamente, luchando contra la resaca, penetró en el Kirk Sound, un canal angosto (15 m de ancho por 7 de profundidad) plagado de obstáculos. El piloto debía gobernar el *U-47* con sumo cuidado, para evitar las herrumbrosas chapas de viejos buques hundidos allí 30 años antes. Una de aquellas aristas de viejo acero podía abrir el casco del sumergible; un golpe inoportuno sería como un toque de campana en el silencioso puerto; un cable, de los muchos enredados entre aquellos restos, podía incluso atrapar al *U-47* o enredarse en la hélice... Eso estuvo a punto de ocurrirles: «La popa toca el cable, pero el navío queda libre, es arrastrado a babor y gracias a una difícil y rápida maniobra recupera su rumbo», anotó Prien en su cuaderno de bitácora.

A las 0.30 horas, desde la torreta, el comandante observa alarmado el reflejo de las luces de un coche que circula por el puerto. Un poco más y hubiera iluminado de lleno al sumergible. «Estamos dentro», comunica a la tripulación. Si alguna euforia sintió entonces aquel comandante de treinta y un años, tan sereno como resuelto, se le pasó enseguida. La base estaba vacía. Hubieron de registrarla tan sigilosa como pacientemente durante casi media hora hasta que hallaron dos buques, que Prien identificó como los acorazados *Royal Oak* y *Repulse*. Se dirigió hacia ellos y, a una distancia de 3.000 m, lanzó cuatro torpedos.

En silencio, con el aliento contenido y el corazón en un puño, los oficiales alemanes trataban de adivinar las estelas de sus proyectiles mientras controlaban con sus cronómetros el tiempo de la explosión. Enfrente, el dormido objetivo hacia el que avanzaban los cuatro letales peces de plata, era el viejo

acorazado *Royal Oak*, un poderoso navío de la Gran Guerra, con potentes cañones, pero demasiado lento, es decir, poco apto para acciones militares con la Flota. Seguía en servicio, con una tripulación novata de 1.200 hombres, que a aquellas horas reposaba en sus literas tranquila y confiada. El segundo buque de guerra, que tuvo la fortuna de salvarse de los torpedos del *U-47* no era el *Repulse*, sino el portahidroaviones *Pegasus*.

A la 1.04, según alguno de los que estaban de guardia en el *Royal Oak*, el buque se estremeció de proa a popa a causa de una fuerte explosión... Pero no se apreciaron daños importantes y a nadie se le ocurrió que les estuviera atacando un submarino, por lo que supusieron que se trataba de una explosión interna. Mientras los servicios de guardia trataban de aclarar lo sucedido, la mayoría siguió durmiendo y no parece que se adoptaran medidas de emergencia.

A 3.000 m, Prien observó que un torpedo había alcanzado el objetivo y fallado el resto. Maniobró y largó un torpedo de popa mientras cargaban los de proa. No se registró explosión alguna. A la 1.25 y a unos 2.500 m de distancia, ya con los tubos de proa cargados, disparó tres torpedos. Los tres acertaron y estallaron; el último de ellos afectó a un polvorín de cordita, amplificando el efecto del torpedo, la explosión, las llamas, el humo y la confusión, que fue aterradora a causa de los incendios y la oscuridad en que quedó sumido el interior del acorazado. Inmediatamente comenzó a embarcar miles de metros cúbicos de agua, que inundaron las cubiertas bajas, atrapando a los tripulantes, mientras se inclinaba fuertemente a estribor, dificultando las labores de salvamento.

A Prien le parecía imposible que aún no hubiera sido visto, de modo que decidió no tentar más a la suerte y se esca-

bulló hábilmente por donde había entrado. Alcanzó aguas libres a las 2.15 del 14 de octubre de 1939, cuando el veterano acorazado llevaba ya 20 minutos en el fondo de su amarradero, a 30 m de profundidad. Tras darse la vuelta, se había hundido por completo en menos de un cuarto de hora, llevándose al fondo los cuerpos de 833 tripulantes. Sólo 367 pudieron salvarse, algunos con tremendas quemaduras. En su cuaderno, Prien anota escuetamente: «Lamentablemente sólo destruimos uno.» Más lo hubiera lamentado de haber sabido que los británicos tardarían un día en advertir que había sido un submarino. Realmente hubiera tenido tiempo de acercarse un poco más y hundir al portahidroaviones.

En Gran Bretaña lamentaron la elevada pérdida de vidas y la inseguridad de Scapa Flow, pero se felicitaron de que no hubiese estado en la rada ninguno de sus acorazados o portaaviones nuevos y comenzaron a repasar sus defectuosas medidas de seguridad. Winston Churchill comenta en sus *Memorias*:

> [...] La oposición no trató de sacar provecho de la desgracia. Prometí que se haría una rigurosa investigación. El hecho demostró lo necesario que era perfeccionar las defensas de Scapa contra todo tipo de ataques antes de permitir su uso. Transcurrieron casi 6 meses antes de que pudiéramos disfrutar de sus enormes ventajas.

En Alemania, por el contrario, exultaban de alegría. Prien fue condecorado por Raeder con la Cruz de Hierro y, cuando llegó a Berlín, donde toda la tripulación recorrió en triunfo la ciudad, Hitler le condecoró con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro. Andrew Williams comenta:

Tan sólo un mes antes Hitler había mostrado abiertamente su escepticismo acerca de la utilidad del arma submarina y ahora le parecía la auténtica imagen del ingenio, el coraje y destreza militares. [*La batalla del Atlántico.*]

La última singladura del *Graf Spee*

El arma, que con tantas dificultades y restricciones había organizado Dönitz, demostró su valía en todo tipo de operaciones: minado de las costas británicas, espionaje, seguridad y ataque al tráfico mercante. En los 6 primeros meses de guerra, desde septiembre de 1939 a febrero de 1940, hundieron los alemanes unos 400 barcos, con un registro de millón y medio de toneladas; de esa destrucción eran responsables principales los submarinos y las minas: 314 mercantes con un registro de 1.096.500 toneladas, además del acorazado *Royal Oak*, el portaaviones *Courageous* y de haber averiado de consideración al acorazado *Nelson* y a dos cruceros. La marina de superficie y la aviación hicieron el resto. El precio pagado fue de 14 submarinos y un acorazado de bolsillo.

La gran contrariedad de la Kriegsmarine en 1939 fue, precisamente, el barrenamiento del *Graf Spee* en el Río de la Plata y, más que por su pérdida, por cómo se produjo. El buque llevaba más de 3 meses en la mar, causando estragos en el tráfico mercante franco-británico y entreteniendo a numerosos grupos de combate aliados que le perseguían inútilmente. El comandante de la nave, Hans Langsdorff, era uno de los hombres más admirados en aquellos días y, de pronto, de forma tan inexplicable como absurda, destruía su nave frente a Montevideo, la mañana del domingo 17 de diciembre de 1939.

«Es incalculable el daño que ese individuo ha causado a la imagen militar de Alemania», dijo Hitler, cuando le comunicaron el desastroso final del *Graf Spee*. La noticia llegó a Berlín, dada la diferencia horaria, a las 20.50 y el Führer se cogió tal berrinche que hasta las 3 de la madrugada no logró serenarse para hilvanar un comunicado que salvara las apariencias: «Vistas las circunstancias, el Führer ordenó al capitán Langsdorff que destruyera el buque volándolo.» El Führer durmió poco y mal, pues se levantó ojeroso y de un humor de perros, que empeoraría conforme se fue enterando de los detalles. Según comunicaba su embajada en Montevideo, el barrenamiento del buque había sido todo un espectáculo, presenciado por millares de personas, congregadas en el puerto aprovechando el descanso dominical, y sus restos, hundidos en aguas poco profundas, podían aún verse humeantes: todo el casco estaba por encima del nivel del agua y su puente era como una torre en el estuario del Plata...

Sesenta y cinco años después, lo ocurrido con el *Graf Spee* sigue sido un misterio, cuyas consecuencias tendrían gran calado en las decisiones de Hitler sobre sus fuerzas navales, pues aquel tipo de buque era el orgullo de la Marina nazi, y la pesadilla de la británica; constituía la mejor muestra del acierto de los ingenieros alemanes al diseñar un barco que superaba a todos los cruceros existentes y que era inalcanzable para los acorazados... Esas características le hacían eje de la política corsaria de Hitler que, a falta de una Marina de superficie que pudiera medirse con la británica o francesa, podía causar estragos en sus comunicaciones y rutas comerciales.

El nazismo no creó los acorazados de bolsillo, quizá la más ingeniosa de las vulneraciones sufridas por el Tratado de Washington, sino que esos buques realmente fueron la mayor de las novedades en el programa de construcción naval alemán

que, a partir de 1925, se puso en marcha bajo la dirección del almirante Zenker, jefe de la Marina, con el presidente Hindenburg. Se trataba de buques que, listos para hacerse a la mar, desplazaban cerca de 15.000 toneladas. Sus características superaban en mucho a las previsiones del Tratado para los cruceros, clase bajo la que se camuflaban:

• Superior artillería: seis cañones de 280 mm frente a ocho de 230 mm (1.818 kg por andanada, frente a 1.000 y, además, doble poder perforante). Su armamento secundario también duplicaba al habitual en los cruceros.

• Mayor blindaje (lo que incidía en 2.000 toneladas más de desplazamiento).

• Más velocidad: 28,5 nudos —sólo igualada por tres buques entonces en servicio—, proporcionada por motores diesel de 56.800 caballos.

• Superior *reprise*, lo que les permitía conseguir en pocos minutos su velocidad punta, haciéndolos especialmente aptos para la caza y para eludir a enemigos más poderosos.

• Autonomía: 20.000 km, triple que los buques de vapor de su clase.

El *Graf Spee*, tercero y último de la serie, fue botado en junio de 1934 e inició su vida corsaria el 3 de septiembre de 1939, bajo el mando del capitán de navío Hans Langsdorff, de cuarenta y tres años, y gran prestigio en el OKW, directamente vinculado a Hitler, pues fue asesor del general Jodl para cuestiones navales. Se puede suponer que el mando de este buque se debió a una recomendación del propio Hitler o de su entorno.

Convertido en un corsario, invisible y destructor, recorrió el Atlántico de norte a sur, donde estableció su centro de cacería,

actuando preferentemente sobre las comunicaciones británicas procedentes de América, Asia y África. En esas correrías, Langsdorff dio muestras de gran astucia y habilidad para burlar reiteradamente a sus perseguidores, y de humanidad, pues en esa cacería no murió ni un solo tripulante de los mercantes destruidos.

De lo acertado de la construcción y empleo de los acorazados de bolsillo da elocuente idea el que en 3 meses de operaciones el *Graf Spee* y el *Deutschland* hundieron o capturaron 12 mercantes (66.000 toneladas) y provocaron tanta preocupación en los aliados que movilizaron para hallarlos y destruirlos 28 buques de guerra (4 acorazados, 5 portaaviones y 19 cruceros de todo tipo) divididos en 9 grupos de caza. Con uno de ellos, el mandado por el comodoro Hartwood, topó el *Graf Spee* el amanecer del 13 de diciembre de 1939.

En aquella madrugada acechaba Langsdorff la ruta de los mercantes británicos, cuando sus vigías dieron la voz de alarma: tres buques a poco más de veinte millas de distancia. El *Graf Spee* se hallaba frente al gran estuario del Plata, a unas 280 millas de Punta del Este, Uruguay.

El capitán alemán creyó que se trataba de un crucero y dos destructores británicos que escoltaban un convoy mercante. Langsdorff ordenó zafarrancho y a las 6.20 horas entabló combate con tres buques enemigos que, realmente, eran los cruceros ligeros *Ayax* y *Achilles*, y el crucero pesado *Exeter*, mandados por el comodoro Hartwood.

El *Graf Spee* alcanzó pronto al *Exeter*, que en 40 minutos encajó 7 proyectiles de 280 mm y un ametrallamiento general, por lo que a las 7, con importantes vías de agua y todas sus torres inutilizadas, abandonó el combate a escasa velocidad. Mientras, Hartwood había acortado distancias con sus cruceros ligeros, cuya artillería de 152 mm acertó varias veces al alemán,

causándole ligeros daños. Libre del *Exeter*, el *Graf Spee* se volvió contra sus rivales y con dos disparos consecutivos desmontó la mitad de la artillería al *Ayax*. A las 7.30 de la mañana, a sólo cuatro millas de distancia, el buque alemán podía disparar el triple que sus dos oponentes juntos y sus granadas taladraban a los británicos como si fueran latas, mientras que éstos —salvo con sus torpedos— no podían dañar su obra viva ni sus torres blindadas. A las 7.38, el *Ayax* perdía sus mástiles y antenas y su obra muerta era una criba. Hartwood ordenó retirada, tratando de salvar alguno de los buques, dando por perdido aquel que fuera perseguido por Langsdorff. Por eso quedó asombrado cuando observó que el *Graf Spee* tomaba rumbo oeste y renunciaba al ataque, por lo que ordenó a sus maltrechos cruceros que le siguieran, manteniéndose a distancia de sus cañones.

El resto de la historia es un completo misterio. Aquel 13 de diciembre de 1939, sin que difiera ninguna voz autorizada, Langsdorff, pese a los daños experimentados, pudo poner fuera de combate a los tres cruceros británicos, pero en vez de proseguir el combate cuando eran presas casi inermes, puso rumbo al estuario del Plata, tratando de recuperar a su tripulación, que había sufrido 36 muertos y 56 heridos y de reparar los destrozos causados por las granadas británicas en lugares no vitales: «Hemos recibido quince impactos; los almacenes de víveres y las cocinas, destruidos; nos dirigimos a Montevideo.»

En Berlín se enfurecieron. No debía acercarse a Uruguay, cuyo Gobierno era proaliado, pero no pudieron comunicar con Langsdorff. Y ocurrió lo que temía el Almirantazgo alemán. Uruguay, pese a las presiones alemanas, sólo autorizó una estancia de 3 días, plazo insuficiente para acometer reparaciones serias. En ese lapso de tiempo Langsdorff se comunicó reiteradamente con sus superiores y con su embajada, pero cuan-

to decía parecía tener escasa coherencia, por ejemplo, su información de que a la salida del estuario le estaban esperando el acorazado *Renown* y el portaaviones *Ark-Royal* le fue, en vano, desmentida por la Kriegsmarine. Cuando se cumplió el plazo de estancia en Montevideo el capitán decidió destruir el *Graf Spee*. Hitler habló con el gran almirante Raeder: «Comprendo muy bien sus sentimientos. Créame, para mí el destino de ese buque y de su tripulación es tan doloroso como pueda serlo para usted. Pero estamos en guerra y debemos comportarnos con fortaleza.» Por tanto, el Führer ordenaba que Langsdorff saliera y se abriera camino a cañonazos y, si era hundido, que destruyera al menos un buque enemigo.

¿Llegó la orden al *Graf Spee*? Lo único que se sabe es que aquella mañana, ante la expectación de los endomingados paseantes de Montevideo, Langsdorff desembarcó a cuantos tripulantes no tenían cometido alguno en la maniobra. Sacó al buque del puerto y lo barrenó. El trabajo estuvo tan mal hecho que, meses después, los aparatos de dirección de tiro, comunicaciones y radar estaban en poder de la Royal Navy.

Increíble victoria británica, que ese día sólo podía oponer al *Graf Spee* dos cruceros pequeños y heridos. Langsdorff, desequilibrado por tan prolongada estancia en el mar, por la tensión de tantos hundimientos y huidas de sus perseguidores, por el intenso combate contra tres cruceros, por su desacertada decisión de entablar aquella batalla y por unas pequeñas heridas sufridas en la cabeza durante el combate, cometió un error tras otro.

El vicealmirante Friedrich Ruge sólo encuentra una justificación para aquel cúmulo de errores: «... Este oficial, muy capaz, no era bastante fuerte para soportar la tensión psíquica por la larga travesía y la dura lucha.» La entrada en Montevideo, aunque le hubiesen permitido quedarse un mes,

era un suicidio, pues toda la Marina británica le hubiera estado esperando a su salida; el barrenamiento del buque en aguas superficiales sin haber avistado al enemigo y su incompleta destrucción constituyeron sendos disparates más y el postrero fue su suicidio, el 20 de diciembre, en Buenos Aires.

La irritación de Hitler se reflejó en una progresiva desconfianza en la Marina de superficie, mientras acentuaba su predilección por el arma submarina, cuyo éxito en Scapa Flow aún adornaba los noticiarios alemanes. La primera consecuencia fue el cambio de nombre del acorazado de bolsillo *Deutschland* (Alemania), por *Admiral Lützow*, para evitar las burlas en su posible hundimiento. La segunda, fueron sus reticencias respecto a la utilización oceánica de sus grandes buques de superficie.

Operación Bismarck

Pese a esas prevenciones, la guerra en el mar fue muy prometedora para los intereses nazis durante 1940. La reducida fuerza naval alemana apoyó las operaciones de Noruega y logró el traslado de las tropas y bastimentos, pese a su inferioridad manifiesta, frente a británicos y franceses. Cierto que la flota de superficie perdió un tercio de sus efectivos en esas operaciones y que sus submarinos desperdiciaron magníficas oportunidades para haber destruido un acorazado, siete cruceros y una docena de destructores, transportes de tropas y mercantes, contra los que lanzaron decenas de torpedos que fallaron estrepitosamente. El problema estaba en el encendido magnético que o funcionaba mal en disparos desde mucha profundidad o que actuaba prematuramente en disparos en superficie. El resultado fue que a los submarinos de Dönitz se

les escapó indemne una parte importante de la flota británica que participó en aquellas operaciones. El almirante Ruge se atreve, incluso, a apuntar que aquellos hundimientos hubieran podido ser decisivos. Dönitz es más moderado y, mientras lamentaba la pérdida de cuatro submarinos en aquellas frustrantes experiencias, maldecía que se les habían escapado una veintena de objetivos, «cuya consecución hubiera tenido una enorme repercusión en la Operación Noruega».

Solventado el problema del encendido de los torpedos, los éxitos alemanes en la batalla del Atlántico fueron extraordinarios: en el resto del año hundieron o averiaron de consideración más de un millar de buques, con un registro bruto de cuatro millones de toneladas. Su eficacia encogió el corazón del gobierno británico. Churchill lo evidencia:

> Lo único que realmente me asustaba durante la guerra era el peligro de los submarinos alemanes. [...] En esos momentos peligraba nuestra línea vital. [...] ¿Hasta qué punto la guerra con los submarinos alemanes reduciría nuestras importaciones y nuestros transportes? ¿Llegaría alguna vez hasta el extremo de acabar con nuestra vida? Esto no se materializaba en gestos o sensaciones, sino sólo en el trazado lento y frío de líneas en un mapa, que indicaban la posibilidad de un estrangulamiento. [*Memorias. La Segunda Guerra Mundial.*]

Por tanto, a finales de 1940, tras haber tenido que renunciar a la invasión de Gran Bretaña y de haber perdido la batalla aérea, Hitler aún tenía la oportunidad de rendir a los británicos por falta de suministros. Entonces resaltaban los errores cometidos en la planificación de la flota, escatimándole los medios a Dönitz, pero aun ante la evidencia de la formidable eficacia de

los submarinos, en esta época se le siguieron regateando los incrementos en la construcción de sumergibles, los medios para la investigación e, incluso, el personal para la rápida reparación y mantenimiento de los submarinos existentes.

De tal cicatería son buena muestra las cifras que proporciona el propio Dönitz. Se le habían prometido más de 150 submarinos para 1940 y sólo se le entregaron cuarenta y ocho; en 1941 debió recibir 360 y sólo tuvo 186. El almirante se lamentaba del abandono que padeció mientras verdaderamente pudo decidir la guerra y envidiaba a los británicos, que reunieron «todas sus fuerzas para hacer frente al peligro submarino». Y, tras decir que en la construcción alemana de submarinos «no sucedió nada, como era de esperar», prosigue:

> La guerra naval no fue comprendida. Entre nosotros no se dio, como en el Estado inglés, en sus organismos de defensa y en el propio pueblo británico en su conjunto, el concepto y comprensión de la batalla del Atlántico. Dirigíamos, más bien, nuestros intereses hacia las batallas terrestres que tenían lugar en el continente. Como éstas se ganaban, se creía que también con ellas se iba venciendo al poderío naval británico. El que en las inmensidades del Atlántico estuvieran librando unos pocos submarinistas alemanes el combate decisivo contra el Reino Unido no lo comprendía, desgraciadamente, la Jefatura de las Fuerzas Armadas alemanas ni tampoco el Estado, que sólo tenían miras continentales. [*Diez años y veinte días.*]

Hitler, pese a su prioritario interés en dominar a los británicos, mantuvo políticas tan obtusas como privar a los submarinos de ojos, es decir, de observación aérea, y desperdiciar las

formidables opciones de la aviación en los ataques navales y de su acoso a los convoyes en combinación con los sumergibles.

El gran historiador suizo de la Segunda Guerra Mundial, Eddy Bauer, estima que en 1940 los submarinos alemanes hundieron 2.186.158 toneladas de buques, mientras que la aviación logró cerca de 600.000 toneladas de destrucciones y eso con medios mínimos; al año siguiente, los logros de los submarinos fueron similares, mientras que los de la aviación casi se duplicaron. La Luftwaffe disponía de un avión apropiado para el ataque naval y la observación, el Foke-Wulf FW 200 Kondor, pero el jefe de la fuerza dedicada a los ataques navales, con sede en el oeste de Francia, disponía de tan pocos aparatos que sólo podía dedicar diariamente uno o dos aviones a la observación y a la colaboración con los submarinos, en lugar de los doce que reclama Dönitz.

Siempre según este historiador, la ceguera y la responsabilidad eran de Hitler, que había entregado al fatuo Göring la dirección industrial del III Reich y la jefatura de la Luftwaffe. Si tal responsabilidad hubiera sido casi insoportable para un hombre de gran talento y capacidad de trabajo, pensar que Göring podía desempeñarla era puro dislate: dedicaba demasiado tiempo a los actos sociales, a la búsqueda de obras de arte, a erigirse residencias fantásticas y a diseñarse los más aparatosos uniformes...

> El *Reichsmarschall* se dedicaba a mariposear entre estas dos esferas de actividad con una ligereza de espíritu realmente desconcertante. Siempre «en el horno cuando se le buscaba en el molino y en el molino cuando se le busca en el horno», parecía incapaz de mantener una idea sobre un problema concreto y llevarla hasta su realización práctica. [*Historia controvertida de la Segunda Guerra Mundial*].

Pese a tantas incompetencias, las operaciones para yugular el tráfico mercante británico comenzaron con gran empuje en 1941: en el primer cuatrimestre Gran Bretaña perdió 830.000 toneladas de buques en el mar y padeció terribles destrucciones en sus puertos. Entre el 13 de marzo y el 7 de mayo los puertos de Clyde, Glasgow, Greenock, Liverpool y otros de la ribera del Mersey sufrieron intensos bombardeos, que causaron más de 10.000 muertos y heridos, paralizaron astilleros durante muchos meses, impidieron la descarga normal de mercancías durante semanas, destruyeron cerca de la mitad de las zonas de amarre y una importante cantidad de almacenes y tinglados portuarios. Churchill, tras hacer constar que los alemanes ni habían preparado antes de la guerra la colaboración aeronaval, ni, tampoco, habían diseñado un avión de gran autonomía apropiado para el ataque a la navegación, se refiere en sus *Memorias* a las terribles destrucciones ocasionadas por los ataques de la Luftwaffe contra las zonas portuarias en la primavera de 1941: «Menos mal que los alemanes no insistieron en este blanco tan atormentado.»

No le duraría mucho la tranquilidad. Aparte de los submarinos, los corsarios, las minas, los Kondor, tendría que conjurar ese mes de mayo de 1941 la doble operación preparada por el gran almirante Raeder con sus acorazados.

> El objetivo esencial de la operación [concretaba Raeder en sus instrucciones] sigue siendo la destrucción del tonelaje enemigo. El combate contra un buque enemigo sólo estará autorizado si así lo exigiera el éxito de la misión y, en ningún caso, se afrontarán graves riesgos. [*Der Seekrieg.*]

En los planes de Raeder se trataba de que dos poderosos grupos de combate en superficie se lanzaran al Atlántico en

misiones de corso y destrucción. El primero incluía al *Bismarck*, el gran acorazado iniciaría en ese momento sus singladuras de guerra, acompañado por el crucero pesado *Prinz Eugen*; a ambos se añadiría en el Atlántico otro grupo de combate compuesto por los acorazados *Scharnhorst* y *Gneisenau*, débilmente armados (cañones de 28 cm) para medirse con acorazados ingleses, pero suficientemente rápidos (31,5 nudos/h) como para escapar de ellos. La amenaza para las comunicaciones y los suministros británicos era muy grave.

En la madrugada del 24 de mayo de 1941 el primer ministro británico, Winston Churchill, dormía en su residencia campestre de Chequers. Había trabajado hasta las 3 con Averell Harriman, enviado del presidente de EE.UU., sobre las necesidades más perentorias de Gran Bretaña para sostener la guerra contra Alemania: sobre todo, buques de transporte y medio centenar de destructores para escoltar los convoyes. La guerra que mantenían los submarinos y los buques corsarios de Hitler contra el tráfico mercante británico había mandado al fondo de los océanos o averiado gravemente cerca de 2.000 naves, con unos 6,5 millones de toneladas de registro bruto desde el comienzo de la guerra. Londres no podría sostener pérdidas semejantes durante otro año.

Precisamente, los dos políticos habían prolongado su trabajo un poco más de lo normal esperando una buena noticia del Almirantazgo: la destrucción del acorazado alemán *Bismarck*. La Marina británica le perseguía desde hacía 2 días y parecía que, de un momento a otro, le cazaría. Como transcurriera la noche sin noticias, ambos optaron por irse a dormir.

El teléfono de la habitación del primer ministro comenzó a sonar a las 7 de la mañana. Churchill lo cogió y no pudo reprimir una maldición cuando escuchó que el *Hood*, el más podero-

so buque de la Marina Real, había sido hundido por el *Bismarck* en las heladas aguas del sur de Islandia y que el mar había engullido a toda su tripulación, 2.416 hombres, entre ellos, el almirante Holland. Pero no era Winston Churchill un hombre que se dejara abatir: cuando terminó de recibir la información ordenó: «¡Hundid el *Bismarck*; cueste lo que cueste, hundid el *Bismarck*!» Luego se tiró de la cama, se puso su famosa bata roja y fue a la habitación de Harriman: «Averell, el *Hood* ha saltado por los aires pero es seguro que cazaremos al *Bismarck*.»

La Operación Bismarck había comenzado 5 días antes, el 19 de mayo de 1941, cuando el almirante Günther Lütjens, el marino alemán que más éxitos había cosechado en aquella guerra al mando de unidades de superficie, salió del puerto báltico de Gotenhafen (actual Gydnia, Polonia) con el acorazado *Bismarck* y el crucero pesado *Prinz Eugen*. El *Bismarck*, que iniciaba su primera misión de guerra, era la más moderna y poderosa unidad de la Marina alemana: 53.000 toneladas a plena carga, 251 m de manga, 30 nudos de velocidad máxima y un poderoso armamento —ocho cañones de 380, doce de 150 y sesenta y ocho piezas antiaéreas de 105, 37 y 20 mm— guiado por los sistemas más modernos y precisos de dirección de tiro. Su compañero de misión, el *Prinz Eugen*, era la gran unidad de superficie más rápida de la Marina alemana, con 32,5 nudos de velocidad punta; desplazaba a plena carga 19.800 toneladas y su armamento principal consistía en ocho piezas de 230 y doce de 105 mm.

Ambos buques tenían como misión navegar en corso, tratando de dislocar las líneas de aprovisionamiento de Gran Bretaña en el Atlántico. El espionaje inglés detectó su salida al Báltico; luego volvió a encontrarlos el 22 de mayo en el fiordo noruego de Bergen y después les perdió de vista.

El Almirantazgo británico, consciente de su peligrosidad, trató de impedirles el paso libre hacia el océano y movilizó tres grupos de combate para cortarles el paso: 1.° el del jefe supremo de la operación, almirante Tovey, encargado de cubrir el espacio entre las islas británicas e Islandia, con los acorazados *King George V* y *Repulse*, el portaaviones *Victorious*, cuatro cruceros pesados y siete destructores; 2.° el comandado por el almirante Holland, que debería vigilar el paso entre Groenlandia e Islandia con los acorazados *Hood* y *Prince of Wales*, dos cruceros y seis destructores; 3.° la fuerza H del almirante Somerville, que salió de Gibraltar con el acorazado *Renow*, el portaaviones *Ark Royal*, un crucero y seis destructores, para actuar como tapón en el sur. Media flota británica iniciaba la caza más famosa en la historia naval.

Al caer la noche del 23 de mayo los cruceros de Holland, *Suffolk* y *Norfolk*, apostados cerca de Islandia, captaron por el radar al grupo del almirante Lütjens, que trataba de salir a aguas libres por el canal de Dinamarca, que discurre entre los hielos de Groenlandia e Islandia, y dieron aviso al Almirantazgo. El grupo británico más próximo era el del almirante Holland, que se dirigió a toda máquina hacia los buques alemanes para cortarles el paso.

A las 5.35 horas de la madrugada del 24 de marzo se avistaron los buques de Lütjens y de Holland, a unos 30 km de distancia. Los británicos tenían a su favor la sorpresa y la artillería: treinta cuatro cañones pesados (ocho de 381, diez de 356 y dieciséis de 230 mm) contra dieciséis (ocho de 380 y ocho de 230 mm); los alemanes, la situación y el blindaje: por un lado, la artillería del *Bismarck* había alejado a los cruceros, de modo que no pudieron participar en el combate, lo que privaba a los británicos de sus dieciséis cañones de 230 mm; por otro, los ingle-

ses no podrían contar con sus destructores, que se hallaban explorando a más de treinta millas de distancia; finalmente, Holland, para cortar el paso a Lütjens y solucionar los problemas del somero blindaje horizontal del *Hood*, avanzó de proa, lo que sólo le permitía utilizar la mitad de sus cañones.

A las 5.52 horas, cuando se hallaban a 22,7 km, abrió fuego el *Hood* sobre el *Prinz Eugen*, el *Prince of Wales* sobre el *Bismarck* y los dos alemanes sobre el *Hood*, que un minuto después ya tenía un incendio en cubierta y que, a las 5.57, saltaba por los aires, partido en dos, tras recibir una andanada del *Bismarck* que alcanzó un pañol de municiones. A continuación los dos buques alemanes centraron su fuego sobre el *Prince of Wales*, que recibió siete impactos directos antes de que em-prendiera la retirada. Aquel acorazado se salvó gracias a dos milagros: primero, que no estallaran dos proyectiles alemanes encajados, uno en un generador eléctrico y otro en un pañol de municiones; segundo, que, inexplicablemente, los alemanes no le persiguieran.

Lütjens, probablemente, prefirió seguir con su misión, castigar el tráfico comercial, que meterse en una batalla contra toda la Flota británica, de modo que siguió navegando hacia aguas libres, hasta que la valoración de los daños sufridos por el *Bismarck* le obligó a poner rumbo al puerto francés de Brest, pues uno de los impactos recibidos le había perforado un depósito de combustible. Pero, antes, se volvió repetidamente contra sus perseguidores, los implacables cruceros *Norfolk* y *Suffolk*, para ponerles en fuga y evitar que guiaran hasta él a los diversos grupos de combate que le buscaban.

En una de sus embestidas logró que el *Prinz Eugen* pusiera proa al sur, despistando a los perseguidores, y el propio *Bismarck* desapareció de los radares ingleses en la madrugada

del día 25. El almirante Tovey estaba desesperado cuando amaneció el día 26: tenía en la mar persiguiendo al *Bismarck* 7 acorazados, 2 portaaviones, 11 cruceros y 21 destructores y apenas podría prolongar la búsqueda otro día más, pues muchos buques estaban escasos de combustible. Por otro lado, si no se le encontraba antes del 27 entraría en el radio de acción de los aviones alemanes y la caza resultaría muy peligrosa.

A las 10.30 de la mañana del lunes 26 de mayo, un hidroavión Catalina de reconocimiento, con base en Irlanda, localizó al acorazado alemán cuando iniciaba ya su retorno: se hallaba a 665 millas al oeste de Brest y navegaba a veinticinco nudos de velocidad. Tovey no podía darle alcance, pues sus buques más próximos se encontraban a más de cien millas; la única que podía interceptarle el paso era la Fuerza H, pero el acorazado *Renow* no podía medirse con el *Bismarck*, por tanto sólo podrían detenerle los anticuados lanzatorpedos biplanos Swordfish del portaaviones *Ark Royal*.

A las 20.47 horas del mismo día 26, cuando casi era totalmente de noche, atacaron los aviones británicos. Pese al tremendo fuego de los antiaéreos alemanes, que derribaron o dañaron a varios atacantes, lograron alcanzar al *Bismarck* con dos torpedos: uno apenas dañó la pintura del blindaje lateral; el segundo no hizo explosión, sino que encalló en el timón de la nave justo cuando metía la caña a babor para esquivar otro lanzamiento. Los pilotos ingleses, que no vieron explosión alguna, se sorprendieron cuando observaron cómo el enorme buque trazaba dos círculos completos... ¡el timón había quedado inmovilizado con una inclinación de doce grados!

Toda la noche lucharon los alemanes para arrancar el torpedo, incluso para volar el timón y dirigir el buque con los motores... en vano. Su destino estaba escrito. Esa noche recha-

zó numerosos ataques de un grupo de destructores, que no lograron alcanzarle y sufrieron graves daños, pero en la mañana del 27 de mayo, cuando apenas avanzaba haciendo eses a una velocidad de siete nudos, se le aproximaron los acorazados *King George V* y *Rodney*, a los que enseguida se unieron numerosos destructores y cruceros que, desde las 8.54 a las 10.16 horas, dispararon contra el acorazado alemán 2.875 proyectiles de 406, 356, 230 y 152 mm y 71 torpedos. A esa velocidad, el *Bismarck* era una presa casi indefensa; enseguida perdió sus sistemas de tiro, pero sus cañones, apuntados a ojo, siguieron disparando hasta las 9.31 horas. Luego, la tripulación fue triturada por la venganza británica, que sostuvo el fuego durante 45 minutos más, pretextando que los alemanes no habían arriado su bandera... no podían hacerlo, pues los cables habían sido segados por la metralla. El *Bismarck* se hundió a las 10.39 horas, a 400 millas de Brest, con su bandera en lo alto del mástil a la que saludaba el capitán Lindemann. Con él murieron 2.077 tripulantes, entre ellos el almirante Lütjens, y sólo se salvaron 117.

En el cuartel general de Hitler se había recibido con gran euforia la primera victoria del acorazado y, luego, se había vivido con enorme angustia su persecución y agonía. Cuando llegó la noticia de su hundimiento, un ambiente fúnebre se apoderó del cuartel general instalado en Berghof. El enlace del Ministerio de Exteriores, el embajador Walther Hewel, describió la tristeza reinante: «La melancolía del Führer no puede expresarse con palabras; tampoco su indignación contra los mandos de la Marina.» Prohibió que, en adelante, ninguna unidad de superficie se hiciera a la mar sin su consentimiento.

Ésa fue una de sus muchas decisiones viscerales y erróneas en la guerra; el *Bismarck* había sucumbido combatiendo y sirviendo a los intereses alemanes, tras hundir un coloso de su

misma clase y atrayendo al grueso de la Marina británica, que abandonó Creta a su suerte para lavar el honor británico en la mar. La absurda orden de Hitler convertiría al *Tirpitz* —unidad similar al *Bismarck*— en un inválido que jamás salió a la mar a combatir y que, peor todavía, hasta su destrucción definitiva hubo de ser defendido por numerosas baterías de los ataques aéreos británicos.

Al evaporarse el sueño de la guerra atlántica de los grandes cruceros, advirtieron en Berlín lo que habían perdido al suspender los ataques aéreos a los puertos porque, aunque los tiburones del almirante Dönitz habían estado causando una auténtica carnicería en el Atlántico, la Marina y la aviación británicas comenzaron a contrarrestarlos, a conocer sus tácticas de ataque, a perfeccionar sus sistemas de detección —radar y ASDIC— y sus medios de destrucción submarina. Las pérdidas británicas de tonelaje mercante disminuyeron en el segundo semestre de 1941, pasando de un promedio de 500.000 a 203.000 toneladas mensuales... Y, peor para los intereses del III Reich: en el primer semestre perdieron 12 submarinos; en los 6 meses siguientes, 23. Esa segunda mitad del año hubiera sido mucho más raquítica en victorias si no hubiese existido aquel especial mes de diciembre de 1941.



El fiel de la balanza

La habitual reunión de guerra en el cuartel general de Hitler era especialmente mortecina aquella noche del domingo 7 de diciembre. La ofensiva estaba parada en los arrabales de Moscú y, como ni había operaciones, ni manera de emprenderlas con aquellas terribles temperaturas, todo el trabajo

era de naturaleza logística. Especialmente preocupante era la falta de ropa de invierno que aquejaba a los soldados alemanes, congelados por temperaturas de hasta treinta grados bajo cero. Tan alarmante era el número de congelaciones y enfermedades provocadas por el frío que se había emprendido una campaña nacional para reunir ropas de abrigo y enviarlas al frente ruso. Hitler comentó, malhumorado, que aquel problema se debía a una imperdonable falta de previsión del Ejército... El hosco silencio fue interrumpido por la precipitada entrada de Heinz Lorenz, jefe de prensa de la Cancillería. Hitler, tan sorprendido como molesto, le miró interrogante:

«¡*Mein Führer*!, se acaba de captar una emisión de radio en una emisora norteamericana: los japoneses han atacado Pearl Harbor, la mayor base aeronaval de los EE.UU. en el Pacífico.»

El rostro de Hitler se iluminó y se palmeó ruidosamente los muslos, su gesto predilecto en los momentos de euforia, y exclamó exultante: «¡Éste es el momento en que la balanza se inclina, definitivamente, en favor nuestro!»

Efectivamente, el 7 de diciembre de 1941, la flota japonesa atacó a la norteamericana en Pearl Harbor, pero el almirante Nagumo dejó que una verdadera gran victoria se le escurriera entre los dedos. A muchos alemanes les ocurrió lo mismo que al japonés y se dejaron contagiar por un entusiasmo infantil ante la noticia de la victoria japonesa en Hawai: «EE.UU. ha entrado en guerra y, simultáneamente, se ha quedado sin flota», se decía. La situación, aparentemente, parecía muy beneficiosa para Alemania, que podía extender su actividad antisubmarina a todas las costas y mares, olvidándose del exquisito cuidado que hasta entonces había tenido con los buques de EE.UU. Pocos quisieron reflexionar entonces sobre la inmensa capacidad económica, industrial, tecnológica y

humana de EE.UU.; la mayoría prefirió pronosticar el inmediato triunfo de los U-boote.

El primer análisis superficial lo hizo Hitler, que, de inmediato, vislumbró una situación muy beneficiosa para Alemania: declarando la guerra a EE.UU. podría vengarse de la doblez de Roosevelt, que se declaraba neutral mientras suministraba todo tipo de armas, pertrechos y alimentos a Gran Bretaña y aun a la URSS, y que protegía con sus barcos esos suministros hasta mitad del Atlántico. En adelante, con medios navales mermados a causa de las pérdidas y, sobre todo, de su guerra en el Pacífico, bastante tendría Washington con defenderse de los japoneses y se vería obligado a descuidar un tanto a los británicos y a los soviéticos. Más aún, sus submarinos, ya muy bien combatidos por los británicos, tendrían un nuevo y casi ilimitado campo de acción. Incluso Hitler estimó entonces como prioritario el exterminio de las tripulaciones de los mercantes, pues argumentaba que los buenos marineros serían más difíciles de sustituir que los propios buques y, además, se privaría a la Marina de guerra de su campo natural de reclutamiento.

En consecuencia, una de las primeras medidas adoptadas tras la declaración de guerra a EE.UU. fue ordenar a los submarinos que atacaran el tráfico norteamericano allí donde lo hallaran. Y donde éste era más denso y estaba más desprevenido era en las costas norteamericanas. Dönitz contaba en diciembre de 1941 con 249 sumergibles, cifra impresionante ya, pero buena parte se hallaba en período de adiestramiento; otra, en reparación o revisión, y el resto, esparcido por el Mediterráneo, la costa de Noruega y el Atlántico, al punto de que sólo contaba permanentemente con veintisiete sumergibles dedicados a yu-gular el tráfico marítimo de Gran Bretaña. En diciembre de 1941 el almirante convocó a los jefes de los

cinco primeros submarinos seleccionados para operar en las costas americanas, los únicos que por el momento podía enviar:

> ...Todo aconseja aprovechar la situación con rapidez y energía. La inexperiencia norteamericana no durará mucho. [...] Solamente atacarán ustedes barcos de guerra a partir de crucero y a mercantes por encima de 10.000 toneladas y a estos últimos solamente si pasan por delante de sus tubos de lanzamiento. Una vez utilizado su último torpedo, regresarán para repostar y retornar al campo de acción. [...] Me reservo fijar la fecha de esta operación, pues dependerá del tiempo que tarden en llegar a las zonas asignadas, porque es necesario que estén todos para este «redoble de timbales.» Durante el día, permanecerán en reposo, en el fondo, cerca de la costa, para atacar durante la noche en superficie... *[Diez años y veinte días.*]

Uno de los cinco comandantes dijo:

—«¡Vamos a dar a los norteamericanos la extremaunción!»

Los U-boote iniciaron la cacería a mediados de enero de 1942 y, rápidamente, su actuación se convirtió en una carnicería. Alguno de aquellos submarinos llegó a hundir en una sola noche cuatro mercantes. Las costas occidentales de EE.UU., con un tráfico inmenso de materias primas, mercancías y pasajeros, contaban para su protección con una decena de viejos buques y con un centenar de aviones, algunos muy anticuados. Las más elementales medidas de seguridad eran ignoradas: no se había dado una orden de oscurecimiento y ciudades, paseos y puertos tenían todas sus luces encendidas durante la noche. Los submarinistas alemanes estaban emocionados ante la situación, pues pudieron observar puertos sin vigilancia en los que los buques aparecían engalanados con

gallardetes y con todos sus focos encendidos, tentando a la suerte.

El teniente de navío Hardegen, comandante del *U-123*, anota en su diario de a bordo del 13 de enero de 1941:

> Lástima que delante de Nueva York no tenga conmigo dos grandes submarinos para minar toda la zona y esta noche que no me acompañen 10 o 20 submarinos, pues estoy seguro de que todos hubiéramos logrado éxitos muy satisfactorios. He podido contar una veintena de mercantes, parte de ellos con las luces de posición encendidas, que se mantienen muy cerca de la costa.

Esa imprevisión se refleja en estos datos: entre el 13 de enero de 1942 —comienzo del ataque alemán— hasta el 14 de abril —fecha de la pérdida del primer U-boote— los alemanes hundieron más de 250 buques norteamericanos, con un registro bruto superior a 1.200.000 toneladas, a cambio de un solo sumergible. Para que la comparación aguce la perspectiva, en ese mismo tiempo, junto a las costas británicas, los alemanes habían hundido apenas 100.000 toneladas y habían perdido seis submarinos.

Los tiburones de Dönitz forzaban su efectividad con la entrada en servicio de los primeros submarinos nodriza —*Milchküne*, vacas lecheras según la marinería de los U-boote— que transportaban hasta las costas norteamericanas 700 toneladas de combustible, víveres, torpedos para suministrar a doce submarinos y mantenerlos operativos al menos durante 2 meses seguidos.

Las pérdidas aliadas comenzaron a ser tan insoportables que Churchill ofreció algunos buques a la Marina norteamericana para que remediara la situación y, en marzo de 1942, se

permitió llamar la atención del propio presidente Roosevelt, que no le tomó muy en serio, replicándole que ocupase su aviación en destruir las bases de los submarinos alemanes, erradicando aquella amenaza... Pero esto era empresa más difícil de lo que creía Roosevelt: cuando los refugios submarinos estuvieron en construcción, hubiera sido posible interrumpir las obras a base de grandes bombardeos. A esas alturas de la guerra era imposible demoler las inmensas cubiertas de hasta dos capas de tres metros de hormigón que protegían los hangares de los submarinos durante sus revisiones, reparaciones o descansos. A lo largo de 1942 y 1943 se lanzaron sobre ellos más de 20.000 toneladas de bombas con nulos resultados.

Fue probablemente el general Marshall, el militar más poderoso y próximo al presidente durante la guerra, quien primero valoró el grave peligro de los U-boote, campando por sus respetos junto a las costas de EE.UU. El 19 de junio escribía al jefe de la Marina norteamericana, almirante King:

> [...] las pérdidas debidas a los submarinos en nuestra costa atlántica amenazan gravemente nuestros esfuerzos. Estas cifras atraen mi atención: de los 74 buques asignados a los transportes del ejército, diecisiete han sido hundidos antes de junio. El 22 por ciento de la flota dedicada al transporte de bauxita ha sido destruido, lo mismo que el 20 por ciento de la de Puerto Rico. Las pérdidas en petroleros vienen representando mensualmente el 3,5 por ciento del tonelaje en servicio... Mucho me temo que en un mes o dos más a este ritmo paralicen nuestros medios de transporte, llegando al punto de impedirnos trasladar hombres y aviones suficientes hasta las zonas críticas y que tengan una influencia decisiva en la guerra.

La respuesta del almirante King no pudo ser otra que recurrir a los convoyes, inicialmente costeros por falta de buques y aviones, y luego oceánicos. Las presas alemanas descendieron cerca de tierra, por lo que Dönitz situó sus sumergibles más en el centro del Atlántico y volvió a la táctica de la jauría para atacar los convoyes norteamericanos, que nuevamente le rindió muchas presas. Esta táctica, preferida por los submarinistas alemanes hasta 1943, consistía en la reunión de varios submarinos que se daban cita para perseguir sumergidos durante el día a los convoyes. Salían a la superficie durante la noche y atacaban a su presa desde todos los lados con torpedos y cañones, como si una jauría de lobos se abalanzara sobre un rebaño. Cerca de la costa británica, muy protegida por guardacostas, destructores y balleneros armados, el ataque en jauría tuvo que suspenderse a mediados de 1941 a causa de las insoportables pérdidas...

Pero la fortuna había vuelto a sonreír a los tiburones de Dönitz en aquella primera mitad de 1942: 989 barcos hundidos, con un total superior a los cuatro millones de toneladas. El precio pagado no era liviano: 20 submarinos quedaron reventados en el fondo de la mar. Para entonces ya eran pocas las tripulaciones que habían logrado sobrevivir a 3 años de guerra.

Dönitz estaba muy preocupado aquel verano de 1942. Las cifras de hundimientos eran las mayores de la guerra y amenazaban con paralizar a los aliados, pero presentía que todo iba a cambiar con rapidez. Por un lado, sus ataques contra los británicos eran cada vez menos rentables y más peligrosos. Por otro, sabía que los norteamericanos terminarían por asimilar los sistemas defensivos de sus aliados y serían inatacables. Además, los temores de Hitler a un desembarco aliado en Noruega le estaban privando cada vez de mayor número de submarinos, que

podrían estar aprovechando la irrepetible situación que se les ofrecía. En aguas noruegas llegó a inmovilizar ese año veintiséis submarinos, casi sin utilidad alguna. Calculaba Dönitz que esos buques, empleados en la época más baja de las defensas norteamericanas, hubieran podido causar el hundimiento de un millón de toneladas de buques a lo largo de 1942.

Eso era una demostración más del despiste con que se dirigía la guerra naval desde los cuarteles generales de Hitler en los Alpes, Prusia o Ucrania. Órdenes y contraórdenes desesperantes, que hacían perder tiempo y material. Dönitz escribe:

> Ese cambio de ideas muestra, también, que en el cuartel general del Führer no existía ninguna noción exacta de los submarinos con que se contaba y de las fuerzas que eran necesarias para realizar operaciones en las costas americanas, ya que, de otra forma, nunca se les hubiera ocurrido destinar submarinos a cubrir el espacio de Noruega. [*Diez años y veinte días.*]

Inventando la muerte

Pero lo peor para el mando de submarinos es que habían comenzado a ocurrir cosas que escapaban de su control. Sus barcos denunciaban ataques repentinos de aviones que aparecían entre las nubes y se lanzaban directamente sobre ellos como si se hubiesen citado en aquel punto del océano. Escribía Dönitz:

> En junio hubo unidades que fueron bombardeadas en plena noche. De pronto se iluminaba un proyector entre los 1.000 y los 2.000 metros, apuntando directamente al objetivo Inmedia-tamente después caían las bombas. Tres submarinos

gravemente averiados de esta forma hubieron de regresar a sus bases. [*Diez años y veinte días.*]

Ambos bandos eran claramente conscientes de que la victoria en el mar decidiría la guerra. Así estaba ocurriendo en el Mediterráneo, donde el dominio británico entregaba a Montgomery los suministros precisos para vencer a Rommel. Así ocurriría ese mismo año con la invasión aliada de África del norte: pese a la carnicería que los submarinos hicieron en los suministros aliados, éstos conservaron el dominio del mar y mantuvieron abiertas las rutas oceánicas a los suministros que precisaban las tropas desembarcadas por la Operación Torch.

Para ello los británicos no escatimaron medios. Sus mercantes navegaban en grandes grupos, fuertemente protegidos por destructores, cruceros y, en algunos casos, por portaaviones de escolta y hasta por acorazados. Al tiempo, dotaban a sus buques de cuantos adelantos pudieron proporcionar la ciencia, la técnica y la industria militar. Por un lado perfeccionaron sus sistemas de radar, cuyos avances lograban las detecciones que asombraban a Dönitz. Los científicos alemanes contraatacaron en este campo con un interceptor de ondas denominado Metox, ingenioso aparato que anunciaba a los submarinos cuándo habían sido localizados, permitiéndoles una inmersión rápida y librarse del ataque aéreo. Pero el Metox tuvo corta utilidad pues interceptaban ondas de 150 cm, que estaban siendo abandonadas por los aliados por las más precisas de 10 cm.



También mejoraron los británicos el sistema de detección submarina por medio del ASDIC o SONAR, contrarrestado por los alemanes con el Pillenwerfer. Cuando un submarino detectaba sobre su casco los ecos de una detección de ASDIC, lanzaba un bote de productos químicos que creaban una zona

de burbujas y falsos ecos y que despistaban a los cazasubmarinos. Como la novedad fuera rápidamente contrarrestada con una mejor formación de las escuchas, los alemanes probaron a proteger a sus sumergibles con capas de productos que evitaran su detección, pero las fórmulas efectivas que hallaron eran caras, lentas de aplicar y se desgastaban pronto.

Para detectar la proximidad de un ataque e impedirlo, el más importante descubrimiento de los aliados fue, quizá, el radiogoniómetro, un indicador de alta frecuencia que detectaba a 40 km de distancia cualquier emisión que surcase el aire, situando con suma precisión el lugar de donde provenía. Como los submarinos se avisaban para concentrarse y atacar los convoyes, la escolta de éstos podía reaccionar a tiempo. Este aparato, conocido como Huff-Duff, fue la pesadilla de Dönitz, que, incluso, sospechó la existencia de un traidor en el mando de submarinos e hizo investigar a todo el personal, con resultados negativos. En 1944 fue derribado un avión aliado que estaba equipado con este sistema y se enteraron en Alemania —ya demasiado tarde— de cómo eran detectados sus sumergibles.

Como armas de destrucción —aparte de las bombas de los aviones que sorprendían a los submarinos en superficie— lo mejor que inventaron los aliados fue el Hedgehog, o erizo, lanzacargas de profundidad múltiple, que disparaba 24 pequeñas bombas en círculo, 200 m por delante del buque cazador y sobre la zona en que se suponía sumergido el submarino. Si éste no resultaba tocado por ninguna de ellas, no estallaban, volviendo el cazador a iniciar su búsqueda; si una de ellas alcanzaba al submarino, estallaban las demás por simpatía; entonces el U-boote estaba perdido, porque el buque de superficie enemigo volvería a tirar una y otra vez sobre seguro, hasta lograr su destrucción.

Pero los alemanes trataban de no quedarse atrás en esta vital pugna científico-tecnológica. Para evitar que los submarinos tuvieran que permanecer mucho tiempo en superficie, sobre todo a plena luz del día, Berlín los dotó, a partir de 1943, con Schnorkel, un invento del ingeniero Walter, el gran innovador del arma submarina del III Reich —tanto italianos como holandeses ya habían experimentado ingenios de ese estilo, pero nadie lo desarrolló como los U-boote. Se trataba de un tubo flexible, unido a una boya, cuyo extremo superior se cerraba automáticamente cuando penetraba el agua. Sin emerger, los submarinos podían tomar aire, cargar sus baterías e, incluso, navegar en inmersión impulsados por sus máquinas de gasoil. El ingenio tenía muchas virtudes, pero no era la solución definitiva: durante el día no debía utilizarse en movimiento, pues dejaba una gran estela claramente visible desde el aire. Por otro lado, la navegación con los motores diesel era insoportable bajo el agua a causa del ensordecedor ruido.

Otro invento letal fue el Zaunkönig. En 1942, en plena euforia de éxitos (ese año los submarinos alemanes hundieron casi 8 millones de toneladas de buques), los submarinistas alemanes pidieron a sus ingenieros un torpedo nuevo, un arma con la que poder combatir contra las fuerzas protectoras de los convoyes, que en el caso británico era casi imposible de sorprender. Casi 2 años tardaron en tener el torpedo Zaunkönig, que avanzaba zigzagueando, dificultando mucho su detección, destrucción o evasión, y que terminaba dirigiéndose hacia su víctima guiado por el ruido de las hélices.

De la eficacia de los ingenios puestos en marcha por una y otra parte da buena idea el combate entre un convoy y el submarino *U-549* —teniente de navío Krankenhagen—, que el 29 de mayo de 1944, al oeste de Madeira, echó a pique al

portaaviones de escolta *Block Island* y a un destructor con dos torpedos Zaunkönig, resultando después hundido por el Hedgehog de otro destructor.

Si las víctimas de los U-boote siguieron siendo cuantiosas en la segunda mitad de 1942 —675 buques hundidos, con un total de 3.646.000 toneladas— para el III Reich comenzaron, también, a ser insoportables las pérdidas de sumergibles: 67 en sólo 6 meses, lo que arrojaba un total de 87 en un año. Si se querían disminuir las pérdidas y mantener la feroz cacería era imprescindible hallar mejores fórmulas para ganar la batalla submarina. Era imprescindible crear un auténtico submarino, que anduviera continuamente bajo el agua y atacase en inmersión, disponiendo además de una velocidad elevada. Los ingenieros alemanes diseñaron tres submarinos, base de muchos sumergibles convencionales de las décadas posteriores. El tipo XXI desplazaba 1.600 toneladas y disponía de una autonomía de 15.500 millas a velocidad económica; en superficie podía navegar a 15,5 millas/h y, bajo el agua, 2 horas a la velocidad de 17,5 millas, recurso casi infalible en aquella época para huir de algún peligro. Podía navegar sumergido a velocidad lenta hasta 11 días seguidos. Disponía de Schnorkel y todo tipo de medios de detección y puntería, de modo que podía atacar con gran eficacia en inmersión. Construyeron los alemanes cuarenta y cinco ejemplares, llenos de problemas que no pudieron solucionarse por completo porque antes terminó la guerra.

El modelo XXIII era un pequeño submarino (232 toneladas) de similares características, aunque más limitado en cuanto a velocidad y, sobre todo, en autonomía, 1.350 millas, que le convertía en un buque de utilización casi costera. Recibió la Marina alemana 24 unidades antes de octubre de 1944, las puso a prueba y las dotó de tripulaciones. Cinco

ejemplares entraron en combate durante 1945, mostrando buenas cualidades.

El tipo XXVI era un buque diseñado por Walter. El prestigioso ingeniero ya había presentado antes de la guerra los planos de un sumergible basado en similares principios. Se trataba de un submarino ligeramente más lento en navegación económica, pero, sumergido, podía moverse durante 2 o 3 horas a una velocidad de 25 millas, algo increíble para la época, lo que le permitiría alcanzar convoyes, cruzarlos, elegir sus víctimas, pelear con los buques de escolta... y al final, escapar de ellos. Cuando la derrota de Alemania era inevitable, Hitler decidió que se construyeran submarinos Walter a un ritmo de doce mensuales a partir del otoño de 1945. Afortunadamente para las marinas aliadas ese submarino no pasó de una maqueta de tamaño natural y una tonelada de planos y estudios.

Dönitz declararía en Nuremberg que los rusos estaban tratando de contratar a sus ingenieros navales para que les «revelaran los planes secretos de un nuevo submarino alemán que podría viajar sumergido desde Alemania hasta Japón. [...] Nosotros los teníamos casi listos cuando terminó la guerra».

El gran duelo

Pero no adelantemos acontecimientos, aún estamos en la segunda mitad de 1942, con los submarinos alemanes empeñados en una lucha a muerte contra el tráfico marítimo de los aliados y con éstos dispuestos a mantener su dominio sobre el mar, para realizar un desembarco militar tras otro y mantener, luego, sus ejércitos en actividad, además de sostener sus intercambios comerciales y el funcionamiento de sus industrias.

En su incansable búsqueda de nuevas presas, los submarinos alemanes descendieron al Atlántico sur, extendiendo sus ataques a la Marina mercante brasileña, que colaboraba con la aliada. Brasil declaró la guerra a Alemania el 22 de agosto de 1942 en respuesta a estas agresiones. Fue un craso error de Berlín: unos pocos hundimientos le pusieron en guerra con Brasil, que si bien poco intervino en ella, cedió sus puertos y aeropuertos a buques y aviones aliados, dificultando mucho la caza submarina en el Atlántico sur.

Pero el mando de los submarinos alemanes no tenía tiempo para darse golpes de pecho por sus errores. En aquellos meses cruciales del verano-otoño de 1942 se estaba decidiendo la guerra en África, en la URSS y en el mar. En junio había establecido el récord absoluto de hundimientos: 834.196 toneladas de buques; 24 meses más a ese ritmo hubieran dado la victoria a Alemania. Tampoco fueron magras las posteriores cacerías de los tiburones del Eje: 4 meses consecutivos por encima del promedio de 600.000 toneladas; y en noviembre, de nuevo, volvían a rebasar las ochocientas mil. En esa brutal cacería se distinguió el teniente Witte, comandante del *U-159* que, en mayo-junio de 1942, hundió en el Caribe 148 barcos, con un desplazamiento de 725.000 toneladas.

Las consecuencias se dejaron notar fundamentalmente en Gran Bretaña, que pese a todo el apoyo que podía darle EE.UU., recibió ese año treinta y cuatro millones de toneladas de mercancías, esto es, 2/3 partes de las que arribaban a sus puertos en 1939. El capitán de navío Roskill, historiador oficial de la Royal Navy, escribe:

> A mediados de diciembre no quedaban ya en los depósitos comerciales británicos más de 300.000 toneladas de carbu-

rante, cuando nuestro consumo mensual ascendía a 130.000 toneladas. El Almirantazgo, por su parte, se reservaba un millón, del que se podía disponer en caso de extrema necesidad; pero si se dejaba disminuir demasiado este depósito de la Marina, la flota podía quedar inmovilizada. [*The War of Sea.*]

Por su lado, Dönitz también tenía motivos de preocupación: cerraba el año con la cifra más baja de hundimientos en diciembre: 75 buques con un registro bruto de 351.131 toneladas... ¿Se le estaba esfumando su sueño de ganar la guerra en el mar? Un hombre tan inteligente como él debía contemplar con profunda inquietud ese descenso de las cifras de hundimientos, pero aún sería más alarmante su pérdida de submarinos: 20, el primer trimestre del año, y 67 en el segundo. Total 87 submarinos, esto es: más de los que tenía operativos a comienzos del año. Cierto es, también, que había recibido cuantiosos refuerzos, tanto que el 31 de diciembre disponía de 212 sumergibles, pero cada vez las tripulaciones eran más bisoñas y la gran incógnita siempre estaba presente: ¿hasta cuándo podría mantener aquellas pérdidas Alemania?

Churchill estaba seguro a aquellas alturas de que algo estaba cambiando a su favor, gracias a los temores de Hitler a exponer sus acorazados y a la apertura del segundo frente en Escandinavia:

Habríamos sufrido desastres mucho peores si los alemanes hubieran enviado sus grandes buques de superficie a hacer incursiones en el Atlántico, pero Hitler estaba obsesionado con la idea de que teníamos intenciones de invadir muy pronto el norte de Noruega. Sin poder quitarse esa idea de la cabeza, sacrificó una oportunidad fabulosa y concentró en aguas noruegas todas las

naves de superficie disponibles y muchos submarinos valiosos. Decía que «¡Noruega es la zona donde se decidirá el destino de esta guerra». [...] En vano abogaron los almirantes por una ofensiva naval. Su Führer se mantuvo inflexible y su decisión estratégica quedó reforzada por la escasez de combustible. [*Memorias.*]

Contrariamente a lo que ocurrirá en el Pacífico, donde las importantes acciones navales se dirimieron entre portaaviones y, a veces, a cañonazos entre las grandes unidades de las flotas enfrentadas, en el Atlántico y Mediterráneo —principales escenarios navales de la guerra en Europa— los choques en superficie fueron realmente escasos, predominando la guerra submarina, tal como se está viendo.

A comienzos de 1942 las marinas de superficie en Europa habían quedado bastante disminuidas. Gran Bretaña había perdido en su lucha con Alemania, Italia y Japón una docena de grandes buques y debía dedicar el grueso de los que le quedaban a dominar el Mediterráneo y a controlar los accesos sur hacia el canal de Suez y la ruta hacia la India, quedándole muy poco más en el mar del Norte. Claro que tampoco precisaba demasiado. Alemania sólo contaba con dos buques operativos importantes, *Scharnhorst* y *Gneisenau*; no constituían amenaza alguna en su refugio del puerto francés de Brest, donde continuamente eran dañados por las incursiones aéreas británicas.

El último desafío

Pero el 15 de enero hubo conmoción en el Almirantazgo: el gran acorazado *Tirpitz*, gemelo del *Bismarck* y aun mejorado en lo que a defensa antiaérea, medios de detección y pun-

tería se refiere, se había hecho a la mar, abandonando el Báltico y alcanzando Trondheim. La presencia del gran buque era preocupante tanto para los convoyes que Gran Bretaña enviaba a la URSS como para la navegación con el Reino Unido, que no podía olvidar la vieja amenaza del *Bismarck*, sólo que en enero de 1942 no disponía Londres de buques capaces de enfrentarse al poderoso navío de Hitler, pues los cuatro acorazados que tenía en Scapa Flow eran muy inferiores a él en todo. Churchill escribía el 25 de enero a su Estado Mayor:

> Toda la estrategia de la guerra gira en estos días en torno a ese acorazado, que inmoviliza cuatro grandes buques de combate británicos, sin contar con los acorazados americanos existentes en el Atlántico...

El *Premier* británico, que pedía en su nota planes para poner fuera de combate a aquel peligro, tenía razón en sentirse inquieto. Berlín meditaba un plan que hubiera podido dar a los alemanes el dominio temporal del mar del Norte y la capacidad de semiaislar al Reino Unido durante algunas semanas.

En efecto. Desde enero planificaba el gran almirante Raeder, jefe supremo de la Marina de guerra alemana, el paso de sus acorazados pequeños desde Brest hasta los puertos noruegos; debía acompañarles el crucero pesado *Prinz Eugen*, que estaba en Francia desde que regresó de la fracasada Operación Bismarck, en junio del año anterior. Hitler, atormentado ya por su enfermizo temor a una invasión de Noruega, alentó la operación.

De los dos itinerarios posibles, el canal de la Mancha y el Atlántico norte, atravesando el estrecho de Dinamarca, el primero parecía suicida y el segundo lo era. Raeder descartó la

segunda vía porque los buques, tras una larga inactividad, múltiples reparaciones, tripulaciones nuevas o desentrenadas, no estaban preparados para un recorrido tan duro, largo y peligroso. El primer itinerario era muy expuesto, pero ofrecía la ventaja de que los británicos no podrían creerse que los alemanes se atreverían a cruzar ante sus costas a mediodía.

Londres tuvo, sin embargo, puntual información de que los buques alemanes preparaban su marcha y suponían incluso la hora de partida, porque su espía Philippon logró captar lo que se proponían los alemanes y pudo transmitirlo. Los comunicados del espía quedaban corroborados por la limpieza de minas que los alemanes estuvieron haciendo en el canal.

Sin embargo, el 11 de febrero de 1942 la suerte se alió con los alemanes. Dos aviones británicos debían estar observando continuamente la salida de Brest, pero uno tenía el radar averiado y el otro no realizó la misión. Más aún, el Almirantazgo británico esperaba que los buques se hicieran a la mar hacia las 19 horas, pero un ataque aéreo, que no les causó daños, demoró su salida hasta las 23.

El crucero *Prinz Eugen* y los acorazados *Scharnhorst* y *Gneisenau*, escoltados por 6 destructores y 3 torpederos, navegaron durante 12 horas sin que Londres tuviera noticia alguna. Frente al Havre, cuando amanecía el día 12, se reforzó su escolta con 8 torpederos más y 11 lanchas rápidas, a la vez que los aviones del coronel Galland —16 cazas continuamente en el aire, cerca de los buques— iniciaban su vigilancia.

A las 11 horas fueron avistados los buques alemanes por un avión británico. Su información pareció una broma: ¡el canal, frente a Dover, lleno de navíos de guerra nazis! El Almirantazgo conoció la noticia después de las 12 y las baterías de costa recibieron la orden de hacer fuego más tarde de

las 13 horas... Dieciséis minutos después, algunos piques lejanos mostraron a los alemanes la actuación de los cañones de costa. Los buques, mandados por el almirante Ciliax, no padecieron daño alguno, pero se había terminado la tranquilidad.

Iniciaron los británicos su ataque con 6 Swordfish, biplanos anticuados que con sus torpedos habían destrozado a los italianos en Tarento (1940) y causaron la perdición del *Bismarck* (1941). Todos fueron derribados por la caza alemana. Ocho destructores intentaron atacar a la formación con torpedos, pero no pudieron acercarse a distancia de disparo: sobre ellos cayó el fuego de 150 cañones de todos los calibres y los cazas les martirizaron con el fuego de sus ametralladoras, por lo que hubieron de retirarse con muchos daños.

La aviación británica atacó repetidas veces, hasta totalizar 398 misiones, sin lograr colocar ni una sola bomba y perdiendo 77 aparatos a causa del densísimo fuego antiaéreo de los buques y, sobre todo, de los cazas de Galland, que perdió 17 aviones.

Los buques de Hitler, en fin, lograron llegar a puertos alemanes, aunque el *Scharnhorst* tocó dos minas y sufrió bastantes daños, y el *Gneisenau* chocó con otra, que también le obligó a largas reparaciones. De hecho, este buque no volvió a entrar en combate: el 26 de febrero de 1942 resultó gravísimamente alcanzado por una bomba en el puerto de Kiel. Remolcado a Gotenhafen, comenzaron las obras de reparación y se hicieron planes para remodelar su armamento, dotándole de seis cañones de 380 mm y multiplicando su defensa antiaérea. Las órdenes de Hitler de enero de 1943 paralizaron los trabajos. El *Gneisenau* terminó desarmado y fue hundido a la entrada del puerto antes de la llegada de las tropas soviéticas, en 1945.

La opinión pública británica no podía creerse la operación. En su editorial del día 14 de febrero, *The Times* se indig-

naba: «El almirante Ciliax ha logrado un triunfo donde fracasó el duque de Medina Sidonia. Desde el siglo XVII no había ocurrido nada tan insultante en nuestras aguas para el prestigio de nuestro poderío naval...»

Peor lo pasaban en el Almirantazgo británico, que veía cómo Hitler reunía en Noruega y el Báltico una notable flota compuesta por tres acorazados —entre ellos, el *Tirpitz*—, dos acorazados de bolsillo y dos cruceros de batalla. Rápidamente reforzó su flota en Scapa Flow y puso en alerta a la escuadra norteamericana en el Atlántico...

No había realmente razón para tanta alarma, dos acorazados estaban en reparación; el crucero *Prinz Eugen*, dañado por un torpedo, tampoco estaba en condiciones de navegar. Por otro lado, Hitler no pensaba en emplearlos contra Gran Bretaña, sino como defensa de Noruega ante el hipotético ataque aliado que tanto le obsesionaba. Un testigo excepcional de aquellos hechos, desde el punto de vista alemán, el vicealmirante Friedrich Ruge, escribió: «Si bien la empresa suscitó admiración, y no menos en Inglaterra, significó, sin embargo, la renuncia a la guerra oceánica y facilitó la situación de la flota británica en una época especialmente difícil para ella.» De la misma opinión era —pasada la inicial conmoción— el mando naval contrario. Efectivamente, la Marina alemana de superficie, salvo esporádicas y poco importantes apariciones, estuvo ausente del Atlántico a partir de 1942.

Aquel año tuvo un final catastrófico para las armas del III Reich: en África, derrota de Rommel en El Alamein y desembarco aliado en Argelia y Marruecos, embotellando a las tropas del Eje en Túnez. En la URSS, el cerco de Stalingrado era tan férreo que ya nadie en su sano juicio pensaba en la posibilidad de levantarlo. Y cuando Hitler necesitaba más alguna buena

noticia que elevase su ánimo, ocurrió el incidente del convoy JV 51 B. Era ésta una de las expediciones de ayuda a la URSS enviadas por los aliados, vía cabo Norte, a Murmansk, en el mar de Barents. Se componía de 14 buques bien cargados de pertrechos bélicos y con protección ligera. Para tener una idea clara sobre lo que la URSS estuvo recibiendo de los aliados durante el conflicto es interesante analizar lo que transportaba este convoy JV 51 B: 2.040 camiones, 202 tanques, 87 cazas, 43 bombarderos, 32.770 toneladas de combustible, 17.000 toneladas de máquinas y motores, 22.300 toneladas de alimentos y 4.600 toneladas de medicinas... era un convoy poco más que mediano para los usos aliados, tanto que sólo le escoltaban buques livianos: cinco destructores, dos corbetas y dos torpederos.

Alertado el mando de la Marina alemana por un submarino, el almirante Raeder decidió que salieran al encuentro del convoy el *Lützow*, el *Hipper* —acorazado de bolsillo y crucero pesado, respectivamente— y media docena de destructores, mandados por el vicealmirante Kummetz. Éste recibió en cascada de sus consecutivos superiores una serie de órdenes contradictorias de este estilo: «Actúe decididamente y con gran precaución.» Desde Raeder hasta el último de sus almirantes observaban esta política a partir de que Hitler comunicara al jefe de su Marina que no podía dormir durante la noche si tenía un buque de gran porte en el mar, y de que no quería más aventuras y desgracias como las del *Bismarck*.

En suma, Kummetz atacó al convoy, que fue tan valerosamente defendido por destructores y corbetas de protección, como errónea e indecisa fue la actuación de la Kriegsmarine. Las impericias alemanas de aquella acción permitieron la llegada de dos cruceros británicos, con el *Hipper* tocado, que se hicieron dueños del escenario del combate. Los agresores, pese

a su superioridad, perdieron un destructor y se retiraron con el *Hipper* tocado; los agredidos siguieron su ruta, lamentando el hundimiento de un destructor y un torpedo.

Un choque poco trascendente, como tantos otros, que ocasionó una crisis importante en Alemania. Hitler esperaba ansiosamente noticias del encuentro, algo que le compensase de tanto desastre. Telegramas ambiguos alentaron su optimismo, que se disipó violentamente a mediodía del 1 de enero de 1943: el convoy se había escapado ileso y las pérdidas alemanas eran más importantes que las británicas.

Hitler se puso furioso. Acusó de cobardía a toda la flota alemana de superficie, les ridiculizó poniendo a los británicos como ejemplo y concluyó que los grandes buques sólo habían sido un gasto y un lastre para Alemania, que debía protegerlos continuamente para que no sirvieran de nada. Lo único sensato que podía hacerse con la flota de superficie era desmantelarla y utilizar sus cañones en la fortaleza del Atlántico. Convocó inmediatamente a Raeder, que pidió tiempo para informarse detenidamente del caso.

Llegó el gran almirante ante Hitler al atardecer del 6 de enero y durante 90 minutos recibió un chaparrón de improperios contra la Marina de superficie y pidió que ésta fuera desmantelada. Raeder presentó la dimisión. Aquella «orden insensata» —en opinión del contralmirante Ruge— incurría en tres graves errores: eliminaba de la contienda a las fuerzas alemanas de superficie, por poco relevante que fuera su papel; liberaba de su cometido a las fuerzas navales aliadas que operaban en el Atlántico norte y en el Ártico y originó la dimisión irrevocable de Raeder, que si bien había pecado de conservadurismo en el diseño de la flota, fue un jefe coherente, buen administrador de los medios de que disponía y

mantuvo la Kriegsmarine fuera de la influencia y los manejos del partido nazi.

El 14 de enero Raeder elevó a Hitler una memoria sobre los 14 años de su mandato en la Kriegsmarine. Le recomendaba que no desarmara los grandes buques, porque los británicos gritarían de entusiasmo, ya que podrían liberar a todos sus buques de la vigilancia a la que estaban sometiendo a Alemania y los lanzarían a proteger las rutas oceánicas, complicando mucho más la vida de los submarinos.

Pilotando la derrota

A sus sesenta y seis años, Raeder pasó al cargo honorífico de inspector general y Dönitz —elegido tanto por su decisión como por ser poco amigo de los grandes buques de superficie— se hizo cargo de la jefatura de la Marina de Guerra alemana el 30 de enero de 1943. Asombrosamente, logró convencer a Hitler de que no desmantelara los barcos, pues daría a Gran Bretaña su mayor victoria naval de la guerra sin haberla siquiera disputado. Para que el criterio y las amenazas de Hitler no quedaran en entredicho, se desguazaron algunas vetustas unidades y algunos buques modernos muy dañados.

El último día del año 1942 el III Reich tenía 212 submarinos operativos y 181 más en el Báltico en período de adiestramiento. Cuando Dönitz llegó a la jefatura de la Flota alemana, la situación de sus submarinos era teóricamente mucho mejor que un año antes y empleó su nuevo poder en incrementar el número y calidad de sus sumergibles. En efecto, Hitler ordenó que la construcción pasara de 30 a 40 U-boote mensuales, que la fabricación dependiera del Ministerio de

Speer, que se activara la investigación para mejorar los torpedos y buscar otros tipos, tal como ya se ha visto.

Pues bien, todo ello no supuso un incremento en las cifras de hundimientos, que en enero no alcanzaron las 250.000 toneladas; en febrero apenas rebasaron las 400.000; subían esperanzadoramente para Berlín en marzo al superar las 700.000; pero descendían bruscamente en abril hasta las 370.000 toneladas y continuaron bajando en mayo a 300.000... Evidentemente, ya sería imposible alcanzar las cifras de hundimientos del año anterior. Igualmente preocupante para la Kriegsmarine era que en esos 5 meses había perdido cerca de un centenar de submarinos, más que en todo el año anterior, y que las pérdidas de mayo se elevaran a 38 unidades.

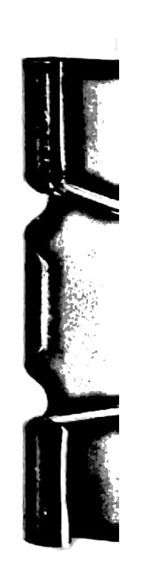
—Estamos ante la peor crisis de nuestros submarinos —le dijo Dönitz a Hitler, en mayo de 1943, al exponerle el tremendo balance de pérdidas— por cuanto el enemigo dispone de unos aparatos de detección que, por vez primera, imposibilitan la guerra submarina.

—Esas pérdidas son extremadamente altas. Efectivamente, no podemos seguir así.

Ante daños tan insostenibles, que amenazaban con borrar del escenario bélico al arma submarina, Dönitz suspendió los ataques en el Atlántico norte, con lo que las cifras de hundimientos bajaron a 120.000 toneladas en junio, aunque las pérdidas de submarinos continuaron siendo insoportables: diecisiete buques. Se cerraba así el primer semestre de 1943 con estas cifras descorazonadoras para Dönitz: 2.140.000 toneladas de buques aliados hundidos y un centenar de submarinos perdidos.

Los alemanes, que siempre estuvieron muy bien informados de las rutas de los convoyes aliados y que se las arreglaron para interceptar durante toda la guerra los mensajes aliados y para descifrarlos con rapidez, comenzaron a oír en esa primavera de 1943 la palabra Hedgehog —erizo—, y es que, efectivamente, esa arma, en combinación con los muy mejorados sistemas de detción, constituía la ruina de los submarinos alemanes. Para paliar las pérdidas, no sólo era necesario incrementar la fabricación de submarinos y el adiestramiento de tripulaciones, según Hitler le reiteró a Speer a comienzos de julio de 1943, cuando le visitó acompañado por Dönitz, con los planos del submarino tipo XXI, que debería producirse en serie hacia noviembre de 1944.

> —Lo más importante es construir ese nuevo tipo de submarino.
>
> —Todos estamos de acuerdo en ese punto. Ya hemos ordenado que tenga prioridad sobre todo lo demás.



Lo que nadie quiso recordar en esas reuniones es que, ya antes de la guerra, el ingeniero Walter...

> [...] había presentado los planos para un submarino limpio, cuyas turbinas se moverían con gas de perióxido de hidrógeno, proporcionando al sumergible velocidades de hasta 25 millas bajo el agua, aunque sólo durante algunas horas, lo que le permitiría penetrar varias veces en un convoy y escapar de él. Al gastarse el perióxido de hidrógeno quedaría reducido a un submarino normal... [Ruge, *Der Seekrieg.*]

Dönitz activó al máximo la construcción de sumergibles, el trabajo en los nuevos modelos y armas y estudió los sistemas de

información propios y los del contrario. Tras valorarlo todo y en espera de mejorar sus buques y medios de combate, decidió afrontar la batalla a cara de perro. Considerando que por cada mil toneladas de submarinos alemanes se hundían 18.000 de buques aliados —según las cifras del desastroso primer semestre—, le era rentable a Alemania seguir impulsando esa guerra.

El 15 de junio de 1943 Dönitz se presentó en el cuartel general de Hitler en Berghof para pedirle 50.000 hombres. La cifra era mareante cuando Sicilia había sido invadida 5 días antes, cuando se preparaba la Operación Ciudadela y cuando parecía inminente el desembarco en la península itálica. Argumentó Dönitz que ese contingente le permitiría una mejor selección de personal y el entrenamiento prolongado de medio millar de tripulaciones. Hitler le escuchó con simpatía, pero al final le confesó, desolado: «No los tengo, hemos de reforzar nuestras defensas antiaéreas y a la caza nocturna para proteger nuestras ciudades. Y reforzar el frente del este. El Ejército necesita divisiones para la defensa de Europa.»

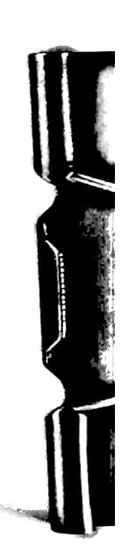
Dönitz salió decepcionado. No podía saber entonces el almirante que, aunque Hitler hubiera puesto aquellos hombres bajo su mando y, aunque se hubiese incrementado la construcción de submarinos, su batalla estaba perdida.

Efectivamente, para esas fechas la guerra ya se había decidido en el mar. Por el lado alemán, si la Luftwaffe había sido una colaboradora cicatera del arma submarina, a aquellas alturas casi había desaparecido del mar. Por el lado aliado, todas las medidas adoptadas a partir de 1941 comenzaban a rendir resultados en estas fechas. A la protección de los convoyes y a la caza de submarinos se destinó como buque preferente el destructor de escolta. Entre 1943 y el fin de las hostilidades los británicos construyeron un centenar y cerca de seiscientos los norteamericanos.

La mitad de esos buques, excelentemente equipados y armados para la lucha antisubmarina, combatieron en el Atlántico, junto a los tres centenares que ya se ocupaban de proteger los convoyes. Pero si esto fue importante, no fue lo decisivo.

El gran argumento aliado estuvo en el aire: el Coastal Command disponía en julio de 1943 del 209 Liberator B-24. Respecto a la eficacia de estos aviones, el profesor Blackett, que colaboró con el Coastal Command, valoraba sus estadísticas:

> [...] Se podría calcular que un Consolidated Liberator B-24, operando desde Islandia para escoltar convoyes en medio del Atlántico salvaba un promedio de media docena de buques mercantes durante la treintena de misiones que llevaba a cabo durante un período de servicio.



Y aún sería más decisiva la entrada en funcionamiento de los portaaviones de escolta, navíos nuevos o construidos a partir del casco de otros barcos mercantes. En general, eran buques de unas 8.000 a 12.000 toneladas, con una velocidad punta de dieciocho a veinte nudos, capaces de transportar de veinte a treinta aviones —cazas y bombarderos ligeros y torpederos— y armados con media docena de montajes cuádruples de cañones de 20 o 30 mm. Entraron en servicio como escoltas de convoyes en el Atlántico a finales de 1942 y, sobre todo, en 1943 y 1944. Gran Bretaña construyó seis y EE.UU., 115, de los cuales cedieron 38 a los británicos. A mediados de 1943 ya había en el Atlántico una docena de estos portaaviones, que mantenían en el aire continuamente 3 o 4 aparatos observando los alrededores de los convoyes custodiados, a la búsqueda de la torreta de un submarino o, incluso, de la estela de un periscopio bajado precipitadamente.

Una vez detectado el submarino, partía del portaaviones un avión que bombardeaba la zona donde se le había visto. Y llegaban también los destructores, auscultando con sus ASDIC el fondo del mar, dispuestos a lanzar inmediatamente sus Hedgehog. Podía ocurrir que el aparato de observación detectara al submarino navegando por la superficie, con lo que podía destruirle con una salva de cohetes de carga hueca.

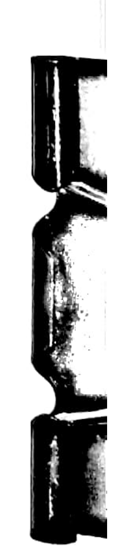
De la eficacia de los portaaviones de escolta baste decir que en 1943 destruyeron veintiséis submarinos y, aunque sea imposible precisar cifras, es seguro que evitaron a los convoyes que escoltaban centenares de hundimientos. Hay que resaltar un caso: el del portaaviones de escolta norteamericano *Card.* Fue botado en febrero de 1942, entró en servicio el 8 de noviembre del mismo año y, a finales de 1943, tras 14 meses de actividad, había hundido ocho submarinos.

Para que no siguieran indefensos ante los aviones, Dönitz ensayó armar sus submarinos más grandes con un montaje de cuatro cañones antiaéreos de 20 mm e, incluso, con un cañón de 37 mm, pero no rindieron grandes beneficios. Así, en los 20 últimos meses de la guerra los convoyes aliados navegaron bajo un denso paraguas aéreo y rodeados de perros guardianes. Durante ese tiempo, con el Atlántico convertido en un carrusel de transportes de tropas, armas y bastimentos para abastecer a Gran Bretaña y a los ejércitos aliados en África, Italia o Francia, los submarinos ocasionaron pérdidas inferiores al 1 por ciento en la navegación mercante aliada.

Conforme mejoraban los medios de protección, detección y ataque de los aliados, la actividad submarina se hizo más difícil, ineficaz y peligrosa para los tiburones de Dönitz, que en la segunda mitad de 1943 hundieron 1.080.000 toneladas de buques, perdiendo ¡124 submarinos! Definitivamente, Ale-

mania estaba derrotada en el mar. En todo el año, a costa de la pérdida de 237 submarinos, había destruido 597 buques aliados, con un total de 3.220.137 toneladas... Pero en ese lapso de tiempo, los angloamericanos habían botado más de trece millones de toneladas de buques. El milagro de semejante volumen de construcción se llamó Liberty, un mercante grande, en torno a las 14.000 toneladas, y muy sencillo, cuyos elementos se prefabricaban y los astilleros sólo tenían que dedicarse a ensamblar las piezas. Así, mientras en Londres se había calculado que una buena producción angloamericana de buques mercantes sería de tres millones al año; el procedimiento de construcción de los Liberty permitió, inicialmente, la entrega de 30 buques mensuales a lo largo de 1942, que se multiplicó hasta por cinco en 1945. En total, en cuatro años, los astilleros norteamericanos entregaron 2.710 Liberty.

Durante el resto del conflicto el Atlántico tuvo enorme importancia como vía de comunicación entre América y Europa, pero había dejado de ser un escenario bélico de primer orden. Con todo, durante 1944-1945 los submarinos de Dönitz aún hundieron millón y medio de toneladas de buques y mantuvieron en jaque a más de 3.000 buques y más de 5.000 aviones, pero su papel casi se redujo al de meros salteadores en los caminos de la mar.



Los nuevos submarinos prometidos por Hitler no llegarían a operar, salvo en algunos casos prácticamente experimentales. Pero, además, ni siquiera se cumplieron los planes de construcción de submarinos convencionales, cuyas entregas debieran haberse elevado a cerca de un millar de sumergibles entre 1943 y 1944. Pero si la industria naval hubiese podido realizar el programa de construcción al completo, tampoco hubiera ya variado la situación en el Atlántico.

Condenados a muerte

En el último año de la guerra, los tripulantes de los U-boote se vieron condenados a permanecer sumergidos durante semanas enteras, a guardar un absoluto silencio durante las travesías, a ignorarlo todo sobre la marcha de las operaciones, a regresar de sus misiones sin una sola presa, agotados, enfermos, desmoralizados, conscientes de que sus submarinos estaban obsoletos para la lucha que hubieron de afrontar a partir de la segunda mitad de 1943.

Peor aún, a partir de 1944 sabían que la batalla contra el tonelaje ya no tenía sentido, que era absurdo el sacrificio casi seguro de sus vidas (en la última parte de la guerra, el 50 por ciento de los que partían ya no regresaba de sus misiones), que algunas operaciones eran descabelladas, que las órdenes de Dönitz —afiliado al partido nazi en febrero de 1944— se habían contaminado en contacto con las insensateces de Hitler. Por ejemplo, tras el desembarco de Normandía, Dönitz ordenó que todos sus submarinos acudieran al canal:

> Todo barco enemigo implicado en el desembarco, aunque sólo transporte un tanque o cincuenta hombres, es un objetivo. Sacad el máximo partido de vuestro ataque, aunque sea a costa de vuestro buque [...] el submarino que inflija pérdidas a las fuerzas invasoras estará cumpliendo su más elevada misión y justificará su existencia a pesar de que resulte destruido. [Se trataba de] una orden suicida en todo menos en el nombre. [Andrew Williams en *La batalla del Atlántico*.]

Así era, indudablemente, pues aquellos obsoletos submarinos, la mayoría sin Schnorkel, debían jugarse la vida en

superficie, ante la vigilancia de centenares de buques de protección y de millares de aviones. Pasó lo que cabía esperar: de 56 submarinos que acudieron al canal, 26 fueron hundidos, a cambio de media docena de presas.

En esas circunstancias comenzó a advertirse un descenso de la moral de las tripulaciones, que llegaron a imponer un máximo de 66 días de permanencia en el mar por cada misión de guerra. Algunos capitanes fueron juzgados y retirados del servicio o, incluso, condenados a muerte y fusilados, como Oskar Kusch, capitán del *U-154*, al que se acusó de alta traición por comentar con su tripulación que sus submarinos estaban anticuados y que aquel tipo de guerra carecía ya de sentido. Sus compañeros seguramente no se enteraron de su ejecución, porque el *U-154* se quedó para siempre en el fondo del océano en una de sus misiones siguientes.



Con todo, los submarinos, aunque sus éxitos decrecieran exponencialmente, siguieron luchando hasta la conclusión de la guerra. Cuenta el vicealmirante Ruge que, a finales de diciembre de 1944, intentó penetrar en Scapa Flow el *U-312* y parece que lo hubiera logrado si un imprevisto golpe de mar no lo hubiese lanzado contra las rocas de uno de los canales, lo que le destrozó el timón; logró regresar a la base gobernando sólo con los motores. De este espíritu combativo y desesperado es singular ejemplo el capitán de corbeta Opdenhoff, que poseía la cruz del mérito militar: pereció, en marzo de 1945, con su sumergible en el curso de su 142ª misión de guerra. Eso lo reconocía Stephen Roskill, historiador de la Marina británica, cuando escribía que los submarinos constituyeron «una fuente de angustia para todos nosotros hasta el final».

Como el capitán Opdenhoff, los restos de la Kriegsmarine continuaron distrayendo fuerzas británicas y constituyendo

uno de los blancos predilectos de sus misiones de bombardeo. Uno tras otro se hundieron los grandes buques, pero lo poco que aún tenía Alemania en la primavera de 1945 jugó un buen papel en el Báltico, retirando tropas y poblaciones civiles de Prusia y Curlandia, pero ya sólo eso: como gran antagonista, como fuerza combativa de primera línea, la Marina de Hitler desapareció en 1943, apabullada por la inmensa producción y la más avanzada tecnología de los angloamericanos.

El último gran drama naval alemán de la Segunda Guerra Mundial ocurrió en el Báltico durante la evacuación de Danzig, la gran ciudad báltica, que constituyó el pretexto inmediato para el ataque alemán a Polonia y, por tanto, el desencadenante de la Segunda Guerra Mundial. El espanto del *Wilhelm Gustloff*, una de las mayores tragedias en la historia naval, pasó casi desapercibida en medio de los horrores que vivieron las poblaciones civiles y las derrotadas tropas alemanas en Prusia Oriental mientras trataban de escapar de la avalancha soviética que se les venía encima.

El Ejército Rojo había destrozado las defensas alemanas de Prusia Oriental y se precipitó sobre la región, pasándola a sangre y fuego. El espanto de la población originó un éxodo sin precedentes: 8 millones de civiles se lanzaron a las carreteras heladas en busca de salvación en el oeste. Padecieron penalidades sin cuento huyendo bajo tempestades de nieve y soportando temperaturas de hasta veinticinco grados bajo cero. Caminaron en busca de la salvación, dejando a su paso un reguero de muertos en las cunetas o pereciendo aplastados por los bombardeos en las ciudades donde esperaron hallar refugio, como en Dresde, que fue arrasada por los ingleses.

La misma tragedia que se vivía en las carreteras sucedía en los puertos del Báltico, donde toda la población ribereña trataba

de ponerse a salvo en los cada vez más escasos buques. Libau, König-sberg, Piccau, Danzig, Gdynia vivieron las escenas dantescas protagonizadas por quienes trataban de conseguir plaza en un barco. Como las personas que llevaban niños tenían prioridad para alcanzar la tarjeta de refugiado, se denunciaron centenares de robos de niños. Pudo verse a soldados que trataban de salir de un puerto con un niño en brazos, asegurando que era su hijo; otros intentaban colarse llevando en brazos un muñeco de trapo. En medio de aquel pandemónium aún funcionaban algunas patrullas de las SS, especialmente dedicadas a la caza de desertores, a los que reexpedían hacia el frente o colgaban de una farola.

En la base naval de Gotenhafen, en la bahía de Danzig, donde hasta el último momento se habían adiestrado tripulaciones de submarinos, llegó la orden de evacuación a finales de enero. Tenían, aparte de algunos submarinos, que se hicieron de inmediato a la mar, cuatro buques que utilizaban como cuartel: los cargaron con todo el material de la escuela, las armas que los submarinos no pudieron recoger y a todo el personal de la base y los astilleros y aún embarcaron a unos 12.000 refugiados. Algunos lograron entrar en los buques pagando cifras astronómicas, otros, mediante trucos tales como constituirse en un fardo o encerrarse en un baúl.



Tres de los buques navegaron hacia el oeste bordeando la costa, pero el cuarto, el *Wilhelm Gustloff*, de mayor calado, salió a mar abierta. Además de su carga militar, llevaba unas 7.000 personas a bordo, de ellos 5.000 refugiados y el resto, militares y tripulación. Partió hacia las 18 horas del 30 de enero, custodiado por un dragaminas que se adelantó tanto que le perdió de vista. Hacía viento, un frío terrible y el barco avanzaba a unos doce nudos en medio de una marejada moderada.

Poco después de las 21 horas, cuando navegaba a unas 25 millas de la costa de Pomerania, registró una sacudida y, pese al

viento y al ruido del mar, los aterrados pasajeros pudieron escuchar una potente explosión, y mientras aguardaban expectantes para saber qué ocurría, otros dos golpes hicieron estremecer al buque. Las luces se apagaron y de salones y camarotes salieron millares de personas enloquecidas por alcanzar las cubiertas.

La marinería no pudo dirigir el ordenado embarque en los botes ni el descenso de éstos hasta el mar. Fueron aplastados por la avalancha furiosa de los que trataban de subir a ellos; algunos volcaron, soltando sobre el helado oleaje a los ocupantes; otros se desplomaron, cuando estaban descendiendo. En torno al casco del *Gustloff* braceaban los náufragos durante unos minutos, antes de morir ahogados o helados.

El buque había recibido tres torpedos y estaba ligeramente escorado, pero las puertas estancas habían sido cerradas y la gente de calderas trataba de mantener presión para que funcionaran los motores y las bombas. El pasaje superviviente de la inicial oleada de pánico se serenó un tanto y se dispuso a esperar la ayuda que ya estaba en camino.

Hacia las 10 se les acercó un remolcador y, minutos después, el torpedero *T.36*, un buque de unas 600 toneladas, que, aunque sobrecargado, aún trataba de ayudar. En ese momento comenzaron a ceder los mamparos de las zonas inundadas y el buque se recostó sobre las olas; las cubiertas quedaron en ángulo recto con el mar y cuantos en ellas estaban fueron arrojados al agua.

Para aumentar la tensión y la tragedia el *T.36* detectó al submarino soviético que había torpedeado al *Wilhelm Gustloff*, con lo que tuvo que seguir el salvamento en condiciones dificilísimas hasta que, ante la presencia de un segundo submarino, lo suspendió. Había logrado rescatar a 564 personas, que unidas a las que salvó el remolcador, otro torpedero y los que pudieron alcanzar la costa con sus botes, sumarían un

millar de personas; el resto, quizá 6.000 o 7.000 personas, pereció en la tragedia recreada en el año 2002 por Günter Grass en su novela *A paso de cangrejo*.

Todavía hoy es difícil hacer un balance de la terrible guerra que Hitler planteó en el Atlántico por su nula habilidad para haber gestionado la paz con Gran Bretaña cuando tenía todos los triunfos en la mano. Con todo, unas pocas cifras serán el más elocuente resumen del espanto vivido en el océano durante 5 años.

Desde el inicio al final de las hostilidades, la Kriegsmarine recibió 1.113 sumergibles, lo que unido a los cincuenta y siete que tenía al comienzo, totalizan 1.170. Dönitz pudo lanzar al combate 863, el resto no llegó a tiempo y fueron buques de instrucción. Sus pérdidas se elevaron a 630 (603 en combate, 7 en accidentes y 20 por causas aún desconocidas). El resto fue destruido por los bombardeos, barrenado por sus tripulaciones o capturado por los aliados.



Esos submarinos y las minas alemanas destruyeron 148 buques de guerra y dañaron a otros 45. Sus ataques a la navegación mercante hundieron 2.779 buques, con un registro de 14.119.413 toneladas (datos aliados recogidos por Dönitz en su libro). De los 40.000 hombres que formaron sus tripulaciones de combate, 28.000 perecieron. Los daños económicos que ocasionaron son inconmensurables; los humanos, aterradores: sólo el Reino Unido perdió 82.758 hombres en la mar (32.000 de la Marina mercante, el resto de la Royal Navy).

De la feroz batalla planteada en el mar por la más desfavorecida de las armas alemanas es igualmente elocuente el ascenso de Dönitz dentro de la Kriegsmarine y del grupo de los grandes jefes militares que rodeaban a Hitler y, finalmente, la ilimitada confianza que Hitler depositó en él, largándole la

sucesión como canciller. En calidad de tan pesada herencia, Dönitz se vería obligado a asumir la capitulación tratando de ganar tiempo para que las tropas y los civiles que huían del este tuvieran oportunidad de adentrarse en las líneas de los aliados occidentales. En medio de aquella tragedia, el Grossadmiral aún tendría tiempo para dirigir el postrer mensaje a los últimos submarinistas:

> ¡Mis hombres del submarino! Hemos vivido 6 años de guerra submarina. Habéis luchado como leones [...] y entregáis las armas tras una batalla heroica que no conoce parangón...

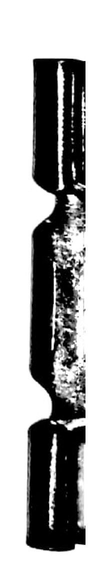
¡Lástima que tal derroche de valor y sangre careciera, en gran parte, de sentido!

Capítulo IX

Los días del apocalipsis

Les decía Hitler a sus generales el 12 de diciembre de 1944:

> Nos corresponde, de inmediato, la tarea de demostrarle al enemigo, asestándole despiadados golpes victoriosos, que todavía no ha ganado nada, que la guerra continuará de un modo ininterrumpido. [...] Que, haga lo que haga o deje de hacer, nunca, nunca, en ningún caso, podrá contar con nuestra rendición. El enemigo tiene que saber que no saldrá victorioso de esta guerra. Si esta idea le resulta manifiestamente clara gracias a la actitud de nuestro pueblo y de nuestras fuerzas armadas y, además, sufre serios reveses en el campo de batalla, a la postre, más tarde o más temprano, sus nervios se derrumbarán... [*Hitler y sus generales.*]



Allí se hallaban unos treinta generales de división o cuerpo de ejército, reunidos en un cuartel general secreto, construido para el Führer cerca de Ziegenburgo (Renania) para seguir la campaña de Francia, en 1940, y que nunca antes había utilizado.

Tras el atentado cometido por Von Stauffenberg en la Guarida del Lobo, el 20 de julio anterior, Hitler adoptaba precauciones especiales. En esta ocasión —según narra el general Fritz Bayerlein, comandante de la División Panzer Lehr— se reunió a los invitados en Coblenza, desde donde se les condu-

jo al punto de destino durante la noche, en un autobús que dio mil rodeos para despistar a los viajeros. Todos tuvieron que dejar sus pistolas y carteras de documentación en el ropero, controlado por guardias de las SS. A lo largo de las paredes de la sala de conferencias se alineaban tantos hombres de las SS como generales, sintiéndose todos tan vigilados que, según Bayerlein —que había sido jefe del Estado Mayor de Rommel en África— «no nos atrevíamos ni a meter la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo».

Pese a que Bayerlein tuvo la impresión de que Hitler estaba deprimido y enfermo, el Führer les habló durante dos horas, sin una sola nota delante, incidiendo una y otra vez en que la resistencia les conduciría a la victoria, pues sus enemigos terminarían por romper aquella coalición contra natura de capitalistas con comunistas y las potencias occidentales renunciarían a la conquista de Alemania ante la sangría humana que les exigiría la empresa. Les puso varios ejemplos históricos, desde la resistencia de Roma ante Aníbal o de Federico el Grande, que, acosado por la coalición de Austria, Rusia, Francia, Suecia y Sajonia en la Guerra de los Siete Años, se negó a rendirse y, al final, logró dar la vuelta a la situación y erigirse en vencedor.

Pero, según Hitler, la guerra no se podría ganar sólo resistiendo: había que contraatacar, lograr una victoria importante para elevar la moral propia y destruir la enemiga... La larga arenga —de la que se acaba de publicar en español el fragmento que se conserva, unos 16 folios, en *Hitler y sus generales*— terminaba pidiéndoles fe en la victoria, pues sus fuerzas eran similares a las de 1940 e iban a actuar en el mismo escenario y si era verdad que las tropas alemanas estaban cansadas, al enemigo lo ocurría lo mismo, pues había padecido 240.000 bajas en el último mes...

Todo o nada en las Ardenas

Gerd von Rundstedt, comandante en general del Frente Occidental, le dio las gracias y prometió en nombre de todos sus comandantes el cumplimiento del deber hasta el heroísmo. Luego, de noche, igual que habían llegado, abandonaron el cuartel general de Hitler y, de nuevo, con muchos rodeos, regresaron a Coblenza y desde allí, al frente de las Ardenas, donde Hitler pretendía jugarse la guerra a todo o nada.

Hoy y entonces, los especialistas están de acuerdo con el principio del razonamiento de Hitler: las divisiones que con inmenso sacrificio se habían reunido para esa operación se hubieran gastado en unas pocas horas de ofensiva aliada en el momento en que se produjera. Hitler trataba de aprovechar la escasez de fuerzas aliadas extendidas sobre un frente de casi mil kilómetros, la endeblez norteamericana en la zona de las Ardenas y las predicciones meteorológicas que aseguraban mal tiempo —por tanto, inoperancia aérea— durante una semana.



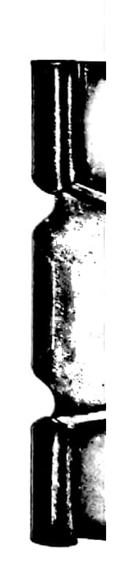
Si el planteamiento teórico de Hitler entraba dentro de la lógica, en el resto de su discurso, y en el proyecto concreto de la ofensiva de las Ardenas, estaba totalmente equivocado. En diciembre de 1944 las tropas soviéticas habían alcanzado, en el norte, las fronteras de Prusia; en el centro, eran dueñas de gran parte de Polonia, Checoslovaquia y Hungría; en el sur, habían ocupado toda Rumania, Bulgaria y gran parte de Yugoslavia. Stalin estaba preparando, con calma y sin dejar de presionar en algunos puntos, la más formidable masa de hombres y máquinas que se había visto en toda la guerra.

Desde el Báltico a los Balcanes, en un frente sinuoso de casi dos mil kilómetros, se agrupaban cinco millones y medio

de hombres, que contaban con cerca de cien mil cañones y morteros, más de 20.000 tanques y carros de asalto y cerca de 20.000 aviones, lo que, aproximadamente, le daba al Ejército Rojo una superioridad sobre el alemán de 3 a 1 en hombres, 8 a 1 en artillería, 5 a 1 en blindados y 13 a 1 en aviones. Por eso, también resultaba lógico —aunque totalmente contraproducente para los intereses inmediatos de la población alemana del este y, en general, para los intereses del país tras la ineluctable derrota— que el zarpazo que Hitler se disponía a lanzar fuera contra el oeste, pues las fuerzas agrupadas para la operación de las Ardenas apenas se hubieran dejado notar en el este.

En los frentes occidentales, la situación alemana era, de momento, menos angustiosa, pero presagiaba un cataclismo salvo que ocurriera un milagro. Los aliados eran dueños de gran parte de Italia, aunque éste era ya un campo de batalla secundario; habían liberado Francia, Bélgica y parte de Holanda, pero en diciembre de 1944 estaban empantanados y helados ante las fronteras del suroeste de Alemania. El frío y lluvioso otoño de 1944 había gastado mucho las unidades de Eisenhower, que se hallaban desabastecidas tras 14 semanas de operaciones a lo largo de todo el frente, luchando en zonas surcadas por grandes ríos que corrían con los cauces llenos, en marismas inundables o en un relieve abrupto y boscoso, con malas comunicaciones. Mediante un enorme esfuerzo habían empujado a los alemanes hacia el norte, hallando una feroz resistencia tanto al amparo de defensas favorables como de una alta moral, fruto de la desesperada necesidad de defender el suelo patrio. El mal tiempo, que había reducido las misiones aéreas a un tercio de las habituales en el anterior verano, también había colaborado con Von Rundstedt en la batalla defensiva.

Y a ese lento avance y elevadísimo desgaste había colaborado, sobre todo, el problema de los suministros, que llegaban con cuentagotas desde los puertos del canal por una red de carreteras y ferrocarriles destrozada, primero, por la actuación de los bombardeos aliados en el primer semestre de 1944 y, en el segundo, por la de los zapadores alemanes, que habían volado más de 4.000 puentes y tramos de la vía férrea. Por otro lado, quizá la planificación militar angloamericana no fue la más adecuada. Hoy se debate todavía si acertó Eisenhower al atacar a lo largo de todo el frente, brindando la opción de combatir a todas las unidades alemanas y viéndose obligado a suministrar una línea superior a los 800 km. Montgomery era partidario de un ataque concentrado en la zona norte, «un Plan Schlieffen al revés», es decir, penetrar por Bélgica hacia el noroeste y atacar el Ruhr. Pero la planificación y dirección aliada de aquellas operaciones parece que tuvieron importantes motivaciones políticas: por un lado, no otorgar a Montgomery, a los ingleses, el protagonismo de la entrada en Alemania, supeditándole, además, un alto porcentaje de tropas norteamericanas; por otro, proporcionar cierto protagonismo a las tropas francesas, permitiéndoles actuar en la liberación de su territorio.



Churchill lo deja entrever en sus *Memorias*:

> Pero estos éxitos considerables [se refiere al avance desde París hasta la frontera alemana y la toma de Bélgica] no pueden ocultar el hecho de que habíamos sufrido un revés estratégico. Antes de emprender este gran movimiento hicimos constar que era un error atacar todo el frente y que se debería haber concentrado una masa mucho mayor en el punto de penetración deseado. Se confirmaron totalmente los comentarios y las predicciones que Montgomery había hecho de antemano.

Pero debe recordarse…

> […] que nuestros ejércitos sólo tienen la mitad de hombres que los estadounidenses y que pronto serán poco más de un tercio. Todo es amistad y lealtad en el ámbito militar a pesar de las desilusiones, pero no me resulta tan sencillo como antes conseguir que se hagan las cosas...

Bajo las bombas

Pero todos sabían, en Berlín, Londres y Washington, que esa situación era circunstancial. Con la posesión del gran puerto de Amberes, los angloamericanos se garantizaban la llegada de tropas y suministros en cantidades hasta entonces impensables, dado el ya mencionado problema de las comunicaciones. Y también era seguro que más o menos pronto volvería el buen tiempo y, con él, el abrumador dominio aéreo angloamericano, utilizado sobre Alemania con una contundencia que hoy parece excesiva. Los aliados empleaban grandes masas de bombarderos pesados, que podían actuar casi con total impunidad. Por el día los norteamericanos atacaban zonas industriales, centros mineros y nudos de comunicaciones. En los meses finales de 1944 arrojaron sobre las zonas industriales del Ruhr más de 60.000 toneladas de bombas, logrando paralizar durante semanas muchas industrias y dislocando las comunicaciones. Por la noche atacaban los cuatrimotores británicos del mariscal sir Arthur Harris, un acérrimo partidario de los bombardeos alfombra sobre ciudades, pues suponía que su efectividad material y psicológica era muy superior a la destrucción de industrias y comunicaciones. Fruto de su política es que en aquellos días finales de la guerra

sus aviones estuvieran lanzando el 53 por ciento de los ataques contra las ciudades y sólo el 14 por ciento contra las industrias petrolíferas, el 15 por ciento contra infraestructura de comunicaciones y el resto contra la tropas alemanas.

Todo eso había ocasionado que, a finales de 1944, las industrias alemanas estuvieran prácticamente en ruinas y, aunque seguían produciendo armas en cantidades importantes, muchas apenas podían alcanzar los frentes de combate, por falta de comunicaciones: a aquellas alturas, el 80 por ciento de la red ferroviaria estaba destruida o tan dañada que funcionaba con rendimientos muy bajos.

Por lo que se refiere al combustible, la situación era peor: Alemania ya había perdido la producción petrolífera de Ploesti, en Rumania, y apenas seguían proporcionando petróleo al III Reich unos pequeños yacimientos. La importantísima producción de carburantes sintéticos, que durante la primera mitad de 1944 había rondado el millón de toneladas, descendió en el segundo semestre a un total de 157.000 toneladas, es decir, un 16 por ciento. Eso hacía que los aviones pudieran volar pocas horas y que los tanques tuvieran que emplearse en acciones defensivas.



En cuanto a las ciudades, la mayoría tenía barrios enteros convertidos en montones de escombros y en diciembre de 1944 ya se contabilizaban entre 320.000 y 430.000 muertos civiles (de 420.000 a 570.000 al llegar la capitulación de Alemania, según Jörg Friedrich, en *El Incendio. Alemania bajo los bombardeos*).

Por todo ello, en contra de lo que aseguraba Hitler, ni la situación de Roma frente a Aníbal, ni la de Federico el Grande en la guerra de los Siete años había sido tan mala como la del III Reich en diciembre de 1944. Alemania se hallaba en situa-

ción preagónica, pero eso no era óbice para que Hitler hubiera decidido luchar más allá de toda lógica y razón.

Más hambre que dientes

La elección de las Ardenas era, aparentemente, buena. Penetrar en aquella accidentada y poco guarnecida zona y girar luego hacia el norte para alcanzar el curso del Mosa, cruzarlo y tomar Amberes, parecía una opción interesante, pues rompería la conexión entre el 1° y 3° Ejército norteamericanos y aislaría a aquél y al cuerpo expedicionario inglés de Bernard Law Montgomery contra la costa belga... El éxito constituiría un nuevo Dunkerque, con la destrucción o captura de 37 divisiones angloamericanas.

Pero esta operación, cuyo nombre clave era Bruma Otoñal (*Herbstnebel*), tenía un grave inconveniente: la Wehrmacht carecía de suficientes dientes para masticar un bocado tan grande. Hitler destinaba a la operación unos 400.000 hombres de valor muy desigual, que deberían acompañar la acción de las fuerzas acorazadas, apenas un millar de carros de combate con el combustible racionado. A esa fuerza de ataque se le pedía un avance superior a los 200 km, atravesando un terreno difícil, con pocas y estrechas carreteras, importantes cursos de agua y defendido por tropas norteamericanas que estarían poco tiempo en inferioridad, pues, indudablemente, serían reforzadas en cuestión de horas.

El mariscal Von Rundstedt declaró tras la capitulación:

> Cuando me hablaron por primera vez de la ofensiva de las Ardenas, me opuse con todas mis fuerzas. Nuestros medios eran

demasiado escasos para lograr objetivos tan ambiciosos. Sugerí sustituirla por un ataque sobre el saliente de Aquisgrán, pero mi plan fue rechazado, como otros que yo propuse.

De la misma opinión era el mariscal Hans Model, un militar de la total confianza de Hitler, sus jefes de Estado Mayor, generales Hans Krebs y Siegfried Westphal y hasta los jefes de las tropas acorazadas encargadas de romper el frente, Hasso von Manteuffel (5° Ejército acorazado), Josef —Sepp— Dietrich (6° Ejército Acorazado) y Erich Brandenberger (7° Ejército) que deberían neutralizar los previsibles contraataques del general George Patton en la izquierda de la contraofensiva alemana. Todos consideraban irrealizable lo que Hitler les pedía y apoyaban «la pequeña solución», es decir, un ataque en tenaza sobre Aquisgrán, cuyo éxito hubiera puesto fuera de combate un tercio de las fuerzas de Dwight Eisenhower... y si la operación fuera coronada por el éxito, permitiría avanzar sobre Amberes, distante 130 km. La primera fase era una operación relativamente sencilla, razonable; la segunda fase hubiera sido muy difícil de realizar y, aunque ambas se culminaran, sería un objetivo menos ambicioso que el ideado por Hitler. Por eso, cuando el Führer recibió en uno u otro momento a esos generales, les despidió, airado: «La intención, la organización y el objetivo, son irrevocables.»



El general Ferdinand Jodl, jefe de planificación del Alto Mando de las Fuerzas Armadas (OKW), replicó de similar manera a quienes trataron de que mediara para disuadir a Hitler: «El Führer ha decidido que la operación ya está planificada hasta en sus más mínimos detalles, de modo que deben limitarse a cumplir las instrucciones.»

Von Rundstedt comentaría tras la capitulación:

Era una operación insensata en general y, en lo que respecta a Amberes, sólo puede calificarse de absurda. De alcanzar el Mosa, hubiéramos tenido que caer de rodillas, dar gracias a Dios y olvidarnos de Amberes.

Esos pensamientos embargaban a los mariscales, tenientes generales y generales cuando salieron del cuartel general de Hitler, la noche del 12 de diciembre de 1944, camino de sus unidades en las Ardenas. Todos estaban dispuestos a empeñar su capacidad y entusiasmo por la victoria, pero casi ninguno de ellos creía que la misión fuera realizable. En la oscuridad del autobús, dando tumbos por la carretera camino del frente, en la boca de algunos afloraba una sonrisa amarga, recordando las frases de Hitler, por ejemplo, aquella que calificaba al pueblo norteamericano como gente desarticulada, sin coraje ni moral y a sus soldados, como tipos indisciplinados, mal adiestrados, incapaces de asumir situaciones de gran peligro, dureza y que requirieran gran tesón... ¡Viejos tópicos! ya desmontados en África e Italia y que deberían estar, incluso, a la altura de la comprensión de Hitler tras la batalla de Normandía.

Puré de guisantes

El mayor acierto del OKW en la Operación Bruma otoñal fue la elección del nombre: se combatiría, en efecto, durante una semana entre lluvia, nieve y niebla, tanto que los norteamericanos recordarían la batalla como «puré de guisantes». Comenzó el 16 de diciembre, con una breve e intensa preparación artillera, tras la cual se lanzó hacia adelante la infantería alemana, para ahorrar el desgaste inicial de los blindados, pero

estos tuvieron que participar enseguida, en vista de la resistencia norteamericana.

La sorpresa aliada fue mayúscula, pues habían advertido la concentración de tropas alemanas —31 divisiones, con unos 400.000 hombres y un millar de blindados— pero no podían imaginar la loca audacia de Hitler y esperaban una operación de menor alcance. Montgomery, por ejemplo, aunque tenía los primeros informes de la ofensiva sobre la mesa, creyó que era un simple amago:

> El enemigo hace en la actualidad una guerra defensiva en todos los frentes. Su situación es tal que no puede preparar acciones ofensivas importantes. Además le es preciso evitar que la guerra entre en un período de movilidad: carece de los transportes y del carburante imprescindibles para operaciones móviles y sus tanques no pueden competir con los nuestros en una batalla de movimientos.



Pero en aquellos instantes, aun a costa de vencer una resistencia extraordinariamente tenaz de la infantería norteamericana, los alemanes estaban avanzando, gracias a su superioridad numérica y blindada de 3 a 1. Ante el evidente peligro, Eisenhower dispuso que aquel frente, de unos 70/80 km de ancho, fuera reforzado en el curso de los días siguientes con siete divisiones, igualando a los alemanes en número. Entre tanto, evidenciando la ignorancia de Hitler sobre el valor de los soldados norteamericanos, en numerosos puntos, ante fuerzas muy superiores, mantuvieron núcleos de resistencia a ultranza que detuvieron a los alemanes o les entretuvieron mientras llegaban refuerzos o desviaron su empuje. Regimientos enteros desaparecieron combatiendo hasta el

último hombre. Uno de ellos, el 422, dejó un último mensaje: «Enviad municiones.»

En el nudo de comunicaciones de Saint Vith se defendieron dos regimientos durante cinco días, parando en seco a los blindados de las SS. Perecieron en su mayoría y quedó para ellos el epitafio del jefe del 1er Ejército americano, general Courtney Hodges: «En nuestra situación, ninguna unidad del mundo hubiera resistido semejante ataque alemán.»

Operación Grifo

Además del factor sorpresa, jugaron los alemanes con el elemento confusión. Por vez primera en la guerra, al menos a gran escala, se realizó una operación de comandos pensada para desarticular las comunicaciones telefónicas, confundir a las unidades norteamericanas, cambiar las señalizaciones viarias, propagar todo tipo de informaciones que causaran confusión o pánico, apoderarse de nudos de carreteras o de puentes, volar depósitos de municiones, obtener combustible...

Ese cometido, bautizado como Operación Grifo, se lo encargó Hitler a su hombre de confianza para estas misiones especiales, Otto Skorzeny, que se ocupó durante el otoño de la formación y equipamiento de la Brigada Acorazada 150, pomposo nombre que designó al grupo encargado de operar tras las líneas norteamericanas. Esa unidad no llegó a contar con más de dos mil hombres, de los cuales apenas doscientos hablaban pasablemente inglés y otros tantos podían chapurrear unas docenas de palabras de uso cotidiano. Se les dotó de un pobre equipo norteamericano sacado de los almacenes de recuperación, de modo que ni siquiera todos disponían de armas ni

uniformes reglamentarios en el ejército USA. Cuando hablé con él, Skorzeny, que disfrutaba contando estos detalles, me dijo que había pretendido disponer de un centenar de vehículos blindados —tanques, cañones de asalto y transportes de tropas— y de otros tantos camiones y jeeps, pero se quedó con las ganas y apenas dispuso al final de un centenar de vehículos de todo tipo, muchos de ellos alemanes, camuflados y pintados con los colores utilizados por los norteamericanos:

> Muchos de nuestros equipos sólo daban el pego durante la noche, pero es que no era fácil conseguir nada. Las unidades que tenían jeeps las utilizaban ellos y era muy difícil quitárselos y lo mismo a quienes disponían de algún camión o tanque norteamericano y si te lo daban, había que desconfiar: nos entregaron dos Sherman y uno se averió camino del campo de operaciones... En fin, con muy buena voluntad, muy escasos medios, pocos hombres que supieran hablar pasablemente inglés, escaso adiestramiento en operaciones de equipo y unas pocas horas de masticar chicle, fumar, saludar y moverse al estilo norteamericano, salimos hacia el frente.
>
> El principio fue un desastre. Los estrechos caminos embarrados y nevados impedían un avance rápido. Largas columnas se atascaban en aquellas carreteras de montaña, consumiendo el poco combustible que teníamos... Fui muy pesimista desde el principio: la logística no estaba bien planificada. Por ejemplo, ante un monumental atasco, me bajé del coche y remonté la columna detenida. Tuve que andar varios kilómetros, sobrepasando a soldados que maldecían la situación creada y, finalmente, llegué a una curva muy cerrada donde un enorme transporte estaba encallado. Tuvimos que tirarlo por un precipicio, perdiendo unos preciosos cohetes V-1... ¿Qué hacían en vanguardia esos equipos? ¿A quién



se le ocurrió canalizar ese pesado remolque por un lugar donde no cabía? Y así, mil cosas más.

—¿Cómo pudo controlar a tantos grupos de agentes perturbadores en medio de tal confusión?

—No existió tal control. En el momento inicial del ataque, coloqué nueve grupos con las unidades de vanguardia. Cuando se iniciaron los choques, estos jeep-team (llamados así porque eran los cuatro ocupantes de un todoterreno) no tuvieron mucha dificultad para infiltrarse en las desorganizadas líneas, pero una vez detrás de ellas ya todo dependía de su iniciativa y capacidad. Uno de esos grupos alcanzó el Mosa y se apostó junto a un puente. Allí logró desviar a un regimiento acorazado de su destino y colocarlo ante nuestros cañones. Dos días después, según nuestros servicios de escucha nos comunicaron, aún estaban buscándolo en el cuartel general norteamericano.

Otro grupo, voló un polvorín; otro cortó un nudo de comunicaciones telefónicas y todos cambiaron señales de carreteras, proporcionaron informaciones falsas sobre las penetraciones de «los malditos alemanes» o sobre la situación en el frente y causaron una confusión importante en la retaguardia norteamericana... Pero de buena parte del éxito de los comandos nos enteramos después de la guerra, cuando nos los contaron los propios norteamericanos.

—¿Y los que fueron apresados?

—Algunos, muy pocos, fueron procesados sumariamente y fusilados allí mismo. Sólo dos grupos de mis jeep-teams resultaron capturados. Aparte de ellos, en nuestra modesta actuación como infantería mecanizada en los alrededores de Malmedy, tuvimos 17 desaparecidos, pero estos estaban debidamente uniformados como alemanes y correrían el habitual destino de los capturados en combate. Es decir, nuestro éxito consistió, real-

mente, en la confusión que logramos crear en las filas norteamericanas y en la psicosis de espías y comandos que se difundió tras el frente. Su policía militar detuvo a más de 250 de sus soldados y oficiales por tener un apellido alemán o algún tipo de acento especial, por llevar un arma o una prenda alemana, por no poder justificar claramente su presencia en determinado lugar, etcétera. Esa psicosis se esparció, incluso, por la retaguardia y alcanzó París, donde se me buscaba porque, según sus servicios de información, yo estaba allí organizando el secuestro de Eisenhower...

—A propósito, ¿nunca tuvieron tal proyecto?

—No. Fue sólo un rumor cocinado entre nuestros comandos que, durante las semanas de adiestramiento, ignoraban la auténtica naturaleza de nuestra misión. Nos pareció una estupenda cobertura, de modo que, sin afirmarlo, lo dejamos correr. Probablemente, nuestros agentes capturados lo comentaran en los interrogatorios a que fueron sometidos...



—¿Hubiera podido realizarlo?

—Lo hubiera intentado, si así me lo hubiesen ordenado. Nadie está tan bien protegido que sea invulnerable a una acción de comandos. Pero jamás hubo tal operación y la mejor demostración es que los norteamericanos, aparte de los rumores, jamás hallaron un sólo rastro de ella.

«¡Váyase al cuerno!»

Pese a la confusión creada por los comandos, perfectamente documentada por los servicios secretos norteamericanos, la progresión de Von Manteuffel, en el ala izquierda del ataque, fue lenta y la de Sepp Dietrich, insignificante, aunque contaba con las divisiones Panzer de las SS, las unidades mimadas por

Hitler y, por tanto, las mejor equipadas. El 6° Ejército Panzer no tuvo la habilidad de esquivar los duros núcleos de resistencia norteamericanos y quedó parado, sufriendo un tremendo desgaste. En el cuarto día de la ofensiva, los responsables alemanes del frente oeste, Rundstedt y Model, trataron de reforzar a Von Manteuffel con tropas y blindados de las SS para aprovechar su empuje y alcanzar el Mosa. Pero Hitler se negó en redondo, obstinándose en mantener sus planes: debía ser el 6° Ejército de Sepp Dietrich la punta perforante de la ofensiva.

Así perdieron los alemanes la única oportunidad de llegar al río. El 5° Ejército de Manteuffel esquivó Bastogne con sus vanguardias acorazadas el 19 de diciembre y dejó su asedio en manos de la limitada infantería de los granaderos populares (*Volksgrenadier*) reclutada por Himmler entre las últimas reservas y pobremente armada. Mientras Dietrich estaba casi parado y Manteuffel avanzada lentamente hacia el Mosa, el general norteamericano MacAuliffe escribía su epopeya en la defensa de Bastogne, rechazando la capitulación, que se le ofreció el 22 de diciembre, con una frase controvertida. Unos aseguran que, simplemente, escribió en un papel: «¡Narices!»

Como el interlocutor alemán no comprendiera, se le hizo una traducción aclaratoria: «¡Váyase al cuerno!»

Otras versiones aseguran que su frase fue lapidaria, pensada para pasar a los manuales de las academias de guerra: «La guarnición muere pero no se rinde.»

Fuera de una u otra manera, lo cierto es que la resistencia de MacAuliffe privó a los alemanes de aquel nudo de comunicaciones. Su tenacidad irritaría tanto a Hitler que, perdiendo de vista el objetivo de la operación, destinó al asedio fuerzas importantes, con la orden de tomar la ciudad a cualquier precio, y buena parte del apoyo aéreo que en esos días

tuvo la Wehrmacht se cebó en el bombardeo de los sitiados. Así, 45.000 alemanes, que hubieran debido avanzar hacia el Mosa, se entretuvieron cercando una ciudad defendida por 18.000 norteamericanos.

El 22 de diciembre, séptimo día de la ofensiva, Manteuffel aún se hallaba lejos del Mosa, que debería haberse alcanzado al tercero. Ante la situación de casi estancamiento y ante el evidente peligro en que se hallarían las tropas alemanas en caso de mejorar el tiempo, Rundstedt pidió a Hitler permiso para detener la ofensiva, que ya no prometía nada. Hitler se negó y ordenó que continuara el ataque y se tomara Bastogne. El día 24 Von Manteuffel se acercó a 10 km del Mosa, en la zona de Dinant. Sería la máxima penetración alemana. En esa fecha, el mariscal Montgomery, que se había hecho cargo de la jefatura de todos los ejércitos aliados desde Dinant al canal, estaba esperando a los alemanes junto al río y, también, ese día cambió el tiempo y salió el sol, lo que permitiría la actuación de los aviones angloamericanos. Toda la retaguardia alemana fue bombardeada y Bastogne, abastecido, mientras los cazabombarderos se cebaban en las fuerzas acorazadas de Von Manteuffel y Dietrich.



El día 25, fiesta de Navidad, Patton pasó al contraataque, amenazando el flanco izquierdo de Von Manteuffel, que tuvo que pasar a la defensiva, abandonando ochenta blindados por falta de combustible. Dicen que aquella mañana, el impetuoso general estadounidense salió a la calle alborozado saludando al sol y al cielo limpio de nubes: «Un día de Navidad frío y despejado, un tiempo espléndido para matar alemanes.»

La batalla de las Ardenas había terminado, no así el asedio de Bastogne, que Hitler alimentó hasta el 9 de enero, en que los contraataques norteamericanos terminaron liberando a los sitiados.

En conjunto, el resultado de la batalla es contradictorio. La idea hitleriana era brillante, pero demasiado ambiciosa para sus posibilidades reales; la ejecución de las maniobras fue aceptable en el caso de Von Manteuffel y malo en el caso de Dietrich. Hitler se equivocó cediéndole toda la iniciativa a este último, lo mismo que obstinándose en el asedio de Bastogne, igual que rechazando el repliegue sugerido el día 22 de diciembre, lo que le hubiera ahorrado muchas pérdidas y no le hubiese restado ningún beneficio. Las bajas alemanas, unas 80.000, fueron muy similares a las norteamericanas; perdieron 324 tanques y 320 aviones, por 733 y 592, los norteamericanos. Pero hay que añadir que gran parte de las pérdidas alemanas se produjo a partir del día 24 y que los estadounidenses ya se habían recuperado de sus pérdidas en dos semanas, mientras que el III Reich ya no podría hacerlo. Interrogado en Nuremberg sobre las Ardenas, el mariscal Keitel puso el dedo en la llaga:

> Conseguimos sorprender completamente a las tropas aliadas tanto a nivel estratégico como operativo. La ofensiva no tuvo éxito entre otros motivos porque la jefatura de las fuerzas blindadas no estaba en manos competentes. [...] Si yo hubiera tenido más influencia en este particular, la jefatura hubiera sido otra. Fueron el deseo y las órdenes del Führer lo que cumplimos en última instancia.

No explicó Keitel en qué jefes estaba pensando, pero, seguramente, en los mejores planificadores y conductores de tropas blindadas que había tenido la Wehrmacht y que conocían bien las Ardenas: Manstein, Kleist, Hoth —los tres se hallaban en sus casas, marginados por Hitler porque le censuraban su manera de conducir la guerra— y Guderian, que se

afanaba inútilmente preparando planes en el Estado Mayor, pues Hitler solía ignorarlos.

En el bando aliado, lo ocurrido en las Ardenas tiene, también, una lectura controvertida. Las divisiones norteamericanas afectadas por el ataque, en general, respondieron magníficamente. Algunos historiadores militares, sin embargo, no han ahorrado críticas a los mandos superiores: no tomaron precauciones ante un ataque previsible y en una zona ya probada por los alemanes y si reaccionaron bien en apoyo de la zona afectada, cometieron el error de solicitar que los soviéticos adelantaran su ataque en el este para que los alemanes aflojasen la presión en el oeste.



Al final, perdieron la ocasión de un gran contraataque que les hubiese abierto el frente o, por lo menos, otorgado una inmediata iniciativa: hasta el 28 de enero no lograron restablecer, por completo, la situación existente en vísperas de la ofensiva alemana. Eso les hizo perder, políticamente, la batalla, frente a su aliado soviético: Stalin impuso un dominio absoluto sobre la Conferencia de Yalta.

Pánico en el este

«¡Matad!, ¡matad! No hay inocentes entre los alemanes. Obedeced las órdenes de vuestro camarada Stalin, destruyendo para siempre a la bestia negra en su guarida. Mancillad el orgullo racial de las mujeres alemanas. Tomadlas como legítimo botín», arengaba el activista rojo Ilía Ehrenburg a los ejércitos de Rokossovski, Koniev, Zukov, Malinovski y Tolbujín que se disponían a atacar en un frente de 1.200 km, desde Hungría al mar Báltico.

Los propósitos bárbaros y vengativos del Ejército Rojo no extrañaban a Hitler ni a nadie en Alemania, pues eran consonantes con el bestial trato dispensado por los ejércitos del III Reich a las poblaciones conquistadas en la URSS y, también, estaba de acuerdo con la propaganda de Göbbels, que incitaba a las tropas a la resistencia a ultranza para que salvaran a su patria y a sus familias de la miseria, la infamia y la muerte.

Pero lo que Hitler —que despreciaba a los soviéticos y que siempre les suponía al borde del agotamiento— no hubiera podido ni soñar es que a comienzos de 1945 iba a tener cinco grupos de ejércitos rojos, con tres millones de hombres, 8.000 carros de combate, 50.000 cañones y 20.000 aviones frente a las fronteras orientales de la propia Alemania.

Cuando su último jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht, Guderian, le advertía del gravísimo peligro en que se hallaban Prusia Oriental, Pomerania y Silesia, además de Checoslovaquia, Austria y Hungría, Hitler montaba en cólera, creyéndose objeto de un engaño; se negaba a aceptar que aquello pudiera ser verdad y suponía que se le exageraban las cifras para que ordenase el repliegue de sus ejércitos. Así, se negó a reforzar aquellos frentes, sacando tropas de zonas donde ni había actividad ni tenían ya cometido alguno, como en Curlandia, donde contaban con cerca de 300.000 hombres y medio millar de blindados.

Las consecuencias se comenzaron a ver el 12 de enero cuando el mariscal Koniev inició la ofensiva soviética en la cabeza de puente de Baranov. Los alemanes, combatiendo en una inferioridad numérica de 1 a 2, artillera de 1 a 5, de 1 a 3 en carros de combate, de 1 a 12 en aviones, fueron arrollados. Los soviéticos entraron en Varsovia el 17 de enero; el 21

penetraron en Silesia; el 26, sus cañones alcanzaban Königsberg; el 27, los alemanes eran forzados a evacuar la Alta Silesia; el 11 de febrero los soldados de Stalin conquistaban Budapest; el 15, cercaban Breslau; el 23, tomaban Poznan...

El espanto ante las violencias soviéticas contra la población civil —aumentadas por la propaganda y los rumores— y la sensación de culpabilidad por los inmensos atropellos cometidos por sus tropas en la URSS y en Polonia, originaron uno de los éxodos más atroces de la historia. Ocho millones de personas se lanzaron hacia el oeste, huyendo bajo tempestades de nieve y soportando temperaturas de hasta veinticinco grados bajo cero con escasos alimentos, ropas de abrigo y medios de transporte. Caminaban aterradas, temiendo los ametrallamientos aéreos o ser rebasadas por las columnas motorizadas soviéticas, que hubieran cortado las comunicaciones con la salvación o, peor, hallarse en el camino de una división acorazada que les hubiera hecho papilla con las cadenas de sus blindados, como ocurrió en varias ocasiones. Marchaban con la máxima celeridad posible, abandonando a los que se retrasaban o arrollado a los que se paraban en el camino. En aquel terrible éxodo se calcula que pereció más de millón y medio de civiles alemanes, cuyos cuerpos quedaron insepultos en las cunetas de los caminos o entre las ruinas de las ciudades donde creyeron hallar seguridad, como Königsberg, Poznan, Glogau, Küstrin, Breslau, Francfort del Oder o Dresde.



La misma tragedia que se veía en las carreteras ocurrió, también, en los puertos del Báltico, tal como se ha visto en el capítulo anterior al relatar la tragedia del *Wilhelm Gustloff*, donde perecieron decenas de millares de civiles originarios de las costas prusianas o de refugiados, que las alcanzaron en busca de la salvación.

Cuando se desató la ofensiva soviética en el frente polaco y se suponía que, sin demorarse mucho, los angloamericanos harían lo propio en el renano, Hitler decidió regresar a Berlín. Un coronel del Estado Mayor comentó con sorna: «¡Estupendo, así podremos ir al frente en tranvía!» El regreso se produjo a mediados de enero y Hitler quedó asombrado de las destrucciones que durante su ausencia habían ocasionado los bombardeos aliados en las comunicaciones, hasta el punto de que su tren sufrió demoras importantes en aquel viaje, pese a los esfuerzos del servicio de ferrocarriles para proporcionarle rapidez y comodidad. Con todo, ni por asomo se le ocurrió dar señal de desmayo o insinuar la posibilidad de una capitulación.

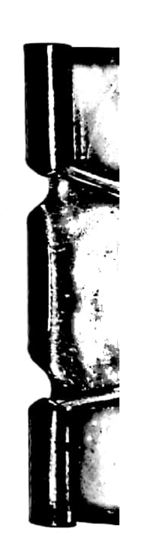
Los militares más responsables aún contemplaban como hipótesis un intento de negociar un alto el fuego con los aliados occidentales, pretendiendo continuar luego la guerra contra los soviéticos. Y si eso resultaba imposible —que lo hubiera sido, tal como hoy conocemos la situación—, la mayoría prefería la capitulación incondicional antes de que la guerra entrase en suelo alemán y de que aumentara la muerte y la destrucción. Pero Hitler tenía otros proyectos.

«Si somos derrotados, es porque Alemania no es digna de mí», solía decir por aquellos días; por tanto, a él no le interesaba la suerte de Alemania, ni la de sus gentes, sólo la victoria. Si ésta era imposible, le traían sin cuidado la destrucción del país y el sufrimiento del pueblo. Próximo a cumplir cincuenta y seis años, seguía jugando «a todo o nada» y rechazaba con loca furia cualquier idea de defender el suelo alemán retirando tropas de frentes inactivos, como Curlandia o Noruega, esgrimiendo la razón de que necesitaba esas regiones por sus materias primas, por su valor estratégico o como bases de sus pró-

ximas contraofensivas. No le interesaba la defensa de las fronteras alemanas, salvo por cuestiones estratégicas o industriales.

Uno de los hombres que más estrechamente había tratado a Hitler, su arquitecto y ministro de Armamento, Albert Speer, escribió respecto a la actitud del Führer en aquellos críticos días:

> Cuando Hitler se vio perdido quiso, conscientemente, aniquilar al pueblo alemán y destruir las bases de su misma existencia. Ya no conocía límites morales. Para él, su fin significaba el fin de todo.



Speer, que hasta entonces había realizado el milagro de intensificar la producción armamentística alemana incluso bajo las circunstancias más adversas, como la carencia de materias primas y los estragos causados por los bombardeos aliados, había ya arrojado la toalla. A finales de enero, con ocasión del duodécimo aniversario de la subida de Hitler al poder, le entregó la memoria anual de producción y las previsiones de futuro. El documento comenzaba de forma lapidaria: «La guerra está perdida.» Fundamentaba su afirmación en el cese de suministros de las materias primas procedentes de Silesia, Pomerania, Alsacia, Lorena y Hungría; en la crisis industrial provocada por los bombardeos aliados de las fábricas y de las redes de comunicaciones y en la escasez de trabajadores, perdidos los recursos humanos de los territorios ocupados por los aliados y esquilmados los de la propia Alemania por los reclutamientos militares.

Hitler le escuchó malhumorado, guardó el documento en la caja fuerte que tenía en su habitación del búnquer y, después de despedirle displicentemente, dio órdenes de que, en adelante, Speer no volviera a verle en privado.

Noticias de Yalta

En medio de la catarata de noticias catastróficas que procedían de todo el este y de la intranquilizadora puesta en marcha de los anglonorteamericanos en el oeste, llegaron a Berlín noticias de Yalta. Realmente, si el espionaje alemán había sido poco eficaz durante todo la guerra, a comienzos de febrero de 1945 resultaba casi inexistente. En la reunión del 27 de enero con el reichmarschal Göring, el OKW, el Estado Mayor de la Wehrmacht y numerosos asesores militares y diplomáticos, Hitler comentó:

> —Parece que la reunión se va a celebrar nuevamente en Teherán.
>
> —Si es que se celebra —replicó el embajador Hewell, alentando la esperanza de que la ruptura entre las democracias occidentales y la URSS fuese inminente.

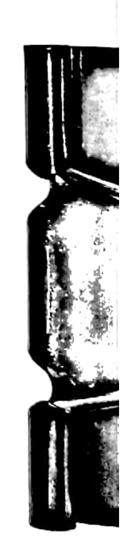
Con todo, Hitler supo 10 días después que en la península de Crimea —tan lejana entonces, aunque había estado en su poder sólo un año antes— se hallaban reunidos los grandes jefes aliados, Stalin, Roosevelt y Churchill. Evidentemente, nada se supo en la Cancillería sobre lo tratado en el palacio de Livadia, sede principal de la Conferencia, pero tampoco hacía falta ser adivino para intuirlo: Alemania sería laminada, sus industrias, esquilmadas, los dirigentes nazis, procesados o, quizá directamente, liquidados... Es decir, noticias casi intrascendentes para Hitler en la situación en que se hallaba en aquellos momentos el III Reich.

A finales de febrero de 1945 los cinco ejércitos soviéticos que se habían puesto en marcha a mediados del mes anterior

habían profundizado entre 400 y 500 km dentro del dispositivo alemán, alcanzando la línea del Oder en casi toda su longitud. Berlín se hallaba tan sólo a 80 km. En cinco semanas habían desbaratado por completo 70 divisiones alemanas y dañado gravemente a muchas otras, ocasionando la muerte a medio millón de soldados, hiriendo a cerca de doscientos mil y capturando a un número similar.

Los ejércitos alemanes del este habían dejado de existir y la Wehrmacht se disponía a reunir sus restos para formar la última barrera ante los soviéticos.

La maquinaria militar nazi estaba llegando al punto de colapso; según el ministro Speer, a falta de las materias primas adecuadas, los explosivos se fabricaban con un 20 por ciento de sal mineral, lo que mermaba en el mismo porcentaje su poder destructivo y, perdidos los pozos petrolíferos de Rumania, casi todo el combustible era sintético, pero la producción resultaba inferior en un 50 por ciento a las necesidades del Ejército.



No estaba mejor el reclutamiento. Alemania, Austria y los Sudetes, es decir, el territorio estricto del Reich, contaban con una población de 80 millones de personas; la mitad eran niños, ancianos o amas de casa; la otra mitad se componía de nueve millones de movilizados, veinte millones de trabajadores industriales (a los que se añadían cinco millones de extranjeros) y once millones de trabajadores del campo o los servicios.

De los nueve millones de movilizados, unos cuatro millones se enfrentaban a los soviéticos en el este y a los angloamericanos en el oeste; más de un millón estaba en frentes secundarios o formaban fuerzas de ocupación: Italia, Curlandia, Noruega, Dinamarca, islas mediterráneas, guarniciones aisladas en Francia... Casi tres millones estaban en servicios auxiliares, transportes, defensa antiaérea del Reich, etcétera. Medio mi-

llón era convalecientes, heridos, mutilados y una cantidad similar, según calculaba Martin Bormann, desertores que se ocultaban en la caótica Alemania de aquellos días.

Tan agotada estaba la capacidad de reclutamiento que, el 27 de febrero, el general Jodl le mostraba a Hitler un telegrama angustiado del jefe de los ejércitos alemanes del oeste, Von Rundstedt, quien había recibido en febrero 11.902 soldados, en vez de los 52.200 que tenía asignados para ese mes. De la angustiosa falta de combatientes es buena muestra el contenido de las reuniones de Hitler con sus generales; en la del 27 de enero, el jefe del Estado Mayor, Guderian, hablaba de divisiones con efectivos de 3.400 hombres, cuando al completo hubieran rondado los 18.000 y en aquellas fantasmales discusiones militares se manejaban brigadas de asalto, que a veces sólo encuadraban un par de centenares de hombres, cuyo único armamento pesado eran los lanzagranadas.

Pero las penurias eran mucho más graves que esa escasez de soldados: faltaban armas, todo tipo de armas, se habla de divisiones blindadas con 25 tanques y Göring comenta: «Se hace cualquier cosa con tal de que haya gente libre para combatir, pero, luego, no tenemos armas...»

A lo que Hitler replica que las cosas están a punto de cambiar: «Ahora hemos empezado un programa a gran escala. [...] Se producirán 900.000 pistolas de asalto mensuales.»

La situación de las municiones no era mejor. En la misma reunión, refiriéndose a uno de sus generales, Hitler comenta: «Ha dicho que con sólo cinco u ocho proyectiles para cada obús pesado no puede dirigir una batalla defensiva.»

A lo que replicó el general Jodl: «Esos son los cálculos del intendente general, pero no es todo, porque ha añadido que la situación va a empeorar.»

Los nazis más fanáticos aun hallaban la manera de conseguir más recursos humanos para el frente: Axmann, jefe de las Juventudes Hitlerianas, ofreció a Hitler 6.000 muchachos de quince años para reforzar a los ejércitos que Himmler iba a enfrentar a los soviéticos en el frente del Oder. La dirigente femenina nazi Frau Scholtz-Klink proponía la creación de batallones femeninos. Göbbels movilizaba la Volkssturm, un ejército de veteranos, arrancados de industrias destruidas, y sólo útiles en trabajos de fortificación o en posiciones fijas.

Y lo mismo que se improvisaban tropas y armas —es el momento del Panzerfaust o puño de hierro, un lanzagranadas muy eficaz a menos de 50 m— se nombraban generales. A Hitler ya no le interesaban los mandos más capaces, pues los estimaba competentes sólo en circunstancias ideales. A finales de febrero, comentaba:

> Manstein, para trabajar con divisiones, necesita que tengan buen aspecto. Si tuviera aquí un ejército compuesto por 10 o 20 divisiones de primera categoría, se las daría a Manstein. Pero si las divisiones se deterioraran, tendría que quitárselas rápidamente, pues con ellas sería incapaz de operar.



Por tanto, buscaba en los fondos de su ejército aventureros, fanáticos o militares brutales. Es el momento de jefes como Schoerner, Steiner, Bach-Zelewski, Reinefarth, Dietrich... casi todos ellos procedentes de las filas de las SS y muy lejanos en capacidad militar a los mandos de la Wehrmacht que habían iniciado la guerra, pero gentes duras, sin escrúpulos, capaces de intentar acciones militarmente desesperadas o absurdas con tal de cumplir las órdenes de Hitler... En una de esas discusiones militares, pensó, incluso, en entregar el

mando de tropas a Otto Skorzeny, un eficaz jefe de comandos, pero carente de toda formación y experiencia en el frente.

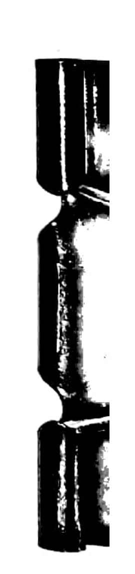
Cualquier dirigente en esa situación hubiera solicitado el armisticio o, incluso, la capitulación. Pero Hitler, además de mostrarse indiferente ante los sufrimientos de los alemanes, era suficientemente lúcido para saber que sus terribles obras serían juzgadas con todo rigor por los vencedores, por lo que estaba dispuesto a destruir Alemania hasta los cimientos con tal de prolongar un poco más su régimen y su vida. Le alentaban en este propósito varias convicciones profundamente arraigadas en él: una enorme fe en los prodigios, que le sacarían de las mayores dificultades, porque él era un predestinado. Esto se combinaba con su doctrina de la superioridad germana, que se plasmaría un día u otro al hallar el arma definitiva para doblegar a sus enemigos. Y, finalmente, creía que los aliados occidentales terminarían rompiendo con la URSS, por lo que le dejarían de acosar en el oeste, permitiéndole volcar todas sus fuerzas contra el este.

Pero, salvo diferencias políticas, de las que Berlín tendría percepciones mínimas, nada permitía pensar que los aliados fuesen a romper sus relaciones y, mucho menos, que eso pudiera significar un arreglo con el régimen nazi. La realidad era absolutamente testaruda como para alentar la más mínima esperanza: la situación en todos los frentes era calamitosa, faltaban hombres, armas y combustible; en la retaguardia, las comunicaciones eran caóticas, la industria carecía de materias primas y la población civil pasaba hambre...Y luego estaban los bombardeos, espantosos en aquellos días: Berlín sufrió el peor de toda la guerra el 3 de febrero, contabilizándose cerca de cinco mil muertos; Nuremberg, Duisburgo, Worms, padecieron un espantoso castigo ese mismo mes, pero el bombardeo

más destructivo y mortífero sufrido por una ciudad europea cayó sobre Dresde entre los días 13, 14 y 15 de febrero.

En el ojo de la ira

El profesor Viktor Klemperer había tenido un día horrible, pese a que en su diario consignara que Dresde había disfrutado aquel 13 de febrero de 1945 de un «estupendo día primaveral». La familia de Klemperer, de origen judío, se había afincado en Alemania desde el siglo XVIII y Viktor había combatido en la Gran Guerra como voluntario en las filas de los ejércitos del Káiser, mereciendo varias citaciones y condecoraciones. Había sido un distinguido periodista antes de convertirse en un famoso pedagogo y filólogo como profesor de literatura francesa en la Universidad de Dresde. La vida de Klemperer y su familia se convirtió en una pesadilla a partir de la llegada de Hitler al poder y de la puesta en marcha de sus leyes antisemitas. Había renunciado a emigrar, tal como habían hecho su hermano, un prestigioso médico, o su primo Otto, el famoso director de orquesta, pensando que el antisemitismo nazi no llegaría tan lejos: pues él era un héroe de guerra, se había convertido hacía tiempo al cristianismo y estaba casado con Eva, una mujer aria. Se había equivocado. Cierto que su matrimonio le había librado de la deportación, lo mismo que a otros dos centenares de judíos, últimos representantes de los seis mil que, aproximadamente, habían vivido en Dresde antes de la llegada del nazismo al poder.



Pero Viktor Klemperer y la comunidad judía acaban de recibir la citación para que el 16 de febrero se presentaran en las oficinas de la SD (*Sicherheitsdienst*, Servicio de Seguridad),

reclamados por el Servicio de Trabajo. A esas alturas todos sabían que aquélla sería su cita con la muerte.

A las 21.51 horas, Klemperer, su esposa y otras familias, concentradas en una «casa de judíos», terminaban de consumir en silencio, atenazados por la angustia, su humilde cena. Era martes de Carnaval y por las calles aún alborotaban tímidamente algunas charangas, pero en aquella amenazada comunidad judía no estaban para chanzas. Tres días después vestirían el traje rayado, azul y blanco, de los prisioneros y serían empujados y apaleados como animales, explotados hasta la extenuación y, finalmente, si no perecían víctimas del agotamiento, el hambre o la enfermedad, serían asesinados.

Entonces sonó la sirena de la alarma antiaérea. Diez minutos después escucharon la rápida aproximación del rugido aterrador de un millar de poderosos motores de avión. La hermosa Dresde, a la que Herder había denominado «la Florencia del Elba», se había librado hasta entonces de los bombardeos aliados que devastaban las ciudades alemanas, pero la fortuna se había terminado. A las 20.03, ocho bombarderos ligeros Mosquito balizaron con un millar de bengalas de magnesio el campo de actuación de los 244 bombarderos pesados Lancaster que les seguían.

Mientras aquel grupo de judíos abandonaba su casa hacia el sótano, uno maldijo en voz alta: «¡Ojalá lo destruyan todo!» Apenas se habían internado en aquel inseguro refugio, cuando comenzaron a sonar las trompetas del juicio final. Las primeras bombas alcanzaron el casco urbano de Dresde a las 20.14 y las últimas estallaron sólo 2 minutos más tarde. En esos 120 segundos el viejo casco urbano, repleto de joyas del Barroco, fue convertido en un caos infernal de destrucción y fuego por 525 toneladas de bombas explosivas y 350 de bombas incendiarias.

Dresde, la capital de Sajonia, era una ciudad grande, con unos 640.000 habitantes antes de la guerra, población que había aumentado sensiblemente a causa de las oleadas de refugiados que llegaban del este, huyendo del avance soviético y del frente de batalla, que se hallaba a poco más de cien kilómetros en aquellos momentos.

Aparte de un casco histórico espectacular, esencialmente compuesto por edificios barrocos del siglo XVIII: iglesias, teatros, ópera y palacios reconvertidos en museos y bibliotecas, Dresde era un importante nudo de comunicaciones ferroviarias y de carreteras y, además, contaba con cierta industria. No era, por tanto, un blanco inocente, como han pretendido los magnificadores del crimen, pero, tampoco, un objetivo fundamental para la guerra, tanto que los aliados nunca se habían ocupado seriamente de ella. Tampoco los alemanes: cuando se produjo el bombardeo, todas las baterías antiaéreas que se habían destinado a su defensa habían sido trasladadas a centros industriales más importantes o al frente del este. Más aún, en su aeropuerto había veinte cazas nocturnos, que no llegaron a intervenir porque, ante la escasez de gasolina, alguien en Berlín consideró que no valía la pena defender la ciudad.

Según los experimentados jefes del Comando de Bombardeo Aliado, las bombas fueron arrojadas en dos ejes convergentes sobre la ciudad antigua, es decir, formando un ángulo, una «V», de modo que la tempestad de fuego se fuera cerrando como un abanico, arrasando todo el espacio interior. Ese efecto fue logrado en media hora. Pero en ese tiempo, los bomberos de la ciudad y de las poblaciones próximas comenzaron a trabajar en la extinción de los incendios y en la salvación de las personas atrapadas. Era una catástrofe, pero aún podía salvarse algo. El mariscal Harris no les daría la oportunidad.

A la 1.30 de la madrugada del 14 de febrero, miércoles de ceniza, llegó la segunda avalancha de bombarderos: 524 aparatos, que lanzaron 1.765 toneladas de bombas (964 rompedoras y 801 incendiarias), que prolongaron los lados del ángulo, abrazando ya todo el casco antiguo y prolongando el vértice hacia el oeste, alcanzando la Hauptbahnhof (estación central), de la que se aprestaban a salir varios trenes sobrecargados de refugiados; allí mismo, en andenes y zonas de maniobras, había millares de fugitivos del este que vivaqueaban a la espera de transporte. El complejo fue convertido en una inmensa tea, lo mismo que dos hospitales y gran parte de los equipos de bomberos que trabajaban en la extinción de incendios y quienes estaban en los refugios que, recalentados y sin aire, se convirtieron en sepulturas; lo mismo que los millares de casas demolidas, cuyo mar de escombros todo lo sepultó.

Viktor Klemperer y su esposa Eva tuvieron suerte. Escaparon indemnes a ambos bombardeos y lograron atravesar el Elba y desde una colina pudieron observar la ciudad consumida por un mar de llamas, un infierno en cuyo epicentro la temperatura alcanzó los mil grados centígrados.

Cuando llegó el día y comenzaron a hacerse las primeras valoraciones de la destrucción, se calculó que el antiguo centro había sido destruido en más de un 75 por ciento; y su entorno, entre el 25 y el 75 por ciento.

Pero el azote no había terminado. Pasado el mediodía del 14, miércoles, 311 fortalezas volantes norteamericanas arrojaron 800 toneladas de bombas, apuntando a la base de columna de humo, que se elevaba más de 4.000 metros de altura. Si algo quedaba con vida fue volatilizado, incluyendo los equipos de rescate y los pocos policías y bomberos que aún trataban de hallar supervivientes. Al amanecer el día 15, aquel océano

de ruinas y cenizas constituía una auténtica tumba, en cuyo centro, milagrosamente, aún se mantenía en pie la mayor joya arquitectónica de Dresde, la Frauenkirche, una maravillosa iglesia protestante barroca en cuyo órgano había tocado Johann Sebastian Bach. Su torre, de 95 metros de altura, parecía desafiar las explosiones y el fuego. Se la vio en pie, por última vez, a mediodía del 15, poco antes que otra formación de 210 aviones norteamericanos lanzara las últimas 461 toneladas de bombas.

Las casi 4.000 toneladas de bombas arrojadas sobre la indefensa ciudad durante 40 horas causaron una cifra de víctimas aún controvertida, minimizándose a 25.000 o ensanchándose por encima de 200.000. Las más modernas y ecuánimes investigaciones —J. Friedrich, F. Taylor y S. Lindqvist— sitúan la mortandad entre 35.000 y 50.000 personas. Entre los que se salvaron pudieron contarse los esposos Viktor y Eva Klemperer. Él se quitó su humillante estrella amarilla y ambos se confundieron entre la riada de refugiados que se dirigieron, cubiertos de harapos, heridas y quemaduras, a otras ciudades pidiendo auxilio, sin nada en las manos, ni documentación siquiera. Regresaron a Dresde tras la guerra. Viktor recuperó su cátedra y vivió respetado y rodeado de prestigio hasta su muerte, en 1960, a los 78 años de edad.



Las pérdidas materiales fueron inmensas: cuarenta mil hectáreas de casas, calles, monumentos y parques quedaron calcinadas. Una muestra del auténtico fin del bombardeo es que, de los dos centenares de fábricas que había en la ciudad y suburbios, 136 sufrieron daños graves, 28, leves; 35, insignificantes. Como nudo de comunicaciones siguió prestando servicios hasta el final del conflicto.

Dresde fue reconstruida después de la guerra, pero no hubo dinero para reedificar su centro monumental. Hoy, a

sesenta años de aquella inmensa y vergonzosa ordalía, el casco urbano barroco está nuevamente en pie, reconstruido con minuciosa fidelidad y mimo y la Frauenkirche luce con todo su esplendor, dominando el centro del conjunto y a la espera tan sólo de los últimos remates.

La muralla de los nibelungos

En aquellos momentos, la Luftwaffe había sido, a efectos reales, barrida del cielo. En el cuartel general de Hitler se seguía hablando de centenares de operaciones de sus cazas y de las pérdidas que infligían a los aliados, pero eran datos irrelevantes ante el potencial enemigo. Por ejemplo, el 1 de marzo atacaron el sur de Alemania 3.300 bombarderos y cazas, arrojaron 4.000 toneladas de bombas y perdieron 17 aparatos... En aquellos momentos, los aliados occidentales disponían de 28.000 bombarderos y 10.000 cazas, que día tras día convertían en cenizas las industrias, los nudos de comunicaciones y las ciudades alemanas.

La mejor prueba de la libertad de acción de que gozaba la aviación aliada es que el propio Hitler iba a perder en aquellos días su capacidad de movimiento, bastante escasa ya en los últimos tiempos. La Cancillería estaba muy destruida, pero aun pasaba la mayor parte del día en las habitaciones menos maltratadas. Por la noche bajaba a dormir al búnquer, pues odiaba tener que levantarse sobresaltado por las alarmas aéreas. El 25 de febrero los norteamericanos plancharon literalmente Berlín con sus bombas. Ese día, el Führer decidió residir permanentemente en el gran refugio construido por Speer bajo el jardín de la Cancillería.

Todo se estaba derrumbando en torno a Hitler. Los soviéticos, a 80 km de Berlín, reponían pérdidas, acopiaban municiones y bastimentos y sólo tenían que fijar la fecha de su ataque final. Británicos y norteamericanos se hallaban ya dentro de Alemania, junto al Rin. El terrible secreto nazi, los campos de exterminio, era ya público y comenzaban a despertar un clamor universal exigiendo venganza. Finlandia, Turquía, Egipto, Siria, Líbano, Venezuela y Uruguay declaraban por aquellos días la guerra al III Reich.

En la última decena de febrero los ejércitos aliados occidentales se aprestaban a desencadenar su ofensiva en el oeste, tras casi dos meses inactivos, recuperándose de las pérdidas sufridas durante la batalla de las Ardenas y, sobre todo, discutiendo una estrategia que satisficiera a todos. Dwight Eisenhower, jefe supremo de los ejércitos aliados —jefatura inobjetable pues el 70 por ciento de los efectivos humanos y el 85 del material bélico eran norteamericanos— iba a dar en aquellos días la justa medida de sus capacidades. Por un lado, demostraría su inmensa paciencia, su mano izquierda y su energía para mantener la unidad de acción de sus ejércitos e imponerse a los deseos de sus subordinados más incómodos, su compatriota Patton, el francés De Gaulle y el británico Montgomery. Y, también, exhibiría su nula formación política, su ceguera respecto a la situación real de aquella Europa desgarrada y su ingenuidad ante el futuro de la alianza con la Unión Soviética.



Las relaciones eran tensas en el bando aliado occidental a causa de los celos en el mando de las unidades y a los intereses de cada país. Los norteamericanos, sobre todo Patton, habían sido muy críticos con Montgomery a causa del fracaso británico en Arnhem, el otoño de 1944. El mariscal británico

se había vengado, mostrándose hirientemente irónico con el general norteamericano Omar S. Bradley a causa de la sorpresa que sufrieron sus tropas en la batalla de las Ardenas. Norteamericanos y británicos estaban de uñas contra De Gaulle, por su obstinación en liquidar la presencia alemana en Alsacia y Lorena, operaciones en un frente secundario que terminaron por retrasar durante semanas el avance hacia el interior de Alemania.

Con este mar de fondo, se decidió la continuación de las operaciones. Montgomery era partidario de lanzar una fuerte ofensiva con su Grupo de Ejércitos Norte, que privase a los alemanes de los recursos del Ruhr, y que pusiera a los aliados camino de Berlín. Para ello pedía que a su Grupo de Ejércitos (15 divisiones reforzadas, con unos 350.000 hombres en total y un millar de carros de combate) se subordinasen fuerzas norteamericanas, con unas 10 divisiones (aproximadamente 250.000 hombres y 1.000 blindados).

Contaba poder romper el frente alemán en el Rin y penetrar rápidamente hacia el este, mientras las fuerzas alemanas situadas más al sur eran inmovilizadas por la presión de los ejércitos aliados Centro y Sur y por la destrucción de las comunicaciones mediante un programa intensivo de ataques aéreos.

Eisenhower era hombre de ideas militares más limitadas y conservadoras que Montgomery. Prefería un ataque a lo largo de todo el frente. Quería poner en marcha un rodillo que aplastase a las tropas alemanas situadas a lo largo de todo el Rin, desde la frontera suiza hasta Holanda. Aparte de eso, el plan de Montgomery le suscitaba otro problema importante: el enfado de sus jefes de grupos de ejércitos: Bradley (Centro) y Patton (Sur), contrarios a la cesión a los británicos de aque-

llas fuerzas norteamericanas. Creían aquellos generales que la única finalidad de Montgomery era apuntarse el mayor éxito de la guerra y luego pavonearse con la victoria. En parte, así era, aunque primase la idea de alcanzar Berlín y Viena antes que los soviéticos.

«Los norteamericanos ponemos la sangre, las armas y el dinero y Monty se cuelga las medallas», se decía por aquellos días en el cuartel general de Patton, que amenazó con dimitir si se aceptaba el plan británico. Eisenhower, presionado en el mismo sentido por Bradley, adoptó una decisión salomónica. Agregó a las fuerzas Norte de Montgomery la mitad de lo que pedía y le dio prioridad en el ataque sobre el Rin. Pero puso, también, en marcha a sus ejércitos Centro y Sur.



Esta decisión, que proporcionó un rosario de victorias a los angloamericanos, hoy puede considerarse grosera. Su rodillo significó que —lo mismo que el otoño anterior— todas las fuerzas aliadas entraron en combate con todos los soldados alemanes; que todos los puentes sobre el Rin fueron destruidos, que los ingenieros hubieron de construir docenas de pasos provisionales; que los bombarderos dispersaron su acción en centenares de misiones diferentes. Las consecuencias pronto quedaron a la vista: millares de muertos y heridos innecesarios, decenas de ciudades y pueblos convertidos en montañas de ruinas, decenas de millares de víctimas civiles... y, además, un ritmo lento en el avance.

La ofensiva aliada careció de brillo: el historiador militar británico, general Fuller, la califica expresivamente de «avance falangístico» y, en otro momento comenta la «locura que representaba la estrategia lineal de Eisenhower». Pero se impuso porque no había alternativa. La defensa del Rin corría a cargo de 70 divisiones alemanas tan debilitadas que en muchos

casos eran poco más que regimientos. En total, no más de 750.000 hombres con unos 2.000 carros de combate. Lo que Eisenhower iba a lanzar sobre ellos eran 85 divisiones reforzadas, con no menos de 1.800.000 soldados y 5.000 carros de combate y más de 30.000 aviones.

En el capítulo de suministros las diferencias eran abismales: hubo momentos en que los alemanes no pudieron mover sus blindados por falta de combustible. En muchos puntos del frente la munición estaba racionada: los cañones tenían asignadas cinco granadas por tubo cada día. En el bando aliado no había problemas de combustible y disponían de tres cañones por cada pieza alemana y en los momentos de mayor escasez de proyectiles se asignaban 90 disparos por tubo al día. Por tanto, en los momentos de mayor escasez angloamericana, su superioridad sería de 54-1 en fuego artillero.

En esas condiciones, el resultado de la lucha estaba claro. Los generales alemanes no se hacían ilusiones. Su única posibilidad de resistir radicaba en los errores que pudieran cometer los aliados y en la ventaja que les otorgaba el crecido curso del Rin y los innumerables canales de la región.

El 22 de febrero Montgomery señalaba a sus tropas que iniciarían la Operación Grenade al alba del día siguiente:

> Estamos dispuestos para el último round. La norma será batirse hasta la cuenta final. No habrá límite de tiempo. [...] Hemos llevado al enemigo donde queríamos. Ahora va a recibir un golpe decisivo, extraordinario, y asestado, además, desde varias direcciones.

A las 2.45 horas del 23 de febrero, la artillería de los ejércitos Norte abrió fuego con más de un millar de piezas sobre

la zona del Roer. Esa fue la señal de ataque en un frente de más de 500 km. Pese a su enorme superioridad numérica y material, los aliados avanzaron con más lentitud de la prevista y sufriendo más bajas de las esperadas.

En la historia oficial del Ejército canadiense —que inició el ataque y que fue el más castigado de los aliados— figura esta observación:

> En el crepúsculo de sus dioses, los defensores del Reich dan pruebas de una temeridad fanática y de un valor desesperado. Combaten con una decisión y un encarnizamiento notables, sobre todo al oeste del Rin, y las batallas de la Reichswald y de la Hochwald alcanzarán un carácter tristemente memorable en los anales de esta guerra.



No era esa la impresión que se respiraba en Berlín. Hitler, que el día 24 de febrero aún aseguraba a sus *Gauleiteren* que el Muro del Oeste no tenía fisuras y que la Wehrmacht estaba dando cumplida respuesta a los atacantes, comenzó a tener frecuentes ataques de ira en los días siguientes, conforme sus unidades eran rebasadas, rechazadas o capturadas.

Estaba especialmente irritado con la conducta de la población civil. No podía comprender su agotamiento ni su desmoralización. Todos los hogares estaban vestidos de luto, los bombardeos habían destruido gran parte de sus casas, pasaban hambre y ya sólo deseaban salvar la vida, para lo que esperaban que la guerra terminase pronto y que el frente no se estabilizase, precisamente, en su comarca. Por eso los campesinos retiraban los obstáculos antitanque y trataban de impedir la voladura de los puentes comarcales. Más aún, recibían a los invasores con banderitas blancas. Muchas unidades de la Volks-

sturm (tropas formadas en los últimos meses, compuestas por hombres con edades comprendidas entre los cincuenta y los sesenta años y equipadas con armamento ligero, para la defensa de las ciudades) se disolvían o empleaban sus armas para exigir a los rezagados de las unidades regulares que se retirasen más aprisa.

Ante la ofensiva aliada, los generales alemanes propusieron a Hitler replegarse al este del Rin, donde sus tropas hubieran gozado de una mejor protección. Pero Hitler no lo consintió, por las conocidas razones de sus contumaces esperanzas de cambiar el curso de la guerra: había perdido el carbón de Silesia, ocupada por las tropas soviéticas, y no podía renunciar a la cuenca del Ruhr, porque eso hubiese significado el colapso industrial. Si se evacuaba la orilla oeste del Rin cesaría el tráfico fluvial, indispensable tras el caos de las comunicaciones terrestres.

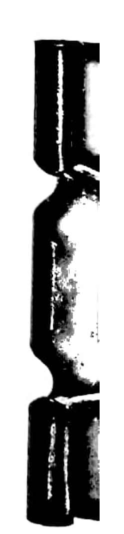
Existía, también, una consideración personal: había prometido que no se cedería ni un puñado de tierra alemana. Y había, también, una conclusión fatalista: retirarse al otro lado del Rin sólo significaría trasladar la catástrofe de un sitio a otro. En consecuencia, Hitler ordenó el 2 de marzo que nadie se retirase sin su permiso expreso, según consta en sus reuniones de guerra.

> Sea como sea, [la Wehrmacht] tiene que resistir en la Línea Sigfrido cuanto sea humanamente posible. Tenemos que quitarle de la cabeza [al entonces jefe del Oeste, es decir, al mariscal Von Rundstedt] la idea de que puede volver aquí.

Y en su desesperada obstinación parecía, incluso, dispuesto a enviar unidades femeninas al frente:

> Por lo que a mí respecta, incluso las mujeres pueden incorporarse ¡Me resulta completamente indiferente! Ahora están ofreciéndose voluntarias tantas mujeres... mujeres que quieren empuñar las armas y soy de la opinión que tenemos que aceptarlas ya. ¡Son más valerosas! Si las disponemos en segunda línea, al menos conseguiremos que los hombres no salgan corriendo. Lo importante es que nadie pase el Rin. [...] Esta región debemos mantenerla bajo nuestro control... [*Hitler y sus generales.*]

Si alguna vez existió el firme propósito de enviar al frente a esas mujeres, lo cierto es que no se realizó. De cualquier forma, la resistencia, dada la desproporción de medios, no era humanamente posible. El general Schlemm, jefe del I Ejército paracaidista alemán, que defendía el curso bajo del Rin, definía la realidad de la famosa Muralla del Führer: «Entre nosotros y los angloamericanos ya no hay una muralla, sino una quimera.»



Al finalizar febrero, los ejércitos alemanes situados en la margen izquierda del Rin se replegaban al otro lado del río. Sus movimientos fueron precisos y bien organizados, pese a la presión que sobre ellos ejercían los angloamericanos, tanto que pudieron atravesar el Rin con casi todas sus armas pesadas, dejando en manos de los aliados 53.000 prisioneros y habiendo sufrido en 2 semanas de combates un número parecido de muertos y heridos. Muestra de la dureza de la lucha es que las bajas en el bando aliado eran similares: sólo el cuerpo de ejército canadiense lamentó en esos combates 15.634 bajas.

Al autorizar aquella retirada, Hitler ordenó que todos los puentes sobre el Rin fueran volados. Para proceder a esa destrucción los alemanes esperaron hasta el último momento, para permitir el traslado de sus armas pesadas y el paso de sus unidades

rezagadas. Así fueron saltando, uno tras otro, los puentes de Oberkassel, Colonia, Coblenza, Duisburgo, Dusseldorf... Mas en la mañana del 7 de marzo la compañía A del 27° Batallón de Infantería de EE.UU., mandada por el teniente Karl Timmermann, llegó a una altura que dominaba la zona de Remagen, al sur de Bonn, y descubrió maravillado que el famoso puente ferroviario de Ludendorff estaba intacto.

Los alemanes fueron sorprendidos por la llegada de los norteamericanos, que se lanzaron a la carrera a apoderarse del puente. El comandante Scheler, responsable de su defensa, trató de rechazar a los atacantes, rehusando volar la obra, puesse había comprometido con las tropas germanas en retirada a no hacerlo hasta las 16 horas de esa tarde. Cuando Scheler consideró desesperada su situación, intentó destruir el puente de Ludendorff, pero sólo estalló una pequeña carga, que no derrumbó la obra.

Hoy se sigue discutiendo si fueron los zapadores norteamericanos quienes neutralizaron los explosivos, o si se estropearon las conexiones debido a la lucha o si hubo algún tipo de conspiración civil, pero lo cierto es que Alex Drabik, nacido en Ohio, fue el primer norteamericano en cruzar el puente y poner sus pies en la orilla este del Rin, aproximadamente a las 16 horas. Los invasores habían superado la Muralla de los Nibelungos.

La ira de Hitler no tuvo límites cuando se enteró de que los norteamericanos habían establecido una cabeza de puente en la margen derecha del Rin. Acusó de traición a todos los responsables de la zona y fueron fusilados Scheler, otro comandante, un capitán y un subteniente (Scheler fue rehabilitado por la República Federal de Alemania en 1967). Las sospechas del Führer alcanzaron al propio comandante en jefe de los ejér-

citos alemanes del oeste, Von Rundstedt, por cierto el único mariscal de primera hora que seguía mandando tropas.

«¿Por qué no ha sido bombardeado nunca su cuartel general de Ziegenburgo», se preguntaba Hitler. Y, por si sus sospechas fueran ciertas, el 7 de marzo le sustituyó por el mariscal Albrecht Kesselring.

A la vez, concentró insensatamente toda su furia en destruir aquel puente. Tal reacción es una muestra más de su carácter colérico y disparatado. Cuando todo se hundía en torno suyo, cuando todas sus armas hubieran sido necesarias en otros lugares, se dedicó a saciar su ira en la sangre de sus militares y a emplear contra el puente de Ludendorff cañones, aviones (perdieron 107 de ellos en esos ataques), torpedos humanos e, incluso, 12 cohetes V-2. Ataques absurdos, porque los norteamericanos habían tendido en pocas horas varios puentes provisionales más al sur. Cuando, finalmente, el 18 de marzo se hundió el puente de Ludendorff, los aliados tenían al otro lado del Rin más de 100.000 hombres.



El último cartucho

Hitler no quería ni oír hablar de derrota y seguía maquinando combinaciones para cambiar el curso de la guerra. El proyecto que acariciaba en los primeros días de marzo de 1945 era un poderoso contraataque en Hungría que devolviera a Alemania los campos petrolíferos de Ploesti y alejase a los soviéticos de Checoslovaquia y Austria, países donde aún funcionaban grandes fábricas de armamento. Además, cerca de Viena, en Zisterdorf, estaban las últimas fuentes de suministro petrolífero del III Reich.

Más aún, por algunas indicaciones que dio Hitler a los *gauleiteren* austriacos sobre la formación de partidas de voluntarios, adiestrados en la lucha antitanque, se supone que acariciaba la idea de formar en toda esa zona y el sur de Alemania una última isla de resistencia, a la espera de la ruptura entre los aliados occidentales y los soviéticos que, según creían los jerifaltes nazis, estaba a punto de producirse. Allí contaba con medios materiales importantes, con una geografía favorable a la defensa y con sus partidarios más fanáticos.

Tuviera o no esos propósitos, lo cierto es que Hitler se disponía a jugarse el resto en Europa central. A espaldas de su jefe de Estado Mayor, general Heinz Guderian, dispuso que el 6º Ejército Acorazado de las SS, al mando del coronel-general Sepp Dietrich, se trasladase a Hungría.

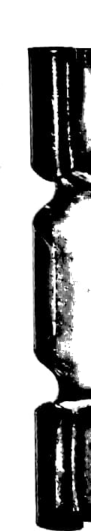
Esas fuerzas estaban compuestas por ocho divisiones blindadas (entre las cuales se hallaban las emblemáticas Das Reich, Adolf Hitler, Totenkopf, Hitlerjugend y Hohenstaufen), dos de Caballería y tres de Infantería. Habían sido la punta de lanza en la batalla de las Ardenas y, tras su retirada de aquel frente, fueron enviadas a la zona de Bonn para su reorganización y dotación de nuevo material. Allí recibieron lo mejor que Alemania había hecho en el ramo de las armas acorazadas: carros Panther y Königstiger y cazacarros Jagdtiger y Hertzer. En total, Sepp Dietrich había reunido una potente agrupación compuesta por unos 150.000 hombres, 800 carros y cazacarros y 3.200 cañones y morteros.

Guderian planeaba trasladar ese ejército a Pomerania, y lanzarlo contra el ala derecha de la penetración soviética, que había alargado mucho sus líneas para alcanzar el Oder. Suponía con buen fundamento que esas tropas hubieran podido estar en el frente hacia el 5/10 de febrero y que su

ataque infligiría un grave castigo a los soviéticos, paralizando su avance.

Como se ha dicho, Hitler desoyó los argumentos de Guderian y, sin su conocimiento, ordenó que el 6° Ejército acorazado de las SS se trasladase a Hungría. Esa decisión volvía a ser consonante con la mentalidad del Führer. No le interesaba una guerra defensiva que, ineluctablemente, conduciría a la derrota; buscaba acciones originales que pudieran provocar un vuelco en la situación y, en este caso, creía que constituiría no sólo un golpe de efecto contra los soviéticos, sino también que permitiría la supervivencia del III Reich. El memorándum de Speer de finales de enero lo decía claro: el colapso de los ejércitos alemanes se produciría en 6 u 8 semanas por falta de combustible y municiones.

El propio Guderian, partidario del ataque a la línea de avance soviético en el este, comprendía las angustias de Hitler:



> Ahora, después de que nuestras fábricas de lubricantes y carburantes han sido inutilizadas, el mando dispone sólo de los yacimientos de petróleo de Zisterdorf y de la zona del lago Balatón. Esta circunstancia explica en parte la decisión de Hitler de lanzar en Hungría las fuerzas principales que había logrado sacar del frente occidental.

Vanas esperanzas. Sepp Dietrich era un hombre que gozaba de toda la confianza del Führer; nacido en Baviera, pertenecía al partido desde los momentos fundacionales y había sido jefe de la guardia personal de Hitler hasta que éste alcanzó la Cancillería. Aquella guardia fue el núcleo de una brigada blindada, que siguió bajo el mando de Sepp; luego se convirtió en división y fue el

comienzo de las fuerzas acorazadas de las SS. Aunque careciera de formación militar académica y no fuese un genio de la guerra acorazada, Dietrich podía considerarse un jefe muy experto en las operaciones blindadas, pues llevaba metido ellas desde la ofensiva contra Francia, en 1940, y había estado a las órdenes de grandes jefes como Guderian, Kleist, Rommel, Kluge y Model.

Pero en la misión que se le había encomendado en Hungría no bastó su pericia, el fanático valor de sus tripulaciones ni la calidad de su material acorazado. Alemania estaba derrotada y se evidenciaba en cada detalle: bisoñez en las dotaciones de los carros, inexperiencia y escaso adiestramiento en la infantería que les acompañaba (sacada de los últimos reemplazos y, por tanto, con dieciocho y diecinueve años en su mayoría), inferioridad en aviación, escasez de reservas, problemas mecánicos en los blindados, a causa de la falta de control de calidad en las fábricas, fallos de los servicios mecánicos y, sobre todo, en el abastecimiento de combustible...

El 6 de marzo las fuerzas de Sepp Dietrich abrieron un frente de 50 km y avanzaron en los 2 primeros días de ofensiva unos cuarenta, despedazando las dos primeras líneas defensivas del mariscal Tolbujín, pero no lograron alcanzar el Danubio por la lentitud de su infantería y la imposibilidad de reponer las pérdidas que le había ocasionado la artillería soviética. El día 15 muchos jefes de batallón expusieron a Dietrich la inutilidad de las misiones que se les encomendaban y la esterilidad del inmenso sacrificio de las tropas. El agotamiento, incluso, de los fanáticos de las SS era elocuente. Guderian escribe:

> Se había perdido toda esperanza de éxito. El espíritu combativo que las dos divisiones de las SS [se refiere a las grandes unidades Leibstandarte Adolf Hitler y Das Reich] habían con-

servado hasta ese momento había desaparecido. Desobedeciendo las órdenes, divisiones enteras se batían en retirada, protegidas por los carros que combatían con obstinación. Con esas divisiones ya no se podía contar.

Incluso debían ser frecuentes las deserciones, pues Hitler, en su reunión de guerra del 24 de marzo, vociferaba:

> Les voy a pedir una cosa: que se proporcione inmediatamente a la división blindada Leibstandarte —su guardia, por tanto, su favorita— hasta el último hombre del 6° ejército blindado, se esconda donde se esconda. Pero, ¡ya! [...] Hay que informar enseguida de esto a Sepp Dietrich. ¡Ahora mismo! Como agarre yo a un solo hombre, ¡que Dios se apiade de él!



Las divisiones alemanas cosecharon pequeños éxitos iniciales, chocando al final con una sólida barrera soviética y, pese a que cambiaron varias veces la dirección de sus ataques, el 16 de marzo la última ofensiva de Hitler se había paralizado. Ese día, los ejércitos de Malinovski y de Tolbujín pasaron a la contraofensiva.

Hitler, una sombra física de lo que había sido hasta hacía muy poco, seguía comportándose como dueño absoluto de vidas y haciendas y como jefe supremo de las Fuerzas Armadas, en las que nada se movía sin orden suya. «Aunque desesperado, Hitler seguía siendo inflexible», escribe un historiador alemán. De esta inflexibilidad y arbitrariedad es buena muestra lo ocurrido tras la derrota en el lago Balatón: fue destituido el general Woeler, jefe supremo de la operación; Guderian —el menos responsable en el asunto, pues hubiera preferido otra operación— recibió vacaciones indefinidas, pasando el general Krebs a ocupar el puesto de jefe del Estado Mayor. Himmler, jefe

supremo de las SS, cuya desastrosa actuación militar en el frente del este ya era evidente, cayó en desgracia. Incluso Sepp Dietrich, uno de sus jefes favoritos hasta entonces, recibió las más duras críticas, hasta el punto de que en un ataque de ira Hitler llegó a gritar: «¡Si perdemos la guerra, él tendrá la culpa!»

Y ya, sin control alguno, ordenó que los jefes y oficiales de las divisiones blindadas de las SS Adolf Hitler, Das Reich, Totenkopf y Hohenstaufen devolvieran los brazaletes de sus bocamangas, bordados con los nombres de las famosas unidades, orden que jamás fue obedecida en aquella barahúnda final, pero que dio lugar a la leyenda de que los oficiales y jefes habrían remitido a la Cancillería sus brazaletes y medallas dentro de un orinal. Eso nunca ocurrió, tal como Sepp Dietrich declaró a los aliados. Sin embargo, se produjo cierta indisciplina: Dietrich se negó a la devolución de los brazaletes y, en una reunión con los jefes de las divisiones acorazadas, les dijo: «Éste es el agradecimiento por cuanto hemos hecho en cinco años.»

Para ellos, lo mismo que para los demás soldados alemanes, ya no habría más agradecimientos, porque ya no conseguirían más victorias. En todo el frente de lo que un día fuera el Imperio austrohúngaro, medio millón de soldados alemanes, agotados, con escaso material bélico y continuas carencias de combustible, se retiraban ante la formidable embestida de los ejércitos soviéticos, que les duplicaban en hombres y material y, sobre todo, que gozaban del absoluto dominio del aire.

Ocaso nibelungo

El 2 de abril de 1945 el mariscal Albrecht Kesselring entregaba oficialmente el mando de los ejércitos alemanes que

defendían la Línea Gótica al general Von Vietinghoff. Aquella ceremonia era un puro acto protocolario, porque el cambio de mando efectivo de los ejércitos alemanes en Italia se había efectuado 20 días antes y ambos jefes se hallaban ya más que enfangados en sus nuevos destinos.

Von Vietinghoff tenía que vigilar con un ojo los preparativos aliados para asaltar la Línea Gótica y, con el otro, los movimientos cada vez más osados de los partisanos y las protestas obreras, que levantaban en huelga ciudades enteras del norte de Italia. Peor era la situación a esas horas del mariscal Kesselring, cuyo frente del Rin se había venido abajo estrepitosamente y cuya famosa Línea Sigfrido había sido motivo de burla para el general norteamericano George Patton.

Lo que no sabía Kesselring en aquel momento solemne del cambio de despachos y firma de nombramientos era que al oeste del Ruhr estaban enlazando las divisiones acorazadas norteamericanas 3ª y 8ª, pertenecientes al I y III Ejércitos de EE.UU. Ese día 2 de abril fue uno de los más nefastos de la guerra para la Wehrmacht, pues allí quedaban cercadas sus últimas fuerzas importantes, su grupo de Ejércitos «B», con cerca de medio millón de hombres, en una enorme bolsa de 9.000 km^2, entre los ríos Rin por el oeste, Lippe por el norte y Sieg por el sur. Hitler, en una de sus características huidas de la realidad, se apresuró a bautizar la bolsa como Región fortificada del Ruhr.



Pero no adelantemos acontecimientos. Dejábamos este frente a comienzos de marzo, cuando los aliados, en un golpe de fortuna, se apoderaron del puente de Remagen, creando al este del Rin una cabeza de puente de poco más de 3 km de radio. Hitler trató de destruir aquel puente —que, al final, se cayó solo, el 18 de marzo— empleando medios desproporcio-

nados, sin advertir que no era aquella la dirección de la ofensiva planificada por Eisenhower y, de paso, proporcionando a los aliados un éxito inesperado, pues concentró en la zona de Remagen lo mejor de las reservas alemanas.

Entre tanto, más al norte, el mariscal Montgomery preparaba una espectacular operación para cruzar el Rin y, más al sur, el general Patton desbordaba la Línea Sigfrido, en la que tanto confiaba Hitler. La guerra había sobrepasado todas las previsiones que los ingenieros militares alemanes habían hecho la década anterior, época en la que se había construido esta línea fortificada: las nuevas armas y las nuevas tácticas habían convertido aquel caro dispositivo en una antigualla.

Aquellos formidables fortines, invulnerables al fuego directo de cañones de hasta 90 mm, se componían de hasta dos y tres plantas subterráneas con una guarnición de 30/40 hombres, pero disponían tan sólo de un mortero de 60 mm y de dos ametralladoras. Ese armamento, quizá ya pobre en 1939, era ridículo en 1945, tanto que los norteamericanos desarrollaron el sistema de tomarlos rápidamente y sin bajas por medio de un pelotón de infantería y un carro de combate: éste se colocaba ante la fortaleza, cuyos disparos apenas si arañaban su blindaje, y con sus armas absorbía la acción de los defensores, mientras los soldados colocaban una carga de dinamita en la puerta posterior y les obligaban a rendirse. Menos de mil bajas y una semana de tiempo le costó a Patton desbordar la Línea Sigfrido y conseguir la rendición de ciudades tan importantes como Kaiserslautern, Worms y Maguncia, cuyos habitantes, a veces, recibieron a los norteamericanos como a libertadores y cuyas autoridades municipales se apresuraron a colaborar con ellos.

Un desastre tras otro debieron hacer recapacitar a Hitler, pero el Führer era un hombre inasequible a la sensatez.

Mientras se desplomaba la Línea Sigfrido hizo llamar —como ya se ha adelantado— al mariscal Kesselring, jefe de sus ejércitos en Italia, para entregarle la dirección de las tropas alemanas del oeste, en sustitución del veterano mariscal Von Rundstedt. El 15 de marzo Kesselring estuvo en Berlín y Hitler le embaucó con sus promesas de nuevas armas y más tropas y le contagió su optimismo:

> Al regresar del Cuartel General, tenía la firme impresión de que Hitler creía sinceramente en un éxito en el frente oriental y que no estaba ni sorprendido ni preocupado por la marcha de las cosas en el occidental...



Poco tardaría en desengañarse. Mientras sus ejércitos, situados ya todos al este del Rin, advertían grandes preparativos de Montgomery en la zona norte, los del sur trataban de reponerse de la semana de combates con el III Ejército de Patton. Pero éste no descansaba y en la noche del 22 al 23 de marzo lanzó a la otra orilla del Rin seis batallones, sin preparación artillera alguna y en medio de un gran silencio. Los alemanes recibieron tal sorpresa que se rindieron sin lucha o retrocedieron por miedo a ser cercados. Patton tuvo en esa operación 34 bajas. El duro general, conocido como *Sangre y agallas*, estaba demostrando que era un táctico de primer orden. De madrugada llamaba al Estado Mayor del general Bradley: «Hemos pasado. Por favor, Brad, di a todo el mundo que estoy del lado de allá. Quiero que se sepa que el III Ejército ha pasado el Rin antes de que Monty haya empezado.»

Pero no era aquel el día de la gloria de Patton. En esos momentos Eisenhower, comandante supremo de las fuerzas aliadas occidentales, acompañaba al primer ministro britá-

nico, Winston Churchill, camino del cuartel general de Montgomery, que había dispuesto un despliegue cinematográfico para su cruce del Rin. La preparación había sido minuciosa y rica en medios: en 4 días cayeron sobre las posiciones alemanas no menos de 50.000 toneladas de bombas arrojadas en el curso de 16.000 misiones aéreas. Desde el atardecer del 23 de marzo hasta las 9.45 de la mañana del día siguiente, 1.900 cañones no cesaron de hacer fuego sobre las líneas de los paracaidistas alemanes que defendían el bajo Rin.

Después entraron en acción los botes y, a lo largo de 70 km del río, se lanzaron al agua cuatro divisiones de infantería. Cuando los alemanes estaban tratando de reaccionar, después de la tempestad de fuego que habían soportado durante 14 horas seguidas (se calcula que los aliados dispararon medio millón de granadas), llegaron los aviones. Tres mil cazas batieron el frente con sus ametralladoras y, tras 60 minutos de ametrallamientos, les siguieron los planeadores y los paracaidistas, que en número de 14.000 descendieron tras las líneas germanas.

El plan de Montgomery había sido más lento, caro y teatral que el de Patton, pero constituyó un gran éxito: al anochecer el 24 de marzo, la cabeza de puente aliada al este del Rin tenía 48 km de base por doce de profundidad y 400.000 soldados aliados habían cruzado el río. El 26 de marzo los ingenieros británicos ya habían tendido siete puentes, por los que cruzaba el Rin un promedio de cien mil hombres cada día e interminables columnas de camiones de intendencia. De vez en cuando, columnas de prisioneros alemanes marchaban desarmadas en dirección contraria y contemplaban atónitos aquel despliegue de medios, inimaginables en Alemania, incluso en los días más bellos de la victoria.

Y mientras Montgomery por el norte y Patton por el sur profundizaban hacia el corazón de Alemania, en el centro estallaba la cabeza de puente de Remagen, abriéndose una tercera vía de penetración. El avance aliado fue tan rápido que, en una semana, el 2 de abril —tal como ya se ha dicho— los aliados cerraban su tenaza 110 km al este del Rin, embolsando al grupo de Ejércitos «B», cuyo destino era claro: la rendición o la destrucción.

La derrota alemana en el oeste resultaba completa. El cerco de esos ejércitos dejaba una brecha de 300 km entre el grupo de ejércitos «G», que seguía combatiendo en el norte, y el grupo de ejércitos Sur, que retrocedía lentamente ante los franceses. Las cosas parecían claras: por aquella brecha, que nada podría ya tapar, tenía la oportunidad de colarse el grupo de ejércitos Centro del general Bradley, que disponía de millón y medio de hombres y 3.600 carros de combate: el Elba se hallaba a 300 km; Berlín, a 400: en 15 días la capital alemana podía estar en manos angloamericanas.



Mas no era ésa la intención de Eisenhower. Ha pasado medio siglo y aún no se ha dado una explicación coherente a la decisión más absurda y ciega de toda la guerra: Eisenhower, ante la desesperación de Montgomery y Churchill, renunció a Berlín «porque no constituía un objetivo especialmente importante». ¿Por qué tomó una decisión tan disparatada?

Se ha dicho que Bradley presentó a Eisenhower un proyecto de ataque en dirección a Berlín que hubiera costado a los aliados 200.000 bajas y que Eisenhower no estaba dispuesto a pagar tal precio. No es creíble hoy tal disculpa: en 3 meses, batiéndose contra Ejércitos alemanes aún llenos de moral, numerosos y bien armados, habían tenido los aliados cien mil bajas. Eisenhower sabía muy bien que entre sus tropas y Berlín

apenas había dos diezmados ejércitos alemanes, con un total de 200.000 hombres, más prestos a retroceder que a combatir. A lo largo del mes de marzo, la resistencia alemana se había ido reblandeciendo tanto que los aliados habían hecho más de 300.000 prisioneros; en los primeros días de abril, la media diaria de rendiciones ascendía a 30.000.

Se ha dicho, también, que estaba muy preocupado por la Fortaleza Alpina que Hitler, según la propaganda, estaba organizando y que deseaba destruirla prioritariamente. Eso no se tiene en pie: tal cosa sólo fue una quimera de las mentes más calenturientas nazis o de algunos fantasmas del Estado Mayor norteamericano. No puede aceptarse de buena fe que Eisenhower fuese tan cándido a aquellas alturas de la guerra.

Lo único plausible es que el general recibiera órdenes directas de Washington para que cediera a los soviéticos el suculento bocado de Berlín. El agonizante presidente norteamericano estaba dispuesto a regalarle a Stalin cuanto pudiera desear con tal de conseguir su apoyo en la creación de las Naciones Unidas, institución que se había convertido en el sueño trascendente de Roosevelt. Sea como fuere, Eisenhower, sin informar de ello a sus aliados británicos, se dirigió a Stalin el 24 de marzo comunicándole los objetivos de sus ejércitos: la frontera de Dinamarca por el norte y la «Eliminación del denominado Reducto Nacional». Es decir, lanzaba a Montgomery a lo largo de la costa y a sus ejércitos centro y sur contra Baviera y las zonas fronterizas de Austria y Checoslovaquia, renunciando a Berlín.

De nada sirvieron las protestas airadas de Montgomery, ni las poderosas razones políticas de Churchill. En sus directrices del 31 de marzo Eisenhower decía textualmente al mariscal británico: «Observará que no menciono Berlín en parte algu-

na. Esa ciudad no es para mí más que un punto geográfico y, como tal, no me interesa. Mi intención es destruir las fuerzas del enemigo y su capacidad de resistencia...» Su ceguera política o la de quienes le habían dictado tal orden tendría consecuencias extraordinarias hasta 1989, cuando se derrumbó el muro de Berlín. Tiempo después, analizando aquel momento crítico de la guerra, Churchill escribiría:

> En este triste vacío [la postrera enfermedad de Roosevelt] uno de los presidentes no podía obrar y el otro [el vicepresidente Truman] no podía saber. Ni los jefes militares ni el Depar-tamento de Estado recibieron las instrucciones que necesitaban. Los primeros se confiaron en su dominio profesional y el segundo no comprendió lo que estaba en juego.



El mariscal británico sir Alan Brooke, tras almorzar con Eisenhower, comentó: «Indudablemente se trata de una persona muy atractiva, pero, desde un punto de vista estratégico, su cerebro es limitadísimo.»

El general e historiador inglés, J. F. C. Fuller no es más benevolente y observa la decisión de Eisenhower como un disparate:

> Había muy poco espacio entre Eisenhower y Berlín [el día 3 de abril] y ni existían defensas preparadas ni ejércitos de campaña y, aunque Berlín se encontraba en el centro de la convenida zona soviética, nunca se había indicado que su ocupación fuese privilegio de tal o cual ejército aliado. Resultaba imperativo que Eisenhower avanzara sobre la ciudad, porque los rusos habían quebrantado o desechado ya todos los convenios importantes del acuerdo de Yalta, para entonces sometido a dura prue-

ba y Berlín, en manos angloamericanas, situaría a Gran Bretaña y EE.UU. en una posición muy fuerte, desde la que podrían insistir en que los rusos hicieran honor a su palabra.

Lo que era evidente para cualquier mentalidad abierta no estaba claro para Eisenhower y, lo que es más sorprendente, tampoco para su mentor, George C. Marshall, un hombre más culto y políticamente mejor preparado. El primero, que durante su jefatura de la OTAN y, luego, durante sus 8 años de presidencia de EE.UU., lamentaría mil veces su absurda decisión, trataría de disculparse con argumentos técnicos en su obra *Cruzada en Europa*:

> Los factores militares, cuando el enemigo se halla al borde de la derrota final, eran más importantes para mí que las consideraciones políticas derivadas de una conquista aliada de la capital. La función de nuestras fuerzas debería consistir en aplastar a los ejércitos alemanes y no en emplear nuestra fortaleza ocupando ciudades vacías o en ruinas.

Cuesta creer que este texto lo escribiera el comandante en jefe de los ejércitos angloamericanos: la primera parte es pueril, simple doctrina de escuela militar apta para cadetes, pero de una increíble cortedad de miras en un jefe que, representando a dos grandes potencias, mandaba millones de hombres. La segunda es, sencillamente, falsa: a partir del 3 de abril, sus ejércitos apenas librarían combates, avanzarían con escasísima oposición, en muchos momentos en un auténtico paseo militar y, llegados al Elba, se dedicarían durante tres semanas a contemplar el panorama. En las siete semanas que van desde el 24 de marzo, fecha de la carta de Eisenhower a Stalin, y la capi-

tulación alemana, los ejércitos angloamericanos en Alemania tuvieron en combate unas 30.000 bajas y unos 5.000 muertos.

El general Marshall —que también lamentaría su decisión en los duros años en que puso en marcha el fantástico plan de reconstrucción europea que lleva su nombre— declaraba el 6 de abril de 1945:

> Las ventajas psicológicas y políticas que pudieran resultar de la posible conquista de Berlín antes que los rusos, no deberían sobreponerse a la consideración militar imperativa, que, a nuestro modo de ver, es la destrucción y desmembramiento de las fuerzas armadas alemanas.

Opinión reiterativa de la de su protegido Eisenhower, que, sencillamente, trataba de ignorar la situación, o, probablemente, de disimular la obcecación de su presidente respecto a Stalin. Los historiadores norteamericanos Murray y Millett, que defienden la actuación de Eisenhower y Marshall respecto a Berlín, creen, sin embargo, que fue un grave error no haber tomado Praga:

> Obedeciendo órdenes de Marshall, Patton se quedó en el lado alemán de la frontera (de Checoslovaquia) y les cupo a los soviéticos el honor de liberar Praga. Es posible que si los norteamericanos hubieran liberado la capital, los checoslovacos se hubiesen ahorrado los cuarenta años de tinieblas que envolvieron su nación desde 1948. [*La guerra que había que ganar.*]

En este caso no existen las disculpas del «Reducto Alpino», ni de la de las bajas, ni de lograr la victoria sobre los ejércitos alemanes... Se trata de una pura y simple directiva

política de la Casa Blanca en favor del querido *Uncle Joe* (tío Joe), según solía denominar cariñosamente el presidente Roosevelt al dictador soviético, pero la política norteamericana se resistía a aceptar lo evidente.

La realidad general militar en aquellas fechas no exigía tal decisión. La realidad, en el frente del oeste, era, en general, la que pudo observar un jefe de batallón canadiense al que se le entregó una unidad del Volkssturm, con unos 400 efectivos. Su jefe le dijo que la tropa bajo su mando se componía de niños y cincuentones, mandados al frente sin uniformes y armados con 180 fusiles daneses sin munición, cuatro ametralladoras y cien Panzerfaust:

> Ninguno de mis hombres había sido adiestrado en el empleo de las ametralladoras ni de los lanzagranadas y todos tenían miedo de utilizarlos. ¿Qué puede hacer un hombre del Volkssturm con un fusil sin municiones? Los hombres se volvieron a sus casas. ¿Qué otra cosa podían hacer?

Ése era el ejército al que Eisenhower y Marshall trataban de destruir perentoriamente, regalando Berlín a Stalin.

El dictador soviético no podía creerse tanta ingenuidad. Mes y medio después de Yalta, sus diplomáticos sostenían un contencioso diario con los británicos. Lo firmado en Yalta y lo antes pactado entre Stalin y Churchill se había convertido en papel mojado, como se estaba viendo en Polonia, Hungría y Bulgaria, donde los porcentajes de actuación occidentales no se estaban respetando. Temía, por tanto, Stalin que sus aliados se tomaran la revancha donde más eficaz sería: en el campo de batalla, avanzando hacia Berlín y, al final, imponiendo una política de hechos consumados, tal como él lo estaba hacien-

do en sus zonas ocupadas. Advertía que, mientras en el este los alemanes resistían como fieras, en los frentes del oeste, a partir de la pérdida de la muralla del Rin, la Wehrmacht se rendía en masa y le preocupaba que los angloamericanos se le adelantaran en la ocupación de la capital alemana, avanzando rápidamente con sus formidables medios de transporte sobre autopistas que, en buena parte, aún eran practicables... Hubiera querido que sus ejércitos desbordasen las defensas alemanas, pero después de avanzar entre 400 y 500 km entre los ríos Elba y el Oder, el Ejército Rojo necesitaba varias semanas para reponer pérdidas y acopiar los suministros que unas líneas tan alargadas les otorgaban con cuentagotas.

Por eso, la decisión de Eisenhower le hizo feliz. El astuto líder soviético replicaba al ingenuo militar norteamericano que sus proyectos «coincidían exactamente con los planes del alto mando» e, hipócritamente, continuaba: «Berlín ha perdido su antigua importancia estratégica. El alto mando soviético, tiene, por tanto, la intención de limitarse a enviar fuerzas secundarias hacia ese objetivo»... En esos momentos, por el contrario, estaba apremiando a sus comandantes para que apresuraran su ofensiva, tan secundaria que para participar en ella «sólo» estaban aprestando tres millones de hombres, 25.000 cañones y 500.000 toneladas de munición de todo tipo. En efecto, el mismo día en que los angloamericanos embolsaban a los alemanes en la orilla derecha del Rin, 2 de abril, citó a los comandantes de Grupo de ejércitos destinados a la toma de la capital alemana, Zukov y Koniev, para examinar con ellos la situación, los planes de ataque y, sobre todo, los plazos. Aunque sabían que las unidades alemanas estaban muy gastadas, también eran conscientes de que los ejércitos soviéticos operarían contra un enemigo bien fortificado y espoleado



por la desesperación; por lo que cualquier precipitación podría resultar contraproducente. Por tanto, gracias al margen que la ceguera de Eisenhower les brindaba, resolvieron terminar de completar las plantillas de las unidades y acopiar los suministros necesarios junto al Oder antes de lanzarse al ataque. Pero éste debería comenzar en 10 días y ser tan avasallador que Berlín cayera en manos soviéticas el 22 de abril, para hacer coincidir la victoria con el cumpleaños de Lenin.

Stalin quería unir el brillo de la efeméride al extraordinario triunfo político-militar de la toma de Berlín, pero en sus prisas había, también, un interés tan relevante como secretamente guardado: según desveló en 2001 el historiador británico Anthony Beevor, el dictador soviético sabía, desde mayo de 1942, que EE.UU. y Gran Bretaña estaban trabajando en una bomba de uranio. En 1945 aparecieron yacimientos de uranio en Kazajistán, pero proporcionaban tan exiguas cantidades, en comparación con las necesidades, que la única posibilidad atisbada por Stalin para fabricar la bomba era hacerse con los depósitos acumulados por los alemanes. Sus espías se enteraron de que se almacenaba en el Instituto de Física Káiser Guillermo, en Dahlem, zona residencial del suroeste de Berlín. En un edificio bautizado como para desalentar la curiosidad, los alemanes llevaban a cabo su propio programa de investigación nuclear. Por tanto, Berlín constituía para Stalin una codiciada presa política, pero, también, el lugar donde abastecerse del uranio que convirtiera a la URSS en potencia nuclear y de los científicos alemanes que aceleraran la fabricación de una bomba atómica.

Entre tanto, desechada la idea de conquistar Berlín, los norteamericanos se dedicaron a reducir la bolsa del Ruhr, en la que se suicidó el mariscal Model, jefe de aquel grupo de

ejércitos. A mediados de mes, sin apenas resistencia, todo el Ruhr pertenecía a los aliados, que hicieron allí 350.000 prisioneros. El avance hacia el Elba fue —como siempre debió suponerse— un paseo militar: el 9º Ejército norteamericano alcanzó la orilla izquierda del río, a 100 km en línea recta de Berlín, el 13 de abril.

Pero aquel avance estuvo lleno de macabros sobresaltos: los aliados comenzaron a descubrir lo que los soviéticos venían denunciando desde semanas antes: el espanto y la bestialidad de los campos de exterminio nazis. El 4 de abril los norteamericanos llegaron al campo de Ohrdruf (en las estribaciones de la Selva de Turingia, no lejos de Erfurt y de Gotha), donde el general Eisenhower pudo contemplar con inmenso horror los cadáveres insepultos de docenas de prisioneros y centenares de esqueletos ambulantes que habían sobrevivido a aquella locura asesina.

Capítulo X

El ocaso de los dioses

«Desde hacía semanas, los informes que recibíamos indicaban que los nazis, en último extremo, tenían la intención de concentrar la flor y nata de las SS, de la Gestapo y otros organismos fanáticos de Hitler en las montañas de Baviera del sur, Austria del oeste e Italia del norte», escribía el general en jefe de las fuerzas aliadas occidentales, Dwight Eisenhower, inmediatamente después de la guerra, tratando de justificar su decisión de lanzar sus fuerzas hacia el sureste de Alemania, en vez de apuntar directamente hacia Berlín. Continuaba exponiendo el general:

> Pensaban [los nazis] que desde allí podrían bloquear los tortuosos desfiladeros de las montañas y resistir indefinidamente a los aliados. Claro que siempre podríamos reducir esa plaza fuerte por hambre, pero si permitíamos que el enemigo organizara ese reducto, vendría una interminable guerra de guerrillas o un costoso asedio. Así podrían conservar la loca esperanza de obtener como consecuencia de un desacuerdo entre los aliados, cláusulas más favorables que la capitulación sin condiciones. Está claro que los nazis tenían la intención de ensayar esta experiencia y decidí no darles ninguna oportunidad de éxito. [*Cruzada en Europa.*]

En efecto, las mentes nazis más calenturientas, con Hitler a la cabeza, sopesaron en algún momento la posibilidad del *Alpenfestung* (fortaleza o reducto alpino). El propio mariscal

Kesselring recibió instrucciones, en su última etapa como jefe de las fuerzas del Eje en Italia, para que tuviera organizada la retirada del grupo de ejércitos «C» con sus equipos pesados y municiones hasta los Alpes, pues allí era donde, al final, deberían resistir a ultranza. La hipótesis de semejante operación preocupaba al mariscal, no tanto porque confiara en semejante utopía, sino porque pensaba que ese repliegue evitaría la penetración aliada en Alemania desde los Alpes italianos, si es que los ejércitos de Von Rundstedt lograban rechazar a los anglonorteamericanos en el frente del Rin. De ahí que Kesselring tuviera algún interés en la construcción de obras defensivas alpinas, aunque ni coincidiera con la idea hitleriana de un Reducto nacional ni, en realidad, tuviera tiempo y medios para hacer preparativos serios.

Penúltima fantasía

Ningún personaje informado y en sus cabales dio la menor importancia a aquella ilusión. El general Halder, que en la primera mitad de la guerra fue jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht, comentó: «El Reducto nacional fue sólo una quimera en la mente de Hitler, pues nunca dispuso de bases de abastecimientos ni de medios para producir armas o municiones para su guarnición.» Los norteamericanos conocían perfectamente esa realidad, pues sus servicios de información hacían constar el día 10 de abril de 1945: «El interrogatorio de varios generales y oficiales alemanes capturados recientemente revela que ninguno ha oído hablar del Reducto nacional. Todos consideran que el plan es ridículo e irrealizable.»

Uno de los hombres que sí había oído hablar de aquella fantasía era Otto Skorzeny, que tras su retirada de Viena recibió

la orden de participar en la preparación del Reducto Alpino. En la entrevista que me concedió en los años setenta, varias veces utilizada en estas páginas, quitó notoriedad al asunto cuando le pregunté qué habían logrado organizar allí:

—Realmente, nada. Yo debería reunir dos batallones de caza, pero ambas unidades se habían desgastado en la lucha por Viena. A mediados de abril sus pequeñas fuerzas estaban dispersas, o bien en retirada o combatiendo mezcladas con otras unidades. Para reunir tropas comencé a filtrar las caravanas de fugitivos y a encuadrar gente... Al mismo tiempo, visité la zona en busca de las obras que deberían estar hechas o en ejecución y recabé información sobre los imprescindibles refugios y almacenes de víveres, ropa, armas y municiones... ¡Nada, allí no había nada! Algunas carreteras de montaña bloqueadas, alguna obra somera, todo ello a iniciativa de autoridades locales sin plan conjunto ni coordinación alguna. Está claro que habíamos llegado al final, salvo que el Cuartel General nos proporcionara una sorpresa.



—Es decir, ¿sólo era una fantasía?

—Poco más o menos. Hubo otros oficiales que recibieron la misma misión que yo y que, en la segunda mitad de abril, llegaron con alguna fuerza... Pero, entre todos, no logramos agrupar ni a un millar de hombres, con escaso equipo y poca munición. En fecha muy tardía, en la última semana de abril, el Estado Mayor de la Wehrmacht aún me ordenó que reuniera dos divisiones, agrupando a los fugitivos... ¡Qué locura! Reunir gente era muy difícil, a causa del clima de derrota, pero se trataba, además de un trabajo inútil porque carecíamos de armas para equiparla. Cuando me enteré de que Berlín estaba cercado, desistí, aunque yo me mantuve en armas hasta la capitulación del Gobierno

legalmente heredero del Führer. El Reducto nacional sólo fue un vago proyecto.

—Y del famoso tesoro nazi escondido en los Alpes, ¿hubo algo?

Skorzeny lanza una risotada y exclama sarcástico:

—¡Qué original! ¡Eres el primero que me pregunta eso!... Bueno, algo de realidad sí hubo. Según me enteré años después de la guerra, los norteamericanos descubrieron un búnquer preparado por el mariscal Göring para almacenar sus tesoros artísticos... Comprenderá que si no había ni tropas, ni armas, ni municiones ni refugios, ni nada ¡qué tesoro se iba a llevar allí! Donde realmente se ocultaron las reservas de oro del Banco de Alemania y obras de arte de sus museos, para protegerlas de los bombardeos, fue en algunas minas del sur, que ya estaban en manos norteamericanas un mes antes de la capitulación, pero nada tuve que ver con aquello; más aún, me enteré después de la guerra.

Aunque sólo fuera ficción, los historiadores norteamericanos Williamson y Millet concluyen que el asunto del Reducto nacional obsesionó a los norteamericanos: «El 7° Ejército de Patch buscó el mítico Reducto alpino. Lo que encontró en su lugar fue la misma mezcla de rendiciones y resistencias fanáticas...»

Si Hitler pensó seriamente en su Reducto nacional, al llegar la primavera de 1945 ya se le había disipado el sueño: a finales de marzo, los soviéticos habían recuperado lo ganado por los alemanes en su ofensiva de la primera mitad de mes en Hungría y penetraban en Austria y Eslovaquia. Los alemanes habían perdido once divisiones en su vano intento de frenarles y, cuando comenzó abril, el ritmo de avance de las tropas de Tolbujín y de Malinovski alcanzó los 30 km diarios. El día

4 de abril tomaban Bratislava, capital de Eslovaquia, y cortaban el ferrocarril Viena-Italia. La capital austriaca, defendida por Dietrich, estaba perdida.

El día 5 los rusos llegaban a los arrabales; el 6, el cuartel general de Hitler ordenó que se defendiera la ciudad hasta el último ladrillo, pero muchos jefes y soldados rechazaron el honor de ser los últimos muertos de aquella guerra y se retiraron. De este modo, los soviéticos pudieron cruzar el Danubio el día 8 y, luchando calle por calle, el 9 de abril alcanzaron el centro urbano y desalojaron a los defensores del Parlamento, la Ópera, el Ayuntamiento y el parque de Schönbrunn.

El coronel de las SS Otto Skorzeny informaba desesperado de que los carros de combate carecían de combustible, mientras que a la Luftwaffe parecía sobrarle, pues su personal se estaba largando en camiones llenos de muebles y muchachas. Opinaba el fanático coronel que hubieran bastado dos docenas de comandantes duros y decididos para detener la desbandada y defender eficazmente el casco urbano, pero esos hombres ya no existían... Con todo, él daba un feroz ejemplo, ahorcando en la entrada de uno de los puentes a tres oficiales que habían abandonado sus unidades.

Pero esos gestos salvajes ya eran inútiles. Las dificultades de los defensores aumentaron en los días siguientes: las tropas atacantes lograron tomar las colinas del noroeste de la ciudad, dominándola con sus cañones. A las 5 de la madrugada del 11 de abril Skorzeny abandonó su capital, enviando un último telegrama al Cuartel General del Führer: «En mi opinión, perdemos Viena hoy mismo. Patrullas reforzadas de la Wehrmacht deberían controlar los movimientos de retirada en las carreteras.»

Unas horas más tarde las tropas de Malinovski cerraban el cerco de la ciudad, haciendo ya estéril toda resistencia. El 13 de

abril Stalin anunció en Moscú que los últimos defensores de Viena se habían rendido. Esta ofensiva soviética había tenido la misma celeridad que las del Vístula 2 meses antes: entre el 16 de marzo y el 13 de abril el III Reich había perdido parte de Hungría y de Eslovaquia y más de media Austria, lo cual no sólo se explica por la gran superioridad numérica y material de los soviéticos, sino, también, por la desmoralización germana y porque sus ejércitos carecían del adiestramiento que un día tuvieron, mientras que los generales de Stalin, tras 4 años de competir con los alemanes, les habían tomado la medida.

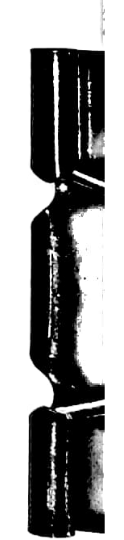
El Eje se fractura en Italia

La situación de las tropas del III Reich y de la República de Saló era sumamente precaria en la Línea Gótica al finalizar el invierno de 1945. La península itálica se había convertido en un frente secundario tras los desembarcos en Francia, en junio de 1944, por lo que allí la Wehrmacht tenía el débil grupo de ejércitos «C», apenas 250.000 soldados encuadrados en 20 desgastadas divisiones con poco equipo y escasa aviación. Al mando estaba el mariscal Kesselring —el optimista Albert, como era conocido por su capacidad para afrontar sin desmayo las situaciones más adversas—, que el 10 de marzo sería llamado a sustituir al mariscal Rundstedt en la jefatura de los Ejércitos del oeste. Al frente de las tropas que combatían en la Línea Gótica le sustituyó el general Heinrich von Vietinghoff, otro veterano de la lucha en Italia.

Los ciudadanos de la República Social Italiana (RSI) —conocida como República de Saló por tener su sede en esa localidad a orillas del lago de Garda— eran considerados por los

alemanes como aliados molestos que aportaban poco a la lucha, protestaban mucho y atraían a los partisanos como la miel a las moscas. Mussolini se había convertido en un personaje trágico, que los alemanes trataban con deferencia por su amistad con el Führer, pero al que ya ni se consultaba por su falta de interés.

A finales de 1944, en su discurso del Teatro Lírico de Milán —última gran aparición pública del Duce—, Mussolini estimaba la aportación italiana al esfuerzo del Eje en millones de trabajadores y cerca de un millón de soldados. Por ello creía tener derecho a ser considerado como aliado de primer rango. No opinaban lo mismo en Berlín: allí se apreciaba el trabajo italiano y su producción industrial, pero no deseaban, de ningún modo, reconstruir un ejército italiano, después de haberlo tenido que desarmar cuando Badoglio firmó la paz con los aliados. El mariscal Graziani observaba:



> Tengo la precisa sensación de que se ha tratado de impedir la reconstitución de las Fuerzas Armadas italianas. En un primer momento hemos tenido disponibles entre 500.000 y 600.000 hombres. Se han dispersado porque en los centros de movilización no hallaron ni uniformes, ni armas, ni alimentos. Esas fuerzas dispersas se orientaron hacia la rebelión.

Las quejas de Graziani eran acertadas. La Wehrmacht aceptaba a los soldados italianos si se mezclaban con los alemanes y, mejor, si podía trasladarlos a Francia o Alemania, pero no quería tropas italianas en Italia. La consecuencia fue que la mayoría de los italianos que habitaban dentro del territorio del Eje temía y odiaba a los alemanes y deseaba la derrota del III Reich, aportando muchos hombres a los grupos partisanos. Incluso los fascistas, que hubieran deseado combatir junto a los

alemanes, estaban sumidos en un estado de frustración y se consideraban utilizados como mano de obra esclava o como tontos sólo útiles para combatir a los partisanos. Suponían, con razón, que un día los alemanes se irían y que no dispondrían ni de un fusil para defenderse de los partisanos. Por ello, despechados y guiados por el espíritu de conservación, muchos terminaron integrándose en el maquis italiano... Es decir, el maltrato de Hitler a su aliado produjo efectos indeseables para el Pacto de Acero —como había sido pomposamente bautizada aquella alianza en 1939— desde el principio hasta el final.

Durante todo 1944 la lucha partisana había sido muy dura. Sus acciones contra las tropas alemanas fueron continuas y, aunque las represalias siempre resultaron sangrientas, los guerrilleros no cejaron, causando graves quebrantos a la Wehrmacht, a la que llegaron a combatir incluso en campo abierto. La accidentada geografía del norte de Italia favorecía esta lucha, que disminuyó en el invierno. Al llegar la primavera de 1945 los partisanos regresaron al combate. Habían incrementado su número, su armamento, su instrucción e, incluso, su táctica operativa. En marzo iniciaron una ofensiva generalizada contra los fascistas y los alemanes, con golpes cuidadosamente estudiados.

Su primera acción tuvo lugar contra un tren que transportaba tropas alpinas de la RSI: murieron 17 soldados. El 27 de marzo atacaron la sede del 51° Cuerpo alemán de infantería: liquidaron a treinta guardias, quemaron los archivos y se llevaron el armamento, al precio de tres muertos.

Antes de que finalizase el mes hubo importantes acciones partisanas en media docena de puntos diferentes. El 28 de marzo se declaraba en Milán la huelga general, haciéndose los obreros con el control de la ciudad, que casi ya no perderían. Los partisanos tomaron en esos días la autopista Turín-Milán, que estuvo

bajo su control durante muchas horas. El 1 de abril grupos partisanos atacaron, a la vez, en el valle de Aosta, en el de Grana, en el Véneto y en Emilia... Los soldados alemanes, desbordados y hartos, habían compuesto una canción cuyo estribillo decía:

Führer, llévanos a casa.
No nos dejes aquí, Führer.
Llévanos a la patria del Reich.

A finales de marzo, en una de sus acciones de castigo, los alemanes lograron apoderarse de un hospital que los partisanos sostenían en un poblado de montaña; cuando se aprestaban a asesinar a los heridos que estaban en sus literas, vieron que cada uno de ellos tenía escrito en su cabecera el nombre de un soldado alemán prisionero de los guerrilleros que sería ejecutado si algo le ocurría al herido. El jefe de aquella fuerza ordenó que se respetase el hospital y a sus ocupantes.



Lo ofensiva angloamericana se inició el 9 de abril. Los alemanes, aunque mucho más débiles, estaban bien fortificados y ofrecieron una fuerte resistencia pero, al cabo de 3 días, su voluntad se quebró y los aliados avanzaron con toda rapidez. De la magnitud del desplome alemán da clara idea el que las tropas polacas que combatía en el 8° Ejército británico recogieron 236 Panzerfaust intactos, abandonados por una sola división.

Ante la situación de ruina que presentaban sus tropas, Von Vietinghoff solicitó, infructuosamente, permiso para retirarse a la margen izquierda del Po. La decisión del Führer fue nefasta: el paso del río se retrasó 3 días y esa demora le costó al grupo de ejércitos «C» buena parte de su material pesado. A partir de aquel momento ya no podría ofrecer una resistencia seria, de modo que, sin solicitar instrucción ni permisos al Führer,

comenzó a negociar la rendición. Este proceso brindó algunas curiosidades: se encomendó al general de las SS, Karl Wolff, que iniciara los contactos en Berna con Allen Dulles, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos de los EE.UU. (la OSS, antecesora de la CIA). Stalin exigió estar representado en Berna y George Marshall se negó, para no ahuyentar a Wolff. Eso desencadenó una auténtica tormenta en las relaciones de Moscú con Londres y Washington, pues Stalin, pese a la renuncia de Eisenhower a Berlín, veía con desconfianza el desplome de la Wehrmacht en el oeste, mientras resistía con feroz decisión a los ejércitos rojos y observaba con mucho recelo cualquier acercamiento nazi a sus aliados accidentales. El duro cruce de reproches llegó, incluso, a conocimiento de Hitler. Wolff fue convocado en el búnquer y presentó el asunto como un truco para ganar tiempo, granjeándose las felicitaciones del Führer.

En manos de astrólogos

Muestra de la situación alucinante que reinaba entre los jerarcas nazis en aquellos postreros días de la guerra es la actitud de Göbbels —uno de los personajes más inteligentes y racionales del régimen— que, el 9 o el 10 de marzo, cuando le informaron de que las tropas soviéticas ya luchaban dentro de Viena, no tuvo mejor ocurrencia que consultar a dos astrólogos. Naturalmente se equivocaron, por lo menos por lo que a Hitler y a su régimen se refería. Predijeron que en la primera mitad de abril caerían sobre el III Reich graves reveses, pero que se resarciría en la segunda mitad del mes. Luego sucedería un período de equilibrio, en el que se gestaría la paz, que llegaría, finalmente, en el mes de agosto de 1945. Concluían los

vaticinios que Alemania lo pasaría muy mal durante los tres siguientes años, pero volvería a su grandeza a partir de 1948. Aseguran que Göbbels, aunque sabía lo mucho que a Hitler le disgustaban los quiromantes, agoreros, adivinos, magos y demás colegas, salió corriendo hacia el búnquer de la Cancillería gritando muy agitado: «Mein Führer, ¡tiempo!, ¡tenemos que ganar tiempo!»

Uno o dos días después, mientras en Italia se desplomaba la Línea Gótica y en el Ruhr se rendían más de trescientos mil soldados alemanes, pareció que el prodigio comenzaba a operarse: Roosevelt, presidente de EE.UU. y enemigo número uno para Hitler, había muerto.



Roosevelt padecía poliomielitis desde 24 años antes, pero, a comienzos de 1945, el progreso de la enfermedad había sido rapidísimo. El mundo entero se sorprendió por su demacrado semblante, su temblorosa figura, su piel casi transparente y las vacilaciones de su voz, descritos por los periodistas y captados por los fotógrafos durante su última gran aparición pública con ocasión de la Conferencia de Yalta. El retorno a EE.UU. no le había mejorado. Comía poco, apenas si podía dormir y, según constatara el *premier* británico, Winston Churchill, las fuerzas le estaban abandonando.

En busca de la salud perdida o, como mínimo, de un poco de reposo, el presidente se había retirado a Sangri-La, su finca de recreo en las Blue Mountains, a comienzos de abril. El jueves 12 había trabajado moderadamente por la mañana; a mediodía almorzó con dos primas suyas y hacia las 14 horas acudió a su despacho, donde ya le esperaba la pintora Elizabeth Schoumatoff, que trabajaba en su retrato. Franklin D. Roosevelt representaba más edad de los sesenta y tres años que tenía. La artista le observaba con ojos profesionales, mientras

tomaba apuntes. El presidente, en la silla de ruedas que había sido su inseparable compañera durante los últimos años, se hallaba ante su mesa de despacho firmando un montón de documentos. Hacia las 14.30 horas Elizabeth Schoumatoff, le escuchó murmurar: «¡Tengo un dolor de cabeza terrible!»

La pintora levantó los ojos del dibujo y vio cómo Roosevelt dejaba caer pesadamente su cabeza hacia un lado. A sus llamadas de socorro acudieron con rapidez funcionarios y gentes del servicio. El presidente aún respiraba, pero cuando llegó el médico sólo pudo dictaminar su muerte y aventurar las causas, confirmadas por el veredicto clínico definitivo: Franklin D. Roosevelt falleció a causa de un derrame cerebral a las 14.40 horas del 12 de abril de 1945. Justo en aquellos momentos, ya totalmente de noche en Alemania, el 9º Ejército norteamericano alcanzaba el Elba, a 100 km del Gran Berlín.

La noticia de la muerte del presidente de EE.UU. llegó a Europa al amanecer del 13 de abril. El oficial de guardia en el gabinete telegráfico del Ministerio de Información y Propaganda se la comunicó a Josef Göbbels inmediatamente después de que la difundiera una agencia de prensa norteamericana. El ministro, que llegaba de una visita de inspección al frente del Oder, pidió champán para celebrar la noticia y se precipitó emocionado hacia el teléfono para llamar a Hitler: «¡*Mein Führer*, enhorabuena! ¡Roosevelt ha muerto! ¡Estaba escrito en las estrellas que en la segunda mitad de abril ocurriría un trascendental acontecimiento que cambiaría el rumbo de la guerra! ¡*Mein Führer*, ya ha ocurrido! ¡Éste es el hecho!»

Inmediatamente, Hitler pudo conocer por sí mismo los detalles de la muerte del presidente norteamericano, pues su gabinete telegráfico le hizo llegar las primeras informaciones. Blandiendo los papeles, radiante y excitado, Hitler

convocó a cuantos colaboradores estaban a aquellas tempranas horas en el búnquer y, dirigiéndose especialmente a Speer, les interrogó triunfante: «¿Todavía sostienen que hemos perdido la guerra?»

Luego, señalándoles el retrato de Federico el Grande de Prusia, que colgaba de la pared de su despacho, les contó su historia preferida de aquellos días.

Se trataba del final de la guerra de los Siete Años entre Federico II de Prusia y la zarina Isabel I de Rusia. En 1762 se hallaba el rey prusiano acosado por los ejércitos rusos; su posición era tan difícil que todos sus ministros y generales estaban convencidos de la inminencia de la derrota total. Federico II escribió una carta de despedida al conde Finckestein, uno de sus generales, en la que le decía que si no mejoraba radicalmente la situación antes del 8 de enero se rendiría y, seguidamente, se suicidaría. El 5 de enero murió la zarina, sucediéndola en el trono Pedro III, gran admirador del rey prusiano, con el que hizo inmediatamente la paz. Para Hitler estaba claro que la situación era similar: debía resistir en el Oder a los soviéticos y esperar la paz con los occidentales. Luego, volvería todos sus ejércitos contra Stalin y ganaría la guerra...



Al día siguiente, 14 de abril, dirigió a sus ejércitos una proclama, que finalizaba: «Ahora que el destino ha borrado de la faz de la tierra al mayor criminal de guerra de todos los tiempos, ha llegado el momento en el que cambiará el signo de la guerra.»

Parece absolutamente increíble que, a aquellas alturas del conflicto, los dirigentes alemanes pudiesen albergar tales ilusiones. Sin duda, se debía al gran aislamiento internacional en que el nazismo se había ido sumiendo a partir de 1939. Hitler, supremo inspirador de la política internacional del III Reich,

confundía deseos con realidades y estaba firmemente convencido de que la ruptura entre los aliados era inminente. Ni conocía ni le importaban los numerosos acuerdos internacionales trenzados por los aliados durante los 4 últimos años, que tenían como norte la destrucción del nazismo e ignoraba la gran simpatía que todavía despertaban los soviéticos en buena parte de las opiniones públicas occidentales.

Por otro lado, Hitler tenía un sentimiento providencialista de su destino y esperaba siempre un milagro que resolviera sus problemas. La muerte del presidente Roosevelt podía ser ese prodigio, que coincidía tanto con su mentalidad como con las predicciones astrales que tanto habían encandilado a su ministro Göbbels.

Hitler residía desde hacía más de un mes a diez metros bajo tierra, en el formidable búnquer de la Cancillería, lo que acentuaba su aislamiento y el clima irreal en el que vivía. Las noticias desastrosas que se recibían allí desde los diferentes frentes no tenían la repercusión moral que hubieran producido en él si hubiese estado, como antes, cerca del frente, en contacto con sus jefes y sus soldados. En el búnquer, rodeado de una corte de aduladores, seguía moviendo ejércitos que sólo existían sobre el papel, manejando producciones industriales de fábricas inexistentes y dando órdenes que muchos ministros ya no cumplían: por ejemplo, no había advertido que Speer había boicoteado las destrucciones industriales ordenadas en el Ruhr y en el Sarre para que los aliados hallaran allí sólo «tierra calcinada».

Hitler tampoco percibía el clamor mundial que comenzaban a levantar en el mundo los terribles descubrimientos de sus campos de exterminio, ni se enteraba del sufrimiento de Berlín, que agonizaba bajo feroces bombardeos aliados. Era insensible al dolor y a la muerte que caían sobre Alemania cada día que se

prolongaba aquella absurda resistencia. Por eso, el 15 de abril, cuando todas las informaciones coincidían en señalar la inminencia del ataque soviético, enviaba su última proclama al Ejército del este:

> [...] Poderosas fuerzas de artillería darán la bienvenida al enemigo. Las pérdidas sufridas por nuestra infantería han sido compensadas con la incorporación de innumerables unidades nuevas... En esta ocasión, los bolcheviques sufrirán el viejo destino de Asia: deberán desangrarse hasta morir ante las puertas de la capital del Reich... ¡Berlín sigue siendo alemana! ¡Viena volverá a ser alemana! ¡Europa jamás será rusa!...

Puras baladronadas que los soldados alemanes ya no asimilaban cuando presentían al este del Oder la tremenda amenaza que les acechaba, cuando observaban estupefactos cómo las pequeñas operaciones de tanteo que efectuaban los soviéticos por aquellos días se realizaban hasta con doscientos carros de combate o cómo las operaciones de observación aérea empeñaban escuadrillas enteras de aparatos, contrarrestadas sólo de cuando en cuando por la caza alemana.



En el oeste no había ni siquiera ejércitos que se opusieran a los norteamericanos que llegaban al Elba. Si el día 12 alcanzaban el río los carros de combate del 9° Ejército USA (William Simpson), cerca de Wolmirstedt, al día siguiente lo hacían ante Barby y Magdeburgo y el 14 enlazaban con el 1er. Ejército (Courtney Hodges) en Dessau, cercando por completo al 11° Ejército alemán, que se rindió días después. Ese mismo 14 de abril, mientras Hitler soñaba con un cambio radical en el curso de los acontecimientos, los norteamericanos se desparramaban por todo el centro de Alemania y ocupaban Jena, Leipzig, Halle

y amenazaban el sur del país, acercándose a Stuttgart y Nuremberg. Los grandes centros industriales estaban en su mayor parte en manos aliadas, como los de Nordhausen, cuyas fábricas subterráneas fabricaban las V-1 y V-2.

El 7 de abril los aliados occidentales habían contabilizado a su prisionero número 400.000 desde que, a finales de febrero, iniciaran su ofensiva contra Alemania; el 15 de abril, cuando la mayoría de las unidades cercadas en el Ruhr se habían ya rendido, la cifra ascendía a 700.000. Los ejércitos alemanes del oeste casi habían desaparecido.

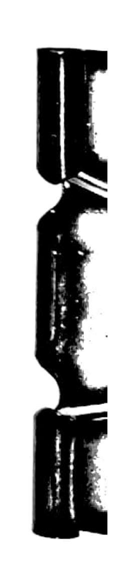
Berlín vencerá o no será

El Führer y sus colaboradores más próximos no querían aceptar la realidad, pero ésta se les estaba imponiendo inexorablemente. El 13 de abril Hitler se vio, con hondo pesar, obli-gado a permitir que el cuerpo diplomático abandonase Berlín y se trasladara al sur de Alemania. Göbbels, *Gauleiter* de Berlín —además de ministro de Información y Propaganda—, había prohibido bajo gravísimas penas el abandono de la ciudad, para evitar oleadas de pánico y la generalización del derrotismo. La capital era indefendible y los militares hubieran deseado declararla «ciudad abierta» pero Hitler pretendía que se convirtiera en otra Verdún y Göbbels, en un nuevo Stalingrado, para lo que —igual que Stalin hiciera en 1942— necesitaba que la población civil permaneciera en la ciudad, de modo que todos los soldados combatieran hasta la muerte por sus familias. Sin embargo, no pudo evitar que en aquella primera quincena de abril salieran de Berlín más de trescientas mil personas por causas justificadas, como el carecer de vivienda y de trabajo y estar reclamados por

parientes en otros lugares de Alemania. Y más hubieran debido abandonarla, en opinión del comandante de la plaza, Helmuth Reymann, pues aún quedaban en ella 150.000 niños.

A propósito de este asunto sostuvo una tensa conversación con Göbbels. Cuando el general trató de convencerle de la conveniencia de evacuar a los niños para que no murieran de hambre, el *Gauleiter* le replicó que disponía de una enorme reserva de leche condensada... Y que, además, se podían concentrar en la ciudad millares de vacas expropiadas en los alrededores. El brillante propagandista se quedó sin respuesta cuando el militar le replicó: «¿Y con qué piensa alimentarlas?»

Pero los niños no fueron evacuados.



La gran ciudad, con cerca de 1.000 km^2, incluyendo sus suburbios, y más de 4,5 millones de habitantes al comienzo de la guerra, era un formidable laberinto de ruinas, en las que se calculaba que se había perdido un tercio de las viviendas a causa de los bombardeos angloamericanos, que habían lanzado sobre ella 65.000 toneladas de bombas. En Berlín aún quedaban más de tres millones de habitantes; el resto o había muerto bajo las bombas, o se hallaba en los campos de batalla o había emigrado hacia zonas menos amenazadas. La vida era muy difícil: en el aire flotaba continuamente una nube de polvo y humo; la dieta alimenticia estaba sujeta a un duro racionamiento; raro era el día que no se cortaban el agua, la luz o el teléfono o que no había que correr hacia un refugio antiaéreo. Sin embargo, había un general empeñado en mantener cierta apariencia de normalidad: más de medio millón de berlineses seguía acudiendo al trabajo; no menos de 200.000 colaboraban en tareas de fortificación, cercando la ciudad con tres anillos defensivos, que pronto se mostrarían ineficaces, pues las obras estuvieron dirigidas por viejos oficiales que aún creían en los obstáculos de la Gran Guerra; tampoco

parece que existiera mucho entusiasmo entre los civiles obligados a cavar y, según parece, muchas de aquellas cuadrillas de fortificadores carecían de los medios más elementales para hacerlo.

Unos 80.000 berlineses estaban movilizados para defender su ciudad. La mitad de ellos constituía un lamentable ejérci- to compuesto por niños de quince a dieciséis años de las Juventudes Hitlerianas y por gentes próximas a la jubilación, encuadrados por la Volkssturm. En su mayor parte carecían de botas y uniformes y se les dotó de armas heterogéneas, procedentes de las requisas en los países ocupados antes o al comienzo de la guerra: fusiles austriacos, checos y polacos, de calibres diferentes y, por tanto, difíciles de municionar. Había pocas ametralladoras y menos soldados que supiesen utilizarlas con eficacia. Casi no existían armas pesadas, pues las que estaban en mejores condiciones habían sido enviadas hacia el frente del Oder y en Berlín dejaron sólo aquellas que tenían un traslado difícil o las que celosamente guardaban en sus arsenales privados la Gestapo y las SS. Había abundantes bombas de mano y granadas anticarro del tipo Panzerfaust, tan eficaces como difíciles de manejar con precisión. Lo mejor de las fuerzas armadas de Berlín era la división de defensa antiaérea, que contaba con munición y ametralladoras pesadas de 20 mm, y cañones de 70, 88 y 128 mm. Para defender aquella enorme ciudad calculaban los especialistas que se necesitaban diez divisiones y cuanto tenía en sus manos el general Reymann no alcanzaba ni a la mitad, contando como fuerza efectiva con el Volkssturm. Aquel ejército —reclutado a base de graves amenazas contra la vida de los alistados o de sus familias— iba a ser el último escudo de Hitler.

Y para que el escudo no se desmoronara, Göbbels activaba la resistencia a ultranza de los niños y los viejos, amenazan-

do de muerte a los desertores y a los que retrocedieran ante el enemigo; Himmler, Reichsführer, ministro del Interior y jefe de las terribles SS y Gestapo, iba más allá y amenazaba con aplicar represalias históricas: «El exterminio de los parientes de los que se rindan es un acto de deber racial de la tradición germánica.»

Cumpliendo las órdenes de ambos, patrullas de la Gestapo y las SS recorrían los sótanos de Berlín, arrancando de ellos a los emboscados, niños y viejos en buena parte de los casos, a los que ahorcaban en cualquier farola o árbol con un cartel al cuello: «Estoy aquí por desertor», «por traidor», «por no tener fe en el Führer», «por no querer defender a las mujeres y niños alemanes...»

Todo por la locura nazi, que soñaba con convertirse en bastión invencible contra el marxismo. De lo contrario, mejor era perecer. De ahí que Göbbels lo dejara claro en sus soflamas: «Berlín vencerá o no será.»



El pueblo alemán debe ser aniquilado

Y mientras la capital del Reich se estremecía ante el lejano retumbar de la artillería soviética, que el 14 de abril estuvo regulando sus fuegos y disparó cerca de diez mil granadas sobre las líneas alemanas como simple advertencia de lo que iba a ocurrir 2 días después, Stalin emitía su Orden núm. 5: «El pueblo alemán debe ser aniquilado. Hay que arrasar todas las fábricas, instalaciones y bienes alemanes. Es preciso dar muerte a palos al animal alemán en su propia guarida.» Tiempo atrás, el líder soviético había dicho que Alemania debía ser respetada porque, concluida la amenaza nazi, los alemanes seguirían allí y

habría que convivir con ellos, pero los soldados soviéticos percibían con mayor claridad la Orden núm. 5, más en consonancia con el carácter bárbaro de la guerra; con la venganza que la mayoría deseaba contra los que habían invadido su país, destruido sus aldeas, violado a sus mujeres y ahorcado a los guerrilleros o a los sospechosos de serlo... Y, también, les parecía más conveniente disponer de libertad para forzar a las mujeres alemanas, para saquear sus casas y para arramblar con el dinero, joyas y ropas que pudieran hallar.

El 15 de abril de 1945, después de su reagrupamiento en la orilla derecha del Oder-Neisse, cerca de tres millones de soldados soviéticos se disponían a entrar en acción. Todos estaban deseando reanudar su victorioso avance y de tener nuevas ocasiones de saqueo y venganza. A última hora de la tarde, en las compañías se leyó la siguiente proclama:

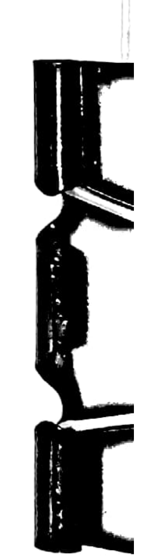
> [...] Ha llegado la hora de ajustar las cuentas de los abominables crímenes cometidos en nuestro suelo por los caníbales hitlerianos y de castigar a los responsables de tales atrocidades. Ha llegado la hora de infligir al enemigo una derrota definitiva y de hacer que esta guerra concluya victoriosamente.

Los mariscales Konstantin Rokossovski, Gheorghi Zukov e Ivan Koniev mandaban, respectivamente, los grupos de ejércitos, 2° y 1° frentes de Rusia Blanca y 1° frente de Ucrania, que se disponían a pasar al ataque. Aquellas «fuerzas secundarias» —en palabras de Stalin a Eisenhower— eran superiores, por ejemplo, a los ejércitos que Hitler enviara 4 años antes a la conquista de la URSS. Los efectivos que en la noche del 15 de abril esperaban la orden de iniciar la marcha hacia Berlín, la preciada presa política, militar y económica, se componían de

140 divisiones, equipadas con 41.000 morteros y cañones, 6.400 carros de combate y 8.400 aviones.

A 80 km de distancia, Berlín trataba de sostener, en medio de un mar de ruinas, una apariencia de normalidad. Continuaba la actividad industrial, las brigadas de fortificación terminaban las defensas, los movilizados del Volkssturm recibían instrucción militar; las amas de casa hacían colas en busca de los víveres racionados, y Göbbels seguía clamando en favor de una resistencia numantina:

> [...] Si abandonamos nuestras armas, si dejamos nuestros carros de combate al enemigo, no quedará nada ni nadie para defender a nuestros hijos y nuestras esposas. Los niños serán asesinados, nuestras mujeres, violadas...



El dique que debería evitar la catástrofe era un ejército compuesto por retales de tropas derrotadas. Uno de los últimos grandes generales que estuvo cerca de Hitler hasta las vísperas de la derrota, Heinz Guderian, primer teórico alemán en la guerra de carros y, quizá, su más brillante jefe de tropas acorazadas, urgía un mes antes para que se pidiera un armisticio porque nada tenía ya para oponerse al Ejército Rojo: soldados cansados, inferioridad armamentística, carencia de gasolina y municiones, ausencia de aviación...

«Ya no son las once menos cinco, sino las doce y cinco.»

Pero Hitler envió a Guderian a su casa y siguió fantaseando. A la formidable maquinaria bélica de Stalin opondría, en la línea Oder-Neisse, 37 divisiones bajas en efectivos, con un máximo de medio millón de hombres (1 a 5 respecto a los soviéticos), 5.000 cañones y morteros (inferioridad 1 a 8), un millar largo de blindados (inferioridad 1 a 6), poco más de mil

aviones (inferioridad 1 a 7), y todo ello, con escasez de municiones y combustible. En el colmo del dislate, poco antes había retirado tres divisiones de ese frente para reforzar al mariscal Schörner —que con su grupo de ejércitos Centro cubría el espacio checo— porque, según una de sus famosas intuiciones, el objetivo de Stalin no era Berlín, sino Praga.

La débil barrera del Oder estaba bajo el mando de un buen general, Gothard Henrici, cuya primera línea se atrincheraba en los terraplenes de una línea férrea paralela al frente y disponía de una segunda, apoyada en el relieve que le brindaba la comarca y en algunos núcleos de población.

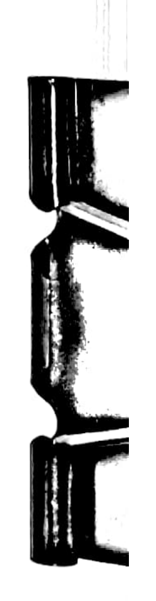
A última hora de la tarde del 15 de abril los servicios de inteligencia militar de la Wehrmacht, tras el interrogatorio de prisioneros soviéticos capturados en los días anteriores, llegaban a la conclusión de que el principal empuje de las fuerzas soviéticas correría a cargo del 1er. frente de Rusia Blanca, mandado por el mariscal Zukov, que partiría de su cabeza de puente de Küstrin y caería sobre el 9º Ejército alemán, mandado por el general Busse, inferior cinco o seis veces en hombres y medios.

Informado de la situación, Hitler se retorcía las manos de impotencia, contemplando el mapa del frente en el búnquer de la Cancillería. Los datos eran claros, un volcán de fuego iba a caer sobre sus posiciones, que no podrían responder no sólo por su inferioridad artillera, sino, sobre todo, por su escasez en municiones. Jodl, con sus suaves maneras académicas, le brindó una solución lógica:

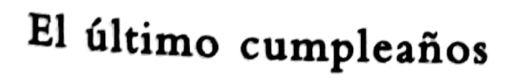
> Mein Führer, dejémosles que desgasten sus municiones en vano y que nos permitan ver con claridad la dirección de su ofensiva. Nuestra primera línea, después de todo, ha sido dispuesta para frenar la primera punzada rusa. Podemos retirar

nuestras fuerzas a la segunda línea sin pérdida de nuestras armas pesadas y permitir que la artillería soviética se desgaste disparando sobre el vacío.

Hitler dio su conformidad sin oposición. La orden de retirada a la segunda línea le llegó al general Busse al anochecer. Inmediatamente dispuso el repliegue a la segunda línea, con extraordinario alivio, pues veía en la maniobra la salvación de su frente a corto plazo. Al tiempo, le invadían nuevas angustias: por un lado, la retirada debía realizarse con suma rapidez, sin dejar atrás ni las armas pesadas ni las preciosas municiones; por otro, la segunda línea no estaba tan fortificada que garantizase la resistencia ante la formidable embestida soviética que se avecinaba.



Mientras Busse desplegaba todas sus energías para instalarse en las nuevas posiciones, en Berlín varios centenares de melómanos se vestían adecuadamente para asistir a la sesión musical que esa noche ofrecía la Orquesta Filarmónica, cuyo programa, el *Concierto para violín y orquesta* de Beethoven y *El crepúsculo de los dioses*, de Wagner, estaba muy en consonancia con lo que se avecinaba en el Oder.



El último cumpleaños

El 1er frente de Rusia Blanca, mandado por el mariscal Zukov, se hallaba situado en el saliente de Küstrin, una cabeza de puente de unos 4 o 5 km de profundidad y no menos de cuarenta de anchura que habían conquistado a mediados de febrero de 1945. Aquella madrugada del 16 de abril de 1945 Zukov iba a dar una formidable sorpresa a los defensores alemanes y, al mismo tiempo, se la iba a llevar.

A las 3 de la madrugada abrieron fuego 10.000 piezas de todos los calibres, desde los morteros de 80 mm a los obuses de 305. Una granizada formidable de metralla sacudió todo el frente, arrasando las posiciones alemanas abandonadas. No fue, contra lo habitual en la doctrina militar soviética, una preparación artillera muy dilatada, pues apenas transcurridos 15 minutos de fuego a discreción, se encendieron 143 proyectores de los empleados para iluminar la acción de la artillería antiaérea y fueron enfocados directamente hacia las líneas alemanas. Aquellos torrentes de luz convirtieron la noche en pleno día y más porque los cuatro mil vehículos que en aquel momento se pusieron en marcha (carros de combate, blindados de reconocimiento, transportes de personal, camiones, vehículos de enlace, etcétera) encendieron también todos sus focos y comenzaron a avanzar.

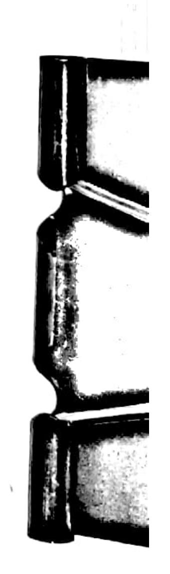
Sirviéndose de aquella iluminación, la aviación soviética, escuadrilla tras escuadrilla, lanzó sus aparatos contra las líneas alemanas, y las ametrallaron hasta el amanecer. El espectáculo resultó estremecedor para los alemanes, que fueron despertados violentamente a una hora desusada para los ataques masivos de infantería y, más aún, cuando muchos acababan de instalarse en sus nuevas posiciones, tras 6 horas de brega para evacuar la primera línea. La efectividad del ataque de Zukov apenas superó lo espectacular. Tal lujo de medios, no excesivamente bien sincronizados, terminó originando atascos y, al amanecer, los soviéticos se hallaron dueños de la primera línea alemana, pero, con desencanto, observaron que en las demolidas posiciones no había ni hombres, ni armas y que eran muy pocos los prisioneros capturados.

La lucha comenzó a plena luz del día, cuando los soldados de Zukov alcanzaron la segunda línea alemana. La violencia de

los combates fue extraordinaria, pues en aquel frente de 40 km los alemanes oponían a los soviéticos más de cien mil hombres bien atrincherados, con cerca de 400 carros de combate emboscados y el apoyo de numerosas piezas de artillería antiaérea sacadas de Berlín para convertirlas en anticarros...

Tras un feroz día de combates, los soviéticos se hallaron con exiguos frutos entre las manos: sus avances habían sido nulos ante las posiciones de Francfort del Oder y, en el mejor de los casos, habían progresado entre 3 y 8 km. Stalin montó en cólera cuando recibió estas noticias; por el contrario, Hitler estaba exultante, asegurando que los soviéticos no podrían permitirse un desgaste diario como el de aquel día, en el que habían perdido más de 250 blindados.

Todo era, sin embargo, relativo. El avance de Zukov resultaba pequeño, pero su desgaste era inferior al de los alemanes si se comparaban las respectivas reservas. A su izquierda, el mariscal Koniev, con el 1er frente de Ucrania, había hallado menos resistencia, consiguiendo practicar un amplio boquete en el ala derecha de las defensas alemanas, que los defensores taponaron con gran sacrificio de sus reservas.



La pugna siguió con extraordinaria violencia a lo largo del curso del Oder-Neisse. Las pérdidas soviéticas duplicaban a las alemanas, pero el resultado se decantaría a favor de quien dispusiera de más medios para sostener la intensidad de los combates, es decir, del bando soviético. El 19 de abril, poco después del medio día, Busse agotó sus reservas y el centro de su dispositivo se desmoronó: tres cuerpos blindados, perdidos la mayoría de sus carros, escasos de munición y de combustible, dejaron una amplia brecha por la que se colaron los tanques soviéticos, que al anochecer alcanzaban Straussberg, apenas a 35 km de Berlín.

Hitler tuvo un acceso de ira cuando se enteró de la crítica situación: «Si la nación alemana pierde esta guerra, demostrará que es indigna de mí», le dijo al general Hilpert, que se entrevistaba con él cuando llegó la noticia. Poco antes de la medianoche llegaron al búnquer escuetas informaciones desde el cuartel general de Heinrici: «Se está decidiendo la batalla.» El general no se atrevió a comunicarle a Hitler que su contraataque contaba únicamente con las fuerzas de la división blindada Nederland de voluntarios holandeses de las SS. La suerte de Berlín estaba echada.

A esas horas, Eva Braun recordó a Hitler que acababan de entrar en el 20 de abril, fecha de su cincuenta y seis cumpleaños. El Führer, de un humor de perros por los nuevos reveses militares, le pidió que renunciase a cualquier tipo de celebración; pero Eva logró que cambiara ligeramente de talante y se aviniera a salir de su despacho para saludar a algunos de sus ministros y colaboradores que habían acudido al búnquer para felicitarle.

Hitler, que se acostó hacia las 3 o 4 de la madrugada, como en él era costumbre, no pudo conciliar el sueño, agobiado por la angustiosa situación militar. Peores fueron, sin embargo, las pesadillas de tres millones de berlineses que aquella tarde tuvieron la primera confirmación de que los soviéticos se hallaban a las puertas de casa. Cerca de un millón de refugiados procedentes del este contaban a sus familiares y amigos la terrible odisea de su retirada desde Prusia, Silesia o Pomerania... Los fantasmas del éxodo hacia el oeste volvían a ponerse en marcha, pero una vez en Berlín, ¿a dónde ir?

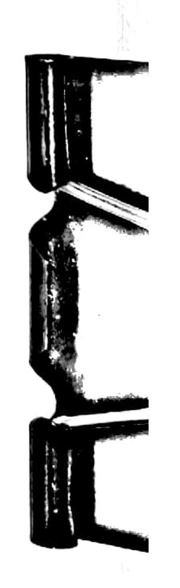
El 20 de abril, quienes sintonizaban la radio en busca de alguna noticia alentadora o, al menos, orientativa de lo que más les convendría hacer en las horas siguientes, escucharon la voz de Göbbels:

> Al Führer dirigimos nuestras miradas llenos de esperanza y en él tenemos una fe profunda e inconmovible. Firmes y tenaces estamos tras él, soldados y civiles, hombres, mujeres y niños, el pueblo entero decidido a todo, rebosante de vida y de honor... Dios le dé fuerzas y salud y le proteja de todo peligro...

Era la felicitación oficial a Hitler en la fecha de su cumpleaños. Minutos después, la mayoría de la población hubo de salir corriendo hacia sótanos, refugios antiaéreos y túneles del metro para escapar de un furioso bombardeo de la aviación soviética.

La escritora Helga Scheneider, que con ocho años vivió la tragedia de Berlín, refugiada junto con sus vecinos en el sótano de su casa, recuerda:

> La información más precisa era la que traían los encargados de ir por agua. Contaban que en la ciudad reinaba el caos y que había una gigantesca invasión de ratas. Las calles estaban cuajadas de cadáveres, pues nadie los recogía desde hacía tiempo, y el hedor era tan terrible que la gente, ya muy debilitada, perdía el conocimiento. No funcionaba ningún medio de transporte, ni el tranvía ni el autobús ni el tren subterráneo ni el elevado. El túnel del subterráneo estaba abarrotado de gente que gritaba de hambre y de sed, bebés incluidos. No quedaba ninguna forma de asistencia médica y no se encontraban medicamentos por ningún lado. [*No hay cielo sobre Berlín.*]



Hitler se levantó después del mediodía con muy mal talante. Había dormido muy mal y le dolían los ojos. Su ayuda de cámara, Linge, le suministró un colirio y el doctor Morell, un curioso híbrido entre médico y chamán, le inyectó algún

tipo de droga, mezclado con glucosa. Luego almorzó acompañado de Eva Braun y de sus dos secretarias y, tras una pequeña sobremesa, inició su jornada de trabajo.

Poco después, subió torpemente las escaleras del búnquer y salió al jardín de la Cancillería. Allí le esperaba un grupo de muchachos de las Juventudes Hitlerianas, distinguidos en las últimas batallas. Apenas unos niños, a los que el Führer condecoró, con la colaboración del general Wilhelm Burgdorf, su ayudante militar, y de Arthur Axmann, jefe de las Juventudes. Luego les dedicó una breve y desvaída arenga, animándoles a combatir en la defensa de Berlín, ante la que serían desbaratadas las hordas comunistas. Con voz temblorosa finalizó: *¡Heil euch!*, al que respondieron los muchachos con el convencional *¡Heil Hitler!*

Los chicos abandonaron el jardín de la Cancillería, castigado por los bombardeos, esquivando cristales, árboles caídos y fragmentos de piedra y hormigón. Hitler paseó unos minutos seguido por una corte de jerifaltes, que aparecen en una histórica foto, la última que se le hizo a la luz del día. Aunque el tiempo era bueno, vestía abrigo militar con el cuello subido. Demacrado, trataba de esbozar una sonrisa que casi era una mueca; sus hombros estaban encorvados, sus ojos, hundidos y profundos surcos enmarcaban su boca, deslizándose hasta la barbilla. Le rodeaban los últimos fieles, los moradores habituales del búnquer de la Cancillería que estarían con él hasta el final: Heinz Lorenz, su jefe de prensa; Arthur Axmann, el general de las SS Hermann Fegelein; su ayudante personal, Julius Schaub; el general Wilhelm Burgdorf, Heinz Linge, ayuda de cámara y tres o cuatro personajes más, tapados o fuera del encuadre. Fue ésa la última vez que salió de las profundidades del búnquer.

Por la tarde, se dieron cita allí muchos militares y políticos para felicitarle; recibió a los principales y charló con ellos unos minutos. Entre los que acudieron a visitarle estaban los Göbbels, cuyos seis hijos, como siempre, llevaron sus pequeños regalos al tío Adolf.

A última hora, sostuvo una reunión de guerra en la que no pudieron convencerle de que abandonara Berlín, pese a la inminente amenaza de cerco soviético. Esa tarde ordenó que el almirante Karl Dönitz, con los mandos principales de la Jefatura Militar, incluyendo a sus máximos colaboradores en la dirección de la guerra, Wilhelm Keitel y Alfred Jodl, estableciera su puesto de mando en Flensburgo, al norte de Alemania.

Hermann Göring, que había dispuesto una enorme caravana de camiones con todos sus tesoros —retirados de sus casas berlinesas y del palacio de Karinhall— se disponía a dirigirse a Berchtesgaden, en los Alpes bávaros, le preguntó a Hitler si había algún inconveniente en que él partiera hacia el sur. Testigos presenciales aseguraron que el Führer se quedó pasmado ante su petición, pues esperaba que su segundo en la jefatura del Reich, su amigo y colaborador durante 25 años, se quedaría junto a él a librar la decisiva batalla del destino. Heladamente, le respondió que podía irse. Nunca más volvieron a verse, pero su amistad y colaboración de tanto tiempo se rompió en aquel momento.



Un coronel de Estado Mayor escribió poco después:

> Le vi avejentado, encorvado, con el rostro abotargado y de un enfermizo color rosáceo, pero su mirada era tan clara y calma como siempre, aunque quizá más dura de lo que yo recordaba. Su voz seguía siendo áspera y segura...

Cuando los invitados se fueron, Hitler volvió a valorar la situación con su jefe de Estado Mayor, general Hans Krebs. Era imprescindible que el ala izquierda del ejército del Oder cerrara la brecha, pero su jefe, el general Heinrici, respondió que era imposible y, ante la inutilidad del esfuerzo que se le pedía, solicitó ser relevado del mando e incorporado a cualquier unidad como un combatiente más. Aquello impresionó a Hitler, tanto que quizá fue entonces cuando firmemente decidió quedarse en Berlín. Martin Bormann envió esa madrugada un telegrama al refugio alpino: «... Se queda aquí. Si hay alguien que pueda dominar la situación, ese es él.»

Luego, el búnquer quedó silencioso. Hitler se sentó en su despacho, acompañado de sus secretarias Trauld Junge y Gerda Christian, y comentó: «Me siento como un lama tibetano, haciendo girar inútilmenete la vacía rueda de oraciones. Debo forzar aquí el destino o moriré en Berlín.»

Esa noche, Eva no logró sacar a Hitler de su depresión, pero ella estaba dispuesta a celebrar el cumpleaños. Sacaron champaña y unos canapés y pusieron algunos discos en un gramófono. Debió ser una fiesta tan minúscula que pocos de los supervivientes del búnquer la mencionaron, pero Trauld Junge recordaba que bailó con Eva unos compases de *Rosas rojo sangre te hablan de dicha*.

Me quedo a morir en Berlín

«*¡Mein Führer!*, *¡mein Führer!*, ¡Nos atacan los rusos!»

Linge, el mayordomo, estaba tan alarmado en la mañana del 21 de abril que se atrevió a aporrear la puerta de la habitación de Hitler antes de las 10 de la mañana, pero suponía que

el sordo estruendo de las explosiones y las vibraciones del búnquer ya le habrían despertado. Hitler se incorporó en su cama y aún medio dormido, preguntó: «Pero ¿tan cerca están ya los rusos?»

Poco después, en la sala de mapas, comprobó con el general Burgdorf que el avance había sido rapidísimo en las últimas 24 horas. Los rusos se hallaban en Marzahn, a 19 km de Berlín y, desde allí, la artillería pesada enviaba su primer mensaje mortal a la capital del Reich.

Ese día planeó Hitler la contraofensiva que frenase la pinza que, por el norte de Berlín, estaba introduciendo el mariscal Zukov. Se empeñó en que el general de las SS Felix Steiner, con un grupo de tropas abigarradas y escaso armamento pesado, la atacase desde el norte en dirección a Berlín, aislando a las tropas soviéticas que estuvieran más adelantadas. Hitler era tajante:



> Los oficiales que no acepten esta orden sin reserva alguna deben ser arrestados y fusilados inmediatamente. Responde usted con su vida de la debida ejecución de esta orden. La suerte de la capital de Alemania depende del éxito de su misión.

Pero la suerte de Berlín no la iban a cambiar las amenazas. Bastante hacía Steiner con cubrir el flanco derecho de Heinrici, que había comenzado a replegarse. También inició su retirada desde el Oder el 9° Ejército de Busse, convertido en una bolsa móvil que, con muchos sacrificios, comenzó a replegarse hacia el oeste. Schörner, jefe de los ejércitos del Sur, situados en Checoslovaquia, también recibió la orden de atacar el ala izquierda de Koniev, pero no hizo nada.

Hitler pasó todo el día 22 expectante ante el resultado de las maniobras ordenadas la víspera. En la reunión militar de la

tarde-noche escuchó, sin embargo, que Steiner no había atacado, que se ignoraba la situación de Busse y que Schörner no se había movido. De pronto, se levantó, golpeó la mesa con fiereza y comenzó a gritar: «¡Cómo voy a dirigir la guerra en estas condiciones! ¡La guerra está perdida!»

Chillaba histéricamente, con los ojos desorbitados, el semblante rojo de ira y un violento temblor que le afectaba a todo el lado izquierdo del cuerpo: «¡Se equivocan si creen que ahora voy a abandonar Berlín! ¡Antes me pego un tiro en la cabeza!»

Crispadas las manos, crujiendo los dientes y echando fuego por los ojos, abandonó la reunión y se metió en sus habitaciones. Desde allí telefoneó a Göbbels: «¡ Joseph, he decidido quedarme en Berlín, dar aquí mi última batalla!»

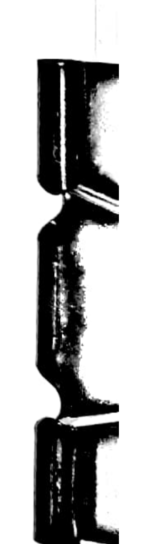
Luego, le pidió que se trasladase al búnquer.

Finalmente, había comprendido que la derrota era ineluctable, que Berlín estaba perdido y que ya no habría armas prodigiosas... Ante el hundimiento, decidió adoptar la tradición de los marinos que siempre había admirado: el capitán se hundía en el océano amarrado a la rueda del timón de su buque. Aquel 22 de abril de 1945 Hitler decidió morir con Berlín. Hubiera sido el momento de parar la lucha, pero aquella corte de aduladores que le rodeaba, en vez de analizar con él la realidad de la derrota y de resolver cómo parar de inmediato la lucha, le animó a proseguirla, prolongando los combates y propiciando medio millón más de muertes absurdas.

Ese día, las tropas de Zukov alcanzaban Spandau por el norte y las de Koniev rebasaban Potsdam por el sur. El cerco de Berlín era cuestión de horas y se produjo en la madrugada del día 24 en Ketzin, al oeste de Berlín, donde confluyeron ambos ejércitos.

El día 22 comenzaron a entrar en la ciudad restos de muchas unidades derrotadas en el Oder y rechazadas por el veloz avance soviético. Millares de soldados fueron reequipados con el heterogéneo material reunido para la defensa y enviados a las fortificaciones de la periferia. Con su incorporación, los defensores sumaban unos cien mil, pero en gran parte su valor militar era escaso. Lo mejor era el 56° Panzer Korps, mandado por el general de artillería Helmuth Weidling —conocido como Hueso Duro de Roer—. Su relación con Hitler fue caso digno de una opereta si no estuviera inmerso en una tremenda tragedia.

La retirada del 56° Panzer Korps ante el empuje soviético había exasperado a Hitler, que condenó a muerte a su jefe por insubordinación y cobardía. El general se libró porque en aquellos momentos no había mucha gente que cumpliera esas órdenes y, menos, si se trataba de un prestigioso jefe de cuerpo de ejército que contaba con más de 30.000 hombres y unos sesenta carros de combate, una monstruosidad en la época. Cuando llegó a la asediada ciudad, el 23 de abril, se presentó en el búnquer, sorprendiendo a todos por su audacia y siendo recibido como un regalo del cielo, tanto que Hitler le perdonó y, de inmediato, le designó jefe de la defensa de Berlín.



Entre sus efectivos se contaban los restos de varias divisiones: tropas de montaña, paracaidistas, granaderos de las Juventudes Hitlerianas, batallones ministeriales, guardias, restos de divisiones de las SS, tanto compuestas por alemanes como por voluntarios franceses, belgas, holandeses, noruegos, daneses, eslavos, españoles —encuadrados en varias unidades tras la desaparición de la Legión Azul—, y musulmanes turcos y bosnios, cuyos feces rojos sorprendían a los berlineses tanto como su recogimiento a la hora de orar cara a La Meca, arrodillados sobre sus alfombrillas, aunque en torno suyo rugiera la batalla.

También había agentes de la Gestapo, oficinistas de las SS... además de los viejos y los muchachos del Volkssturm.

Ese mismo día, tras el ánimo que le insufló la llegada de Weidling y sus tropas, Hitler comenzó, nuevamente, a trazar planes en el aire. Aún mejoró su ánimo cuando el mariscal Keitel llegó con noticias del 12° Ejército de Walther Wenck, que había interrumpido su repliegue hacia el Elba, girando hacia Berlín.

Por radio, el OKW emitió un comunicado, ordenando que las tropas que luchaban contra los norteamericanos —realmente, ninguna— se dirigieran de inmediato hacia Berlín. Era una astuta maniobra, que elevó los ánimos de la población asediada, dio alas a la bolsa andante de Busse, que en su repliegue iba a contar con cierta cobertura, y desconcertó a los soviéticos. Stalin, cuando ya tenía asegurada su presa, se vio asaltado por los viejos temores. ¿Habrían llegado a un acuerdo sus aliados con los nazis?, y el mariscal Koniev, que cercaba Berlín por el sur, debió ocuparse del inesperado contraataque.

¿Por qué el distinguido e inteligente Wenck se volvía hacia Berlín cuando sus tropas estaban a punto de hallar la salvación en el Elba? El propio general se lo explicaría a sus agotados soldados: deberían volver hacia el noreste, no para salvar al Führer, ni tampoco al III Reich, sino para sacar de Berlín, salvar de los rusos, a la población civil y a sus compañeros de armas. Nadie rechistó, agotados, sin vehículos de transporte, con escasos blindados, dieron media vuelta y volvieron a la batalla.

Resucitadas sus esperanzas, Hitler despachó a Keitel y a Jodl, a los que ya no volvería a ver, hacia los ejércitos más próximos a Berlín, para que los obligaran a auxiliar la capital:

> Hay que traer fuerzas a Berlín por todos los medios posibles [...] Berlín es ahora el principal foco de atracción para el

enemigo. El enemigo sabe que yo estoy aquí. Eso puede ser una oportunidad excelente para tenderle una trampa. [...] Habrá que trabajar con obediencia suma, según el plan que se ordene desde arriba ¡Todo el mundo tiene que actuar con decencia...! [*Hitler y sus generales.*]

Para que todo el mundo obedeciera y «se comportara con decencia», Keitel se dirigió en busca de Heinrici; Jodl, en la de Busse y trataron, inútilmente, que aquellos golpeados ejércitos, sin blindados, sin carburante, sin apoyo aéreo y acosados por fuerzas muy superiores, trataran de romper el cerco. A los jefes de aquellas fuerzas les fue indiferente que se les amenazara con la destitución o el proceso... Keitel y Jodl terminarían solos en Flensburgo, dando órdenes en el aire, hasta que llegó la capitulación. Su marcha despejó mucho el búnquer, pues con ellos partieron sus numerosos ayudantes. En adelante, las reuniones militares fueron muy reducidas.



Mientras soplaban inútilmente sobre los rescoldos de las Fuerzas Armadas alemanas, tratando de reanimarlos, en el búnquer se producía una nueva crisis. Se hallaban allí, en la tarde del 23 de abril, además de los habituales Bormann y Göbbels, el ministro de Exteriores, Ribbentrop, y el de Armamento, Speer. El primero, trataba de que Hitler le autorizase a abrir una tortuosa vía de negociación con los aliados por medio de contactos en Italia y Francia, para lo cual era necesario ganar tiempo y librar una gran batalla victoriosa en Berlín; el segundo, para todo lo contrario: deseaba que Hitler pusiera fin a la guerra —incluso, suicidándose— y evitar la lucha en la capital.

Asistieron todos a la última reunión de ese día y, al final, Bormann entregó al Führer un telegrama de Göring en el que

el *Reichmarschall*, visto el aislamiento en el que Hitler se había recluido voluntariamente, le pedía permiso para asumir la jefatura general del III Reich, de acuerdo con el decreto del propio Hitler, fechado el 29 de junio de 1941. Azuzado por Bormann, el Führer destituyó a Göring y ordenó su arresto.

Las señoras del búnquer

Hitler se había enterrado en el búnquer no porque le gustara, sino porque la vida en la Cancillería era imposible: muchas habitaciones estaban destruidas; el tejado, con múltiples boquetes, dejaba entrar libremente la nieve y la lluvia; sus ventanas carecían de cristales y era inútil reponerlos, porque los casi diarios ataques aéreos se encargaban de destruirlos. Cada vez que sonaban las sirenas, Hitler había bajado malhumorado al búnquer y allí, en aquella estructura, que vibraba a cada explosión, palidecía del miedo a quedar sepultado vivo. Sin embargo, ese peligro era mayor en la superficie, de modo que, desde finales de febrero de 1945, el Führer y su camarilla comenzaron a pasar las noches en el refugio, y al final se establecieron permanentemente en él.

El gran búnquer de la Cancillería era obra del arquitecto preferido de Hitler, Albert Speer, que, en el verano de 1944, construyó ese refugio para que el Führer pudiera seguir dirigiendo la guerra, aun bajo los ataques aéreos más devastadores. En el jardín de la Cancillería se realizó una excavación de unos 15 m de profundidad, por 25 de longitud y 16 de anchura. Dentro se construyó un cubo de cemento armado, con paredes de 2,5 a 3 m de espesor. Fue cubierto por una capa de tierra apisonada de 2 a 6 m y se plantó todo tipo de arbustos y

flores, restableciéndose el aspecto del jardín, de forma que los aliados nunca supieron dónde se hallaba.

El búnquer tenía dos plantas, de 20 x 11; en la superior se hallaba el servicio, los ayudantes militares, las secretarias de Hitler, la cocina, el comedor, cuartos de baño, trastero y habitaciones de invitados. La inferior estaba dividida en dos partes por un gran pasillo de unos 17 x 3 m, que podía separarse por medio de una mampara, formando las dos piezas más grandes del búnquer, utilizadas como salón y sala de conferencias. Las habitaciones se abrían a ambos lados del pasillo; en el derecho —descendiendo por la escalera de emergencia— estaba la sala de mapas; luego, las dependencias del Führer: un vestíbulo que daba paso a un despacho muy pequeño y al dormitorio de Eva Braun; desde el despacho se accedía al dormitorio de Hitler y al cuarto de baño de ambos, todo ello metido en unos 36 metros cuadrados. Siguiendo por ese lado, se llegaba a los baños comunes y al cuadro de luces. En el lateral izquierdo estaban la enfermería, las habitaciones del doctor Morell, de Göbbels, de Bormann, de los ordenanzas y la central telefónica, la mejor de Berlín, que permitió a Hitler recibir informaciones de todos los frentes hasta el último momento.



El búnquer disponía de su propio generador eléctrico y de depósitos de agua, tanto que nunca sufrió cortes de suministro. Los baños, la ventilación y la calefacción funcionaban bien, pero la atmósfera siempre estuvo muy cargada de humedad, a causa de que el refugio fue ocupado sin que se hubiera secado adecuadamente y de que no había sido concebido como residencia permanente de tantas personas. Cuatro escaleras lo comunicaban con la superficie: una desembocaba bajo la Cancillería, otra frente al Ministerio de Exteriores; la tercera había sido prevista para emergencias y se hallaba a unos 10 m del despacho del Führer; la cuarta era una estrecha subida

de caracol hasta una garita redonda de hormigón. Todas estaban permanentemente custodiadas por soldados de las SS y protegidas por pesadas puertas blindadas que cerraban herméticamente para defenderse de ataques con gases. Membranas y filtros equipaban los conductos de ventilación, para eliminar el polvo e impedir el paso de todo tipo de gases.

El avance soviético y la crucial batalla del Oder cambiaron la vida en el búnquer. Disminuyeron las visitas y aumentó el personal fijo. En aquel espacio reducido, en el que siempre existía un desagradable olor a humedad y a humanidad, aparte de Hitler, sus inseparables Bormann y Göbbels y sus militares, polarizaban la atención dos mujeres, Eva Braun, la amante del Führer, y Magda Göbbels, esposa del ministro e incondicional amiga de Hitler.

La primera gran variación en la vida del subterráneo la introdujo la inesperada llegada de Eva Braun. La discreta amante abandonó su refugio alpino y se presentó en Berlín el 15 de abril, contraviniendo las órdenes de Adolf. Se trataba de una inequívoca demostración de amor, pues sabía que Berlín era una ruina amenazada por los rusos y conocía los inconvenientes del búnquer. Hitler, tras un primer conato de enfado, la recibió alegremente y los demás, también, porque su presencia contribuía a dulcificar el carácter del Führer.

El 22 de abril Hitler intentó que Eva abandonara Berlín en avión, junto con sus secretarias. El cerco era ya un hecho y era consciente de que la resistencia tenía los días contados.

—Todo ha terminado, no queda ninguna esperanza. ¡Debes irte ya!

Eva le cogió de las manos y, mirándole con ternura, replicó:

—Sabes que no me iré. Permaneceré a tu lado.

A Hitler se le encendieron los ojos e hizo algo nunca visto hasta entonces: besó a Eva en los labios. Las secretarias, Frau

Junge y Frau Christian, también decidieron quedarse. Hitler exclamó conmovido: «¡Ojalá mis generales fueran tan valientes como vosotras!»

Aparte de su influencia en la mejoría del humor de Hitler, la personalidad de Eva debió ser poco relevante. Erna Flegel, una enfermera que permaneció en el búnquer hasta el final, proporcionó a los norteamericanos detalles sobre la vida en el refugio. Hacia Eva Braun mostró escaso aprecio: «Se trataba de un personaje incoloro; una persona que apenas se distinguía de las mecanógrafas cuando se hallaba entre ellas. Estaba a punto de morir y lo único que parecía fastidiarle era que Hitler hubiese envenenado a su perro.»

Así debe ser porque, boda aparte, nada relevante se le recordaba: fumaba a escondidas arriba y corría a lavarse la boca para que su amante no lo notara y, en alguna ocasión, se la oyó bronquear a Hitler porque había ensuciado su ropa: «Pero mira cómo te has puesto. Estás sucísimo. ¡Esta chaqueta no te la puedes volver a poner así!...»



Escenas inéditas en la relación Hitler-Braun que divertían a las secretarias.

Mejor concepto tenía de ella Albert Speer. Cuenta el ministro en sus *Memorias* que aquella noche del 23 de abril Eva Braun le invitó a visitarla en su habitación del búnquer:

> Un pequeño gabinete que era dormitorio y sala de estar la vez. Estaba muy bien arreglado. Había mandado traer los suntuosos muebles que yo había diseñado para las dos pequeñas habitaciones que ella ocupaba en la residencia de la Cancillería. Ni las proporciones ni las formas de las piezas elegidas se adaptaban a aquel lóbrego ambiente. [...]. Charlamos tranquilamente, pues Hitler se había retirado a descansar. En realidad, ella era

la única de los altos personajes del búnquer destinados a la muerte que mostraba una calma y una serenidad asombrosas. Mientras los demás estaban o exaltadamente heroicos, como Göbbels, o decididos a salvarse, como Bormann, o apáticos, como Hitler, o quebrantados, como Frau Göbbels, Eva Braun aparentaba una tranquilidad casi alegre.

—¿Qué le parece si, como despedida, destapáramos una botella de champán? Y podrían traernos, también, unos pasteles. Debe hacer muchas horas que no come usted.

Mientras tomaban el vino y los dulces, Eva le dijo:

¿Por qué han de morir todavía tantos hombres?... Si ya es inútil. Por cierto, que por poco no nos encuentra. Ayer, la situación era tan angustiosa que pensábamos que los rusos ocuparían Berlín inmediatamente. El Führer ya quería abandonar. Pero Göbbels habló con él y aquí estamos todavía.

Ya de madrugada, Speer se despidió por última vez de Hitler:

Una vez más me encontré delante de aquel anciano tembloroso; aquel hombre al que doce años antes yo consagré mi vida. Yo estaba emocionado y desconcertado al mismo tiempo. Él, en cambio, no mostraba la menor excitación. Sus palabras fueron tan frías como la mano que me tendió.

—Entonces, ¿se marcha? Bien. Adiós.

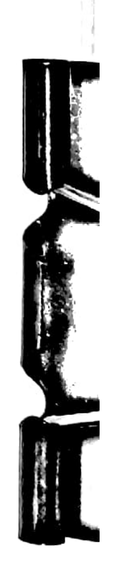
Ni saludos a mi familia, ni buenos deseos, ni gracias, ni nada. [Albert Speer, *Memorias.*]

Otra novedad que influiría en la vida cotidiana del búnquer fue la llegada de los Göbbels. Freitag von Loringhoven,

ayudante del general Krebs, les vio entrar el 23 de abril: «Encabezaba la comitiva una dama de mediana edad, elegante y de aspecto distinguido; la seguían seis niños alineados por altura como los tubos de un órgano.»

Magda Göbbels aún conservaba parte del atractivo de antaño, pero ya no era aquélla la mujer que Hitler había admirado en 1931. Por entonces Magda se había integrado en el partido nazi de Berlín y allí había conocido al pequeño y contrahecho *Gauleiter* (gobernador) Joseph Göbbels y se habían enamorado perdidamente. El problema es que no podían casarse porque él apenas ingresaba 600 marcos al mes y, si había boda, ella perdería la jugosa pensión que le pasaba su ex marido.

Hitler quedó impresionado por aquella belleza alta, rubia y elegante, tanto que la invitó a tomar el té y, luego, a la ópera. Parece que Hitler regresó a su casa víctima de un auténtico flechazo, que venció gracias a su vocación solteril. Jamás sería el pretendiente de aquella valquiria, pero deseaba tenerla cerca y se las arregló para subir el sueldo a Göbbels, que así pudo casarse en una ceremonia auténticamente wagneriana, organizada por el director de escena Walther Granzow, afiliado al partido nazi.



Desde entonces fue asiduo huésped del matrimonio: le encantaba la cocina de Magda, sobre todo sus dulces, y oírla tocar el piano. Luego, solía perorar con Göbbels hasta altas horas de la madrugada, mientras Magda se dormía en el sofá junto a ambos. Hitler se convirtió, también, en protector del matrimonio, puesto a prueba por las muchas infidelidades de Joseph. Magda fue el gran amor platónico de Hitler y en su casa conoció su única vida familiar en Berlín.

Los Göbbels habían tenido seis hijos, que se aposentaron en la planta alta del búnquer. Su destino iba a ser una de las historias más terribles del crepúsculo nazi. Ella era más culta, poli-

tizada y consciente de la realidad que Eva Braun y, sobre todo, era madre. Por eso vivió los últimos días del III Reich sumida en una terrible angustia. De su conciencia sobre el momento constituye un magnífico ejemplo su conversación con Ello Quandt, su amiga y ex cuñada, a la que recibió en su casa tras el bombardeo de Dresde, el 13 de febrero de 1945. A ella le confió sus temores y sus intenciones para el acto final del drama, que resumimos a partir del extraordinario relato de Anja Klaubunde (*Magda Göbbels*).

> Tengo que decirte algo. Te he mentido. Te he hablado de las armas prodigiosas que llegarán pronto. Todo es una tontería, una basura fraudulenta que ha cocinado Joseph. No nos queda nada, Ello. La derrota total es cuestión de unas pocas semanas. Vamos a morir, pero por nuestra propia mano.
>
> A corto o a largo plazo, toda Europa va a caer en manos de los bolcheviques. Éramos el último baluarte contra el diluvio rojo. En lo que respecta a nosotros, hemos sido la cumbre del Tercer Reich, debemos aceptar las consecuencias. Hemos exigido cosas inimaginables a los alemanes, hemos tratado a otros pueblos con dureza. Los vencedores se vengarán de ello y no podemos parecer cobardes. Todo el mundo tiene derecho a seguir viviendo. Pero nosotros, no. Hemos fracasado.

Su amiga trató de convencerla de que no era culpable de nada, pero Magda le dio una respuesta demostrativa de que, a diferencia de Eva Braun, era consciente del mal que había causado el nazismo:

> Yo estaba ahí. Yo creía en Hitler y creía en Joseph Göbbels. Soy parte del Tercer Reich que ahora se está desmoronando. No

entiendes mi situación. ¿Qué voy a hacer? Si sobrevivo, me detendrán inmediatamente y me interrogarán sobre Joseph. Si digo la verdad, tendré que retratarle cómo era, describir lo que ocurría tras el telón. Y entonces cualquier persona respetable se alejará de mí con asco... Joseph es mi esposo, le debo lealtad y camaradería incluso después de la muerte. Por esa razón nunca podría acusarle de nada.

Cuando Ello le preguntó qué iba a pasar con los niños, respondió:

> Nos lo llevaremos con nosotros porque son demasiado hermosos para vivir en el mundo que se avecina

Ello Quandt trató de convencerla de que no lo hiciera, pero Magda estaba segura de que era la única opción:



> No olvides lo que ha ocurrido, Ello. ¿Recuerdas? Te lo dije porque estaba muy enfadada... Me refiero a lo que ocurrió en el café Anast, de Munich, cuando el Führer vio al pequeño judío y dijo que le gustaría aplastarlo contra el suelo como a un bicho. Yo no podía creerlo. Pensé que era una forma provocadora de hablar. Pero después, mucho después, lo hizo. ¡Han pasado tantas cosas crueles e inexplicables en un sistema que yo también representaba! Hemos suscitado mucha sed de venganza en el mundo. No puedo hacer nada más, tengo que llevarme a mis niños conmigo. Sólo quedará Harold, él no es hijo de Göbbels y afortunadamente está en una prisión inglesa.

En su amalgama de creencias espirituales y políticas, Magda mantenía cierta confianza en la reencarnación por influencia de sus lecturas budistas y consoló a su amiga:

Pero no te angusties. No morirán. Ninguno moriremos. Cruzaremos un oscuro umbral hacia una vida nueva

Speer, en la ya mencionada visita al búnquer los días 23-24 de abril, visitó a Magda, «a quien encontró pálida a consecuencia de un ataque de anginas, tumbada en el lecho de un diminuto cuarto de hormigón. Göbbels no los dejo solos ni un momento», cuenta Anthony Beevor (*Berlín, la caída*, 1945). Speer declararía más de una vez que intentó convencer a Magda de que dejara vivir a sus hijos, pero debió ser en una ocasión anterior, dada la mencionada presencia de Joseph, que quizá trató de impedir que el arquitecto volviera a intentar salvar a los niños.

La hora de los traidores

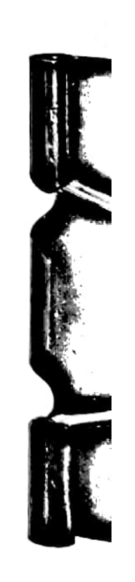
Tras la marcha de Ribbentrop y Speer, el día 24 de abril, escasearon las visitas y la vida dentro del refugio se hizo casi rutinaria, aunque bastante especial. Hitler se acostaba muy tarde, entre las 3 y 4 de la madrugada, y se levantaba también muy tarde, casi a mediodía. El servicio directamente relacionado con él se había acostumbrado a un horario similar, salvo Bormann, que dormía poco y estaba en pie a las 8 horas; el personal militar de la primera planta se acostaba terminada la última reunión de guerra, poco después de la medianoche, y se levantaba hacia las 7 de la mañana.

Solía haber dos reuniones, una por la mañana y otra a última hora, salvo que hubiera acontecimientos que requirieran deliberaciones urgentes, como, por ejemplo, cuando llegaron al búnquer las noticias sobre las pretensiones de Göring y, sobre todo, cuando se enteraron de que Himmler intentaba negociar

un armisticio. Si las noticias catastróficas de la guerra ya no solían exasperar a Hitler, aquellas maniobras de dos de sus más próximos colaboradores —bien cargadas de pimienta por el perverso Bormann, que aún ambicionaba convertirse en el segundo del Führer— le provocaron ataques de loco furor.

Tan excitado y fuera de sí le puso a Hitler el intento de Göring de obtener el poder —recuérdese que cumpliendo lo dispuesto por él mismo— que el día 24 de abril le pidió al general de la Luftwaffe Ritter von Greim que se presentara urgentemente en Berlín, cuyo cerco acababan de cerrar los ejércitos de Koniev y Zukov esa misma madrugada. Sin embargo, en los arrabales de la ciudad ya se combatía sin respiro desde dos días antes.

Uno de los distritos que primero cayó en manos de los soldados soviéticos fue el de Zehlendorf, al sur de la ciudad. A partir de esa zona, el grupo de ejércitos del 1er frente Ucraniano, mandado por el mariscal Ivan Koniev, penetró hacia el centro de la capital. Especial empeño tenía el mariscal en apoderarse rápidamente del distrito de Dahlem, donde se hallaba el Instituto Káiser Wilhelm, sede de las investigaciones nucleares del III Reich, por lo que destinó a la operación a su mejor unidad, el 3er Ejército Blindado de la guardia, dirigido por el general Ribalko, uno de los más acreditados especialistas soviéticos en la dirección de carros de combate.



El día 24, los tanques de Ribalko dominaban ese gran distrito residencial del suroeste de Berlín y, al día siguiente, se apoderaron del codiciado Instituto de Física, que de inmediato fue rodeado por una muralla de acero erizada de cañones. Horas después, aquellas instalaciones estaban bajo el control de la policía secreta de Beria (NKVD) y de un ejército de especialistas de bata blanca y buzo de trabajo. Según hace constar Anthony Beevor, citando fuentes soviéticas, allí se apoderaron de «250 kg

de metal de uranio, tres toneladas de óxido de uranio [y] 20 litros de agua pesada», además de todos los aparatos, instrumentos, documentos, archivos y de cuantos científicos pudieron hallar, que no fueron muchos, pues los más conocidos habían abandonado la ciudad y ya estaban en manos británicas o norteamericanas. Stalin ordenó que el desmantelamiento de las instalaciones fuera completo, absoluta la requisa de cuanto pudiera ser de valor y que todo se hiciera con suma rapidez, pues Dahlem sería zona de ocupación occidental, británica en concreto.

Mientras la gente del NKVD ponía a buen recaudo su tesoro, la lucha era ya general dentro del casco urbano, atacando cuatro ejércitos de Koniev por el sur y el este y otros cuatro de Zukov, por el norte y noroeste. Berlín se convirtió en un infierno, donde combatía con inusitada fiereza más de medio millón de hombres y donde cerca de tres millones de civiles vivían desconcertados y aterrados, escatimando las provisiones de urgencia que se les había proporcionado poco antes del comienzo de la lucha y que debía durarles una semana: 1 kg de salchichas, un cuarto de kilo de arroz, igual cantidad de legumbres secas y de verduras enlatadas, un 1 kg de azúcar y 30 g de café. Con aquellos escasos alimentos, los civiles —ancianos, mujeres y niños— se refugiaron en los túneles del metro, en los sótanos más sólidos y en los búnqueres antiaéreos para escapar del intensísimo y continuo bombardeo soviético, que arrojó sobre la ciudad y en una sola semana 40.000 toneladas de bombas de aviación y de proyectiles de artillería.

Pese al derroche de explosivos, a su dominio absoluto del aire, a la superioridad numérica de su infantería y al continuo empleo de fuerzas de refresco, los avances soviéticos eran lentos. Los veteranos de numerosas unidades dispersas de las SS y los agentes de la Gestapo, conscientes de que ya no había

dónde retroceder, que sólo cabía vencer o morir, lucharon con una ferocidad inimaginable. No les iban a la zaga la mayoría de los soldados de la Wehrmacht, los muchachos de las Juventudes Hitlerianas y los veteranos y niños de Volkssturm que, por defender a la población civil, fanatismo o miedo, mantenían sus posiciones hasta la muerte.

Con todo, poco a poco, abriéndose paso a base de tanques, cañones pesados, bombas de mano y lanzallamas, los soviéticos avanzaban. En ocasiones caían en emboscadas y pagaban el error con la vida, pero lentamente iban imponiendo su rodillo e internándose hacia el corazón de la capital. El día 26 ya eran suyos todos los aeropuertos, tanto que Ritter von Greim —a quien acompañaba su amante y famosa piloto de pruebas, Hanna Reitsch— tuvo que aterrizar cerca de la Puerta de Brandenburgo, en una calle habilitada como aeropuerto, para acudir a la convocatoria de Hitler.



El avión fue alcanzado por el fuego antiaéreo de los soviéticos, resultando herido el general. La pericia de la piloto logró que el aparato, en pésimas condiciones, tomara tierra sin que perecieran los dos. Un camión les trasladó hasta la Cancillería y Von Greim pronto fue atendido en la enfermería del búnquer. El dolorido general quedó atónito cuando Hitler le comunicó que el motivo de su llamada era comunicarle directamente la traición de Göring, su ascenso a mariscal y su designación como jefe de la Luftwaffe.

> ¡Un ultimátum!, señor Greim, ¡eso ha sido su nota! ¡Un torpe ultimátum! ¡Nada queda ya! ¡Tengo que sufrirlo todo! ¡No ha habido deslealtades ni engaños de que no me hayan hecho víctima; ni ha habido traiciones que yo no haya tenido que soportar!

«¿De que Ejército me hace jefe? —se preguntó Von Greim—. Ya casi no había aviones, ni fábricas que los construyeran, ni gasolina para ponerlos en marcha.»

Alemania estaba partida en dos desde el 25 de abril, en que soviéticos y norteamericanos se encontraron en Torgau, junto al Elba. Ya nada tenía sentido y menos jugarse la vida volando hasta la capital para recibir aquel fantasmal nombramiento, que, de momento, no podía asumir porque su herida le inmovilizó en el búnquer.

El día 28, mientras le visitaba en la enfermería, entregaron a Hitler un telegrama. Himmler, su principal cómplice en la represión de los enemigos políticos del nazismo y en la puesta en marcha de la Solución Final, el hombre más temido del Reich, el más proclive a impartir órdenes de resistencias numantinas y de ejecutar a cuantos volvieran la espalda, estaba buscando desde hacía semanas una salida que garantizase su vida y su poder. Había logrado establecer conversaciones con el diplomático sueco conde Bernadotte, del que pretendía una mediación para llegar a una paz negociada con los aliados occidentales. Bernadotte se prestaba a aquella negociación imposible porque en cada entrevista con Himmler conseguía arrancar de sus campos de concentración a varias víctimas destinadas a la muerte.

Resulta extraordinario que Himmler, responsable inmediato de las atrocidades cometidas por la Gestapo y las SS y del exterminio de seis millones de judíos, alentara la esperanza de que su vida y posición pudieran ser respetadas por los aliados. Se trata de una nueva demostración de la locura colectiva, del aislamiento exterior y de la inmoralidad de los líderes nazis: no tenían conciencia de la magnitud de sus terribles crímenes, ni esperaban la venganza implacable de los vencedores, ni cono-

cían lo que los aliados habían dispuesto para el día en que el nazismo fuese aplastado.

Al margen de estas consideraciones, lo que menos podía desear Himmler era que su jefe y amigo, Hitler, se enterara de sus gestiones. Por eso jugó siempre con gran cautela y titubeos en sus tratos con Bernadotte. Pese a su indeterminación y a la nula trascendencia de lo negociado, los trapicheos llegaron a la prensa occidental y el día 28 de abril, por la tarde, un despacho de la agencia Reuter terminó en manos de Hitler, mientras visitaba a Ritter von Greim en la enfermería del búnquer.

El general había tenido que aguantar aquel día nuevos lamentos de Hitler sobre la traición de su amigo Göring, pero lo que menos podía esperar es que le tocara soportar la reacción de Hitler ante la traición de Himmler. Según su descripción y la de Hanna Reitsch, Hitler enrojeció de cólera, gritó como una fiera herida, lloró desesperadamente y, finalmente, gimoteó como un niño.



A continuación, reaccionó de acuerdo con su feroz carácter: ordenó que se matara al general de las SS Hermann Fegelein, representante de Himmler en la Cancillería y cuñado de Eva Braun. Éste había abandonado el búnquer días antes y se rumoreaba que trataba de escapar de la ciudad, por eso Hitler ordenó que se le localizara y condujera al búnquer. Le hallaron el día 27 en su casa, bastante borracho y acompañado de una muchacha. Fue conducido en lamentable estado al búnquer, junto con un maletín cargado de dinero y joyas que hallaron en el domicilio. Trataron de formarle un consejo de guerra, pero lo pospusieron por su estado de embriaguez, y quedó encerrado en una habitación del búnquer. Parece que Hitler había decidido degradarlo y ponerlo a las órdenes de Mohnke como un combatiente más, pero en cuanto se enteró de la trai-

ción de Himmler ordenó que fuera ejecutado inmediatamente, sin que sirvieran de nada los ruegos de Eva Braun para que le perdonara la vida. Luego se desahogó con Greim:

> Debe marcharse de inmediato. Es imprescindible que reúna cuantos aviones pueda y destruya los tanques que han alcanzado la Potsdamerplatz... Pero, sobre todo, debe ocuparse de que la traición de Himmler no quede impune. Un traidor no debe sucederme jamás como Führer... Asegúrese de que así se cumpla.

El flamante mariscal y jefe de la Luftwaffe abandonó renqueando el búnquer, junto con Hanna Reitstch. Fueron conducidos hasta un avión ligero de entrenamiento, que la experta piloto hizo despegar de un lugar próximo al que había utilizado para tomar tierra 2 días antes. Observó, sin embargo, que la batalla rugía ahora mucho más cerca. Cuenta Joachin Fest que, pese a lo absurdo de la situación y a cuanto habían visto en el búnquer, la pareja era tan fervientemente nazi que se ofreció a morir en Berlín junto al Führer y que, ya en Flensburgo, el flamante jefe de la extinta Luftwaffe, consideró aquellos días junto a Hitler como si los hubiera pasado junto a una «fuente de la eterna juventud». Se suicidó al concluir la guerra.

Una boda inesperada

Aparte de esos accesos de ira y de las rutinarias reuniones militares, Hitler nada tenía que hacer. Se pasaba el día ensimismado, mirando al vacío o contemplando, sin verlo, un retrato de Federico el Grande que colgaba de su despacho. Sus mejores ratos, según Erna Flegel, se los proporcionaban los hijos de

Göbbels: «Hitler quería mucho a los niños y le gustaba verles jugar. Incluso durante los últimos días les invitaba a tomar chocolate. En el refugio había una sola sala de baño completa, con bañera, y estaba reservada, obviamente, al Führer, pero él se la dejaba a los pequeños Göbbels, que se divertían muchísimo.»

Eva Braun, en la postrer carta a una amiga, alude al mismo asunto: «Disculpa que la carta sea tan confusa, pero juegan a mi alrededor los seis hijos de G y no hay forma de que dejen de alborotar.»

Otro de sus entretenimientos era jugar con su perra Blondi, con la que podía pasarse horas. Pero ese pasatiempo lo perdió el 28 de abril. Ante la traición de Himmler, llegó a sospechar que las cápsulas de cianuro que el jefe de su sistema represivo había entregado a todos los dirigentes nazis no fueran verdaderamente un veneno. De manera que decidió que se experimentaran y fue Blondi la víctima elegida. Las cápsulas contenían cianuro y la perra murió en cuestión de segundos. Fue sacada del búnquer, con sus cachorros también muertos y enterrada en el jardín de la Cancillería.



Los demás ocupantes del búnquer tampoco tenían mucho que hacer, pero se organizaban urgentes tareas para dilatar las respuestas a la únicas preguntas acuciantes: «¿Voy a poder escapar en el momento culminante? ¿Habrá que esperar a la muerte del Führer? ¿Qué ruta de escape será la mejor y qué compañero el más apropiado para la huida?» Otros, más deprimidos, según Von Loringhoven, reflexionaban: «Puesto que la huida no es posible y como no quiero caer en manos de los aliados, y aún menos de los rusos, ¿cómo me voy a suicidar? ¿Mastico mi cápsula de cianuro o será más rápido y seguro pegarse un tiro?» Ese razonamiento fue muy común: más de 100.000 alemanes se suicidaron en la primavera de 1945.

Otros pensaban en acortar la inútil matanza, terminando con Hitler. Speer fue uno de ellos, pero no lo encontró factible. De la misma opinión era el mayor Von Loringhoven, que entraba y salía diariamente del búnquer. Alguien le dijo:

—¿Por qué no rajas al cerdo de una vez?

—No podría colar ni una navaja sin que lo advirtieran —replicó el mayor.

Algo que abundó en aquellos días en el búnquer fueron las borracheras, gracias a la bien provista bodega de la Cancillería. Parece que incluso los jefes empinaron el codo hasta perder las formas y la prudencia. Klaus Wiegrefe, en *Der Spiegel*, reproduce este diálogo entre Martin Bormann y los generales Krebs y Burgdorf:

> Hacia la madrugada, el general Burgdorf perdía todo comedimiento y gritaba a su compañero de borrachera, el poderoso Bormann: «Nuestros jovenes oficiales han muerto a cientos de miles. ¿Y para qué? Por vosotros, para satisfacer vuestras ansias de poder» Krebs intentó, inútilmente, detenerle y Burgdorf prosiguió: «Déjame, Hans, porque alguna vez hay que decir las cosas como son.» Bormann se limitó a replicar: «Vamos, hombre, no tienes por qué señalar... ¡Salud!»

Aunque plausible, tal conversación parece improbable: todos temían a Bormann. La ejecución de Hermann Fegelein demuestra que hasta el último minuto nadie se andaba con chiquitas en aquel círculo de fanáticos asesinos. De cualquier manera, el diálogo es pura ficción, porque ninguno de los tres personajes estaba vivo el 2 de mayo para contarlo.

Las traiciones de sus colaboradores y, sobre todo, el avance de los soldados soviéticos, que se hallaban en la Potsdamer-

platz, a 1 km de la Cancillería, condicionaron los siguientes pasos de Hitler en la noche del 28 al 29 de abril: haría testamento, se casaría con Eva Braun y, a continuación, se suicidaría. Antes de la medianoche comenzó a dictar a Frau Junge su testamento privado:

> Al final de mi vida, he decidido casarme con la mujer que, después de muchos años de verdadera amistad, ha venido a esta ciudad por voluntad propia, cuando ya estaba casi completamente sitiada, para compartir mi destino. Es su deseo morir conmigo como mi esposa. Esto nos compensará de lo que ambos hemos perdido a causa de mi trabajo al servicio de mi pueblo.



En este punto interrumpió el dictado para vestirse de novio, pero como el funcionario del Registro tardara en llegar, Hitler terminó ese testamento, en el que legaba cuanto poseía al Estado, salvo su colección de pinturas, que destinaba «para el establecimiento de una galería de arte en mi ciudad natal de Linz». Dejaba, también, algunas cosas a sus hermanos y a la madre de Eva.

> Mi esposa y yo elegimos la muerte para evitar el deshonor de la derrota o la capitulación. Es nuestro deseo ser incinerados inmediatamente en el lugar donde he hecho la mayor parte de mi trabajo durante el curso de mis doce años de servicio a mi pueblo.

Luego tuvo lugar la boda, oficiada por el funcionario Walther Wagner y en la que firmaron como testigos Martin Bormann y Joseph Göbbels. Ambos contrayentes juraron ser de pura ascendencia aria y no padecer ningún tipo de enfermedad

hereditaria que impidiera la boda. A continuación, Adolf y Eva se aceptaron mutuamente como cónyuges e intercambiaron dos modestas alianzas de oro, que, al parecer, eran el fruto de las rapiñas de un guardia de las SS. Finalmente, los recién casados, los testigos y el funcionario firmaron el documento en el que Eva Braun tachó la B de su apellido para escribir Eva Hitler.

Todos salieron al pasillo, donde una docena de personas esperaba a los novios para darles la enhorabuena. Eva sonreía feliz a todos y les recordaba: «Ahora ya pueden llamarme señora Hitler.» El Führer también estaba sonriente y recibía los parabienes de todos aparentemente rejuvenecido.

Alguien tenía una máquina fotográfica y reprodujo la escena: Hitler posa serio, pero con mucho mejor aspecto que el anciano prematuro de fotografías anteriores; Eva le toma del brazo, esbozando una sonrisa; tras los recién casados, las secretarias Christian y Junge. El grupo apenas tuvo que andar unos pasos por el amplio corredor del búnquer hasta llegar a la antesala y al despacho de Hitler, donde se había dispuesto una cena fría y abundante champán.

En el banquete de bodas estuvieron Bormann, los Göbbels, las dos secretarias, la cocinera y los generales Burgdorf y Krebs. En su banquete nupcial Hitler comió poco y no bebió más que agua pero, al final de la cena, se presentaron, por casualidad, los coroneles Günsche y Below y Eva, notablemente inspirada por el champán, invitó a ambos a brindar y consiguió animar a Hitler para que también lo hiciera.

Paulatinamente, se formaron dos grupos. Hitler, Bormann y Göbbels pasaron a lamentar y maldecir las defecciones de Göring y de Himmler; luego hablaron del testamento. En el otro grupo, bastante afectado por las libaciones, también decayó la charla, entrando en una especie de velatorio, en el que

rodaron algunas lágrimas. En los largos silencios era perceptible el rugido lejano de la guerra, pese a los casi 10 m de hormigón y tierra que les separaba de la superficie.

En cierto punto, Hitler llamó a Frau Junge y, mientras los asistentes se despedían, comenzó a dictarle su testamento político, en el que nombraba canciller al almirante Dönitz y designaba un nuevo gobierno. En ese último documento, Hitler trata de justificar su obra escudándose en sus dos obsesiones históricas: la lucha contra el judaísmo y contra el comunismo y en un pretexto: él quería la paz, pero Europa se había lanzado por el camino del rearme en el período de entreguerras. Firmó las copias y se las entregó a Bormann para que las hiciera llegar a Dönitz y a varios de sus generales. Luego, se acostó.



El final de Mussolini

Al amanecer del domingo 29 de abril no habían cambiado las cosas. Seguían los feroces combates a lo largo del río Spree, Königsplatz, Kurfürstenplatz, Zoo, Alexanderplatz, Mercado Central, estaciones de Potsdam, Wansee y Anhalt. El cerco se estrechaba, pero la fanática resistencia convertía en lentísima y sangrienta la toma de cada manzana o de cada cruce de calles. De la ferocidad de la defensa es buen ejemplo un batallón francés de las SS, que destruyó 60 tanques en 5 días, o la implacable decisión de morir antes que rendirse: los soldados de las Juventudes Hitlerianas disparaban contra toda ventana en la que apareciera una bandera blanca. La población civil quedaba emparedada entre la violencia de los atacantes soviéticos y el fanatismo de sus propios soldados.

Cierto que la población civil estaba aterrorizada ante el trance que se les venía encima, pero en gran parte prefería que cesara la lucha y se produjera, de una vez, la inevitable victoria comunista. Cobijada en sótanos, túneles del metro o refugios antiaéreos, sin luz ni agua, seguía los combates hambrienta y desesperada. Cuando, conforme avanzaban los soviéticos, iba pasando a sus manos, sufría, primero, el robo de sus pertenencias y, a continuación, los hombres, realmente sólo viejos, eran humillados y golpeados o asesinados si intentaban evitar el atropello de sus bienes o de las mujeres. El destino de éstas aún era peor: solían ser violadas inmediatamente o, a lo sumo, por la noche, resultando afortunada la que caía en manos de un solo soldado. Beevor calcula que dos millones de mujeres alemanas fueron violadas por el Ejército soviético en su avance hacia Berlín y que pocas berlinesas se libraron de la violación múltiple por soldados medio borrachos.

Aquel último domingo de abril fue cálido y el cielo estaba azul, aunque apenas los berlineses pudieron percibirlo a causa del humo de los incendios y del polvo levantado por las explosiones. Los que sobrevivían en las entrañas de aquel volcán en erupción no estaban en condiciones de gozar de la primavera. Escribía ese día una berlinesa en su diario: «Nada indica que hoy sea domingo, ni sé qué tiempo hace fuera. Casi no tenemos nada que comer y bebemos agua nauseabunda. Desde hace días son tan fuertes los combates que no hemos podido salir para nada del sótano.»

Dentro del búnquer, la jornada fue una repetición de las anteriores. Noticias fatales de todos los frentes, imparable avance soviético e inactividad. Hans Baur, piloto de Hitler, trató, infructuosamente, de convencerle de que huyera de Berlín. Disponía de una avioneta con la que podría sacarle de la ciu-

dad y llevarle hasta «el territorio de uno de esos jeques árabes que simpatizaban con él a causa del asunto judío». Hitler se negó, pero conmovido por su fidelidad, le regaló el retrato de Federico el Grande que colgaba sobre su escritorio... El legado debía ser *post mórtem*, pues en la última instantánea de la vida de Hitler, el cuadro aún seguía en el despacho.

Al final del día le llegó desde Plön el telegrama que anunciaba el colapso de Alemania: Wenck, la última esperanza, había sido rechazado en los suburbios de la ciudad; Berlín no recibiría ningún auxilio. Evidentemente, aquel era el final y Hitler comenzó a hacer los preparativos para su muerte, pues le horrorizaba caer vivo en manos de los soviéticos. Por eso ordenó que se almacenasen algunos bidones de gasolina y dispuso que, una vez muerto, su cadáver y el de Eva fuesen incinerados para evitar que fuesen objeto de escarnio. A última hora de la noche se enteró de que Mussolini había sido asesinado y de que sus restos, junto a los de su amante Claretta Petacci y los de algunos colaboradores, estaban colgados de la marquesina de una gasolinera de Milán. Eso le hizo ratificarse en lo oportuna que era la cremación de su cuerpo.



Fríamente, como si todo estuviera a gran distancia, repasó sus últimos contactos con Mussolini. Ya ni recordaba cuándo había recibido la última comunicación directa del Duce, pero sí que unos días antes, el día 24 de abril, ya cercado en Berlín, había enviado un mensaje a su amigo: «La lucha por ser o no ser ha llegado a su punto culminante. Utilizando grandes masas de hombres y formidables equipos, el bolchevismo y el judaísmo se han empleado a fondo para situar sus fuerzas destructivas en territorio alemán a fin de precipitar nuestro continente en el caos. Sin embargo, con su tenaz espíritu de desprecio a la muerte, el pueblo alemán y cuantos comparten con nosotros

estos ideales, acudirán en nuestro socorro y por muy dura que sea la lucha harán cambiar el curso de la guerra...»

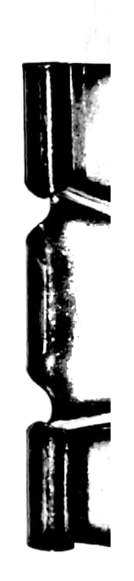
Él no podía saber que Mussolini, tras leer el mensaje, lo apartó entre indiferente y harto. En aquellos momentos, el Duce sabía muy bien que los alemanes estaban negociando la rendición y no para causar distorsiones entre los aliados, como había pretendido el general Wolff ante Hitler. El 25 de abril el Duce se enteró de que los detalles de la capitulación unilateral de las fuerzas alemanas en Italia era cosa de horas. Despechado, exclamó: «Siempre nos han tratado como a criados y ahora nos traicionan.»

Luego, en un gesto altisonante y vacío de contenido, disolvió el Pacto de Acero: «Desde este momento, reclamo mi libertad de acción respecto a Alemania.»

En los días siguientes se debatió entre la huida a Suiza o el intento de una defensa a ultranza en las alturas de Valtellina, pero no halló un número significativo de milicianos fascistas que quisiera seguirle, ni había seguridad de que allí hubiese armas almacenadas, pero sí de que en el valle actuaban muchos partisanos. Finalmente, salió con una pequeña columna fascista y ligera escolta alemana hacia el norte, a lo largo del lago de Como, paralelo a la frontera suiza, en un viaje cuyo objetivo final todavía se debate. A medio camino se añadieron a la comitiva unas decenas de milicianos fascistas y la dotación alemana de una batería antiaérea. La columna era llamativa, no menos de 40 vehículos con unas 250 personas. Cuando avanzaba hacia el norte, quizá buscando la frontera alemana, la columna fue detenida por la barricada de unos partisanos. Los alemanes hubieran podido eliminarla fácilmente, pero ya nadie quería morir en aquella guerra y negociaron durante horas con los guerrilleros. Finalmente, los soldados entregaron a los fascistas,

salvo a Mussolini, al que camuflaron dentro de uno de los camiones con un casco y un capote alemán.

No llegaron muy lejos: los milicianos revisaron los camiones y detuvieron al Duce. Mientras los alemanes seguían su camino, Mussolini pasó la noche del 27 al 28 en una casa de Germasino. Al día siguiente lo recogió, junto con su amante Claretta Petacci, un grupo partisano comunista, mandado por Walter Audisio, conocido como coronel Valerio. Los partisanos descendieron a lo largo de la ribera del pintoresco lago y, hacia las 16.40 o 17 horas de la tarde, en un lugar denominado Giulino di Mezzegra, hicieron alto junto a una tapia, obligaron a descender a los prisioneros y los fusilaron con ráfagas de pistola ametralladora.



Una hora después, en la plaza de Dongo, el mismo grupo ejecutó a los personajes fascistas entregados por los alemanes; entre ellos se hallaban gente tan significativa como Pavolini, Bombaci, Barracu, Gati o Liberani. Luego, los partisanos recogieron todos los cadáveres y los llevaron a Milán, descargándolos en la plazuela de Loreto el 29 de abril por la mañana. En torno a ellos se congregó una multitud que se ensañó inhumanamente con los cuerpos, golpeándolos de tal manera que casi quedaron irreconocibles. Luego, los colgaron por los pies de la marquesina de una gasolinera próxima. Como el vestido de Claretta Petacci cayera a lo largo del tronco, dejando al aire sus piernas y ropa íntima, alguien cogió una cuerda y sujetó el vestido a los muslos. Allí permanecieron los cadáveres mucho tiempo, hasta que el ejército aliado los descolgó y enterró.

Mientras el populacho profanaba los cadáveres de sus antiguos dirigentes, llegaban al Cuartel General Aliado del Mediterráneo, situado en Caserta, los generales de la Wehrmacht y de las SS, Von Senger und Etterling y Wolff, respecti-

vamente, negociadores enviados por Von Vietinghoff a firmar la capitulación de todas las fuerzas alemanas y fascistas situadas en Italia y en las zonas austriacas limítrofes. El mariscal Kesselring destituyó al jefe del grupo de ejércitos «C», pero en cuanto se le pasó el enfado, lo restituyó en su puesto. ¡Ya todo era igual!

Hitler no llegó ni a enterarse. A aquellas horas estaba más preocupado por la muerte de Mussolini y, sobre todo, por la profanación de su cadáver. Al parecer, comentó con voz apenas audible: «A mí no me cogerán vivo... No se ensañarán con mis restos.»

Adiós a la vida

Entre las 2 y las 4 de la madrugada del 30 de abril Eva Braun reunió a las mujeres en el pasillo de la planta superior del búnquer. Magda, las secretarias, la cocinera, varias enfermeras y esposas de oficiales —pálidas, ojerosas, cansadas, viva imagen de la derrota— se alinearon junto a la pared. Hitler les estrechó la mano, replicando con frases ininteligibles los leves mensajes de esperanza. De esa despedida, Erna Flegel recordaba que Hitler murmuró: «Cada uno debe permanecer en su puesto y resistir. Y si el destino lo quiere, deberá caer allí.»

Luego, el Führer y Eva se retiraron.

Esa noche hubo escaso silencio en el búnquer. Desesperados ante el ineluctable final, los guardias de las SS salieron en busca de muchachas, a las que llevaron hasta el refugio con la promesa de caviar y champaña. El ruido de la francachela fue subiendo de tono, tanto que se despertaron los niños de Göbbels. Frau Junge se levantó en busca de alguna golosina para tranquilizarlos y observó la bacanal organizada: «Un furor

erótico parecía poseerlos a todos. Por todos lados se veían cuerpos lascivamente entrelazados. Las mujeres dejaban al descubierto sus partes más intimas sin el menor pudor...»

El 30 de abril Hitler se levantó tarde, asistió a la reunión de guerra: los soldados soviéticos estaban a 500 metros. La lucha revestía especial virulencia en torno al recio búnquer del Zoo, en el edificio de la Gestapo, en el Reichstag, en las estaciones de ferrocarril y del metro. Estas últimas fueron inundadas, causando una matanza entre los soldados soviéticos, que avanzaban por los túneles, y, también, entre los civiles alemanes allí refugiados.

Weidling le comunicó que, a lo sumo, podría resistir un día más, pues ya no había ni comida ni agua y las municiones se estaban acabando. El general contó más tarde:



> El Führer, con voz cansada, preguntó al brigadier Mohnke si eso afectaba también a la Zitadelle (es decir, a la zona de la Cancillería y su entorno) y Mohnke le respondió afirmativamente.

A Hitler no se le ocultaba que estaba expuesto a caer en manos de un comando enviado por Stalin. Nada le aterraba tanto como esa posibilidad, por lo que, una vez escuchadas las últimas y desalentadoras noticias sobre la marcha de la lucha y, comprobado que cualquier auxilio desde el exterior estaba descartado, decidió no retrasar más el final de su vida.

Comió unos espaguetis con salsa, acompañado de sus secretarias Junge y Christian y de su cocinera Manzialy. Al final del almuerzo, sus últimos colaboradores le dispensaron la postrera despedida. Frau Junge le recordaba vestido con traje negro, corbata, calcetines y zapatos a juego y una camisa verde

claro. «Sentí su mano derecha caliente en la mía. Me miraba pero no me veía. Parecía estar muy lejos.» Eva también se despidió de la secretaria, sin poder reprimir un sollozo: «Salude a Baviera de mi parte.»

A continuación, ambos se retiraron para consumar el suicidio, pero Magda Göbbels hizo un desesperado intento final de impedirlo: se estaba jugando la vida de sus hijos. El coronel Günsche no le permitió entrar, pero pasó él mismo a decirle a Hitler que Magda pretendía verle. «No quiero recibirla.»

Según el coronel ayudante, Hitler estaba en pie, apoyado en su mesa de despacho, ante el retrato de Federico el Grande. Günsche supuso que Eva se hallaba en el baño, pues enseguida escuchó el ruido de la cisterna.

Unos minutos después, hacia las 15.30 horas, Günsche y Linge discutieron sobre si habían escuchado o no un disparo. Al final resolvieron entrar y hallaron a Eva y a Hitler muertos. Ella había masticado su cápsula de cianuro y no utilizó la pistola, aunque la tenía al alcance de la mano; el Führer se había disparado a la sien, al tiempo que mordía la ampolla venenosa.

Las versiones sobre lo que ocurrió después coinciden en que los cadáveres fueron sacados al jardín de la Cancillería y depositados en el embudo de una granada. Los rociaron con gasolina y les prendieron fuego. Según la última versión, eso se hizo lanzando papeles encendidos desde la entrada del búnquer, pues era imposible permanecer en el jardín, a causa de la lluvia de metralla que provocaban los impactos cercanos de las granadas lanzadas por la artillería soviética. Al alzarse las llamas, todos gritaron: «*¡Heil!*»

La lucha siguió durante algunas horas —y en algunos lugares, durante días— en la sede de la Gestapo, el búnquer del Zoo, la Königsplatz y el Reichstag. En ese edificio emblemáti-

co tuvo lugar uno de los últimos combates. Estaba defendido por soldados de las SS mandados por el capitán Babick y, tras una feroz lucha cuerpo a cuerpo, acabó siendo capturado por un batallón de asalto del 8° Ejército de la Guardia, mandado por el capitán Stephan Andreevic Neustroev. Los combates, piso por piso, duraron hasta la noche del 30, en que los sargentos Egorov y Kantariya colocaron la bandera soviética en la cúpula del edificio. Estos suboficiales debieron repetir su actuación a la mañana siguiente, para que se lograra la famosa fotografía, que se convirtió en el emblema de la batalla de Berlín y de la victoria soviética. Al respecto, debe decirse que existen varias tomas diferentes y con protagonistas distintos: todo el mundo quería hacerse la foto.



Tras la muerte y la cremación de Adolf Hitler y Eva Braun, se instauró en el búnquer una atmósfera aún más opresiva que antes. En la tarde del primero de mayo —celebrado por los soldados soviéticos con grandes borracheras, aunque, pese a todo siguieron avanzando y llegaron a 200 m de la Cancillería— Göbbels decidió que también ellos habían topado con el final del camino. Le dijo a su ayudante que él y su esposa se iban a suicidar y le pidió que quemara los cadáveres, pero no dio instrucciones respecto a sus hijos. Parece que fue el telefonista Rochus Misch el último que los vio vivos:

> Eran las 5 de la tarde cuando Frau Göbbels pasó delante de mí seguida por los niños. Todos llevaban pijamas blancos. Los llevó a la siguiente puerta y regresó con un carrito en el que había seis tazas y una jarra de chocolate. Más tarde alguien dijo que estaban cargadas de somníferos. La vi abrazar a algunos y acariciar a otros mientras bebían. No creo que supieran que su tío Adolf había muerto, reían y charlaban como de costumbre.

Poco después pasaron por delante de mí escaleras arriba. Heide era la última e iba de la mano de su madre. La saludé y de repente se soltó y vino hacia mí cantando, *Misch, Misch, du bist ein fisch!* [Misch, Misch, eres un pez]. Su madre la recogió y se la llevó aún cantando.

Magda regresó un poco más tarde y entró en su habitación. Luego subió acompañada por el doctor Stumpfegger... El telefonista la vio pasar más tarde con la cara llena de lágrimas. Se sentó en una mesa y se puso a hacer solitarios con una baraja. Joseph Göbbels se unió a ella, pero no intercambiaron palabra. Joachim Fest, en su reciente libro *El hundimiento* —base de la excelente y controvertida película del mismo título— narra que se les unieron Bormann y Axmann, y Magda les rogó que se quedaran un momento: «Vamos a sentarnos todos juntos otra vez, como solíamos hacer en los tiempos heroicos.»

Entre las 20 y las 21 horas los Göbbels salieron al jardín. El estruendo de los combates cercanos era ensordecedor y los incendios y los fogonazos de las explosiones iluminaban la noche. Las versiones sobre la muerte del matrimonio difieren. Unos sostienen que Joseph se pegó un tiro, mientras Magda se envenenaba con cianuro. Otra que un guardia, obedeciendo sus órdenes, les ametralló mientras paseaban. Una tercera, que ambos masticaron la ampolla de cianuro, sosteniendo, por si no hacía efecto, una pistola en la mano, que, al parecer, ni hizo falta; esta versión incluye que el ayudante de Göbbels les remató a los dos antes de rociarles con gasolina y prenderles fuego, según su jefe le había obligado a jurar. Esta última —a tenor de los posteriores análisis forenses soviéticos— parece la versión más ajustada de los hechos.

Tres días antes, Magda había enviado a su hijo Harold una carta a su prisión inglesa: «No merece la pena vivir el mundo que vendrá después del Nacional Socialismo; por eso me he llevado a los niños. Son demasiado buenos para lo que vendrá cuando nos hayamos ido y Dios misericordioso me entenderá si los libero yo misma.»

El resto de los habitantes del búnquer decidió que aquélla sería la última noche en la fortaleza subterránea. Los generales Burgdorf y Krebs se suicidaron, disparándose mutuamente, tras haberse bebido media botella de coñac. Por la noche se formaron dos grupos de personas que trataron de salir de la ciudad. En uno de ellos iban Bormann, el doctor Stumpfegger, Axmann y otros; en cierto momento, el jefe de las Juventudes Hitlerianas se desvió, pero al hallar cerrado el camino regresó a la vía original y enseguida halló dos cadáveres calientes, que identificó como los de Bormann y Stumpfegger. Axmann logró alcanzar la zona occidental. En otro grupo salieron el general Mohnke, el piloto Baur, el jefe de seguridad de Hitler, coronel Rattenhuber, las dos secretarias y la cocinera. Tras numerosas peripecias, los hombres fueron capturados, la cocinera desapareció sin dejar rastro y las dos secretarias, vestidas de hombre, alcanzaron las líneas occidentales.



Ellas, junto a Axmann, fueron la fuente más rica en informaciones sobre el final de la cúpula nazi en el búnquer de la Cancillería. Otto Günsche fue capturado por los soviéticos en una cervecería, en la que —según Anthony Beevor— se suicidaron en la mañana del 2 de mayo numerosos miembros de las SS.

A esas horas, los combates ya casi habían cesado, aunque en algunos lugares aún se podían escuchar fuertes tiroteos. Helga Scheneider recuerda que de las bocas del metro...

[...] salían pobres espectros sucios y cubiertos de harapos, destrozados en cuerpo y alma. Eran alemanes, representantes de la raza superior, según Adolf Hitler, de la raza dominante. Pero, en realidad, sólo eran sombras. Lo que Goebbels había supuesto, ante la posibilidad de una derrota, debía ser un crepúsculo heroico; pero el final del Tercer Reich fue triste, ignominioso y miserable. [*No hay cielo sobre Berlín.*]

La capitulación de la ciudad había tenido lugar lugar a la una de la madrugada del 2 de mayo: tras un simple anuncio, mediante parlamentarios, de que deseaba capitular, el general Weidling fue recibido por el general Chuikov. Ambos hombres debatieron lo poco que a aquellas alturas cabía discutir sobre la rendición y firmaron el documento oficial a las 6 de la madrugada. Vasili Chuikov, el famoso defensor de Stalingrado, obtuvo en aquella jornada la más cumplida revancha de sus angustias y sufrimientos en el otoño de 1942: la capital del Reich.

Cuando se recibió la noticia en su sótano, cuenta Helga Scheneider que:

Hubo una explosión de alegría, de júbilo, llorábamos, no podíamos creerlo. [...] ¡La guerra había acabado! Euforia, saltos, besos, lágrimas. [...] Alegría incontenible, consuelo enloquecido. Nos abrazábamos. Confraternizábamos. De golpe, todo se olvidó: las peleas, las canalladas gratuitas, la malicia y la intolerancia, las mezquindades y las bromas pesadas; la crueldad, la falta de solidaridad, a menudo de sensibilidad, e incluso de humanidad. Todo superado, justificado. Todo era culpa de la guerra y la guerra había acabado. Cuando el sótano ya no pudo contener nuestra felicidad, nos precipitamos a la calle. La gente gritaba ¡Ha acabado la guerra! y corría al encuentro de la gente

y hubo abrazos, risas y lloros, y los corazones estallaban de alegría. ¡Había acabado la guerra! [*No hay cielo sobre Berlín.*]

Aquella última batalla dejó un saldo mínimo de 300.000 muertos, mitad soviéticos, mitad alemanes, y Berlín, ya previamente muy castigada, estaba arrasada: de sus 1.600.000 viviendas, un tercio estaba destruido y más de la mitad sufría importantes daños.

Cuando los soviéticos llegaron al búnquer, sólo hallaron vivo al electricista Johannes Hentschel, que había permanecido allí porque no tenía un lugar más seguro a dónde ir y porque, además, aún desempeñaba un cometido: controlar el generador que suministraba agua a un hospital próximo. Según él, hacia las 9 de la mañana del 2 de mayo, a las cuarenta y dos horas del suicidio de Hitler, llegó una docena de muchachas de los servicios sanitarios del Ejército Rojo, que sólo se interesaron por saber dónde se guardaba la ropa. Las condujo a la habitación de Eva Braun. Las chicas lanzaron exclamaciones de sorpresa y entusiasmo ante el contenido de los armarios. Por doquier esparcieron vestidos, abrigos, chaquetones y «chillaron enloquecidas como los indios en las películas del oeste» cuando dieron con la ropa interior de encaje. Poco después, llegaron soldados, que lo revisaron todo. Quedaron impresionados cuando entraron en una habitación y hallaron en sus camas a seis niños con pijamas blancos, las niñas con lacitos también blancos en el pelo, como si estuvieran durmiendo.



Pero eso les interesaba menos que la búsqueda, vivo o muerto, de Hitler. Tras el saqueo efectuado por las primeras tropas que pasaron por allí, agentes de los servicios secretos soviéticos requisaron cuanto quedaba en el búnquer y analizaron minuciosamente los restos de los objetos y muebles que

habían rodeado a Hitler en sus últimas semanas de vida. Les informaron, también, de dónde se hallaban los restos de Hitler, Göbbels y sus respectivas esposas. Los recogieron con sumo sigilo —hasta el punto de que el mariscal Zukov se enteró años después— y sus forenses los analizaron minuciosamente, hallando al dentista de Hitler y los moldes de sus prótesis dentales, con lo que la identificación fue plenamente satisfactoria, pese a lo deteriorado del cadáver. La muerte en todos los casos fue por ingestión de cianuro, según se supo en los últimos años, cuando se difundieron los resultados de los exámenes médicos: «En las cavidades bucales se encontraron restos de ampollas de vidrio, que habían contenido cianuro.»

Hubo en el pasado mucha polémica sobre el paradero final de los restos, pero el 3 de abril de 1995 el semanario alemán *Der Spiegel* publicó que, tras la identificación, fueron secretamente enterrados en un acuartelamiento soviético en Magdeburgo, junto al Elba, en la antigua República Democrática Alemana. En 1970, el jefe del KGB, Yuri Andropov, sugirió que los restos fueran destruidos para evitar cualquier tentación fetichista neonazi si un día eran hallados. El secretario general del PC soviético, Leonidas Breznev, dio su aprobación y cuanto quedaba de Hitler, Eva Braun, Göbbels y Magda fue incinerado y arrojado a un afluente del Elba. Hoy, en un museo moscovita puede contemplarse un resto de mandíbula junto a una pequeña pistola Walther; según reza el cartelito identificador, se trata de un resto óseo de Hitler y de la pistola con la que se disparó a la sien.

Terminada la guerra, el búnquer suscitó la curiosidad de políticos, periodistas, historiadores... Uno de los visitantes fue Churchill, que aprovechó su estancia en la Conferencia de Potsdam para trasladarse hasta la Cancillería y penetrar en la

lúgubre morada en la que su enemigo había resistido hasta el final. Hartos de la peregrinación y deseando borrar los símbolos del nazismo, los soviéticos dinamitaron el búnquer, taponaron las entradas con hormigón y sobre los muros quebrantados extendieron tierra y escombros. De todo ello, sólo queda hoy una inscripción en el cruce de las calles Gertrud-Kolmar e In den Ministergärten: «Aquí estaba el bunquer del Führer.»



Bibliografía

ACCOCE, P. y QUET, P., *La guerra se ganó en Suiza*, Plaza y Janés, Barcelona, 1968.

ALLEN, Martin, *El enigma Hess*, Planeta, Barcelona, 2004.

AMBROSE, Stephen E., *El día D*, Salvat, Barcelona, 2004.

ARTOLA, Ricardo, *La Segunda Guerra Mundial*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

BAUER, Eddy, *Historia controvertida de la Segunda Guerra Mundial. 1939-1945*, Rialp, Madrid, 1967.

BEEVOR, Anthony, *Stalingrado*, Crítica, Barcelona, 2000.

—, *Berlín, la caída*, Crítica, Barcelona, 2002.

—, *La batalla de Creta*, Crítica, Barcelona, 2003.

BERTIN, Claude, *La Segunda Guerra Mundial*, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1976.

CRAIG, William, *La batalla de Stalingrado*, Noguer, Barcelona, 2000.

BIRD, Eugene K., *El prisionero de Spandau*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1975.

BULLOCK, Alan, *Hitler*, Bruguera, Barcelona, 1972.

—, *Hitler y Stalin. Vidas paralelas*, I, Plaza y Janés-Círculo de Lectores, Barcelona,1994.

BURLEIGH, Michael, El Tercer Reich, una nueva historia, Taurus, Madrid, 2002.

BUTLER, E. y YOUNG, G., *Mariscal sin gloria. Vida y muerte de Hermann Goering*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1981.

CARTIER, Raymond, *Hitler, al asalto del poder*, Argos Vergara, Barcelona, 1978.



CHURCHILL, Winston, *La segunda guerra mundial*, vols. I y II, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.

CIANO, Galeazzo, *Diarios, 1937-1943*, Crítica, Barcelona, 2003.

CORNWELL, John, *El Papa de Hitler, la verdadera historia de Pío XII*, Planeta, Barcelona, 2000.

CUENCA TORIBIO, José Manuel, *Historia de la II Guerra Mundial*, Espasa-Universidad, Madrid, 1989.

DAHMS, H.G., *La Segunda Guerra Mundial*, Bruguera, Barcelona, 1972.

DELARUE, Jacques, *La Gestapo*, Bruguera, Barcelona, 1971.

DEWORK, D. y VAN PEEL, R.J., *Holocausto*, Algaba, Madrid, 2004.

DOENITZ, Karl, *Diez años y veinte días*, Luis de Caralt, Barcelona, 1959.

EISENHOWER, Dwight, *Croisada en Europa; Mémoires sus la deuxième guerre mondiale*, La Palatine, Ginebra, 1949.

ESPINAR GALLEGO, Ramón *et al.*, *El Impacto de la II Guerra Mundial en Europa y en España*, Asamblea de Madrid, Madrid, 1986.

FEST, Joachim, *Hitler*, Noguer, Barcelona, 1974.

—, *El hundimiento. Hitler y el final del Tercer Reich*, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2003.

FRASER, *Rommel, el zorro del desierto*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.

FRIEDRICH, Jörg, *El incendio. Alemania bajo los bombardeos*, Taurus, Madrid, 2003.

FULLER, J. F. C., *Batallas decisivas del Mundo Occidental*, vol. III, Ejército, Madrid, 1979.

GALLEGO, Ferrán, *De Munich a Auschwitz, una historia del nazismo*, 1919-1945, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.

GAULLE, Charles de, *Mémoires de guerre*, Plon, París, 1959.

GELLATELY, Robert, *No sólo Hitler*, Crítica, Barcelona, 2002.

GELLATELY, Robert, *La Gestapo y la sociedad alemana*, Paidós, Barcelona, 2003.

GISEVIUS, Hans Bernd, *Adolf Hitler*, Plaza y Janés, Barcelona, 1974.

GODA, Norman J.W. *Y mañana... el mundo*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

GOLDENSOHN, Leon, *Las entrevistas de Núremberg*, Taurus, Madrid, 2004.

GÖRING, Emmy, *Göring, mi marido*, Luis de Caralt, Barcelona,1972.

HANSER, Richard, *Putsch (Cómo hizo Hitler la revolución)*, Plaza y Janés, Barcelona, 1972.

HAYWARD, James, *Mitos y leyendas de la Segunda Guerra Mundial*, Inédita, Barcelona, 2004.

HEGNER, H. S., *El Tercer Reich*, Plaza y Janés, Barcelona, 1972.

HEIBER, H., ed., *Hitler y sus generales*, Crítica, Barcelona, 2004.

HEYDECKER, Joe J. y LEEB, Johannes, *El proceso de Nuremberg*, Bruguera, Barcelona, 1971.

HIBBERT, Christopher, *Mussolini*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1969.

HILGRUBER, Andreas, *La Segunda Guerra Mundial*, Alianza Universidad, Madrid, 1995.

HITLER, Adolf, *Mi lucha*, Luz, Ediciones Modernas, Buenos Aires, s.a.

HOFFMANN, Heinrich, *Yo fui amigo de Hitler*, Luis de Caralt, Barcelona, 1955.

HUTTON, Bernard J., *Hess, el hombre y su misión*, Plaza y Janés, Barcelona, 1970.

IRVING, David, *La guerra de Hitler*, Planeta, Barcelona,1988.



JUÁREZ, Javier, *Juan Pujol, el espía que derrotó a Hitler*, Temas de Hoy, Madrid, 2004.

KERSHAW, *Hitler, 1889-1936*, Península, Barcelona, 1999.

—, *Hitler, 1936-1945*, Península, Barcelona, 2000.

KLABUNDE, Anja, *Magda Göbbels*, Little Brown, Londres, 2001.

KLEMPERER, V., *LTI, la lengua del III Reich, apuntes de un filólogo*, Minúscula, Barcelona, 2001.

LATIMER, John, *El Alemein*, Inédita, Barcelona, 2004.

LEGUINECHE, Manuel, *Los años de la infamia*, Temas de Hoy, Madrid,1995.

LEWIS, David, *Omaha Beach. Normandía: día D*, Ariel, Barcelona, 2004.

MACHTAN, Lothar, *El secreto de Hitler*, Planeta, Barcelona, 2001.

MANVELL, Roger y Fraenkel, *Heinrich Himmler*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1972.

MARIE, Jean J., *Stalin, Palabra*, Madrid, 2004.

MONTGOMERY, Bernard, *Mémoires*, Plon, París, 1958.

MOSELY, Ray, *El conde Ciano, la sombra de Mussolini*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.

MOSS, N., *19 semanas*, Península, Barcelona, 2005.

MUCHNIK, D., *Negocios son negocios*, Belacqva, Barcelona, 2004.

MURRAY W. y MILLETT, A., *La guerra que había que ganar*, Crítica, Barcelona, 2002.

PAPEN, Franz von, *Memorias*, Espasa-Calpe, Madrid, 1952.

OVERY, Richard, Interrogatorios. *El Tercer Reich en el banquillo*, Tusquets, Barcelona, 2003.

PASTOR Petit, Domingo, *Espionaje: La Segunda Guerra Mundial y España*, Plaza y Janés, Barcelona, 1990.

PATACCO, Arrigo, *La Seconda Guerra Mondiale*, Armando Curcio Editore, Roma, 1978.

PAYNE, Robert, *Vida y muerte de Adolf Hitler*, Bruguera, Barcelona, 1974.

POOL, James y Suzanne, *Quién financió a Hitler*, Plaza y Janés, Barcelona, 1981.

ROSEMAN, Mark, *La villa, el lago, la reunión*, RBA, Barcelona, 2002.

RUBEL, Maximilien, *Stalin*, Folio, Barcelona, 2004.

RUGE, Friedrich, *Der Seekrieg*, Herrero, México, 1965.

SCHENEIDER, Helga, *No hay cielo sobre Berlín*, Salamandra, Barcelona, 2005.

SERENY, Gita, *Albert Speer*, Javier Vergara, Buenos Aires, 1996.

SIMPSON, William, *Hitler y Alemania*, Akal, Madrid, 1994.

SOLAR, J. David, *El último día de Hitler*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.

SPEER, Albert, *Memorias*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1970.

STEINER, Marlis, *Hitler y el universo hitleriano*, Vergara, Barcelona, 2004.

TAYLOR, F., *Dresde*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.

THORWALD, Jurgen, *Comenzó en el Vístula y terminó en el Elba*, Luis de Caralt, Barcelona, 1967.

TOYNBEE, Arnold J., *La Europa de Hitler*, Sarpe, Madrid, 1985.

TREVOR-ROPER, H. R., *Los últimos días de Hitler*, Los Libros de Nuestro Tiempo, Barcelona, 1947.

—, «Introducción», en *Las conversaciones privadas de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2004.

TURNER, Henry A., *A treinta días del poder*, Edhasa, Barcelona, 2002.

WERTH, Alexander, *Rusia en la guerra*, Bruguera, Barcelona, 1972.



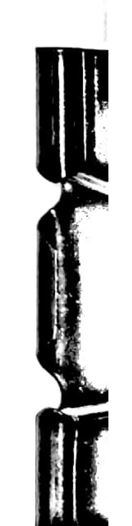
WILLIAMS, Andrew, *La batalla del Atlántico*, Crítica, Barcelona, 2004.

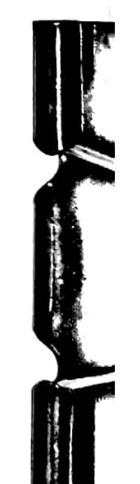
YOUNG, Desmond, *Rommel, el zorro del desierto*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1969.

—, *Hitler y sus generales*, Crítica, Barcelona, 2004.

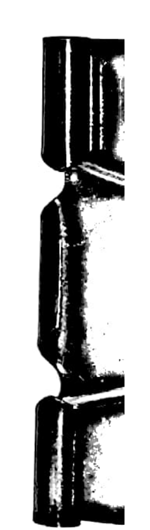
Índice onomástico

















El 21 de junio de 1940, cuando Francia capituló en Compiègne, Hitler había ganado la guerra. Además del Reich, dominaba Noruega, Polonia, Países Bajos, Checoslovaquia, Bélgica y Francia. Era aliado de Italia y tenía relaciones muy amistosas con Franco. Se aprestaba a establecer pactos o a ocupar Finlandia, Dinamarca, Rumanía, Hungría, Bulgaria y Croacia. Además se había repartido Polonia con Stalin y disponía de un territorio con enormes reservas humanas, industriales, agrícolas y mineras. Por tanto, ¿por qué el III Reich sufrió tan espantosa derrota?

David Solar aborda páginas ineludibles del conflicto mundial —la batalla del Atlántico, las limitaciones de la Luftwaffe, el infierno de la batalla de Stalingrado o la destrucción de Dresde— y desgrana uno a uno los errores que llevaron a Alemania a perder la guerra que tenía ganada en junio de 1940.

David Solar Cubillas, fundador y director desde 1998 de *La Aventura de la Historia* y colaborador habitual del periódico
E … libros: *El conflicto*
d …), *El laberinto de*
P …) —editado
S
(… *piedad, sin*
(… *cesa* (2002).

70030
ISBN 84-9734-501-0
9 788497 345019

la esfera de los libros
www.esferalibros.com